SOLEDADES DE LA VIDA, Y DESENGAÑOS DE EL MVNDO.

NOVELAS EXEMPLARES,

Por el Doctor Don Christoval Lozano, Comissario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin, y su Partido.

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS en esta quinta impresion.

CON LICENCIA.

En Barcelona: Por PABLO CAMPINS Impressor; Y à su costa. Hallaràse en su casa en la calle de Amargòs. Año 1722.


COMPOS. AGAD. LA BIBLIOT. REG.

APROBACION DE DON PEDRO CALDERON DE LA Barca, Cavallero del Avito de Santiago, y Capellan de su Mageſtad en la Real Capilla de los Reyes Nuevos de la Ciudad de Toledo.

DE orden, y comiſſion del ſeñor Don Alonſo de las Ribas, Vicario de Madrid, y ſu Partido, por el Eminentiſſimo ſeñor Don Baltaſar de Moſcoſo y Sandoval, Cardenal Arçobiſpo de Toledo, he viſto el Libro intitulado: *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida, y Deſengaños de el Mundo*, compueſto por el Licenciado Don Gaſpar Lozano Colegial Theologo, y Rector del Colegio de Nueſtra Señora de la Anunciata de la Ciudad de Murcia, y natural de Hellin. Y aviendo pueſto en ſu leccion la atencion, y cuydado que debo à la confianza que de mi cortedad ſe promete quien della fia ſu aprobacion, y cenſura; no ſolo he hallado en él propoſicion alguna que diſuene à la dureza de nueſtra Catolica Fè, y politicas coſtumbres; pero ſingular doctrina, y enſeñança, con que tal vez mañoſo el ingenio al viſo de lo deleytable, ſàbe introducir lo util; que es tal nueſtra malicia, que aun la virtud ha meneſter valerſe contra ella de adornos que la diſimulen, para que à ſombra de licito divertimiento, ſe halle alumbrada de la precioſa luz del deſengaño. Eſte es el fin del argumento de eſte Libro, y tan bien explicado en ſu contexto, tan bien executado en ſu diſignio, y tan bien conſeguido en ſu deſvelo, que á mi corto juizio, merece ſu Autor, ſobre las gracias de averle eſcrito, la licencia que pide de imprimirle. Eſte es mi parecer, ſalvo, &c. En Madrid 18. de Iulio de 1658.

Don Pedro Calderon de la Barca.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Alonso de las Ribas, y Valdès, Visitador Eclesiastico, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo, compuesto por el Licenciado Don Gaspar Lozano, Colegial Theologo, natural de Hellin; atento, que por la censura, antecedente, consta no aver en èl cosa contra nuestra Santa Madre Iglesia, y buenas costumbres. Dada en Madrid à 15. del mes de Iulio de 1658. años.

Don Alonso de las Ribas.

Por su mandado,
Diego Garcia de Alvarado.
Notario Publico.

CEN-

CENSVRA DEL Rmo. P. Fr. FRANCISCO PALANCO, DEL Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, Lector Iubilado, Calificador de la Suprema, y de sus Iuntas Secretas, Examinador Synodal del Arçobispado de Toledo, Visitador de las Librerias de España, Difinidor, y Padre de Provincia en el Convento de la Victoria de esta Corte.

M. P. S.

DE orden de V A. he visto las Obras del Doctor Don Christoval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comissario de la Santa Cruzada &c. Todos los quales Libros han corrido en España con general aplauso, y estimacion de muchos años à esta parte, sin la mas leve nota; antes si con aprobacion de hombres doctos, y piadosos, por contener con grande sal gran parte de la erudicion Humana, y Divina; cuya leyenda se ha experimentado muy util para el consuelo de afligidos, recreacion de animos melancolicos, è instruccion de ignorantes. Contiene una inmensa copia de singulares exemplos, que informan para las buenas costumbres, esfuerçan la cobardia humana, instruyen la nobleza para seguir generosamente sus blasones, y sobre todo enseñan constancia, paciencia, y fortaleza en los mayores trabajos, y adversidades, siendo una eficacissima demostracion, que persuade con la historia los grandes bienes, frutos, y premios que logra una virtud constante, quando mas combatida de contratiempos. Por todo lo qual, y por no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè Catolica, ni contra las buenas costumbres, dichos libros merecen ser otra, y muchas vezes impressos, y la licencia que para esto se pide. Assi lo siento en este de nuestra Señora de la Victoria de Madrid. Mayo 23. de 1713.

Fr. Francisco Palanco.

LI-

LICENCIA.

Tiene Licencia de los señores del Real Consejo de Castilla, Francisco Martinez Abad, para poder imprimir por una vez este Libro, como mas largamente consta de su original, &c.

FEE DE ERRATAS.

He visto este Libro intitulado: *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo, Novelas exemplares,* su Autor el Doctor Don Christoval Lozano, y corresponde con el Original. Madrid, y Marzo 20. de 1722.

Lic. Don Benito del Rio, y Cordido.

SVMA DE LA TASSA.

Tassaron los señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este libro intitulado: *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo*, del Doctor Don Christoval Lozano, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original.

PRO-

PROLOGO.

SVELEN Muchas Obras hazerſe grrande lugar en la eſtimacion comun, ignorado ſu Autor, pierden lo que lucen, quando con el tiempo ſe conocen. Eſta mudanza en el tablero de la fortuna es hija de la embidia, pues ſolo el rencor al arbol deſdora las ſazones del fruto. De la miſma ſuerte algunos eſcritos deſmerecen el aplauſo, ignorado ſu Autor, y ſe hazen eſtimar quando ſe ha conocido. Eſtas Soledades, flores que en la Primavera de los años aſſeguran frutos para el Otoño de la vida, fueron entretenimientos del Doctor Don Chriſtoval Lozano, mi tio, los quales permitiò à los ratos del ocio, ſiendo deſahogos de el afan de ſus primeros eſtudios. En mas madura edad diò à conocer ſus letras, y ſu eſpiritu en diferentes obras, voz de eſta clauſula, porque la mia con la ponderacion no ſe culpe. El empeño de ſu eſtudio en materias de mas peſo, le obligò à publicar eſtas Soledades, en nombre mio; corrieron como ſuyas, aunque ſin ſu nombre, ſin merecer el mal trato que ponderè arriba. Oy ſalen en eſta quinta impreſſion, como primero raudal de aquella mina; tu, amigo Lector, veràs en ellas, que en lo profundo de la moralidad, y en la ſuavidad de llevar el animo de quien las leyere, ſe parecen al eſtilo caudaloſo de ſu David Perſeguido. Divierte en eſtas Soledades el guſto, haſta que en la Tercera Parte del Grande Hijo de David, Chriſto Señor Nueſtro, que dexò caſi eſcrita, te aſſegures con brevedad el provecho. VALE.

Doctor Don Gaſpar Lozano, Monteſinos.

IN-

INDICE
DE LAS SOLEDADES,
y Novelas contenidas en este Libro.

Soledad primera, Pag. 1.
Soledad segunda, Pag. 37.
Soledad tercera, Pag. 53.
Soledad quarta, Pag. 93.
El mas mal pagado amor, y muger menos constante, Pag. 159.
Todo es trazas, Pag. 188.
Buscar su propria desdicha, Pag. 212.
Passar mal por querer bien, Pag. 238.
El muerto zeloso, Pag. 263.
Persecuciones de Lucinda, y tragicos sucessos de Don Carlos. Pag. 285.

SOLE-

SOLEDADES DE LA VIDA, Y DESENGAÑOS DEL MUNDO.

SOLEDAD PRIMERA.

UNA tarde, que con los soplos del Zefiro apacible se obstentava deleytosa, y con las frescuras de los Valles se mostrava amena; quando yà el dia haziendo parasismos, iba apagando sus luzes, y tremulos del Sol los rayos, se iban quedando sin fuerças; quãdo yá las aves, acabando, ó las tareas de su armonia, ù de su canto los gorgeos, entre fresnos copados, y apiñados pinos, iba cada qual à visitar en su cama à la consorte, ò en su nido à los polluelos, dexando yà sin compañia los derretidos arroyos, murmuradores cristales, que sin hazer agravio, son galanes de la soledad, y como tales, de noche la rondan, y de dia la passean. A esta hora, pues, salió el Ermitaño Enrico de entre el pavellon de la espessura, donde con lagrimas, y silicios passava penitente, con designios de dar buelta à una Alqueria, casas pagizas de humildes labradores, à visitar à un pedazo de su alma, á Leonora, hija suya, beldad hermosa de los riscos, que con otras de su edad, tras de unas manchadas cabras, y de unas blancas ovejas, andava vaguendo aquel aprisco. Solo caminava, aunque divertido siempre con el repasso de antiguas memorias, que refrescadas en la idea, maquinan mil pensamientos, congojas que suelen ser en una alma repetidas: y apenas en la mitad del camino quise poner alguna tregua al cansancio, quando las roncas vozes de un Cabrero le dexaron cuydadoso, y por salir de pena, trepó una loma ar-

riba, y atalayando desde su excelsa cumbre, lo que se encubrió á la vista, se manifestò al oìdo, escuchando, que las vozes eran dezir: Ataja, ataja por aquesse montezuelo, y creyendo lo que podia ser, quiso con entrañas pias ayudar à la necessidad, mas yà llegò tarde, porque al descender del monte, encontrò con dos zagales, que traìan asido un tierno ribal, que por ser competidor del marido de unas cabras, y vér que en una lucha aquella tarde avia quedado vencido, huyendo zeloso por los oteros, quiso manifestar los humos de su corage. Y visto por el que vozeava, trocando en placer los cuydados que tenia, cogiò con los compañeros la manda, y yendo en seguimiento de sus huellas, sacò del zuiròn un pastoril instrumento, à cuyo compás dixo bien sentidas estas razones.

Montañas de Guadalupe,
cuyos nevados peñascos
Polos de cristal parecen
del pavimiento estrellado.
Arboles, que ha tres Abriles,
que os he mirado gallardos
sacudir de vuestras hojas
las inclemencias de Março.
Arroyos, cuyas corrientes
aumentan mis ojos tanto,
que por los cristales vuestros
se vén fuentes que derramos.
Pastores, que entre estas breñas
passais los floridos años,
hechos terreros del tiempo,
yà ateridos, yà abrasados.
Escuchad todos, oìdme,
que quiero aora cantando
deziros, si no mis males,
sentimientos de un agravio:
Yà sabeis que yo amè à Filis,
yá sabeis que ella me ha amado:
que aunque ha sido amor secreto,
no se encubre un amor tanto.
En la lumbre de sus luzes
hize de mi tiro el blanco,
porque unos ojos son siempre
imanes idolatrados.
Bien pintava su hermosura,
pero es mi pincèl bastardo,
y fuera hazer un borron
de un Angelical retrato.
A esta beldad, pues, divina,
la vi una siesta en el campo,
aloxando entre unas sombras
las cabras de su rebaño.
Escondime entre unas peñas,
de donde estuve assechando,
lo que no podrè deziros,
lo que no sabrè explicaros.
A la margen de un arroyo,
que del risco desatado
iba ciñendo los freìnos
de cristalinos abrazos.
(Aguas, que en qualquiera peña
tropiezan vidrios quebrados,
y en desarrollando espumas;
se entienden espejos claros.)
A la margen, pues, se sienta
en las faldas de un castaño,
que con herizadas flores,

la

la hizo pavellon sus ramos;
Y como iba caluroſa,
al descuydo, y con cuydado,
dió àlos cristales del agua
los cristales de sus manos.
Viendo despues con la furia,
que Apolo vibrava rayos,
se durmió, por no abrasar
con tres Soles su ganado.
Y apenas la vì dormida,
quando por el monte abaxo
llegò un javalì cerdoso,
con una flecha passado,
A cuyos tremendos bufos,
las cabras se alborotaron,
y perdonando las sombras,
treparon por los peñascos.
Despertò Filis al ruìdo,
quando el colmilludo brabo
enturbiava el cristal puro
con sangrientos espumajos.
Visteis acaso la flor,
quando en su embrion estando,
no quiere salir à luz,
sino en visperas de Mayo?
Y engañada alguna vez
de un dia que hizo templado,
las cisuras del boton
vá poco á poco rasgando?
Y si saldrè, ó no saldrè?
haze assomos, hasta tanto,
que atropellando los miedos,
se abre rosa en medio el campo?
Y como la engañò el dia,
mirando el monte nevado,
que enfrente della, parece
que yà le està amenazando.
Tan desquadernada queda,
que entre candidos desmayos
las vasquiñas recogiendo,
que el boton la vá asseando,
Se retrotrae en sì misma,
tan elada del espanto,
que yà que no muere flor
padece algunos amargos?
Pues de aquesta suerte Filis,
que del sueño regalado
á la vista de sus Soles,
que despiertos se mostraron,
Recordò flor tan hermosa,
que en sus mexillas, y labios,
rosas se vieron deshechas,
claveles despreciados.
Como viò yà junto à sì,
que el javalì ensangrentado
iba à vengar en su pecho
el corage de su agravio,
Se quedò tan sin aliento,
à vista del sobresalto,
tan jazmin lo que fue rosa,
lo que fue clavel tan blanco,
Que por mucho que el valor
hizo por dissimularlo,
se cayò pasmada nieve
en los braços de un desmayo:
Yo entonces, viendo ocasion
deseada en mi tanto,
para poder con servicios
favores merecer altos:
Con el javalì emvestì,
haziendo que entre mis braços
tragára sin ser bevida,
toda la muerte en dos tragos.
Bolvìme despues à Filis,
que yà el aliento cobrado,
me dixo: Mucho te devo,

mas yo te pagarè, Fabio.

Quitóse una gargantilla
de corales enfartados,
lazo que en su hermoso cuello
ponia à mil vidas lazo.

Y dandomela por premio,
se ausentò de mi, dexando
esperanças à mi amor,
para lograr mis cuydados.

Engaño fue manifiesto,
pues yá me ha olvidado tanto,
que solo miro en sus luzes,
luzes de mis desengaños.

Ningun agravio la he hecho,
sino es el averla amado;
que una muger, quando quiere,
de un amor forma un agravio.

Mirad si tengo razon
de sentir lo que repasso;
y si la viereis, dezidla,
que por ella muere Fabio.

Con mucho gusto fue escuchãdo Enrico las quexas enamoradas del Cabrero amante: y como aquel que conocia bien las passiones del amor mundano, no dexava de sentirlas, como pesaroso de que aquel Pastor se hallasse en tal estado. Poco á poco se llegò á èl, y saludandole con mucho cariño, en buena conversacion llegaron juntos à la majada, donde yá recogidos los demàs Pastores, cuydadosos esperaban su venida; y assi en el recibimiento que le hizieron, conociò Enrico, que era el Mayoral, y Rabadán de todos. Quiso passar adelante en su camino, mas Fabio, que venia muy pagado de sus palabras, y muy afecto à su presencia venerable, le pidiò con muchas caricias q̃ les honrasse aquella noche el pobre albergue. Esforçaron el combite los demás Pastores, pues en contorno dèl, todos, no le dexavan dar passo. Lo qual visto por Enrico, huvo de acetar el combite que le hazian; con que todos quedarõ contentos, y agradecidos. Cerrò la noche à este punto, sostituyendo en estrellas las claras luzes del dia; y en tanto, que los Pastores diligentes, unos acomodavan los rebaños, y otros prevenian la cena, tomò Enrico por la mano al enamorado Fabio, y puestos en parte donde nadie podia oìrlos, començò à darle esta licion en sus amores.

Dias ha, Pastor, amigo, que te conozco vageando estos oteros cõ tus ganados, y tambien tengo por impossible, que dexes de averme visto muchas vezes, por aver tiẽpo tanto que habito estas soledades. Nunca, aunque te he visto, te he hablado, y yá que aora tuve tan buena dicha, quisiera, que creyendo mis palabras, salieras de la ocasion de empeños amorosos. Tu historia vine escuchando, quando en lastimosos metros la publicavas à los montes, y à las peñas; y entendida tu passion, te tuve lastima, por verte en tu edad florida sugeto à un ciego rapaz,

que

que privandote de tus sentidos, hará que dexes la alma en despeñaderos amorosos : todo quanto puede ofrecerte vna hermosura, es vn engaño;todo quanto pretendieres alcançar,será vna mentira; todo quanto posseyeres , será vn abismo de culpas. Esse amor que te incita , es tu mayor enemigo; esse premio que has alcançado, es cebo para que caygas ; y esse olvidarse de ti, quando mas favorecido,es el mayor desengaño:desengañate , pues , y quita de los ojos de tu entendimiento las vendas con que la passion te ciega:y pues Dios te diò libre alvedrio,no te dexes cautivar de vn amor loco. Pues aora tienes vida, para q̃ buscas tu muerte? Y yá que ciego la busques , es possible , que esta memoria de la muerte no te harà que mires por tu vida? Vn amor lascivo es un mortal veneno ; un veneno del amor , quanto mas dulce á la vista, mas presto mata. Ay, y quien te pudiera representar los que mas gages alcanzaron de este amor, muertos en su culpa , por tarde arrepentidos! Ay, y quan bien te hallaràs , si los desengaños que te digo , fixos en tu memoria, se apoderàran de tu entendimiento ! Mira que te hablo de experiencia, y como experimentado , no dudo de lo que emprendes , conociendo el desastrado fin que tendràn tus amorosos cuydados. Y quando llevado de tu apetito, y buelras las espaldas à la razon , quisieras desenfrenado proseguir la carrera de tus deleytes , y gustos, no te atemoriza lo inculto de estas sierras, que provocan mas à penitencia, que à mundanos passatiempos? No te dá terror, que quieras sembrar los amores de la Arcadia en montes de [illegible] te confunde,que a [illegible] penitentes exemplares,que aqui lloran los processos de sus culpas,quieras sustentarle enamorado? Si aqui solo se oyen sollozos de arrepentimiento , como te atreves à cantar canciones amorosas? Si aqui solo se escuchan gemidos de pecados, que consonancia tendràn tus lastimosos amores? No hagas, no, terrero de amantes la soledad de penitentes: trueca de estilo,si quieres gozar de estos recreos: muda de assunto, si quieres habitar estas malezas, que quando menos pienses , hallaràs arrepentido tu propio desengaño.

Aunque quisiera Fabio responder á la exortacion devota q̃ Enrico le hazia, el tiempo no dió lugar,por un alboroto repẽtino que oyeron en la cabaña,donde las cabras alborotadas, vnas hechas gavillas,buscabã socorro, otras rompiendo los rediles, procuraban escaparse; causa de que los pastores en vozes repetidas acompañàran los ladridos de los mastines,que es-

taban vigilantes. Acudieron confusos à vèr la novedad, temiendo no el assalto que el lobo podia aver hecho, sino alguna desgracia de otro mayor fracaso; y informado, de vn zagal, que fue quien entẽdio mejor la verdad del sucesso, supieron que por alli junto avian passado dos hombres á cavallo, con tal velocidad, y prisa, que apenas pudieron ser vistos, á cuyo tropel los perros escarapelados, y las cabras temerosas, avian originado aquel ruìdo. Dividieronse en varios juìzios, sacando por congeturas lo que à cada uno dictaba su sospecha hasta q̃ reducidos al mejor acuerdo hizieron inquisicion por todo el vezino monte, mirando con diligencia no fuesse alguna emboscada de hombres facineroſos, y foragidos, q̃ tal vez passando à Sierra Morena, asilo de sus mayores robos, suelen ir talando quanto hallan, yà quitando la vida al pobre caminante, y yà hurtando las reses al descuydado pastor. Hechas estas prevenciones, y visto que todo el circuito de aquellos valles, y sierras estaba libre, y seguro de lo que con justa causa temian, bolvieron algo fatigados del cansancio al apacible albergue, donde yá la cena aderezada estaba brindando á los hambrientos estomagos.

Ricos manteles los texiò la naturaleza artificiosa, pues desnudãdo las flores sus rozagantes vestidos, recostadas las unas en la faldas de las otras, al pie de un verde alisso, que era el custodio que las defendia de las inclemencias de el tiempo, formaban un recamado tapete, harto rica mesa para cena tan humilde, y harto aliños, y asseo para un campo. Assientos les previno tambien la verde alfombra, dexando el mejor lugar para Enrico, que siempre al lado de Fabio se mostraba agradecido, y contento. Sobre esta mesa, pues, se sirvieron los manjares, no dulces, ni delicados, como se previenen en politicos combites, si empero sazonados, y sabrosos. Vn trozo de cecina sacaron por principio, tan tierna, y mantecosa, que podia ser embidiada del gusto menos goloso. Templaron el picante de sal, no con el licor que Baco exprime de sus opimos, y regalados racimos, sino con agua dulce, y fria, que cogieron en un bernegal de una melindrosa fuentecilla, que por venir muy azotada de un risco, se iba como llorando entre las flores. El plato segundo, fué un tarro de leche, tan gruessa, que á no ser tan suave al paladar, pareciera yá cuaxada con artificio. Despues que se vieron satisfechos de los pastoriles manjares, se levantaron de la florida mesa, y cuydadoso Fabio, y sus zagales, entraron en la choza, breve arquitectura de caducos troncos, coronados de palida

da retama, y con unos corchos que tenian, aderezaron una cama para que durmiera Enrico, el qual, aunque cortès, queria impedir tan ſerviciales cuydados, huvo de ſer obediente, por no dár muestras de poco agradecido.

Recogidos cada paſtor à ſu rancho, començaron à pagar parias al ſueño; ſi bien hizieron poco aſſiento en Fabio, y Enrico, que batallando con mil imaginaciones, no hallaban repoſo; el uno combatido del amor que le aquexaba, y de la conciencia que le remordia; el otro peſaroſo, por no aver llegado aquella noche à la Alqueria, donde ſu hija le aguardaba: Cada qual ſe tragaba los ſuſpiros de ſu pena, por no dàr lugar à que el otro deſpertaſſe, haſta que yà canſados de la lucha, quedaron tambien dormidos. Mas apenas por eſpacio breve quedò Enrico traſportado, quando una ſoñada voz bolviò à dexarle deſpierto. Recordò temeroſo, y ſentandoſe ſobre el duro lecho, alargò el oìdo á todas partes, haſta que advirtiendo, que ſolamente ſonaba el bullicioſo rumor que el viento hazia en las ſecas hojas que repelaba de los arboles, bolviò à reclinar la cabeza, trabajando por dormirſe. No le diò lugar otra congoxa que ſe le repreſentò en la idéa, ſoſpechando, viendo tan dormidos à todos los paſtores, no huvieſſe alguna deſgracia en ſus ganados; y aſſi, por pagarles el buen hoſpedage, determinò de eſtár lo reſtante de la noche en centinela. Dexando, pues, la cama, tomò la puerta del albergue con lentos paſſos, porque no ſe inquietáran los dormidos; y viendo que todo eſtaba en ſilencio, pues haſta el can mas vigilante dormia repoſado, ſe fué ſubiendo un montezuelo arriba, cuyo empinado obeliſco era la atalaya de todos aquellos campos. No pudo Enrico ſalirſe tan ſecreto, que dexaſſe de ſer ſentido de Fabio, el qual, aſſi como le ſintiò, fué lo mas callado que pudo ſiguiendo ſus paſſos, por inquirir curioſo la determinacion del Ermitaño penitente: Enrico deſde la cumbre del collado començò à eſcuchar por todas partes, porque la inquietud de aquella voz que oyò entre ſueños, parece que le llevaba de la melena à ſaber la cauſa.

Seria yà mas de la media noche, tan obſcura, y triſte, que con capuzes de nubes tenebroſas enlutaba lo poco que alumbrabā ſus eſtrellas, quando el eco de un laſtimado ſuſpiro, que herido por las entrañas de los montes, llegaba yà ſin alientos, le dexò tan atemorizado, y cuydadoſo, que ſe quedó en extaſis por un grande eſpacio. Bolviò à eſcuchar mas atento, y oyendo otro gemido, quiſo pene-

trar la causa de efectos tan lastimosos; y assi, atendiendo primero á la parte por donde se escuchaban, descendiò con mucha prisa del collado, y rompiendo por la espesura de impenetrables jarales, atravessó en breve rato la falda de una sierra, y bolviendo à hazer alto sobre los ombros de un risco, apercibió el oìdo, temiendo no huviesse torcido el camino que llevaba, y desde aqui escuchó mas formados sollozos; pues en lo tierno de los ayes (bostezos de un corazon en lagrimas deshecho) conoció que era muger la que gemia. Acercòse otro gran trecho, y certificado mas en que eran lamentos mugeriles, fue tan immensa la pena que recibiò Enrico, sospechando que era su doncellita Leonora, que à causa de no averla cumplido la palabra dada de ir à verla, avia salido à buscarle, y quedadose perdida, que con todo el resto del valor no pudo sustẽtarse, y assi, casi desmayado cayò en tierra. El Cabrero, que venia siguiendo sus pisadas, apenas le viò de aquel modo, quando acercandosele junto, començò à llamarle, à cuyas vozes, buelto Enrico en su acuerdo, si bien de nuevo espantado, de que Fabio huviesse ido en seguimiento suyo, le echò al cuello los brazos, y sin descubrirle sus sospechas, le dixo, que compassivo de aquellas quexas tristes, y suspiros lastimosos, avia dexado el lecho por investigar la causa: y como yà en lo afeminado del quexido conocia que era muger la que llorava, le avia causado tanta compassion, embuelta en mil temores, que la sangre elandose en las venas, le embolviò el corazon en un desmayo. No con menor confusion (respondiò Fabio) me trae este sucesso, antes las sospechas que me cercan son tan grandes, que temo perder la vida, si las hallo verdaderas, pues juzgo que esta muger que llora, es alguna de tres, ò quatro zagalas, que suelen tras un poco de ganado vaguear estos aprìscos; y aunque la mayor de todas es aquella de quien me escuchaste enamorado, sentirè en mi alma, que á qualquiera de ellas le aya sucedido algun fracaso, pues por su honestidad, hermosura y discrecion, merecen ser respetadas por Diosas deste Orizonte.

Mas se aumentò el dolor de Enrico con los rezelos de Fabio; pero considerando, que en la dilacion crecian las inquietudes, y que con la tardança se aumentaba la sospecha, le dixo que se acercassen á saber de una vez quien era la que lloraba, y la causa que la movia. Passaron adelante, y cruzando una mal formada senda, q̃ por entre aquellos breñales guiaba á Guadalupe, llegaron á un mon-

montezuelo tan assombrado, y temeroso, que parecia amago de vna traicion; y viendo, que desde alli percibian las razones muy distintas, y que en levantada voz bolvia à formarse un nuevo llanto, se detuvieron á oirlo, y arrimados á vnos troncos, escucharon à una Dama, que anegandose en dos caudalosos rios de sus ojos, formaba por compasses de suspiros estas quexas, tan lastimosas, quanto bien sentidas.

Peñas, montes, valles, riscos, arboles, y plantas, que ha dos horas, que acompañando mi lloro en la forma que podeis, me estais escuchando, si acaso en vuestras duras entrañas ay ternura, y si acaso juzgais por rigor mucho lo que quieren los Cielos que padezca, sabed que andareis muy engañados, porque no merecen mis delitos menores castigos. Aunque me mirais en estos montes sola, donde yà sola aguardo el encuentro de una fiera, no tengais compassion, mostraos crueles, supuesto que es justicia, que quien se arroja sola á los peligros, olvidandose de Dios, muera sola adonde aun no aya testigos que sientan su muerte. Aunque me mirais tan lastimada, que yà el corazon hecho pedazos se sale por los ojos, y el alma boqueando palpita entre los dientes, no os provoque à lastima, muevaos à rigor; pues es bien, que muger que apartò el alma, y el corazon de un celestial Esposo, muera desquadernada en el potro de su mismo sentimiento. Aunque me mirais tan salida de socorro humano, que es impossible hallar otro remedio que el divino, no tengais piedad, mostrad dureza, que es mucha razon, que quien dexando el camino del Cielo, torciò por los atajos del Mundo, ni en el Cielo halle clemencia, ni en el suelo halle favor. Aunque me mirais mortal con este espectaculo sangriento, que yaze entre mis brazos frio cadaver: cuerpo, que fue tan gentil, sin facciones, y figura; rostro, que fue tan hermoso, los ojos muertos, que fueron niñas de los mios; sin alma, quien fué el deposito de mi triste corazon; aunque sepais, aunque tengais dolor, no lo mostreis; pues digna es de dolores tan crecidos, y de angustias tan mortales, muger que por vengar su enojo, ha sido causa que muera este malogrado. Yo soy, montes, si no lo sabeis, la causadora desta muerte: yo soy, montes, si lo ignorais, la que ha quitado esta vida. Mirad, pues, aora, si os provoca á compassion mi sentimiento. Ea riscos, que hazeis, que no os caeis sobre mi? Ea peñas, como no os desencaxais, y me abris tumba en vuestras duras entrañas? Ea arboles, como el ayre de mis suspiros no os arranca,

ranca, y el fuego de mis ojos como no os enciende, para que sirvais de pira que consuma este mi cuerpo en polvos, y cenizas? Ea, fieras, si acaso al eco de mis roncas vozes aveis disparado algunas, dexad, dexad el albergue, y executad en mi pecho los humos de vuestra fiereza. Ay vida, y como causas en un pecho lastimado! Ay muerte, y que perezosa vienes á quien te desea. Ay Parca, y que piedad tan impia es la que conmigo usais en dilatarme el tormento! Mas ay Cielos, que desesperacion es esta? Ay Dios, què es lo que hablo? Ay Jesvs, què es lo que digo? He de dexar perder mi alma á vista de este exemplo? No me será mejor corregir mi vida con estas memorias? No valdrá mas morir penitente, que no acabar desesperada? Claro està, claro está. Pues por qué no pido misericordia? Por què no procuro el remedio? Pero quien me ha de oìr, si à Dios tengo ofendido? Quien me ha de perdonar, si está Dios enojado? No sè adonde me vaya; no sè á quien me acuda: mas en las tribulaciones, quien mas clemente que el Cielo? En los trabajos, quien mas piadoso que Dios? Ea, pues, Redemptor mio, á vos me buelvo, con vos quiero confessarme, en vuestros estrados quiero que me deis sentencia: una afligida muger es la que os está llamando; una pecadora es la que os vocea: mis pecados; que la conciencia me acusa, essos os confiesso; mis ofensas, que os estàn patentes, son las que lloro; culpas son tan graves, que merecen fuego eterno, delitos son que piden mil castigos. Mas ha de faltar misericordia en vuestro pecho, Señor? Si yà arrepentida os digo que he pecado, no me escucchareis? Si yà deshecha en lagrimas os pido clemencia no avrà perdon? Si, Dios mio, perdonadme, perdonadme, que en la enmienda que protesto vereis mi corazon, en la nueva vida conocereis mis deseos. Yà que he sido virgen loca, pues olvidada de mis obligaciones, me quedè dormida à vuestros mandamientos; yà que dexè á las prudentes, y al ayre de mis placeres mundanos apagué la lampara encendida de mi conciencia: yà que á la media noche llego, Señor, á vuestros umbrales, y con aldavadas de mi dolor inmenso, golpeo vuestras puertas, no me deis con ellas en los ojos, que os llamo arrepentida: no me digais que no me conoceis, pues vengo á confessarme pecadora. A un corazon arrepentido siempre le albergais, que sois Padre de familias: à un alma penitente siempre la oìs, que sois el Abogado de todos los pecadores. Ea, pues, Señor, contrita llego, albergadme;

mil

mil pecados traygo, oìdme; de ellos me pesa, absolvedme; la enmienda os prometo, perdonadme. Mirad, que yá de cansada me faltan los alientos; mirad, que yá de llorar se agota el corazon; mirad, que el mucho dolor me arranca el alma.

Con un profundo suspiro puso la afligida Dama fin al lastimoso llanto; y atonitos, y confusos Enrico, y Fabio de lo que estaban oyendo, sin detenerse un instante, salieron de donde estaban encubiertos, y llegaron à vista del prodigioso fracaso. Vieron al pie de un caduco roble recostada una Dama yà sin vida, cuya beldad, aunque difunta, podia ser embidia de muchas bellezas. Estaba vestida de monte, con un baquero de damasco verde, guarnecido de ricos alamares; tenia una montera, que servia de rebozo á la rubia madexa de sus preciosos cabellos; una espada ancha ceñida, y vna escopeta corta puesta al lado. En sus faldas tenia à un difunto Cavallero, tan desecho, y ensangrentado el rostro, que apenas se conocia su figura; tan lleno el pecho de heridas, que de él se originaban tantos arroyos de sangre, que toda aquella ladera estaba teñida de los roxos relieves, la yerva toda sangrienta, las flores todas manchadas. Llenos de espanto, y horror del espectaculo triste, no acertaban Fabio, ni Enrico à hablar palabra: confusos se miraban, temerosos se estremecian, lastimados esparcian suspiros. Sin saber que hazerse estuvieron una gran pieza, porque á cada determinacion, se ofrecia un reparo; á cada parecer, se oponia un tropiezo, hasta que Enrico atropellando inconvenientes, le dixo à Fabio: Amigo, yà que el Cielo nos traxo desde tu cabaña à este lugar á ser testigos de un caso tan lamentable, de un exemplar tan lastimoso, quizás para que nos sirva de espejo, en que miremos, y corrijamos nuestras faltas, que memorias de la muerte, siempre son destierro de el pecado. Yà, pues, digo, que hemos venido aqui, no será piedad ni de Christianos pechos, dexar estos difuntos á ser manjar de las aves, y pasto de las fieras; y mas quando avemos visto los actos de contricion, y el verdadero arrepentimiento con que esta Dama se despidiò de la vida. Aunque no conocemos quien sean, por lo menos el trage que visten, nos dizen que son personas de calidad. Y si ay peligro en que nos hallen con ellos, ò sepan que nosotros los hemos sepultado, no te dè pena alguna, que yo te sacarè libre de todo: Y si acaso temes, que siendo los matadores aquellos que à

prima

prima noche passaron huyendo por junto à la cabaña, podràn darnos pesadumbre, porque hemos usado esta clemencia, no te atemorize, que el buen zelo que nos mueve serà nuestro custodio, y la piedad que nos instiga saldrà à la defensa. Darles sepultura aqui, no lo tengo por decente; llevarlos à la cabaña, no es acertado, porque los pastores no lo entiendan; pues si los llevamos à la Aldea mas circumvezina, juzgo que nos será muy sospechoso, y por lo menos darémos motivo à muchas diligencias, y pesquisas. Por lo qual, soy de parecer que los cojamos en ombros, y los llevemos poco à poco à un Hospital de Santos Religiosos, que yace de aqui una legua, entre unos riscos, donde con mucho secreto les darèmos sepultura; y quando yà rompa el dia las vidrieras de la noche, darémos la buelta à tu albergue donde me despediré de ti contento, y agradecido.

Quedò Fabio tan conforme con lo que própuso Enrico, que no le contradixo en cosa alguna, antes muy animoso respondiò, que no tenia reparos algunos, y que para acudir à actos de tanta caridad, romperia por montes de imposibles. Diziendo esto, cargóse en ombros el cuerpo de el difunto; y estando ayudandole à Enrico à que cogiesse en sus brazos á la difunta Dama, oyeron cerca de sì un tropel como de cavallo, y algunos suspiros de persona humana. Fue grande el temor de que quedaron llenos, pues confusos, y turbados, soltando en tierra los muertos, huyeron un gran trecho, hasta que entre unas espesas matas quedaron escondidos, desde donde estuvieron acechando, por saber la causa de el nuevo suceso. El que venia á cavallo, era el criado que la Dama traìa, que como despues entendieron avia ido à buscar por toda aquella montaña, si avia algun poblado donde poder albergarse, y como la tierra era tan fragosa, y poco conocida aun de los que la habitan, sin aver podido descubrir lo que buscaba, bolvia con las nuevas al puesto donde avia dexado à su señora llorosa, y afligida: y como la hallasse de aquel modo, comẽçò con lastimosas vozes à llamarla, rodeandola de el uno, y otro lado, poniendola en pié, sustentandola la cabeza, tirandola los brazos; y viendo que nada servia, levantando mas el alarido, y haziendo mil estremos de dolor, y de sentimiento, baxò presuroso à un arroyo, y cogiendo de su sonora plata quanto cupo la copa de el sombrero, bolviò con ella diligente, y echandosela en la cara á la traspuesta

seño-

señora, fue tornando poco à poco en su sentido, y acuerdo, bolviendo à repetir el llanto con sollozos, y suspiros. Lo qual visto por Enrico, y Fabio, sin mas detenerse, se fueron à ella, que no quedò poco admirada de verlos, y muy lastimados la ofrecieron su ayuda, haziendo la relacion de todo lo que les avia acontecidò aquella noche, movidos de su llanto. Muy cortés, y agradecida se mostrò la triste Dama, y assi con mil ruegos, y ternuras les pidiò por merced, que no la desamparassen hasta poner á recaudo al difunto Cavallero. Todos se lo otorgaron compassivos de su lloro, y haziendole al criado que subiera en el quartago, le acomodaron lo mejor que pudieron al difunto, y tomando Enrico á la Dama de la mano, començò delante à abrir camino, y en su seguimiento todos, llegaron al Hospital, que era la parte que Enrico avia elegido. Llamaron à la puerta, y abriendoles un viejo venerable, entraron dentro, tan tristes, y llorosos, que llenaron la casa de confusion, y tristeza, à cuyo ruìdo unos Monges que alli estaban por huespedes, se levantaron confusos à ver la novedad. Como nadie sabia la causa, aunque la inquirian, todos se encogiã de ombros, y ninguno se atrevia à preguntarla. Baxaron, pues, del cavallo al difunto cuerpo, y aviendo Fabio hecho en la Capilla una gran fossa, le dieron sepultura, sin otros ritos, ni ceremonias. Esto acabado, salieron todos á otra pieza, donde Teodora (que assi se llamaba la Dama) les hecha en llanto, provocaba à dolor, y sentimiento: mas como considerasse, que los que la avian acompañado estarian deseosos de saber quien era, y los Monges, y demàs personas que la miraban querrian tãbien tener relacion de aquel sucèsso, pidiendoles á todos que se sentassen, y rogandoles amorosa, que la oyessen, haziendo prologo un lastimado suspiro, les habiò de esta manera.

Quando el habito que vestìs los que me escuchais (pues solo miro Religiosos, un anciano penitente, y un Pastor humilde) no mereciera ser secretario del processo de mis culpas, bastaba la merced que me aveis hecho, el favor que me aveis prestado, el consuelo que he recibido, para contaros sin empacho lo que os conozco que os tiene à todos suspensos, y confusos. Solo estarè pesarosa de que no me escuchen las damas de mi edad, las dõcellas de mi porte, porque à vista de mi exemplo, quedassen todas escarmentadas de semejantes peligros. Mas no puede ser esto en la parte en que nos vemos, oìdme vosotros, no para que me guar-

deis

deis ſecreto de lo que he de contaros, ſino antes para que publiqueis por el Mundo todo quanto tengo de deziros; que à trueque de q̃ ſe enmiendẽ las q̃ quiſieren imitar mis paſſos, eſtimarè por corona la notoriedad de los delitos. En Salamanca vì de la luz los primeros paralelos, alli nacì, alli me criè ſi con regalos, el Mundo lo publique; ſi con riquezas, mi calidad me abone. Mi nombre es Teodora, callo el Apellido, q̃ referir mis faltas, juzgo que me es dado, mas deslucir mi linage, no os ha de parecer juſto. Tuve por tio un ſanto Religioſo, con que la falta de mi padre (que me faltò muy niña) no me hizo falta, quãto à la enſeñança de buenas coſtumbres. De mi madre muy pocas lecciones tuve, porque caſada ſegunda vez, y auſente de mis ojos, paſsò retirada lo que le quedò de vida. Alvergados, pues, yo, y un hermano mio en caſa de unas Beatas, tias nueſtras, començé à entrar yà en la edad de la razon, y cumplido los años del diſcurſo, quando yà para caſarſe no ſe puede alegar menor edad, començaron à proponerme caſamientos, que á no cerrarles de una vez la puerta, me fueran muy canſados, y penoſos. Reſolvime en no caſarme, ſiempre con la mira de entrarme Religioſa (buenos deſeos, quando ſaben emplearſe; triſtes propoſitos, quando ſe atropellan) y como à tales inclinaciones no falta quien las aliente, apenas mi tio entendiò mi guſto, quando con muchos afectos començó à animarme. Viſitabame à menudo, dabame mil documentos, traìame libros devotos, con cuya leccion gaſtaba lo mas del dia. El deſeo de ſaber me incitaba algunas vezes á leer coſas profanas, y para vencer eſtos impulſos, me valia de un libro de S. Geronimo, que aſſi como le abria, hazia cuenta que el Santo me hablaba, pues con imperiales palabras de David, començaba à dezirme: *Oye, hija, mira atenta, y acomoda el oìdo à mis palabras; olvidate del Pueblo, y de la caſa de tu padre, y veràs que el Rey de Gloria deſea tu hermoſura.* Cobraba con eſtas palabras tanto valor, animabaſe tanto mi alma, que arrojando de las manos otras qualeſquiera leyendas, me abrazaba ſolamente con las letras ſagradas. Para que mas me ocupaſſe en la Divina Eſcriptura, me enſeñò mi tiò en pocos dias la lẽgua Latina, con cuya inteligencia paſsé à Mayores, hojeando los libros de mayor peſo. Recreabame mucho con el libro de los Cantares, divertiame à menudo en los Profetas, y dabame lo mas del dia al ſonoro metro de los Pſalmos. Con eſtos exercicios, interpolados con algunos ratos de oracion, paſſaba

las

las niñezes de mi vida, tan querida, y estimada de mis tias, que por tenerse siempre consigo, començaron à poner dilaciones en mi entrada en Religion: y aunque mi tio, como persona que sabia bien los tropiezos del Mundo, insistia en que me despidiesse del siglo, y tomasse el Habito, de mi muy deseado, no fue poderoso para sugetar los ruegos de las que como madre me querian: que importunaciones de mugeres, siempre alcançan lo que piden; y ruegos amorosos, siempre logran lo que intentan.

Quinze años tenia yà cumplidos, y aun no querian mis tias darme libertad para sugetarme à mas estrecha obediencia; tanto, que como me pidiessen un dia que leyesse alguna cosa santa, y espiritual, con que se divirtiessen, me aprovechè de la ocasion, y comencé à leer en San Juan Climaco estas palabras: *Quando determinas de peregrinar, y apartarte à la soledad? No te detègas en el Mundo, porque no te saltee el enemigo en este tiempo, y te robe esse buen proposito.* Doblè aqui la hoja, y buelta à mis tias, que yà me escuchabã suspensas, las pedì con encendidos afectos, que no me fuessen estorvo para cumplir lo que mi alma deseaba, que ya oìan el peligro que me amenazaba en la dilaciõ. Ellas tocadas ya de la inspiracion, hizieronme promessas de la brevedad, con que quedè consolada por algunos dias. Y en este tiempo (ay de mi, y como temo de llegar à los umbrales de mi tragedia!) Digo, pues, que en este tiempo se levantò una borrasca, en que fluctuando el barquillo de mis potencias, dexó metida el alma en mil scilas, y caribdis. Vino à Salamanca un Cavallero Andaluz, cuyo nombre era Lisardo, mozo galàn, y dispuesto; entendido, lo que bastaba; valiente, mas que otro aiguno. Tomò quarto frontero de mis casas, en casa de una viuda, que vivia con el alquiler que los Estudiantes la pagaban. Tenia un balcon, que miraba à mis rexas, tiro fuerte de artilleria, que assestado à mis ventanas, començò à darle bateria à mi alvedrio. Este fue el modo: Mi hermano Iulio era de los Estudiantes mas validos de la Vniversidad, el sustentante del rumbo, y el hampon de los valientes; pues como viesse à Lisardo alli vezino, y le parlasse algunos dias, conociendo por sus modos, que el ir à aquellas Escuelas, mas era gala que estudio; antes divertimiento que cuydado, travó con èl amistad tan estrecha, que eran muy pocas las horas del dia, y de la noche, que no estuviessen jũtos. Desta comunicacion procediò el ir Lisardo à mi casa muchas vezes, y destas idas se origino el ha-

blarme

blarme tal vez de passo, y tal vez con ceremonia de visita. Destas hablas, aunque el amor las llame cautas, y la censura modestas, començaron à resfriarse las virtudes en mi pecho, y à encenderse las llamas de mi apetito en mi corazon. Desta frialdad, y fuego enfermò la alma de un calenturon de inquietudes. Bien me entendereis, y no os espanta mi mal, que en tales ocasiones, el pie mas fixo en el camino de la virtud suele deslizarse, el entendimiento mas cabal suele divertirse, la conciencia mas segura suele descuydarse: porque el lazo de una ocasion amorosa, yà que muchos saben huirle, son muy pocos los que por lo menos no tropiezan.

Aficionème sumamente de Lisardo, hasta donde pudo llegar las riendas de el deseo, sin quebrar los limites de la razon: aficionème tanto con fin honestamente licito: amor, q̃ sin culpa puede desearse. La virtud, que en él resplandecia, provocaba á este querer; el buen termino, que en èl miraba, alëtaba à esta aficion: y quando yo no le quisiera por lo que en èl veìa, las muchas alabãças, que del contaba mi hermano, fueran poderosas para tenerle voluntad. Bien conocì, que Lisardo me pagaba este querer, pues solo en sus ojos le leìa toda el alma. El no entendia mi amor, pues vezes infinitas, contrahaziendo romances à su intento, y cantandoles suavemente por el compàs de un laud, me declaraba la mucha voluntad que me tenia. Declaramonos una tarde, que la ocasion nos quiso dàr à solas, poniendo yo tantos preceptos, y ajustandose èl à tantas condiciones, que todos quantos le puse por mandatos, los hizo obediencias de su mucha voluntad. Quedamos en querernos bien sin desearnos para mal; en tenernos aficion, sin mezcla de apetito; en meternos entre llamas, sin aver de quemarnos. O si como entonces experimentaba aquella sentẽcia, de que *para los amantes ninguna cosa ay trabajosa:* y que *para el que desea, nada ay dificultoso*, tuviera en la memoria aquel proverbio de Salomon: *Quien meterà fuego en su seno, sin que ardan sus vestidos? O quien andarà sobre las brasas, sin que se le quemen los pies*: Yá el carnal deleyte començaba à vender los ojos de la razon, pues borrò de mi memoria esta sentencia, quando la huve menester: pequeña centella fue, que abrasò despues toda la selva. Presto lo vereis. En nuestra fee prometida passamos mas de seis meses, yo, y Lisardo, supliendo las plumas en modesto lenguage los ratos de conversacion, que la ocasion nos quitaba. Secretarios de nuestros amores fueron solamente los portados

tadores de villetes, una fiel criada que yo tenia, y un criado de quien Lisardo se fiaba, primer tropezon de el entendimiento, hazer confiança en cosas que la honra puede peligrar, de sugetos de tan poquissima capacidad.

Quien duda, que aquellos incentivos de entrarme Religiosa, no estarian yá un poco amortiguados? Quien duda, que ya dexaria de executar à mis tias, aunque cumplido el plazo que me dieron? Quien duda, que ya no rebolveria tanto los libros Sagrados, como las flores amorosas de los Poetas Gentiles? Quien duda, que ya el orden de la oracion, y recogimiento no estaria prevaricado, y rompido? Nadie pondrà duda en cosas tan claras: Luego segun esto, yà el amor que llamabamos casto, començaba à hazerme guerra? Claro està, claro está; porque impedirme un buen proposito, quitarme de las manos la buena doctrina; è inquietarme la oracion, qué otra cosa fue sino desviarme de la escala, para que desmayando en el camino de la virtud començasse à dàr traspies por los despeñaderos? Assi me sucediò, porque una tarde, avisandome la criada de que Lisardo estaba cõtemplando en mis rexas, me diò deseo de ponerme en la ventana, para pagar su cuydado: como lo pensè, lo puse en execucion, hablamonos con los ojos, y por ellos me acometiò un relampago de muerte, una flecha de lascivo amor, un rayo del aperito. Y acordème entonces (ay de mi!) de un consejo, que en sus libros me dezia un Santo Cardenal: *Tèn abiertas las ventanas, mas sea por la parte donde entre la luz, sea por donde veas la Ciudad de el Señor; pero no abras aquellas ventanas, de las quales se dize: Entrò la muerte por nuestras ventanas.* De esta vista se originò en mi pecho una batalla entre la lascivia, y el amor dexando tan en balanças al libre alvedrio, que yà mil vezes le mirè en la lucha esclavo. Viendo, pues, à mi alma, que començaba à fluctuar entre los vicios, y las virtudes, me retirè una noche presurosa à mi aposento, y acordandome para esta ocasion de un consejo saludable, abrì el Psalterio, començè á dezir muy compungida: *Por què estàs triste, alma mia, y por què causa me estás perturbando? Espera, y confia en el Señor, porque yo le confessarè, que es la salud de mi rostro, y mi Dios.* Repitiendo estas palabras con fervoroso deseo, quise divertirme en leer cosas Divinas, fuyme al Doctor de la Iglesia San Geronimo, y en la primera hoja que mirè, hallè consuelo para lo que buscaba, pues qual si hablára conmigo, me dezia: *En el instante que el apetito*

comẽçàre à hazer cosquillas al sentido, y el incendio amoroso de el deleyte nos huviere bañado con el calor dulce, digamos à vozes: El Señor es mi Protector, no temerè qualquiera cosa que haga contra mi la carne. Hize reparo en que dezia, que el usar de esta defensa avia de ser al principio de la tentacion, con que me recordó la memoria otra sentencia del mismo Santo, de que al pensamiento no se le ha de dexar crecer, sino quando el enemigo està pequeño, matarle; esto es cortar la maldad en semilla, porque no crezcan las cizañas. Saludable consejo, doctrina admirable para atropellar tentaciones. Passè adelante en mi lectura, y vì que al mismo intento me citaban al Psalmista, hablando con una alma pecadora, y diziendola: *Hija miserable de Babilonia, bienaventurado el que te darà tu galardon; bienaventurado el que tendrà, y desharà à tus pequeñuelos en la piedra.* Con la interpretacion del Santo entendì ser este bienaventurado tan digno de alabanças, equel que despues de aver començado à pensar en las cosas torpes, y lascivas, al instante, luego al punto deguella los tales pensamientos, y los deshaze en la piedra. Yà estaba yo cuydadosa en preguntar, què piedra era esta, quando en el renglon siguiente escuchè al Santo, que dezia: *La piedra es Christo.*

Desquadernado el valor, la sangre fria, torpes las manos, y el pecho sin aliento, estuve suspensa un grande rato, hasta que cobrando brios de la inspiracion Divina, començè à dezirme: Ea, Teodora, què hazes? Si la piedra donde se han de matar las tentaciones, es Christo, qué esperas? Si es Christo con quien se han de descalabrar los malos pensamientos; què aguardas? Arrodillème, diziendo esto delante de un Crucifixo, y yà los ojos brotando sentimiento, le dixe embueltas en llanto estas palabras: Conozco, Señor mio, que me aveis librado de una tentacion notable: confiessoos mi Dios, que me he visto á pique de perderme: mas pues yà sé que sois la piedra donde he de sacrificar mis pensamientos, si valen promessas de quien tan mal cumple, desde oy con nueva vida os propongo mi enmienda; desde oy me he de enseñar à saber, *que el amor de la carne se vence con el amor del espiritu, y que un deseo se repite, y se refrena con otro deseo.* Desde oy el corazon deshecho en llanto, *lavarè todas las noches la olanda de mi lecho, y con mis lagrimas regarè los tapetes de mi esrrado.* Desde oy sentandome tal vez sobre la cama, dirè tal vez puesta en vos mi confianza: *De noche busquè à quien ha amado mi alma.* Vltimamente, Señor, des-

de

de oy pienso ser la cigarra de las noches, cantando sin cessar motetes en vuestra alabança: estarè, Señor velando, como el paxarillo solitario en el paramo sombrio, y cantarè con espiritu, y sentido lo que me enseñò David: *Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides de todos sus galardones, pues es quien se muestra propicio en perdonar todas tus maldades, quien sana todas las enfermedades tuyas, y redime, y preserva tu vida de la corrupcion.*

Yà con el fuego del amor divino quedò la tentacion sin la vitoria, y hallandome libre de un tan poderoso contrario, el corazon quieto, el alma gozosa, determinème estàr siempre en cercenar en las visitas de Lisardo, quitando hasta de los villetes muchos dias de estafeta, tal vez fingiendome ocupada, y tal vez publicandome indispuesta; No dexò de sentirlo, segun supe de mi hermano, aunque como discreto, nunca se me diò por entendido. Pero aunque este remedio me pareciò util para no verle, lo hallé muy dificil para poder olvidarle; y quando no ay olvido en quien ama, ni sirven ausencias de lo amado para averle de olvidar, antes à vezes ausencias semejantes son despertadores de el apetito dormido. Mas como nunca faltò guia à quien busca el camino, despues de rebolver entre mi muchas consideraciones, deseosa de saber el modo, por donde yo pudiera quitarme de la vista destos inconvenientes, hallé ser el ultimo remedio retirarme à la Religion, supuesto que alli me avia de privar de mi voluntad, y sugetarme à la obediencia, la qual, segun dize el Penitente Sinaita en su Escala Celestial, no es otra cosa, *que una muerte voluntaria, una obra sin examen, vida sin curiosidad, puerto seguro, escusa delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, navegacion sin temor, camino que durmiendo se passa y sepulcro de la propria voluntad.* Resuelta ya à executar estos deseos, estaba un dia, quàdo entrò mi criada con un villete, que me diò mucho cõsuelo, aunque fingì desazon en recibirle. Es el caso, que como Lisardo avia sentido mis desvios, juzgãdo procedian de que yo pensaba, que sus amores se enderezaban à mal fin, me quise desengañar con aquel papel, que por ser verso, y digo de su ingenio, os lo referirè à la letra, su tenor es este.

Dezir quan grande es mi amor
quisiera, mas el dezirlo,
es querer disminuirlo,
pues limito su valor:
ponerle tassa es error,
à un amor, que es infinito,

porque si á boca, ò escrito,
à tratar dèl me dispongo,
en loarle, poco pongo,
y en tassarle, mucho quito.
Tus gracias, tus perfecciones,
tu discrecion, tu hermosura,
hazen carcel mi ventura,
pues me tienes en prisiones:
taladro de corazones
es tu vista, dulce ingrata,
pues al que mas se recata
de mirarte, por vivir,
de tus ojos al partir
solo un sosslayo le mata.
Es cierto, que en un abismo
estoy metido por ti,
pues no me acuerdo de mi,
quando estoy mas en mi mismo:
pretenderte es barbarismo,
fuera sacrilego amor;
y assi, por este temor,
prevengo luchas mayores,
para amarte bien, amores,
para no pecar, dolor.
El alma te adora, en quanto
puede sin hazer delito,
y el sensual apetito
el la contrahaze otro tanto;
entre pecador, y santo
te puedo dezir que estoy:
pero con tal cuenta voy,
que siempre que en esto arguyo
para buen fin, digo tuyo,
y para mal, mio soy.
Tiende las velas el alma,
hasta lo que puede amarse,
y quando và à deslizarse,
huye la amorosa calma:
si hemos de llevar la palma
los dos de aqueste querer,
amar hasta no caer,
es el verdadero amor,
que los gozos con pecar,
son pruebas de aborrecer.

Quando yo no estuviera muy entendida de la discrecion de Lisardo, de su buen proceder, y de su virtud, con solo este papel podia quedar desengañada. Holguème infinito de leerle, y como jamás à un gusto dexó de seguirle un pesar, apenas le huve leìdo, quando entró mi hermano Julio en mi aposento, perdido el color, turbios los ojos, y el mirar sangriento. Preguntèle la causa, y muy resuelto me respondiò, que yá se murmuraba la entrada de Lisardo en mi casa, que yà se divulgaban sospechas, que yá se daban oìdos á mil malicias, y que assi, ò que me determinasse à tomar el habito sin mas dilaciones, ò si tenia diverso parecer, tratára de casarme, y que si gustava con Lisardo, èllo tẽdria por bien, por aver experimentado su trato noble, y estàr muy entendido de su sangre ilustre, y de un rico mayorazgo, que tenia: que lo mirasse bien, y q̃ por todo aquel dia le diesse la respuesta. Diziendo esto, se bolviò á salir, sin escucharme palabra. Quedeme confusa, metida en otra batalla de tentaciones, pues yà el deleyte començò á brindarme con sus gustos, co-

lorea-

loreados con lo honesto de el santo matrimonio, yá el alma parece que se ensayaba para novia, sin reparar en que la razon no queria ser su madrina, yà lo rico parece que aderezaba el talamo de las bodas. Fuctuando, pues, el pensamiento en medio de estas borrascas, y hallandome yá casi sin fuerças para enderezar el barco al puerto virginal, que tenia prometido, hizele à mi tio relacion de todo lo que passaba, aunque ya avian llegado à sus oìdos muchas nuevas, que le tenian lleno de pesadumbre: Vino, pues, aquella tarde à mi casa, y antes de hablar conmigo, me dixo la criada lo mucho que avia reñido con mis tias, sobre averme dilatado mis buenos propositos, y sobre aver dado entrada à Lisardo. Despues de esto, cogiòme á solas, cerrò el aposento, sentóse en una silla, y con la faz serena me dixo:

Aunque ha dias, Theodora, que encubro mi sentimiento, no me despedia de llegar à esta ocasion, y porque vamos claros en lo mucho que tengo que dezirte, te quiero advertir primero, que yà sé como estàs fria en tus propositos, que no ignoro, que te has distraìdo de tus santos exercicios, que conozco, que estás llena de mil pensamientos, que me es notorio que comunicas con Lisardo (poco recato de tus tias, y malos miramientos de tu hermano) que es publica la entrada en tu casa, que ay nota en la vezindad, que por esso estàs en valanzas de casarte, ò no casarte, de ser Religiosa, ù de no serlo. Todo esto lo sé yá; aora vèn conmigo, dirète mi parecer, te propondrè lo que puedo aconsejarte; y elegiràs despues lo que te estuviere mas à cuento. Viendote el demonio tan inclinada á la virtud, tan dada á la oracion, tan apartada de el siglo, buscò con su astucia trazas para hazerte tropezar. Traxo á este Cavallero de lexas tierras, plantóle frente tu casa, hizole amigo de Julio tu hermano, diòle entrada á tu aposento, trabasteis conversaciõ, propusotele muy discreto, èl te halló muy entendida, pagòse de tu hermosura, y en fin quedasteis prendados. Viendo el demonio tan bien sentado esta basa, quien duda, que aora no gasta toda su municion para derribarte, y destruirte, prometiendote gustos, representandote deleytes, brindandote regalos, y haziendote caricias? Què esquadron de pensamientos no andarà en tu pecho? Què motin de imaginaciones no te atormentarà el alma? Oìrte no pienso, porque escusas á lo que te he aconsejado yo, no he de admitirlas; dilaciones á lo que te importa, yo no he de aprobarlas;

voluntad de hazer lo que te amoneſto, ſolo la execucion he de eſcuchar por reſpueſta. A mi Convento me voy, y ſino fuere para acompañarte à un Convento no me veràs mas piſar eſtos umbrales. Tu padre ſerè como haſta aqui, ſi entràres Religioſa; ò llorarme por muerto, ſi acaſo te caſares. Quedate con Dios, y eſſas lagrimas que encubres, buelvelas al pecho: eſſe dolor, que diſſimulas, conviertele en alegria, y mira por tus ojos no diga Dios de ti alguna vez: *La donzella de Iſrael cayò, y nadie ay que la levàte.* Haſta aqui dixo mi tio, y ſin aguardar reſpueſta, tomò la puerta de la calle. Y ſi los que me eſcuchais atentos, dezis acaſo entre voſotros miſmos, que como una muger que aprendiò tanta doctrina, que tuvo tales Maeſtros, que leyò tantos deſengaños, ſe ha aprovechado tan mal, que ha venido à tal ruìna, pues el trage en que me veis, antes parece de vandolera, que de Religioſa, antes de pecadora, que de muger recogida: Quiero reſponderos ſin paſſar adelante, que mientras eſtamos en eſta carne mortal, no ay coſa ſegura, el mas entendido ſuele dàr mayor caìda, miradla en Salomon; el mas juſto ſuele tener un tropiezo, conſideradlo en David. Quantos, y quantos hartos de ayunos, y diſciplinas, hartos de gemir, y de llorar, ſe avràn condenado? Quantos, y quantos hartos de rebolver las Divinas Eſcripturas, hartos de enſeñar la memoria de la muerte, el temor del juìzio, y las penas del infierno, avràn buelto atrás en la carrera, ò yá con el cebo del deleyte, ò yá con la hinchazon de la ſobervia? De ſuerte, ſeñores mios, que ſolo el que perſeveràre haſta el fin, ſabrà ſalvarſe. Pluguiera á Dios lo que os parece, que tengo de diſcreta, huviera ſido ſencillèz, pudiera ſer, que los penſamientos no me huvieran guerreado tanto. Pluguiera à Dios, lo que os parece que tengo de letras, lo huviera empleado ſolamente en obras mugeriles, pudiera ſer que no les huviera dado tanta rienda à mis deſeos con dezir, ſabré guardarme. Mas, pues yá no puede ſer menos, y aguardais los fines de mi tragedia bolvamos adonde me apartè.

Salìoſe mi tio tan enojado, como viſteis, y yo hecha un mar de lagrimas, ſin querer hazer reſiſtencia alguna á tales inſpiraciones, deſpues que en mi retrete depoſitè las lagrimas, que el corazon ſentido me tirò à los ojos, deſpues que me previne de razones, y deſpues que deſpedì la triſteza con ſimulada alegria, ſalì donde mi hermano, y tias eſtaban con algun cuydado de vèr mi reſolucion; la qual fue dezirles,

que

qñe el dia siguiente, sin que estorvos se pusiessen de por medio, avia de entrarme Religiosa. Sintieronlo mis tias por la ausencia; y si lo sintiò mi hermano, por la amistad de Lisardo, no lo dió à entender, y assi en comun acuerdo quedamos, en que se executàra lo que yo pedia. Començaron à disponerse las cosas, y aquella noche comenzò el amor á incitarme para que escriviera à Lisardo mi despedida, carta, que yá la cortesia la llamaba justa, y la razon de estado la hazia forzosa. Parecìome tentacion, y no quise hazerla v. antes cumplida la tarea de mis devociones, quiso entregarle al sueño lo que de la noche me quedava. Id conmigo, que quiero yá entrarme en los temores de mis mayores assaltos. Apenas maté la luz, despues de estár dormida, quando cerca de mi aposento sentì passos. Puseme mas atenta, pensando no fuesse imaginacion: Confirmélo por verdad, pues oì, que allá afuera hablavan muy de secreto, y sin sossegar un punto quise curiosa examinar quienes eran. Para esto bolvì à tomar las ropas, aunque con desaliño, y vi que avia luz en el patio, dõde tabique enmedio dormia mi criada. Truxe mala sospecha, y por ser yá tan à deshora, y assi con el silencio que pude, enderecè allà mis passos, mas no pudieron ser tan secretos, que no lo sintiessen, pues apagaron la luz al mismo instante. Esto me causò mayor rezelo, y con algun enojo mandèle à la criada, que me abriesse, la qual fingiendose dormida, y cõ la turbacion no me obedeciò en grande rato. Abriòme en fin la puerta, pedì q̃ traxesse luz; fue por ella, y antes que bolviesse, oygo que se llega à mi un hombre, y con un profundo suspiro, me dice: Señora, no os altereis, que os juro á fee de Cavallero, que está donde yo estoy muy segura vuestra honra. En el metal de la voz conocì que era Lisardo el que me hablaba, y con temores de muerte desquadernado el aliento, y añudada la garganta, y la sangre convertida en sudor frio, le dixe, como pude: Hombre, quien eres? Quien te ha traìdo aqui? O que intencion te ha obligado? Como conociò mi turbacion, y viò en mis ahogos mi desmayo, llegòse mas á mi, y con ruegos amorosos, pidiendome perdon de el atrevimiento, me dixo que era Lisardo, q̃ iba àdespedirse de lo que mas avia estimado, y querido. Llegò con la luz à este punto la criada tan difunta, que en el perdido color se leian sus temores, y me dixo, que no la culpasse en nada, pues estaba alli Lisardo, que seria fiel testigo de su disculpa. Fuìmonos à mi aposento, quedamonos á solas, sentéme sobre

mi cama dile à Lisardo una silla, y cobrando algun valor, le dixe: No sè, señor, á que pueda atribuirse aqueste exceſſo, ni sè que pueda aver modo para colorear su malicia. Aqui el Amor no tiene basa, pues yà sabeis con la lisura que avemos procedido en nuestro amor, y quando este và enderezado solo à una aficion honesta, no ay desvelos que maltraten, no ay inquietudes que desvelen, no ay zelos que fatiguen, ni arrojos que puedan dissimularse. Esto supuesto, para què es esta despedida, porque me voy à un Convento? Para què son estos estremos, porque me retiro à servir à Jesu-Christo? Y para què son estos arrojos, porque me aparto del fausto del siglo? Què quereis con esto que presuma del amor que me aveis mostrado? Que quereis que crea de la voluntad que me aveis tenido? He de dezir que era honesta, si sentìs acaso, que me despose con Dios? He de pensar, que era por buen fin, si el meterme en la clausura os causa pena? Y finalmente, què quereis que juzgue? Què quereis que presuma de hallaros aora à la media noche escondido en mi casa, disfrazado como os veo: cargado de pistolas como os miro; aguardando que me durmiesse, como se dexa entender, y quizas con llaves falsas como puede presumirse? Aora dezidme de el modo que està segura mi honra, contadme la aflicion que traeis, y la determinacion con que venis.

Muy atento me escuchó Lisardo, y rompiendo la voz por entre mil ahogos, me respondiò estas palabras: Hallome tan concluìdo, hermosa Theodora, con vuestras discretas razones, que no sé el modo que he de tomar para dezir mis disculpas, pues ay casos donde la conciencia mas segura, si se ciega de aficion, se halla imposſibilitada de descargo. Pero supuesto, que yà conoceys mi trato, y que aveis visto mi amor, y os son notorios mis modos de proceder, deziros he la verdad, que no dexareis de darla credito, segun conmigo estays de acreditada. Y respondiendo primero al ultimo cargo que me hazeis de aver quebrantado vuestra casa, digo, que supe esta tarde, como mañana os ibais al Monasterio, cosa que me diò notable gusto por una parte, quanto dolor, y pena por otra; gusto, porque siempre, como sabeis, he gustado de que no tuvierais otro esposo mas que à Christo con que satisfago à vuestras objeciones; pena de vèr que no me aveis escrito, ni dado quenta de vuestra determinacion. Esta pena, junta con que ha muchos dias que no me comunicais con

aquel

aquel agrado que solias, yà haziendoos de la enfermedad, y yà fingiendoos ocupada, me llenò el alma de sospechas. Estas sospechas creciendo en el corazon, me causaron tantas inquietudes, y tantos juizios temerarios, que agotado el sufrimiento, viendo que aun no me quedaba un dia en que pudiesse hablaros, quise valerme de la noche para venir á deziros, si os he hecho alguna ofensa; y assi, acompañado de vuestro criado, assalté las paredes de vuestro jardin, llamè à la ventana del aposento donde vuestra criada duerme, respondiòme temerosa, pedile que me abriesse, escusóse quanto pudo, hasta que engañandola, hize que me diesse puerta abierta. Entrè dentro, y sabiendo que Iulio vuestro hermano, y mi amigo, aun no dormia, y que vuestras tias aun estaban despiertas, estuveme escondido, hasta que todo estuviera sossegado, no aguardando, no, que vos os acostarais, segun que maliciosa presumis, que para hablaros, claro està que os buscaria despierta, y no dormida. Oistcis algun ruìdo, y antes que yo fuera à buscaros me salisteis al encuentro del modo que vos sabeis. Lo que yo vengo à deziros, se cifra en dos palabras, que mientras yo viviere, hora esteis en el siglo, con tal que no os caseis; hora esteis en el Convento, con tal, que no tengais otra comunicacion, os he de amar con el afecto que hasta aqui; os he de servir con la voluntad que siempre os he mostrado, y he de llamarme vuestro, sin que nuevas correspondencias me desvelen, y sin que otros amores me lo impidan: y en señal de esta palabra, recibid este diamante, que gustarè mucho que os le lleveis con vos, para que por èl examineis mi fee, y en su fortaleza veais mi constancia.

Diziendo estas palabras, levantòse de la silla à darme un rico anillo, y á este tiempo trabandosele la guarnicion del estoque en una pistola, diò lumbre el pedernal, y con un ronco estallido despidiò la municion de el plomo, tan por medio de los dos, que no fue poca suerte quedar libres de el fracaso, yá que no de mil penas, y congojas. Al estruendo despertò toda la casa: levantanse los criados de mi hermano, y encontrando à Camacho (que era el criado que Lisardo llevaba, y de quien mas se servia para nuestros secretos) comienzan à dezir à vozes: al ladron, al ladron. Quiso Lisardo acudir, temiendo no le matassen, y considerando yo, que era mayor inconveniente que à èl le viessen, muy de acuerdo, que apagassemos la luz, y que quedandose alli saliesse yo

á

á remediar aquel daño. Como lo juzguè, lo puse por obra, salì corriendo ázia el jardin, adonde yà Camacho se avia ido retirando con harto peligro de dexar allì la vida, y mandando á los criados, que no le ofendiessen, fingiendo para esto lo que mejor supe, á ellos les hize que bolvieran à recogerse, y à Camacho le dixe que se escondiera por allì, hasta que baxára Lisardo. Mientras yo (ay triste?) andaba ocupada en esto, yà mi hermano Iulio se avia levantado, y tomado en la una mano un candelero, y en la otra su espada desnuda, avia escudriñado los rincones, y desvanes de la casa, y como no encontrò à nadie, se fue à mi aposento, en donde hallando à Lisardo, y viendo que yo estaba ausente, de tal modo quedò mudo, que no acertò à hablar palabra; de tal modo quedò ciego, que de enojo no veìa; de tal modo quedó elado, que no pudo moverse, hasta que llegando yo muy descuydada, los hallè suspensos, mirandose el uno al otro. Puesta, pues, entre los dos, yà vereis qual quedaria, pues casos repentinos de esta suerte, aun no dexan razones á una alma para saber disculparse. Mi hermano, como la misma razon hablaba por èl, callando nos dezia todo quanto con palabras podia castigarnos. Lisardo (como la presuncion estaba en contra suya) si es que tuvo pensamiẽto de dar sus descargos, lo que puedo dezir es, que no acertò à dezirlos. Yo desdichada, como veìa que en semejante peligro yà estaba amenaçando una desdicha, sacando fuerças por en medio de los miedos, y rompiendo la voz por medio de los desmayos, hablé de esta manera.

Aunque soy yo la que con mas razon (siquiera por ser muger) pudiera estàr elada del temor, desquadernada del sobresalto, y muerta de este encuentro, con todo, quiero hablaros, viendo que estais mudos, el uno casi empuñando la espada, y el otro casi previniendo el golpe; el uno enojado de ofendido, y el otro agraviado de su suerte. Bien pudiera yá Lisardo, pues està inocente, aver propuesto sus descargos con mi culpa, y bien pudiera ya Iulio, pues està ignorante, aver dicho por mi honra sus agravios, què harto hiziera yo en responder à la verdad, absolviendo agenas inocencias, y condenando yerros proprios; pero supuesto que los dos reservais en mi dicho vuestras causas, y estoy puesta entre los dos por arbitrio de justicia; atended á mi sentencia, y advertid, que de sentencias tales, no admite el derecho apelacion. El zelo de

mi

mi hermano ha sido muy justo, la causa de su sospecha muy evidente, muy declarado su agravio, y con mucha razon su enojo, pues yá que por mi honor en la parte que me toca sea mia la culpa, en la parte que à él le pertenece se le ha hecho ofensa, esto no puedo negarlo, porque arguir ignorancia de cosas claras, es indicio de delito. Segun lo qual, yá parece que es Lisardo el reo, y el culpado en este pleyto. Del parecer al ser ay diferencia, y aqui se confirma, pues no es Lisardo nada de lo que parece. Es el caso, que aviendo yo sabido esta tarde por relacion de una criada, de que Lisardo avergonçado, y corrido prevenia venganças, levantando alborotos, y motines, por averse murmurado su entrada en esta casa, siendo como sois los dos tan intimos amigos, y que por tal nota se aceleraba mi entrada en Religion. Digo, pues, que entendida yo de semejantes arrojos, considerando, que solo avian de ser campanadas de mi honor, quise hablarle para reduzirle, ò con ruegos, ò amenazas, à que disistiera de semejantes designios, aconsejandole, que trocàra en dissimulos las que queria publicar quexas, y agravios. Y el no hazer esto, hermano, por medio de tu persona, fue por dos respetos salidos del alma: uno, pensando no fueras tu el que huvieras dicho á Lisardo la nota, y murmuracion, y sabiendo luego los rumbos de su ira, quisieras con el azero hazerle que callasse: otro, juzgando que no llevàras á bien hazerte, como tercero de mis mensages, y mas viendote yá oy tan amostazado de mi correspondencia. No hazerlo por un papel, fue con mucho acuerdo, pues es una locura, y parece el mayor de los arrojos, que en cosa de tan poco peso fie, y confie una donzella, no menos que la fama de su honor, porque qualquiera papel, por muchos sellos que lleve, por muy cerrado que vaya, ha de passar primero por las manos de muchos portadores, uno que le recibe, otro que le lleva, otro que le confia, y otro, que si gusta, le dá al dueño; y si no gusta, le abre, como qualquiera de los primeros pudiera averlo hecho: Y quando sucede bien que escapa destos peligros, el descuydo de su dueño (por mucho que le estime) le pierde, ò algun amigo curioso le roba de su escritorio. De suerte, hermano, que cosas graves, y de este porte no son para escritas, sino para dichas de modo, que aun no lo oygan las paredes. Y ultimamente, el no averlo hecho de dia, fue porque quando me resol-

vì

vì en eſte acuerdo, piſabamos yà las ſombras de la noche; demás, que no fue juſto, que eſtando ya publica la nota, vieran entrar à Liſardo á las viſperas de mi auſencia. En ſuma, èl ha venido aqui à mi llamado, apercebido, temiendo alguna traìcion, diſpueſto á hazer quanto le pidiere, y determinado à los peligros que pudieran venirle. Aviendole, pues, dicho mi parecer, y empeñandome ſu palabra, que dexaria ſus comenzados intentos (que eran de dàr quatro cuchilladas á dos murmuradores) al tiempo que al deſpedirſe ſe levantò de la ſilla, ſe le diſparò una piſtola, cuyo eſtruendo ha ſido cauſa de aqueſtas confuſiones. Supueſto todo lo dicho, vayaſe libre Liſardo, y tu hermano buelvete libre á tu cama ſin rezelos: y eſto ſea ſin dilacion alguna, antes que demos que cenſurar à los criados, pues ellos con menores ocaſiones deſdoran la opinion mas inocente, arraſtrando la honra mas ſegura.

Sin deſpegar ninguno los labios, ſalieron del apoſento, Liſardo agradecido à mis palabras, y mi hermano muy ſatisfecho de que era verdad todo quanto le avia dicho. Con eſte ardid eſcusé una deſgracia, pues no todas vezes ſe han de contar las verdades tan deſnudas, que queden por ſofpechoſas, ſino que es meneſter echarles algun rebozo, del modo que lo hize en fingir que yo le avia llamado; pues claro eſtà, que le llamé vocalmente à mi apoſento, y con la imaginacion puedo dezir, que le llamè de ſu caſa. Acabada eſta tormenta, deſpertò el dia en brazos de la aurora, y apenas con ſu claridad comenzò á coronar las puntas de los montes, quando con el acompañamiento que me pareció decenteme fuy á uno de los mas luſtroſos Monaſterios de aquella Ciudad, donde ſiempre yo avia dedicado mis penſamientos. Dieronme el habito con mucho guſto, y con grande oſtentacion del aplauſo, que hizieron todos los nobles en aſſiſtir á mi fieſta. Contaros aora las tentaciones con que fuì combatìda por eſpacio de ocho meſes, ſerá querer contar al mar arenas, y al Firmamento luzeros. Fue tanto lo que ſe llenó el corazon de la aficion de Liſardo, que aficionada toda el alma, con ninguna mortificaciones podia ponerme en tino. Si oraba, el corazon en Liſardo; ſi velaba, ò ſi dormia, todo era penſar en Liſardo; ſi ayunaba, el penſamiento en Liſardo. Paſſemos, pues, en ſilencio mil lances que tuve en aquellos dias, y lleguèmos yà al blanco de mi tragedia; lleguemos yà al caribdis de mi honor, al eſcollo

llo donde tropezò mi dicha, y al patibulo donde se muriò mi gracia.

Sabed, pues, que aunque entré determinada de no acordarme del siglo, no se pudo apagar aquella centella amorosa, y assi nunca dexè de corresponder à Lisardo del modo que à los principios; buscando ratos hurtados para hablarle, y aprovechandome de trazas para escrivirle, de los quales papeles era Camacho estafeta bien secreta, pues à todos los lances sabia hazer su papel, sin que huviera que advertirle. Empeñamonos, pues, de tal modo, yà con las finezas, yà con los amores, que los que començamos juegos casi se hizieron verdades; las que pensabamos burlas, casi se hizieron empeños. Y esto nunca con mayor desgarro, que quando Camacho me cuenta una historia de zelos. Dixome, pues, que Lisardo dexaba en Cordova una Dama, que era un assombro de belleza, y que solo se entretenia en Salamanca, hasta que se compusiessen vnos pleytos, para casarse con ella. Aqui perdí el sentido, y comenzè à enagenarme de la razon, pues mas zelosa que pueden pintar à Iuno, no quise en muchos dias vèr, ni escrivir à Lisardo, el qual despues que entendió la causa de mi enojo, comenzó como nuevo amante á hazerme tantos juramentos, à darme tantas palabras, que viendo yo los estremos de su afecto, huve de bolver á admitirle en mi gracia. Ya desde aqui dexaron las voluntades el recato, que solian, yá todas las platicas iban algo licenciosas, yà las visitas tropezaban las mas vezes en consentidos pensamientos. Yà en fin dexamos à Dios, que en esto se cifran quantos males puedo proponeros, quãtas desdichas puedo significaros. No dexeis aora mientras prosigo de considerar aquella candidéz de mis principios, aquel recato de mis mocedades, aquella viveza de mi ingenio, aquellas letras tan bien aprendidas, y aquellos consejos tan bien empleados. Passo adelante: reñìle un dia à Camacho asperamente, porque se atrevia á levantar testimonios à su amo, solo à fin de darme zelos; y quando estuvo harto de escuchar mis oprobrios, me dixo con mucho dissimulo, que era tan verdad lo que me avia contado, que aquel mismo dia avia tenido cartas Lisardo de su Dama, por las quales le llamaba á mucha priessa para executar su casamieto, y por mas señas le dezia el dia que avia de salir de Salamanca; las jornadas que avia de echar en el camino, y à la hora que avia de llegar à sus brazos à vna Quinta adonde le esperaba. Que-

dè

dè tan hecha tigre con nueva ſemejante, que deſpidiendo bolcanes de fuego por los ojos, y por la boca la ponçoña que ſe engendrò en el pecho, le dixe avia de hazer à Liſardo, que le mataſſe, ſino era hombre para robarle la carta, y trahermela. Convino con el concierto, y de alli á dos dias puſo la carta en mis manos: leìla, y muchas vezes, tragando por entre mil ahogos la ſaliva; y previniendo ardides para mi venganza. Preſto me diò la traza el demonio, y fue, que como advirtieſſe, que dezia la carta: Saldràs Liſardo de eſta Ciudad el Sabado veinte deſte mes, porque el Sabado ſiguiente te he de aguardar en mi Quinta, con el alma, y con los brazos, y ſi en eſto hizieres falta ſolo un punto, confirmarè mis ſoſpechas de que tienes allá quien te entretiene. Digo, pues, que como advertì eſte mandamiento tan apretado, le eſcrivì à Liſardo en un villete, que ſe viera conmigo. Obedeciò al inſtante, y deſpues de muchos juegos, le dixe, ſi ſeria hombre para entrar una noche en mi Celda? A que me reſpondiò ſin turbarſe, que entraria una, y mil vezes, que ſeñalaramos dia. Entonces le repliquè, que avia de ſer á veinte y cinco del mes que eſtabamos. Aqui me parece que comenzò à titubear, aunque ſolo me dixo, que eſtaba entonces combidado à vnas fieſtas diez leguas de la Ciudad, mas que por darme à mi guſto lo atropellaria todo. Agradecile ſu amor, y deſpedimonos haſta el plazo ſeñalado, pues haſta entonces no aviamos de vernos. Mirad del modo que anda mi alma por los jardines de la clauſura, mira el paradero de mis amores honeſtos. Dixo un Autor grave, que la tentacion muchas vezes ſe vence, y que la ocaſion caſi ſiempre ſe atropella; pero que quando concurren, ocaſion, y tentacion (del modo, que en mi aveis viſto) ſon muy pocas vezes las que tropieza el alma, que no quede preſa en los lazos de el deleyte. Huygaſe, pues, la ocaſion, que eſtà quitada, á un rato de oracion muere qualquier penſamiento.

Llegòſe la noche ſeñalada, mas triſte me pareciò que otras vezes, pues recatando la Luna ſu ſemblante, embozó toda ſu claridad, y amortiguadas las demás Eſtrellas, quitaron lo brillante de ſus luzes, y ſirviò de manto un capuz de negras ſombras, que haſta una noche, con ſer triſte, deſcubre mas triſtezas, quando un pecador la quiere hazer tercera de ſu pecado. Tocòſe à recoger en el Convento, y dexando todas las Monjas ſus taréas, ſe fueron á ſus lechos, donde en breve rato las

dexò

dexò el sueño dormidas. Yo, que no me faltó astucia para hurtarme de la vista de algunas, que podian celarme, bolvìme á mi celda, donde estuve aguardando que diera el relox las doze. Assi como dieron, baxè con mucho silencio à vn grande patio de la casa, que era el puesto donde avia de esperar á Lisardo, el qual avia de traer dos llaves falsas para aver de entrar á aquella pieza. Allì me estuve vna hora, que la juzguè vna eternidad, batallando con infinitos pensamientos, de si Lisardo me avia burlado, y se avia ido á su tierra, ò si temeroso no se avia atrevido á cumplirme la palabra, ò si arrepentido queria disculparse, diziẽdo, que juzgò burlas las que tratamos veras. Estas con otras imaginaciones, me traìan tan inquieta, que á fuerza de divertirme no podia sossegarme. Y estando en esto, oygo de improviso, como que passavan por la calle una harmonìa de vozes funebres, y tristes, que à dos coros ivan cantando vn responso. Parecìome novedad, y sintiendo el valor de mil espeluzos, me hallè abrazada de vn miedo, quando entendì con Lisardo: y mas quando escuchè, que al son de vn temeroso golpe abrieron las puertas de la Iglesia, y las de la clausura, donde yo me hallaba. Salì por estas, hasta llegar à aquellas, muy ganosa de reñirle à Lisardo el ruìdo, que avia hecho. Pero no hallé à quien reñir el enojo, aunque dì mil bueltas por todas partes, escudriñando de la Iglesia lo mas secreto, y oculto, sino que vn esquadron de miedos, de que iba cercada, fuera poderoso para impedir el passo. Aqui confirmé no ser quien yo pensava el que avia abierto, y como á este punto conté las dos, hora yá desesperada para ponerse à esperar, viendome sola, quebrantada la clausura, las puertas todas abiertas, possible el averme sentido, y cientifico el averme engañado Lisardo, deslizeme de vn tropiezo en otro peligro, y de vna ruìna à otro despeñadero, esto fue, que me salì del Convento, y de la suerte que estava, me fuy por las Plazas, y las calles á vengar mi imaginacion zelosa, que á semejantes locuras obliga vn amor, quando està desenfrenado.

Enderecè mi camino à la casa de Lisardo, que yá os dixe, que estaba enfrente la mia, y tocando las puertas, hallé que estaban abiertas, y juntadas, y en el zaguan primero vna lampara encendida. Estuve vn rato dudosa, si entrarè, si no entraré, hasta que me resolvì à llamar, disfrazandome quanto pude con la poca ropa que llevava, y fingiendome ser vna criada de mis tias. Saliò la casera riñendose su descuydo, de aver-

averse dexado la puerta de aquel modo, y preguntandole yo si estaba Lisardo recogido, me respondiò con voz lastimada: hermana mia, yà esse Cavallero se fuè, no solo de esta casa, sino de la Ciudad, con determinacion de no bolver en su vida, por esso no le busqueis, que os cansareis en vano, pues va en postas camino de su tierra. En tanto que del dolor llegò el sentimiento al alma, en tanto que de la sangre, vna se elò en las venas, y otra se fuè al corazon, y en tanto, que con salivas quitè de la garganta los nudos, y del pecho los ahogos, cerrò la muger su puerta, bolviendose à su cama. Y apenas me vi á solas, quando con profundas vozes comenzè à pedir al Cielo mil venganzas; como si el Cielo, que permitia mi castigo, huviera de escucharme. Procedia mi dolor, viendo indicios tan patentes, de que me avia burlado Lisardo, dexando tambien testigos, que publicàran mi afrenta, como eran, aver ido á abrir el Monasterio, y averse ausentado, pues en esto dexaba al arbitrio de cada vno, juzgar lo que quisiera: No quisiera repetir estos dolores, yá vereis los grandes que podian ser; suplidme este período, y assi llegarèmos antes à mi postrera caìda, esta fuè tratar de mi venganza, que á no concertarse tan al punto, juzgo, que en aquella noche se cortàra el flaco estambre de mi vida.

Llorosa, pues, de la manera que digo, me recliné en los umbrales de mi casa, regandolos con dos fuentes de lagrimas, que desatadas de mis ojos, corrian hilo à hilo por la tierra. Y estando de esta suerte, veo que se llega á mi no menos que mi hermano Iulio, que como despues me dixo, venia de acompañar à Lisardo, hasta dexarle fuera de la Ciudad. Y assi como me viò (ay de mi triste!) sin conocerme, començò á preguntarme la causa de mi llanto, y considerando, que mi pena iba en aumento, mientas mas me preguntava, y que aunque procurava responderle, no podia, muy piadoso, y compassivo, me levantò del suelo con sus brazos, y descubriendome el rostro, por limpiarme vn sudor frio, de que me iba cubriendo, à la luz de vna hacha, que ya avian encendido los criados, conoció ser yo su cara, y querida hermana, conque quedò tan mortal de el dolor que sintió en verme, que en muy grande rato, que estuvo abrazado de mi cuello, no acertó á mover la lengua. Despues de passado el prologo del dolor, en la forma que pude, comencè à encarecerle mi afrenta, culpando á Lisardo de traydor, llamandole falso amigo, mal Cavallero, y fingido, y falso amante, y esto con tan ayrados impulsos,

que

que hasta las paredes que me oìan las provocava à vengança. Como Iulio con lo que yo dezia adelantò el pensamiento à lo que podia ser aquel fracaso, revestido ya de el enojo, que bastava, y despidiendo en colera las lagrimas, que encubria, hizo que me recogiesse, y tomando al instante postas él, y sus dos criados, se partieron todos tres camino de Sevilla.

Lo que restava de la noche passè en sollosos, y suspiros, considerandome yá causa de tantos males, la que siempre avia sido estimada por exemplo de virtudes. Què mas males, que por la ocasion que no quise evitar, verme puesta en un pensamiento consentido? Y de este pensamiento deslizada en el deseo de executar la obra? Y de este deseo huìda de la clausura (que aunque no huvo profession, yá que no pecado, con todo, es ignominia.) Y de este arrojo abrasada en rayos de venganza? Siendo causadora, que fueran siguiendo à Lisardo para quitarle la vida. Que mas males puede causar vna muger insolente? Qué mas ruìnas pueden seguirse por vna pecadora? Amaneciò, pues, el dia, no como otras vezes el Alva risueña, Apolo brillante, y la luz alegre, sino todo ofuscado en crepusculos tenebrosos, y metido en un capuz de pardas nubes, porque hasta los Astros parece q en su modo arrastran lutos, quando vén á vna alma muerta en el pecado. Assì, pues, como abriò el dia, embié à mi antigua criada al Monasterio con recado, dandoles noticia de como me avia buelto à mi casa, y que lo huviera hecho antes, si no fuera por la verguenza que me causava aver de dezirles mi determinacion. Y que el aver hallado aquella noche la puerta abierta, no lo atribuyeran à mi mal proceder, sino al descuydo de las celadoras de la casa. Con esto quise assegurar el baralion de sospechas, en que todas las Monjas se metieran al punto que me echassen menos; pues con tal caso, la que mejor presumiera de mi, me avia de destruir la opinion, y deslucir la fama. Antes que la criada traxera la respuesta, entrò Camacho en mi aposento, tan perdido el color, que fuè mucho conocerle, y derribado à mis pies, me dixo con lagrimas, y suspiros, como su señor Lisardo se avia partido de este mundo, movido de las causas que hallaria en vna carta, que le dexò que me diesse. Y que aviendose èl estado toda la noche junto al Monasterio para cumplir con lo que su señor le avia mandado, despues que preguntò por mi, no le avian dado mas respuesta, sino mil valdones, y vituperios, hasta que entendida mi fuga, vino à mi casa à buscar-

carme, y despedirse tambien para irse á un yermo á procurar su salvacion. Sin mas preguntarle, abrì la carta de Lisardo, que solas contenia estas palabras.

Teodora mia, al Cielo tenemos enojado, Dios se nos muestra sumamente ofendido, pues con rigurosas amenazas me ha representado esta noche terribles castigos, que ya sin duda estuvieran executados, à no aver con ruegos prometido mil enmiendas. A vn desierto me parto, donde con asperas penitencias te juro, y prometo, que rogarè à Dios tanto por tu alma, como por la mia. Si te ha alcanzado parte de mis exequias, yo sè que estaràs muy otra: si no has visto nada, olvida el amor terreno, y date de veras al amor de Dios, que están nuestras almas muy à pique de perderse.

Como quien recuerda de vn profundo letargo, ù de las tinieblas sale á vistas de la luz, comenzé á abrir los ojos de la consideracion à vistas de esta carta, que repassandola vna, y muchas vezes, me llenò el alma de mil arrepentimientos. Allì se sepultaron mis amores lascivos, allì muriò mi aficion mundana, y con amores verdaderos, y con limpia aficion comenzé à dezir, torciendome las manos: Ay Lisardo mio! mio nunca mas que agora, pues me adviertes mi ceguedad, y por mi causa te apartas de los regalos del siglo: mio nunca mas que agora, pues me has llenado el alma de contricion, y por mi causa dexas tu linage ilustre, olvidas tus años verdes, y en paramos sombrios vás à sepultar tu juventud. Ay Lisardo mio! (bolvì à repetir) y que mala correspondiente soy, pues quando te vas à hazer penitencias por mi alma, yo estoy despachando à quien te quite la vida. No quise alargar mas el llanto, sino despidiendo á Camacho con algunos escudos que le dì de limosna, me determiné à salir en busca de mi hermano aquella noche, temiendo no executàra la venganza. Vestida, pues, de aqueste disfraz, y aplicada vna mascarilla al rostro, me salì á la media noche de Salamanca acompañada de este criado, que como tan fiel, y seguro hize confianza de su persona. Hizimos largas jornadas, y llegando vna tarde, yá quando el Sol pisa las puertas del ocaso, al montezuelo donde algunos de los que me escuchais me hallasteis, al eco de vn lastimado gemido, bolvì la rienda al cavallo, y por presurosa que descendì á hablar al que se quexava, yá con vn Iesvs devotamente dicho avia rendido el espiritu. Aunque tuve sospechas, no juzgára jamás que era Lisardo, segun tenia desemejado el rostro de las heridas, y

gol-

golpes, hasta que reparando los vestidos, conocì que eran los que hartas vezes avian visto mis ojos en el brioso cuerpo de Lisardo: aquì hechò el resto el dolor, y despues de mil desmayos, no sè las locuras que me hize, q̃ no ay que pòderarlas, quando la causa es tan grave, que provoca á hazerlas.

Lisardo el que os he dicho, es el que hemos enterrado, saber quien lo ha muerto, yá os estarà patente, pues os dixe como mi hermano saliò en su seguimiento. Deziros los ruìdos, y las sediciones que avrá en mi patria, no puedo, ni tendreis necessidad de que yo os lo pronostique, pues cada vno de vosotros sabrà colegirlas; si aora solo esperais mi determinacion, es de acabar penitente, de olvidar de vna vez al Mundo, de apartarme de sus ocasiones, de huir sus lazos, y de permanecer en estas soledades, pues son ellas el rito donde se busca à Dios sin inquietudes: dilacion alguna yo no la he de admitir, porque no quiero que me objeten aquella sentencia: *Ay muchos en el Infierno, que murieron con proposito de hazer penitencia.* Antes quiero conformarme con aquella que dize: *Pues no tienes hora cierta, la hora en que estàs debes tener por vltima.* Yà que el demonio se ha vengado bien de mi, haziendome tropezar en mis principios, haziendome caer de la gracia, no he de consentir que se vengue en su vltimo ardid, que es la desesperacion. No he de desesperar de mi salud, quando procuro curarme con el Medico perfectissimo, que tomò el oficio de curar las almas con vnas entrañas dulcissimas de largueza, y piedad. Y si por esta causa, quando David se vió enfermo, le llamaba con mucha confianza, para que fuera à curarle à su casa, y le dezia: *Hazme misericordia, Señor, porque estoy enfermo, y sname.* Y otras vezes lloroso: *Sana mi anima, porque ha pecado contra ti, y està enferma.* Quien, pues, ò señores, con mayores llantos, y con mas crecidas ancias podrà llamar à este Medico de salud, y dezirle: *Tened misericordia de mi, Medico Divino segun vuestra misericordia.* Quien á vista de las persecuciones que el mundo, demonio, y carne me han hecho, no dirá con el Profeta mismo: *No me eches, ni me apartes, Señor, de tu presẽcia, ni quites, Señor, de mi tu Divino Espiritu?* Y si la soledad, y memoria de la muerte son los dos sagrados para huir del demonio, y buscar á Dios quien estando yà en este yermo, y aviendo visto la tragedia que he contado, avia de ser tan sin consideracion, que se bolviera al mundo? No estoy yà para andar à caza de los gustos, no estoy yà para

burlarme: he visto en vér esse cadaver grandes cosas, hame dicho mucho estando muerto; y assi, postrada ante vosotros, pido que me deis vuestra bendicion, y que mientras viva, guardandome secreto, no me descubrais, pues yà veis que fuera con perdida de mi fama, causarme inquietudes en mi penitencia, encomendadme todos à Dios, que yo os prometo de acordarme de todos. Si os he dado mal exemplo, supla vuestra prudencia las ignorancias de mi juventud: si os he cansado, supla vuestro sufrimiento los yerros de mi lengua; que averos hecho esta confession, ha sido principio de mi humildad, y aver acertado á dezirla, ha sido providencia; que vn pecho femenil se corre mucho, refiriendo sus faltas; y vn corazon despedazado, aunque fragüe bien las razones, passa mucho dolor en ir enquadernando las palabras.

Acabò Teodora de referir el processo de su vida, quedãdo todos tan atonitos de su saber, y discrecion, de la sal de su dezir, y del modo de su hablar, como pasmados de lo tragico de su discurso, de lo mal logrado de su belleza, y de lo compassivo de su edad. Ofrecieron guardarla el secreto, que les avia pedido, sin que alguno se atreviera à divertirla de su parecer. Con esto Teodora, dando à su Criado algunas joyas de valor, despues de averle juramentado, le despidiò amorosamente, haziendo que se llevasse el cavallo en que ella avia venido. Luego al punto se quitò sus ricos vestidos, y dandoselos à la casera de aquella santa Casa, la pidiò muy humilde la diesse algun saco de sayal con que cubrir su cuerpo. Diòla la muger vn habito de peregrina, quedãdose Theodora tan contẽta, como si en el trueque huviera tenido vna grande ganancia. Enrico que mas que todos se estaba remirando en ella, considerando que para la industria de su hija no avia menester otra maestra, se determinò à guiarla à la Caseria donde Leonor moraba, y assi con mil ofertas, y con mil ruegos la llegò à pedir por merced le aceptasse aquel ofrecimiento, despues que le huvo dicho lo oculto de aquel sitio, lo dispuesto para su pretẽsion, y lo retirado para penitencia.

Teodora, como se hallaba tan obligada del favor que Enrico la avia hecho, que aunque la pidiera otras cosas mas diversas de su proposito, era justicia el darle gusto, aceptò en su peticion, y aviendose despedido de los Monges, salieron del Hospital al tiempo que la noche cogiendo el negro manto, quebraba las vidrieras para que saliesse el dia. En breve rato llegaron à la cabaña de

Fa-

Fabio, donde despidiendose dèl, y de sus zagales, que yà aguardaban cuydadosos, caminaron Enrico, y Teodora solos, sin vereda, y sin camino, hasta llegar à la Alqueria, donde fueron recibidos con tanto gusto de los dueños, de dos hijas suyas, y de Leonor, que olvidada Teodora de sus frescas heridas, permitiò algun lugar al regozijo, y mas viẽdo la disposicion de aquella selva para darles principio à sus mortificaciones.

SOLEDAD SEGVNDA.

POr un balle sombrio,
deposito de escarcha, nieve, y frio,
pues tal vez con la sombra que haze el monte
no vé la luz que deslumbrò à Faetonte,
caminaba Lisardo,
pimpollo de la edad, joven gallardo:
que aunque Teodora le lloró por muerto,
á dàr fin à la vida vá al desierto.
Despues que à dos criados
los huvo despedido, bien pagados,
saliò sin compañia,
y trocò los vestidos que traìa
con cierto peregrino,
que fue el que hallò Teodora en el camino;
tan hecho el rostro heridas, y pedazos,
que ella engañada le lloró en sus brazos.
Por entre pardos riscos,
coronados de fresnos, y lentiscos,
pisa de Guadalupe las malezas,
repassando tristezas,
de su tragica vida;
y viendo que la tarde và caìda,
por los rastros de luz que dexa el coche,
busca un albergue en que passar la noche.
De uno en otro collado
discurre fatigado,
subiendose en los ombros de las peñas,
por si divisa acaso algunas señas

de humilde choza, casa, ó alqueria:
mas en vano porfia,
porque las sierras donde está son tales,
que no ay sino guardias de animales.
Destas en una, pues, horrenda gruta,
viendo que à la luz toda se enluta,
entra, no sin temores,
especulando sombras entre horrores,
y temiendo allà dentro
de algun fiero animal terrible encuentro
se queda á un lado à mitigar el frio,
sin penetrar los senos del vacio.
No sin algun cuydado,
por uno, y otro lado
presta de rato en rato atento oìdo;
y el pequeño ruìdo
que el ayre mueve entre las secas hojas,
le llena de rezelos, y congoxas,
y mas quando ya escucha
passos que un bulto dà con prisa mucha.
Ponese mas atento,
y vè que macilento
entra en la cueba un joven bien fornido,
que un saco trae vestido,
larga la barba, grifos los cabellos,
tan sepultado en ellos,
que si la vista atenta no repara,
era impossible discernir su cara.
Con una grande loça
vè que cierra la puerta tenebrosa,
entra mas dentro, y luego
hiriendo un pedernal enciende fuego,
á cuya luz Lisardo mas brioso
sale de lo escondido, y amoroso
saluda al penitente,
que con sollozos dize lo siguiente:
Quien eres (ay de mi!) quien te ha traìdo
à este albergue escondido?

quien

quién, dime, te ha guiado
á esse parage elado?
sabiendo soy un hombre
el mas indigno de tener tal nombre,
pues qual merecedor de pena eterna,
no sè como me sufre esta caberna.
En sollozos la voz queda anegada,
y Lisardo con voz mas lastimada
le dize es peregrino,
que ha errado por las breñas el camino;
comienza á consolarle,
pidiendole que quiera alli ampararle
por sola aquella noche,
hasta que el Sol sus luzes desabroche.
Tomale por la mano
el huesped afligido, y muy humano,
mas adentro le mete,
à un hueco que le sirve de retrete:
toman los dos assientos,
cenan de lo que avia, y muy contentos
al humoso calor de unos tizones,
comienzan à enlazar varias razones.
Lisardo recatado,
con un cuento estremado,
otro se fingiò ser, y muy creìdo
el dueño del albergue, aviendo oìdo
su relacion gustosa,
limpia la faz llorosa,
y dizele, supuesto que me escuchas,
oye de una maldad desgracias muchas.
Egino me apellido, este Orizonte
tuve por cuna en mis primeros passos;
Truxillo fue mi Patria, y qual Faetonte,
emprendì en la niñez muy arduos casos:
tres años desterrado me viò un monte,
hasta que atropellando mil fracasos,
dandome por dinero puerta franca,
las escuelas cursé de Salamanca.

Alli entretuve el tiempo, y en la ciencia,
no fuy de los peores; antes lleno
de ambicion, y ſobervia, ſin paciencia;
à mi Patria bolvì de mal ageno,
que yà ſe me guardaba, pues Clemencia
(harto inclemente para mi veneno)
era yà la conſorte de mi padre,
por ſer yá muerta mi querida madre.
Madraſtra hallè, mas era tan divina
en gala, gentileza, y hermoſura,
que á madre el alma la deſtina,
al punto que ſe hiriò de ſu luz pura:
con eſta beldad, pues, yá tan vezina,
voy à pagar tan miſera amargura,
deſpido finalmente la triſteza,
y engolfome en el mar de una belleza.
Antes miré (cautela mal mirada)
à mi madre Clemencia con recato;
eſto es, no pretendiendo de ella nada,
ſino un amor honeſto, un liſo trato;
mas como era diſcreta, y aviſada,
aun eſto no me daba muy varato,
pues tal vez hize un juego à lo villano,
para tocar las flores de ſu mano.
Hablabala amoroſo, y me eſcuchaba
con melindre tal vez, tal vez riſueña,
que como ſolo en burlas me trataba,
ni con moſtrarſe menos zahareña,
ni fingir lo enojado, que no eſtaba,
cauſaba algun cuydado: mas què peña,
comunicada yà con tal clemencia,
dexàra de engendrar correſpondencia.
Deſte comunicar, deſte burlarnos,
deſta honeſta aficion, y deſte juego,
embidioſo el demonio de mirarnos,
levantò tal motin à ſangre, y fuego,
que aunque pareciò facil apartarnos,
dificultoſo fue, pues quando llego

à bol-

á bolver sobre mi, me miré en calma,
presa la voluntad, cautiva el alma.
Viendome en tal estado, y en tal punto,
hago por libertarme prevenciones,
considero el peligro, y alli junto
de mi padre el honor; con mil razones
arguyo contra mi, y aunque barrunto
quedar libre de tales tentaciones,
despues que de reñirme estoy cansado,
vengo á quedarme mas enamorado.
Dexéme en fin llevar de mi flaqueza,
porque à tanto llegò mi ardiente zelo,
que solo imaginar que tal belleza
para mi era impossible en este suelo,
me daba tal locura, y tal tristeza,
que ciego para el Mundo, sordo al Cielo,
y sin temer el infernal abismo,
ser queria homicida de sì mismo.
Mi madrastra Clemencia descuydada
de mi inquietud ardiente, y amorosa,
jamás conmigo andaba recatada,
antes siempre en mirarme licenciosa:
quise yà declararme, mas mirada
que es tan fiel, y tan casta como hermosa,
temì perderme en semejante mengua,
y assi por algun tiempo até la lengua.
En el interin, pues con trazas quiero
algunas dár de mi passion señales;
y assi, al instante, pues, que considero,
que Clemencia me oye, con mortales
suspiros la confundo, luego espero
à que vea en mi rostro los raudales,
que desatados de mis turbios ojos,
à sus pies se vertian por despojos.
Otras vezes sentados en la mesa,
aunque mi padre estaba alli delante,
hago como que en verla yá me pesa,
fingiendo desazon en el semblante:

buelvo à hazer de ſu luz al punto preſa,
quedando tranſportado en breve inſtante;
y quando advierto yà que lo repara,
mis ojos privo de ſu hermoſa cara.
Letras tal vez con cuchillo formo
ſobre el blanco papel de los manteles,
para darla à entender que aſſi lo informo,
pues licitos no ſon otros papeles;
pero aunque lo ya eſcrito mas reformo
con palabras tan claras, como infieles,
al cabo todo me ſirviò tan poco,
que jamás conociò mi intento loco.
Vime tan alcanzado ya de cuenta,
que enferma el alma de mortal veneno,
caygo en la cama, donde ſe acrecienta
la pena de que eſtaba el cuerpo lleno:
viſitanme Doctores, y aunque intenta
cada qual con recetas de Galeno
recuperarme la ſalud perdida,
no daban en el blanco de mi herida.
Las muchas diligencias de mi padre,
viendo mi melancolico accidente,
podrà ſer que el oirlas no te quadre,
paſſolas en ſilencio; ſolamente
referirè, que mi divina madre
ſe moſtrò en regalarme tan clemente,
que á no cauſar mi mal ſu beldad pura,
hallàra en ſu piedad alegre cura.
Yà me vi en el articulo de muerte,
ſin aver mi flaqueza deſcubierto,
y viendo que morirme de tal ſuerte,
era como quedar dos vezes muerto,
deſato de la lengua el nudo fuerte,
cierro á todo los ojos, y concierto,
que nadie me acompañe cierto dia,
que es la cauſa de la pena mia.
Sentòſe, pues, Clemencia ſobre el lecho,
(de nuevo lloro quando lo imagino)

àzia mi cara reclinando el pecho,
y abrasando su Sol claro, y divino
mi corazon en lagrimas deshecho:
què tienes (dize) di, querido Egino?
què te aflige? Descubre lo que quieres,
que te juro de hazer quanto pidieres.
Ay señora, respondo, y quien pudiera
escusarte el pesar que darte entiendo!
Ay de mi triste! Y si possible fuera
las llamas apagar que estàn ardiendo
en un pecho que el marmol trocò en cera,
tan à mi costa, pues, me estoy muriendo,
y como me alegrára en mi tormenta!
mas ya que no es possible escucha atenta.
Dos vezes el Noviembre espeluzado
entre la escarcha se miró desnudo;
dos vezes de las nieves abrumado
passò el Diziembre entre tizones mudo,
y dos vezes de flores coronado
el bello Abril salir triunfante pudo,
sin que, oprimido de una pena loca,
me aya atrevido à despegar mi boca.
Dos años he callado; y como miro,
que yà me falta el alma, y yà el aliento,
aunque es un impossible à lo que aspiro,
razon te quiero dàr de mi tormento,
que si la causa por quien vés suspiro,
oy mi muerte, por ventura siento,
que querrà remediarme; y si no quisiere,
yá sabrá un desdichado por quien muere.
A una beldad divina, á un Sol luciente
rendi mi corazon, y enfermò el alma
de imaginar alli lo que ay presente;
mas engolfado en amorosa calma,
vitoria se promete un pretendiente,
aunque sea impossible hallar la palma,
tal me la prometì, mas yá vencido,
muerto me hallò, quanto mas, y perdido.

Enamorado eſtoy, Clemencia bella,
la Dama es ſingular à mi baxeza,
porque avràs de ſaber que es Luna ella,
que es quien tira del Sol mayor grandeza,
y que yo ſoy un giro de una eſtrella,
que à ſus pies lo reſpeto por cabeza:
Advierte, pues, ſi acaſo Eſtrella algu na
oſſarà competencias con la Luna.
Padres, deudos, amigos, ni parientes,
no han de facilitarme eſte impoſſible,
ni allanar lo que he dicho inconvenientes:
tu ſola ſi, ſi á mi dolor terrible
quieres moſtrar, Clemencia, ojos clementes,
tu me has de remediar, ſi convencible
tratas de reducir à la que adoro,
con razones, que no podrás con oro.
No pude dezir mas, porque anegada
la voz del llanto que aſſomò à los ojos,
no pudo articularſe. Quan turbada,
deſperdiciando los claveles rojos
ſobre la hermoſa felpa plateada,
de tanto Cielo diafanos deſpojos,
quedaria Clemencia alli conmigo,
tu lo ponderas en tanto que proſigo.
Que no entiende con mil entendimientos,
grave el ſemblante, y blandas las razones,
ſe mueſtra á mis palabras, documentos
les propone al principio à mis paſſiones:
mas viendo que ſon yà medicamentos
en vano para mi, tranſmutaciones,
haziendo de lo proprio que no ignora,
aſſi me dize con ſu voz ſonora.
Egino, de tu mal voy advertida,
cuenta darè à tu padre, que no es juſto
que ignore tal dolencia, y conocida
la Dama que me dizes de tu guſto,
con nueſtro poder todo, hazienda, y vida,
ſin perdonar trabajo, ni diſguſto,

harè-

harèmos que la gozes muy ufano,
y de cumplirlo doy palabra, y mano.
Diziendo eſtas palabras ſe levanta,
mas yo queriendo acabè de entenderme,
trabo de ſu criſtal con furia tanta,
que ſegun la mirè temì, perderme:
dixela: Yà, ſeñora no me eſpanta
vergonzoſo temor, bolved á verme
que vos tan ſolamente ſois la Dama,
que me tiene poſtrado en eſta cama.
Viſte la roſa, que al nacer el dia
tiene un no sé yo que de vergonzoſa,
de ſolo ver que el Sol con que ſe cria,
liſongero la dize, que eſtá hermoſa:
pero mirando yà la demaſia
con que ſu luz la trata congojoſa,
queda tan deſſabrida, y poco ufana,
que viene à ſer papel, lo que antes grana?
Pues deſta ſuerte contemplè à Clemencia,
hecha eſtuvo un clavel á las primeras
palabras que la dixe, y ſin paciencia,
quando eſcuchò las que la hablé poſtreras
atendiendo à la poca reverencia,
raſgó de ſus dos Soles las vidrieras,
miróme ayrada, y yendome à los fines,
ſalpicò todo el roſtro con jazmines.
Sueltame (dize) loco, ò daré vozes;
no tengo de ſoltarte, la replico,
ſin que cures mi mal, pues yá conoces,
que dando tu el remedio que me aplico,
cobrarè la ſalud; aſſi te gozes,
que evites un gran daño, y te ſuplico
remedies amoroſa penas tantas
á un hombre, que poſtrado eſtà á tus plantas.
Eſto diziendo, de la mano apelo
á ſus hermoſos pies, que de mi aſidos,
de la cama arrojandome en el ſuelo,
con la boca los pongo tan coſidos,

que

que pudo mitigar ſu dulze yelo
el fuego de mis labios encendidos;
y aſſi mayor eſpacio me eſtuviera,
ſi el ruìdo de entrar gente no ſintiera.
Diſſimulo mi pena, y buelvo al lecho,
tambien Clemencia encubre ſus rigores,
mudamos de lenguage à mi deſpecho,
y viendo que es mi padre, y los Doctores
los que han entrado à verme ſin provecho,
ſe deſpide Clemencia, y con dolores
tan mortales me quedo en aquel punto,
que todos me juzgaron yà difunto.
Mas viendo que mi mal es yà patente
à la Divina cauſa por quien muero,
trocando el melancolico accidente
en venganza mortal, grave, y ſevero,
los Doctores deſpido, y impaciente
à mi padre conſulto (ò trance fiero!)
pues por lograr amores de una madre,
ſon meneſter engaños para un padre.
Finjole, pues, que mi melancolia,
que mi mal, que mi pena, y que mi muerte
tendrán fin con llevarme en aquel dia
á una eſpacioſa Quinta caſa fuerte,
donde yà con la flor que el Abril cria,
yà con mirar como el criſtal ſe vierte
de un pardo riſco en perlas deſatado,
ſuele ponerſe treguas al cuydado.
O que me acompañàra, era mi intento,
mi madraſtra gentil, ó divido
alivio procurar à mi tormento,
que en la Quinta, mi padre no advertido,
era fuerza aſſiſtir por mi contento,
conmigo muchas noches, á quien pido
me preſten el rebozo de ſu velo,
para eſcalar las luzes de otro Cielo.
Quedòſe en la Ciudad Clemencia bella,
y aunque fingiò dolor por mi partida,

la vì en las niñas de una, y otra estrella,
que el irme yo à morir la daba vida:
mi padre, y yo partimos, pues à aquella
Quinta que yà te he dicho, y sumergida
la memoria entre penas, y tormentos,
comienza à vadear mil pensamientos.
Fiéme de un criado, que es forzoso
comunicar las penas si son graves,
este me contrahizo cauteloso
quantas pudo en mi casa buscar llaves,
con estas me aclamaba vitorioso,
si fiar de criados (ya lo sabes)
no padeciera achaques de deshonra,
pues solo sirven de arrastrar la honra.
De aquesta prevencion á los efectos
passar intento, y digo que una noche,
Etiope tercera en mis secretos,
despues que el gran Planeta metiò el coche
por los undosos de cristal aprietos,
siendo causa que Cintia desabroche
los paralelos de su hermosa cuna,
y en ausencias del Sol presida Luna.
Aquesta noche, pues, mi padre estaba
en la Quinta conmigo, y quando al sueño
debidas parias con quietud pagaba,
me salgo con silencio no pequeño,
y en un potro que al ayre aventajaba,
salto ligero, y à bolar le enseño;
pues del hierro sintiendo las cisuras,
alas calzò à los pies por herraduras.
Entro por la Ciudad, llego à mi casa,
abro el jardin, à un sauce ato el cavallo,
discurro por las flores, donde passa
un cristal derretido, canta un gallo,
à cuya voz tan triste, quanto escasa,
un bruto corresponde en escuchallo
tiemblo, pues nunca en recamadas flores,
cantan los buhos, si los ruiseñores,

Agueto

Aguero fue infeliz el canto triſte
mas un hombre qual yo determinado,
por todo rompe, à todo ſe reſiſte;
abro otra puerta, aqui con mas cuydado,
camino con ſilencio, en quien conſiſte
no deſpertar criada, ni criado:
mas como tengo el tiento bien ſabido,
diſcurro à obſcuras, ſin hazer ruìdo.

Aviendo, pues, llegado á la anteſala,
adonde eſtaba el retrete de Clemencia,
deſeo mas crecido amor exala
de verme yà à la luz de ſu preſencia:
la llave ajuſto, y viendo que eſtà mala,
todas las voy probando ſin paciencia;
y para degollarme la fortuna,
no puedo abrir de todas con ninguna.

Loco, precipitado, y impaciente
buelvo otra vez á barajar las llaves,
y viendo no ay alguna que me aliente
à quitarme del paſſo eſtorvos graves,
valgome del puñal, y brevemente
con golpes no, con cortes ſi ſuaves,
en donde la cerraja mas ſe anima
abro de haſta tres dedos una rima.

La mano meto apenas, quando ſiento
dentro del apoſento blandos paſſos,
detengome confuſo, eſcucho atento,
temeroſo el valor de mil fracaſos:
ſolo el oìdo aplico al apoſento,
por ſer tinieblas de la viſta ocaſos,
quando por reſquicios poco abiertos,
contemplo de una luz rayos inciertos.

Por el que es de la llave angoſto hueco
la viſta aplico, y veo que animando
Clemencia eſtá vna luz, que ardiendo en ſeco
en ſu paveſa ſe iba amortajando:
juzgo que en acordarme otra vez peco,
pues llego à eſtar aqui conſiderando,

que

que quiso tener lampara encendida
en las vltimas vísperas de vida.
Sobresaltada estaba, y temerosa;
medio desnuda estaba, y tan vestida
de purpura, jazmin, clavel, y rosa,
que aunque la olanda pudo dàr cabida
de que mi vista algo licenciosa,
llegasse hasta mis pechos divertida,
solo entre nieve vì, y aun esto apenas,
dos apretados pomos de azuzenas.
No aguardè un punto mas, sino furioso
la cerradura arranco de la puerta,
y Clemencia con rostro pavoroso,
y dudosa quizá de estàr despierta,
hizo prologo un ay tan lastimoso,
que al salir por su boca medio abierta,
de lastimas, y penas diò señales,
bolviendo nieve lo que fue corales.
Voy à abrazarla, y ella resistiendo
con flechas de crista! mis torpes manos
me reprehende, quanto mas me enciendo,
de mi amorosa llama humos livianos:
con alhagos procuro irla venciendo,
mas quando espero vér ojos humanos,
se deshaze de mi qual tigre ingrata,
y al ayre de un suspiro la luz mata,
Alza entonces la voz, deshecha en llanto,
huye de mi por todo el aposento,
sus passos sigo, y aunque obscuro tanto,
aqui, y alli trás ella corro à tiento:
y quando yá vencida del quebranto,
pensè en ella lograr mi pensamiento,
oygo à mi padre, escucho à los criados:
y aquel de quien fiè, muy alterados.
Conocì la traìcion, viendo el engaño;
la esperanza perdì, pero hecho un loco,
huyendo el menos, busco el mayor daño:
pues dexando à Clemencia por un poco,

en la puerta me planto (caso estraño!)
y su umbral con los pies apenas toco,
quando del golpe que tirè primero,
saquè à mi padre el halito postrero.
Sin vida cae el que me diò la vida,
desangrase à mis pies mi padre muerto,
los criados me aclaman parricida,
el alvoroto crece sin concierto:
mas ciego yo de mi amorosa herida,
sin vèr el fin dudoso, el caso incierto,
haziendoles huir á los criados,
vengar quise en Clemencia mis cuydados.
Arrebatò una luz á una criada,
buelvo á cerrar colerico la puerta,
y juzgando que en lagrimas bañada
Clemencia està del susto medio muerta;
hallo que no parece, y bien mirada
la sala una, y dos vezes, veo abierta
una ventana que al jardin caìa,
y oygo un quexido que de allá subia.
Considero el fracaso, y qual difunto,
perezoso el valor, torpe el aliento,
al funesto jardin baxè en un punto,
fuime ázia aquella parte casi à tiento,
y al pie de un jazmin casto (buen assunto
de un pecho que muriò por casto intento)
vì que Clemencia yà con tristes fines
salpicaba con sangre los jazmines.
Estaba la ventana poco menos,
de cinco estados del jardin distante;
y aunque el prado tapetes la diò amenos;
y algun arbol la quiso ser su Atlante,
como escapò qual rayo de mis truenos,
mas muerta de dolor, que relumbrante,
se estrelló entre las flores de tal suerte,
que las previno tumba de su muerte.
La ultima razon articulaba,
(que fue dezir, Jesvs) quando en mis brazos

lleguè

llegué á mirar cadaver lo que amaba;
su rostro celestial hecho pedazos,
muertas las luzes con que me alumbraba,
desperdiciados sus dorados lazos,
y buelta, en fin, la imagen mas hermosa,
deshojado jazmin, marchita rosa.
Contarte qual quedè, serà escusado;
pues yà echarás de vér qual quedaria
mi padre entre su sangre rebolcado.
Clemencia ahogada en mares que vertia;
yo, la causa de todo, salpicado
del estrago sangriento que hecho avia,
causa para bolverme era bastante
elado marmol, en lugar de amante.
O yà por los criados, ò el ruìdo,
toda la vezindad despierta siento,
yà dentro de la casa el alarido
hiere con vozes lugubres el viento:
yà de todos el caso mal sabido,
confusiones embuelve en sentimiento:
y yo por escusar mi muerte cierta,
por la puerta escapè, que dexé abierta.
Fueme el tener cavallo gran ventura,
pues assi me escapè de mil espadas,
diòme ayuda tambien la noche obscura,
impidiendo siguiessen mis pisadas:
y en fin, el emboscarme en la espesura,
me assegurò mil penas rezeladas,
hasta que al declinar la noche fria,
por bostezos el Alva saliò el dia.
Con su luz pude vér desde un collado
un pequeño Convento, donde al punto
el passo enderecè, y aviendo entrado,
viendome todos de color difunto,
à preguntar comiençan mi cuydado;
yo con sollozos, tema de mi assunto,
predicò mis delitos de tal modo,
que pasmado quedò el Convento todo

Alli eſtuve tres dias recogido
llorando mi pecado amargamente;
pedì la confeſſion muy compungido,
de la qual eſcapè mas penitente:
y aviendome del mundo deſpedido,
ſin oſſar parecer adonde ay gente,
vine buſcando las incultas breñas,
á ocupar lo atajado de eſtas peñas.

Catorze vezes el elado Enero
me viò qual èl deſnudo entre la nieve:
catorze vezes riguroſo, y fiero,
hizo Março con vientos lo que debe:
catorze vezes el Abril, gilguero
del prado, que ſus flores perlas bebe,
hizo en las plantas tan florido enſayo,
que yá los campos le juzgaban Mayo.

Todo eſte tiempo ha que aqui metido
lloro mi culpa, y gimo mi pecado,
al pedazo de pan ſolo ha tenido,
que el paſſagero ofrece de buen grado:
y tal vez de la hambre compelido,
por las Aldeas pido disfrazado;
yo ſoy el que te he dicho, mirá agora
ſi ay mas mal hombre en quanto el Febo dora.

Callò Eginio, y Liſardo
con pena mucha, con lenguage tardo,
à hablar acierta apenas,
no tanto de eſcuchar tragicas penas,
(que aquellas por muy pocas las juzgaba,
ſegun las que en ſu pecho repaſſaba)
quanto de vér que una amagada culpa
mil penitencias pide por diſculpa.

Cada qual entre sì pienſa ſus males,
ſuſpiros deſiguales
llenan del ayre el eſpacioſo ſeno:
cada qual tiene lleno
de lagrimas el roſtro, aunque procura
encubrir ſu amargura,

haſta

hasta que yà la pena bien sentida,
à que duerman el sueño los combida.
De palida remata
aderezando los dos mullida cama,
y aunque à ratos el frio los aflige,
aun una manta no ay que los cobige,
que para la maleza,
fuera mucha grandeza,
si la ropa tuviessen por abrigo,
que lleva encima un misero mendigo.
Con la incomodidad duermen contentos,
y quando sin alientos
llorando el Alva muda
huye del Sol, porque la vé desnuda,
á cuyo lloro entre la noche fria,
por canceles de luz assoma el dia,
dexan la dura cama,
y à abrir salen al Sol, que yà los llama.
Salen, pues, de la cueba,
y luego Egino lleva
por peñas, y pedriscos,
que desmoronan los caducos riscos,
à Lisardo al camino;
y con amor inmenso, y peregrino,
aunque el dolor les sirve de embarazos,
se despiden alli con mil abrazos.

SOLEDAD TERCERA.

YA el Alva en su recamado lecho estaba trençando la madeja rica de sus lucidos cabellos, y el Sol en su regazo despertaba con alegre risa, brujaleando sus rayos por las doradas rexas de el Oriente: yá la luz madrugadora, amortiguando Estrellas, se comunicaba à las plantas, y yà las aves desde el lecho de sus nidos comenzaban con gorgueos à darse los buenos dias, quando levantandose Lisardo de la mal mullida cama, y despedido con lagrimas de la humilde compañia, comenzò à penetrar lo mas quebrado de la selva. Caminò un gran rato por la loma de un

collado, por apercebir assi mejor las señas del camino que buscaba, y llegando al fin donde se descollaba un risco, ò por apartarse de la aspereza del monte, ó por mirar correr à un arroyuelo por la llanura del valle, le fue forzoso torcer los passos por una ladera, hasta baxar poco à poco à la falda del peñasco. Quiso cruzar el arroyo, pero apenas con un pié rompiò sus cristales, quando fue remora de el otro una voz profunda, que herida por los concabos de las peñas, pronunciaba el eco estas palabras: *Gracias à Dios, y à Santa Maria, pues veo otro dia.* Suspenso quedò Lisardo, mirando à todas partes, sin saber que hazerse, hasta que derramando la vista por las roturas del risco, divisó una pequeña gruta, à la puerta de la qual estaba Enrico arrodillado, vestido de toscas pieles, dando gracias por la venida de el dia. No aguardó mas Lisardo, sino dexando el comenzado intento, trepò por el monte arriba, hasta ponerse en la presencia del pastor penitente, que assi como le viò, saliò á recibirle con mucho agrado; y despues de saludarle, no con tantas ceremonias como enseña la politica en las Ciudades, pero si con los deseos amorosos que engendra la soledad, comenzaron à preguntarse el uno al otro alternativamente la causa de su designio: dixo Lisardo su intento, ahogado en muchos sollozos; si bien dilatando la relacion de su vida para ocasion mas oportuna, que como veìa à Enrico en aquel trage, no le juzgaba capàz para Secretario de sus tragicos sucessos; que no es prudencia referir tragedias á quien, ò no es capaz de saberlas creer, ó no alcanza talento para poderlas sentir. Enrico, que en el razonar de Lisardo, casi tuvo deslumbres de quien era, y en el modo del dezir, conociò lo bien que sabia, despues de averle escuchado mil periodos de razones bien sentidas, con algunos digressos, aunque al descuydo, bien acomodados, abrazòle estechamente, mano à mano se fueron á assentar al repecho de una peña, en cuyas faldas de yerba bien texidas, vn melindroso cristal, bostezo de una fuente, se estaba entreteniendo, qual niño entre las guijas, ò qual aspid de plata entre las flores. Sentados en este puesto, rompiò Enrico la voz con un profundo suspiro, y con buen lenguage, comenzó á ordenar estas palabras:

Conozco, Cavallero, en vuestro modo de hablar, que sois mas de lo que pareceis; deslucis con rodeos la causa que os ha movido

do al intento que aveis dicho, y por buen arte desmentis con razones diferentes lo proprio que sois. Yà os entiendo, y no me admiro que escuseis el descubriros à quien nunca aveis hablado. Lo mismo he guardado yo con otras personas, porque aun en las soledades no todas vezes se pueden publicar delitos. Escuchad, pues, mi tragedia, que sè que os ha de servir de pauta, para que rigiendo sin temores la pluma de vuestra lengua, me hagais con menos digressos relacion de vuestra vida. Avila, Ciudad de Castilla, tan notable, que hasta en las piedras de sus edificios campea la nobleza de sus mayores trofeos, fue mi patria, viendo en uno de sus solares los primeros giros de la luz, y recibiendo en una de sus Iglesias las primeras lumbres de la Fè, con el agua santa de el Bautismo. Mi nombre proprio es Enrico, mi familia, si no de las mas sobervias, no fue de las mas humildes; sangre hidalga heredè de mis padres, y en un mayorazgo hasta mil ducados de renta; quedème solo casi en las primeras mantillas que me aliñò mi suerte, señal bastante para pronosticarme desgracias, porque criarse sin doctrina de los padres es una de las mayores desdichas. Hizose cargo de mi un deudo, no muy cercano, que hasta en esto fuì infeliz, pues yo creo que yà soy el ultimo descendiente de mi casa; mas esta golosina de avér dinero, siempre engendra parientes, aunque se halle un hombre entre los remotos Indios: crième tan travieso de pequeño, que escapando de mis manos los muchachos á vezes descalabrados, y à vezes mal heridos, me pusieron por renombre, el diablo de la Parroquia, y quando yà mancebo, creciendo con la edad el rumbo, dieron todos en apellidarme el valiente, titulo que lo estimaba yo en mucho, por verme respetado, y temido. Llevado de esta ambicion, apenas pude entender los primeros rudimentos de la lengua Latina, quando arrimando los libros, puse todos mis deseos en las armas, jugar una espada, esgrimir un montante, blandir una pica, y hazer mal á un cavallo eran mis quotidianos exercicios. Siempre fui muy servicial, y agradable para con todos, y assi, aunque nunca me la hizo ninguno, que no me la pagasse, pues tal vez amenazas hechas à mis espaldas, las castigué cara à cara con heridas; di en agavillar tantos amigos, que eran yà muy pocos los que no se dignaban de tener mi correspondencia. En medio, pues, de mis mocedades, y quando estàn mas en su punto

las traveſuras, vi à una Dama, y pareciendome hermoſa, la comencè à ſervir. No quiero quebrarte la cabeza con metaforas, y encarecimientos, porque contar eſtas coſas à quien ſabe ſu entidad, mas ſirve de canſarle, que de divertirle; porque la metafora de las mexillas roſas, el apodo del clavèl à los labios, y el ſimil de las Eſtrellas á los ojos, ſi tu ſabes que eſto es pintar, para què te lo tengo de dezir? Baſta, pues, dezirte, que me pareciò hermoſa, y que eſta fue cauſa baſtante para quererla. Era la doncella noble, pero muy poco haziendada, dos requiſitos forçoſos para ſer agradecida, porque la nobleça ſiempre fue cortès, y el poco tener, ſiempre es agradable. Eſtaba baxo del amparo de una tia ſuya, que no lo tuve á poca ſuerte, por ſer yà un grado menos de ſuegra, ò ſuegra en ſegundo grado; y aſſi con eſperanças muy ciertas comencè á entablar mi pretenſion, ſin dàr cuenta á nadie de mis amigos; aunque para los recados me fue forçoſo el fiarme de una eſclava; penſion deſdichada de amantes, pues ſe han de deſcubrir à tales perſonas, quando no quieren que el amigo mas diſcreto entienda ſus penſamientos. A eſta eſclava, pues, de Doña Mencia (que eſte era el nombre de la tia de mi Dama) la di con un doblon el primer papel, encargandola el ſecreto por todos los modos que ſe acoſtumbra. Lo que la eſcrivì fue eſto:

Papel de Enrico à Leonor.

Divina Doña Leonor (eſte era ſu nombre) pagado de vueſtra hermoſura, me determino à ſerviros, mas no me parece cordura hazer galanteos, haſta ſaber ſi en la pretenſion ay dificultades, porque ſi las ay, ſaldrè muy deſayrado, apartandome deſpues de aver començado à ſerviros: y ſi comienzo, aunque las aya, dexarè la vida primero que dexaros. Mis partes yà las ſabeis, mi proceder os es notorio, mi hazienda no ſe os encubre; y aſſi dexo el hazer ofrecimientos, quando por eſta os ſacrifico mi voluntad. Vueſtro eſclavo Enrico.

No contenia el papel mas palabras que eſtas, porque he ſido poco Poeta en afeminar conceptos, quebradero de cabeza, y mas quando llega à manos de quien no lo entiende, ò à quien abomina del que lo eſcrive. Toda una tarde eſtuve eſperando la reſpueſta, no vino la eſclava, acoſtème diſguſtado, madruguè al otro dia, y fuìme à tomar el freſco à S. Vicente, mi paſſeo ordinario las tardes, y mañanas. Salì con intencion de aguardar alli à Doña Mencia, la qual tenia de

coſtum-

costumbre el ir sola con su esclava á oìr Missa los mas dias à aquella Santa Iglesia. Sucedióme bien, pues apenas huve llegado, quando las vì venir à las dos; y haziendo la cortesía que otras vezes, sin añadir mas ceremonia, como algunos, que en el modo de el hablar publican á quien pretenden, me puse atento á mirar si la esclava me daba muestras de alguna cosa. Ella, que entendiò mis designios, me hizo una seña, y con mucho recato dexò caer un papel en el suelo. Yo, quando le vì, quise con mucho alborozo ìr á cogerle; pero reparando en q̃ no me viera alguno, tendì la vista à todas partes, y al bolver la cabeza, hallè yà casi á mi lado à Don Iuan del Aguila, pariente muy cercano de Leonor, y muy amigo mio: Halléme en un instante atajado de dos inconvenientes, pues dexandole passar, era forçoso tropezar con el papel, y descubrirse la eleccion de mi intento, ò el desprecio de mi altivèz, y si le detenia, estaba el papel del mismo modo expuesto á dàr en manos del que primero passasse. A la industria remetì la resolucion de este empeño; y assi, saludando á Don Juan con mucho agrado, le dixe: Aunque os parezca lisonja, he de deziros lo que agora estaba imaginando; bien veis desde aqui todos aquellos remates de piedra, que adornando la techumbre de este Templo, sirven tambien de estrivos para reparar los arcos, pues hanme dicho, que ha poco que se sentò una Aguila sobre vno de ellos, que es aquel septimo en orden, contando desde esta orilla, y que viniendo diversas aves, y ocupando los demás, se levantò el Aguila, y se subiò sobre aquella excelsa punta, que respecto de las otras, sirve de corona al edificio, como dando à entender, que la Reyna de las Aves ha de tener mas encumbrado su assiento. Mientras yo iba haziendo esta arenga, y Don Iuan divertido iba atendiendo á todas las partes que yo le señalaba, me fui acercando poco à poco al lugar en donde estaba el papel, y echandole el piè encima, me prometì las albricias del feliz sucesso, porque à cabo de poco rato, haziendo un lienço caedizo, pude à bueltas de èl levantarle, sin que Don Iuan tuviesse escrupulo de mi enredo; antes muy en el caso de mi cuento fingido, me pidió le declarasse lo que queria dezirle en aquel simil: á que yo le respondì, que no era justo que el Aguila solariega de su Casa anduviesse tan humilde con las demàs, quando con mucho titulo pudiera levantar buelo sobre todas. Salieronle colores, tratòme amigablemente

de

de lisongero, y entrandose en la Iglesia, me diò lugar para bolverme à mi casa, q̃ no quise sino en ella saber el fin de mi despacho; porque aunque un campo ofrezca oportunidades, y lo oculto de una calle preste tiempo; no es justo q̃ papeles de Damas se lean en lugares semejantes, pues en la una parte las aves lo vèn, quando no huviera otros linces; y en la otra las paredes oyen à falta de otros escuchas. Abrì, pues, el papel, donde pude leer las razones siguientes:

Papel de Doña Leonor à Enrico.

Señor Enrico, vuestro papel he leìdo, y he hallado en él las dificultades que me preguntais, porque si dezis que es sola mi hermosura la que os mueve à pretenderme, esta se marchita facilmente, ò con el trato del tiempo, ó con el accidente de una calentura; y assi, es clara consequencia que no me quereis en no mirandome hermosa. Yo no puedo estorbarlo siempre, por lo qual quiero desengañaros, para que despues no me culpeis. Solo os digo, que no ha de moverme à quereros, ni lo quantioso de vuestra hazienda, ni lo bizarro de vuestra valentia, porque lo uno es renta de la fortuna, y esta no siempre permanece estable, y lo otro es un accidente del animo, y lo que es accidente, suele acabarlo la edad. La limpieza de la sangre es la calidad mayor, y el noble proceder la mayor gracia, con esto me entendereis. Dios os guarde. Doña Leonor.

Quedè tan anamorado de las discretas razones, que sin dàr lugar á mas dilacion, me determinè à ir en persona á pedirla por esposa, resolucion fue, que pudo costarme cara; mas quando un animo velicoso aguarda los terminos, ni puntillos de el amor? Aguardè, pues, que bolviera de Missa Doña Mencia, y quando yá supe que estaba en su casa, fui á ella, acompañado de dos criados, que dexé à la puerta, y pedì licencia para besarla la mano; fueme concedida, entrè dentro, diòme silla junto à su estrado, y despues de las debidas cortesias, y otros muchos cumplimientos (preambulos que no se escusan en la relacion de una visita) propuse en breves razones mi embaxada, à que la venerable vieja estuvo muy atenta, pero con crecidas muestras de inquietud. Y el caso es, como supe despues, que esta señora andaba solicita para que un deudo suyo, hombre de sesenta años, pero con sesenta mil ducados de hazienda, y sin heredero, se casasse con su sobrina, con espectativa que el viejo se moriria presto, y con golosina de que quedando Leonor tan rica, hallaria despues grandiosos

casa-

casamientos; linda locura, enlazar vnas flores de quinze años, con las canas verdes do un caduco tronco. Voy à la respuesta, que fue en esta forma.

Confiesso señor Enrico, el favor que nos hazeis à mi sobrina, y á mi, en lo poco que nos pedis, y en lo mucho que nos ofreceis, pues con vuestra noble sangre, podeis dár nobieza, y con vuestra hazienda, podeis hallar calificados casamientos; pero Leonor tiene diverso parecer de el que imaginais, porque con la poca dote que la dexaron sus padres, està determinada à entrarse en un Convento, eleccion tan santa, que yo no puedo contradezirla; antes estoy determinada de ir à acompañarla. Fuera desto, la muchacha es aora muy niña para cosas en que se requiere tanta prudencia; y assi, no será razon darle parte de vuestro intento: dexadla, señor, passàran algunos dias; y entonces con mas madurèz sabrèmos su determinacion, que si fuera para daros la mano, no podrà aver para mi cosa de mas contento.

No quise dexarla passar adelante, sino algo amostrazado, si bien con dissimulo, la roguè, que supuesto que por entonces no avia remedio para mi pretension, por lo menos me hiziesse favor de no despedirme, sin que gozasse de la presencia de Leonor. Respondiòme con mucha dessazon, que estaba indispuesta, y que no se acostumbraba dàr tanta mano à los pretendientes; que aun aquella visita era, ò sobras de temeridad, ò muestras de confiado. No pude dissimular yá el enojo, sino arrojando la silla, la dixe: De qué importancia, señora, es que vos me hagais melindres, quando yo quiero à Leonor, y Doña Leonor me quiere? No ay tal, respondiò la vieja, dandose dos, ò tres vezes contra un cogin, y alçando la voz, comenzò à dezir, que por sola la despreciaban, y que por pobre se le atrevian. Bien creì yo que al ruìdo saliera Leonor à ser el iris de la tempestad, que por vèr sus hermosos arreboles, diera por bien la pesadumbre; pero era mas discreta que su tia, y en no salir diò muestras de su mucha cordura. Acertò à passar por la calle en esta sazon Don Iuan del Aguila, que oyendo las vozes de su tia, y viendo mis criados á la puerta, terciando la capa, y metiendo mano, entró furioso à saber la ocasion, á tiempo que yo salia yà por el zaguan, bien descuydado de encuentro semejante: pero al verle de aquella forma, recibile tambien con la espada desnuda, que en tales casos no es prudencia, sino temeridad repa-

rar

rar con ſolas palabras vnos primeros movimientos. Dixele: D. Iuan, teneos, eſcuchad razones, y ſi eſtas averiguadas, os apareciere reñir, bien ſabeis que no ſoy hombre que buelvo las eſpaldas. Reportòſe con eſto, y aſſi en breve le contè mi pretenſion, y le referì lo que con Doña Mencia me avia paſſado. Era D. Iuan diſcreto, y como tal moſtròſe agradecido á mi eleccion, y como amigo me reprehendió aquellos arrojos de averme deſcompueſto con ſu tia, y de aver ido à tratar aquel negocio por mi propria perſona. Eſcuchò mis deſcargos, aunque aleves, y ofreciòme ſer el ſolicitador que allanaſſe todas las dificultades con que nos deſpedimos, yo para mi caſa, y él à conſolar à ſu parienta, que todavia eſtava atemorizada de mi furia.

Melancolico anduve toda aquella tarde, y quando yà la noche comenzaba à ceñirſe el apretador de Eſtrellas ſobre frente de azabache (porque haſta una noche negra ſe adereza en ſu modo para parecer hermoſa) tomè la pluma para eſcrivir à Leonor; pero inquietòme el pulſo oìr golpes à la puerta. Mandè que abrieſſen, y oyendo que regateaban dár el recado, rezeloſo de mi dicha, baxè al punto, y viendo á la eſclava, la recibì con abrazos. Dióme un papel, y yo para pagarla el porte de los dos, la puſe en las manos vnos doblones con que la deſpedì contenta: Dexando el eſcrivir, me puſe á leer, aunque fueron ſolas eſtas razones.

Doña Leonor à Enrico.

Aficionada os eſtoy, no he de negarlo; pero me teneis enojada, y ſi no es á vos en perſona, no he de fiar mi ſentimiento; y aſſi, ſi guſtais de oìrme, venid en dando las doze, que en la ventana que cae al muro os aguardo. Dios os guarde.

Contarte aora mis contentos, aunque con aquellas interpolaciones de què querrà dezirme? Qué ſerá ſu enfado? Si me hablarà amoroſa? Si me deſpedirà enojada? Y otras inmaginaciones ſemejantes, eſcuſado juzgo que ſerá, pues dudo dexes de aver paſſado por ellos. Dexolo en ſilencio, y paſſo adelante. Dieron las doze, y bien aderezado de una cota, eſtoque, broquel, y un par de piſtoletes (que para ſemejantes apreturas nunca eſtos inſtrumentos enfadan en la pretina) me fui al pueſto ſeñalado, donde hallé à la morena, que eſtava en atalaya, la qual, aſſi como me ſintiò en la calle, ſe quitò de la ventana; para que Doña Leonor ſalieſſe á hablarme. Buen ſimil ſe pierde aqui de la huìda de la noche,

quan-

quando despierta el dia, y del retirarse las tinièblas para que la luz amanezca. No quiero detenerme, y mas quando vès que Leonor me esperava en la ventana. Llegùeme à ella, y aunque hasta aquel punto avia sido poco tierno, la dixe amoroso de esta suerte:

Quando, señora mia, he merecido los favores que me hazeis, pues en tan breve tiempo hallo tanto grangeado? Quando fue vuestra hermosura merecedora de tan mal empleo? Y quando mereciò vuestra discrecion mi tosca correspondencia? Pero os juro á fee de quien soy, que todo lo que os debo de favor, me debeis de voluntad. Y si el enfado que teneis es acaso aver visto el arrojo con que oy llegué á pediros, disculpad mi ignorancia, y atribuid la culpa à vuestra indiscrecion, porque viendola tan grande en aquel papel que me embiasteis, no acerté à responderos por escrito; y por no dexar de responderos, hize aquella locura, aunque no fue sino acierto, pues ha sido causa de llegar à hablaros. No tengo que ponderar mi enojo (respondiò Doña Leonor) quando confessais vuestra culpa, mas estoy muy sentida de vèr, que aviendo comenzado por mi à saber mi voluntad, quisisteis, sin aguardar mi resolucion negociar mas presto por mi tia: pues á fee, señor Enrico, que si supierais su intencion, aguardarais antes un año de mis esperas, que un dia de su despacho. Humedecieronsele los ojos, diziendo estas palabras; y aunque atravesò dissimulos, se vertieron mas de quatro perlas. Enterneciòme su lloro, y preguntando la causa, me hizo larga relacion de lo que yà te he referido acerca del casamiento del viejo de sesenta. Yo la consolé lo mejor que pude, mostròse agradecida, ofrecila mi amparo, prometiòme voluntad, hizela promessas, diome palabras, y despues que con estas mostramos conformes las voluntades, ò las almas unidas, como suele dezirse, merecì por gran favor tocar una de sus manos.

Yá el Alva con esperezos nos anunciaba al dia, quando llegó la esclava vigilante á dezir, que yà era hora de recogernos, porque sentia à la vieja despierta (achaques de edad caduca padecer desvelos) y assi sin mas detencion nos despedimos, no con principios de amantes, sino con fines de esposos. Tres, ò quatro dias passé con aqueste gusto, previniendo todo lo necessario para celebrar mis bodas; y como yà por una parte Don Iuan avia dado cuenta á sus deu-

dos,

dos, y por otra Doña Mencia avia publicado mis cuydados, esta poniendo estorvos con achacarme travesuras, y aquel solicitando medios con referir mis partes, comencé yà à ser el mantenedor de parabienes, que los recibì muy grandes de todo lo noble de la Ciudad, pues fueron pocos los Cavalleros que no se alegraron, siquiera por verme quieto (que esto de casarse dizen qué es freno de la mas briosa juventud) pero como un amigo me dixesse en secreto, mirad lo que hazeis, que à essa señora la galantea Don Claudio, hijo del Corregidor, dexòme tan sin sentido, que aunque quise dissimular la passion, se assomò al rostro el veneno. Agradecile el aviso, y sin dar cuenta à Leonor, (aunque si de mi ausencia) divulgué por la Ciudad, que me partia à Madrid à comprar las joyas. La causa tan verisimul desterrò dudas, partime una mañana à hora que todos me viessen, y en cerrando la noche, me bolvì à la Ciudad desde un espeso bosque, donde estuve escondido. Yà dexè apercebido un criado, tuvome un postigo abierto; y assi, sin que me viesse ninguno, me entrè à las diez en mi casa. Vestime de noche con el disfraz que pude, y bien armado me fuì à la calle de Leonor. Rodeè toda su casa, requerì con la vista las ventanas, y con el oìdo atalayè lo que pude por las puertas. No hallè cosa con que me descontentasse, hasta que acabo de rato sentì, que entraba una tropa de gente por la una boca de la calle. Retirème à la otra parte, yà con las inquietudes de zeloso, quando con mucho donayre oì templar dos instrumentos, frontero de aquella rexa, en que contraxe con Leonor mis despososorios. Quise padecer con esperar, para averiguar mejor en el hazer. Acabaron de templar los Musicos, y á tres vozes cantaron este Romance.

Escucha, divina ingrata,
mis quexas, si à caso duermes,
y dame siquiera oìdos,
yà que otros favores niegues;
Apenas comencè à amarte,
quando casarte pretendes,
sin mirar de tus desvios,
serán lazos de mi muerte.
Diràs, que no debes nada,
y aun negarás conocerme,
mas si el alma me has robado,
por qué has de negar que de-
Ten amor, si eres discreta, (bes?
à quien amores te ofrece,
porque en viendo valentias,
es niño el amor, y teme.
No sientas hazer mudança,
quando la ventaja adviertes,
y por costumbre no es mengua

la

la mudança en las mugeres,
No temas al valenton,
que todos somos valientes,
y en materias amorosas,
el que mas vale mas puede.

Basta, no canteis mas,(dixo el protector de la musica, que conoci ser el referido Don Claudio) y puedo dezirte con verdad, que me quitò á mi la palabra de la boca, porque amostrazado de ver que quisiesse començar à pretender, quando yo estaba casi en possession, me estaba abroquelando para ir á dezirles que callassen; pero detuve los passos, escuchando, que por la misma calle que entraron, llegò determinada otra quadrilla con mi mismo intento, porque como despues supe, era el viejo pretendiente, que quizá picado de zelos, viendo que se le casaba la moza con que la tia le hazia ofrecimientos, quiso tambien rondar la calle, y hazer su demonstracion, que no fue poco para un hombre de su edad. Barajaronse las dos à cuchilladas, hasta que los unos en pos de los otros dexaron la calle limpia. Yo me estuve quedo, quando vì el motin confuso, porque es dislate entrarse à reñir à ciegas con los que están riñendo, quando no pueden distinguirse los que son contrarios. Fuera de esto, quise estarme à la vista de las rexas, por si se daban algunas muestras de agradecimiento. Puseme à escuhar, à tiempo que la esclava colerica, ò impaciente, abriò un postiguillo de la ventana, y juzgando que era yo alguno de los contenidos, començò à hazer mil amenazas, y desafueros, cosa que me dió notable gusto, porque quando las criadas, estando ausente el dueño, andan tan fieles, no ay para que tener sospechas de la Dama. A este tiempo sentì, que à mucha priessa venia uno desempedrando la calle, de quien no quise esconderme, y sucedióme bien, porque era Don Claudio, que juzgandome por uno de sus criados, me dixo: Fernando, pues que yà aveis hecho abrir, dexad passar à mi padre, que viene en mi seguimiento, y dad por essa ventana este papel, pues veis lo que me importa. En su primera razon conocì, que avia dexado á alguno, para que llamasse à las rexas, y el que fue andubo cuerdo en no quedarse, pues por lo menos fuera descalabrado. Dexandome el villete el engañado Don Claudio, siguiò su derrota, y yo despues de aver visto, que el Corregidor torciò por otra parte, quise con el papel intentar otra prueba, que en aviendo zelos en un pecho, con nada se asségura; y assi, dissimulando

lando la voz lo que me fue poſſible, comencè á agaſſajar à la eſclava, haziendola interceſſora de mi deshonra, y pidiendola con ofertas, tomaſſe aquel papel, y ſe le diera à Leonor. Con honrado brio me reſpondió la morena: ſeñor galàn, deſocupad eſta calle, y baſte el alboroto que cauſado aveis en ella, ſin que intenteis dàr à mi ſeñora nueva peſadumbre, porque quando yo fuera tan mal mirada, que la llevàra el papel, eſtoy ſatisfecha que á mi me echara de caſa, y à vos os remitiera el papel ſin abrirle, ò ſin leerle, le conſumiera en cenizas, ò le arrojára en pedazos. Apenas dixo eſto, quando dandome con las ventanas en los ojos, ſe entrò dentro, y me dexò ſin genero de ſoſpecha, aunque maquinando venganças contra mis opoſitores. Deſocupé el pueſto por aquella noche, fuìme à caſa, abrì el papel, que contenia eſte Soneto, el qual encomendè á la memoria.

Flechando el Amor ſu harpon ardiente
me diò en el alma tan mortal herida,
que yà por ella ſe aſſomò la vida
à contar mis deſgracias á la gente.
Acudiò con la herida un accidente,
y ſi al dolor le dexo hallar caìda,
rayo fuera la pena detenida,
que me abrasàra el corazon doliente.
Enfermo aſſi, zeloſo, y mal herido,
à pedir una gracia acoſtumbrada
llego, bella Leonor, à vueſtra puerta.
Las dos letras de un sì tan ſolo os pido,
y no es juſto tengais puerta cerrada
á quien para vos la tiene abierta.

Yà avràs viſto, que el Soneto para el propoſito es razonable, que el pretendiente andaba de poco juìzio en pretender por Poeta, que anduvo poco galàn en encomendar el papel, eſtando en la ventana à quien pudiera darle, y que moſtrò mucho miedo en huìr tan de corrida. Todo eſto avràs conſiderado, paſſo, pues, à mi penſamiento. Aviendo hecho mil diſcurſos de lo que haria con aquel papel, me ocurrió una valiente traza para dexar mi agravio ſatisfecho. Tomè el papel ultimo que me embiò Leonor, que yà te dixe contenia ſolas tres razones, de eſtarme aficio-

aficionada, algo sentida, y esperandome en su rexa, palabras tan equivocas, que podia engañarse con ellas qualquier pretendiente. Digo, pues, que tomé este papel, y cerrandole lo mejor que pude, se le encargue á un astuto criado que yo tenia; el qual disfrazado de muger, y tapado de ojo con el manto, se fue en amaneciendo á buscar á Don Claudio, à quien diò el recado de parte de mi Leonor; este mia ha sido el primer requiebro que me has oìdo, y no te espantes. (que fue mi esposa, y la quise bien) Quando yà vì el negocio en este punto, juzgue por buena mi traza: llegò la noche, y del modo que la primera, me fuì á la calle de Leonor à esperar la resulta del papel. Yá te dixe, que el plazo tenia à las doze, pues apenas fueron dadas, quando llegò Don Claudio muy puntual al puesto, dexandose á dos amigos que llevaba en las esquinas. Aunque el recuerdo destas cosas me causa aora disgusto, yà puedes considerar que entonces me causaria mucha risa, pues era para ello el vèr à Don Claudio hazer passeos, estoserse, mirar à las ventanas, fingir suspiros, escuchar á las puertas, y otras diligencias á este modo. Mas de dos horas le hize que esperasse, hasta que yà enfadado, ó quizá rezeloso de si era burla de Leonor (como ignoraba que fuesse mia) se determinò á hazer señas, tirando algunas chinas à la ventana. No quise que se diera lugar à aquello de despertar à quien duerme; y assi, saliendo de donde estaba oculto, y retirado, me acerquè à èl, y le dixe: Si sois Cavallero, y mostrais tanto amor, venios conmigo. Apenas acabè de dezir esto, quando llegaron presurosos los dos que estaban de posta; y si D. Claudio no los reportára, embistieran al punto, si bien fue la dilacion poca, porque como huvissemos baxado à las orillas de Santo Thomàs, alli me descubrieste ser Enrico, no huvimos comenzado à medir las espadas, quando de todos tres me vì acometido; y esto con tanta presteza, que aun no pude disparar una pistola; pero me defendì tan valerosamente, que cayendo à mis pies, el uno pidiendo confession, los otros dos tomaron por partido bolverme las espaldas.

Temì las vexaciones que Don Claudio avìa de hazerme, viendo à su padre Justicia, y al muerto Cavallero principal, y amigo suyo; y assi, me fui al instante, y passè toda la plata, baùles, y ropa en casa de un amigo, donde me estuve oculto todo el siguiente dia, sin que pudieran descubrirme humanas diligencias

desde alli avisè à Leonor por un papel todo el sucesso, la ausencia fingida, la satisfaccion de mi sospecha, la burla con su carta, y lo demàs que has oìdo. Respondiòme amorosa, que à prima noche quando el bullicio de la gente no dá lugar à reparos, me fuera á su casa, y que en entrando en ella, hallaria orden de lo que avia de hazer. A tal embite, què podia responder un hombre enamorado, sino obedecer en todo? Fuyme à la hora que me señalò, y apenas de su casa pisè los umbrales, quando la esclava, que estaba en espera, me asiò de la mano, y pisando tinieblas (que esto es lo que se llama andar à escuras) me fue guiando à un camarin secreto, donde me dixo que aguardasse hasta que fuesse hora de que Leonor pudiera verme. Fuesse con esto, dexandome encerrado; y como el esperar es tan penoso, despues que sentado en una silla, estuvo harto de repassar las cuentas de este Rosario, quise por curiosidad medir la anchura de la pieza; y assi levantandome, fui tentando las paredes, que con sus tapizes de telarañas, me anunciaron la estrechura del retrete, dandome à entender no ser aposento, sino escondijo de trapos, que á esto obligan los deseos de un amante, ò los temores de una prision. Yá me consideraba en un lago de ratones, ò en una tumba de sabandijas, quando reparé que estaban hablando de la otra parte. Apliqué mas el oìdo, y mirando por una rima, ò grieta que hazia el tabique, arbitro que dividia la casa de Leonor, y la de otra pobre gente, vì que dos humildes casados se estaban acostando á la luz de un lagrimoso candil, à quien un orificio de la pared, ò toda la pared llena de orificios servia de candelero, (que hasta en colgar una luz descubre la pobreza necessidades) y despues que en unos colchones mal mullidos, antes de paja, que de pluma, echaron à descansar los pobres cuerpos, escuché que el uno al otro dezian estas palabras: Buelvote á dezir, hermana, que estoy satisfecho de mis rezelos, porque la buena Doña Leonor me desengañò esta tarde, diziendome una, y muchas vezes, como esse doblon que tienes, te le avia dado ella por un favor que la hiziste; pero en tanto que el sueño viene, gustaré me digas, què servicio fue este que diò tan buena paga, quando nos consta que la buena señora passa tambien necessidades?

Sabràs, hermano mio (respondiò la consorte) que como este aposento en que dormimos confina con la casa de Doña Leonor,

pues

pues solo ay de por medio este tabique, llegò à mi en dias passados el hijo del Corregidor, (que yà sabràs pretende los amores desta dama)y prometiendo montes de oro, me pidiò le dexasse entrar aqui una noche, para satisfacer, rompiendo esta pared, su apetito. Fue tanta la pesadumbre que recibì con esto, que por no dartela à sentir, no te la he dicho hasta agora. Pero te prometo, que le respondì tan briosa, dandole à entender nuestro proceder honrado, y amenazandole con que su padre lo avia de saber, que le vì muy pesaroso de avermelo dicho; y assi, con muchos ruegos, y caricias me suplicò que callasse. Es verdad que le guardàra secreto, á no considerar el peligro que corria el honor desta señora, si acaso descuydada, no reparaba en el peligro: por lo qual, aguardando ocasion que su tia estuviesse fuera de casa, me fuy con ella, como otras vezes acostumbro, y la conté todo quanto Don Claudio me avia dicho, quedandose la hermosa doncella tan mortal del sentimiento, que la tuve una gran pieza desmayada en mis brazos, y despues de buelta en su acuerdo, derramando muchas lagrimas, sacò un doblon del escritorio, y dandomele, me dixo: Tomad, hermana mia, advertid, que os doy la prenda de mas estima, por ser de Enrico, el que serà mi esposo, à pesar de inconvenientes. Escusème lo possible en recibirle; pero no tuvo remedio, hasta hazerme casi por fuerza que le tomasse, rogandome con muchas veras que guardasse secreto, y que tuviesse cuydado con mis puertas. Yo por assegurar sus miedos, la ofreci entonces, que nosotros dormiriamos en este quarto, que esta es la parte mas flaca para poder romperse, y que su esclava podia dormir en un desvàn, que està aqui conjunto, con que por esta parte podia tener seguras las espaldas. Siguiò mis consejos, y muy agradecida, es tanta la llaneza con que me trata, que yo soy la secretaria de sus males, y sus gustos. Y con esto he satisfecho á tas sospechas temerarias que tenias, porque me viste aquel doblon en las manos.

Replicòle el marido: y por ventura esse Don Enrico que dizes, es el que hiriò la noche passada à Don Estevan, por cuya causa se ha ausentado, y la Ciudad està llena de alborotos? El mismo es (respondiò la muger) mas Dios querrà, que no muera el herido, para que Enrico se case con nuestra vezina, y nosotros tengamos en èl quien nos remedie mas de dos necessida-

des. Linda flema gastais, por vida mia (dixo el marido) quando el otro pobre està passado de dos estocadas, y el Corregidor està prometiendo seis mil reales à quien prenda al delinquente, y puede tanto esta codicia, que se han repartido esta tarde mil hombres por essos caminos, fuera de las quadrillas que andan por las calles, á fama de que Enrico està en la Ciudad. Alienta tambien á esto el tio Oidor, que tiene D. Estevan en Valladolid; y assi, si muere, y prenden à Enrico, bien puede Doña Leonor ir à celebrar las bodas al cadahalso. Pero demos ya nosotros parte à la noche, que es muy tarde, y deles Dios á ellos lo que vé que han menester.

Cessaron de hablar, y yo quedé tan gustoso de su conversacion, que me parece los estuviera escuchando lo restante de la noche, viendo que todo era oir finezas de Leonor, pruebas de su fee, y exemplos de su constancia, cuyo gozo no me diò lugar à que reparasse en los malos anuncios, que daban de mi vida: que un pecho amante, solo con verse querer, desmiente los amagos del sentir. A este punto, que ya seria mas de la media noche, abriò la esclava el camarin, pidiendome, abrazada de mis pies, que perdonasse, y tuviera bien que perdonar, à no aver tenido platica con que estár entretenida. Levantèla del suelo, y la abracè con mucho amor, porque hize reparo en la lealtad con que servia, pues hasta el doblon que le di quando me llevò el papel, se le avia dado à su señora. Preguntèle la causa de averse tardado, y dando un suspiro, me dixo: ay señor mio, que hemos pensado perdernos esta noche, pues quando mi señora estaba por minutos deseando que la vieja se fuesse à dormir, para venir ella á gozar vuestra presencia, la comenzò á hazer un sermon de como la avia criado del amor que la tenia, de lo que estaba obligada como madre, y en fin de otras mil cosas, que como esta vieja està rezando de continuo, sabe à los diablos de esto de sermonizar, y vino à concluir con que le diera palabra de casarse con un primo suyo viejo, senectud, calvo, y podrido, que yà le conocereis. A lo qual mi señora, despues de aver hecho otro discurso con palabras, respondiò que vos erais yà el dueño de su alvedrio, cosa que apenas oyó la vieja, quando mordiendo de los ladrillos, y arrancandose los cabellos, comenzò à hundirnos con vozes, y maldiciones, diziendole à mi señora, que era una libre, disoluta, é inobediente, y aclamandoos

dos á vos por hombre facineroso, espadachin, y malquisto; y si yo no la detuviera, como compassiva de su lloro (tal tenga la salud) creo que se huviera abalanzado à la pobre doncellita; la qual, considerando que si se costava en su cama, que está en el mismo aposento donde duerme su tia, fuera imposible venir à veros, porque la vieja en toda esta noche no pegará sus ojos, usó de una valiente traza, que fue dezir con muchas lastimas que no avia de dormir con quien tan mal la queria, sino que antes, à faltar en la casa otro aposento, se acostaria conmigo. Yo como la entendì, la roguè encarecidamente à la vieja, que yá que en todo lo demàs avia dado á mi señora tanta pesadumbre, no la contradixera, siquiera en esto poco su gusto, supuesto que en la sala de arriba podiamos poner la cama, hasta que por lo menos cessassen los enojos. Respondiòme, que la echàra, aunque fuera en la calle; y asiendo la ocasion de los cabellos, hemos estado hasta ahora en escaparnos de su vista.

Toda esta historia me contò la esclava, y luego con mucho silencio me fue guiando al aposento, donde Leonor con los brazos abiertos saliò á recibirme, borrando con lagrimas de alegria las que estaba vertiendo de tristeza. Hazme merced de suplirme este passo, porque si me pongo à referirlo, no he de poder acabarlo; porque despulsada Leonor de mi desgracia, comenzò à hazerme ternuras, afligida de las sinrazones de su tia, comenzó à darme sollozos, y colgada de mi cuello, casi quiso desmayarse. No puedo passar de aqui, colige las circunstancias, en tanto que prosigo. Toda la noche passamos en dos sillas, y despues de avernos contado el uno al otro los sucessos, la asseguré que la noche siguiente aviamos de estar casados. Bolviòme à repetir los favores, que no passaron del imprimir en mi rostro con labios de clavel, circulos de rosa (perdona la retorica en esta parte, porque solo en estas materias permiten bien el rebozo las palabras) correspondila con las finezas mismas, y amoroso la conté mis pensamientos, cuya execucion fue en esta forma: Hizela à Leonor que se acostasse, porque durmiesse si queria lo que restaba hasta el dia, y llamando à la esclava, nos fuimos al camarin, donde avia estado antes, y por aquel resquicio, que escuchè lo que te dixe, la hize que llamasse. Respondieron los vezinos, y quando los vì despiertos, asseguràndolos, que no tuviessen temor, rompi el tabique, abrien-

do con el puñal una pequeña puerta: paſsème por ella á la otra parte, y tomandola la luz à la eſclava, haziendola, que con unas tablas diſſimulaſſe la rotura, dixe que ſe fuera à repoſar.

Yá eſtaban veſtidos los caſados, tan eſpantados de verme, que caſi no acertaban à hablarme; quitèles el temor, y aſſegurèles, que por mi reſpeto no les avia de venir daño alguno, antes ſi muchos favores, que penſaba hazerles; lo uno, por la buena vezindad que à Leonor avian hecho; y lo otro, por la buena obra que con ſu ayuda penſavamos recibir. Con eſto le dixe à Penado (que eſte nombre tiene el marido) que fueſſemos los dos, y paſſariamos alli á ſu caſa mis alhajas, y baùles. Contradixo mi parecer, temiendo no me encontraſſen, los que deſvelados andaban por prenderme, y aſſi nos reſolvimos en que Penado fueſſe ſolo, y llevando las llaves de los cofres, le dixeſſe á mi amigo, que con la traza poſſible me llevàra por todo aquel dia las joyas, y los dineros, porque queria auſentarme. Diſpuſieronlo tan bien, que antes que fuera de dia eſtaba toda mi ropa en caſa de Penado. Y porque no te quedes en duda, eſte era un miniſtril, ſegun la muger me contò, en tanto que fue à hazer la diligencia, el qual con la poca renta que la Igleſia le daba, y un poco de trato que tenia, paſſaba humildemente.

Saqué al punto de un talego los quartos que me quedaban, haſta en cantidad de mil reales, y diſelos à Penado, y à Ximena (que aſſi ſe dezia ſu muger) le di unas piezas de plata, y un par de ſortijas, con que los dexè tan contentos, que no ceſſaban de moſtrarſe agradecidos. La paga que le di fue buena, mas la ſatisfacion mejor, como veràs adelante. Quando yá fue bien de dia, pedi recado de eſcrivir, y retirandome à un ſecreto, eſcrivi tres cartas, una al viejo que me avia criado, diciendole me iba à Flandes, y que aſſi cuydandome de mis rentas, acudieſſe con ellas à Doña Leonor, como à mi legitima muger: otra al Cura de San Vicente, que era grande amigo, pidiendole, que à las diez de la noche le aguardaba en caſa de Penado para cierta diligencia, y la ultima para el Proviſſor, ſuplicandole me diſpenſaſſe en las moniciones, para contraer matrimonio con Doña Leonor, ſegun los requiſitos nuevamente reformados por el Concilio de Trento. La cauſa juſta me facilitò eſta gracia, tomè la diſpenſacion, y remitiſela al Cura, para quitarle rezelos, que no dexaria de tenerlos grandes, temien-

miendo el peligro, que es tambien carga de Pastor, estár sujeto á que los mas amigos usen con èl de una maldad.

Venida la noche, pasé mis baùles por la rota pared en casa de Leonor, sin que la tia lo sintiesse, (que como siempre me fue contraria, nunca la tuve devocion) y despues que como à mi esposa, la huve encargado á Leonor todas las joyas, que encerravan, y yà el relox con diez golpes era anunciador de la primera quietud; nos passamos los dos á la casa de Penado, dexando à la esclava por centinela en la puerta del tabique. Llegò el Cura casi al mismo punto, y assi en presencia suya celebramos el santo matrimonio, siendo testigos Penado, y Ximena, con que yà desde aquella noche comencé à gozar mas libremente los frutos opimos de Himeneo. Fue suma felicidad para mi, y assi me durò poco (que una gloria mundana, siempre trae vinculada una desdicha) pues à quatro dias de casado muriò D. Estevan, cosa que degollò todas mis esperanzas con la consideracion de la ausencia, porque viendo probada la muerte, casi averiguado el desafio, y la parte poderosa, determinè dexar la Ciudad por algunos dias, hasta que el tiempo fuera borrando las frescas memorias con el pincel del olvido. Contarte el sentimiento de Leonor en esta parte, es, me parece cosa escusada, pues basta dezirte, que para vadear los rios de sus ojos, tuve necessidad de desasirme de sus brazos: Y aun me dexára angado, ò no me dexàra partir, que es lo mismo, sino ofreciera bolver muchas noches à verla, y porque essas avian de ser inciertas, y cierto el causar ruìdo quando llegára à llamar á las puertas, ò ventanas, me llevé tres llaves, que eran menester para entrar hasta su aposento, quedandose Penado con el cuydado de hazer otras para el servicio de la casa.

Llegué à Madrid, y pensando estarme escondido entre su bullicio, y confusion, quiso la fortuna que yà huviesse muchas espias que me buscassen, pues saliendo de Atocha una tarde, oì dezir á uno de dos embozados que se estaban passeando allì à la puerta, aquel es, no ay sino seguirle. Alarguè mas el passo, y viendo q̃ se aceleraban en mi seguimiento; confirmè mi sospecha, y torcì mi camino àzia el Prado de San Geronimo, que por ser una tarde desapacible de las que suele tener Febrero, estaba bien desocupado. Alli me bolvì á los dos, quisieron prenderme, reñi con ellos, acudiò mucha gente, y aunque se echò voz de que mè

llevaba muerto, por causa de que al mismo instante por enmedio de todos cruzaron quatro hombres cargados de un difunto que traìan de aquellas alamedas, me escapè con la vida à ser causa de las muertes que he dado, y padecido. Y como hallasse aquella misma noche, que un Capitan de Infanteria, con otros Cavalleros, estaban de partida para Italia, me acomodè con ellos, sin darme lugar la prisa à que escriviera à Leonor, pues quãdo sè està previniendo una desgracia, todos los medios parece que se desvaratan, y se aniquilan.

Casi tres años me entretuve en Italia, sirviendo al Emperador, donde con hechos señalados pude perpetuar el titulo de valiente, que ya tenia adquirido. No quiero cansarte en referirte los modos, ni en contarte las hazañas, porque ha rato que me escuchas, y aun no hemos tocado el umbral de mis tragedias. Solo digo, que en pago de mis servicios, me perdonò el Emperador, dandome licencia para bolverme á mi esposa, y cartas para el tio de Don Estevan, que era la parte mas interessada en la muerte, y dos mil escudos para el gasto del camino, con que llegùe á España sumamente contento, solo de acordarme que iba à los brazos de Leonor. Exhibì en la Corte mis papeles, y con feliz despacho caminè para Avila, casi sin darme à conocer à persona alguna, con intencion de coger descuydada à Leonor, (que es proprio estilo de amantes usar de estratagemas) y para esto llegùe à la Ciudad en punto de media noche, y aprovechandome de aquellas tres llaves, que tres años avia que las tenia guardas, entrè con mucho silencio en casa de Leonor, ò por mejor dezir, entrè en mi casa. Encendì una luz, prestandome la lumbre un pedernal, y con ella discurri por los quartos baxos, que pareciendome estár mejor aderezados que solian, comenzò el alma à llenarse de sudores, temiendo por una parte si Leonor se avia ausentado de la casa, ò por su muerte la habitaba otro dueño; y por otra, sospechando si estando yo ausente, trataba de magestades Leonor, porque no parece bien que una Dama cuelgue, y blanquee la casa en ausencias del marido. Con todo, no quise hazer piè en cosas tan leves, sino subiendo al aposento, donde con Leonor celebré aquellas pocas noches que tuve de boda, al ir á ajustar la llave á la cerraja, hallé que la puerta estaba juntada solamente; y abriendola con tiento, me vi herido en sus umbrales en otro relampago,

de

de sospechas, pues miré toda la sala tan vestida de pinturas, y de cortinas, y tan poblada de escritorios, y baùles, que quise desconocerla, á no saber de cierto que era la misma. Entré un passo mas adentro, y reconociendo à un lado dos cofrecillos de los mios, se quitò la duda de habitar alli Leonor, y aumentòse la sospecha del vivir livianamente, y mas quando llegandome à la alcoba (cuya portada ocupaba una cortina de damasco) vì sobre un taburete interpolados unos vestidos de hombre con basquiñas de muger. Aqui comenzò á titubear el valor, y antes que se entorpecieran los sentidos, quise confirmar de un golpe los recelos. Levantè el pavellon, y sobre mullido lecho, vi que al lado de Leonor estaba un hombre durmiendo, con sueño tan profundo, que pude conocer lo descuydados que estaban.

No ay que hazer exageraciones, supuesto conocerás el punto de este dolor. Con la colera á los ojos, y con el ahogo à la garganta, bolviendo à dexar caer el tafetan, puse la luz sobre un escritorio, y con el puñal desnudo, fui à vestirle en el pecho de Leonor; (que es tener miedo la honra, matar al adultero primero) pero quando levantando el brazo, hize el amago al castigo, dixo Leonor entre sueños, con voz clara, y distinta: Ay muerte! cuya palabra, apenas saliò por el clavel de su boca, quando la luz se transtornó sobre la tabla de la mesa, hora fuesse al ayre del suspiro, hora al miedo de la inocencia: Temi de quedarme á escuras; (que aun para castigar un delito es menester que aya claridad) y assi bolvi presuroso à enderezar el candelero, y vì que la llama de la vela estaba sobre una muerte, que servia de peana à un devoto Crucifixo. Iba yá del quexido espeluzado el animo, luego viendo la horrible calavera que la luz me señalaba, se desquadernaron los impulsos primeros, y me quedé aprisionado de temores. Al piè de la Efigie estaban unas letras, que dezian de esta suerte:

Qual me veo te has de vèr,
mira que quieres hazer.

Con que pude confirmar, que el quexido de Leonor, y el derribarse la vela, era celestial aviso, que impedia mi venganza, porque mil vezes à vista de el agravio, procuraba despertar en mi pecho iras, y rigores, y otras tantas à vista de la muerte, apenas certaba à revestirme de enojo.

Estuve una gran pieza batallando en estas dudas, hasta que me resolvi en no matar à Leonor, sin saber primero la causa del agravio; y aunque no fue poco

co en tal apretura tener advertencia, con todo, la memoria de la muerte me amilanó de tal forma los brios, que fue mucho tener volor para bolver à ſalirme de la ſala, de la qual ſali con el miſmo ſilencio que avia entrado; y ſin imaginar nuevas pruebas, ni regiſtrar otros modos, me fui al apoſento donde dormia la eſclava, y llamando à la puerta me abrió temeroſa, y afligida. Deſmayóſe de verme, (como me juzgaba muerto) bolvió de alli un poco en ſu acuerdo, aſſegurèla quanto pude, hablèla muy amoroſo, contèla mis trabajos, preguntèla por Leonor, comenzò à llorar, y embueltas en lagrimas, me dixo eſtas palabras.

Verdadero ſeñor, y dueño mio, teſtigos ſon los Cielos, como tu eſpoſa, y mi ſeñora Doña Leonor te ha ſido ſiempre fiel, conſtante, y firme, pues deſde que te auſentaſte, nunca ſe ha viſto en ſu roſtro conſuelo, ni alegria, lagrimas ſi muchas, que por ti cada dia derramabá en abundancia, ſin que humanos placeres ſean baſtantes á deſterrar ſu triſteza. Eſto te digo, porque eſcuches ſin rigor lo que tiene ſombra, y apariencia de averte faltado. A pocos dias de como nos dexaſte, y te fuiſte, vinieron nuevas muy ciertas (ó falſas diré mejor, pues yá ſe han viſto) de como en Madrid, te avian quitado la vida, ſobre querer prenderte, llegaron á oìdos de mi ſeñora Doña Mencia, y puedo aſſegurarte, que lo ſintiò muy poco, á cauſa de que jamás vino en tu caſamiento; pero con todo dilatò mas de ſeis meſes el dezirſelo à mi ſeñora Leonor, conſiderando lo que avia de ſentir. Yo por otra parte hize mil diligencias ſecretas para ſaber la verdad, y llegò à tan ſubido punto la mentira, que gaſtè mas de mil reales porque me traxeran á un hombre que vive oy en las Navas, el qual dixo aver eſtado preſente la noche que te enterraron; certificando eſto con que daria mas de otros veinte teſtigos. Con prueba tan riguroſa me quedé convencida con triſtezas tan grandes, con ſentimientos tan crecidos, que echandolos de vèr mi ſeñora Leonor, me preguntó la cauſa muchas vezes, pero nunca quiſe dezirla, por ahorrar las penas, y dolores. En eſte tiempo diò en acudir á caſa D. Vicente, aquel viejo rico, que mi ſeñora la vieja avia procurado con tantos eſtremos que casàra con Leonor, la qual nunca quiſo dexarſe vèr dèl, ni aun por corteſia quiſo hablarle, antes llegò à ſentir de tal forma ſus viſitas, que vino à hazerle grandes cargos à ſu tia, diò por deſcargo el referir tu muerte, coſa

de

de tanto dolor para mi señora, que se creyò en toda la Ciudad que perdiera el juizio: quiso hazer mil pesquisas, por saber con certeza la nueva dolorosa, mas ahorrèla el cuydado, contandola todas mis diligencias: Quantos llantos hizo conmigo? Quantas lagrimas derramó aquellos dias? Quantas vezes se desmayò en mis brazos? Dios sabe como es verdad, aunque no me quieras creer. Passado el primer antubion de lloros, fueron tantos los ruegos de Don Vicente, tantas las intercessiones de la Ciudad, y tantas las amenazas de Doña Mencia, que sin voluntad alguna, la forzaron á que se casasse, y yo juzgo, que si se casò, no fue sino para confirmar lo que te queria, pues en vez de olvidos, crecieron tus memorias; y en lugar de placeres, se aumentaron los dolores, en tanto estremo, que mil vezes arrepentido Don Vicente, ha querido divorciarse, y apartarse de con ella, á no aver mediado las astucias de la tia. Esto es lo que ha passado, reprime, señor, el dolor, perdona la inocencia, y culpa tu descuydo, pues en tres años nunca has escrito una letra, yá que no veniste á vernos como prometiste, llevandote para esse efecto las llaves de las puertas, q̃ tambien ha sido indicio bastante para confirmar la fama que de tu muerte ha avido. Don Vicente duerme con mi señora, él culpado, pues por casarse con ella, fue quien primero traxo las nuevas desta mentira: ella inocente, pues aunque se casó con èl, ha sido la que jamàs se ha olvidado: si previenes venganzas, no castigues los pechos inocentes; y si no ha de aver piedad, matame à mi primero, que mas dulce serà padecer el golpe de tu cuchillo, que llegar à ver muerta à mi señora.

Esto me dixo la esclava, y como yà llevaba yo el corazon mancillado de sentimiento de aver visto con mis ojos violada mi cama, apenas se alterò la sangre de oìr la relacion de mi deshonra (sino es que la llamo desgracia) antes con mucho despejo la mandè á la esclava, que despertando à Leonor, la anunciasse mi venida, y que sin detenerse un punto, se passassen las dos en casa de Penado, como que se iban huyendo de mi castigo, y que se estuviessen alli escondidas hasta que yo las avisasse. Esto hize, porque acordandome de la voz que diò Leonor entre sueños, quando iba determinado á herirla, del trastornarse la luz, del señalar á la muerte, vine à confirmar que estaba Leonor libre de culpa; y assi, no quise que se salpicassen los jazmines de su cara con la sangre

del

del adultero Don Vicente, al qual despues que ella se puso en salvo, la saquè la vida con la primera puñalada, (que es el mayor favor que se le puede hazer al que vàn á matar) y dexandole cadaver sangriento, baxè al quarto donde estaba la vieja Doña Mencia durmiendo, bien descuydada, cuyo sueño hize que se acabasse á las puertas de la muerte, que fueron las que abrì en su pecho con la punta del puñal. Moviòme à tanto rigor la crida sospecha de imaginar que D. Vicente por gozar à Leonor, y Doña Mencia por vengar el averme casado sin su gusto, avian divulgado las falsas nuevas, inducido testigos, que dixeron averme visto muerto; que con indicio poco (qual fue el que te dixe, quando reñi en el Prado de San Geronimo) suele ser muy hasedero, y facil entre gente poderosa.

Hechas estas dos muertes, salime por la mañana à la Plaza à ser admiracion del vulgo, pues todos quantos me miraban, apenas sabian que preguntarme. Presentè ante el Corregidor mis papeles, y Imperiales indultos, con que pude assegurarme de la muerte que dì à Don Estevan, y luego en secreto le entreguè las llaves de mi casa, para que fuesse à vér el fracaso sangriento, y entre tanto, me retirè à Santo Thomàs, que viendo que Don Vicente, y Doña Mencia tenian casi todo lo noble de la Ciudad por sangre suya, no quise assegurarme con la capa de mi justicia. Hizo ruìdo en toda la Comarca el lamentable suceso: dividiòse la plebe en corrillos, y toda la nobleza en varios pareceres, condenando unos mi rigor, y absolviendo otros mi impaciencia; y como los mas apassionados miraban en verme á mi con vida, que avian sido falsas las pruebas que hizo Don Vicente para quitarme á mi esposa, oyeron tan sin passion mis disculpas, que à pocos dias me dexaban libremente passear por los Arrabales de la Ciudad: causa que fue para que yo tambien fingiesse el aver buelto á Leonor à mi gracia, dandome por creìdo de que todo aquel tiempo avia estado escondida en las Bernardas.

Comencè de nuevo à gozar los frutos de casado, con deseos tan afectos de mi querida prenda, que aver sido culpada, se borràra la culpa con sus muchas caricias, quando no la huvieran lavado sus muchas lagrimas. Al cabo de un año, me diò el Cielo una hija de incomparable belleza; trasladado en fin de su madre; y porque se la pareciera en todo, la puse su mismo nombre: llamèla tambien Leonor, y yo juz-

juzgo, que hasta en correr aventuras la ha llevado poco, pues siempre desde que viò la luz primera, no ha visto sino desdichas, lastimas, y lloros. Alegres, passabamos la vida yo, y Leonor con el fruto hermoso que Dios nos avia dado, borrando con el presente regocijo las pesadumbres passadas; mas como la fortuna jamás permanece estable, dexó rodar la rueda por un risco de trabajos, dexandome en ellos sepultado, y sumergido. Fue el caso, que en este tiempo vino á Avila nuevo Corregidor; y aunque despues de informado de mis tragedias me embiò à dezir que estaba pesaroso de mi desgracia; pero que me asseguraba el proceder conmigo con los mismos dissimulos que su antecessor: con todo esso, el Alcalde Mayor que traìa, por ser deudo de D. Vicente dió en passear de dia las puertas de mi casa, en rondarme de noche las esquinas. Tuve sentimiento notable de ver, que quãdo yà la cosa iba tan fria, que las partes interessadas se acordavan apenas de la muerte, huviesse venido este Alcalde à despertar dormidos corazones, á encender muertas cenizas, assi le embiè un recado con uno de mis amigos, pidiendole por merced, que no solicitasse tanto heridas añejas, pues quando estaban vertiendo sangre, se avian dissimulado, conocida mi razon. Respondiò, que venia de la Corte muy empeñado en prenderme; pero que dissimularia lo possible, con tal, que nunca salieste à las Plazas, ni actos publicos, ni osasse parecer en su presencia. Con la Justicia no valen replicas, los fieros suelen dañar, y las amenazas suelen poner la cosa de peor condicion; assi andaba siempre à sombra de tejas del modo que à los principios, hasta que un dia, substituto de un Martes, pues me acarreó desgracias, viniendo de passearme, con tres, ò quatro amigos, vestido de barrio, y con un pequeño estoque en la mano derecha (mas por gala, que por necessidad, el no llevarle en la cinta) nos descuydamos tanto, con la conversacion, que llegamos hasta el Mercado divertidos, y apenas en una orilla hizimos corro, quando por la otra parte entrò el Alcalde Mayor, acompañado de dos Alguaciles; y sin divertirse con nadie, como pudo, se fue derecho à nosotros; y aunque le vi venir, me estuve quedo, porque el rumbo de mi natural jamàs me permitiò bolver las espaldas, aunque fuera à la Justicia, digo por causa tan indecisa como la mia, ni en parte tan publica como aquella. Llegò, pues, á nosotros, hizo su cortesia, dimos-

le

le lugar, y demudado el color, y fixando en mi la vista, me dixo: Dias ha, señor Enrico, que os tengo avisado, que no os pusierais en mi presencia, y pues esto parece no hazer caso.

Dexóse pendiente la palabra, por echar mano de la accion, pues iba sin dezir otra cosa, à abalanzarse á mi, como leon desatado; mas aunque fue el acometer, tan repentino, le resistì valeroso, porque levantando el estoque, sobre el qual tenia reclinado el cuerpo, le tirè con vayna, y todo un golpe tan desatinado, que le passè el pecho de parte á parte, ò yà fuesse que la contera hizo el orificio, ò ya que al valor del brazo rompiò tambien la contera, porque la interpretacion de algunos, que se avia caìdo, siempre la tuve por mentirosa. Muerto soy, dixo el Alcalde mayor: mis amigos, y demàs circunstantes se acercaron à èl à mirarle la herida; (creo fue cautela para darme lugar à que huyesse) los Alguaziles turbados, ò temerosos, no acertaron à seguirme: yo viendo la atrocidad de el hecho, me puse en huìda, salì por la Puerta de S. Vicente, con designio de irme á Valladolid, quando rodeando la cabeza, vi que salian de la Ciudad en mi seguimiento el mismo Alcalde herido, y un gran tumulto de gente, apellidando justicia con desentonadas vozes, y por otra parte algunos Ministros á cavallo, corriendo á rienda suelta, por tomarme los caminos, por lo qual considerando que era forzoso el valerme de la Iglesia; y si passaba adelante, ponia en contingencia que me prendiessen, determinè quedarme en un Monasterio de Franciscos Descalzos, que estaba algo apartado de los muros. Entrè dentro, y como los mas Frayles me conocian, me recibieron muy bien, è informados del caso, me escondieron en una falsa cubierta, donde era imposible que me hallassen los ingenios mas Alguaziles, ni que me viessen los ojos mas linces, pues aun yo de rato en rato me buscaba á mi mismo, y no era poco hallarme, porquè como el hueco, despues que se hizo desvàn, nunca conociò la luz, ni por brujula de una tabla, ni por la menor grieta del tabique, tan ocupado estaba de obscuridad, y tinieblas, que yo solo me consideraba un bulto de sus sombras.

Yà estaba yo escondido, quando el Corregidor llegò tambien al Convento, con gran tropa de Ministros, y dando primero orden de que llevassen à su casa al Alcalde, que aquexado del dolor, yà comenzaba à partir el campo de la vida con la muerte;

hizo

hizo luego que la gente (era infinita la que á la voz del fracaso avia ocurrido) se pusiesse en contorno de la Sagrada Casa, con facultad de que cada uno, ò me prendiesse, ò matasse; y despues con una quadrilla de hombres bien puestos, y aderezados, entrò dentro rompiendo amenazadas censuras, y atropellando por medio de requerimientos Eclesiasticos, me buscò en toda la Iglesia, sin reservar aun los huecos de los Sagrados Altares. No quedò sotano, ni sepulcro, que no lo mirasse, no huvo sala, ni desvan, que no anduviesse celda por celda, fue desollinando toda la casa, tronco por tronco buscò por toda la huerta, y escondrijo por escondrijo penetrò casi los secretos mas ocultos de todo el Convento, hasta que despechado se saliò de èl, sin hallarme, al tiempo que yà el padre de la luz bañaba su madexa rica en el profundo Occeano, para prestarle luzeros à la noche, que descogiendo sobre el ayre el manto negro, iba cubriendo de sombras los terrestres edificios.

Fuesse el Corregidor colerico, y impaciente, por no averme hallado; pero informado, y satisfecho de que yo estaba dentro, hizo que estuviessen de posta toda aquella noche la milicia, con otra mucha gente de guarda, fuera de muchos deudos que tenia el Alcalde, y los Aguilas, y Bracamontes, que se hizieron de su vando. Fue de modo, que divididos en tropa, cercaron el Convento, y separados á trechos, hizieron lumbres, qual esquadron de pelea, que està lleno de centinelas, ó atalayas. Dexémoslos, pues, aqui, y bolvamos donde me quedè escondido, que como passè un buen rato, y el lugar era tan horrendo como te dixe, comenzò el alma à bacilar entre angustias, y congoxas; y el cuerpo à padecer mil inquietudes: la estrechura era tal, que apenas podia rebolverme, la techumbre tan baxa que no podia levantarme; del polvo denso, y mohoso tenia en la garganta tapados los organos de la voz; de las muchas telarañas tenia puestos pavellones en la cara, y cortinas en los ojos, y finalmente bullendome un tabardillo de pulgas en qualquier parte, comenzaban yá à pintarme en todo el cuerpo, quando levantando una pequeña trampa, se assomó un Frayle de aquellos, y me dixo que salieSSe, que aunque fuera para el cadahalso, lo tuviera á dicha atrueque de salir de aquella tumba, ò calabozo.

Sacaronme, pues, de alli, sacudieronme los vestidos, limpiaronme la cara, y contandome las malogradas diligencias que el

Cor-

Corregidor por prenderme avia hecho, trataron de que cenaſſe; co nì poco, y de mala gana, porque ſe eſtragan los guſtos à viſta de los cuydados,y ſobre meſa me dixeron dos Padres, los mas graves de la Caſa, que el camino mejor que avian hallado para aſſegurar mi vida, era, que ſalieſſe aquella noche de el Convento, porque aunque las guardas eran tantas, trazarian el que à media noche me acompañaſſen quatro Frayles, haſta la parte mas oculta, y apartada de la huerta, y al miſmo tiempo abrieſſen los demàs Frayles un pequeño poſtigo de la Igleſia,como fingiendo querer darme por allì ſalida,para que acudiendo, como era forzoſo,todos los Soldados à la puerta, yo tuvieſſe lugar entre tanto de ſaltar por las paredes,y que à media legua de alli yá me eſtaria eſperando un mozo con un cavallo, porque á eſta diligencia fue el Guardian con ſecreto á mi caſa.

La traza,y el ardid me pareciò admirable,y aſſi no tuve que contradezir, ſino agradecer mucho los favores, que me hazian; y eſtando en eſta converſacion, oìmos llamar à la puerta con mucha priſa, coſa que nos puſo á todos en cuydado. Acudiò el Portero,y conocido ſer el Guardian, la abriò al inſtante, el qual, como me juzgaba aùn eſcondido en el deſvan,ó azotea, entrò diziendo con voz algo levantada: que laſtima! què deſdicha! què deſgracia! yo, como qualquiera coſa me alteraba la ſangre, y qualquier ruìdo me ponia en cuydado, oyendo aquellas admiraciones compaſſivas, alarguè mas el oìdo, y oì que preguntando algunos Frayles, que le ſalieron al encuentro, la cauſa de ſu pena,reſpòdiò laſtimado: Ay Padres mios! que la deſdichada Doña Leonor, del ſuſto, y ſobreſalto que recibiò eſta tarde acaba en eſte punto de dàr el alma à ſu Criador; muerta la dexò, y en mis brazos eſpirò.

Conſidera en un corazon amante una flecha de dolor,conſidera en un marido muerta la mitad del alma,y conſidera en un paciente originada otra deſdicha. Repaſſa por tu vida,allà para contigo, eſte tropel de ſentimientos, haz allà en tu memoria la diſtincion deſtas penas, y no permitas que yo me detenga en referirlas, porque ſi las pòderàra como fueron, con deſmayados ahogos me vieràs muerto en tus brazos. No quiero ponerme en la ocaſion, y aſſi, haziendo parenteſis aora el ſentimiento que alli tuve, voy adelante con mi tragedia. Sabida la muerte de mi eſpoſa, me quiſe dexar prender,y entregarme à la juſticia; mas fueron tantos los ſaludables conſejos de los ſantos

Reli-

Religiosos, que huve de mudar parecer, y sujetarme á su gusto: pero no pudo afectuarse la traza que me avian dado, porque yendo à poner los pies en una escala para saltar la cerca, del sentimiento de Leonor, me hallé tan sin brio, me vì tan degollado el aliento, y me consideré con el valor tan desquadernado, que como si fuera la escala del suplicio, no pude dar el primer passo por ella. Viendome los Frayles de aquel modo, mudaron de parecer, juzgando por impossible que yo tuviesse fuerzas para escaparme del peligro; y assi, dando quenta al Guardian, y demás Religiosos, se conformaron todos en que no saliesse aquella noche, sino que aguardasse la noche siguiente, por ser possible estar yo con mas aliēto, y las cosas en n or estado.

Convenidos en este concierto, trataron de bolver à esconderme, y renunciando yo el lugar, donde primero avia estado, y no conformandome con uno de otros dos sotanos, en que me dieron que escogiesse, tomè por asilo una grande hazina de ramas, y leña, que amontonada en un rincon de la casa, tenian bastantes huecos en que poder esconderme. Alli, pues, me entrè con dos mantas que me dieron, y bolviendo à tapar con muchos hazes la puerta por donde avia entrado, se recogieron todos los Frayles á dormir, y yo me quedè à llorar, que como la fortuna estaba tan en mi contra, poco aprovechaba encubrirme, supuesto que ella diò traza para que me hallassen; y es el caso, que como la noche era fria, y yá la lumbre les iba faltando á los q̄ estaban de posta, una guardia de aquellas se determinò à entrar en la huerta, y sacar toda la leña que huviessen menester, y estando subida en la pared de la cerca para executar su intento, como atendió al pequeño ruído que àzia la leña sonaba, y como viò, aunque por brujulas de la obscuridad, los bultos de los Frayles, que iban, y venian á la hazina, hasta que me dexáron en ella bien topado, y oculto; sospechandose lo que podia ser, ò lo que era, bolviò à descender de la tapia, y sin comunicar su sospecha (quizà por ganar solo las albricias) se fue al Corregidor, y diòle cuenta de todo lo que passaba.

Apenas la Aurora, haziendo los primeros boletes derramaba lagrimas, porque yà el Sol la iba mirando desnuda, quando yà el Corregidor estaba llamando à las puertas del Convento, ò por mejor dezir, quando yà la hazina de leña (pira, ò mausoleo de mi desdicha) estaba rodeada de Ministros, y Alguazilos, que

como todos iban ſiguiendo à quien iba bien en la malicia, no acertò ninguno á divertirſe à otra parte. Deſviaron, pues, mucha cantidad de ramas, y aunque los Frayles paſmados del ſuceſſo, procuraban con trazas encubrirme, no fue baſtante ſu ardid, para que dexaſſen de hallarme. Sali á ſer preſa de todos mis enemigos, aunque no ſin eſperanza de eſcaparme de ſus manos, penſando me darian lugar de hallar otro eſcondrijo. No me fue poſſible, porque aunque los Frayles anduvieron valeroſos, reſiſtiendo colericos impulſos, aun que impidieron romper la cerca por donde querian ſacarme, aunque promulgaron cenſuras para que no me prendieſſen; y aunque cerraron las puertas para que no me ſacaſſen, viendo que yá con una grua iban à echarlas en tierra, y conſiderando, que à no abrirlas, avian alli de matarme, las hizieron patentes, para que me ſacàran á ſer exemplo de la deſgracia.

Llevaronme à la carcel, y rodeandola de guardas puſieron graves penas, que no me hablaſſe alguno. Subſtanciòſe la cauſa en aquel dia, dandome ſolas ſeis horas de la noche, para que reſpondieſſe; que para deſcargos de un triſte, y à que no dan lugar á que la luz de ſu juſticia le ayude, aun no quieren permitirle que à la luz del dia ſe publiquen. Amaneció otra mañana fulminada la ſentencia de que me dieſſen garrote en la miſma priſion, y que de alli me ſacaſſen á darme ſepultura. No me baſtó el apelar, porque en ſentencias de priſa, y en ſentencias que ſe acortan los terminos de el derecho, ſiempre les añaden la execucion ſin embargo. Publicòſe por la Ciudad el fallo riguroſo, y aunque quando me prendieron, haſta las piedras parece que dezian, muera, muera; como el Alcalde Mayor aun no avia muerto, antes daban muchas eſperanzas de ſu vida, el Eccleſiaſtico comenzò à gravar mas las ſenſuras, cerrando las Igleſias al ſon de triſtes clamores de campanas, y mis amigos, con mucho de lo noble, y caſi toda la plebe, comenzaron á levantar alborotos, y motines para mi defenſa. Temiò el Corregidor arrojarſe al peligro, y aunque la parte contraria inſiſtia en que la ſentencia ſe executaſſe al momento, quiſo con todo, deſpues de muchas conſultas, eſperar el fin que hazia el herido, y poca fue la eſpera, pues antes que otro dia amanecieſſe, ya ſe publicaba ſu muerte con llantos, y gemidos. Muriò el Alcalde, reſucitò de nuevo mi delito; ſus deudos con mas ahogo comen-

zaron

zaron á desnudar las espadas de venganza; los que estaban para defenderme, assestaron los tiros en mi contra; los mas amigos se vieron tan desmayados, que yà era todo temores, lo que vistieron alientos; todo confusion, lo que fue arrogancia; todo callar, lo que fue vòzes; y todo cobardia, lo que llamaron valor. Trocaronse finalmente en un instante todas las cosas; el que ayer se lastimaba de mi muerte, oy solicitaba que me quitassen la vida; el que ayer abominaba de mi sentencia rigurosa, oy se quexaba de que me avian dado muy leve la sentencia; lo que ayer eran motines para reservar mi vida, oy eran alborotos para solicitar mi muerte; lo que ayer con esperanzas se publicaba misericordia, oy con desesperaciones se pregonaba justicia; y hasta el Sol, que se puso ayer en el Occeano vestido de un nacarado rubi de mil rojos arreboles, en que se atramaron sus dorados rayos, oy amaneciò cubierto de un capuz de mil nubes negras, calado papahigo con que rebozò sus luzes.

Viendo tal mudanza, dispuseme à morir con algun consuelo, de que mi muerte avia de ser secreta, que aunque al fin se muere, no se muere tanto, como à la vista de un vulgo; cosa que sintieron bien mis contrarios, mas no pudieron remediarla, por estàr yá dada la sentencia. Dos palabras hize de testamento, que me diessen sepultura, y que à Penado se hiziesse cargo de la niña, administrandola, hasta que tomasse estado, la hazienda; y apenas con dos Padres Iesuìtas (que otra persona alguna no consintiò el Corregidor que me visitasse) hize examen de mi vida, pidiendo con actos de contricion à Dios misericordia, quando á las diez del dia entrò el Verdugo aderezando cordeles, y otros instrumentos de su oficio, que á vista del que ha de padecer, son verdaderas sombras de la muerte. Diòme à escusas de los que entraron un vaso de vino, y pidiendome perdon, me animò para la empresa, aunque con aquella bebida me fui adormeciendo, de modo, que quando me dió el garrote, yà falto de mis sentidos, ni pude temer las angustias de la pena, ni pude sentir los dolores del suplicio.

Amortajado pusieron mi cuerpo en una enlutada caxa, y con funebre aparato, dizen, que celebraron mis exequias, que por desdichado que sea un delinquente, al tiempo del morir, los mas duros se lastiman, y despues de muerto suelen acompañarle sus proprios enemigos. Dexaronme en una Iglesia, tendió su manto la noche,

recogieronse todos á su alverge cada uno, y sossegado el bullicio, tocaron à recoger las campanas del silencio. Y quãdo yo me imaginaba en la otra vida, dando cuenta delante del Tribunal Divino, ò que el gentilico engaño me llevaba á la barquilla de Aqueronte, ò que el Catolico credito me guiaba al Purgatorio, despertè como en un sueño, tan ahogado de temores, y tan lleno de angustias, q̃ bien fue menester todo el resto del valor, para dissimular la pena. Despierto estaba, y aun me juzgaba dormido, porq̃ aunque tenia abiertos los ojos, no podia discernir, sino obscuridad, y tinieblas. Vnas vezes pensaba, q̃ todavia me estaba en la carcel, esperando la execucion del castigo, y otras vezes imaginaba, que resucitaba en la tumba á ser pregonero de mis desaciertos. Estuve un rato vacilando en confusiones, y quando à vista de mi juizio, mé consideré bien en mi acuerdo, quise alargar un brazo para tentarme las prisiones, y hallème los dos prendidos junto al pecho: viendome en vez de hierros con funebres ligaduras, creciò el sobresalto, y al primer tirõ deshechas, sali lo mejor que pude del enlutado atahud, y puesto en piè en medio de la bobeda, en la qual consideré me avian dado sepultura, comencè pavoroso à buscar la puerta, atentãdo con las manos las salitrosas paredes, y dando tropezones en algunas caxas deshechas, rotos depositos de frias cenizas, y en algunos mondados huessos, reliquias de cuerpos consumidos, encontrè con una caxa bien aderezada, y cubierta, y diziendo entre mi quien será el que ocupa este lugar? Oì una voz que me dixo: *Enrico, yo soy Leonor, que descanso; haze penitencia, pues te has librado de la muerte.* Qual elado marmol apercibì las palabras, qual he dicho de piedra quedè inmovil, y qual incensible me consideré difunto. Con manos tembladoras descubri la caxa, abracème con mi difunta esposa, con mi querida Leonor, quando yà el corazon desocupado de el susto iba á arrojar á los ojos las reliquias de el dolor, quando yà las lagrimas, y la pena, anudadas en la garganta iban engendrando ahogos, y quando yà finalmente destapados todos los arcaduces del sentir, me amenazaban desmayos, llegarou presurosos Penado, y el Sacristan, y quitada la losa de la bobeda, entraron dentro con sendas luzes, y hallandome de esta manera, quedaron tan turbados, y afligidos, que fue mucho no quedarnos alli todos, unos de el espanto de los otros sepultados.

Sacaronmeá la Iglesia, aplicaronme

ronme agua al rostro, bolvì en mi acuerdo, y viendo à Penado, me abrazè dél con suma alegria, cõsiderando que todo avia sido traza de su ingenio. Contòme la grande diligẽcia que hizo en sobornar al verdugo con docientos escudos, que le ofreciò en oro, y como los dos secretamente, para que no se descubriesse el engaño, maquinaron milardides, y mil trazas, hasta que hallaron la que escogierõ por mas util, y secreta, que fue, darme unos polvos en vino, con que estando amortecido espacio de diez, ò doze horas, se pudiesse fingir el garrote, y el entierro, para que sepultandome en una bobeda pudiessen sacarme della, del modo que sucediò. Despues que me huvo contado todas estas diligencias, y yo le huve dado los agradecimientos debidos, dexandonos al Sacristan muy contento con otros docientos escudos, que le libré en Penado, fuera de la paga q̃ èl le tenia ofrecida, nos fuimos en punto de media noche á su casa, donde fueron tantos los placeres de Ximena, por verme vivo, y tantas mis alegrias, por vèr al pedazo de mi alma, mi niña Leonor, vivo dibuxo de mi difunta esposa, que en repassarlos una vez, y muchas vezes nos vino à coger el dia, antes que nos hallàra el sueño. Estuveme alli oculto una semana, en cuyos dias dispuse mi partida, que fue venir à visitar la devotissima Imagen de Guadalupe, de quien siempre fuy en estremo aficionado, y devoto.

Cumpli mi devocion, y viendo, que lo secreto, y apartado de estas incultas malezas estabã combidando á mis deseos, me dispuse à passar en ellas el resto de mi vida. Habitèlas diez años, sin que de mi tuviesse noticia persona humana, mas que unos labradores humildes, q̃ en una caseria distante de aqui una legua, dissimulan con ahorros de lo necessario la pobreza que suelẽ manifestar algunas necessidades. A estos conociendo en la sencillez de su vivir su noble proceder, les entreguè todos los dineros, y joyas que traìa, para que remediandose con ellas, me diessen en feudo un sustento moderado, el qual siempre recibì, tan lleno de agradecimiẽtos, y con tantas sobras de voluntad, que qual si fuera su dueño, cõfessaban à mis pies esclavitudes. Passamos estos diez años, cõsiderando que yà mi hija estaria en el umbral de la discrecion, que es quando la voluntad comienza à hazer las primeras puntas al alvedrio; estando como en balanza la inclinacion del gusto, partime disfrazado à verla, temiendo no malograsse la flor de su juventud; y como el paternal amor le cono-

cen niños desde los primeros gorgeos, desde el instante que Leonor me viò, no quiso apartarse de mis brazos un punto, y llegò á tanto el estremo amoroso, que quando yo quisiera partirme, y dexarla, ella menos de venir conmigo, no avia de dexar partirme, y assi haziendole à Penado q̃ echasse voz, q̃ se la llevaba á O. opesa à entrar la Religiosa, me la traxe yo aqui à ser Ninfa destas soledades, pues tal vez tràs de unas blancas ovejas, de cuyo exercicio gusta, parece al Alva, quãdo madrugadora camina tràs las cabrillas: tal vez vestida à lo villano por las cumbres de estos montes, parece que afrenta al dia, y por la sombra destos valles, parece que siembra luzes; tal vez si baxa de la sierra, la juzgan los arroyos vellon de cuaxada nieve, y si en los arroyos se para, murmuran las fuentes de que se ha cuaxado perla; y tal vez si se recuesta cansada, se duerme nacarada rosa; y si la atemorizan sobresaltos, recuerda blãco jazmin. Pero para què te hablo retoricos apodos, quando te he prometido palabras desnudas? Deslizòse en la lengua con la passion de la sangre, y no te maravilles, porque querer referir gracias de lo que se quiere, sin pintarlas con el pincel del encarecimiẽto, se presume falta de habilidad, ò se presume poco amor. Seis años ha que la tẽgo en mi compañia, siendo de los dos alvergue la casa que te he dicho, donde creciendo con la comunicacion el trato, con el trato la voluntad, y con la voluntad el gusto, passamos una vida tan agena de cuydados, que sujetos todos á un parecer, por mas que ha trabajado la discordia, nunca ha podido romper las lazadas estrechas de nuestra conformidad. Leonor, con la labradora, y dos doncellitas suyas, divertida, yà siguiendo las ovejas, yà visitando la labranza, yà en la casa ocupandose en domesticos exercicios, passa tan contenta, que ni la afligen memorias del Ciudadano bullicio, ni la desvelan los passados asseos de las galas, ni la melancoliza la privacion de los divertimientos. Yo descuydado con ella, me retiro muchas vezes à estos montes, para poder mas libre de embarazos, continuar mis ayunos, y proseguir mis penitencias. Este peñasco que miras, me dà abrigo muchas noches en un pequeño hueco q̃ oculta en sus entrañas, bostezo obscuro que diò la naturaleza entre estos riscos. Esto que te he contado es el discurso de mi vida, estas las tragedias que he passado, estas las soledades que padezco. Si gustas acaso en ellas de hazer assiento, refiriendo me primero las causas que te han movido, recibiré consuelo infinito,

to, que á quien està derribado de la fortuna, es descanso oìr relatar sucessos, y como yà juzgo los tuyos por notables: quisiera escucharlos para alivio de los mios. Pero porque estaràs tan cansado de oìrme, quanto con alguna fatiga de lo que has caminado, no quiero oìr con discrecion tus discursos; sino que los suspendas hasta tener ocasion mas oportuna. Aora pues, que yà el Sol, minorando las sombras, nos señala el medio dia, vente conmigo à la cueba, para que tomando algun refresco, dispõgamos el viage à la Alqueria, que en ella quiero descanses esta noche, para que por lo menos experimentes algunas verdades de las que he contado, y para que viendo la apacibilidad de el sitio, te dispongas à habitar estos retiros amenos, que engendran las soledades; que aunque parece que todas son tristezas las que crian, porque tal vez el corazon melancolico se aflige, afligido se angustia, y angustiado se desmaya; con todo tienen mil divertimientos que recrean, y mil recreos que animan, los quales quiero que me oygas en unas canciones, que hize en tiempos passados, combidando à mi hija Leonor à essas delicias de la soledad.

Dixo Enrico, y era tanta la atencion que Lisardo le tenia, que con quedarse suspenso, diò à entender, que estava pesaroso de que tan presto huviesse acabado; y assi, agradeciendole con ceremonias corteses la merced, que le avia hecho en averle dado un plato tan sabroso, como sus bien sentidos discursos avian sazonado, le ofreciò, al instante la relacion de su vida, significandola en cifra muy tragica, y pesarosa. Aceró Enrico la oferta, y despues que huvieron comido regalos, aunque de soledad, dulces al gusto, tomaron el camino de la Granja, ò Alqueria, senda tan poco cursada, y estrecha, que borrada por partes con jaras, y sabinas, y à trechos no esculpida por los peñascos, y riscos, fuera camino engañoso de peregrinos errantes; y como la amada compañia, con la conversacion gustosa son alivios de estos tropiezos, bolviò Lisardo à Enrico, y pidiòle por merced, le dixesse la cancion que le avia prometido; y él sin dexarse rogar, antes muy agradecido à que quisiesse escucharle, hizo alarde de estos versos, que en lo bien desmenuzados, y sentidos, se conocieron ser suyos.

Oye, Leonor querida,
engendrado pedazo de mi vida,
parte tambien de aquella
que en campos de la Gloria yaze Eſtrellas;
pues entre varias calmas,
hecha un todo naciſte de dos almas:
oyeme, pues, y eſcucha en mis verdades,
dulces delicias deſtas ſoledades.
Yà que en tus años doze
la voluntad parece ſe conoce,
y en tu conocimiento
haze yà pinos el entendimiento;
y ſin creer hablillas,
la memoria ha ſalido de mantillas,
antes que te diviertan diferencias,
oyeme á mi con todas tres potencias.
Adornada pintura
eres de la hermoſura,
hazer mexillas roſas,
los ojos ſoles, con las otras coſas
que encarece el pincel de quien ama,
remitolo à la fama,
ſupueſto no pretendo aqui otra coſa,
mas de dezir que el Cielo te hizo hermoſa;
Pues ſiendo virgen bella,
y qual puro jazmin caſta doncella,
no macules tus años
con laſcivos engaños;
y ſi acaſo te tienta el apetito,
acogete á ſagrado, dale un grito,
vente à la ſoledad, y divertida,
haz cuenta que te paſſas á otra vida.
Soſſiegate del ſuſto,
y ſi acaſo repaſſas el diſguſto,
que quiſo ocaſionarte el penſamiento,
fantiguate al momento,
y ſin mas rebolver materias tales,
ſal del pagizo alvergue á los umbrales,

tiende

tiende los cassos ojos
por esta soledad, que alivia enojos.
Mira al nacer el dia,
con quanta lozania
assoma el Sol su frente
por las doradas rejas del Oriente,
rompiendo hermosos velos,
con los rayos que brillan paralelos,
desempedrando el coche
todas las sombras que empedrò la noche.
Mira como las flores
à la vista del Sol cobran colores,
chupando entre sus hojas
las lloradas congojas
que el Alva les dá en perlas,
sea por complacerlas,
sea por darles parte de su lloro,
que no he de hazer verdad yo lò que ignoro.
Desde un copado pino
veràs con qué donayre peregrino
requiebra el ruiseñor á su consorte?
siendo á la casta union felize norte,
vèr que del nido se levanta atenta,
y escuchando al galàn que se lamenta,
qual melindrosa dama,
le brinda con arrullos en la cama.
La tortola viuda
se levanta sañuda,
y desde el ramo seco de un lentisco,
sus lastimas le cuenta à un pardo risco,
con canto tan sentido,
que alguna vez el monte condolido,
yà que no puede remediar sus males,
con ecos la acompaña en casos tales.
Sin pena desta triste,
en un sauce veràs que pule, y viste,
sus plumas la calandria, tan ayrosa,
que ay ave que embidiosa

se

ſe levanta del nido,
y al ombro (como dizen) el veſtido,
à un arroyo ſe vá, y en ſus eſpumas
con jabon de criſtal laba ſus plumas.
Para gozar mejor de eſta armonia,
dexa que cayga el dia,
paſſa en tu alvergue la abraſada ſieſta,
y en viendo que ſe apreſta
la tarde deleytoſa,
al piè de una haya hojoſa
puedes tomar aſſiento, que en ſus faldas
te hará un rico tapete de eſmeraldas.
Mira deſde alli atenta
con el modo, arte, y cuenta
que las aves acuden à la eſcuela,
veràs que ſe deſvela
en paſſar ſus liciones cada una;
y al dezir, lean, lean, no ay alguna
que ceſſe el repetir con dulzes quiebros
quexas de amor, ò con amor requiebros.
Quando yà eſtès canſada
de eſcuchar la armonia concertada,
eſpaciate en la ſelva,
y antes que el Sol ſe buelva
à ſu dorada caſa,
mira como de un monte al otro paſſa
el mas galàn venado,
con penacho de puntas bien armado.
Repara atentamente,
y veràs como baxan á la fuente
ſedientos animales
á templar el calor con los criſtales;
y ſobre el ſer primero, en un momento
levantan todos un motin ſangriento,
ſaliendo alguno dellos tan herido,
que en ſangre dexa alli lo que ha bebido.
A lobo carnicero
verás tal vez cargado de un cordero,

me-

meterse entre las peñas,
y haziendo algunas señas,
llama al cachorro que dexò en la gruta,
y allà à su usança bruta
destrozado, sin plato, ni trinchante,
se le meriendan en un breve instante.
Si un poco mas te alexas,
hallaràs mil exercitos de abejas,
que para sus labores
vàn á cortar lo dulce de las flores,
y dellas bien cargadas,
buelven à sus casillas concertadas,
las quales labran en los anchos huecos
de broncas peñas, ù de troncos secos.
Aqui puedes atenta
reparar en el orden, traza, y cuenta
con que todas acuden al trabajo,
todas vàn à destajo;
y quando no imagines,
verás desta tarea opimos fines,
pues tal vez se abre un tronco, y corren fuera
fuentes de miel por margenes de cera.
Quando tras el ganado
quisieres divertir algun cuydado,
vé siguiendo sus huellas,
que donde pongas tu las plantas bellas,
florecerán tomillos,
y en viendo flores yá los corderillos,
pensaràn con retozos que eres Maya,
y te darán mil topes en la saya.
Quando el tiempo se heriza,
porque ya ventisquea, ò ya graniza,
sal, y verás la sierra
hecha de nieve yá, si antes de tierra,
por cuyos riscos altos,
baxan trepando à saltos
mil deshechas vertientes,
unas á ser arroyos, y otras fuentes,

Ve-

Verás que ay fuentecilla que se atreve
á descender por margenes de nieve;
corriendo bullicioſa
hasta el ribete de la tierra umbroſa,
donde, como el Sol no vé los rayos,
ſiente elados deſmayos;
y de tal ſuerte ſe limita, y ata,
que ſe cuaxa en carambanos de plata.
Quando el Invierno fuera,
entra à reynar la hermoſa Primavera,
mira quan ſin congoxas
los arboles ſe viſten nuevas hojas,
los campos reverdecen,
las flores nacen, y en ſus matas crecen,
tan ſin melindre, tan en todo ayroſas,
que à un ſollozo del Alva ſe abren roſas.
Mira que alborozado
ſe và viſtiendo de galàn el prado,
con tela de colores,
que texen yervas y la traman flores,
dandole ſus tapetes
por plumages compueſtos ramilletes,
y una garganta que ſe vè vezina,
le ciñe ſus criſtales por pretina.
Sientate alli á mirar qual ſe deſata
de un arroyuelo la ſonora plata,
que entre doradas guijas,
ò yà las llamas traſtes, yà clavijas,
tan ayroſa ſe toca,
que verás muchas vezes que provoca
à las aves que dexen ſus eſtancias,
por venir à eſcuchar ſus conſonancias.
Almargen, pues, te ſienta,
que ſi llegas ſedienta,
de gotas ſalpicadas,
en tus faldas verás perlas cuaxadas,
donde tal vez pintados paxarillos,
que la cogen verás en ſus piquillos;

y si tu agrado à ello los provoca,
te las pondrán al labio de tu boca.
Esto es la soledad, hija querida,
à esto te combida
un padre que te adora:
aqui te verás señora,
aqui tendrás descanso, aqui reposo,
aqui siendo Jesvs tu dulce Esposo,
passarás esta vida transitoria
hasta la eterna vida que, es la Gloria.

SOLEDAD QVARTA.

EN lo mas apacible de el dia, quando el Sol se señorea mas entre las luzes, quando la luz comunica mas sus lumbres por las vidrieras del Sol, y quando las sombras son tan pocas, que à fuerça del resplandor quedan deshechas, caminaban mano à mano Enrico, y Lisardo, como yà diximos à la Alqueria de el Labrador Feliciano, que con su casa, y familia habitaba lo inculto de aquellos montes. Y aunque la jornada era muy corta, y lo frondoso de la espesura la hazia favorable, en breve rato se vino à convertir en penosa, y dessabrida. Levantòse enmedio de la tranquilidad una borrasca, y en el mayor sossiego començò vna tempestad à quebrantar las pazes de la quietud, barajandose los vientos con tan densos remolinos, y enlutandose el ayre con nubes tan obscuras, que yà lo que fue apacible, se convirtiò en aspereza; lo que antes fue dia, padeciò amagos de noche; lo que se viò luz, apareciò tinieblas; y lo que antes sereno, se vistiò de enojado: al ruido de los truenos cruxian los montes, retumbaban las cabernas, y se espeluzaban los riscos; al fuego de los relampagos la vista se abochornaba, y llenos de horror, y espanto los animales, buscaban lo oculto de sus cuevas, y las aves el asilo de sus nidos. Al impetu de los vientos se desgajaban los robles, los pinos se arrancaban, y la encina mas robusta se desquadernaba de sus quicios. Al raudal de la lluvia se desmoronaban los cerros, los arroyos mas humildes se ensobervecian, y las aguas mas claras quedaban tan turbias, que por mucho que trabajavã en esclarecerse, no podian bolverse à sus primeme-

meros cristales. Cõpelidos, pues, los dos caminantes de semejantes inclemencias, despues que yà el agua los tenia bien niojados, y el ayre maltratados, y oprimidos, se apartaron del camino, y enderezaron los passos à una gruta, que aunque les hizo mala cara, segun estaba de obscura, las diò alvergue todo el tiempo que durò la tempestad: cessò de llover á tiempo que yà el dia iba trasponiendo los montes del Ocaso, saliò el Iris à divulgar las pazes, y serenòse el ayre con apacible bonança. Bolvieron à su camino, yà casi en los preambulos de la noche, y llegando à un alto, de donde se divisaba la caseria, vieron que por un collado iba descendiendo la pastorcilla Leonor tràs el rebaño de sus pintadas cabras, sin que el rigor de la tarde la huviesse entristecido, ni el miedo de andar sola la huviesse puesto en cuydado. Llegóse Enrico à ella, y con paternal amor la recogiò en sus brazos, y llevòla de la mano, hasta que llegaron à la casa, dõde fueron bien hospedados, y recibidos. Feliciano, y su muger Eugenia cuydaron del nuevo huesped Lisardo, que assi lo previno Enrico, fuera de que por su presẽcia merecia qualquier noble acogimiento: mudaronle las ropas, y en tanto que se prevenia la cena, le pusieron un assiento al calor de una grande lumbre, refugio à que se iban llegando todos los que estaban mojados, y con frio. Filis, y Belisa eran como Damas de Leonor, y assi, con mil abrazos, y caricias la llevaron à su aposento, y aviendola puesto otro vestido, la bolvieron à llevar à los brazos de su padre. Dos hijos de Feliciano despues de aver alvergado unos bueyes, y puesto en orden otras cosas necessarias al cuydado de su oficio, se acercaron tambiẽ à el fuego, dandole à Enrico mil bienvenidas. Estaba Lisardo muy atento á la disposicion de la casa, mirando con el brio que el viejo mandaba, con la solicitud que la muger disponia, y con la sal, y donayre que las dos hijas aderezaban algunos rusticos manjares, los mozos tan callados, que en su callar se manifestaba su obediencia; y todo en fin, con tanto asseo, que mas parecia govierno de un Palacio, que disposicion de rustico alvergue. Mientras Lisardo atendia á estas cosas, estaba Enrico bacilando entre muchas confusiones, á causa de echar à una persona menos, q̃ pocos dias avia, que por cuenta suya habitaba tambien aquella granja; esta era Teodora, aquella dama penitente, que diximos que avia guiado Enrico à esta Alqueria, para que pudiesse con algun alivio pas-

sar

far la aspereza de las soledades; y como por diligencias que hazia con los ojos, mirando yá à la puerta, por si entraba, y á todas partes, por si la descubria, no hallaba descanso para su inquietud, se resolviò à preguntar por ella, diziendo: Como no parece aqui Teodora: en qué està ocupada, quando mas por ella, que por Leonor, he venido á esta visita? Callaron todos, mirandose los unos à los otros, hasta que Leonor, para que su padre se quietasse, y para que los demàs saliessen de aquella duda, dixo: Padre, y señor mio, yà se despidiò Teodora para siempre de esta casa, porque dezia, que vivir aqui, antes era comodidad, que penitencia; antes regalo que mortificacion: y pues mis lagrimas no fueron poderosas para detenerla; ni mis ruegos bastaron para ablandarla, no ay que cuydar yá de su venida. El lugar que ha escogido para su morada, me es notorio debaxo de juramento, que à nadie he de dezirlo; mas de dos leguas està de aqui distante, cueba tan oculta á los ojos humanos, que aun para los que la saben son menester señas para aver de hallarla: lo que llora es tan sin tassa, que yà està consumido lo brillante de sus hermosos ojos; lo que suspira es tanto, que enternece á las peñas; lo que ora es tan continuo, que ay noche que la passa velando en oracion; lo que come es tan poco, que en mas de una semana no ha podido acabar un pan que la di; y en fin, lo que se mortifica es con tanto exceso, que yá tiene sus carnes deshechas, y denegridas: antes de encerrarse en esta caberna, la acompañè un dia al Monasterio de Guadalupe, donde hizo una confession general, y visitò aquella Santa Imagen de Nuestra Señora, con unos afectos tan entrañables, y devotos, que en què me vi de reprimir las fuentes de lagrimas que vertia. Esto es, padre, lo que sé de Teodora, y assi el hallarla menos no te enoje, quando està mas ocupada en los servicios de Dios.

Dixo Leonor, y Enrico quedó muy gozoso en saber los buenos principios que daba Teodora á su prometida penitencia, y assi dixo à los circunstantes: tanta es la sabiduria de Teodora, tanta su virtud, y santidad, que nunca esperé yo menores frutos; y porque quedeis entendidos, sabed que toda la penitencia que haze, es por solo un mal pensamiento que tuvo, sin que se le pueda objetar otro pecado: y assi, querida Leonor, como amante te ruego, y como padre te mando, que mientras Teodora viva, la visites, la regales, y la sirvas; tomando los consejos que te diere, aprendiendo en

sus

ſus palabras, y exercitando ſus obras. Temela como à ſeñora, obedecela como à Maeſtra, y quierela como Madre; que bien ſatisfecho eſtoy que has de hallar en ella tanta doctrina, que no neceſſites de mis aviſos, y amoneſtaciones. La prevencion de la cena no diò lugar à que Enrico ſe alargaſſe; y aſſi, tomando aſſientos, ſe acercaron á la meſa, ſi no rica, ni mageſtuoſa, por lo menos limpia. y aſſeada; pero reparando en que Liſardo no ſe movia de aquel lugar que ocupò primero, llamòle Enrico con nombre de amigo (porque aun no ſabia ſu nombre, ni quien era) à quien Liſardo reſpondiò con un ſuſpiro laſtimoſo: Dexad, ſeñores à eſte deſdichado, pues ſoy el mas malo que ha nacido en el Mundo. Diziendo eſtas palabras, cayó en el ſuelo amortecido, ſiendo confuſion de todos quantos le miraban: bolviò en ſu acuerdo poco à poco con los ojos raſados en lagrimas, y dixo: Si Teodora inocente eſtà ayunando, por què ha de comer Liſardo, ſiendo toda la culpa?

Como yà Teodora, por no callarlo todo, avia dicho à los de la caſa, que la cauſa de retirarſe à la ſoledad, era aver hecho dar la muerte à un Liſardo, que tuvo por amante, y aora eſcucharon lo que Liſardo dezia, ſiendo de todos juzgado yà por muerto, y mas de Enrico, que ayudò à enterrarle, creyendo que era perſona del otro mundo, huyeron caſi todos, deſamparando la meſa, tan llenos de horror, y eſpanto, que alguno del mucho temor, no acertò à huir, y otros del miedo ſe encerraron en los apoſentos, apellidando, que era el alma de Liſardo, que andaba en pena por aquellos montes. Solo Enrico moſtrò ſu antiguo valor, no moviendoſe de ſu lugar, ſi bien atemorizado del eſpanto: y no fue poco alivio para Liſardo, porque viendo que huìan todos de ſu viſta, tan medroſos, ſoſpechando, que ſe avia demudado ſu geſto, ò que era alguna fantaſma la que veìan, caſi intentó huìr como los demàs, yà que no podia huir de sì miſmo. Preguntòle à Enrico, qual era la cauſa de aquellos miedos, que avian añadido nueba confuſion à ſus muchas confuſiones? Y Enrico le reſpondiò, que ſolo ſaber que èl era Liſardo. Pues tan malo es Liſardo? replicò el afligido Cavallero, tan malo es Liſardo, que huyen todos dèl? tanto han campeado mis delitos, que yá ſe ſaben en eſtos yermos? tan buena fama es la mia, que no ay quien me mire á la cara? Si eſtais muerto, dixo Enrico, y quizas por permiſſion de Dios venìs à purgar

en

en esta forma vuestros pecados, por què os maravillais de que nos atemorizèmos los que aun vivimos en el mundo? Como muerto? respondiò Lisardo, quien me ha levantado esta mentira? A los Cielos pongo por testigos, que vivo en esta carne mortal? Y si otro cuerpo fantastico, representando mi persona, quiere causarme á mi confusion, y á vosotros temores, por Dios os pido, que depongais el miedo, y dandome atencion, escucheis todo el cuento de mi vida, donde hallareis tragedias, que os espanten, y casos que os atemorizen. No sè que verdad se tenga lo que dezis(bolvió à replicar Enrico,) supuesto que conocìays á Teodora, y os publicais Lisardo,al qual yo mismo con estos brazos le dì sepultura en el Hospital; que està en medio destas espesuras, despues que atravesado en un cavallo le traximos de un pequeño monte, donde le hallè con tantas heridas, que aun la misma Teodora, que le tenia en su regazo no le conociera,sino fuera por los vestidos. Ay desdicha, (respondiò Lisardo) y como por todas partes me persigues? Ay Enrico amigo, y como yà soy deudor de otra vida, y yá tengo otra desgracia mas que llorar, y gemir,esse hombre que enterrasteis, no era Lisardo, y si quereis saber quien era venid todos, y escuchadme atẽtos, para q̃ quedeis libres de esfos juìzios,quiteis essas sospechas y oìr mi nombre no os cause essos sobresaltos, y essos miedos.

Con estas ultimas palabras de Lisardo, se quedò Enrico assegurado, y los demàs, que escuchaban desde fuera, cobraron valor, y assi considerando que hazer, nuevos desvios, antes seria necedad, que miedo, bolvieron à salir todos de los escondijos, que el temor avia repartido à cada uno. Holgóse mucho Lisardo en verlos,y assegurandolos con mil promesas, que era otro del que imaginavan, les pidiò muy cortés, y comedido, que cenassen,y yá que su venida les avia causado tantos sustos, no por su causa se quedassen sin el ordinario sustento. Cenò tambien Lisardo, por no dàr lugar à escusas, que muchas vezes la prudencia haze plato à la cortesia, aunque contradiga el gusto. Y en tales ocasiones, mas vale que coma el abstinente, forzando su voluntad, que no que la hipocresia se entre secreta,viendo abierto algun resquicio.

Levantaronse las mesas, dieron gracias al Señor, mostròse Lisardo agradecido, porque el pecho hidalgo, mas agradece un pequeño favor, dado con buena intencion, que un grande banquete hecho con poca vo-

luntad. Despues de muchos cumplimientos bolvieron á la lumbre cercandola en contorno, y aquello con tanta quenta, que no huviera que notar; que en la casa que se vive con recato, y compostura, hasta en el tomar assiento hombres donde ay mugeres, padres donde ay hijos, hermanos donde ay hermanas, y criados donde ay mozos, es justo que aya orden, y distincion. Enrico, y Feliciano tomaron á Lisardo en medio; Eugenio con Filis, y Belisa se arrimaron á una parte; Leonor se aplicò con Filis; y los hijos, y criados ocuparon la otra vanda. Quãdo Lisardo viò, que la atencion de todos le dezia, que comenzasse, despues de atropellados algunos suspiros, que le añudaban la garganta, y despues de enjutas las lagrimas, que le cegaban los ojos, tendiendo la vista à todas partes, comenzó à dezir en esta forma:

En Cordova, Ciudad casi la mejor de la Andaluzia, y una de las mas insignes de la Europa, situada en los llanos de la gran Sierra Morena, por donde el cristalino Betis, derramando cristales, fertiliza, y hermosea alamedas, y jardines, tuve mi nacimiento, heredando desde el nacer sangre tan noble, que nunca estuve embidioso de otros, que por mas poderosos se juzgan mas ilustres: ojala, que mi fortuna me hiziera entonces de suerte mas humilde, que assi no le quedàra cumbre de donde derribarme: pues es mejor de humildes principios subir à ser algo, que no de partes altas baxar à ser nada. Aunque eramos tres hermanos, y yo el menor dellos, nunca tuve mira à que necessitaria de los alimentos del primero, ni del patrimonio del segundo, porque en la casa de mis padres avia sobrado para todos. Passo en silencio los años de la puericia, la buena crianza, y las primeras letras, y algunos exercicios, que à personas de mi porte les eran permitidos. Hallandome en los umbrales de la juventud, piquè tanto de galàn, que algunos fisgones quisieron totularme de Narciso.

Quise pretender una Dama, siquiera por enseñarme á enamorar, que algunos cogen este camino, y se vienen à hallar tan enseñados, que à no ser ellos mismos los maestros, maldixeran hartas vezes la enseñanza. Para no errar en la eleccion, lo pensè de espacio, hasta que passando un dia por una calle algo oculta, vì que dos Damas se estaban hablando desde sus balcones, à causa de tener juntas las casas, y redarando en la estremada belleza de la una, y de la otra, casi quedè enamorado de las dos, por no hazer agravio à ninguna. Di desde en-

ton-

toncès en passear la calle, con tanta frequentacion, que comenzaron á publicarse mis galanteos; que querer que el amor esté encubierto, es hazer cuerdo al amor. Isabela, y Doña Angela, eran los nombres destas Damas, las dos de una edad, y un Angel cada una de las dos. Muy dudoso estuve en declararme, mas viendo una tarde á Isabela, como Doña Angela no parecia, me robò tan de golpe toda la voluntad, que me hallè esclavo, quando pensè libre. Entonces para darle á entender mi declarada aficion, tomè la pluma, y escrivila este papel.

Carta de Lisardo à Isabela.

Si á quien le dàn à escoger, dixe el refràn, que le dàn en que entender, significando la dificultad en que le ponen, mayor serà la mia, pues que me pongo à escoger en lo que no me dàn, ni yo merezco; mas si el amor para ser amor no ha de ser cobarde, por doctrinarle bien á los principios, quiero comenzar à atreverme; y assi digo, que de las hermosuras que he mirado, la mas digna de escoger es vuestra hermosura: y pues he tenido tan buen acierto en elegir, permitidme la licencia para amar, que aunque yá me es forzoso amar sin licencia, no quisiera que os enojasse mi amor, esto os suplico, y que passeis vuestros divinos ojos por estos versos, que sin tomarlos de nadie he escrito, para significar mi buen acierto.

Visteis dos rosas al nacer el dia,
las dos lozanas, y las dos hermosas,
quien fue à escoger la una de estas rosas,
dudoso estuvo en vèr qual tomaria.
Cada qual tan brillante parecia,
que parece apostaban de embidiosas,
y por no hazer reparo en pocas cosas,
cogiò las dos quien sola una queria.
Assi yo quise, viendome dudoso,
no escoger entre dos beldades puras,
mas dixome el amor que era forzoso.
Y aunque el miedo de errar me dexó à escuras,
escogì de Isabela el Cielo hermoso,
y no quise buscar mas hermosuras.

Tuve por respuesta una esquivez colorea da con las escusas que quiso; que à una muger jamás le faltan razones para escusar lo que le piden. Quedème por una parte ofendido, y por otra mas afi-

cionado ; que muchas vezes la voluntad, por el mismo caso que la desprecian, ama con mayores ansias. Bolvì à escrivirla, y respondiòme con silencio; llevè musica à su calle, y no quiso oìrla; continuè los passeos, dióse por descontenta; quexème à sus rexas, y despidiòme desabrida. Llegaron à tanto los estremos mios en amarla, y suyos en aborrecerme, que me salió à los ojos la pinta de mi enfermedad, porque todos los Cavalleros de mi porte, unos per amigos, y otros por curiosos, comenzaron à darme cordelejo, solo con dezirme, que estaba enamorado; y como era tan verdad, aunque los desmentia, me quedaba convencido, viendo que hallaba la prueba en mi desasossiego. El secretario de mi passion era un criado, aunque bufon, y entretenido, muy fiel, y muy leal, llamado Camacho, y como este viò el poco fruto que avia de sacar de mis porfias, me dixo un dia, llamandome á parte: Señor, para que te cansas en pretender á Isabela, si yo estoy muy certificado, que se corresponde con Don Fernando mas ha de dos años, à fin de casamiento? Muda de parecer, pues ay hartas Damas de tantas partes como ella, y alguna, que sé yo que está muerta por ti. Era Don Fernando un Cavallero muy noble, mas rico que yo, y que no se preciaba de menos galàn; y assi temì la partida, porque pretender echar de la possession à un poderoso otro que no tiene tantas fuerzas, si es con justicia, aun parece temeridad; y si es sin ella, es una locura confirmada. Y assi por hazer prueba de mi mismo en quanto á mudar de parecer le respondi à Camacho, que si los amores de Don Fernando, y de Isabela eran ciertos, cosa que causaba mil desconfianzas para mi pretensiõ, me dixesse quien era la Dama, que tanto me queria. Bien me rezelaba yo que era Doña Angela, y assi me dixo ser ella, de que no me pesò, por ser, como he dicho, de tantas partes como Isabela, assi en la discrecion, y hermosura, como en el origen, y prosapia.

Estuve algunos dias ensayandome á mudar la voluntad de una en otra parte, despreciando à mis solas à Isabela, y diziendola mil oprobios, haziendola mil agravios; y por el contrario, fingiendo con Doña Angela mil ternuras, significando finezas, y diziendo mil requiebros. Ensayo es tan dificultoso, que no hata poco un alma despues de averlo rapetido un millon de vezes, si queda amante de lo que no quiso, y sin amor para lo que ha amado. Aun enseñarse à querer, facilmente se aprende, y mas si

la-

la voluntad está libre; pero enseñarle à olvidar lo amado, muy dificultoso es para una voluntad. Era tanta la solicitud de Camacho, en procurar que olvidasse à Isabela, que no contento con significarme el amor que Doña Angela me tenia, diò traza para que ella contra la autoridad de su decoro, me escriviera un papel, que por ser tan bien notado, le referirè á la letra, siquiera porque disculpeis desde el principio mi mudanza. Este fue su tenor, oìdle.

Papel de Doña Angela à Lisardo.

Aunque escrivir una Dama à un Cavallero parece achaques de liviandad, pues dexa al arbitrio, ò que juzgue que la Dama se combida, ò que sospeche que es indiscreta la Dama; con todo señor Lisardo, me he determinado á escriviros, porque si en algun tiempo os dirè algunas quexas, sean con causa justificada, y si en alguna ocasion me hiziereis cargo, tenga yo mi favor la defensa. Digo pues, que ha muchos dias, que teneis escandalizados estos barrios con los passeos tan frequentes, con las musicas tan demasiadas, que los que no saben, como yo, que son por Isabela; juzgan temerariamente de mil Damas de esta calle, cosa que redunda en inquietud de muchos maridos, en desdoro de algunos padres, y en detrimento de muchas donzellas. Es el caso, que como es notorio la comunicacion de Don Fernando con la Dama que pretendeis, todos los que juzgan, como vèn atajado aquel passo, discurren por los demás; y como soy la mas cercana, presumen que soy yo (como si el serlo no lo tuviera yo à dicha) la causa de vuestro desasosiego; y assi, ay amiga que yà me dà parabienes, y contraria que quiere ponerme impedimentos. Esto me obliga á suplicaros, ò que os declareis mas con Isabela, ò que no deis lugar à que quedandome sin vos, me llamen vuestra Dama. Y si el no salir con vuestra empressa, es falta de quien aliente vuestro amor, mandadme, si quereis, que yo sea la intercessora, que estoy tan aficionada á lo que padeceis amando, que à trueque de veros con gusto, solicitaré mi propria desventura.

Con este rebozo ingenioso, con este disfrás discreto, me diò à entender Doña Angela su aficion honesta, sin que del darmela à entender, pudiera presumirse arrojamiento; que tambien ay en el fuero de la modestia modos para declarar una passion sin declararla, y para significar un amor, sin dezir, te

quiero. Ya parece que mi voluntad se iba careando al nuevo objeto, segun el gusto que recibi con el papel; pero considerè, que tambien pareceria muy facil mi valor, si al primer embite declaraba mi mudanza, que un hombre no ha de apartarse de lo que pretende, por imposible que sea, menos que lo que le aparta no estè muy seguro; y assi, para mayor prueba de este querer, quise no darme por entendido, antes respondì sumamente apassionado de mi antiguo amor, diziendo:

Papel de Lisardo à Doña Angela.

Culpado, Senora mia, en lo que me dezis os pido perdon á vuestros pies, que no me le aveis de negar, quando os prometo mi enmienda. Aficionado, como sabeis, quiero valerme del auxilio vuestro, para mejorar tan malos ratos como he passado; que aunque Don Fernando galantea, y el que le escuchan es su mayor favor, mayores favores me prometo, si sois mi interessora. No os parezca arrojo suplicaros lo que me ofreceis, que à no estàr entendido de la grande amistad que professais con Isabela, antes me muriera callando à manos de mi tormento, que os diera disgusto, pidiendoos cosas contra vuestro decoro. En fin, os hago mi abogada, rogad por mi à Isabela, que aunque vuestro ruego no la ablande, quedaré muy consolado de que ayan intervenido vuestros ruegos, pues á vista de tantos desengaños, la voluntad cautiva será possible que quede en su libertad.

O lo que puede la discrecion! O lo que vale un pecho noble! pues aviendo Doña Angela recibido esta respuesta, que no la merecia, ni su amor, ni su hermosura, me respondiò tan contenta, como si yo la huviera dicho que la amaba, ofreciendome que haria todos sus poderios para reducir à Isabela á mi amor, y voluntad, dandose por muy dichosa en aver recibido letras mias, prometiendose parabienes de estàr empleada en mi servicio. Què corazon de diamante no se desnudàra de lo ingrato, y se vistiera de lo agradecido, viendo tanta prudencia en tãto amor, tanta paciencia en un agraviado pecho, y tanta cortesía en un alma ofendida? Solo mi corazon pudo ser el protervo, y obstinado, pues conociendo los quilates de este amor encubierto, me dexaba sin vida considerar que se avia de acabar el amor de Isabela, sin advertir entonces, que esta ingratitud que yo usaba con quien me queria, era lo que usaba Isabela conmigo, por mucho que

la

la amaba. Sucediò un fracaso, que me sacò de mi engaño, y fue, que una noche caluroſa ſali ſolo con Camacho à tomar el freſco por las orillas de el Betis, y eſtando (como ſiempre) imaginando en Iſabela, yà culpando ſu eſquivéz, yá maldiciendo mi fortuna, vimos paſſar un coche por junto à noſotros; y reparando Camacho, como mas entretenido, en quien era el dueño, conociò que era de el padre de Iſabela, la qual ſola con ſu amiga Doña Angela avian ſalido à divertirſe. Apenas vì tan buena ocaſion, quando advirtiendole á Camacho, que me aviſaſſe en pareciendo gente, me embocè lo mas que pude, y ſin que me ſintieran, me llegùè al eſtrivo de el coche, donde pude eſcuchar ſin ſer viſto, algun rato de la converſacion que las dos llevaban. Oì á Iſabela, que dezia: Amiga Doña Angela, confieſſo, como dizes, que ſoy ingrata al mucho amor que me mueſtra Liſardo, pues yá que no correſpondo à ſus ruegos, aun no le deſpido con buenas palabras; pero maravillome que ſiendo tu tan bella, que mereces ſer eſtimada, y ſiendo Liſardo tan galàn, que puede ſer querido, vengas á rogarme que le tenga aficion que mude de parecer, y le mueſtre voluntad, coſa que para creìda trae poco de aparente, pues ſolo à mi corteſia ſe reſerva el darte credito. Reſpondiò Doña Angela: Si acaſo vàs à ſacar por ilacion de lo que dizes, que con cautela te hago eſtos ruegos, porque eſtarè zeloza, quiero adelantarme, y dezirte que amo à Liſardo con un amor muy crecido; y fuera con eſtremo, à eſtàr correſpondida de él; pero tengo tanto valor, que no ſoy de las Damas que buſcan galanes, aunque no las quieran, y procuran que otras no los amen, para con mas ſeguro atraerlos para sì. No ſoy, Iſabela, deſtas, y aſſi el rogarte por èl, no es aficion, antes cordura; no ſon zelos, antes valentia, fuera que de hazer eſte recado dì la palabra à una perſona que quiere bien à Liſardo, que fiado de la amiſtad de las dos creyò con mi ſuplica ſolicitarle el remedio. No echaba yo por eſſe atajo, replicò Iſabela, antes iba á ſoſpechar, y perdona que he de dezirlo, que eſtabas aficionada á Don Fernando, y que por verle libre, yá me entiendes, no ay que explicarme mas. Jeſus mil vezes! reſpondiò Doña Angela, haziendoſe cruzes, y que ſoſpecha tan malicioſa has tenido de mi! Pues para que te deſengañes, te empeño mi palabra, que en el mas minimo penſamiento no te he

ofendido en esta parte; porque si alguna persona me debe aficion es Lisardo; y miralo amiga, que soy de dàr gusto, pues vengo à hazerte ruegos contra mi propia; y si he de hablar claro, solo es porque me dà pesadumbre que sea una muger ingrata con quien amante la desea, y marido la pretende.

Tan embarazadas iban las dos en esta platica, que les durára mas tiempo, à no impedirla la curiosidad de el cochero, que por bañar los cavallos, metió el coche por el rio, cuyas aguas brumadas de las ruedas, unas arrollandose espumas, quedaban sonora plata, y otras salpicandose vidrios, bolvian à ser cristales; y como en la mayor bonanza, rebuelve una tempestad, y en el pielago mas liquido se encuentra con una roca; quando mas sereno el coche sulcaba el paño fugitivo, no le faltò un escollo, que hecho tropezon de la una rueda, le sumergió entre las aguas, dexando hecho sepulcro lo que fue pavellon, bobeda lo que fue casa, y tumba lo que antes tienda, retrato al vivo de la poca seguridad de la vida, pues quanto mas descuydada se halla en brazos de la muerte. Yo que me avia quedado à la orilla confuso de aver oìdo la aficion de Doña Angela, pues à no ser yo quien la escuchaba, no la creyera, assi como vì la tragedia yà mis ojos, desembolviendome del ferreruelo, y soltando allì la ropa, que me podia dàr mas embarazo, me abalancè al Rio, y llegando al coche, en cuyo hueco yà las aguas avian tomado possession hallé à un lado sin aliento á Isabela, y al otro casi muerta á Doña Angela, la una marchita rosa con el susto; la otra muerto jazmin con el desmayo, cada una amortiguando el carmin que les escupiò à la boca, y las dos brotando en perlas el agua que les assomó à los ojos. Sin detenerme en lo mucho que ay que considerar en una hermosura, quando està rebuelta, cogi á Doña Angela en los brazos, primero que me acordár de Isabela. Yo proprio me admirè de la accion, y juzgando que avia sido descuydo de la prisa, quise bolver á dexarla, y echar mano de Isabela; pero hallè en esto tantos embarazos, que tuve por mas acierto sacarlas à las dos juntas, y assi, hecho Atlante de sus hermosos Cielos, quise vad ar las aguas. Aunque previne todos mis alientos, hallè ser impossible, porque las muchas ropas eran estorvo, y el estàr mojadas era mucho peso, por lo qual, considerando que en sacarlas juntas á las dos, arriesgaba las vidas de los tres, me determinè à dexar en el agua à la

una

una, hasta aver puesto á la otra en libertad. Aqui yo me acordè que era Isabela la que ya queria, pero representandome entonces en ella, no el amor que yo la mostraba, sino la ingratitud con que me correspondia; y al contrario mirando en Doña Angela, no mi desamor, sino su voluntad; no mi desconocimiento, sino su razon: solte à Isabela, no tan en el peligro, que no fuera socorrido de Camacho, y de el Cochero, que yà desembueltos del espanto, avian llegado á ayudarme, y abrazado solamente de Doña Angela, la saquè en salvo à la ribera; y buelta yà en su acuerdo, me dixo que no queria darme alli las gracias, sino en su ventana, donde me aguardaria la noche siguiente. No huvo lugar de mas razones, porque en breve rato acudiò tanta gente á la fama de el fracaso, que para no darme à conocer, huve de valerme de la diligencia.

Mojado de la suerte que podeis considerar, dì la buelta à mi casa, passado un rato entreteni do con los dichos de Camacho, que no pudiendo creer que el dexar à Isabela en el rio, y sacar á Doña Angela, avia sido eleccion mia, sino engaño, venia con sumo regozijo, diziendome aquello de, Dios ha visto las marañas, y assi ha permitido que Doña Angela te aya cogido en el garlito. Eran mayores sus contentos, quando yo le respondia, que ya no queria otro amor mas que Doña Angela; luego tratabamos de lo sentida que avia quedado Isabela; y representabalo Camacho tan al vivo, como él à lo sacaron notò bien sus acciones, que ya no podia reportar la risa, oyendole dezir: Ha traydor! este era tu voluntad? ò falso! en el rio me arrojas? ha desconocido! mas vale Doña Angela que yo? Pero no pararon aqui los sentimientos de Isabela, sino que me contaban despues, que de corrida no salia donde la vieran, y de zelosa se mordia las manos, proprio de mugeres, quando las quieran, engreirse, quanto mas las solicitan enfadarse; y si las dexan, darse por ofendidas; y si vén buscar otras, apellidar venganzas. La causa de este sentir fue el cochero, que como es gente que para dezir lo que ven, no es menester que se lo paguen; y sin paga, dizen al doble de lo que vèn, contaba despepitadamente lo que avia passado á todos los que iban, y venian; y como en un vulgo son los pareceres tan varios, pues aunqué me disculpaban á mi algunos, diziendo que yo avia hecho bien, si era Doña Angela mi dama; otros dezian, que avia sido villana accion el dexar à Isabela,

bela, y que peligrar con las dos fuera mejor contado; de oìr à estos, se dieron el padre, y deudos por ofendidos, solo Don Fernando hizo alarde de valentia, en medio de estas contradiciones, afirmando que avia sido temor, por no darle zelos, pues los tuviera muy grandes, si yo osára sacar en mis brazos la que yà se conocia prenda suya. Causó en fin tanto ruìdo en la Ciudad esta eleccion mia, que al siguiente dia en todas las conversaciones se ventilaba el caso de modo, que muchos Cavalleros lo pusieron en question, dudando qual seria mas justo, puesto un Cavallero en semejante aprietos, donde no podria librar sino una de las dos Damas, y librar á aquella que èl queria, aunque ella no correspondia à su amor; ò librar à la que le amaba, aunque èl no la correspondia? Escrivieronse muchos Poemas, en que cada uno fundò en justicia su parecer, que hasta una verdad padece tantos achaques, que por clara que estè, no faltan pareceres, que la llamen mentira. No quise quedarme corto supuesto que yo avia sido la causa del certamen; y assi disfracè mi voto en estas espinelas, que despues de estár yá corregidas por Doña Angela, se publicaron desta forma,

Vn hombre embarcado estãdo
con dos Damas, de las quales
una no olvida sus males,
y èl la està en estremo amando:
otra en èl està adorando,
y èl no la puede mirar;
qué harà, si arrojar al Mar,
una forzoso le fuere,
dexar à la que le quiere,
ò á la que el quiere dexar?

Caso es de gran confusion,
pero en casos semejantes
deben mirar los amantes
las leyes de la razon:
porque supuesto que son
dos Damas las referidas,
que ni las dos son queridas,
ni las dos quieren querer,
facil serà el escoger
una vida entre dos vidas.

Si una no querida quiere,
y otra no quiera querida,
la justicia es conocida
para el que discreto fuere:
si el galàn librar pudiere
á las dos, no andarà errado:
mas caso que sea forzado
á hazer el triste partido,
pague amor que le han tenido,
y arroje amor mal pagado.

Y aunque parece rigor
que el galàn mate à quien ama,
no es rigor, quando la Dama,
no corresponde à su amor;
antes fuera el tal traydor,
segun buenas consequencias,
si en tan urgentes pendencias,
juzgando por modos sabios,

dexá-

dexàra libres agravios,
y castigàra inocencias.
No ay agravios como vèr
un galàn como al compàs
que él adora, y quiere mas,
menos le quieren querer:
no puede inocencia aver,
como una muger queriendo
à quien le està aborreciendo;
pues esto considerando,
muera la que està matando,
viva la que està muriendo.
Y aunque el corazon està
donde tiene la aficion,
tambien sabe el corazon,
no estár con quien mal le và:
al pecho se bolverà
en tal peligro; de suerte,
que el galàn robusto, y fuerte
pueda dàr por su medida,
vida á quien quiere su vida,
muerte à quien quiere su muerte.
Debe un galàn advertir,
puesto en semejante aprieto,
que aunque ay dos, es un respeto
el que tiene de elegir:
y supuesto ha de morir
de aquestas dos una Dama,
muera la que su amor llama,
porque yo, mas justo llamo
no dexar viva à quien amo,
que dàr muerte à quien me ama.

Con este papel satisfice callando à mis opositores, por el qual recibi de Doña Angela tantas gracias, que me hallè corto para satisfacerla. Fuy una, y muchas noches à su rexa, donde declarandome muy à la larga la aficion, y voluntad, que le debia à su amor, sentamos el trato de quedar amantes firmes, sin que de alli adelante Isabela, ni otra Dama pudiesse apartarme de mi proposito, que las cosas que en esta vida parecen mas estables, se mudan tan facilmente. Pues aun yo mismo à ratos me admiraba, y casi no creìa el averme olvidado de Isabela, quizà que lo permitiò el Cielo, para hazerme exemplo à todos los hombres, para que en cabeza mia escarmentassen de exponerse à los peligros que el amor acarrea, pues como yà os he dicho, de amarla, no saquè sino desassossiego, pesares, y fatigas: de olvidarla, presto vereis la desdicha que se me siguiò; y de bolver à quererla escuchareis una de mis mayores ruìnas. Prosigo, pues, y digo, que me hallaba con mi nuevo amor tan consolado, y contento, que el mayor de los gustos, que mi alma apetecia, era ver à Doña Angela. Con la comunicacion creciò el trato, con el trato se hizo gigante la voluntad, y esta nos avassellò de modo, que yà determinamos de passar à mayores, no contentandonos con la parla de una rexa donde ay miedos si velan los vezinos, y cuydados si passa gente,

ſino que dimos traza de hablarnos en el jardin, haſta que ſe efectuaſſe nueſtro caſamiento. Pero reparò Doña Angela, y me dixo, que Iſabela era yá ſu contraria, y temia no la deſcubrieſſe, ſiquiera por vengar en ella los enojos que yo le avia dado. Parecìome à mi que Doña Angela ſe eſcuſava, para apartarſe de el concierto; y aunque quiſe diſſimular la peſadumbre, no pudo ſer de ſuerte, que dexára de vér en mi ſemblante mi acedia; y aſſi me replicò, diziendo: Liſardo ſeñor, y dueño mio, ſi he de aclarar la verdad, oìdme ſin enojo, y vereis en mis palabras mi diſculpa. Mi padre, y muchos deudos, entendidos yá del favor que me hazeis, ha mil dias que me han hecho cargo de el fin que lleban nueſtros amores, dandome conſejos, que no os hable, ni os mire mientras no me pidiereis por eſpoſa, y amenazandome caſtigos en ſabiendo una falta de mi recato, y en hallando una macula en mi honor. Si os he hablado por la rexa, ſabe el Cielo los miedos que me ha coſtado, y las prevenciones de que me he valido; atendiendo ſiempre, que aunque me olvidariais, no pudieran por aquello objetarme ſino unos deſcuydos amoroſos de muger que ſe miraba querida. Pero daros aora puerta franca, donde ſolo por èl pudo ſer, ſe alza con la corteſia la ſoſpecha, bien vereis que ſe deſdora el alma limpia con que os amo; que arrojos de eſſa calidad, mas parecen principios de liviandad, que eſtremos de fineza: fuera de eſto, como andan mis parientes ſolicitos, ſi acaſo nos cogen juntos; y no me admitis por eſpoſa, como me hallareis? Y hallandoos conmigo, como os pararàn? Aplicó, diziendo eſto, un lienzo à los ojos à enjugar algunas perlas que le arrojò el corazon, tan ſentidas, que lloradas ſe deshizieron, y mas enamorado yo de ſu compoſtura, que eſta es la que ha de enamorar a hombre ſabio, y no la aficion deſembuelta, la hize juramento de ſer ſu eſpoſo al punto que viniеſſe mi padre de Sevilla, donde eſtaba cobrando una herencia algo quantioſa, prometiendole tambien, que ſi por deſcuydo, ſuerte ſu padre, ò alguna otra perſona me hallára con ella, no negaria el llamarla mi eſpoſa antes confeſſaria á vozes la palabra que alli la daba. Del modo que pudo, me diò por entre la rexa los brazos, agradecida á mi mucha voluntad, diziendome, que de alli adelante me eſconderia en el jardin, y que quando viera abrir una pequeña puerta, que era correſpondiente à ſu quarto, entràra con el ſecre-

to possible, enderezando los passos á la luz que ella tendria en su aposento, señal conocida para no poder errar.

Hecho este concierto, y dadas estas trazas, me despedi de Doña Angela el mas gozoso del mundo, quando pudiera despedirme el mas triste, y afligido de todos los mortales, pues juzgando que yà cada noche gozaria su hermosura mas à manos llenas, fue esta la noche ultima que gozé los jazmines de sus manos. Id conmigo, y vereis en breve rato quatro desdichas por sola una desgracia, quatro tragedias por solo un desacierto. Vino la siguiente noche con passo acelerado, y en dando el relox las doze, mi hora acostumbrada, al tiempo que iba à salir por la puerta, llegò mi padre de Sevilla, harto estorvo para conseguir mi intento, porque se passaron mas de dos horas, tiempo bastante para que pierda su ocasion un desdichado. A la una de la noche llegamos yo, y Camacho al jardin, entramos dentro, y reparando en que estaba la puerta abierta, como Doña Angela me avia dicho, tomè algun consuelo, y con secretos passos me iba à entrar por ella, quando oygo unas vozes muy reñidas à lo callado, que fueron remora à mis pies, y grillos á mi denuedo. Alarguè mas el oìdo, y escuchando que crecia el aboroto, con el golpe de la gente que iba entrando, determinè de no morirme de confuso; y assi, mezclado con los demás iba de trecho en trecho, y de boca en boca inquiriendo mi desdicha, y todo era dezir, han hallado à Lisardo con Doña Angela, y le obligan à que se case con ella. Perdia la paciencia oyendo estas cosas; la mucha confusion me llenaba de ahogós, la mucha pena me tenia mortal. Vnas vezes pensaba si avia sido soplo, que yo avia de estàr con Doña Angela, y como no me hallaban, andaban con aquella solicitud buscandome; otras vezes sospechaba, y esto me traìa à puntos de muerte, si alguno por mi tardanza avia gozado de la ocasion; y aviendose huìdo, publicaba Doña Angela ser yo el robador de su honor, y assi procuraba con aquellos alborotos cogerme entre sus manos. Baxaba uno diziendo: lastima ha sido que una dama como esta se case con quien no pensò. Salia otro, y dezia: la buena señora se deshaze en lagrimas. Alli dezian unos: no tiene razon Lisardo de huirse, siendo Doña Angela tan bien nacida como èl. Aqui hablaban otros: Doña Angela ha de perder el juìzio segun siente casarse à su disgusto.

Lle-

Llegabame à Camacho, no fiandome en lo que yo escuchaba, y hallaba ser lo mesmo lo que èl oìa: y faltandome yà el sufrimiento, iba à entrarme casi en el quarto de Doña Angela; mas viendo que el Corregidor con otros muchos Cavalleros salian dèl, y como dando parabienes, torcì los passos ázia un zaguan, que estaba algo obscuro, donde apenas huve entrado, quando veo que una dama al parecer alli escondida, recogiendo las basquiñas en las manos, diò á huir, y por una puerta oculta, correspondiente à la casa de Isabela (que como tan amigas antes, tenian aquel secreto para passarse cada una à la casa de la otra) se me desapareciò de la vista, y antojandoseme en el talle, y en el brio, como en el ir tan presurosa, y turbada, ser Doña Angela, que quizà huyendo de alguna fuerza que sus padres la hazian para casarla con otro, iba à guarecerse de la casa de Isabela: haziendo señas à Camacho que me siguiesse, me entré en su seguimiento, sin parar hasta una sala muy rica, y aderezada, donde en un precioso lecho, que avia en ella, vi dexarse caer la dama, como desmayada, y sin alientos. Yo todavia pensando era la que buscaba, toméla en mis brazos, y à la luz de una bugia conoci en mi desengaño toda mi tragedia; pues quando creì estàr abrazado de Doña Angela, me hallè con Isabela en los brazos, luego al punto rodeado de toda su familia, padres, deudos, y parientes, que como todos avian passado à casa de Doña Angela, y luego nos vieron à mi, y à Camacho entrar presurosos en su casa, juzgando eramos de los que en tales ocasiones, con la deshecha de entrar á dar favor, se avorecen de lo que pueden tomar, nos avian seguido con las espadas desnudas, y hallandome de aquel modo, y conociendo mi persona, y que no podian buscar otra suerte, que les estuviesse mas à cuento, quando algunos quisieron embestirme, yá todos los otros, teniendo alli la justicia, me obligaron á casarme. Vime tan embarazado, que no tuve palabras para disculparme, porque aver yo galanteado à Isabela, ya avia sido notorio: ser Isabela mi igual, era cierto; hallarme con ella no podia negarlo; y en fin, estando la justicia delante, si me resistia, no era valor; si me daba por agraviado, antes era mengua; y assi, sugetandome no à mi voluntad, sino à la fuerza del hado, no á mi gusto, sino al rigor de mi estrella, la di mano de esposo, y firmè las escrituras, que alli en presencia de todos quedaron otorgadas.

Yà

Yà os veo deseosos de saber la causa de aquel ruìdo que avia en casa de Doña Angela, sino es que yá vuestro discurso lo penetra, viendo tan trocada mi suerte, que no será mucho que se infieran desgracias suyas, quando me estais mirando hecho un antecedente de desgracias. Sabreis, pues, que como yo hize aquella tardanza, por la venida de mi padre, que fue casi á la misma hora que Doña Angela me estaba aguardando con la puerta abierta, como me avia dicho, acertò à entrar Don Fernando por aquella parte del jardin, que no debia de ser la primera vez; para con mas comodidad parlar con Isabela desde un adarve pegado á sus ventanas; y reparando en la novedad de estàr aquel postigo abierto, quiso curioso examinar la causa, no sin malicia de que seria para mi aquella demasia, (ó nunca lo huviera sido, pues fue el tropezon para tantas desventuras!) y entrando dentro, llegò guiado de la luz al aposento de Doña Angela, donde yà fuesse por vengar con mi deshonra los galanteos que yo avia hecho à Isabela, ò yá fuesse por parecerle entonces Doña Angela mas hermosa, usando de las cautelas que pudo, matando la luz, y dissimulando la habla, logrò la ocasion tan á costa mia, pues tanto me ha costado. Estaba à esta sazon una criada esperando á Camacho, bien cierta de que avia de ìr conmigo; y como despues de muchas diligencias no le viesse, y huviesse visto entrar aquel embozado, que juzgaba ser yo, temerosa de lo que podia ser, ò por mejor dezir, de lo que era, quiso en duda, que no peligràra el honor de su señora; y assi, avisó à su padre, á sus hermanos, y à la gente de casa, todos los quales, bien apercebidos, y acompañados de casi todos sus deudos, y del Corregidor, que previnieron para mas seguridad, llegaron al aposento de Doña Angela, que desmayada un grande rato, lo uno por su verguenza, lo otro viendo su engaño, apenas supo dezir que estaba con su marido, escuchando que era Don Fernando quien la llamaba su esposa. A este tiempo fue quando desesperada Isabela, se fue á su aposento, viendo que ya dexaba casado à Don Fernando; y à este tiempo, fue, quando rodeado de confusiones, por buscar à Doña Angela, me vine à hallar casado con Isabela. Del modo que fue, ya lo aveis oìdo: aora, en tanto que enderezo el barco del sufrimiento, para engolfarme en otras aventuras mayores, pensad atentos, y repassad con cuydado el caso referido,

que

que desmenuzado lo que he dicho de monton, descubrireis desdichas; y sentimientos, pues à mi me hallareis al lado de la que jamás me quiso; à Don Fernando casado con quien nunca tratò de voluntad, à Isabela llorosa por su perdido amante, à Doña Angela triste con su esposo presente; y en fin, á todos quatro casados à despecho, que es la desgracia mayor que alcanza à los mortales, porque de casamientos à disgusto, nunca se engendraron sino enfados, destas se originan pesadumbres, destas nacen aborrecimientos; y en llegando dos casados à aborrecerse, no ay que esperar sino una desdicha.

De los casamientos referidos se siguió, que amagando à cada uno en el olvido sus dolores, D. Fernando se rezalaba de mi, y yo guardaba bien mi casa de Don Fernando; Isabela procuraba tenerme contento; y Doña Angela trabajaba por dár gusto à su marido: por yo echando de vér por mi proprio, que la primera aficion todavia estaria bosquexada en el alma, de que podia suceder, yà que estaba casado à disgusto, quedar juntamente deshonrado, tratè con el padre de Isabela de retirarme à una espaciosa Quinta; à causa de mirar mejor la hazienda, y de vivir con menos bullicio que ay en la Ciudad. Coloreè lo mejor que pude mi sospecha: y aunque conoci que le salia à Isabela de el alma el ausentarse, andaba tan en los estribos, que me diò à entender que se alegraba de seguir mi parecer. Con esta resolucion, á mi me quitó de la vista de Doña Angela, pues cada vez que la viera, me avia de refrescar las heridas; à Don Fernando le dexé sin zelos, pues viendome su vezino, aunde entrar tal vez en mi casa quisiera tenerlos: á Doña Angela la quitè los dolores, pues siempre que me miràra avia de sentirlos: y en fin, à Isabela le quitè la ocasion, pues no viendo nunca á Don Fernando, se borrarian los relieves que podian quedar de su antiguo amor. Mas de un año estuve sin acordarme de la Ciudad, sin echar menos sus fiestas, sin sentir la falta de sus regalos, sin necessitar de sus comodidades, porque (como dizen) hecho Rey de mi casa, passaba gozoso, viendome obedecido de toda aquella Quinta, donde, yà ocupado con los labradores, yá con los jardineros divertido, desechaba antiguos pensamientos: otras vezes me entretenia en la caza, yà fatigando el bosque tràs el ligero gamo, yà trás la incauta perdiz peinando el viento. Desta suerte passaba los dias muy alegres, y las noches

ches muy gustosas en brazos de Isabela, la qual me recibia siempre con tantos amores, con tantas finezas, que mil vezes llegue à sospechar eran fingidas, segun las miraba con tal estremo grandes: que en una muger, hasta los excessos de querer mucho, suele traer vincula una sospecha. Pero quien, sin otros indicios, avia de presumir, que aquella voluntad no era verdadera? Y mas quando estaba obligada de la mia, pues siempre le mostraba doblado amor de lo que avia en el pecho; lo uno, por tenerla siempre reducida à mi amor; y lo otro, por no dexarme vencer de sus amores. Tan creìdo estaba de que Isabela me queria, que me guardaba lealtad, y que me era fiel, que si alguna sospecha se me fraguaba en la idea, yo proprio me castigaba, y me reprehendia.

Vivì con esta buena fee todo el tiempo que os he dicho, hasta que Camacho, que siempre á mi lado, me iba divirtiendo con su buen humor, me comenzò à entibiar los gustos con mil significadas tristezas, con mil desfabrimientos, y con innumerables suspiros. Dissimulé con èl algunos dias, creyendo gastaria entonces aquel humor; que no es mucho que padezca algun achaque melancolico el corazon mas alegre; pero viendo que continuaba en su tema, le preguntè, que tenia? Respondiòme, que nada. Dexabalo estar, por no apesadumbrarlo; que hazerle preguntas á quien no quiere explicar su tristeza, no es alivio, sino pesadumbre; y à cabo de rato bolvia mas compassivo à dezirle, que no me atormentàra en callarme lo que sentia, mas con la primera respuesta me hazia pago. No pude un dia sufrirlo (ay de mi, y quien supiera entonces lo que le debia!) y sacandole al campo, como acostumbraba, le dixe resuelto estas razones: No entendi jamàs, Camacho, que me faltàra tu lealtad, ni que te cansaras de estár en mi servicio, ni yo entendì repartir entre otros criados la mas minima parte que he depositado en ti de todos mis secretos; pero supuesto que en esta vida ay mudanzas, y los mas contentos con su estado, suelen pesarosos buscar otra fortuna, si mis buenos tratamientos te cansan, si la voluntad que te tengo, no te satisface, mira lo que pretendes, que à qualquier parte que vayas, iràs con mi bendicion. Yo he procurado con buenos medios me digas la causa de essas tristezas que te afligen, de essos pesares que muestras, y de essos disgustos con que andas, no has querido, sino con respuestas frivolas,

darme que pensar mil cosas, atrayendome sospechas, que no puedo determinarlas con la confusion tuya. Iuzgo unas vezes, que mi Isabela agraviada, quizà de que fuiste tu quien me careaste à los amores de Doña Angela, te trata con desden, ò te muestra algunas amenazas; otras vezes juzga, que embidiosos los demás criados de verte conmigo tan valido, tratan de descomponerte; otras vezes imagino, y esto es lo menos, que no te hallas bien en el campo, y que has fingido estos enojos para que yo te despida; y otras vezes (ay de mi, y quanto me cuesta dezir esto!) llego á pensar en ver tu confusion, ò que mi honor no està seguro, ò que mi fama peligra; que esto solo bastaba à tenerme con mil penas, y cuydados. Ea, pues, Camacho, dime aqui sin rebozo la verdad de tu disgusto, y no dès ocasion à que yà que vivo estas soledades, passe la vida tan llena de sobresaltos; nadie aqui nos oye, sino estos riscos, y estando yo contigo, no tengas temor de nada, que siempre me veràs en tu favor.

Con las lagrimas casi en las megillas estuvo Camacho vna gran pieza, hasta que deshaziendo mil nudos de la garganta, me dixo de esta suerte: Lisardo, señor mio, el Cielo sabe lo que me pesa el disgusto que te he dado, y sabe el Cielo las diligencias que he hecho para no darte à sentir las melancolias que me afligen, y los dolores que me atormentan: pero supuesto que estás por mi causa con tantas sospechas, que no me espanto te aflijan, y atormenten, quiero de una vez desengañarte, dandote razon de mis disgustos, para que yá que los sientes, me ayudes à vengarlos. Bien sabes, que desde aquella noche infeliz que te desposé este con Isabela, yo tambien por seguir en todo tu fortuna, me casè con Elvira su criada, que con orden tuya vive en tu servicio. Esta, aunque me ha sido leal, y nos hemos tratado todo este tiempo con mucho amor, avrá cosa de veinte dias que me dió ocasion de mil sospechas, porque entrando una noche bien descuydado á acostarme, me pareciò hazian ruìdo á un lado del aposento; tomé la espada, y saliendo à ver quien era, si mal me engañé, me pareciò un hombre que hallè dentro, al Criado de Don Fernando, y al tiempo que fuì à embestirle, no sè como, ni de qué manera se me desapareciò, dexandome el hombre mas confuso de el mundo, y el mas zeloso que se puede imaginar, pues yà supiste como Elvira, quando Isabela amaba à Don Fernando, trataba tambien con el criado sus ciertos

amo-

amores. Desde entonces me sobrevino tan grande melancolia, que aun no me ha dado lugar de comunicarte mi pena, siquiera para con tus consejos consolarme, y con tu ayuda defenderme, Aunque, diziendo verdad, mil vezes quise descubrirte mi pecho, mas me detenia vn justo temor de no darte que sentir, y sospechar: pues claro está, que un ingenio como el tuyo, viendo del modo que te casaste, y considerando, que la criada de tu esposa no se olvidava de la voluntad primera, claro està, buelvo à dezir, que dirias: Pues la criada se desmanda, no anda en buenos passos la señora. Y quando no dixeras esto, por lo menos, te avias de poner en cuydado; y estando con tal rezelo, no avias de mirar à Isabela con el amor que la miras. Tambien me ha servido de estorvo considerar, que puede engañarme, y ser sombra imaginaria aquello que juzgue persona; y en caso de duda, ser mas acertado morir callando mis confusiones, que referirte lo que sè que ha de dexarte en sospechas, y cuydados. Con esto quedaràs satisfecho, que ni Isabela me persigue, ni los criados me murmuran, ni tu servicio me cansa, porque con estàr tu de mi parte, ningunas adversidades me pueden causar enojo, ni tristeza.

Desta traza se valiò Camacho para advertirme mi deshonra, que hasta el criado mas libre, que es el bufon, pues se le consienten todo quanto dize, tiene verguenza de referir sin rebozo afrentas semejantes. Brotando zelos el alma, y lleno el corazon de mil dolores, me reviste de venganzas, salvo que entonces me dì por desentendido à Camacho, porque no es bien que un hombre crea sus agravios, hasta averlos examinado, y visto. Antes dissimulando con èl, le dixe que diera traza para que nos quedáramos algunos dias escondidos de modo que pudieramos averiguar su sospecha, que en quanto à Isabela, yo estaba muy satisfecho que guardaba lealtad. Con esto nos bolvimos á la Quinta, y antes de llegar à ella, oyendo que un Pastor estaba templando un rustico instrumento, con ir yo tan pesaroso, quise escuchar lo que cantaba, deseo quizá que previno mi fortuna, para que no me quexasse de que no me avia avisado, pues en el siguiente Romance me diò el Pastor consejos para no dormirme, cantando assi:

Silvio, pues ya te casaste
con quien apenas te quiere,
de que vivas no me espanto,
mas me espanto que no veles.

Quien con disgusto se casa,
en su casa ha de ser siempre,
no marido descuydado,
sino amante diligente.

Confiarte porque Flora
es honrada no lo entiendes,
porque à vista de otros gustos,
las mas honradas se pierden.

Dirás que nadie te agravia,
mas tu saberlo no puedes,
si estàs de dia en el campo,
y toda la noche duermes.

Quien tiene muger hermosa,
ha de estarse, si ser puede,
hecho un Angel que le assista,
ò hecho un Argos que la zele.

Si te muestra algun cariño,
no la creas, que á las vezes,
finge una muger requiebros,
por encubrir lo que ofende.

No te fies porque estàs
en un pastoril alvergue,
que tambien para un pastor
ay lobos, quando se duerme.

No solas son las Ciudades
las que traveſuras tienen,
que una traicion en el campo
se logra mas facilmente.

Podrà ser que quando tu
aqui las fiestas diviertes,
aya à costa de tu honor,
en tu casa mas placeres.

Podrá ser que tus ausencias
te maten, quando no pienses,
que està en valanzas la honra,
estando el marido ausente.

Visita à tu Flora, Silvio,
en horas que no te espere,
que hallarla sola á sus horas,
que tienes que agradecerle?

Vsa de este examen, Silvio,
que en su rostro, si lo adviertes,
hallaràs tu agravio escrito,
ò su ignorancia patente.

Si te agravia, y te vè entrar,
verás como sus claveles;
amortiguando el carmin,
se quedan pasmada nieve.

Veràs sus ojos turbados;
y si por soles los quieres,
con eclipses te diràn
que està tu honor á la muerte.

Verás el habla, que apenas
se articula entre los dientes,
porque quien acierta à errar,
no es mucho q̃ hablar no acierte.

Y aunque contenta la halles,
no te fies, que ay mugeres
tan diestras en engañar,
que engañan promiscuamente.

Esto se dixo un pastor
à sì mismo, estando ausente,
por divertir unos zelos
tan grandes, como crueles.

Que desengaños mas claros
pudiera advertirme aquel Pastor, aunque hablàra conmigo? Pues aun sin hablàrme, multiplicò las sospechas que mi corazon sentia. Llegamos à la Quinta del modo que otras vezes, y despues de aver buscado algunas industrias para averiguar mis rabiosos zelos, quando hallamos la mas acomodada, y secreta, em-

pe-

pezamos la pesquisa, y fue de esta suerte: al lado del aposento donde yo dormia avia un tabique que dividia un camarin secreto, pegado tambien al aposento de Camacho. Escondimonos en èl, y abrimos à la parte de los dos aposentos dos pequeñas rimas, que cubiertas de los reposteros, estaban tan ocultas, que la mas curiosa diligencia no reparàra en ellas. No quise para esto fingir ausencias mas largas de las que solia, quando ibamos al monte, que erã desde que el Padre de la luz tomaba el carro: hasta que bañando las ruedas en el ancho Occeano hazia tumba de sus luzes los turquesados cristales. Aviendo, pues, una mañana dexado el lado de Isabela, que con mil falsos alahagos me dixo no sè que amores, (que como yá los sospechaba agravios, no los creìa) fingiendo salir à caza, me quedé con Camacho en el camarin à aguardar por instantes la prueba de mi deshonra. Sentéme allì en un viejo escaño, confuso, y pensativo, tanto como el triste delinquente, que repassando por momentos sus delitos, aguarda el fallo de la sentencia; y como Camacho andaba cuydadoso de una en otra rima, yà acechando por esta, yà aplicando el oìdo por aquella, cada vez que se apartaba, entendia que venia à dezirme: Ea, señor, que yà es tiempo. Pero no se passó mucho, pues á poco mas de una hora que estuvimos escondidos, que seria como à las seis de la mañana, oì que abrian la puerta de mi aposento, con secreto tanto, que el mismo secreto que allà era diligencia, me fuè tan sospechoso, que me obligó à llegar à inquirir la causa, mirando por el breve resquicio lo poco que podian brujulear los ojos, que no fué tan poco que no mirassen lo que no quisieran aver visto. Vi, pues (ay de mi triste!) que mi adultera esposa, que yá desde aqui la darè este apellido, abriendo, como he dicho, con mucho tiento el aposento, metiò dentro à Don Fernando, y bolviendo à cerrar, se sentaron mano à mano, con mucho desahogo, despues de aver hecho ceremonias de queridos, que por passar de abrazos, aparté un tanto la vista por no verlas. Conociò Camacho en mi alteracion lo proprio que sentia, y animandome al sufrimiento, me hizo que escuchasse lo que trataban; en tanto que tambien èl oìa por la otra parte, no menos que declaradas traìciones, que Elvira referia al criado de Don Fernando. Bolvi, pues, à aplicar la vista, si bien con mas atencion puse el oìdo, y aunque no todas las palabras podian entenderse, por lo me-

menos, èscuchè estas que Don Fernando le dixo à Isabela.

Cansado estoy yà de tantas esperas, pues aunque gozo los frutos de mi amor, todavia no se gozan con aquella libertad que gusta el alma. Yo, Isabela, he de cumplir lo que te he dicho, yo he de matar à Doña Angela con traza tan peregrina, que no se me pueda acumular su muerte, y quitado por mi parte este embarazo, y por la tuya executando lo que tienes ofrecido, dexando passar dias entre una, y otra muerte, sin que sospechas malicien, ni recelos nos descubran, hemos de casarnos, á pesar de impedimentos. Esta me parece traza poderosa para gozarnos sin embarazos, que matar à Lisardo, como lo he intentado muchas vezes, antes era huìr, mas de lo proprio que deseo, pues no avia de ser tan secreto, que no me obligasse à perder la tierra, y ausentarme de tu vista. Muera Lisardo, pues segun lo trazas, y muera Doña Angela, con el modo que verás, y demos yá fin á tantos regateos, con que la fortuna nos vende estas visitas, que aunque dà tan dulzes dias en tus brazos; no puedo sufrir, que las noches me sean tan penosas, viendote en otros agenos.

Este razonamiento fue el que oì distinto, y este razonamiento considerareis, quanto es bastãte á matar al agraviado que escucha, por mas que se abroquele con el resto del valor; los discursos que alli mi pecho hazia, las maquinas que mi agravio fabricaba, las coleras que prevenian el enojo los desgarros, que yà la razon armaba, no ay que referirlos, quando estoy hablando con quien sabrá ponderarlos. Bolvamos à la rima, que ay mucho que deziros. A responder iba Isabela, no sé si os la pinte caricios, mas ello se publica de muger en tales lances, digo que iba á responderle à Don Fernando, quando un alboroto repentino les puso tanto silencio, que aun las acciones suspensas, casi temieron que hablassen: y estando assi pasmados esperando, no menos que algun amago de su pena tan merecida, llegò à la puerta una criada, diziendoles, como sus padres de Isabela, y los mios acabavan de apearse de sendos coches sin aver dado mas causa, que ir à deleytarse. Turbacion me parece que les puso al principio la embaxada, mas baraxando acuerdos, con la prisa que el caso requeria, acordaron, que pues no avia temor de que yo bolviesse hasta bien noche, segun acostumbraba, que se estuviesse allì escondido Don Fernando, hasta que cerrasse el dia las primeras puertas

de

de su luz, á la qual hora, Elvira, que era la secretaria mayor, le sacaria por la parte secreta que otras vezes solia. En este parecer se resolvieron. y dandose (sin vér que los miraba) otros segundos abrazos, se quedò Don Fernando muy gozoso, y cerrando el quarto salió Isabela à recibir los huespedes, con las caricias, y alhagos, que yà podeis presumir. Y mientras remito à vuestra consideracion los dissimulados modos con que sentia mi ausencia en aquel dia, con que aplaudia à mis padres, con mil encarecimientos; el prevenirse viandas para la comida; el procurarse festejos para divertir la tarde; y mientras Don Fernando, aunque encerrado, se està previniendo regocijos, casi gozando esperanzas por empleos, mientras esto considerais, atended al modo con que en semejante trance me hallaria, descubierta mi infamia, à mis ojos el traydor, reciente el agravio, mi vida amenazada, probado yá el delito, y patente la verguenza. No sé si con justicia me irrito, no sè si con razon se entiende el enojo, quando traygo à la memoria recuerdos semejantes, y con discurso pondero causas tan crecidas; pues no sé si en tales casos el no dexarse morir, es valor, porque sentir bien una deshonra, no sè si se puede menos, que con dexarse morir.

Mas que el camaleon trasmutando los colores, mas que el basilisco fomentando la ponzoña, tragandome por nuevas penas los suspiros, y por no suspirar, bebiendome un mar de penas, me apartè de el mal pulido cancèl à preguntarle à Camacho, si avia por la otra parte algunas nuevas de alivio para templar tanto cuydado, si avia alguna lealtad en las criadas, para sentir mas compassivo traiciones de la señora: y la respuesta que me diò, fue dezirme con preambulos de suspiros, y con ambages de sollozos estas mal aliñadas palabras: Ay señor mio, y como algun Angel nos inspirò, que oy huviesse sido el dia, q̃ nos quedassemos ocultos à examinar estas pruebas: ay señor buelvo à dezir, y no sé como te diga, la riguroſa sentẽcia de tu muerte. Como yá no me cogian estos anuncios de sobresalto, dissimulado mi sentimiento, y rebozado mi dolor, le dixe, que prosiguiesse, y prosiguiò diziendo, como avia escuchado, que Elvira dezia al page de Don Fernando, que yá estaba prevenida la ponzoña, que en la primera ocasion avian de darme en la bebida, al tiempo que mi adultera Isabela hiziesse una seña, de que yà Elvira estaba bien avisada. Turbòse el aliento al eco de este sonido; quedéme en extasis,

por un grande rato, y juntando eſte dicho con el otro, y careando eſta nueva con la que yo avia oìdo, en viſperas de mi muerte, conſiderè los rieſgos de mi vida, y aunque pedia madurèz un caſo ſemejante, y mas con las circunſtancias, que yá he dicho, de eſtàr mis padres, y ſuegros en la caſa, como vi tan de mi parte la juſticia, como advertì tanta razon, que me anima, como conſiderè un exercito de enojos, que me movian cerrandoles la puerta á mas conſideraciones, previne los caſtigos, que ſi à caſo paſſaron, venganzas, el exceſſo de la culpa puede diſculparme; pues no sè yo, que una razon ofendida pueda templar lo irritado del caſtigo, quando eſtá caſtigando á viſta de las ofenſas. Sin detenerme, pues, en mas acuerdos, ſin dàr mas largas á nuevos pareceres, mandèle á Camacho, que eſtaba bien ignorante de lo que yo avia eſcuchado, y viſto en mi apoſento, que inquirieſſe con ſecreto, y diligencia, ſi podiamos ſalir de alli, ſin que nos vieſſen: lo qual no fuè muy dificultoſo, por cauſa que Iſabela, temeroſa de ſu traìcion, avia cerrado todas las puertas antecedentes, en contorno de aquella pieza; y aſſi aſſegurado, y baſtantemente prevenido, haziendole á Camacho, que ſe quedaſſe de poſta en la primera puerta, que eſto es prevenir eſtorvos, abri mi apoſento con llave maeſtra que tenia, y hallando caſi à los umbrales à Don Fernando, bien ignorante que era yo el encuentro, á pocas palabras que le dixe, ſatisfice mi agravio ſin defenſa: del modo que le dexè lo ſabreis luego; bolvi á dexarle encerrado, y con el ſecreto que nos fue poſſible llegamos à nueſtra primera eſtancia; Camacho confuſo con ſoſpechas, y rezelos, y yo anegado en penas, y dolores, porque por mas, y mas que ſe venga una injuria, ſiempre ſe le queda al alma un dolor, como relieves del agravio.

Ocultos nos eſtuvimos en el ſecreto retrete, haſta que llegando el Sol al medio de ſu carrera, preſidiendo antorcha en la mitad del dia, combida á los humanos á que tomen el ſuſtento, á cuya hora eſcuchando, que yà llaman á las meſas, quiſe conſtituirme por uno de los combidados, por fenecer mejor la traza, que fomentaban mis deſeos; y aſſi viendo que el bullicio de la gente, con el olor de las viandas deſocupava lo ameno de los jardines, baxamos abaxo, y ſaliendo por un ſecreto poſtigo, con dos cavallos prevenidos ya para mayor diſſimulo; llegamos á poco rato por las

puer.

puertas principales, dando bien en que entender la inopinada venida, pues los inocentes no podian dissimular el contento, y regocijo que tuvieron; y los culpados apenas podian cubrir su pena con capas de dissimulos. Supongo aqui los placeres de mis padres, las bienvenidas de todos, falsos abrazos de mi esposa, el encubrir yo mi pena, fingir causa de mi acelerada venida, y darme por contento de tan honrada visita. Esto supuesto, vamos al caso: sentéme á comer, con el gusto que podeis considerar, pues todo quanto en los demàs era de gusto, venia à ser en mi dolor, y pena, porque el mayor regalo á costa del honor, lo menos que tiene de pesaroso, es parecer desabrido. Y aunque mi simulada alegria tenia à Isabela algun tanto sossegada, pareciendole, que en lance tan apretado no asseguraba su partido menos que executando su traicion, apenas vió que levantados los primeros platos, yà tendria sed el gusto, quando le mandó á Elvira que me diesse de beber, y por mas que de mi regateó los ojos, vi en ellos como al descuydo acciones de una seña. No me di por entendido, aguardé la la bebida, y al darmela la fementida criada, con una tos fingida, correspondió puntual à la seña, que la avia hecho la señora. Tomè en las manos la copa, y mi fiel Camacho, que casi junto de mi estaba, registrando las acciones, pensando no avia entendido lo que me avia contado, ò que no avia reparado en lo que èl avia visto, tiróme de el brazo, sin que ninguno lo notasse, que fue como dezirme: Señor, mira lo que bebes; aviso que bolvi de nuevo à agradecerle, porque en casos semejantes, donde trabucadas las potencias con golpes de sentimientos, haze harto un alma de sustentarse, sin acudir à lo particular de los riesgos, que la acosan, si la memoria faltasse de un aviso prevenido, el mas diestro en advertir se puede quedar burlado. Tomando, pues, la copa, como he dicho, bolvime á Isabela, y cariñoso, y alegre, todo bien fingido, le pidi que hiziesse lá salva primero, coloreando este brindis con retoricos apodos de dezirla, que tocando la bebida sus corales, no solo quedaria con estremos mas sabrosa, no solo mas dulce, y sazonada, sino que los relieves, ya del coral de los labios, yà del marfil de los dientes, bastarian á ser antidoto precioso, que la purgassen de ponzoña venenosa, si acaso alguna tenia. Fuerte fue este golpe en ocasion tan apretada, pues por mas, y mas

que

que sacò aliento varonil de entre femeniles brios, palidos temores desahogaron las rosas de su cara. Rechazò el embite con corteses cumplimientos, ignorando todavia, que yo fuesse dueño de sus pensamientos aleves. Bolvi á porfiarla (tal me iba en ello) bolviò á resistirse, (tal mal se temia) y mirando yà que todos los circunstantes reparaban, en que parecia tema enojoso, lo que avia comenzado cariñoso juego, por ahorrarles de los confusos pareceres, en que era fuerza irse embarazando, soltè la copa en la mesa, armème de el valor, desterrè los dissimulos, desabroché las iras de mi pecho, y derramando la vista à todas partes, enquadernè mal que bien estas palabras.

Sino huvierades de ver al fin causas mayores, que disculpen estas que yà juzgais niñerias, locura pareciera en regozijo tal, en tal banquete, que yo dessazonasse vuestros gustos, debiendo, como debo, preveniros los mayores: y assi supuesto que por marido de Isabela (nunca yo lo huviera sido) debo ser respetado, lo que hasta aqui ha sido ruego, desde aora quiero, que sea un publico mandato. Por agrado, ò fuerza me ha de obedecer, aqui ninguno se me altera, que estàn tomadas las puertas, y el que me fuere cõtrario con sangre de sus venas he de hazerle, que escriva el fallo de mi rigor por estas losas. Solo quiero obligarla à que bebalo proprio con que me combida, que no la ago agravio en desearla lo proprio que me desea, solo con esto me darè por satisfecho, y con esto solo quedarè desengañado. Ea, pues, ingrata (prosegui bolviendo á ella) prueba esse licor, que me tenias guardado; bebe essa bebida, que me tienes prevenida; tu propria has de ser homicida de ti misma, que aunque tendrè por afrenta manchar mis manos, en quien solo ha sido feo lunar de mi vida, y mancha infame de mi honor.

Arranquè el puñal diziendo esto, antes que procurasse impedirlo alguno de los que pasmados me miraban, y amagada yá la punta en el pecho de Isabela, entràra hasta el corazon, abriendo puerta, si ella convencida yà tan claramente, no tomàra el vaso, que se le echò á pechos con tanto valor, que estuve dudoso si era sabiduria de lo que bebia; pero què muger resuelta, en tal aprieto se mostrò jamàs temida, y cobarde con la muerte? Bebiò Isabela, sin dàr mas satisfacion: suspendiòse la comida, transtornandose las mesas, levantamonos todos, sin que los

mios

mios tuvieſſen palabras hechas con que reprehenderme, ni los de Iſabela hallaſſen modos para poder agraviarme, ni ofenderme; porque aunque avian entendido todos de mis razones el blanco à que tiraba, ni los unos, ni los otros querian perſuadirſe á que fueſſen verdades, ſino quando mucho, rezelos, y ſoſpechas; pero preſto ſalieron de ſu engaño, pues yá Iſabela, que ſe retirò mortal à otro apoſento, à viſta de un Crucifixo pedia al Cielo clemencia, confeſſando á vozes con deſcargos de ſu culpa, los raſgos de mi deshonra, que por no eſcucharlos, dandole la llave de mi apoſento à ſu proprio padre, (que abriendo preſuroſo, hallò con Don Fernando, que rebolcado en arroyos de ſu ſangre miſma, dimanados de mil bocas, ò orificios, que con mi puñal le abri en el pecho, quando os dixe, que avia entrado á reñirle mis enojos) y dexando à la confeſſion de Iſabela el declarar ſu merecido caſtigo, ſalì de la Quinta en un ligero cavallo, antes que algun confuſo motin me fueſſe eſtorvo; pues ſiempre en caſos tales, aunque la razon diſculpa al que caſtiga el dolor de quien padece ſuele hazer mil ſinrazones.

Hecho un retrato ſangriento dexè la quinta, pues Don Fernando muerto á mis manos, como aveis oìdo, Iſabela muerta à las ſuyas, deſpues que obrò el veneno, repreſentaban cadaveres una laſtimoſa tragedia, y laſtimoſa tanto, que quando me acuerdo de aquel dia, pedazos ſe me haze el corazon, y fuentes mis dos ojos; y aſſi, aora os ſuplico me perdoneis la pintura, pues ſabidores de lo ſangriento del ſuceſſo, no tendreis neceſſidad que os refiera ſentimientos, y dolores, pues quando no fuera yo el inſtrumento de tantas laſtimas, por ſer tales como ſon, era fuerza laſtimarme de ſolo referirlas. Quedenſe para conmigo en ſilencio, y allá para con voſotros ponderadlas como es juſto. Caminè, pues, todo lo que al dia le quedaba, haſta que me hallò la noche ſeis leguas de la Ciudad en una Alqueria que deſtinè deſde luego para eſtarme oculto, haſta tener razon de el eſtado de las coſas, para lo qual, no ſin acuerdo, me dexè à Camacho, que entendido del parage donde avia de eſperarle, ſe quedò à hazer inquiſicion de todo lo que paſſava. Las nuevas, pues, que me traxo yà al cabo de quinſe dias, en cuyas eſperas yà la paciencia ſe apuraba, fueron tan adverſas, como yo me las temia, pues por lo mas me hazian relacion del motin confuſo que ſe

avia

avia originado en la Ciudad por mi sangriento castigo; pues dividido el vulgo en diversos pareceres, eran mas los votos que me culpaban, que los que me favorecian. En fin, como mi agravio fue tan secreto, tan clara la venganza, las partes de Don Fernando, y de Isabela poderosas, ausentes mis descargos, bolcaron de tal modo la justicia Letrados mal entendidos, y Procuradores bien pagados, que temiendo no dár en el bagio de una sentencia rigurosa, me escrivió mi padre, y me avisaron mis amigos, me ausentasse de la Ciudad algunos dias, hasta que la causa, entonces tan enconada, y sangrienta, se reduxesse con el olvido de el tiempo á mas feliz estado. Sano me pareciò el consejo, y en su conformidad, determiné irme à Sevilla, y de allì passarme à Italia con las Galeras que entonces se apreslaban para Napoles, donde su Magestad Cesarea esperaba el socorro de Soldados, y dineros. Mas dandome Camacho una carta de Dona Angela, que yá en la viudèz de mi enemigo Don Fernando, bolvia à referir los lloros de nuestros infelizes amores, huve de mudar de parecer, llevado de sus discretas razones, que gravadas en lo blanco del papel, fueron las siguientes:

Carta de Doña Angela à Lisardo.

Si vierades, señor Lisardo, las fuerzas que me ha hecho para reprimir este amoroso impulso: si vierades el tropel de razones que en mi pecho se combaten, unas tiñiendo mi amor, otras absolviendo vuestros yerros; si vierades lo neutral que està el alma, haziendose un mar de penas, sin saber si han de llorarse por el difunto esposo que vos me aveis muerto, ó por vuestro valor noble, si noble me aveis vengado: estoy muy entendida, si esto vierades, que ni juzgarades esta accion por desemboltura, ni atribuyerades à imprudencia el arrojo de tanto amor. Yo soy la mas interessada en la muerte que aveis hecho, y assi soy contraria parte vuestra; pero hallo en vuestro abono tantos descargos, hallo para conmigo tan clara vuestra justicia, miro en vuestro castigo mis ofensas tan vengadas, que aunque el pundonor de quien soy ha querido pintarme rigurosa en los Estrados, no ha podido recabar conmigo que os acuse los que os acumulan yerros; pues quedára la conciencia escrupulosa, si por cumplir con ceremonias exteriores, se hallará embuelta en proprias ingratitudes, llamando agra-

agravio el que me hizisteis favor, injuria lo que fue justicia, y ofensa lo que me ha sido beneficio. Desde la noche infeliz que por un descuydo se originaron tantos yerros, forzada á llamar marido al que no queria, obligado à ser mi esposo quien no me amaba, y pared enmedio la que con vos me robò mis gustos, y con Don Fernando despertò mis zelos, pronosticò mi amor el fracaso sucedido, y adivinó el alma las dos venganzas que con un castigo aveis yà hecho. Solo me pesa que lo que es tan conforme á mi voluntad, dandoos la mano, sea declarado indicio de la culpa que no he tenido; pues si ora nos casaramos, de los Iuezes entendido nuestro antiguo amor, nos hizieran participantes de un mismo delito, sin averlo sido aun de castigo tan justo; por lo qual os ruego, si ruegos mios valen con vos algo, que no sea vuestra ausencia fuera de España, sino à parte donde mi amor pueda comunicaros, hasta que la causa decidida, y vuestros pleytos compuestos, merezca con vuestros brazos el laurél, que à fuerza de tanto amar tiene merecido.

Fue tanta la alegria que recibi con esta carta, que loco de contento, le di à Camacho mil abrazos, primicias de agradecerle el aver sido portador de tanta dicha. Refrescaronse en el alma aquellos amores primeros, à cuya memoria comenzaron à borrarse los relieves de mi pena, y resuelto á obedecer à quien assi me amaba, elegì por camino, despues de barajados mil acuerdos, irme à Salamanca, y dexando la Marcial Milicia, sentar plaza de Soldado de Minerva, para que á la sombra de los fuertes privilegios con que las Escuelas favorecen, y al abrigo de mil Estudiantes compatriotas, que unanimes se socorren, pudiesse esperar bonanza de mi contraria fortuna. Dandole à mi padre cuenta, y socorrido de todo lo necessario à persona de mi porte, executé mis deseos, poniendome en Salamanca en breves dias, donde tomada casa, desocupada de otros huespedes, comutando el adorno de el seglar vestido en el asseo de ropas talares, y acompañado de dos criados, fuera de Camacho, que en todo era el Mayordomo, comenzè á cursar las Leyes, bien ageno de que en tanta variedad de ellas avia de aver derecho, que admitiesse alguna ley del amor; mas como es tanta su tiranìa, que avasalla voluntades de los mas rigidos corazones, y fomenta incendios amorosos en los pechos mas frios, por añadir nuevos

cu y-

cuydados à los que repaſſaba cada dia à la luz de mis tragedias, tiróme vna flecha de ſu dorada aljaba, abraſado rayo de la viſta de vna beldad peregrina, que abraſandome de repente toda el alma, me dexò ſacrificado á ſu hermoſura. Encontréme acaſo vna tarde con Teodora, aſſombro tan raro de belleza, que ſi no huvierades viſto lo hermoſa, que es, por mucho que mi paſſion os la pintàra, me quedàra eſcrupuloſo de no aver ſabido engrandecerla. Dexo, pues, al ſilencio las pinturas, que aunque pueden ſer diſculpas en mi abono, no quiero buelvan á encender muertas cenizas. Aſſi como la vì, quedé tan traſpueſto en ella, que quedandome inmobil, qual elado marmol, le arrojè toda el alma por los ojos. Hallème en fin, deſde aquel inſtante tan ageno de mi miſmo, quanto enamorado de ella; y viendo que mi vida conſiſtia en conocerla, con el recato que pude, me diſpuſe à ſeguirla, haſta que la vì entrar frontero de mi poſada. Sueño me pareciò tan ſingular favor de la fortuna, dudoſo eſtuve imaginando era fantaſia, y deſvelado en mil imaginaciones, me encerré en vn aposento, por conferir á mis ſolas el remedio conveniente à tamaña enfermedad.

Era mi caſera vna honrada viuda, que con la renta de ſus caſas, y con el trabajo de ſus manos paſſaba honeſtamente ſu vida, ayudada de vna criada que la ſervia: como me vieſſe, pues, aquella tarde, no ſolo melancolico, ſino deſpechado, obligòme tanto, con ſus piadoſos ruegos, que huve de darla parte de mis amoroſas inquietudes, pidiendola me informaſſe de el porte de aquella dama. Hizome tal relacion de ſus partes, exageròme tanto ſus virtudes, que fomentados mis deſeos, me diſpuſe à quererla por los fines, ſin que el eſtar dedicada à Religion, me fueſſe eſtorvo, ni lo impoſſible de admitir mis galanteos, me ſirvieſſe de embarazo, antes como el amor tiene trazas para los impoſſibles, al punto elegì camino que facilitaſſe mis empreſſas. Travè amiſtad eſtrecha con vn hermano de Teodora, llamado Iulio, que tambien como Eſtudiante, curſaba las Eſcuelas, procurando de hallarme ſiempre à ſu lado en mas de dos encuentros que reñimos; y para que con mas ſeguro de mi ſe confiaſſe, le hize ſabidor, no ſolo de mis tragedias, ſino de la nueva correſpondencia, y finezas repetidas de Doña Angela, moſtrandole para eſto las cartas, que por la eſtafeta me eſcrivia, deſpues que como á amigo

le

le huvè juramento en la guarda de el secreto. Creciò de aqui tanto la amistad, que sin rezelo que de mi tuviesse, me vino á ser muy franca la entrada en su casa, hallando no mal semblante en unas tias suyas, que eran las custodias de la hermosura de Teodora; pero aunque hallè à los principios la ocasion tan en mis manos, pues tal vez por medio de el recato merecì escuchar palabras, que la urbanidad hizo forzosas, no me atrevì con todo en mucho tiempo á declarar mi pena, temiendo no perder los favores que entonces gozaba de barato; mas porque no se quexasse el amor de verme tan sufrido, quiso con algun disfraz publicar mis ansias, escriviendo algunos versos, que declarassen mi passion, y cantandolos desde mis ventanas, à tiempo, y ocasion que se lograssen, escuchandolos Teodora de las suyas, que aunque el pundonor no la hazia patente, tal vez la curiosidad la obligaba à que detràs de las celosias me escuchasse. Los primeros, pues, con que hize la salva, fueron estos, escuchadlos, porque veais lo cobarde que anduve en declararme', quando escucheis lo atrevido que me resolvì à perderme.

Loco pensamiento mio,
abate, abate los buelos,
que el querer bolar muy alto,
es de locos pensamientos.

A un grave possible aspiras,
pues quieres bolar al Cielo,
quando ay Deydad que se enoja,
y ay rayos de dos luzeros.

Castigado has de quedar,
la razon lo està diziendo,
porque no se alcanza un Angel
solo con dezir, te quiero.

Que me importa tu querer,
què sirve tu amor inmenso,
si à vna hermosura discreta
no la sobornan requiebros?

Yá sè que dirás amante:
Pretendamos, y callémos;
mas pretender impossibles,
solo es mal gastado el tiempo.

Mas ay pensamiento
que soy yo el que me abraso, y te condeno.

Pensamiento dad de mano,
si os parece, à estos intentos,
pues yà veo mi locura,
aunque estoy de amores ciego.

Mira que temo perderme,
pues si enojo à la que quiero,
se mueren las esperanzas,
con que aora estoy viviendo.

Quedate en tu buena fee,
no descubras, no, tu pecho,
que mas vale amor en duda,
que no un desden descubierto.

Si no sabes que te quieren,
no es tan malo el no saberlo,
como saber que tu amor
jamàs ha de tener premio.

Para no oìr tal sentencia,
pen-

penſamiento, eſtate preſo;
que aunque es tormento el callar,
con eſperar no es tormento.
Mas ay penſamiento,
que ſoy yo el que me abraſo, y te condeno.

De eſta manara, pues, comenzè á deſcubrirme, pareciendome que Teodora, por mas que diſſimulaba, me entendia; pero canſado yá deſtos disfrazes, que todo canſa; pues haſta las quexas, que ſon el alivio de un doliente, ſi mucho ſe repiten, ſon canſancio, procuré con menos enigmas manifeſtar mi pena. Valime para eſto de una criada de Teodora, que conociendome en los ojos la enfermedad, ſe ofreciò al remedio, aunque muy dudoſa, que alcanzaſſemos cabida en coraçon tan enagenado de las coſas del ſiglo. Yo que ſolo pretendia que entendieſſe mi aficion, para ponderarla deſpues el eſtado en que me hallaba, buſcaba con mil deſaſſoſſiegos un rato de oportunidad para hablarla à ſolas, temeroſo de fiarle à un papel tan grave peſo, pues aunque un alma en èl ſe deſcubre mas ſin ahogos, todavia ſe queda eſcrupuloſa de no poder reſponder à la cara que le hazen. Habla un papel, por vezes que le lean, una coſa miſma, y donde ay peligro de admitirſe lo que pide, no es acertado medio el hazer tercero à un papel, además que lo que él podia exa-gerarla, ſe lo repeti hartas vezes al compàs, de un inſtrumento en eſtos verſos que hize aquella vez primera que os he contado, que porque veais lo claro que eſtaban para quien sè que en los ojos me adivinaba los penſamientos, os los he de referir, ſin pediros mas atecion, que la mucha que me dais:

Liſis, deſpues que te vi,
tan otro del que era ſoy,
que mientras mas en mi eſtoy,
juzgo que eſtoy mas ſin mi:
acaſo á verte ſalì,
quando tu ſaliſte acaſo,
y aunque miraſte de paſſo,
tanto tus ſoles flechaſte,
que alli el alma me abraſaſte,
y aqui ſin alma me abraſo.
Picava el Sol aquel dia,
y aunque la ſombra buſquè,
como en ella te encontré
el Sol, y el calor crecia:
toda la calle ſe ardia
con tus divinos faroles,
mas viendo los arreboles
de tus mexillas hermoſas,
dixe: lindas ſon las roſas
para defender los ſoles.
Iuzgo, Liſis que me oìſte,
pueſto que à mirar tornaſte,
y de matarme acabaſte,
aunque al ſoſlayo me heriſte:
entonces penoſo, y triſte,
culpè à tus ojos de infieles,
llamè à mis hados crueles,

mas

mas tu con ayre gentil,
revistiendote de Abril,
desperdiciaste claveles.

Como viste, pues galante,
que de tu Sol abrasados
se iban quando arrimados
en cada esquina un amante,
dixiste, como triunfante,
cessen las justas querellas;
y aunque tus hermosas huellas
dexaron rastros de luz,
hecho del manto capuz,
enlutaste las estrellas.

Ay Lisis, y qual quedè
ausente de tu beldad!
ay Lisis, que obscuridad
sin tus soles encontré!
apenas sentaba el piè,
que no diesse una caìda;
y pues eres la homicida
que mi vida tiene en calma,
yá que me has robado el alma,
buelveme, Lisis, mi vida.

Que necessidad avia de papeles, quando á boca, si assi puede dezirse, la hablaba tan claro? Dolióse yà mi fortuna de verme padecer, y pusome la ocasion tan en las manos, que asido de su melena, no quise desasirme, hasta averla logrado. Tenia Iulio bien lexos de la calle su cierta correspondencia, y como tan amigo, le guardaba las esquinas muchas noches; y como una entre otras me avisasse la criada un descuydo de Teodora, de averse dexado sin torcer la llave de su quarto, y que assi podia facilmente hablarla, fingiendo el averme quedado escondido dentro de la casa, cuyas puertas ella me tendria abiertas à qualquier hora. Consultè esta dicha con Camacho, pues menos que con su ayuda, no podia, sin quebrar obligaciones, llegar al logro de mis deseos. Hallème determinado à suplir mi ausencia en la calle donde Iulio hablaba, y assi, dexandole en mi lugar la noche que os he dicho, bolvì presuroso donde la criada con un postigo abierto, me hizo franca la entrada al cielo de mi hermosura. Reparème un poco al piè de una escalera, que si qualquiera subida es temerosa, nunca mas amenazado el precipicio, que en quien sube à robar luzes à un Cielo. Previne à la memoria de rozones, coloreè con disculpas el arroyo, armè de valor el miedo, quitè el corazon, animè el alma: y assi, prevenido subì pisando sombras, hasta encontrar con la puerta que buscaba. Nuevos temores se hizieron allì grillos de mis passos, nuevas valentias tuve necessidad de que me animassen. Entré lo mas secreto que pude, y vì al primer encuentro, que á la luz de una bugia, no sè si animada de los soles de Teodora, estaba tan embebida

en un libro, que lo que la divertia su leyenda, sirviò de estorvo para que no me sintiesse, hasta que puesto à su lado la sombra que la dì, la hizo que repasse. Quitò la vista del libro, alzò los ojos á mirarme, estremeciòse toda, fue à hablarme, y no pudo, bañòse de claveles, mostróse mas hermosa, quiso desmayarse, provocòme à pena, iba yà à caerse, detuvela compassivo, y sacando de entre secretos suspiros blandura de palabras, estas pude dezirla, si mal enquadernadas, bien sentidas.

No ay tiempo, señora, aqui para dár muchos descargos, quando miro los temores que os ofuscan, y contemplo los riesgos que me cercan. Basteme por disculpa del presente arrojo un amor abrasado que en vos me enciende, una inmensa aficion que à vos me inclina. Mil vezes con los ojos os he alabado, y mil vezes con el alma os he seguido, sin aver merecido en tantas vezes la mas minima señal de correspondencia. Si me aveis entendido, bien lo aveis callado; si ha sido castigarme, bien lo he padecido; pues abeis quien soy, assegurad vuestros temores, que nunca està el honor con guardas mas seguras, que quando sangre noble le acompaña. Quereros solo intento, como sepais que os quiero; forzaros que me querais, no lo imagino, pues esto tuviera de locura, lo que aquello tiene de clemencia. El designio de entraros Religiosa, no me ha de ser estorvo; pues quando mi casto amor no alcance vuestros brazos, en aquel estado estaré muy gozoso de serviros. Agradeced tanto amor solo con dexaros servir, correspondedagradecida à tanto querer, y dexad à mi cargo el peso de vuestro honor.

En tanto que yo hablaba iba Teodora desnudandose del susto, desembolviendose del sobresalto, y assegurandose al arbol de el valor. Atendiò á lo que le dixe, y entre turbada, y honesta, me respondiò de tal modo, que si preso me tenia su hermosura, acabò de avassallarme su mucha discrecion. Ay Lisardo. (comenzò à dezir, deshojando el clavel de sus labios al ay de un suspiro,) Ay Lisardo, y quien pudiera, sin romper obligaciones, dar cabida à tus ofrecimientos, que aunque ha poco que te he visto, harto tiempo ha sido; lo uno, para atender tu aficion; y lo otro, para pagarla de secreto, que no todo lo que se ama puede dezirse. Desde la vez primera que con desvelos, señas que son del amor, me dixiste que me amabas, te lo agradecì sin señas,

por

por vèr si me olvidarias; que agradecer el favor, siempre es muy justo, mas si no ha de pagarse, sino con agradecimiento, bien es se calle lo proprio que se agradece. Tus partes, tu nobleza, tu virtud, tu discrecion tengo entendidas, virtudes de que te dotó el Cielo. Mi hermano lo publica, tu proceder lo abona, yo lo creo. Mi estado, mi recogimiento, mi modo de vivir, bien lo has sabido. Pues si tu no has de sacar fruto de tu querer, ni yo puedo lograr quanto te quiero, para què hemos de engolfarnos en peligros, quando no ay esperanzas, sino de muertos deseos? Ea, Lisardo, pues eres entendido, no me inquietes, que por mas honesta que sea una correspondencia, ha de causar inquietudes. Si ha de ir mañana à un Convento con voluntad libre para què quieres que dexe acà prisiones de voluntad? Galantea otra hermosura, que pague mas tu querer, pues de mi no has de sacar sino el serte agradecida.

Levantòse de la silla, pronunciando las ultimas palabras, sin quererme dàr lugar à mas respuestas, antes pidiendome con amorosos ruegos la dexasse sola, y me salieſſe de la casa, sin què nadie lo sintieſſe. Viendo lo justo que era obedecerla, pues para tamaño arrojo avia passado, en vez de rigor, tal clemencia; en vez de castigo, tal agrado, despedime della sumamente agradecido. Baxé al patio, como quien baxa à escuras, y pensando hallar alli à la criada, que yà en pago de su diligencia la prevenia unos escudos, me hallé tan solo, y tan embarazado en las sombras, que tentando por una, y por otra parte las paredes, no me fuè possible atinar con las puertas. Què de miedos, què de horrores, què de espantos me cubren el corazon, quando aqui llego! Perdonad, si lo que falta de mis tragedias lo refiriere interpolado con sollozos, pues fuera impossible aliñarse en el pecho las palabras, menos que deshechos los ahogos de una pena, ò en lagrimas que desaguen, ó en suspiros que diviertan. Confusa estaba, sin hallar salida, quando escuchando por un lado ruìdo de armas, oì una voz, que dixo: *Abrid, y matadle*, y apenas pude repararme de este susto, quando vì que de repente se abrieron las puertas, plantandose en el umbral un embozado. No tuve lugar entonces de sospechas si era traìcion de la criada, ó si era Iulio, que entendida mi cautela, venia á buscarme, porque en fracaso tal, en tal aprieto, harto haze un valor de hallarse vivo, sin tener capacidad de hazer discursos. Aun-

que sin calor la sangre, titubeando los brios, y entorpecidas las manos, previne la espada, embracé la rodela, y esperè que comenzasse, y en viendome con menos temor, y mas apercibido, me dixo, que le siguiesse, que no era aquel puesto seguro para reñir. Tirò adelante, y pareciendome forzoso, dispuseme á seguirle. Salì tras èl, bolvieronse à cerrar las puertas, hize de la necessidad virtud, y resolvime à todo lo que viniesse. Fuìmos traveſſando calles, hasta fuera de la Ciudad, al cabo de ella, metiendome por un callejon muy temerosa, pues solo se compone de unas derribadas casas, cuya sombra aun de dia atemoriza, llegamos à unos trascorrales, y bolviendose à mi, con voz profunda me dixo estas palabras: *Lisardo, aqui han de matar à un hombre, repara en lo que hazes, y mira como vives.* Y diziendo esto, desapareciò como sombra, dexandome tan elado, que à no ser permission de la Magestad Divina, como en los piadosos Cielos tengo confianza, allì juzgo que me hallàran muerto, pues sin aprovecharme todos los brios, diera con mi cuerpo en tierra, si el arrimo de una pared no me ayudàra. Mucho tiempo se passò hasta cobrar aliento, y del modo que mejor pude, y de la manera que podeis considerar en tal fracaso, me fuì saliendo poco á poco de aquel puesto, que la prisa en los temores siempre es perezosa, pues la sombra menor la juzgaba cuerpo animado, que me detenia. Con todo este espanto, pues, con este miedo, no me quise recoger, hasta ir à la calle donde, como yà os dixe, en espera de Iulio dexé á Camacho. Llegue à tiempo, que no se sintiò mi ausencia. Saliò Iulio de la casa de su Dama, hizele á Camacho que se adelantasse, y hablando en cosas bien diversas de las que me avian passado, y el corazon sentia, nos fuìmos divertidos, hasta nuestras casas, donde despedidos con las amigables cortesias que otras vezes, entramos à dar al sueño la poca parte que le quedava à la noche.

Dormir con un cuydado mal se puede, y assi con un cuydado tal como os he dicho, no ay para que ponderaros del modo que dormiria; pues no solo aquella noche, mas todo el dia siguiente luchè con tantos desvelos, me embolvì en tantas imaginaciones, que yá me temì mortal, embarazada el alma de un melancolico accidente. Aumentabase la pena con el no comunicarla, que es grande alivio de un mal, dezirlo à quien lo ayude à sentir, que aun-

aunque en nada falte de el cuerpo que atormenta, no lo siente tanto el alma, descansãdo sus quexas en los que advertimos se lastiman. Visitòme al punto Iulio, visitaronme otros muchos amigos, la huespeda lastimada, mis criados pesarosos, Camacho á mi cabecera; pero à nadie quise hazer dueño de este secreto, porque à Iulio que era el mas amigo, no podia dezirle, y à los demás era escusado, pues no era cosa para publicarse, y mas quando cumpli à mi gusto con todos, con las nuevas infelizes, que tuve aquel mismo dia, de que era muerto mi padre, y el estado de mis pleytos no de buena data; bastante causa para qualquiera melancolia, y suficiente pena para qualquier sentimiento. Todos procuraban divertirme, mas ninguno me alegraba, solo Camacho, que en parte era el adivino de mis pensamientos, despues que advirtió discreto, y sagaz, que con una carta de Doña Angela, llena de finezas, y ternuras me consolaba, hizo me dexassen solo, y mientras yo estuve conmigo mismo, atapeando los batallados discursos de mis imaginaciones, y me resolvì en creer que aquel hombre, espiritu si sombra era inspiracion, y aviso Divino, que no solicitasse, ni divirtiesse aquella casta doncella, en visperas yà de Esposa de Iesu Christo, pues solo este entender se ajustaba á la razon de qualquier buen discurso: en tanto, pues, que yo daba esto por creìdo; y algun tanto arrepentido, me estaba disponiendo à una exemplar enmienda, entrò Camacho de hazer una diligencia, que aunque harto se la huviera perdonado, se la agradecì entonces con mil almas. Sentòse sobre mi cama, y dixome como adivinada mi enfermedad, iba yà resuelto à dezirle á Teodora, que no me matasse, sino le saliera al passo la criada con un papel, que le dixo me traxesse. Ausentòse el corazon de el repentino contento, alborozose el alma, con nueva tan dichosa, y amortiguando con olvidos quantas tristezas me afligian, como si despertàra de un pesado sueño, y me hallára libre de aquellos presagios, como si fueran soñados, abrì el villete, que contenia estas breves razones.

Papel de Teodora à Lisardo.

Para significaros tan muerto por mi amor, poco lo aveis mostrado, porque mostrandome con vos anoche tan propicia, bastaba à daros valor para sufrir la nueva lastimosa, que aveis tenido. Qualquier pesar es justo que se sienta, mas no es razon que

un pesar os quite la salud, quando una voluntad como la mia previno à esse sentimiento. Poco os parece que valgo, segun pondero lo poco que me estimais, quando acabais de dezirme lo mucho que me quereis, porque no es estimacion de un pecho amante hazer cama, menos que por rigores de la cosa querida; y basteos esta reprehension, para que repareis en lo deudor que sois à mi mucha voluntad.

Qué antidoto para un alma doliente mas sabroso; que mas eficàz remedio en ocasion tan urgente pudiera venirme? Porque sin exageracion puedo afirmaros, me halle desde aquel punto tan otro del que estaba, que resucitando en el pecho muertas alegrias, me hallè al instante revestido de mil alientos. Que de gracias que le dì à Camacho! Què de albricias que sacrifiquè à mi amor! Què de regocijos hizo el alma. Tanta fuè la fuerza destos estremos, que yo mismo me temia redundassen en locura, porq̃ ni los frescos sentimientos de mi difunto padre, ni los recientes avisos de aquella animada sombra fueron bastantes, ni poderosos à que dissimulasse un solo punto los no pensados placeres; que à tanto obliga el demonio de un Dios vendado, que haziendo gala de las dificultades, se entra como por su casa en los imposibles. Salté de la cama al punto, pedì à Camacho el vestido, que aunque quiso reportarme, temiendo mis enojos, ayudó à vestirme. Pusème de corto, y saliendo à un corredor, saludè à mi huespeda, que haziendose mil cruzes, comenzò à reñirme el desatino: porque con el assombro de la antecedente noche, con el no aver dormido, y con otras causas de tristeza que se juntaron, era tanta la amarillez de mi rostro, que mirandome al espejo, yo mismo estuve por desconocerme, si bien el tal semblante me fue entonces propicio à mis deseos: porque haziendo la deshecha del que frenetico se ve harto de una cama, y como aburrido de ella, se huye de su casa à vezes: assi yo cruzando en quatro brincos la calle, me passé en casa de Iulio, bien informado que el no estaba en ella, que era lo que yo queria; y aunque la hora no era sazonada, por ser quando el Sol rayaba yá con sus rayos los umbrales de el Ocaso, hallé la ocasion mejor, que pudo ofrecerme la fortuna. Hallé à mi Teodora en la primera quadra, que entraba acaso de el jardin, donde à la lumbre del Sol dexaba calentandose à sus dos ancianas tias, y postrandome à sus pies, sin mas aguardar aliños en el recato, ni

el

el modo de hablar mas ceremonias le dixe: Es possible dueña mia, pues desde el punto que os vi lo fois del alma, que he sido tan dichoso, que he alcanzado favores tan celestiales, como los que oy he recibido de essas angelicas manos? No otra pena, no otro sentimiento, no otra lugubre nueva pudo quitar mi salud, sino lo impossible de merceceros; verdad tan clara, que en la experiencia podeis miratlo, pues si anoche enfermè, yà esta tarde cobro la salud; si desde anoche peno, yá desde oy vivo; si desde anoche me siento mortal, yá desde aora me siento por vos resucitado.

Con esto la referì el susto de aquella sombra, bien disfrazado el caso de lo que avia sido; porque à dezir lo verdadero, solicitàra en vez de amor, justos desvios. Y ella entonces deshogando sobre el cielo de su cara naçaradas rosas, despues que previno à la criada celasse las puertas, me respondió entre honesta, y amorosa: No puedo contradezir à la simpatia de nuestras estrellas; esto es, procurando, como yá os he dicho, queremos con las condiciones, que casi me apuntais à dezir, que os obligais á amarme; porque la menor accion, ó la menor palabra, que aun descuydada se deslice de los limites honestos, será el fallo que os prive para siempre de mis ojos. Yo os lo juro en las aras destas divinas manos, la repliquè al punto, yendo á tocarlas con el alborozo de el placer, y huyendolas esquiva, dixo: Muy bien lo cumplis, si tan al principio os quereis tomar la mano; à que yo la respondì; No por favor queria tocar vuestros cristales, si bien tocados me fuera mucho favor, sino por tan divinos procuraba fuessen testigos, y juezes deste trato; mas si es gusto vuestro, quedese amagada mi intencion, sirviendome de castigo el no averse executado, que teniendo yà vuestra aficion de mi parte, que es el todo, no he de entristecerme con la esquivèz de una mano, quando puede ser desvio de vuestra misma verguença. Bien lo dissimulais, me replicò Teodora, idos con Dios, yà que he tenido suerte de este bien logrado rato, que confiesso la tendrè siempre que os viere; con advertencia, que os hago, que no aumenteis las visitas, que hasta aora aveis hecho con mi hermano. Hablaros á solas serán pocas vezes, y estas quando yo os avise; escrivirme cada dia podreis, pues lo facilita la fidelidad de la criada, à la qual por mano de Camacho, por mas secreto, dareis vuestros papeles, que con la

misma traza os será portadora de los mios. Con esto nos despedimos sin dexarme executar los estremos que hazer quise de besarle los pies, que no fue mala cautela, para verme sustentado de sus hermosos brazos.

Bolvìme á mi posada el mas contento del Mundo, trocando yá desde aquella hora en placeres todas las melancolias, con que deshecha la enfermedad, manifestè à todos mi recuperada salud. Comencè à vivir, al passo que bolvieron à nacer mis muertas esperanzas, escriviendo cada dia mil elogios à mis dichas; de los quales unos al compàs de mi laud llegaban à los oìdos de mi querida prenda; otros referidos en papeles, se lograban mejor en sus divinas manos. Mas como tiene la fortuna vinculada una mudanza à la ocasion, que menos se imagina, quando yo pensaba que con un calvo tenia fixa su rueda, en poco mas de seis meses dió conmigo tal buelta, que de lo encumbrado, en que me miraba, me miré abatido. Solia yo ir en casa de Teodora con tanto desahogo como à mi casa propria, porque se avia unido la amistad de Iulio tanto con la mia, que viendonos las mas horas del dia siempre juntos, y hallandonos los mas dias á una mesa, si avia motivo para que algunos reparassen, no avia causa para que de mi lealtad se tuviesse sospecha: quiero dezir, que yá que algunos presumiessen que entraba por su hermana, ninguno se avia de atrever à pensar menos que por fin honesto. Con esta licencia, y un poco de cautela, besaba las manos á mi dulce prenda las vezes que hallabamos oportunidad, que yà que no sea de assiento, si dos que se quieren bien se buscan en medio de las dificultades, no les falta ocasion para poder hablarse. Pues reparando yo, que por causa de Teodora se limitaban estas visitas, y que con fingidas causas me regateaba aun los papeles, añadiendose à esto estár mas recogida, mas dada à la oracion, mas recatada, sentilo sumamente, sin que el declararla mi sentimiento aprovechasse; y como una pesadumbre, por mas que se dissimule, mal se encubre, advirtiendo Iulio en mi desazon, y apretandome mucho por la causa, le dixe, y fue con poco reparo. Siento mucho, amigo Iulio, que quando estais entendido de quien soy, de las causas que en Salamanca me tienen, de la amistad que professamos, y del decoro, y respeto que guardo à vuestra casa, lleguen à dezirme, que mi señora Teodora, y hermana vuestra, sentida por todo estremo

mo

mo de mis entradas, y salidas, se retira siempre que entro à veros, manifestando muchos disgustos, y enfados. Iba à proseguir colerico, y riendose Iulio tomóme por la mano, y atajóme con dezir: No hagais caso de niñerias semejantes, que ni mi hermana avrà sentido cosa que á mi me dá gusto, ni en sentirlo ella ha de alterar nuestra amistad, y si ha sido presumpcion vuestra de verla mas retirada, que otras vezes, estár yà en visperas de irse à un Convento, lo causa, y os puedo jurar por ella, que no ay en esto otra cosa. En estas quexas, y satisfaciones estabamos cerca de las escuelas una tarde, y no tan secretos, que no fuesse entendida nuestra conversacion de un corro de algunos Cavalleros de la primera tixera, que muy atentos nos estaban censurando las acciones, que como despues supe de Camacho, (que à lo socarron los estaba oyendo) estos fueron los despertadores de mi amigo Iulio; yendonos mano á mano hasta su casa, me dexè rogar mucho para acompañarle aquella noche en la mesa, y creo que dixo à Teodora mis reparos, pues mereci ver el cielo de su cara al tiempo del despidirme, que fuè mas presto que otras vezes, por un aviso que le llegó á Iulio de unos amigos que querian hablarle. Dile por esto lugar, recogime á mi aposento, y estandome Camacho haziendo relacion de las murmuraciones, de las risas, y desprecios de aquellos Cavalleros, que dixe nos avian escuchado, llamó Iulio à la puerta, abrile al punto, vile demudado, y me adivinò el alma lo que queria dezirme. Echamos fuera à Camacho, y pidiendole con ruegos me hiziesse sabidor de su venida, me dixo de esta suerte: Confiesso, Lisardo, que à no estàr satisfecho de vuestro honrado proceder, y de las demàs virtudes, que siento os acompañan, que me castigàra corrido de no aver andado con la advertencia que piden obligaciones de una hermana. Cosas acaban de dezirme, y cosas he escuchado, que para cumplir con quien soy, vengo à executar el ultimo remedio, esto es, que me aveis de dár palabra de casaros con Teodora, si ella gusta, que no siendo gusto suyo, y metiendola luego en un Convento, se desmentiràn todas las sospechas; y gustando ella, yà que se descubra algo de verdad en los rezelos, con casaros se borran todas las murmuraciones. Pluguiera al Cielo (le respondì al instante) mereciera ya la dicha que me ofreceis, pues por mucho que ganais, veniais à quedar

muy

muy perdidoso. Esta es mi mano, que con mil almas os la ofrezco, mas hallome tan ageno de alcanzar tal gloria, miro en vuestra hermana tan diferentes disignios, hallo tanta falsedad en las que me aclareis sospechas, que por vuestra parte, (como aveis de verlo) y no por la mia, porque soy quien gano, aveis de vèr la falta de llegar à obedeceros. Esto dixe sossegado, y dexando el assiento con iras de que me llené, furioso prosegui diziendo: Y porque conozco yà la parte de donde ha salido la nueva de vuestro enfado, por el alto Cielo os juro, que antes que amanezca el dia aveis de vèr á vuestros umbrales quatro, ò seis lenguas de infames murmuradores. Con este arrojo, con todo este despecho tiraba á la puerta afuera, bomitando iras, y fulminando enojos, hasta que mas en mi acuerdo, juzgue ser fuerza dexarme obediente à las justas peticiones con que Iulio me rogaba no salieste. En todo le obedecì, despidiendole en todo tan gustoso, que con nuevos abrazos bolvimos á confirmar nuestra amistad crecida. No pudo ser tan secreto el pesar que recibì con estos que se desvelan en registrar vidas agenas, que no llegasse à oìdos de mis muchos camaradas, que en motin confuso querian romper por todo à fuego, y sangre; mas considerando, que venia à redundar en desdoro de Teodora, y que cada cuchillada en lenguas maldicientes, avia de ser nueva boca que publicasse mas rezelos, pedì que lo dexassemos de reñir, hasta que nos diesse campo la ocasion, que aunque no ay mejor castigo que en un maldiciente, ay cosas en que importa dexarle con la vida, porque no desdora mas la fama lastimada.

Con el nuevo aparato, con la nueva prevencion con que vì al tercero dia que se publicaba verdadera la entrada de Teodora en el Convento, me fuè facil conocer no queria mudar del prometido estado. Harto lo sentì, considerando que Iulio se lo avria dicho; y sentialo mucho mas, advirtiendo, que ni aun por un papel avia querido darme parte aun de su resolucion. Esto senti con grande estremo, fomentando mi enojo del saber por su criada que su Religioso tio le via afeado, y aun á sus tias reñido averme dado tan libre entrada en su casa. Haziendo mil discursos, y fraguando mil quimeras estuve todo un dia, sin saber yà que hazerme para verme con Teodora, hasta que dexandome llevar deste deseo, me dispuse colerico al arrojo, que en no hallando el

amor

amor razon, ò camino para alcanzar aquello que pretende, con vendarse los ojos disculpa su sinrazon. Era yà la vispera de la ausencia de Teodora, era la ultima noche, que aquel sol divino avia de hazer cielo la esfera de su casa, veìame, no solo olvidado, sino casi aborrecido; hallabame inocente para tanto rigor, no hallaba modo para dàr à entender mi sentimiento. Pues què podia hazer un amante en tantas dificultades? Dexè que la noche acabasse de cubrirse con su negro manto, aforrème bien de una malla, y de un coleto, puseme un pistolete en la pretina; tomè mi espada, y rodela, y haziendole à Camacho que me siguiesse, saltamos por los jardines à la casa de Teodora, y llamando yo à una ventana, que conocia ser del aposento, donde la criada dormia, huvo de darme puerta, vencida de mis ruegos, y razones. Ocultème en su aposento, hasta que todos se acostassen, haziendo tambien que Camacho se escondiesse en un desvan secreto; y apenas juzgamos que todos estaban sepultados en sueño, quando me allè con Teodora, que confusa del ruido, y temerosa de una maldad, se vino al aposento donde yo estaba, llamò à la puerta, apagamos la luz, entrò dentro, y antes que me hallasse oculto à vista de una luz me llegué à la sombra de sus divinas luzes, tomèla sus blancas manos, y con tiernos suspiros, despues de assegurados sus temores, le supliqué me escuchasse dos palabras en su aposento, donde satisfice tanto mi arrojo, y con tantas veras, acompañadas de algunas lagrimas, la referi mis quexas, formadas justamente de su olvido, con tanto amor la pedi, que aunque entrára en el Convento, no me olvidasse, pues sabia lo casto de mi querer, que alcancè de su piadoso pecho, tomàra en fee de mi lealtad una sortija, que la engastè yo proprio en un crisal de los cinco de su mano, con que yá me despedia el mas contento del mundo, á no atravessarse un tropiezo, que pudo costarme la vida: Fue el caso, que disparandose el pistolete, en aquel punto despertò toda la casa, y sin poder valerme hallè con Iulio, que con la espada desnuda me saliò al encuentro. Enmudeciò de verme; no pude de corrido hablarle, miramonos dudosos, hasta que viendonos Teodora suspensos los azeros, se puso entre los dos, y con varoniles brios, y con razones prudentes, de tal modo desmintiò mi atrevimiento, haziendole creer à Iulio, que ella me avia llamado para reñirme las mur-

mura-

muraciones de su fama, por ocasion de mis galanteos, quedandose por convencido, me despedi libre de todos sus rigores, si bien desde entonces repare, que no me tuvo Iulio el predicamento que solia, que una amagada ofensa, por mucho que se reboze, siempre se mira agravia en ojos del ofendido.

Entrada que fue Teodora en el Convento, con la ostentacion, que à no ser proligidad os refiriera, procurè de andar modesto muchos dias, de modo, que ni el visitarla diesse algun rezelo, ni el sentir su ausencia fomentassen aquellas sospechas antiguas. Aguardé en fin hasta donde pudo esperar mi amor, que cansado yà de esperar, comencè con dissimulos à solicitar visitas, y enquadernar papeles, que todo me fue facil con la industria que acudia Camacho à hazer su oficio; de suerte, que yá tal vez acompañado de Iulio, y yà muchas vezes llamado de secreto, eran pocos los dias que dexaba de quemarme à los soles de Leodora, cuya ausencia los dias que la avia, suplian harto bien sus sazonados villetes. Quatro meses passè plaza del mas feliz devoto, pues de las felicidades, la mayor para un amante, es gozar de la hermosura que adora, sin peligro de zelos que le inquieten; y como hallè tanta gracia en mi querida prenda, tanto se arrojò á hazerme dueño de su voluntad, que mientras me llamè suyo, jamàs conoci los zelos. Siguiòse à esta bonanza el presagio de mi fatal ruina, que en el mar de este mundo hasta la dicha que se està gozando, suele ser anuncio del peligro venidero. Comenzó Teodora à mostrarse tal zelosa, por aver sabido de Camacho, que Doña Angela me escrivia, que no contenta con mil seguridades que la ofreci, con otros tantos juramentos, buscò trazas tan sutiles para examinar mi amor, que fue causa de los males que lloro, de los castigos que temo, y de los portentos que ireis desde aqui escuchando. En tanto que en mis nuevos amores divertido, cursaba en Salamanca las Escuelas, se fenecieron mis pleytos en mi patria, mostrandoseme toda Cordova tan propicia como antes, y muy deseosa de verme sin destierros. Adelantóse à darme estas nuevas la solicitud de Doña Angela, que por la posta me despachò un Correo, pidiendome por su carta, que luego al punto me partiesse, para lo qual me señalaba dia veinte entonces de aquel mes; con apercibimiento, que à veinte y siete del mismo me avia de hallar en nnaquinta espaciosa cerca de Cordova,

dova, donde me estaria esperando con moderado aplauso, para celebrar mi casamiento. Acompañaban estas razones con mil finezas, dignas por cierto de mejor correspondencia de la que han tenido. Ya vereis en la confusion que se hallaria mi amor, tan neutral en determinarse, mirando por las dos partes deudas, y obligaciones que sin saber que hazerme, me resolvi en buscar algunas trazas, con que entretenida Teodora, pudiesse secretamente ir á visitar á Doña Angela, mas logròse poco aquesta industria; pues no sè por què camino, ò con què modo, sospechosa yà Teodora de mi ausencia, me embiò à llamar un dia, y mas cariñosa, que otras vezes, me dixo: Libre yá Lisardo mio, de un exercito de zelos, que ha dias que me han traìdo casi à puntos de mi muerte, confiada que tu amor siempre, como casto ha sido verdadero, y como firme ha de ser resuelto, y determinado; muy enamorada, tal me miro; muy resuelta, tal me considero; muy tuya, tal me constituyo; me arrojo desde este punto à los brazos de tu amor, en los quales hallando la cabida que deseo, sin que el pundonor me resista, sin que el recato me estorve, he de celebrar mis bodas, ofreciendote la vida con mi mano. Pensando yo que eran las ofertas juego, la respondì: A saber, querida dueña, que mi amor avia de alcanzar toda essa dicha, necessidad tenia de raparo, porque no me matasse el regocijo; mas como sé que es vuestra intencion muy diversa de lo que razonais, no quiero morirme, creyendo lo que no ha de ser, sino vivir gozoso para oìr las gracias, y donayres con que me engañais. No son engaños (replicò Teodora) quando tan sin reboso te hago dueño de mi voluntad, sino es que tu amor cobarde quiere buscar desaguaderos para huir de mis amores. Diziendo esto, aplicò un lienzo à los ojos, que rasados ya de lagrimas, no pudo, aunque quiso, reprimirlas, sin dexarse verter mas de seis perlas; y acabado el parentesis del lloro, fenecio desta suerte la razon: Si eres hombre, Lisardo, para entrar una noche acá dentro, alli verèmos si es engaño lo que yo te digo, ò si es fingido lo que tu me quieres. Tan confuso quedè, oyendo estas palabras, tan suspenso me vi solo en un punto, que juzgando era sueño lo que por mi passaba, hize mas de tres reparos, mirando si dormia; y libre yà de la suspension, comenzaron à guerrearse en mi pecho la dicha de la oferta, con el estorvo de la partida. Aqui fue el amontonarse los resperos, aqui fue el barajarse las ra-

zo-

zones, unas poniendome en las manos triunfo de amores, que juzguè imposibles para gozados, yà que si para queridos; otras poniendome delante de los ojos constantes finezas de Doña Angela, deudas no para olvidadas, quando por tantos titulos debidas. Que peregrino errante en una obscura noche pudo hallarse mas arrojado; puesto entre los dos caminos, donde el temor de errar en la eleccion es remora que detiene todo quanto las potencias determinan? Bien conocia Teodora los rasgos de mi inquietud, bien miraba las dudas que rebolvia, hasta que fingiendo todo lo turbado, y todo lo confuso ser por hallarme incapàz de la dicha singular que me ofrecia, me resolvì en darla gusto en todo quanto ordenasse, aunque por ello se arriesgàra mi vida entre mares de peligros. Con juramento la ofrecì en aquel instante mano, y palabra de esposo, que no me acuerdo si lo hize por ceremonias de colorear, assi el arrojo de quebrantar la clausura, que yá que un delito se cometa, no es desacierto cercenarle las causas que le agraban. Señalamos noche, que alli aplaudi dichosa, siendo casi la misma que pensàba antes estàr en brazos de Doña Angela, y despidiendonos con las ternuras, y caricias, que podeis considerar yá en tal estremo, me fuy à mi posada, fabricando nuevos modos, y caminos para salir victorioso de empeños, que al passo que me brindaban felicidades, y gustos, me estaban pronosticando montones de desgracias.

Presurosa vino la aplazada noche, que aunque el amor la juzgaba perezosa, por lograr sus gustos, bien conocì que mi fortuna me la traxo aprisa para atemorizarme con cuydados. Saliò tan obscura, y negra, embuelta en pavellones de algunos densos nublados, que verdaderamente parecia que todo el Cielo saliò arrastrando vayetas; noche en fin la mas oportuna, que pudo desear un pecho enamorado, para salir de rebozo à vistas de sus amores. Prometiendome en tanta obscuridad feliz sucesso, me armè lo mejor que pude; y como ay casos en que la compañia mas leal es sospechosa, no quise que en semejante empressa me acompañasse Camacho, que desdora mas à vezes un testigo de un delito, que el mismo delito, por atroz que sea, estandose secreto, fingi que iba á acompañar à Iulio, como acostumbraba, y hizele que se quedasse en mi mismo aposento, hasta que bolviesse. Con esto, en siendo las diez, no qui-

se

se esperar la hora, que eran las doze, sino poco á poco viendo el tiempo tan propicio, comencè á caminar ázia el Convento, que estaba algo apartado de mi casa. La obscuridad era tanta, que á mi mismo no me veìa, y para no caer tràs cada passo, vino á obligarme á hazer vaculo la espada, con que pude ahorrar de algunos tropiezos. El silencio de la noche era tan profundo, que à no ir arrimado á las paredes de las casas, pensàra muchas vezes, que estaba, en medio de una Ciudad tan populosa, sino en algun inculto bosque fuera de poblado. Ay amor, à quanto obligas á los mortales, pues sin temer presagios de los Cielos, les hazes romper por todo, hasta que los vès llorar su precipicio! Prometoos, que aora buelvo à cubrirme de sudores, nuevos espeluzos me amedrentran, y nuevos miedos parece me acompañan. Ayudadme atentos, no desfallezcan los brios con narracion tan penosa. Llegue à las ultimas calles, y las mismas, si os acordais que os dixe, me hizo atravessar aquella embozada sombra, que al principio de mis amores me pronosticò ruìnas con firmes desengaños, y apenas aqui llego, quando inopinadamente oygo un confuso ruìdo de espadas, y broqueles, y siento como una tropa que iba siguiendo mis pisadas; alarguè mas el passo, pensando entonces serian Estudiantes, que ocasionados de la noche, irian tambien buscando su aventura, mas poco aprovechò mi diligencia, pues corriendo tràs mi me iban yà al alcanze, y me alcanzàran sin duda, si con alguna advertencia, al rebolver de una esquina no me encubriera entre unos corrales, y al embarejar con ellos oì que dixo uno en alta voz: *Lisardo es, matadle*; y repitiendo todos: *Muera, muera*, movieron un tropel de cuchilladas, y à poco rato, escuchando una voz, que lastimada, y triste dixo solamente: *Ay, que me han muerto*, escaparon todos corriendo á toda prisa, dexando la calle en aquel sordo silencio que antes estaba.

Què tropel de miedos! Què exercito de espantos me embarazaria entonces toda el alma! Pues segun todas las señales que avia escuchado, y visto, yo era propriamente el que dexaron muerto, que lo quedè tanto del temor, que pienso huviera tenido por ahorro que alli me matassen, para no aver tragado tantas muertes como permitiò el Cielo que padeciesse. Procuraba moverme, y no podia, porque aprisionados los pies del mucho

mie-

miedo no acertaba à dar paſſo. Queria hablar, y hallabame impedido, porque atada la lengua, aun para quexarſe no podia enquadernar palabras. Mirabame à mi miſmo, y eſtaban tan turbados los ojos, que no me conocian. Tentabame con mis manos, y dudaba ſi era yo Liſardo. Aſſi me eſtuve haſta que me dexò el temor con algun brio para irme degollando poco á poco con otros ſuſtos mayores. Bolvì à ſalir por la parte que avia entrado, procurando preſuroſo huìrme de aquel pueſto, mas apenas doy quatro, ò ſeis paſſos, quando tropezando con un bulto, me hallo tendido ſobre un difunto cuerpo, frio cadaver, que en ſangre rebolcado provocàra á dolor al pecho mas animoſo. Aqui confirmè verdad lo que juzgava ſueño, aqui mirè cumplido lo que juzgaba fantaſia; y aqui hallè verdadero aquel aviſo de que en aquella parte avian de matar à un hombre; y aqui, finalmente, bolvì à reſolver las dudas de ſi era yo el difunto; y no muy deſcaminado, pues juzgando aquel cadaver ſer mi cuerpo, ſolo me contaba yà por alma en pena. Confirmaba eſte rezelo, ver que quando le mataron, me oì nombrar por mi propio nombre, y aumentabaſe eſta duda mirandome ſin ſentido en un mar de confuſiones; y mas quando determinado á ſalir de ellas, iba à mirar el roſtro del herido; y eſcuchè atento un tumulto de gente que ſe iba acercando, y huve de dexar por entonces el examen deſtas ſoſpechas, temiendo no caer en manos de la juſticia, que hallandome con el difunto en las manos, ſin prueba que pudiera hazer en mi favor, fuera poſſible con afrentoſa muerte darme el caſtigo debido à mis arrojos.

Temeroſo, pues, de dàr de un peligro à otro mayor, ſalì de la calle á toda priſa, al miſmo tiempo que dando el relox las doze, moſtraba de la noche la mitad de la carrera. Rodeè por otra parte, y aunque deſviado, procurè irme acercando al Convento, deſeo de aviſarle à Teodora eſtos aviſos, para elegir conformes camino mas ſeguro, quando de improviſo oygo que las campanas en lugubres clamores comienzan à publicar la muerte de aquel deſdichado. Eſtoy por certificaros, que me aſuſtò mas eſta novedad, que todo el paſſado ſuſto; porque dobles, y generales, y à tal hora, ò ſe ha de creer ſer el muerto perſona de importancia, y aun con todo ſe eſcuſan, ò ſe ha de tener por cierto ſer aguero infeliz de algun horrendo fracaſo. Al compàs de

eſtos

estos temores llegaba casi à vista de èl monasterio, y atento escuchò que por la vezina calle se oìan funerales vozes, que en canto triste daban à entender ser entierro de algun muerto. Encubrime en una esquina, y vì passar, à la luz de algunas hachas, un grande acompañamiento de Eclesiasticos revestidos de sobrepellizes, y roquetes, con su Cruz, y manga negra delante, sin que de todos ellos, con ir tantos, pudiesse conocer à ninguno. A la postre llevaban entre quatro un difunto tendido en un pavèz, y cubierto con una vayeta negra. Acabaron de passar, y como me hallaba tan metido en miedos, yà me parecia, entonces que de puro temor cobraba aliento; y assi reparandome un poco, y acompañado de todo el valor, quise curioso saber el fin de tan tristes, y lamentables presagios, y apenas acabamos de passar una gran calle, al cabo de la qual estaba el Monasterio dondo yo iba, quando mirando desde lexos abiertas las puertas de la Iglesia, y toda ella poblada de mil luzes, vì que entraron todos dentro, aumentandose alli mis congojas, y cuydados, y yà considerais lo crecidas que serian, pues apenas me acababa de deslizar de una confusion, quando me precipitaba en un mar de confusiones; apenas escapaba temeroso de un assombro, quando me hallaba desquadernado en un bagio de sustos. Llegùe tambien à la Iglesia, donde antes de entrar me detuve un poco, tragando salivas entre neutrales discursos, y atropellando haogos en varias determinaciones, porque yà que un valor se trague á un miedo, ha menester repassar mucho un valor en arrojarse al miedo, visto entre un esquadron de miedos.

Si entraré, si no entrarè, me estuve á la puerta un rato, atendiendo desde allì al orden, y concierto con que la Clericia, dividida en dos coros, comenzaron las exequias, despues que pusieron el pavés enmedio, rodeado con algunas luces; y pareciendome que en canticos, aunque funebres, tan santos, no podia aver fantasticas visiones que me atemorizassen, me resolvi à entrar dentro; y assi con el mejor aliño que la modestia pudo aderezarme con el vestido de ronda, y armas que llevaba, me entré por un lado lo mas secreto que pude, quitéme el sombrero, tomè agua bendita, signème muchas vezes, y hincado de rodillas al Altar, entre temblores mortales, dandose dientes con dientes, apenas, pude acertar à dezir un Pater noster: fuè la causa, que todos clavaron en mi los ojos al punto que me vieron,

ron, hasta que viendo yo al cabo de rato que ya nadie reparaba, y que ninguno me impedia, animandome algo mas, quise saber yà de un golpe todo aquel sucesso, porque quedarme con semejante duda, fuera llevar achaque bastante para morirme. Arrodillado, pues, de la manera que estaba, me acerqué un poco al ultimo de los Cantores, que estaban à aquella vanda, y tirandole de la ropa, y èl inclinado el cuerpo para oìrme, le preguntè con mucha cortesia, quien era aquel difunto que enterraban, y respondiòme, dando primero un suspiro: *Este es Lisardo el Estudiante.* Què Lisardo? Le repliquè, palpitando yà el corazon en nuevas, y mas crecidas angustias; y dixome: *Lisardo el de Cordova, que vos conoceis como à vos mismo.* Aqui fueron los verdaderos temblores, aqui si que acometieron bien los miedos, aqui fue tentarme el pecho para ver si estaba herido, aqui el mirarme à la luz de las candelas à vèr si tenia cuerpo, aqui el temer, aqui el sentir, aqui el llorar: mas dudoso todavia, si como suele acontecer, se avian engañado en tener por mi al difunto, alentando la voz de entre el desmayo, bolvì à preguntar á otro que estaba al lado de aquel que me avia respondido, y oyendo que en palabras formales me daba la razon misma, les repliquè à los dos, mirassen que se engañaban, porque yo sabia que no era el muerto Lisardo. La qual replica apenas la huve hecho, quando dando una palmada aquel que presidia, à haziendo, pausa funeral al Oficio, mirandome severo, me dixo con grave voz estas palabras: Cavallero, todos los que estamos presentes somos almas, que ayudadas con las oraciones, y limosnas de Lisardo salimos del Purgatorio, y cuyo favor reconocidas, venimos à enterrarle, y à hazer por èl aquestas exequias, porque està su alma, en duda de salvacion. Mas, pues, vos nos impedis, diziendo que no es muerto, cessarà el Oficio, y vos lo perdereis. Esto dixo, y al punto matandose las luzes, cessando los clamores, y desapareciendo todos, caì en tierra desmayado, al ay de un triste quexido, que no fuera valor en lances tales alentarse la vida, escuchando divinas amenazas, que al mas barbaro pecho le postran, y le humillan.

Buelto en mi acuerdo al cabo de un gran rato, me hallè en la Iglesia solo, sin mas luz que la lampara encẽdida, con cuyos resplandores, y reflexos examinè, inquirì, rastreé, y rebolvì toda la pieza, sin ver q̃ la ocupasse otra persona, sino es la mia. Del funebre aparato no hallè nada, porq̃ todo, como som-

bra,

bra, lo hallé desvanecido. Y satisfecho assi de el celestial aviso, deshaziendo el corazon en vivas lagrimas, que al compás de suspiros ardientes las di puerta por los ojos, comencè à hazer tantos sentimientos, acusandome ante Dios do mi amagada culpa, y ofreciendole en satisfacion mil enmiendas al processo de mi vida, que temiendo bolver à desmayarme, (tal era mi sentir, tanta mi pena) procurè aliviarme del dolor, hasta buscar lugar mas oportuno, que aun para llorar un desdichado la pena que le aflige, ni se le concede todo tiẽpo, ni le dán todo lugar. Despedido con el alma de Teodora, mudado yà el amor con que iba à verla en voluntad mas fixa, me salì de la Iglesia, sin cuydar deq̃ las puertas se cerrassen, que ni mi miedo tenia esse lugar, ni el testimonio del caso pedia tal diligencia. Las dos serian yà de la mañana quando llegùe à los umbrales de mi puerta. Abriò á mis golpes Camacho, y abraçandole apretadamente, comẽcè á dezirle entre mil lloros: Ea amigo mio, y leal criado, y compañero, quedate con Dios, que yà es muerto Lisardo, yo proprio le vì matar, yo proprio acompañè su entierro, yo proprio he assistido à sus exequias. Yá no ay Lisardo, Camacho amigo, yà desde ao a no me verán mas tus ojos, yà para salvarme me parto à hazer penitencia. Estas, y otras razones le dixe mezcladas en lagrimas, quedandose el fiel criado tan assustado, y lloroso, que en una gran pieza no pude desasirle de mis brazos. Acudieron los demàs al ruìdo, que informados de mi pena, y vista mi determinacion, añadieron al dolor lagrimas, y sentimientos. Mas porque la dilacion no me estorvasse, animandolos à todos, y consolandolos lo mejor que pude, en rato breve dispuse de mis cosas, repartiendo entre todos los criados, assi joyas, como alhajas, contentando à mi casera, no solo con la paga, sino con otras muchas dadivas, à que se mostrò agradecida, con mucho dolor de mi mudanza. Esto dispuesto, en tanto que embiè à que con toda prisa me buscassen postas, escrivì à Teodora una carta llena de lagrimas, y suspiros, dandole cuenta por mayor de mis presagios, y combidandola del mismo modo á que enmendasse sus acciones. Esta carta dexè en manos de Camacho, mandandole que èl proprio la llevasse, en siendo de dia al Monasterio, y le contasse à Teodora lo que avia visto. Con esto, y con dexarle una breve orden, que llevasse à Cordova á mis hermanos, en que con ruegos piadosos les pedia, que tomandose mi hazienda, expendiessen gran parte

por mi alma en Miſſas, y limoſnas, y favoreciesſen à Doña Angela en todos ſus meneſteres, pues les contaba lo propicio que me avia ſido en todas mis adverſidades; paſsé à la caſa de mi buen amigo Julio, y haziendo ſe levantaſſe, y bolviendo à romper las fuentes de mis ojos, le referì el ſuceſſo; ſi bien callandole mi culpa, porque eſto ſolo ſe reſervaba para el Juez de mi conciencia, dixele mis propoſitos, y la priſa con que me reſolvia à la execucion; y lloroſo tambien de vèr mi pena, y ſin querer ſer eſtorvo à tales inſpiraciones, conſolandome con conſejos ſaludables, no fue poſſible que le detuvieſſe, ſino que tomando un Cavallo, me acompañò mas de dos leguas de la Ciudad, donde nos deſpedimos con tantos ſentimientos, que los brazos ſolo ſirvieron de razones, porque añudados los ahoges, no nos permitieron mas palabras. Llegué por la poſta haſta Placencia, y deſde alli enderecè mi viage á aqueſtos montes; y aviendo deſpedido los dos criados que trage conmigo haſta el principio de eſtas malezas, troquè mi veſtido que traìa muy bueno de camino, con el de un peregrino pobre, que hallè acaſo en una eſtrecha venta, que llaman de la Magdalena: el qual ſin duda es el miſmo que vos Enrico aveis dicho que enterraſteis, y à quien algunos foragidos, codicioſos de la buena ropa dieron muerte, ſino es, que algunos deudos de Teodora, rezeloſos de mi, vinieron á matarme, y engañados le mataron. Sea en fin, como ello fuere, el muerto fuè aquel peregrino, y el que teneis preſente es Liſardo, que aviendo andado perdido quatro dias por eſſas aſperezas, buſcando lugar acomodado en que acabar mi vida, deſpues que en una horrenda cueba encontrè otro penitente, quiſo mi buena dicha que dieſſe con Enrico, que animandome con las tragedias de ſus mozedades, me traxo haſta eſte pueſto à que os contaſſe las mias. Sumamente agradecido al hoſpedage que me aveis hecho, y al cariño que todos me aveis moſtrado, me partiré deſta caſeria, antes que el padre de la luz corone con ſus rayos las puntas deſtos montes. Buſcaré lexos de aqui algun abrigo, donde ſin que Teodora me encuentre, ni yo la vea, acabe retirado el curſo de mi vida, para ſer exemplo al mundo con mis penitencias, ſin dilatar la ſatisfacion á mis futuros caſtigos. Aſſi me moſtrarè obediente à los aviſos del Cielo, aſſi corregirè mis mocedades, aſſi purgaré mis delitos, y aſſi daré á conocer lo provecho-

chosas què son las memorias de la muerte.

Tan contentos quedaron los oyentes de la variedad de los tragicos sucessos de Lisardo, como lastimados, y confusos de tantas penalidades padecidas. Dieronle lugar que reposasse, viendo que yà huìan las Estrellas temerosas de los golpes que la noche daba para despertar al dia, que apenas se mostrò de luzes vestido en los brazos de la hermosa Aurora, quando Lisardo, sin que nadie le sintiesse, se huyò de todos, quizás porque no estorvassen sus disignios. Sintiòse mucho su ausencia en toda la Alqueria, y viendo eran frustraneas las diligencias en buscarle, ofreciendo por èl mil bendiciones, se retirò cada uno á su exercicio, con deseos de quedar aprovechados con semejante exemplo.

Mas no huvieron passado quinze dias sin que llegasse al paraje Julio hermano de Teodora, que como engañado, pensó (como queda dicho) que avia muerto à Lisardo en aquellas malezas, y llegando à Salamanca, como no hallasse à su hermana, fue tanto su sentimiento, que desesperado, y loco, sin admitir visitas ningunas, se hizo todo á los estremos. Ofreciò grandes pagas á quien le diesse noticia de Teodora, y como el interès abre montes cerrados, codicioso el criado que avia ido con ella, por medio de un Religioso le contò todo el sucesso. Bolviò Julio con estas nuevas en su acuerdo, y ansioso de saber si era verdad que Teodora moraba penitente, dispuso su jornada à Guadalupe, visitó devoto aquella Santa Casa, habló con el Prior, que era su amigo, dixole su intento, despues de referidas sus tragedias, y él le ofreciò ayudarle en quanto se le ofreciesse. Era yá notoria la vida penitente que hazia Teodora por aquellas soledades, y la fama, que siempre es pregonera, avia esparcido algunas noticias de la beldad que habitaba aquellos montes, por cuyo rastro enderezò Julio los passos de su disignio. Llegò, pues, à la Alqueria de Feliciano una tarde al caer el Sol, casi al mismo punto que Enrico con su Leonor llegaba á las casas, à cuya presencia venerable, rindiendo obsequios, solicitò favores. Enrico, que entendiò las cortesias, le dixo, que no era el dueño, como pensaba, sino huesped tambien del que no despreciarìa darle alvergue. Seliò Feliciano à esta sazon, y cortés, y comedido hizo sus ofrecimientos, quedando Julio tan pagado de todos, que quiso echarse à sus pies.

Entraron en la casa, donde bullicioso el dueño comenzò à dar

prisa à sus hijas, y muger para prevenir la cena, y aderezar el aposento al nuevo huesped, quando lo interrumpiò todo otro sucesso estraño. Oyeron suspiros tristes, y gemidos compassivos, como que se acercaban al pagizo alverge. Cada qual se puso atento, apercibiendo oìdos el cuydado. Llegò à llamar á las puertas el que gemia, y conociendo en el modo que era persona de casa, salieron á abrirle, y dieron con Lisardo, que cargado en sus ombros del penitente Egino, venia lastimado à darle refugio en la dolencia que le aquexaba. Alegraronse infinito en verle, dandole mil norabuenas á su llegada, menos Julio, que al punto que le viò el rostro, se retirò adentro, donde cubierto de un sudor frio, se rindiò à un desmayo. No se advirtiò en ello, como andaban de tropel las alegrias, y gozos, y el que menos de la casa abraçado de Lisardo, no cuydaba de otra cosa. Con presteza suma entre Enrico, y Feliciano tomaron á Egino, y llevaronle á una cama, previniendole sustento, y aplicandole remedios al dolor. Dexaronle con algun alivio, aviendo dicho Lisardo mil elogios de su heroyca penitencia, causa para que todos le tuviessen en grande veneracion. Yá quando desocupados del repentino gozo, y del cuydar del doliente, trataron de servir à Iulio, atendieron en verle desmayado. Abriò la pena en todas confusiones, y mas en Lisardo, que conociendo à Iulio, y advirtiendo yà que de averle encontrado procedia aquel extasis, con un profundo suspiro se abraçò de èl, y à fuerza de sus lagrimas, y llanto le tornò en su acuerdo. Atonitos estaban todos mirando tales estremos, hasta que Lisardo les dió razon que era Iulio el que miraban, con que quedaron suspendidos de la suspension de entrambos, pues Iulio pensaba que avia muerto à Lisardo, quando quitò la vida al peregrino, y Lisardo imaginaba bolvia á matarle Iulio: què suspiros, qué quexas, què lamentos reciprocos no se esparcirian? Qué imaginados sustos no embarazarian á todos, ignorando cada qual los designios de el contrario? Quien mas lo queria saber, no acertaba à preguntar. A todos lados hazia cara el discurso, unos sospechaban mucho mal de aquel encuentro; otros presumian paz feliz de la venida: Enrico prudente en todo se mostraba, puesto entre los dos, el Iris de la amenazada tempestad: y por deshazer las dudas, que à todos tenian confusos, tomò à Iulio por la mano, y sacandole á otra pieza, le preguntò su designio, despues que le huvo hecho

cho relacion como Lisardo no era muerto, como pensaba, y que el trueque de los vestidos le avia engañado, pagando un desdichado peregrino agenas culpas. Satisfizo Iulio en que su venida à aquellos montes era solo por buscar á Teodora, y saber de ella la causa que la avia movido para con tanta nota, y disfame averse ausentado de su Patria, siguiendo el mismo que avia causado su afrenta; y que aviendo encontrado á su enemigo, si antes amigo caro quando le tenia por muerto, se hallaba en mayores confusiones, despertandole su afrenta nuevos modos de venganza. A esto satisfizo Enrico con palabras graves, y severas, diziendo no fuesse inquietud de dos almas, que sin mas culpa que averse querido bien, eran emulos de los Ermitaños de Tebayda, granjeando á penitencias el gran Reyno de los Cielos. Contòle lo que sabia de boca de Lisardo; y lo que avia escuchado de la misma Teodora, con que mas quieto Iulio, comenzò à mudar de intento en lo que su agravio le despertaba venganzas, y assi pidiò á Enrico por merced le descubriesse el lugar donde moraba su hermana, con empeño que le hazia de no desazonar sus santos propositos, antes si de imitar sus penitencias. Placeme, dixo Enrico, y bolviendole á llevar donde todos aguardaban, despues de averles hecho tomar assientos, mandò á su hija Leonor, que en el funebre tono que solia hiziesse relacion de la estancia, y penitencia de Teodora. Obedeciò al punto la doncella, y haziendo prologo un suspiro, cantò con gravedad de aquesta suerte:

Yaze de Guadalupe
(cristal, que en sombras frio,
recoge de las sierras las relieves,
sin que el arroyo ocupe
plazas, que son del rio,
por mas que sierpe desarolle nieves)
en graves, mas que leves,
desquadernadas peñas,
yaze, pues, una gruta,
no de verde cicuta,
ni laurel coronada, que las breñas,
quando el rayo del Sol la hiere en llamas,
apenas se guarnece de retamas.
Adorno, y compostura

de aqueſta horrenda cueva,
ſon dos pelados, y caducos riſcos,
cuya ſuprema altura,
tan alta ſe releva,
que al Cielo tocan yà ſus obeliſcos
chamuſcados lentiſcos,
y robles caſi ſecos,
ſon de nocturnas aves
faciſtol, donde graves
cantan ſu ſoledad con triſtes ecos,
haſta que ſu harmonia,
queda ſuſpenſa al deſpertar el dia.
Entonces ſe levanta
la triſte tortolilla
à llorar la viudèz que yà la aſſiſte:
lamentaciones canta,
porque haſta una avecilla
ſabe dar à entender ſu dolor triſte;
las plumas que ſe viſte,
no las pule, ni aliña,
que como es ſu congoxa, y pena ſuma,
lo remite á la pluma,
para dár à entender quanto eſcudriña;
pues un mal bien ſentido,
le pone luto al alma, y al veſtido.
Si miramos lo interno
del lugubre vacio,
todo horror: todo eſpanto, y ſombra es todo,
pues ni el nevado Invierno,
ni el calutoſo Eſtio,
han penetrado de ſu alvergue el modo;
quando con mas apodo
hazen mil ſabandijas
caſa ſu arquitectura,
ſe vè que una rotura
es quartel de pardas lagartijas,
á quienes con ſus mañas,
guarda polvo las texen las arañas.

Tam-

Tambien su quarto
la culebra, que estuta
del sapo, y del escuerso se mantiene;
el pintado lagarto,
por techos de la gruta
madriguera á sus hijos les previene:
la vivora no tiene
mas que un alvergue estrecho,
donde romper parida
el estambre à la vida,
pareciendo forzada à su despecho;
y el regulo atrevido,
con armas de su vista busca nido.
En este alverge estrecho,
en esta inculta cueva,
y en aqueste parage obscuro, y triste,
està Teodora haziendo
una vida tan nueva,
que con virtudes viste,
la gracia que le assiste,
la adorna de mil gracias;
visos Angelicales
son patentes señales,
que está libre, y essenta de desgracias,
que un lloro repetido,
siempre tiene perdon del Cielo asido.
Passa tan penitente,
passa tan solitaria,
que por regalo sale á ver el dia:
dale una pobre fuente
bebida necessaria,
si clara qual cristal, qual yelo fria,
yervas que el monte cria
la minístran sustento,
que aun una pastorcita,
que lexos de allì habita,
con pan, y algun regalo dà aliento,
si alguna vez lo toma,

se

se lo dexa algun bruto que lo coma.
Vn saco es el vestido,
tan roto yá, y deshecho,
que la tostada carne apenas cubre;
un silicio texido
la ciñe espalda, y pecho,
hasta que yà los huessos la descubre:
todo el dolor que encubre,
manifiestan los ojos,
que en lagrimas rasados,
casi sin ser notados,
llevan las flores liquidos despojos,
que quiere complacerlas,
el fruto que le dán pagando en perlas.
La bella arquitectura
del cuerpo cristalino,
que solia afrentar la misma nieve:
las faz serena, y pura,
que con pincel divino
puliò naturaleza en su relieve,
si à verle el Sol se atreve,
la mira tan trocada,
que ni se vén cristales,
jazmines ni corales,
sino una estatua seca, y arrugada,
que sin mas arreboles,
aun no son ojos los que fueron Soles.
Su dormir ordinario,
es oracion devota,
que dura la mas parte de la noche,
y quando temerario
los cavallos azota
el gran Titan despues de uncido el coche;
antes que desabroche
las luzes que atesora,
dexando el duro lecho,
mar de lagrimas hecho,
se levanta solicita Teodora,

y en

y en santos exercicios,
el dia ocupa desterrando vicios.

Aun no diò lugar que acabasse Leonor la cancion funebre un repentino alboroto de vozes, grita, y estruendo, que se oìa en lo profundo de un valle, vozes desentonadas, como que pedian guia. Suspensos todos, nadie se atrevia à salir de el Cortijo à vér la causa, hasta que Feliciano les mandò á sus hijos, y criados inquiriessen con recato desde puesto seguro lo que ser podia, y apenas se avian alargado como veinte passos, llevando algunas teas encendidas, quando hallaron dos Monges Geronimos, uno en una mula, y otro à pié, que á toda prisa, trepando por la maleza, venian pidiendo socorro à grandes vozes: era la causa, que en otra mula traìan à una muger, que lastimada, y llorosa, se quexaba, y enpos de ellos les venia dando alcance una tropa de gente no conocida. Cobraron valor à vista del asilo, y mas quando supieron que estaban yà en la Alqueria de Feliciano, á cuyas puertas, y con nuevas lumbres estaban en espera los caseros, y los huespedes. Arrojòse alli el Monge de la mula, y apeando con sus brazos à la afligida Dama, llegò à saludarlos à todos, quando repentinamente los unos, y los otros se hallaron atonitos, y confusos, tan pasmados como muertos. Fuè el caso, que uno de los Monges, era el Prior de Guadalupe, que temiendo prudente, que Iulio, como mozo, noble, y afrentado, podia hazer algun desatino con su hermana, por mas que la hallasse santa, y penitente, por estorvar, pues, algun fracaso, tomando con un compañero sendas mulas, se avia adelantado aquel dia en busca de la cueba de Teodora, por guardarla en parte donde pudiesse estàr segura. Como encontrò, pues, con Iulio, quedòse el Prior pasmado; Iulio de vèr al Prior, se quedò confuso, sin reparar en Teodora; porque ni el rostro, ni el trage dezian con el de su hermana. Teodora de vèr juntos á Iulio, y à Lisardo, se cubriò de un sudor frio, y se abraçò, para no caer, de su secretaria Leonor, la qual con su padre Enrico, que fueron los que mas presto la conocieron, la consolaron á parte con alhagos, y caricias. Lisardo, aunque vió tan dessemejada la que idolatrò belleza por las señas que avia escuchado, conociò ser Teodora la que miraba, y compassivo, y lloroso, se hizo todo al dolor, todo al desmayo.

En estas apreturas se miraban todos, sin que acertasse ninguno à hablar palabra, quando para

mas

mas aprieto, llegò á la misma casa ria la tropa, que yà dixe venia trás de los Monges, que eran no menos que Doña Angela, con media dozena de criados bien apercebidos de escopetas, y entre ellos Camacho, el criado de Lisardo, que como llevasse á Cordova las nuevas del designio de su amo, y Doña Angela zelosa, y muy enamorada no las creyesse, se resolvió de la manera que he dicho à inquirir personalmente la verdad del caso, que una muger con amor arrastrarà mayores riesgos. Como huviessen, pues, andado quatro dias vadacando por aquellas malezas, buscando cuevas, y grutas donde podia morar su amado penitente, y aquella tarde al cubrir el Sol sus luzes divisassen à lo lexos los dos Monges, que hemos dicho, que salian acaso con Teodora de su oculta cueva, comenzaron à seguirlos desapoderadamente, creyendo que seria Lisardo alguno de ellos. Como huviessen, pues, llegado à las casas con alboroto, y tropel, y hallassen toda la gente en la confusion que queda referida, apeandose Doña Angela de su quartago, llegò con despejo, y brio; y aviendo hecho una salutacion cortès, les preguntò, qué parage era aquel en que se hallaba, y si hallaria acogida para passar la noche alli con su gente. Mientras preguntaba esto, con la admiracion que causò su bizarria en quantos la miraban: como conociò Camacho à su señor, y dueño, aunque tostado el rostro, y tan desemejado de los ayunos, y penitencias, se abalanzò à èl dando de placer mil alaridos, nueva confusion, y pasmo á todos los circunstantes: Doña Angela tambien se fue para Lisardo con los brazos abiertos, pidiendole cariñosa estimasse su fineza, y la pagasse su estremada voluntad. Rechazò Lisardo el favor, hizo desvio al alhago, huyò el pecho à las caricias, y dixo con semblante grave, y severo: Yà, Doña Angela, os escrivi mi designio de acabar mi vida penitente, y encarguè à mis hermanos, que con parte de mi hazienda os socorriessen para el estado que quisieredes elegir. Otra hermosura qual vos, que á ayuno, y diciplinas veis aqui marchita rosa, palida azucena, por querer elegirla por esposa, quando ya estaba dedicada à Iesu-Christo, ha causado tantos horrores en mi alma, y me puso en tales aprietos, que me vi enterrar difunto, y assistir à mis exequias: Dama noble, principal, y rica, arrepentida tambien del amoroso deseo que nos embelesò á entrambos se hizo juntamente al yermo, donde, como otra Pelagia, es el dechado

de

de toda esta soledad. Aqui ha muchos dias que moran Egino, y Enrico, que estàn presentes, sin que ningun estorvo les aya contrastado sus deseos. A Teodora, y à mi nos sigue la desgracia, pues entendiendo ser eternos en estas malezas, en esta noche sola, que por traer à Egino de su gruta algo doliente, apartè á esta caseria, he hallado con su hermano, que no sé à lo que viene, y os he visto à vos, que es lo que mas he sentido, porque quiẽ yá está del Mundo enagenado, no quisiera jamàs encontrar cosas del Mundo; y assi, pues aun en este yermo no dexan vivir à un triste, no sè à que parage echarme que me dexen.

Retiròse Lisardo, diziendo estas palabras, y con otras semejantes reprehendiò Teodora à su hermano Julio aver venido á inquietarla. Hizose el Prior capaz por boca de Enrico de toda la historia, y como hombre docto, y entendido, hablò con Lisardo, traxole adonde estaban todos, y hizoles una exortacion devota, animandolos à la mas perfecta vida, que es la Religion Monastica, pues alli se resigna la propria voluntad, y se camina al Cielo por mas derecho camino. Traxo en apoyo desto razones tan vivas, palabras tan eficazes, que todos de comun acuerdo, siendo Enrico el Capitan, como el mas anciano, se resolvieron à tomar los habitos de Monges, y reformar con ellos la vida penitente; Teodora, y Doña Angela pidieron tambien el habito de Religiosas, à las quales se llegó Leonor con mucho alborozo, y gusto de su padre Enrico; las dos hijas de Feliciano se las ofrecieron para servirlas; Camacho, y otros de los criados de Doña Angela, quisieron tan fieles, como devotos seguir el piadoso rumbo de los amos, con que alborozado el Prior de vèr tan bien logrado su viage, llegando la mañana, dispuso con Feliciano la jornada. Guadalupe, donde yà avia despachado al compañero, escriviendo à su Convento lo que passaba, para que los Religiosos, y nobles de la Villa saliessen á recibir tan santos penitentes.

Avia en aquella sazon en Guadalupe grandes señores que iban à visitar aquel Santuario, y entendidos de el suceso, salieron tambien à honrar la fiesta: la entrada fue lucida con el notable concurso de la gente. Señalose dia para darles los habitos à todos, que fue el de la Natividad de la Reyna de los Cielos, publicandose fiestas generales por toda la Comarca. Huvo muchas invenciones de fuego, mascara, y encamisada la noche antecedente

te, se corrieron toros, ganſos, y ſortija, coronandoſe la fieſta con Autos, y Comedias. Con artificioſa retorica de Divinas, y humanas letras ſe ſimbolizaron en contemplacion de Angela, y Teodora, apaſſionados eſtremos de mugeres valeroſas.

Y porque el Lector curioſo divierta el guſto deſtos tragicos ſolitarios, en que irá algo laſtimado, me ha parecido referir aqui algunas Novelas, que ha dias que tenia diſpueſtas para dàr á la Imprenta, dirigidas à la ſeñora Doña Serafina, juntamente con la Novela de las perſecuſiones de Lucinda, y los tragicos ſuceſſos de Don Carlos.

FIN.



EL

EL AMOR MAS MAL PAGADO,

Y

MUGER MENOS CONSTANTE.

Novela dirigida à la señora Doña Serafina.

MIL vezes he tenido en el papel la pluma, y la he quitado otras tantas, indeciso en el parecer, neutral en la voluntad, y en todo dudoso; porque ay cosas en sì tan repugnantes, que al passo que piden niegan, y al tenor que niegan piden, teniendo la contradicion tan asida á la demanda, que apenas ha pedido, quando, yà està contradicha, y teniendo la peticion tan porfiada, que apenas oye la contradicion, quando al instante buelve à pedir. No quiero poner otro exemplo mas de el presente, que èl solo serà bastante à dexarme desempeñado. Escrita que tuve esta Novela, rastreé en mi entendimiento el sugeto à quien podia dedicarla, no hallé otro, señora Doña Serafina, como el de v. m. de quien poder valerla para poder valerme, porque las faltas, y defectos à su sombra se deshazen; y mis yerros amparados de v. m. han de ser aciertos. Esto, pues, con rigores de justicia està pidiendo que escriva, y que os dedique esta obra; mas en la misma escritura, y en la misma obra està ya la repugnancia, que podrèmos dezir con harta propiedad: *Hic opus, hic labor est.* Aqui està la obra, pues aqui està el trabajo; pues siendo el assunto un amor sin fidelidad; una inconstancia patente, y una traicion notoria de una dama, siendo tambien v. m. dama que ha padecido algunos achaques de enfermedad semejãte, juzgarà venganza lo que quiero hazer servicio, y tendrà por agravio lo que intento que sea favor. Conozca v. m. agora mi duda, y mi indeterminacion, pues se vè claramente que es justicia remitirle este trabajo, y parece que es razon dexarle de remitir: si lo dexo fuera de el agravio que me hago en dexar estos pobres borrones desvalidos, no cumplo obligaciones dandoles otro alvergue

que

que el de v. m. si los remito, parece que yà siento en mi corazon sus rigores; si la justicia sigo, parece que no llevo razon; y si abrazo la razon, parece que quedo sin justicia. Estando, pues, entre estas contradictorias tan maximas oprimido el entendimiento, y vacilando la voluntad, tomé la pluma, y entré determinado, y temeroso, despues de trasladada la novela, quise escrivir para descargo mio estas palabras, diziendo, que mi intencion no es de agraviarla, sino de servirla; no de enojarla, sino de entretenerla; y caso que esta historia sea en algo semejante à algunos amorosos melindres de v.m. no se ha de juzgar por proprio lo que es simil, como no por la cosa misma la que es parecida: y si con todo esto algunos rasgos malicioso quisieren escurecer lo que tan claro digo, porque v. m. vea la sencillèz de mi pecho, desde luego me retrato de qualquier cosa que no estuviera en su favor, y me desdigo de todo lo que dixere en contra suya. Con esto parece que sin temor podrè proseguir mi discurso, porque aunque yo le huviera dicho á v. m. una de las palabras mayores, ningun buẽ Juez me podia obligar à mas, que desdezirme, como aora lo hago: y si v.m. duda quales son las palabras mayores, à boca se lo podrè dezir quando mandare, q̃ por escrito, si es en prosa tienen una sonoridad corrompida; y si es en verso, no tienen buena consonancia. Atienda, pues, v.m. á la fabula, que moralizandola ha de descubrir muchos visos de verdad, entre las obscuridades, y apariencias de mentira.

Confuso, y lleno de cuydados (que estos jamás faltan à quien sabe servir) caminaba un Cavallero, Carlos por nombre, en compañia de Lope su criado, por las espesuras de unas alamedas, yá de su patria vezinas, que por venir huyendo de Salamanca, y no traer el atavio decente à su persona, viniendo à piè, por no dàr lugar la prisa de una huìda à la detencion prolija de buscar bagaje, hazian los dias noches, y las noches dias, caminando en estas, y reposando en aquellos, si puede aver reposo en un corazon inquieto. Caminando pues, y atendiendo à los consuelos que Lope le daba, que aunque fatigado con el peso de las maletas, sentia mas el cuydado, y afliccion de su señor, que su trabajo, y carga; y á fuerza de su cansancio procuraba sacar gracias con que divertirle; oyeron entre mugeriles ecos, razones varonilles, y entre conversacion afeminada una como riña valerosa: detuvose Carlos, sin poder dár mas passo, accion propria, y natural del que quiere escuchar alguna cosa, y apercibiendo

el

el oìdo por aquella parte, que solo el metal de las palabras se oìa, confirmó ser mugeres las que razonaban; y como es tanto de la naturaleza la codicia del saber, apartòse del camino, mandandole à Lope que le siguiesse, y entrandose por la Isla con lentos passos, para no ser sentido, y llegando à un prado, que guarnecido de lirios, y espadañas, y con una sierpe de plata dividido, parece que combidada à gozar de su frescura: encubriòse entre unos sauces, y por los canceles de sus hojas tendiò la vista, y vió dos Damas, que à la margen del pobrecillo arroyuelo, con ademanes hermosos, con palabras graves, y con ceveridad muy enojada contendia. Quisiera Carlos poder oìrlas sin divertirse à mirarlas, y quisiera mirarlas sin dexar de oìrlas, porque assi como en una muger fea, si se veè enojada aquel semblante iracundo causa mas deformidad, y abominacion, assi en una que es hermosa, si se contempla riñendo, aquel semblante enojada, es un rasguño extraordinario de hermosura, que la agracia, y hermosea: y assi vemos, que si quiere bien un amante, al passo que la dama le muestra mas enfados, enojos, y desdenes, se và enamorando mas, juzgando por favores los agravios, y por lisonjas los menosprecios. Aviendo, pues, estado Carlos un rato divertido, considerando las dos hermosuras tan opuestas, como lo estaban los sugetos en la question que conferian, divirtiò un poco los ojos, para comprehender estas palabras, que la una à la otra dixo en esta forma:

Dexemos yà, Lucinda, las altercaciones de las cosas passadas, que como solo estàn escritas en el papel de la memoria, y esta es fragil, unas por borradas no se pueden entender; y otras, aunque estàn bien claras, se desmienten. Vamos à las presentes aora, que con lo que à estas me respondieres, aver igual à mi gusto las sospechas que tengo de aquellas. Mi hermano Alexandro, à quien tanto debes, me ha dicho, que estàs siempre rigurosa con él, rechazando con tus desdenes sus finezas, con tus enfados sus favores, y con tus enojos sus contentos; y preguntandole si por ventura avia hecho las diligencias primeras, que ha de hazer uno que comienza à servir à una dama, que es, saber si tiene otro ganada su voluntad, me respondiò, ahogando la razon entre animados suspiros, que Fabio era la causa, porque con este avia hallado muchas vezes hablando amorosa, correspondiendo risueña, y raçonando grata. Quedème escuchando esto mortal, sin darle á

mi hermano cuenta de mi enojo, y consolandole lo mejor que pude, y á peticion suya, prometiendole que te hablaria, para que pagasses su amor, y satisfaciesses su voluntad, me aparté de èl hecha un basiliſco, como estoy aora, seria considerando los desdenes que Fabio me muestra de pocos dias à esta parte, sin averle yo dado causa de ellos; porque si bien es verdad, que de ordinario las mugeres dezimos, que son mudables los hombres; con todo esso, las que bien entendemos, nunca juzgamos, que un hombre que quiere bien se muda, sin aver muy gran causa, ora sea por agravios, y traicion de la que es amada, ora por hallar otra tan correspondiente á su gusto, que por fuerza, yà que no por razon, deba ser apetecida. Esto ultimo Lucinda, ha obligado á Fabio à que me olvide, y ha sido causa para que tu á mi hermano muestres mas enfados: yà tu color perdido me està diziendo, que es verdad, tu turbacion està ya siendo testigo en mi abono, tu malicia yà descubierta, decorrida no puede hablar: como aora no me contradizes à lo que te voy hablando, como poco ha me contradezias á lo que aun no avia acabado de hablar? Como estàs tan suspensa? Te ahogan mis razones por no poderlas passar à tu malvado pecho. Tan presto se te ha suspendido el brio? Como tan de repente se te han degollado las palabras? Esta era la fidelidad que me guardabas? Esta la amistad que me prometias? Esto era el dezirme, dissimulando la malicia: como te và Elisa con tu Fabio? Visitate à menudo? Està bien contigo? Rondate todas las noches? Escrivete muchos villetes? Muestrate regalo? Tratate siempre con cariño? Y yo tirana, creyendote con sencillez, te contaba mis pesares, te hazia dueño de mis secretos, y como estaba sin malicia, no considerabà con el contento grãde que me consolabas, y con la mucha alegria que me divertias; porque el dezirte yo que Fabio estaba tibio en mi aficion, era tu gloria; contarte que me escrivia enojado, era tu consuelo; y lamentarme de que no me visitaba, era toda tu dicha. Pues porque sepas no ay traicion que sin castigo se quede, ni agravio que no se vengue, te quise esta noche sacar à esta alameda, en achaque de tomar el fresco para concluir de una vez con mi pena, y desembarazarme de un infierno de zelos que me oprime: si quieres en paz, aunque no entendi llegar à esta limitacion, dexarme á Fabio, jurandome aqui no hablarle mas en mi ofensa, termino te concederè para experimentarlo; y si Fabio bolviere á mi gracia, creerè que cumples:

ples: y si aunque me signifique à mi desdenès que la hazes, se estuviere quieto en tu servicio, confirmaré con mas pruebas tu rebeldia, y castigarè con mas rigores tu insolencia. Y si acaso, Lucinda reparando en pundonores de dama, confiando en las promessas de Fabio, y advirtiendo en que yo soy tan muger como tu, quieres negarme lo que te vengo à pedir, mira lo que hazes; repara mucho en lo que dizes, considerando solo que soy la agraviada, y que una muger con agravios siempre halla justicia, y una muger con justicia siempre halla defensa; una muger con defensa siẽpre procura venganza, y una muger vengandose es tan cruel, que excediendose á sì, excede à la misma crueldad, y porque sin assomos de exemplo, veas en mi un exemplar, viven los Cielos, que si no me concedes lo que te estoy pidiendo, que he de sacar de tus venas raudales de sangre, en que satisfacer la sed de mi rigor, y en que apagar las llamas de mi ira, siendo el instrumento este puñal menos cruel que tu pecho, que solo para este afecto he traìdo oculto, y escondido.

Al punto que en los labios de la agraviada Elisa se articulaban las ultimas palabras, con ademàn tan ayroso, como varonil, sacò del seno un puñal, y alzando el braço, assestada la azerada punta al pecho de Lucinda, que yà con assomos de muerta procuraba huir, creo que descargàra el golpe, á no acortarle el valor una voz q̃ lo impediò, movido de compassion, diziendo Iesus, porque es fuerza que à este nombre postre la passion su venganza, pues los celestes hincan la rodilla, los terrenos humillandose le reverenciã, y los infiernos mismos confundidos, y absortos, se postran. Quedòse Elisa turbada, tendiendo á todas partes los ayrados ojos, quizá procurando abrasar con sus rayos al que con tan buena voz avia escuchado, y sido estorvo à su execuciõ tan dañada, proprio efecto de una ira, aborrecer lo que es en su favor, y desestimar lo que se haze por su bien. Lucinda tomando aliento en la favorable voz mientras su contraria à fuerza de turbaciones mostraba desahogos, desembarazò presurosa el tapete de esmeraldas, y recogiendo las vasquiñas, y el manto terciado, comenzó à huir mostrando en el desaliño asseadas perfecciones, y siendo el desadorno adornados asseos, sirviendo los descuydos de cuydadosos desayres; y considerando aver yà terceros sabidores de su afrenta, y que avian visto su tibieza en responder, y confirmando su culpa en el no contradezir, aunque bien oprimidas, iba despidiendo algunas la-

grimas, que bebidas de las flores, fueron aquella mañana lloradas de embidia por las de la Aurora: Elisa que la viò huìr, dispusose à seguirla, no yà por ofenderla, por irse con ella al coche, que cerca de alli avian dexado con dos criadas, mas no se puso en execucion tan presto su deseo, porque no pudiendo Carlos sufrir tanta detencion en ocasion tan oportuna, salió de donde estaba oculto, y con corteses razones, y palabras muy compuestas, significando con estar su curiosidad en averla escuchado, y con aquellas pidiendole mandasse en que servirla, le mostrò tanto su proceder honrado, y tanto le descubriò su buen termino, que reportada Elisa, les concediò á sus pies mansion para poder oìrme, porque un buẽ termino roba corazones, y buenos miramientos siempre respetan, y honradas palabras siempre se escuchan.

Aviendose saludado con estas cortesias, que cortesia es escuchar una Dama à un hombre, quando està solo: quedaron mudos los dos, transportados tanto el uno en el otro, que Carlos à fuerza de mirar se imprimiò en Elisa, y Elisa à fuerza de querer se transformò en Carlos, siendo los ojos interpretes de las lenguas mudas, sin ser possible con ellas expressar un amor gigante, que en el corazon de entrambos se engendraba: enamorandose al punto, no gastémos en esto mas retorica; y viendose Elisa en el empeño que estaba con Fabio, y Carlos advirtiendo lo mucho que à Fabio amaba Elisa; ni el uno acertaba à declararse, ni el otro à descubrirse; pero como se viò Elisa, á su parecer, con mas causas para poder inquirir, le preguntò quien era, como se llamaba, de donde venia, y qué era lo que buscaba. No bien oyò Lope estas preguntas, quando la respondiò al instante: Señora, si à lo que nos aveis preguntado os he de satisfacer, yo os suplico que tengais lastima de mi, pues veis qual vengo cargado de maletas, y cogines, hecho mula de retorno, y Dios sabe si en la posada hemos de hallar que cenar, ni con que poder comprarlo, porque mi señor aunque es Cavallero noble desta Ciudad, està graduado de pobreza in utroque, porque es Poeta, y Estudiante, titulos, que el uno solo basta para no tener un hombre un quarto mientras viva; y si aora aguardais à que os informe, no lo aveis de poder aguardar à oìr del todo, porque es cuento muy largo, y me aveis de hazer muy mala obra, pues me poneis á pique de perder la cena. Dexadnos por Dios aora,

ra, qũe mañana os prometo de leeros una relacion en verso, que ha venido haziendo por el camino, donde viendo sus gracias, quedareis informada de sus prendas, y entendida de sus sucessos. Harto tenia Carlos que estarse mirando, y remirando en Elisa, sin reparar en locuras, y atrevimientos de Lope; y assi reprehendiendole sus desgraciadas gracias, y pesadas burlas, se bolviò à Elisa, pidiendola encarecidamente le escuchasse, pero ella como discreta, fingiendo daria que murmurar à sus criados que la esperaban, sabiendo yà de su competidora que se quedaba con gente, quiso dár mas credito á lo que el criado hablaba, que no á lo que Carlos riñiendole desmentia; porque quando un criado en presencia de su señor cuenta necessidades, aunque el señor lo contradiga, y riña, han de ser creìdas; y de los que pudieren, han de ser remediadas, porque el criado lo haze de compassivo, procurando remedien al señor; y el señor muchas vezes, aunque riñe, le agradece al tal criado, el que manifieste lo que el no puede manifestar, ni descubrir, por su honor, y respeto; y assi Elisa le dixo que se quedasse en buen hora, y que ella le avisaria, quando tuviesse lugar para que la contasse, ò leyesse su relacion, que por ser suya en quanto à la materia, y aver recibido la forma de su ingenioso dictamen, holgaria en estremo de escucharla; y diziendo esto, quitandose de sus cristalinos dedos tres diamantes muy preciosos, hizo á fuerza de porfias los tomasse, de que no le pesò á Lope, sabiendo el poco remedio, que las maletas llevaban, y lo desmantelada que estaba la casa donde iban; mas no se fue riyendo con el gusto, porque aviendose partido Elisa al coche que la esperaba, y desde allí á la Ciudad, riñòle Carlos asperamente el aver de cubierto tan à la clara su pobreza, y tan descaradamente aver manifestado su poco juìzio; pero como el que sirve, si se conoce que puede servir, ha de estàr graduado de paciencia, y armado de gracias para rechazar los enojos de el señor, al cabo de un gran rato que huvo oìdo muy callado, le dixo: Señor, sabes à quien me has querido parecer agora? A quien? Le respondiò Carlos enojado todavia: y replicò Lope, à quien? A un padre que tiene un hijo jugador, que en ganando, le lleva los dineros, y aviendolos recibido, se buelve contra èl muy enojado, diziendo, que voto á tal, si torna à jugar, que le ha de echar de casa, y le ha de castigar; y como

el hijo echa de vèr, que mientras le está haziendo estas amenazas, se está echando los dineros en las faltriqueras, baxa los ojos; y dize entre sì: tomame los dineros, y riñe: Esto es dezir, que buelva à jugar. Cayòle en gusto à Carlos, aunque dissimulò, y dixole: Lope, yà sé tus malicias, pero advierte, que si guardo los diamantes, no es para que los vayas mañana á empeñar, como imaginas, sino para bolverselos muy mejorados en otras piezas al dueño que me los diò. No te lo digo por tanto, replicó Lope, con harto sobresalto de sus tripas, y añadiò luego: Señor, en duda voy de lo que me has reñido tambien, diziendo, que he manifestado tu poco juizio, supuesto que lo engrandecì, y alabé quanto pude, hasta dezir que eres Poeta; que este es un don sobrenatural, pues no le concede Dios á todos, sino á quien su Megestad es servido. Calla necio, dixo Carlos, y advierte, que el dia de oy por dos causas no le està bien à un hombre, que le llamen Poeta; la primera, porque es tener usurpado el nombre sin titulo, porque para ser uno tal, es necessario que sepa de todas las ciencias, yà que por ser impossible, no las pueda saber todas, porque la Poesia con todas trata, y de todas participa: la segunda, porque son yà tantos los Poetas, que de puro sobrados nadie los estima; y assi, lo que de antes era honra, tiene aora apariencia de menosprecio; y lo que entonces se debia estimar, aora se puede huir. Verdad es, replicò Lope, y me parece à los dones, porque me contaba mi abuela, que en Gloria estè, que en su tiempo en cien leguas no hallarian seis dones; y aora ay casa, que sin ser solariega, tiene mas de catorze.

Divertido con estas, y otras platicas, llegaron Carlos, y Lope á la Ciudad, fueronse á su casa, que como eran yá sus padres muertos, la habitaba un amigo suyo, á quien desde otro dia le fue necessario buscar otra morada, por ser tan inopinada, y repentina esta idea de Carlos. Cenaron aquella noche como huespedes, que no lo tuvo Lope à poca suerte; y en aviendo cenado, se fueron á dormir, aunque Carlos con el nuevo amor llevò bien en que velar. Pero antes de passar de aqui (Señora Doña Serafina) mientras este Cavallero duerme, ó vela, mientras dispone su casa, y mientras le visitan sus amigos, dandoles cuenta de sus adversidades, quiero yo sacar à v. m. de una duda con que sè que và divertida leyendo la Novela, pues estará confusa, sin saber que Ciudad es esta que tanto encubro;

qual

qual el linage de este Cavallero, que tanto zelo; y quienes estas Damas, que tan mal explico, y respondo, que la Ciudad es una de las de Castilla, con todas las prendas de nobleza, y hermosura que v. m. la quisiere considerar; y Carlos un Cavallero con los titulos de honrado que le quisiere pedir, aunque por descuydos de la fortuna necessitado; y Elisa, y Lucinda, nobles, y ricas quanto v. m. quisiere: y no explicar mas que esto el nombre de la Ciudad, y los linages de los contenidos, ha sido, no por ignorancia, sino con particular cuydado, porque hemos alcanzado yà en estos tiempos unas personas tan demasiado de curiosas, que vàn interpretando las Novelas como si fueran historias, repartiendo por la Ciudad donde se fingen papeles à quien les parece, como si fueran Comedias, diziendo, esta Dama que aqui se dize, es Fulana, y este Cavallero que aqui va disfrazado, es Fulano, y otras cosas á este tenor, dando los sentidos que les parece, y echando los juìzios que se les entoja, sin tener en esto mas sentido, ni mas juìzio, que los propios juìzios, y sentidos que ellos dàn. Y assi me acuerdo, que dixo Lope de Vega en una de sus Novelas, que era carga muy pesada, y cosa dificil escrivir historias presentes; y yo digo ser assi, porque si un hombre quiere escrivir lo mal que ha hecho uno, fuera de que si se quemàran con los propios escritos, dizen que no fue la tercia parte, y si cuenta lo bien que ha obrado otro, dizen que fue tres tantos mas, y que anduvo el Autor muy corto; y esto lo confirma el mismo Lope de Vega, con lo que cuenta que le sucediò en Madrid, saliendo de oìr una Comedia suya de el Assalto de Mastrique; y fue, que como en ella huviesse un papel de Alferez, y este se huviesse repartido à un hombre de mala gracia, y que mostraba poco los desgarros de Soldado, y el ayre de la Milicia, en acabando la Comedia, se llegò à Lope de Vega un Cavallero de buen porte, y mostrando en el semblante enojo, y en las palabras gravedad, le dixo, que aquel Alferez fue un hermano suyo, y que no fue de tan ruin talle, y de tan tibias valentias, como el personaje à quien lo avia encargado le representaba, que se sirviesse de hazer al Autor que trocasse el papel, donde no, que se tuviesse luego por desafiado al Prado de San Geronimo, ò al Angel. Reprimiendo Lope de Vega la risa, le prometiò hazer lo que pedia; y assi, para el dia siguiente hizo trocar el papel, advirtiendole al que de nuevo le recibia,

que hizieſſe grandes deſgarros de valiente, dando muchas mueſtras de Soldado: ſaliò eſto tan à guſto de el agraviado Cavallero, que agradecido le embiò à Lope un regalo, dandole las gracias. Con eſtos exemplos no condenarà v.m. ſeñora Doña Serafina, los que juzgaba deſcuydos, y podrá paſſar mas ſoſſegada al diſcurſo de nueſtra hiſtoria.

El ſegundo dia que Carlos llegò à ſu Patria deſembarazado yà de la carga peſada de los bienvenidos, andaba cuydadoſo por hallar la cauſa de ſus amoroſas triſtezas; informabaſe al deſcuydo de unos, preguntaba cuydadoſo à otros, haziendo por una parte diligencias, y por otra encubriendo los cuydados; y como eſſuvieſſe advertido, qué en la Ciudad avia muchas Eliſas, y no menos Lucindas, ſaliòſe enfadado à la Plaza, encontrandoſe con Alexandro, ſe le diò por muy amigo, ofreciendoſele para todo quanto le mandaſſe. Hablaron en diverſas materias, y viendo Alexandro lo bien que Carlos le ſatisfacia à quanto le preguntaba, con no menos corteſia ſe ſubordinò à ſu voluntad, pidiendole por merced ſe ſalieſſe á paſſear aquella tarde por la alameda, por querer deſahogarſe con èl de mil paſſiones amoroſas, de que eſtaba oprimido; ofreciòle Carlos la atencion, y yendoſe à deſpedir, por ſer yá hora de comer, Alexandro con mil ofertas le ſuplicò le honraſſe ſu meſa. Eſcusòſe Carlos, lo que à un hombre prudente le es dado, porque auuque procurraba tan dichoſa ocaſion para ſalir de ſu duda, y ſaber ſi tenia por hermana á la robadora de ſu alvedrio; con todo, no eſte deſeo atropellò con los corteſes cumplimientos: que el que es cuerdo, aun en lo proprio que buſca no ha de ſer entremetido; y lo que mas apetece, ſi ay peligro de reputacion, lo he de buſcar como que no lo buſca, y procurando como que no lo quiere.

Acetado el combite fueronſe los dos en caſa de Alexandro, que aviſando à ſu hermana Eliſa, del hueſped que tenia, hizo prevenir la meſa de los regalos, y manjares, que baſtaron á no quedar corto, para aver ſido con tan poca prevencion, y tiempo. Eliſa alborozada del ſuceſſo, dandoſe mil parabienes, quiſo yà comenzar como amante á uſar eſtratagema, procurando no darſe à conocer à Carlos tan preſto, zeloſa por ventura de que ſe avia de enamorar en otra parte; que eſto tienen las mugeres deſprevenidas, que aun de los zelos futuros comienzan à ha-

zer

zer pesquisa. Carlos fingiendo divertimiento en las pinturas, y atavios de la sala, con descuydos penetrantes de la vista, miraba à Elisa; y lo que en pequeño instante contemplaba en diseño hermoso en grande rato lo repartia por el alma: mirando á los tapizes, con feria consigo, si era la misma que vió aquella noche; y aunque muchas de las señas que miraba, le asseguraban que si; el contemplarla de dia con mas estremos de hermosa, le replicaba que no, y dezia secreto: yo no puedo olvidar à aquella Dama; pero si esta me quiere, no dudo que la olvidaré, porque aqui veo quanto allì vì, y aqui hallo mucho mas que allà mirè: mudarse por mejorarse, permitido es, mas no es mudanza, quando allá no ha avido declarado amor; mi vida está yà en servir à esta muger, y mi muerte en dexaria de amar: perdoname, hermosa Elisa, si no eres la misma, porque aunque te dì à ti el alma, la he hallado aora en esta muger, ò en este hechizo que tengo en mi presencia.

Embueltos los bocados en estas palabras secretas, atropelladas muchas vezes de las conversaciones diversas de Elisa, y Alexandro, acabò Carlos de comer, que yà lo deseaba, por buscar ocasion para salir de sus sospechas; y como es costumbre de referir sobre mesa algunas cosas, pidiòle Alexandro à Carlos le contasse la ocasion que avia tenido para venirse de la Ciudad de Salamanca, estando allá tan acreditado con sus estudios. En verdad, señores, les replicò Carlos, que viniendo antenoche por la Alameda, me pidiò una bizarra Dama lo mismo, aunque advertida de mi criado, que por divertimiento del camino avia hecho unas coplas à mi tragedia, dilató el escucharme hasta que ella me avisasse; mas pues ha sido tan tarde á mis deseos, y aqui contemplo obligaciones de obedecer, y tanta hermosura como hallò á que respetar; à dicha grande tengo estrenarias en la atencion que os pido. Diziendo esto, desabrochòse el pecho, y sacando de él un borrador, leyò lo que se sigue:

Los que ignorais sentimientos,
escuchadme un rato aqui,
que solo bastan los mios
para qué sepais sentir.
En una Ciudad bien noble,
de nobles padres naci,
que no es no ventura poca,
ser noble para vivir.
Desde mis años primeros
tanto à las letras me di,

que

que ellas èran folamente
todo mi juego pueril.
Salamanca fue mi madre,
ſolo en ſus pechos creci,
que yà que madre ſe buſca,
no ſe ha de buſcar ruin.
Creciò con la edad el vicio,
comencéme à divertir,
no sè ſi por compañias,
mas no ay que dudar del ſi.
Tuve un amigo valiente,
di en valiente ; y tal ſalì,
que èl no ſaliera mil vezes
à no ayudarle à ſalir.
Dimos en rondar de noche,
dieronnos en perſeguir,
porque ſiempre eſtàn deſpiertos
un Fiſcal, ò un Alguazil.
Amaba una Dama yo,
y mi amigo contra mi
amaba tambien la miſma,
ſin darſeme à deſcubrir.
Tuve noticia del caſo;
hize que no lo creì,
porque caſos ſemejantes,
ſin creer ſe han de reñir.
No lo reñi luego al punto,
que primero le eſcrivì
à la ſeñora eſta carta
en verſo tambien , oid.
Laura , yo tengo rezelos,
deſtos ſe engendran ſoſpechas,
que me hieren como flechas,
y me matan como zelos:
tu me juraſte á los Cielos,
que eras mia , te creì;
pero , ſi aora entre mi,
ſi es verdad me digo yo,
por mil amagos de un no,
ſale deſtroncando un ſi.
Explicarte yo de quien
tengo zelos no es poſſible,
porque ay mal que es tan terrible,
que no halla ſombra de bien:
muchos indicios ſe vèn,
digo acà en mi entendimiento,
pero luego los deſmiento,
conociendo tus favores,
y aunque los ſiento dolores,
me finjo que no los ſiento.
Es fuerza auſentarme aora,
dexaréte aì à mi amigo,
que me ſerà fiel teſtigo
de ſi eres, Laura, traydora;
por un mes voy à Zamora,
y un mes, Laura, ſin hablarte
mi muerte ha de ſer en parte;
mas con tal limitacion,
que ſi me hizieres traìcion,
vivirè para matarte.
Eſcrita que fue eſta carta,
cerrada la remiti,
à que reſpondió llorosa,
los mas renglones alli
de ſus lagrimas borrados,
que una muger por fingir,
buſca haſta el llanto preſtado,
ſi vè que le falta en sì.
Què promeſas, qué ternuras,
y què de quexas leì,
que à no reportarme un rato,
me quiſiera arrepentir!
Deſpedime de mi amigo,
y della me deſpedi,
partiendome una mañana,
ó fingiendome partir.

Pe-

Pero estandome escondido
todo el dia, quando vi,
que la noche presurosa
acababa de dormir,
me entré en casa de mi Dama,
escalando un camarin,
de donde sin ser sentido,
me baxè, donde un tapiz
me tuvo bien encubierto
hasta que me descubri.
Porque de las doze apenas
se feneciò el retentin,
quando una puerta secreta,
siento que baxan à abrir.
Escucho con mas cuydado,
y luego veo subir
al que yo juzgaba amigo,
juzgandose por feliz
de llegar, donde yà Laura,
solo con un faldellin,
à quien diò Tito el color,
por afrentar al carmin,
en sus brazos le esperaba,
no dirè si de jazmin,
por tenerlos recatados,
vestidos de un caniqui.
Mas antes que entràra en ellos,
porque no ha de consentir
un hombre que en su presencia
se cometa una accion vil,
le puse al pecho la punta
de mi estoque, y para huir
busca la puerta ligero,
pero à un golpe que le dì,
le hize tener à raya,
y como se sintiò herir,
comienzase à reparar,
y todo le sirviò, en fin,
de escapar tan mal herido,
que es impossible vivir.
Mas solo me pesa, solo,
que quando á buscar bolvi
á la que en su infame pecho,
forjò impiedades dos mil,
hallè averse yà arrojado
de una ventana, y de alli
buscò en casa de un vecino
puerto que no hallàra en mi.
Vna criada tambien,
entre dama, y fregatriz,
se puso en salvo, y no fuè
de lo que menos senti.
Al son de las cuchilladas,
y al ruìdo de la lid,
iba despertando el barrio,
y temiendo algun motin,
me fui à casa presuroso,
desde la qual me partì
á piè con solo un criado,
y la ropa de vestir;
que à tanto puede obligar
una muger quando es vil,
y un amigo quebranta
lo que es justicia cumplir.

Mientras Carlos leìa èste papel, despachò con mucho recato Elisa à una criada en casa de una prima suya, diziendola, se fingiesse ser Elisa, y que viniesse á passar con ella la siesta à su jardin, porque queria probar un amor repentino de un Cavallero. Sucediò, que la prima estaba aquel dia muy ocupada, y conociendo, que Lucinda era amiga

de

de entrambas, (ignorante de lo que avia passado) y que sabia fingir tambien con ella, despachò à la criada, diziendola, que iria, y con otra suya le embió á Lucinda un recado, pidiendole lo mismo, por tener ella una ocupacion precisa. Lucinda, que toda via llorosa, y corrida, estaba buscando modos para su venganza, oyendo esta embaxada, aceptò la idea, quizás yá entendiendo, ò que era tramoya de su contraria Elisa para reconciliarse con ella, ò que avia encontrado con otro amor nuevo, y le vendria bien para proseguir los amores comenzados de Fabio; y assi, sin mas detencion, hizo poner el coche, y fuesse por la puerta de el jardin de Elisa, que yà la halló abierta, aunque no se avia abierto para ella; sentòse en un tapete de flores, que servia de repulgo à una fuentecilla de cristal, aguardando, no sin algunos rezelos, à su contraria cruel. Elisa, leìdo que fue el papel, haziendo à Carlos una seña, que nunca à quien tiene amor negó el tiempo estos resquicios de oportunidad, fingió que se entrabaá dormir. Carlos, que la entendiò, pidiòle à Alexandro que reposasse, hasta que él viniesse à la hora prometida à despertarla. Despidieronse muy corteses, y al ir á salir por la puerta, una criada, nada boba en su oficio, le dixo que fuesse por el jardin. Carlos prometiendose yà mil parabienes, por ver tambien logrados sus amores, diò la buelta diligente à la casa, hasta llegar donde estaba Lucinda, afrentando los jazmines, y desluciendo los claveles, aunque bien triste, se estaba entreteniendo en los cristales; al punto que la viò, quedòse absorto, sin poder mover los pies à dar mas passos; y Lucinda, viendole entrar, ignorante de que era él que venia à engañar, quedò temorosa, mostrando en las mexillas con letras de clavèl los efectos del sobresalto que avia recibido el corazon: saludola Carlos, que por temores nunca se ha de olvidar à un hombre cuerdo la cortesia, y diziendola no le juzgasse por atrevido, porque avia sido llamado à aquel puesto; mas sossegada Lucinda, creyendo que yà estaba en la palestra de su fingimiento, le correspondiò cortés, apartando de el semblante los amagos de el desdèn, y los melindres del enojo. Tomaron assiento de las flores de el guarnecido tapete, y apenas con platicas quisieron divertirse, quando fue Elisa estotvo, la qual dexando á su hermano durmiendo, y à una criada en centinela, entraba con intento de de-

dezirle à Carlos, que su prima (que yá juzgaba alli) avia sido la Dama, que halló riñiendo aquella noche todo esto con intento, ò de usar estratagemas de muger que quiere, ò de vèr si de su prima se pagaba tanto como de ella avia mostrado, no solo en la mesa, sino quando la hallò riñiendo. Llegando, pues, de cerca, y viendo à Lucinda con el que yà tanto amaba, cubierta de un sudor frio, se detuvo, aunque el dolor fue quien no la dexò passar; cayò tendida en el suelo con la consideracion de el fracaso, y no me espanto, si es opinion de Autores, no poco graves, que un cuydado es la enfermedad mayor: si quisiera llegar presurosa, mas viendo q̃ no estaba prevenida de razones, aguardò un poco que la lengua se desnudasse, pensando muchas vezes si dormia, imaginando otras si era ilusion, que quando un mal se entra en una casa sin muestras de prevencion, apenas se cree; y aunque atormenta, parece sueño; y aunque mata, parece mentira. Llena, pues, de los cuydados, que un discreto puede considerar, y atropellando las imaginaciones, que al passo le salian, saliò la afligida Elisa adonde Carlos, y Lucinda estaban, y con severidad hablò de esta manera:

No es, Cavallero, mi casa encubridora de insultos, ni son buenos mis jardines para terceros de afrentas, ni consienten estas plantas empeños amorosos, otros lugares avia donde advertido pudierais lograr la conversacion de esta señora, que si mi hermano es vuestro amigo, no ha de consentir amagos tan sospechosos de vileza, y rasgos tã notorios de deshonra; y quando mi hermano, sin consideracion os permitiera estos arrojos, yo los escusàra, porque aunque me aveis muger tengo valor para defender mi reputacion, y no me faltan brios para castigar agravios: idos al punto de aqui, y no me hableis palabra, que serà veneno quantas escusas me pusiereis.

No se alterò mucho Carlos, oyendo estas razones, bien entendido en que eran fingidas, por causa de aquella dama, que èl juzgaba venia á tratar con Elisa de otras diversas materias, y assi, sin despegar los labios desocupó el jardin por aquella parte misma que avia entrado; mas no se fué de todo punto, por no partirse sospechoso, y por las celosias de unas yedras aguardò encubierto à ver en que paraba. La astuta Lucinda, viendo tan en sus manos la vengenza, y considerando la turbacion de su competi-

do.

dora, y que no por su mandato ella avia venido, y que aquellos eran zelos del recien venido Cavallero, por embolverla con mas confusiones, y por acabarla con mas penas, con una fingida risa, le dixo de esta suerte, antes que Elisa la hablàra.

Elisa, en algun tiempo compañera, si acaso usais conmigo de una traza, que se suele comunmente, adelantandose à reñir el que està ocupado al que no tiene culpa, no llevaré à mal lo que venis haziendo, aunque lo atribuirè à locura. Y si imaginas, como antenoche, con armas á no otras indignas, hazer amenazas, no sè si escaparè huyendo como entonces, porque de quien es traydora no he de vivir yá confiada; y de quien es engañosa, y cruel, no he de tener jamàs satisfacion. Y no digo en esto, que traerè tambien puñal, pero por lo menos traygo, Elisa, las manos menos encogidas, el valor mas desembozado, y la razon menos amedrentada; y podeis estàr muy cierta, que à no averme venido estos dias quien ha templado mi enojo, no me vierais jamàs hasta aver tomado en vos la venganza merecida: pero porque esto son ya historias passadas, quiero passar à lo que aora importa. Voy al caso, si sabeis lo que se siente sola una imaginacion, y sombra de zelos, pues porque como amiga vuestra le hablaba à Fabio, y èl con la misma sencillez me correspondia, concebisteis tan exorbitante sospecha, que rompiendo fueros de muger, tomasteis armas varoniles; como, ò por què aora me lo dais à mi tales, y tan crecidos, teniendo por huesped en vuestra casa al que solo ha de ser dueño de la mia? Como quereis que consienta, que en vuestra mesa se siente el que yo adoro? Como quereis que sufra, que en vuestros jardines estè el que tengo yo en mi pecho? Por ventura aveis visto en mi casa à Fabio de este modo, sino ha sido estando vos delante? Acaso avei sabido, que contra vuestra voluntad aya atravessado mis umbrales? Luego razon tengo yo, sabiendo que mi dueño estaba aqui, venir á reñiros, y à quexarme, sin que me fuesse embarazo lo abrasado del Sol, ni me pusiesse estorvo lo que con vos me avia passado? Yo, Elisa, que aora os respondo por entonces, no he de mirar mas á Fabio, pues tanto idolatrais en èl, ni en mi casa le darè jamàs assiento, ni en otra qualquier parte recibirà de mi mas que la debida cortesia; pero os requiero desde aora, que sin licencia mia no admitais en esta casa, ni en otra parte donde yo no esté, à mi amante, mostrando-

le

le desdèn si os miráre, severidad si aqui viniere, enfado si os habláre, y rigor si en ofensa mia se atreviere. Mortal estais, no me admiro, que teneis mucha culpa; y una culpa si es grave, merece muerte; y si no es tal, es digna por lo menos de sus amagos: bebed un trago de agua, y se os quitará el susto, y sirvaos esta reprehẽsion de tomar escarmiento, porque à no enmendaros, perdereis la vida, y proseguir con vuestros zelos, aveis de sentir los mios.

Partiòme muy galante Lucinda, dichas estas palabras, y Elisa aviendolas oìdo, considerando mayores males, viendo peligros mas crecidos; y considerando mas terribles confusiones, que las que recibiò al principio; barajadas en su pecho inmensas penas, descompuestos todos los sentidos, desquadernado el valor, y rotos los alientos, cayò amortecida en la verde alfombra; tal es una passion de amor, tal un cuydado de zelos, y tal un engaño lisongeado de apariencias verdaderas. Carlos desde donde estaba oculto, satisfecho yà de que era Elisa la que tenia à sus ojos, que eran ficciones todas las que Lucinda avia hablado, por darle zelos, aunque ignorante del modo por donde la tal Lucinda avia alcãzado à saber que Elisa le queria, saliò lastimado, y congoxoso à consolarla, yà sin rezelos ningunos de perderla; pero como es propio de un camino cortès en no ser atrevido, y en tales casos es la cortedad virtud, y la largueza desayre, dudò de tacar, no solo sus manos; pero aun la ropa, porque aunque, la ocasion brinda, la razon contradezia, y el fino amor siempre es compuesto, y el verdadero amante siempre es bien mirado; y assi, desde afuera comenzò á llamarla, diziendo: señora, señora: Milagro fue del amor, porque como previno el desmayo por la aficion de Carlos, apenas el eco de su voz rompiò las prisiones del oìdo de su hermosa Elisa, quando resucitando el valor, los sentidos componiendose, y enquadernandose los alientos, se levantó vergonzosa, contemplandose corrida; mas viendo que el que tenia delante era el que amava, y el que estaba en su presencia por quien padecia, al trueno de un suspiro se rasgaron las preciosas cataradas de sus soles, desperdiciando en perlas, las que concibiò en lagrimas. Llorára Carlos tambien, á no serle forzoso satisfacer primero, porque aquellos efectos eran preguntas que le hazia, y aquellas lagrimas palabras que le hablaban; que la mayor señal de conocer la inmẽsidad de un amor, es, quando no tiene lengua para explicarse,

se, y ha menester hablar por señas para q̃ lo entiendan, porque amor parlero no es amor, y yà que lo sea, es interessado, y amor por interès, jamàs fue amor. Y assi Carlos, aviendole dicho à Elisa con mil juramentos, que erà mentira quanto Lucinda avia propuesto, porque él en su vida la avia hablado, sino en aquella ocasion, que hallandola en aquel puesto, la saludò cortès sin ceremonia, ni se tomò mas licencia, y recostandose en los pies de Elisa, mereciò de sus manos algunas mas que sombras de favores, hasta venir à manifestarse que le amaba, y que seria su esposa si guardaba el secreto. Prometiòle Carlos, en su hermosa mano, galanteando con la ocasion el gusto, y tomandose con el achaque el favor; y yendo con elogios à encarecerle su amor, entrò Fabio por la puerta del jardin, que el mucho cuydado fue descuydo para que se estuviesse abierta; y aunque entraba en seguimiento de Lucinda, como Elisa avia sido la que amó primero, y era la que en publico galanteaba, viendola en agenos brazos, se derramò por sus venas un veneno tan zeloso, que sin hablar palabra, se fue con el hazero desnudo para Carlos, que con no menos valor, si con menos colera, se puso en defensa: y aunque respetos de una muger vencen, y ruegos de una dama obligan, no fueron los de Elisa bastantes para que los dos enamorados dexassen de probar sus fuerzas; mas como Carlos reñia sin passion, viendo lo poderoso del contrario, y que el matarle, ò herirle era darse à sì la muerte, pues se avia de ausentar de la que amaba, sin procurarle ofender se defendia, hasta que al ruìdo de las espadas, despertando Alexandro, y de su hermana informado bien al contrario de lo que avia sido, los esparciò severo, y los amenazò riguroso; pero si fuera cuerdo, no se avia de enojar con ellos, sino castigarse à sì, porque quien tiene en su casa muger hermosa, ò hija, ò hermana doncella, nunca ha de admitir à su mesa à los que no sean muy deudos, ni aun darles, sino raras vezes, silla à los estraños, y mas siendo mancebos, porque de no guardar este recato, suelen quedar mancilladas muchas honras; y por no advertir en esto, se suelen quedàr por sola la nota muchas doncellas perdidas.

Muchos dias se passaron, que por el encuentro referido no se hablaron Alexandro, y Carlos, y en este tiempo quedò Elisa sin los escrupulos de zelos que le avia dado Lucinda, porque con lo que su prima le informò, rastreò muy por menor todas las quimeras que Lucinda avia fingi-

gido ; quedando muy satisfecha, que Carlos la queria. Saliò su amor de embrion con este desengaño, y alimentado en su pecho , comenzò á crecer, buscando trazas para hablarle , fingiendo passeos para verle , y hurtando ratos al tiempo para escrivirle. No correspondia Carlos con menores afectos , porque todas las potencias las sujetò tanto á la esclavitud de su amor , que ni la memoria trabajaba mas que en acuerdos de Elisa , ni se ocupaba el entendimiento mas que en ponderar sus gracias, ni la voluntad se divertia mas que en atender à su contemplacion. Considere aqui v. m. señora Doña Serafina , á estos dos amantes tan unidos , que parece que no les falta mas que la bendicion conjugal para quedar los dos uno; pero como estas materias de estado tienen tantos tropiezos,aunque Carlos lo deseaba, no se atrevia,muy proprio de la pobreza, ser siempre cobarde , y aunque Elisa queria, no se acababa de resolver ; porque quando una rica se resuelve à dexar al pretendiente rico , y poderoso por el que està desvalido de los bienes de la fortuna, ò se repican las campanas á milagro , ó vive arrepentida , lo mas del tiempo. Y como yà hemos insinuado arriba , era Fabio de muy copiosa hazienda , y lleno de riquezas , y con muestras de casamiento avia muchos años que galanteaba à Elisa ; ella viendo lo que mejoraba , fuera de tenerle el amor que vimos,antes que viera à Carlos , ni le despedia del todo, ni del todo le correspondia. Su hermano Alexandro estaba embarazado de dos cuydados riguroso : uno , ver que por Fabio Lucinda no le queria ; y otro, ver que su hermana quedaba con mucha nota , si no se casaba con Fabio , que esto viene à redundar de hazerse un hombre ciego à los galanteos que mira por su casa , y de hazerse sordo à lo que el murmureo dize , llevado de un engaño loco , que le estará bien si aquello que imagina se consigue, debe considerar , que el pretendiente irá muy ageno de su imaginacion ; pues al cabo , no solo se halla burlado , sino que le viene à ser impedimento para sus pretenciones , como se ha visto aqui.

Passò Alexandro mucho tiempo por sì solo estos cuydados, hasta que la fuerza dellos le obligò à buscar un amigo con quien repartirlos : este fue Carlos, que como le importaba tanto esta amistad,èl proprio buscò las ocasiones, para bolver à ellas. Las escusas, y descargos que le daria de el disgusto passado , no ay para que las

refiramos, pues ellas se suponen. Diòle Alexandro muy larga cuenta de sus amores, de sus rezelos, y de sus agravios. Carlos le satisfizo à todo con mucha discrecion, asségurandole en quanto à los rezelos de su honor, prometiendole su defensa para desagraviarle, y ofreciendose de reducir à Lucinda á su gracia. Abrazóle Alexandro agradecido à sus consuelos, comenzandose desde este dia el batallon de los amores, porque Carlos viendo à Alexandro de su mano, comunicaba, no solo por escrito, sino à boca, mas sin embarazo con Elisa: y viendo rota esta dificultad, comenzó à tratarse con Lucinda, para cumplir la palabra dada, hecha à Elisa la protesta de no darle zelos. Fabio, viendose por las dos partes combatido, pues en casa de Lucinda entraban Carlos, y Alexandro, y de casa de Elisa Carlos no salia, rabiaba de zelos, y procuraba vengança. Pagóse tanto Lucinda de el bizarro proceder de Carlos, que solo dexaba de quererle, por vèr que èl no la queria para sì, sino para que se rindiesse al gusto de Alexandro; que aunque esto jamás se explicó en las conversaciones, una muger discreta bien conoce los fines de una voluntad quando los indicios son urgentes; porque, ò es ignorante quien lleva compañia para pretender una Dama, ò solo và con dictamen de que sea el elegido el compañero. Confirmóse, pues, en esta empresa uno como impossible, á quien no lo huviere practicado. Lucinda, pues, vencida de inumerables ruegos de Carlos, por respeto suyo dió en hazerle à Alexandro favores, y en darle assiento en su pecho, y acogida en su gracia, porque ay amor de tal calidad, que viendo que es impossible reducir à su voluntad al objeto amado, viene à querer todo quanto el tal objeto desea, y apetece, no porque esto deseado, y apetecido por sì solo sea capaz de su gusto, sino porque es parte de corresponder á lo que pide lo que es querido. Bien conozco que parecerá filosofia nueva de amor esta que digo, pero con una distincion y cõun exemplo quedarà menos escabrosa; sea de distincion de amor racional, y de amor sin razon, porque aquel es amor recional, quando lleva ajustados los limites de el querer á la igualdad de su estado, capacidad, y sugeto, queriendo, si es noble, nobleza; si es discreto, discrecion: riqueza, si es rico; y buscando si està libre, persona libre. Y amor sin razon, es aquel (y este el ordinario) que no viendo la hermosura, se embriaga de tal modo, que ni repara en

que

que por mil partes no es su igual, ni juzga por imposible vèr que aquella hermosura tiene yà dueño. Tomando, pues, la parte del amor racional, pongo el exemplo; una dama llega à querer à un Cavallero con todo el amor que se puede encarecer, ò pagada de su discrecion, ò llevada de su bizarria; y como el efecto del querer es tener grato lo que se quiere, procura hazer todo quanto le pide, y aun previniendo à vezes lo que le quiere pedir; pues si esta señora conoce, que el tal Cavallero tiene yá la voluntad en otra parte, y que aunque ella le quiere con estremo, ha de ser imposible hazer que él la quiera, no se holgàra por lo menos (yà digo que hablo del amor racional) verse querida dél en aquella parte que puede, que es, queriendo lo que le pide? Yo digo que si; y si v. m. señora Doña Serafina, que sabrá mas en esta materia, siente lo contrario, ponga su parecer á la margen, y cruce estos renglones.

Yà v. m. ha visto lo bien que se han entablado estos amores; pero mientras Carlos goza en secreto los favores de Elisa, mientras con Alexandro Lucinda se entretiene, y mientras Fabio sin ningunas esperanzas se quexa, serà razon, que por entretenimiento tratemos de las ocupaciones de Lope, que yá v. m. le avrà echado menos en los lances que hemos referido. Era Lope el portador de los villetes, la espia de la calle, y la lengua de las criadas. Con estos oficios nunca le faltaba ocupacion, aunque de solo el de las cartas sacaba provecho, por los buenos portes que Elisa le daba; de los informes de las criadas solo grangeaba las burlas que le hazian; y de esperar de noche, y de dia à Fabio, no interessaba otra cosa mas que ponerse à evidente peligro. Llevaba de ordinario dos cartas, una para Elisa, y otra fingida, por si encontraba à su hermano, que esta traza yà es muy antigua; y aunque las cartas para Elisa eran en verso, no quiero ponerlas aqui por no cansar à v. m. dilatando mucho la Novela, y assi las dexarèmos para mas espacio. Pues como estuviesse Lope muy picado de una burla, que una criada de Elisa le avia hecho, obligandole, fingiendo venir su señor, á que se estuviesse todo un dia metido en una secreta, determinò vengarse de ella en esta forma. Pidióle á Carlos su amo muy encarecidamente, que le escrivieſſe à Elisa quexoso de que avia sabido que la tal criada por las puertas del jardin daba entrada à un hombre, que él no sabia quien era, y con zelos semejantes,

tes, y con afrenta tan notoria, miraſſe lo que podia ſentir, que ſi eſtaba del canſado, que le deſengañaſſe, y que ſi ſolo era culpa de la criada, que la riñeſſe, y eſto haſta que ella eſtuvieſſe ſatisfecha de la verdad. Y á la criada hizo que le eſcriviera dos letras, diziendola, que porque le importaba mucho hablar aquella noche dos palabras con Eliſa, le eſperaſſe á la puerta de el jardin, haſta que él fueſſe, ſin darle cuenta à ſu ſeñora, que èl la ſatisfaria. Repartiò Lope las dos cartas con el recato que ſiempre. Y Eliſa ignorante de la tramoya, viendo las quexas de Carlos, y la razon que tenia, comenzò, ſin dàr cuenta à nadie, á prevenir caſtigos para la criada, ſi ſalia verdadero lo que eſtaba en contra della. La criada alborozada de que Carlos le pidieſſe lo que no le avia de tener à mal ſu ſeñora, ſin deſcubrirle coſa alguna, deſeaba yà la noche, no ſin eſperança de recibir buen galardon. Como Lope tenia prevenido en ſu imaginacion del modo que Eliſa, y la criada ſe avian de aver en el enredo, que trazaba, conſideró tambien que era forzoſo, que el eſperar á Carlos la criada avia de ſer en un zaguan obſcuro, que eſtaba á un lado de la miſma puerta, correſpondiente al jardin, porque deſde ſu miſmo apoſento baxaba haſta èl una eſcalera eſtrecha; y en fin para baxar ſin ſer ſentida, era aquella parte la mas acomodada. Hechas, pues, eſtas obſervaciones el buen Lope, encomendandoſe al buen ſuceſſo, ſe entrò ſin ſer viſto aquella tarde, y ſe ocultò entre las ſombras de el zaguan obſcuro, apercebido de algunas invenciones para proſeguir ſu treta. Llegò la hora de la primera quietud, recogiòſe Eliſa mas temprano q̃ otras vezes. La criada finguiò lo miſmo, y todos los demàs ſe entregaron al repoſo, y apenas ſe quedaron las coſas en ſilencio, quando la criada nada perezoſa, baxò à eſtar de poſta en las puertas del jardin. No tardò mucho Eliſa en baxar tambien á hazar las pruebas, que para ſatisfacer à Carlos le competian, porque viendo que yá era hora en que la criada, ſi eſtaba inocente, dormiria; y ſi eſtaba culpada eſtaria en eſpera, cubierta la cabeza de un rico mantellin, ſiendo viril de ſus pechos ſolo lo delgado de la olanda, y corona de los demás relieves de ſu cuerpo, lo precioſo de un manteo, con una luz en ſus manos, tan pobre, que à no ſer fomentada de ſus luzes ſe amortiguara muchas vezes en lo cohartado, y eſtrecho de una linterna, baxò adonde la criada, no ſin rezelos eſtaba aguardando à Carlos, la

qual

qual apènas en los pequeños visos de luz divisò la sombra humana, quando antes que de ella fuesse vista, se entrò presurosa por la parte que Lope la aguardaba, el qual llena la cara de rizne, y puesto en la estrechura de la escalera con una vela encendida delante, que para el caso tenia prevenida, viendola huir temerosa, la diò una pequeña voz, con que la dexò pasmada, y ahogada con un mortal temor, bolviò à retirarse afuera, cayendo amortecida á los pies de su señora. Elisa como al ir descendiendo oyò el pasmo de la criada, y en llegando abaxo la viò amortecida, y mas adentro mirò luz, y sintiò passos, quedò llena de temor, y diera vozes, à no salir al punto Lope, refregandose la cara, pidiendole que callasse, y dandole cuenta de la burla diabolica, y pesada. Despidiòle con todo Elisa con mucho enojo: y à la criada, despues de buelta en sì, la reprehendió severa, por averle callado aquel papel fingido.

Aviendose passado muchos meses, sin que huviesse mudanza en los amores, al parecer eternizados; de el mismo modo que suelen enfermar las personas, comenzò à enfermar la voluntad de Elisa con accidentes crueles de inconstancia, cosa que no se imaginàra, aviendose conocido lo passado, mas no ay que espantar que una muger se mude, pues es su natural inclinado à mudanzas. Sucedió, que despues que yá Alexandro, por el buen tercero, que en Carlos avia tenido, gozaba por lo menos palabras, y villetes de Lucinda, en que le prometia una perpetua seguridad, le pareciò à Elisa su hermana, que no le estaba bien casarse con Carlos, por ser pobre, quando estaba en su mano el elegir à Fabio, que gozaba de tantos bienes de fortuna. Hizo esta proposicion en su pecho, y comenzò à repetir muchos d'as en su alma, desmayando mucho en escuchar á Carlos, acortando el estilo en el escrivirle, raras vezes embiando á llamarle. Provino esta enfermedad de una malicioſa embidia que concibiò en su corazon, porque considerò que su hermano era el mayorazgo; y que si casaba, como yà lo tenia por hecho, con su competidora Lucinda, la qual tambien era rica, ella avia de quedarse muy pobre, y necessitada, expuesta à humillarse á la que siempre en todo queria tener por inferior. Traìa à la memoria el amor de Carlos, sus dulces palabras, su entretenida conversacion: mas considerando la pobreza con que todas

estas gracias, y donayres venian vestidas, no hallaba consuelo con que poder quitarse, y el mayor dolor que sentia era no tener à quien descubrirse. Crecia con la privacion el apetito, viendo que estaba à pique de perder la ocasion tan buena que con Fabio tenia, dezia entre sì: Si me caso con Carlos, le hago agravio tanto á él como à mi, porque su discrecion merece mas riquezas que las que yo tendrè casandose mi hermano, pues quedarme yo pobre, sujeta à mirar à Lucinda con riquezas muchas, no me parece que serà razon, porque Carlos es hombre que hallarà con quien casarse, y yo aora tengo la ocasion presente, y perdiendola, no la podrè hallar tan bien como èl, porque la hermosura se marchita, y la discrecion nunca se acaba; fuera de que me parece, que yo no hago agravio ninguno, porque Carlos me robò la aficion que à Fabio tenia, como à primer dueño de mi voluntad, pues será justo que premie al robador, y dexe sin defensa al robado, quando este me amò, y quiso primero con tantos, y mas estremos que aquel? No por cierto, no es razon, bastele por premio à Carlos lo que le he querido, y sea paga de Fabio quererle de aqui adelante, como al principio le quise, porque no todos los hombres que se eligen para entretenimiento de la juventud ociosa, son buenos para el discurso de la vida. Solo me consuela para esto que determino, que Lucinda, à quien parece que tambien Carlos se inclinaba por respeto de mi hermano, no le podrà querer, si aora se casa, porque mi natural no me consiente que quiera otra aun á lo que yo no quiero querer; y para estàr de una vez quitada de estos temores, mejor serà hazer que se ausente de aqui, aunque yo lo pague; fuera que mi Fabio, que yá le quiero dàr este nombre, lo tendrá á mucha dicha, y le dará mucho favor. Mas qué es lo que digo? Estoy en mi? Tengo entendimiento: Pues avia de dezirle á èl, que ausentàr à Carlos, para que presumiera, ó bien traicion, ò bien que aun le tenia alguna voluntad? No està esto bien. Pues que harè? Què? Matarle; con esto me quedarè sin rezelos, y sossegaré todos mis temores. Mas ay de mi! he de matar à quien quiero? Que esto no lo puedo negat; porque á no amarle, no le zelara; y á no tenerle amor, no me diera cuydado. Pero que importa? Mas vale morir de una vez, que no sentir muchas muertes: muriendo èl, morirà esta voluntad que le tengo; y esta muerte, con toda mi vi-

da

da podré servir, y querer à Fabio, gozando de sus riquezas, y afrentando con mi ostentacion à Lucinda. Esto se ha de hazer, y à esto me determino, aunque me noten de inconstante, y aunque me condenen por cruel.

Quien imaginàra, señora Doña Serafina, que un amor, que desde sus primeros passos fue tan fundado en querer, y voluntad, huviera caìdo en aborrecimiento semejante, y en odio tan mortal, no contentandose Elisa con dexar á Carlos, sino procurandole buscar la muerte? Condiciones son de mugeres, aunque diversas por diversos modos, pues vemos algunas que quieren bien, aunque las traten mal; y hallamos otras como esta, que pagan mal, porque las quieren bien. A pocos lances conociò Carlos la tibieza con que Elisa procedia, y el desabrimiento con que yà le trataba, mas nunca se le diò à entender, antes con mucho recato dissimulaba, no dandose jamás por entendido, aunque en secreto se quexaba, haziendo muestras de mucho sentimiento; y un dia que le viò Lope de este modo, le preguntò la causa, y él entre suspiros ardientes le dixo desta suerte: Sabràs, Lope, que he sido siempre en amores desgraciado; y quando yà entendia, que por mi mucha aficion avia grangeado à Elisa, con que passar mi vida con descansos, y consuelos, he visto muchos dias ha que me mira desabrida, y no me muestra en sus papeles el cariño, que acostumbraba. Todo lo qual procede de que ella quiere à Fabio, porque despues que ando yo triste, él està muy alegre, y yá la fama publica sus bodas, y anuncia mis exequias. Ocasion que yo aya dado, no ay ninguna, sino que ella avrà reconocido mi pobreza, yà que no me halla desigual en calidad, pero yo tengo la culpa, la tiene todo hombre que se aficiona de muger que tiene entregada el alma à otra voluntad, que si aquella noche que la vì riñendo (nunca mis ojos la vieran) considerára, que pues hazia aquellos estremos, no podia quedarle mas amor, que emplear en otro alvedrio, ni ella me huviera burlado, ni yo aora tuviera sentimiento. Solo me pesa, Lope, las diligencias que he hecho para que Lucinda muestre amor à Alexandro; porque te doy mi palabra, que aunque me has visto tan enamorado de Elisa, lo he estado con muchos mas estremos de Lucinda, y con que aora la tuviera yo libre, yo te prometo que diera albricias por la mudanza.

Mientras Carlos refiere sus adversidades, irémos àvèr lo que

Elisa anda trazando para quedar segura despues de su inconstancia. Aviendo prevenido los medios que podian ocurrir, quiso averiguar si Lucinda le tendria amor; y assi una tarde se fue à su casa, haziendole muchos cumplimientos mas de los que acostumbraba; y viendola tan conforme á lo que le dezia, la llamò á parte, y muy por estenso le diò cuenta de los amores de Carlos, como si Lucinda estuviera ignorante de ellos, y luego añadiò su nuevo proposito, y que por estàr entendida que le daria como hermana suya, que yà era, el consejo conveniente à su quietud, venia à informarse en lo que avia de hazer. Lucinda dissimulando muchos enojos por una parte, y muchas alegrias por otra, prometiò con muchas veras ayudarla en quanto se ofreciera, aunque fuera à costa de su vida. Satisfecha Elisa con estas palabras, le dixo: Lucinda amiga mia, yo bien quisiera, ya que me caso con Fabio, que Carlos viviera con gusto, y reposo, pero ha de ser imposible, porque es tanto lo que me quiere, que quando venga à saber esto, ha de hazer muchos estremos, de modo que nos perdamos todos; y assi, por evitar mayores males, aunque sabe Dios si lo siento, quisiera dár orden de matarle secretamente, si te pareciere à ti, porque sin tu favor, y voluntad no me determinarè à nada: miralo bien, que me parece que serà notable acierto, pues casadas las dos, tu con mi hermano, y yo con Fabio, libres de el contraste que Carlos nos ha de hazer viviendo, porque no solo Fabio està zeloso del, sino aun Alexandro de verle hablar contigo lo està mucho, vivirèmos contentas, y passarèmos con mucha felicidad. No quiso Lucinda contradezir con las palabras, antes concedió quanto le dixo, haziendo mil protestas en lo interior de el corazon, y prometiendose yá mil parabienes por lo que esperaba hazer, y dando al Cielo inmensas gracias por averle inspirado á Elisa que comunicàra con ella aquellos malvados intentos. Viendo la falsa amante tan en su favor la que esperaba en contra, le dixo, que como lo concertarian. Lucinda respondiò, que el remedio mas eficaz era, concertar à quatro hombres de los muchos que ay que viven de semejantes homicidos, y dandoles muy buena paga, embiarlos à la Alameda, á dezirles, que al que fuere á ellos con una carta de su nombre firmada, le quitassen la vida. Y estos concertados de esta suerte, podia encarecerle con muestras muy amorosas à Carlos una diligẽcia que se ofrecia ir à hazer en aquel lugar, con

que

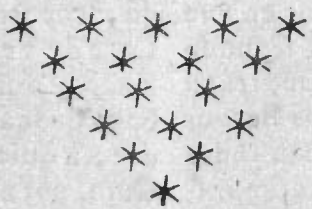
que se cumpliria à medida de el deseo sus intentos. Parecieronle á Elisa estas razones tan bien, que sin aguardar un instante, las comenzò á poner por obra, dando cien escudos à dos valentones para que aguardassen en un apartado que ella les nombró, al mal afortunado Carlos, que ignorante de lo que le estaban previniendo, se fue en casa de Lucinda, como acostumbraba, á la qual hallò muy gozosa, y que assi como entró le echò al cuello los brazos; y èl como entraba tan triste, apenas pudo reconocer lo inmenso de el favor, dando suspiros en lugar de agradecimientos. Lucinda le consoló mucho, diziendo, que no se desconsolasse, que Elisa le tenia mucho amor, y que le daba palabra, que si ella le faltasse olvidaria à Alexandro, y à quien por respeto suyo amaba, y le haria señor de todas sus potencias. Ay Lucinda mia, y qué dichoso seria yo, respodiò, Carlos, si alcanzasse tanto bien, y que de buena gana llevaria el que Elisa me aborreciesse, y despreciasse, por que no sè que tristezas me ocupan estos dias el coraçon, quando me acuerdo de ellas, las quales se deshazen en lagrimas que vierto, quando me acuerdo de ti; sin duda ay aqui encerrado algun misterio, porque trocarse el amor, yà que no es maravilla, parece, empero, portento, que engendre pesar su memoria, y cause aborrecimiento su recordacion.

No pudo proseguir Carlos con su razon, porque entrò Lope muy apresurado á llamarle de parte de Elisa; y aunque al principio estuvo muy omiso en acudir al mandato, finalmente se resolviò à ir, por vèr que Lucinda se lo rogaba mucho, diziendole, que pues le llamaban, no era tanto el olvido que de él tenia, como imaginaba. Despidieronse los dos con amorosas cortesias, y Lucinda viendo que yà la noche le prestaba el manto para poder secreta buscar lo que deseaba, disfrazandose quanto pudo, y acompañada con sola una criada, se partiò à la Alameda, donde yá de Elisa avia sabido que estaba hecha la celada. Carlos inocente de las malicias que contra él se armaban llegò, en casa de Elisa, à quien halló con sobresaltos, y tristezas fingidas, y sin darle assiento, ni aguardar á que le preguntasse la causa de averle llamado, le dixo: Carlos mio, aora es tiempo, que en tu valor conozca lo que me quieres, y en esta diligencia vea lo que me estimas. Has de saber que esta tarde mi hermano Alexandro ha tenido un encuentro con unos Cavalleros, y en se-

ſecreto han quedado deſafiados para eſta noche en el Alameda; y aunque huviera podido diſuadir à mi hermano de eſte intento no lo he querido hazer, aguardandote á ti, que como perſona diſcreta, y amigo ſuyo, podrás mejor eſtorvar ſus diſignios. El ſe acaba aora de ſalir de aqui para el lugar de el deſafio, partete por mi vida al inſtante con eſta carta que he alcanzado de Lucinda, y has que ſe buelva, porque me han dicho que él và ſolo, y ſon muchos los contrarios que le eſperan. Creyò Carlos eſtas razones de el modo que ſi fueran verdad; y aſſi tomando la carta, ſe ſaliò muy preſuroſo en compañia de Lope, y llegando al lugar que èl preſumiò que eſtarian, le ſaliò al encuentro Lucinda, à la qual apenas conoció, ſegun lo diſfrazado que iba, y quedandoſe maravillado de verla, le preguntó la cauſa, à que no ſin lagrimas le reſpondiò, que à librarle de una muerte alevoſa, que le tenia guardada ſu fingida Dama. Turbòſe Carlos, oyendo eſtas razones, y Lucinda, por dexar para otro tiempo mas deſocupado razones de tanto peſo, le dixo, que ſe entrára en la eſpeſura con ella, y veria lo que buſcaba. A pocos paſſos que dieron, hallaron á los dos valentones aſſeſſinos, acompañados de una quadrilla, y llegandoſe á ellos, les habló Lucinda de eſta ſuerte: Cavalleros, bien entendida eſtoy de lo que aqui aguardais; pero ſabed, que ſi guardais ſecreto, ſe os doblará la paga, y quedareis libres de una maldad ſemejante: eſte hombre que viene conmigo, es el que avia de morir á vueſtras manos, à no eſtár yo de por medio para defender ſu vida; la que os lo mandò es mi contraria, y por vengarſe de mi, trazò eſta traicion; cumplid con ella, y dezidle, que yá le aveis muerto, que os doy mi palabra, que ſereis de mi muy gratificados, y nunca deſcubiertos. No ſe atrevieron á hazer al contrario los aſſeſſinos, antes muy corteſes ſe deſpidieron, pidiendo la capa de Carlos para llevar ſeñas à Eliſa de como avian cumplido con ſu obligacion. Holgòſe Lucinda de ello, y en ſatisfacion de el buen termino de ſu proceder, ſacò en un bolſillo unos eſcudos, y joyas, y dandoſelas, los embiò muy agradecidos, y pagados. Eſtaba Carlos advirtiendo eſto, ſin hablar palabra, oprimida la lengua de el enojo, y ofuſcados los ſentidos con el ſentimiento. Fueronſe en caſa de Lucinda, donde apenas huvo entrado, quando para mas ſatisfacerſe de ſemejante traicion, abriò la carta que Eliſa le avia dado, y arrimandoſe à una buxia, leyò en ella ſolas eſ-

tas

tas palabras que dezia: A quien lleva esta, no se ha de dàr respuesta, sino es la muerte. Confirmò con estas letras ser verdad quanto avia visto, y dexando los sentimientos que el caso requeria, se entretuvo en darle mil gracias, postrado á los pies de quien le avia librado. Estuvose oculto seis, ù ocho dias, dentro de los quales se casò Elisa con Fabio, hundiendose la Ciudad con fiestas; y para hazerlas mayores, quiso Alexandro concluir sus amores con Lucinda, dandole la mano: pero ella le despidiò muy cortès, diziendole como tenia marido; y aunque se hizieron muchas diligencias, y pesquisas para saber quien, no les fue possible; porque para mayor confusion de la que tan mal avia pagado el mucho amor que la tuvieron, determinaron Carlos, y Lucinda casarse en secreto en una Aldea circunvezina, impetrando de el Ordinario el callar las moniciones, por obviar escandalos, è inconvenientes. Estuvieronse de esta suerte mas de cinco meses, hasta que viendo, por justo castigo de Dios, repudiada à Elisa de su esposo Fabio, salieron à publico las bodas de Carlos, y Lucinda, con grande admiracion de toda la Ciudad, porque todos pensaron ser otro el esposo de Lucinda, y pocos, ò ningunos ignoraban de que Carlos estuviesse muerto; y publica la inconstancia, que Elisa avia mostrado, pocos favorecieron su particular; y conocida la fidelidad que Lucinda avia tenido, todos se inclinaron á favorecerla. Con esto, señora Doña Serafina, quiero dexar descansar à vuessa merced de el trabaxo que avrà recibido, leyendo mi cansada prosa, aunque en aver visto una muger tan inconstante, y que tal mal pagò el amor que la tuvieron, se avrá divertido, de que podrè quedar con algun consuelo.



TO-

TODO ES TRAZAS.

NOVELA SEGUNDA,

à la señora Doña Serafina.

LAs cartas que de v. m. recibo, ò bien han de venir mãdando, ò bien han de venir riñendo, ò bien aconsejando, tanto, que las tengo por epistolas magistrales; no hago mucho, porque mandatos de un Serafin, son lauros honrosos para quien los obedece; riñas de un Angel, son glorias, y consejos de v. m. coronas, y palmas. Dixome, pues, vuessa merced en una suya, que por qué empleo el trabajo de mis estudios en escrivir Novelas, y cosas de tan poca importancia? á que respondo con el titulo desta, diziendo, que Todo es Trazas. Para cuya prueba traeré dos exemplares. El primero, que los años passados vino à la Corte un excelente Pintor, cuyas pinturas parecian tan naturales, y al vivo, que en voz comun le llamaban, el segundo Apeles. El poco caudal que traxo gastò en pintar algunos lienzos con que acreditarse. Iban todos à verlos, mas ninguno à compralos; unos por no poder mas, y otros por no averlos menester. Moriase el buen Pintor de hambre; y viendo que un Francès, que junto à èl vivia, ganaba mucho dinero, solo à pintar en paramẽtos la historia de Amadis, un San Jorge à cavallo, un San Alexo debaxo de la escalera, y una Santa Vrsola con sus onze mil Virgenes, se determinò tambien, dexando los altos, y encumbrados primores, ocuparse en estas obras humildes, à cuya fama no quedaron Labradores diez leguas en contorno, que no llevàran lienzos para entampizar sus pajizas alcobas. Con lo que ganaba, pues, en las pinturas humildes, tenia para ocuparse en las altas, y realzadas, no dexando aquellas por estas, ni estas por aver menester aquellas: Diòle muy enojado las gracias el Francés, y él solo respondiò: Amigo, todo es trazas. El segundo, cuenta el Español Virgilio, Lope dé Vega, siempre con razon loado, y nunca bastantemẽte acabado de loar, dize, que un Labrador, à quien no quiso absolver su Cura, por no saber el Credo, y como no supiesse leer, para aprenderle por sì solo, ni de empacho quisiesse llegarlo á preguntar, buscó

cò una traza estremada. Vivia, pues, un Maestro de Escuela dos casas mas arriba de la suya, sentabase á la puerta, mañana, y tarde, y al salir los niños de la escuela, dezia con un quarto en la mano: este tiene quien mejor dixere el Credo; dezia cada uno de por sì, y èl lo oìa tantas vezes, que grangeando en el Lugar fama de buen Christiano, aprendió lo que ignoraba. Assi, señora Doña Serafina, no se admire v.m. que cada uno busque trazas para vivir, modos, y arbitrios para poder passar; y porque se vean mas por extenso lo que valen oy las trazas, yo la suplico me atienda à esta Novela, que no andarè tan picante con v. m. como en la passada.

A desechar cuydados, y á divertir pensamientos por las arenosas playas, alegres, y amenas, de Sevilla, saliò de su casa Polidora, Dama por cierto, en quien naturaleza se esmerò quanto le fue possible, comunicandola gracias, y añadiendola perfecciones. Mirando estaba atenta las turquies ondas, que de un viento combatidas, tan encrespadas se ostentaban, que haziendo globlos de espuma, se remontaban sobervias, quando abrazado á una tabla se quexaba un Cavallero, haziendo promessas, lanzando suspiros, y aumentando con sus lagrimas los caducos montes, de ellos tan maltratado, que mil vezes pensò quedarse estrellado en las Estrellas, ò en los mas hondos Abismos sepultado, y sumergido. Enterneciòse tanto Polidora, que quisiera abalanzarse al Mar, à saber que con esto le podia socorrer, porque yà el corazon le estaba dictando ser persona à quien debia aficion, y voluntad: mas quando con piadosas ansias entre sì se consumia por no poderle ayudar, dando à Dios inumerables gracias, llegò à la orilla Lisardo, (que assi se llamaba) y sin acordarse de su naufragio, y proceloso infortunio, sin vèr lo maltratado que salia, los dolores que sacaba, y la desnudèz que traìa, quedò tan trãsportado en la beldad de Polidora, que turbado el corazon la sangre elada, la vista turbulenta, y la lengua sin habla, no pudo en una grã pieza moverse de aquel primer lugar, donde estampó los pies. Polidora entre confusa, y alegre hizo dentro de su pecho los discursos, que bastaron para salir de duda, y llegandose à èl muy amorosa, acompañando las palabras de compassion, y terneza, le pidió le declarasse quien era, de donde, y por què causa se avia expuesto à tan crecidos peligros. Yo os lo contaré, señora mia, dixo Lisardo, solo con que me concedais una proposicion, que imagino es verdadera, y

es,

es, que sois vos por quien aquesto passo, por quien ha tres años que lloro, por quien ha otros tantos que he estado cautivo, y por quien ofrecerè mi vida à todos los peligros, y trabajos. Fingiò Polidora del mejor modo que pudo la alegria del rostro, y bañandole con un dissimulo, dixo: Señor, no entiendo lo que dezis; yo soy de aqui de Sevilla, y si no es para serviros, no os conozco, aunque os prometo me aveis tanto agradado, que me serà imposible de aqui adelante dexar de acudir à lo que fuera servicio vuestro, porque aunque os veo tan pobre, y de riquezas tan ageno, yo juzgo en mi que no lo estais de merecimientos. Echar se quiso Lisardo à sus pies, oyendo taies razones, si ella con sus manos no le detuviera; y aviendose sentado en la menuda arena, dando Polidora silencio, comenzò Lisardo à dezir de aquesta suerte, si bien era prosa alli, lo que aqui verá v. m. en verso.

Mi nombre proprio es Lisardo
mi amada patria Venezia,
tan celebrada en el Mundo,
quanto rica, y opulenta.
Dieronme mis padres sangre,
en tanta nobleza embuelta,
que no tuvo que embidiar
las Dignidades sobervias.
Y apenas cumpli tres lustros,
y vi quinze Primaveras,
tan florecidas entonces,
como de alli à poco secas.
Quando una Dama puse
de tal suerte mis potencias,
que despues que la mirè,
quedè sin ninguna dellas.
Dezirte aqui si era hermosa,
contarte aqui si era bella,
no me atrevo, porque pienso
que eres tu su estampa mesma.
Y por mucho que pondere,
y exagere sus grandezas,
me he de quedar siempre corto,
y harè agravio á tu presencia.
Polidora se llamaba,
en quien puliò de manera
todas sus gracias el Cielo,
q̃ hasta el nõbre metiò en cuenta.
Mostròme tambien amor,
porque en generosas muestras
de discrecion nunca cupo
la ingrata correspondencia.
Assi passaron seis años,
sin que entre los dos huviera
mas que un alma duplicada,
y una voluntad sincera.
Mi gusto solo era el suyo,
tan ageno de tristeza,
que ni ella la daba à mi,
ni yo se la daba á ella.
Pedila à su viejo padre,
ojalà no la pidiera,
pues la perdì por pedirla,
y la dexè por tenerla.
Fue la causa, que mi padre
fue antiguamente Cabeza
de un vando, contrario al suyo,

por

por no sé que competencias.
Y viendo que era ocasion
para su venganza esta,
negandome à Polidora,
me despidiò con fiereza.
No me enojè luego al punto,
porque amor, y aficion buena,
jamás vàn con fundamento,
si no se arman de paciencia.
Echèle mil rogadores,
mas ay algunos que rueguen
de tal modo que parece
que quieren cumplir à medias.
Y assi, viendo el poco efecto,
que à endurecidas orejas
del ingrato padre hazian
mis ruegos, y mis promessas.
Busquè ocasion para hablar
à la que en mi alma mesma
considerava sintiendo
mucho mas que yo mis penas.
Hallela, pues, una noche,
y fue, que con unas cuerdas,
tracè por donde subir
de su aposento á las rexas.
Llamè, y al momento abriò?
porque siempre està dispierta
una alma amorosa, quando
aquello que quiere vela.
Mas dieron tal resplandor
de su cielo las lumbreras,
que juzgando medio dia,
la que media noche era.
Temi que pudiessen verme
algunos que se desvelan,
ó por causas semejantes,
ó por otras mas diversas.
Y assi, por quitar peligros,
y aùyentar vanas sospechas,
por hablar con mas espacio,
y por sentir mas apriessa.
Asiendo con las dos manos
la azerada, y fuerte rexa,
de sus quicios la saquè,
quedando en las cuerdas presa.
Temiò Polidora entonces,
porque la muger honesta
tiene hasta con su marido,
de hallarse sola, verguença.
Entré dentro, y sossegando
sus temores, le dí cuenta
de las malas esperanzas,
por no dezir malas nuevas.
Y quando entendi escuchar
el fallo de la sentencia,
si no para condenarme
para mas largas esperas.
Me dixo: Lisardo mio,
tu esposa serè, y lo fuera,
si como soy Polidora,
fuera de mil Reynos Reyna.
Solo te encargo que guardes
el secreto, hasta que quiera
darnos el Cielo ocasion
de lograr la aficion nuestra.
Todas las noches vendràs
á hablarme por esta rexa,
que el amor quando es perfecto
con palabras se alimenta.
Y en feé de que te la doy;
toma esta mano, y con ella
de mi cuerpo los sentidos,
y del alma las potencias.
Temblando toquè la nieve
de aquel globo de azuzenas,
en quien dividido en hilos,

el

el carmin se amassa, y mezcla.
Quando yendola à besar,
llama su hermano à la puerta,
si con golpes recios no,
con palabras si algo tiernas.
No desmayè, si al instante,
con la que pude presteza,
me escondi baxo la cama,
puesta la espada en la diestra.
Polidora, aunque turbada,
cobró brios, tomò fuerzas,
y le abrió; dissimulando
aver estado despierta.
Vnas joyas le pedia
para ir à jugar por señas
de aver salido picado,
que esto sa llama yà afrenta.
Ella cobrando el aliento,
á sacar fue una cadena
para despedirla; mas
el padre con diligencia,
Avisado yà del caso,
subia con mucha prisa
à buscarle, quando el triste,
por huir de la presencia
Del viejo padre irracundo,
por aquella parte mesma
en que yo estaba escondido,
entró á buscar su miseria,
Porque tropezando en mi,
bolviò à retirarse afuera,
diziendo traicion, traicion;
y antes que le socorrieran
Los que á buscarle llegaban,
ni le valiera defensa,
de la primera estocada
le derribé muerto en tierra.
Desmayòse Polidora,
de lo qual tomé mas pena,
que de la muerte, que yà
entonces la vì muy cerca.
Mas cobrando nuevos brios,
viendo como el padre llega
con sus pages, y criados,
dando vozes à la puerta.
Antes que entràran, cerré,
arrimando con presteza
arcas, cofres, y bufetes,
y otras alhajas diversas.
Bolvì à Polidora entonces,
y hallandola tan traspuesta,
que era impossible atreverme
à sacarla por la rexa.
Besando su blanca mano,
y tomandole una pieza
de una de las cinco Climas,
dexando otra mia en prendas.
Me sali por la ventana,
y descolguè por las cuerdas,
de lo que estaban ayunos
muy bien los de la pendencia.
No sé lo que mas passò,
porque en aquella hora mesma,
con dineros, y un criado
salì huyendo de Venecia.
Entramos en un Navio,
hasta encontrar las Galeras,
mas yà que las encontramos
eran enemigas nuestras.
Quedamos en fin cautivos,
porque la fortuna adversa,
quando persigue à algun hombre,
no se cansa á pocas bueltas.
Tres años, señora, he estado
amarrado à una cadena,
sufriendo desdichas mil,

y pa-

y padeciendo inclemencias.
Hasta q̃ hallando, avrà un mes,
ocasion para huir muy buena,
con un Ginovès Cosario,
no me pareció perderla.
Logréla bien por entonces,
mas despues (quien lo supiera?)
tan à peligro me he visto,
como dizen estas señas.
De trecientos, y mas hombres,
no se han escapado treinta,
y estos asidos à tablas,
y à poder de pura fuerza.
Mas quanto yo he padecido
de infortunios, y tristezas,
lo doy por bien empleado,
por aver visto siquiera
En esta playa tal Ninfa,
en este arenal tal perla,
en este suelo tal Angel,
y tal gloria en esta Tierra.

Apenas acabò Lisardo de contar la relacion de su vida, quando Polidora, no pudiendo dissimular mas su contento, comenzò à llorar perlas de contento, y placer, que por mucho que encubrirlas quiso, no pudo ser de modo, que dexasse Lisardo de verlas; y aunque rezeloso yà del bien que esperaba, la suplicò con mucho encarecimiento, que le dixesse la causa de su sentimiento, y supuesto que avia correspondido con tanta cortesia á su mandato, le hiziesse merced, y favor de declararle quien era, y què estado tenia, por si acaso podia entrar en su casa à ser su mínimo criado, que lo estimaria mas que ser señor de un Imperio. No son estas lagirmas, Lisardo mio, de dolor, ni sentimiento, (dixo Polidora, echandole al cuello los brazos) sino de mucha alegria, que me ha causado tu vista, de mucho placer que me ha dado tu presencia; y de mucho gusto que me han sido tus palabras. Yo soy tu Polidora, tan desgraciada en quererte, como constante en amarte. Yo soy la que me he dolido de tus trabajos, mucho mas que de los mios. Yo soy la que no te he desechado de mi memoria un solo momento en estos tres años de ausencia, de mi tan llorados, como de ti sentidos. Yo soy la causa, y el efecto de todas tus desgracias, ahogos, desconsuelos, y pesares; causa, por averlos yo causado; y efectos, por ser mios tus proprios sentimientos. Yo soy en fin, Lisardo, la que perderé la vida, y otras mil que tuviera antes que de ti me olvide, antes que dexe de amarte, y quererte, y antes que me aparte de tu presencia. Y porque sé gustarás de oìr lo que me ha passado en este tiẽpo, quiero con razones sucintas darte cuenta: Sabrás, pues, dueño mio, que despues que te partiste de mi proprio aposento, donde me dexaste desmayada, y à mi her-

no muerto, entró mi padre con la demàs gente, aviendo hecho pedazos las puertas; à cuyos tremendos, y desaforados golpes, tornè yo de mi desmayo para vèr lastimas, y quexas, y para oìr ignominias, y afrentas; porque viendo à mi hermano tendido en el suelo, frio, y rebolcado en su sangre, la rexa quitada, la afrenta manifiesta, el dolor presente, y yo qual causa delante, comenzò á hazer tales ademanes, y à dezir tales palabras, que el no quitarme le vida, no quedò por èl entonces, sino por su Mayordomo, que movido à compassion, me quitò de su presencia, llevandome à otro aposento dõde me tuvo encerrada mas de veinte dias, al cabo de los quales fue mi padre à verme algun tanto sossegado, si bien yo cobré tanto temor de verle, que fue mucho no desmayarme, y despues de averme declarado sus melãcolias, y dado parte de sus tristezas, me dixo algo sossegado, y un poco enternecido; si me debia alguna cosa á mi honor? A lo que le respondi con el alma, y corazon, no; con los labios solos, si que no me eres deudor, ni aun de averme tocado una mano, ni dicho una palabra fuera de los limites que pide la honestidad, y recato, porque al tiempo que tu entraste desquiciando las rexas, y rompiendo las ventanas, entrò mi hermano, que fue causa, aunque quedò muerto, de que tu no pudieras executar tus deseos atrevidos. Con esto quedò mi padre consolado, y pidiendome perdon del injusto enojo que avia tenido, me dixo estaba dispuesto à ir en tu seguimiento, porque tenia certeza que passabas á España, y no avia de tener sossiego hasta cumplir su venganza; à que no quise contradezir, no por quererte mal, sino por venir con él à buscarte, por gozar de tu vista, y librarte de sus manos para ofrecerte las mias; y assi, disponiendo de toda la hazienda en breves dias, aunque largos para mi por no verte, llegamos à Sevilla, donde fuimos recibidos de lo mas principal de ella; y hospedados en casa de un tio mio, causa que fue tambien de hazer este viage, el qual ha dos años que muriò, dexandonos por universales herederos. Mas con todos estos bienes, con todas estas grandezas, y con los muchos regalos desta Ciudad sumptuosa, no hemos tenido jamàs gusto cumplido, ni contento perfecto; mi padre por no aver podido hallarte para executar su venganza, y yo por no averte visto para ofrecerte mi alma de nuevo, y entregarte las llaves de mi corazon. Ya, pues, que se me ha cumplido mi alegria, aunque

á mi

á mi padre no se le cumplirá su gusto, quiero, Lisardo, que con tu buen ingenio dès traza, y modo por donde pueda yo gozar de tu vista, sin que mi padre te conozca, hasta que andando el tiempo se depongan los enojos, y se logren nuestras voluntades, yà que las tenemos tan unidas, y conformes.

Considere v. m. señora Doña Serafina, pues ha experimentado lo que es un perfecto amor, el jubilo, y placer que estos dos tiernos amantes recibirian, viendose tan de repente, tràs tantos años de ausencia, porque juzgando v.m. segun su corazon, no tendrè que ponderar: basta dezir, que Lisardo atonito, y confuso estaba consigo mismo batallando si era verdad, ò sueño, y aviendo en todo este rato tenido de las manos à Polidora, se dexò caer à sus pies, sin que fueran bastantes sus desvios; y despues de aver gastado un gran rato en regalos, y dulzuras, en requiebros, y ternezas, le dixo Lisardo, que el modo mas eficàz que podia aver en tal caso, era que èl sabia muy bien bordar, assi en lienzos, como en sedas, y que sentaria casa alli en Sevilla con lo que ella le acudiera, y disfrazandose lo possible, pues remedaba muy bien à la habla Francesa, podia entrar, y salir en su casa, sin ser de nadie conocido; y para tener achaque de entrar à menudo, podia de à pocos dias pedir à su padre que la enseñasse à bordar algunas flores, cenefas, y figuras que ella ignoraba, con que bordarian de requiebros su voluntad sencilla, disfrazando las palabras, ò por mejor dezir, cifrandolas de manera que fueran correspondientes á la bordadura material de las sedas, y brocados, y la bordadura formal de los retretes de la alma.

Admitiendo estaba Polidora esta traza con mil gustos, quando por la amena playa vieron que su coche se iba acercando, en el qual avia dexado sus criadas, confusas tanto de su melancolia, como admiradas yà de su tardanza; y assi dandose un estrecho, y amoroso abrazo, se despidieron, y apartaron, Polidora llorando, Lisardo sintiendo, y en fin los dos suspirando, dexandole ella los diamantes, que llevaba; que eran de precio infinito, y valor ineftimable, y en fin le dexò señas de su casa, y la parte por donde podia à media noche ir para tratar mas largamente lo que se avia de disponer.

Ausente que fue Polidora, quedò el amante Lisardo lleno de tanto contento, que muchas vezes juzgaba ser sueño lo que avia con sus ojos visto, de el mo-

do que quando uno sueña, y està recien despierto atribuye á verdad aquello que ha soñado, hasta que se acaban de deshazer las nieblas del entendimiento, y quede en su perfecto acuerdo; y viendo que yà la enemiga de la luz, con presurosos passos venia cubriendo la tierra de sombras, el Cielo de pavellones, y el ayre de obscuridades, se fue poco à poco ázia la Ciudad, donde á un rico Mercader contó su naufragio, y desgracia, diziendo ser Cavallero principal, y rico, y que de la tormenta no avia quedado en su poder, sino eran aquellas sortijas, cuyas piedras eran de mucho valor, que se sirviesse de darle sobre ellas algun dinero para poner casa, donde con la industria de sus manos pudiesse adquirir, yá que no para sustentarse conforme su calidad, por lo menos para portarse segun el miserable estado á que su fortuna le avia traido. Compassivo el Mercader, hizo que aquella noche se quedasse con él, donde despues de cena, aviendo experimentado su afable conversacion, su bien cortado lenguage, y politicas palabras, le prometiò casa en que pudiesse vivir, y todo el caudal, y dineros que huviesse menester, á cuyas muestras generosas fue forzoso à Lisardo corresponder, con dezirle parte de sus secretos, no por modo que el Mercader pudiesse en tiempo ninguno colegir que era Polidora la q̃ buscaba, y queria, ni su padre, de quien con trabajo tal andaba huyendo, sino por mayor, debaxo de todo secreto le diò cuenta de como por una Dama, que aguardaba alli, le convenia vivir disfrazado, exercitando un oficio de bordador que sabia, hasta que su suerte le diesse lo que deseaba: de todo lo qual el Mercader prometiò guardar secreto, y Lisardo dandole las gracias, se las dió à Dios infinitas por los colmos de mercedes que aquel dia le avia hecho; lo uno, enseñandole su amada prenda, cosas tan queridas dél, y lo otro, moviendo las entrañas piadosas de aquel Mercader, para que tan sin zozobras le hiziesse tantos favores, y tan sin informacion le entregasse sus riquezas.

Quatro dias con sus noches dexò passar Lisardo, sin acudir al puesto que Polidora le señaló, la qual estaba casi desesperada por no saber la causa, ni poder tener modo para saberla; yà culpaba á Lisardo, llamandole inconstante, poco fiel, y descortés, pues quando no debiera lo que debia à su amor, bastaba averle llamado, porque esta es la maxima en una muger hermosa, que piensa que de derecho están todos los hombres

bres subordinados à su voluntad, y mando, yà le disculpaba, lamẽtandose de vér la pobreza que traia, los trabajos que avia passado, y las calamidades que esperaba sufrir, y padecer: de dia no podia reposar, por aguardar á la noche; de noche no dormia, por esperar à Lisardo, y el mayor dolor en estas aficiones era, no poder dár à entender su sentimiento; iba à llorar, y reparando al punto, tornaba las lagrimas àzia el corazon, que como dixo un docto, este es el mas fuerte llorar, y el mas lastimoso sentir. No hizo Lisardo esta tardanza por poco querer, sino por no poder mas; cuya causa fue, que el Mercader le avia rogado, que no le dexasse de acompañar quatro, ò cinco noches, porque le importaba mucho; y como no ay cosa mas mala que la ingratitud en los pechos generosos, assi quiso el prudente Lisardo antes de la que tanto amaba, y queria ser culpado, que á quien le avia hecho tales beneficios corresponder ingrato.

Lo que mas Polidora sentia, y lo que le daba buenas esperanzas, era, averle visto tan desnudo, y maltratado, por lo qual le esperaba con dos vestidos ricos, que comprado avia con secreto, y algunas joyas, y dineros para que pudiesse irse acomodado del modo que tratado avian. La quarta noche, pues, que esperaba en unos miradores correspondientes á una calle obscura, y poco habitable, sucediò, que el criado de Lisardo, llamado Mendo (el qual con otros dos, en un pedazo de Navio llegaron à la playa) despues de averse reparado de el cansancio, en casa de unos pescadores, que movidos de sus arengas, lo sustentaron aquellos dias, y le dieron una capa con que pudiesse entrar en la Ciudad, se saliò entre las diez, y las onze engañado de otro, el qual por hurtarle la capa, le dixo, que à aquella hora se irian los dos en casa de un amigo suyo, donde serian regalados, y servidos, y apenas huvieron entrado en la calle, que Polidora velaba, quando le dixo: Cavallero, essa capa he menester, à que respõdiò Mendo, que era poco amigo de reñir à solas: señor mio, v. m. la lleve en hora buena, y le haga tan buen provecho como à mi me podia hazer, pues no tengo otra: fuesse el compañero con la capa, quedando Mendo afligido, no por ella, sino por verse solo, y à tal hora, y en lugar no conocido: comenzò à suspirar, y à lamentarse, de cuyos suspiros apenas los ecos llegaron à Polidora, que escuchaba atenta, quando entendiendo ser Lisardo comenzò à cecear, con que

cobrò Mendo algun brio, y despertò en su memoria sus trazas, y ardides, porque luego imaginò, que aquella era Dama, que esperaba à su galan; y assi, llegandose àzia donde oyò el ceceo, dissimulando, y encubriendo la voz quanto le fue possible, dixo, que què le mandaba; eres, tu, mi bien? Replicò Polidora; si señora mia, respondiò Mendo: pues como no has venido en todas estas noches? (bolvió à dezir Polidora) à que Mendo, como haziendo yá burla, bolviò á responder, porque nos hemos estado enjuzgando yo, y mi vestido. Cuyas palabras fueron el engaño manifiesto de Polidora, porque confirmando por ellas ser Lisardo, sin querer mas detenerse, le arrojò los dos vestidos, diziendo: Toma, y vistete mañana de gala, y passa por esta calle, porque yo te vea, pues conoces que no ay gusto para mi como tu vista, ni recreo mayor que tu presencia.

Tomò Mendo los vestidos, y considerando lo que le podia suceder por la burla, en aviendolos tomado, le dixo á Polidora, que el no era quien su merced pensaba, sino un pobre navegante, que avia escapado de una terrible tormenta; y assi, que si gustaba de hazerle caridad dellos, lo estimaria en mucho; y que sino, mirasse por donde queria se los bolviesse á dàr. Quedòse Polidora confusa, oyendo estas razones, y despues de reprimida la ira, reportado el enojo, y sossegado el pecho, solo acertó à dezir: Luego no eres tu Lisardo? de cuya pregunta Mendo, teniendo yà rezelos, sino de que aquella fuesse Polidora, por lo menos de que era alguna Dama que se avia enamorado de Lisardo su señor, cobrando brio, le bolviò à responder, si señora; yo soy quien dezìs; y passando la calle, se fue à un Convento, por no llegar á mesones, donde contando su desgracia, le dieron acogida aquella noche, y Polidora se quedó tan absorta de el sucesso, que pensò perder la vida de tristeza.

Los ultimos besos estaba el radiante enamorado dando à su querida Aurora, comenzando yá à trepar por los collados orientales, quando sin aver podido Mendo dormir de contento, se levantó con gran prisa à ponerse de galan, por si acaso encontraba à su señor, ponerse grave, y hazerse desconocido; y reparando en que los calzones pesaban mucho para ser de seda, metiò la mano, y hallò en cada bolsillo cien Mexicanos de à ocho, con que holgandose de nuevo, saliò por las calles de Sevilla vendiendo gravedad, y echàndo de sì grandeza,

deza, todo à fin de encontrar con Lisardo, cosa que se le cumpliò muy presto: Y assi que le viò comenzò con mucho dissimulo á passearse delante dèl, y aunque Lisardo reparò mucho en el talle, y en las facciones de Mendo, con todo le hazia grande fuerza el verle tan bien vestido, y adornado; unas vezes se determinaba á llegarle á hablar, otras reparaba en la afrenta, que si no era èl podia adquirir à todos los quales antes de razon, estaba el dissimulado Mendo, considerando entre sì, hasta que no pudiendo yà dissimular el contento, ni encubrir el alegria, se llegò à él, y despues de averle saludado con muy corteses palabras, le dixo: si era estrangero, y que buscaba, ò qué pretendia, porque en averle visto, consideraba que tenia algunos cuydados, que èl era muy poderoso para remediarlos. Agradeciòle Lisardo estos comedimientos, y como siempre el discreto busca trazas para alcanzar lo que sin ellas no es possible, usò aqui como tal, de una muy buena, combidandole à comer, con que asseguraba el partido por entrambas partes, si era Mendo, en no darse por entendido, antes parece que dissimulaba; y si no lo era, en no hazerle con el combite agravio. Rehusòse Mendo quanto pudo, mas no tanto, que no se dexasse vencer de los ruegos de su señor, que era lo proprio que èl deseaba.

Llegaron à la casa de Lisardo, que yà el Mercader le avia dado muy bien aderezada, y compuesta, y apenas pusieron los pies dentro, quando Lisardo à vozes comenzò à dezir: Mendo, pon presto essa mesa, que traygo á este señor combidado, por los ofrecimientos generosos que me ha hecho; mirandole á la cara, viò que se mudò de color, con que acabando de satisfacerse en que era Mendo, le dixo: Ay Mendo amigo, y que bien dissimulas, pues hasta à mi, que te he criado conmigo, me has puesto en dificultad de conocerte! y si tan bien finges en lo que yo pretendo hazer, espero feliz sucesso, y fin dichoso en mis amorosas pretensiones. No quiso Mendo, oyendo estas palabras, hazer mas dissimulos, sino echandose á los pies de Lisardo, que con sus brazos le detuvo, comenzò á llorar de placer, porque yà le juzgaba por muerto.

Contaronse el uno al otro sus sucessos, y viendo Lisardo la congoxa, con que su regalada Polidora estaria, determinó visitarla aquella noche, por atajar el cuydado, y quitarla las sospechas. Lo qual efectuò, y cumplió á medida de el deseo; no solo entonces,

ces, sino otras noches muchas, hasta que aviendo sacado muestras muy ricas de bordaduras superiores, y excelentes, de que todos los de Sevilla estaban muy pagados, se fue un dia con algunas de ellas en casa del padre de Polidora, y enseñandoselas, dixo, que avia sido informado de su calidad, y nobleza, y de lo muy aficionado que era à paños curiosos, y que assi llevaba aquellos, para si á su merced le contentaban: lo qual oyendo Polidora, como bien informada de lo que era, pidiò á su padre le dexasse entrar donde ella estaba, porque queria vèr aquellos paños, y si eran labores diferentes de las que ella hazia. El padre sin escrupulo ninguno de la causa principal, y bien ignorante de que fuesse aquel Lisardo, hizo que entrasse con èl donde Polidora estaba, aguardando, no vèr las pinturas, y labores, sino al Artifice que las hazia. Gastaron la mayor parte del dia mirandolas, y rebolviendolas con los sentidos externos, porque bien ocupados, y embebecidos estaban los interiores. Polidora preguntaba las trazas, y modos de algunas hojas, y ramos: Lisardo le respondia con muchos mas rodeos que eran necessarios, todo à fin de que no faltasse materia de que hablar, ni se acabasse presto el termino de dezir, hasta que polidora con perfectos dissimulos de su buen ingenio, haziendo un desvio melindroso, no para desechar à Lisardo, sino para atraherle mas à sì, concluyó, diziendo: señor, yo tomaré de buena gana algunas destas muestras, y mi padre, que està presente, sè que las pagarà mucho mas de lo que valen, con condicion, que os obligueis à venir siquiera de dos à dos dias à darme algunas liciones del modo que he de ir sacando, que como he aprendido lo demás que desto sé en breve tiempo, yo confio en Dios, que no seré tarda, ni enfadosa en aprender lo que pueda. No se arrojò Lisardo luego al proviso à dezir que si, antes titubeando, por atajar sospechas, le respondiò, que él quisiera servirla con el alma, y con la vida en todo lo que mandaba; mas que no le estaba bien, en razon de que si las demàs señoras calificadas lo alcançaban à saber, era fuerza, que de el mismo modo avian de querer enseñarse, y que hasta dos años no ganaria él para poderse sustentar. Correspondiò Polidora este fingido desviò, con otro enfado dissimulando, diziendo: pues señor, yo no he menester muestras, ni paños, en no siendo para poderlos imitar, porque tengo embidia de tener conmigo labores que no sè hazer. Sin-

Sintiò el padre de Polidora el verla desconsolada, y dixole á Lisardo, que no reparasse en aquellas niñerias, que èl le daba palabra de que no se sabria de otra ninguna persona, y le satisfaria por muy extenso todas sus ocupaciones, ayudandole de su casa con lo q̃ huviesse menester. Diòle Lisardo las gracias, y aceptò el partido con semblante no gustoso, sino como si fuera el concierto, que no le atravesasse mas los umbrales, y todo era menester para entrar seguro en tal batalla. Y el hombre que no considera bien los fines de aquello que pretende, y no pone para alcanzar los medios bastantes, se quedarà atollando en los principios: y el que el dia de oy no usa de trazas, y cautela, no dexarà de tropezar en los primeros escalones de lo que pretende: por cuya causa este consejo le toman muchos Letrados apretadamente, desvelandose mas en buscar cautelas, para atropellar las leyes, q̃ en inquirir, y saber las leyes, para deshazer cautelas: y assi vemos, que aunque sea el pleyto mas injusto que se pueda imaginar, no faltan jamás Letrados que le defiendan.

No podrà negarme v. m. que si Lisardo no usàra de estas trazas, alcanzàra jamás tan dichosas ocasiones; pues no dexe v. m. de estar atenta, que aun los verà mayores, mas dificultosas, y diziendo verdad, casi imposibles. Hecho el concierto que v. m. ha oìdo, acudia Lisardo à tercer dia, porque propiamente entre los dos avia tercianas de ausencia; si bien de calidad contraria, pues era en estas gustoso, y deleytable el dia que venia, como en las naturales es aborrecible, y espantoso. Todo era hablar por cifras, porque raras vezes dexaba Polidora de estár acompañada, ò bien de dos dueñas que la servian, ò bien del padre que en estas ocasiones la zelaba. Muchas vezes preguntaba Polidora lo proprio que yà sabia, y no pocas Lisardo la declaraba lo que él aũ no conocia. No podian mediar otros requiebros que apretarle el piè, ò como al descuydo tocarla blanca mano. No valian palabras mas claras que dezir: Ay Dios mìo, quando se acabará esta tarea! Ay de mi, y què trabajo cuesta el querer, y amar estas cosas! señalando á Lisardo, el qual la correspondia, diziendo: Señora, mas me pesa à mi, que yá quisiera aver concluìdo con esta obra, y dãndole de mano, porque mi gusto, mi gloria, y mi consuelo, es, que vuessa merced salga con lo que tanto quiere; y si en un dia pudiera yo, aunque perdiera la vida, enseñarle todo quã-

to

to sé, y conozco, puede creer que no dilatàra, mas es forzoso esperar que vaya componiendo el tiempo el natural, y deshaziendo los estorvos de el entendimiento, porque estas son materias muy sutiles, y para alcanzarlas ha de costar no pequeños trabajos. Los que oìan estas razones, juzgaban que trataban de el bordar, y ellos solamente hablaban de sus amores tan oprimidos de largos trabajos, como impossibilitados de cortas esperanzas.

El premio que de esta traza sacò Lisardo, fue, desempeñarse con el comedido Mercader, porque con lo que el padre de Polidora le daba, y con lo mucho que ella le acudia, pagò sus deudas, satisfaciendo tambien las mercedes recibidas de averse fiado solamente de su buen proceder; esto fue presentandole al Mercader algunas joyas muy ricas, de las que Polidora con recato cada dia le ofrecia. No echaba menos Mendo el regalo de Venecia, antes con menos cuydado era el Mayordomo de todas las riquezas, comiendo bien, durmiendo mejor, y holgando todos los dias, todo muy contrario à lo que el bnen Lisardo passaba, pues de noche no dormia, de dia trabajaba, y con un cuydado, y otro era muy poco lo que comia.

Assi passaron seis meses aguardando ocasion, y oportunidad de que el viejo depusiesse el enojo, para entonces descubrirse, y pedirla en casamiento, lo qual trataban con cartas fingidas de Venecia de los parientes de Lisardo; mas era tan diverso su pensamiento, que aun antes de darle parte à Polidora, se la prometiò à un Cavallero de los mas calificados de Sevilla, que con muchos afectos, y muestras amorosas las avian demandado, y pedido. Lo qual sabido por ella, hizo tantos sentimientos, que se vistió de luto, se encerrò en un aposento, y no admitiò visita de persona en muchos dias, salvo de Lisardo, que informado bien del caso, que una vez lleno de angustias, y melancolias à vér si era verdad lo que otras vezes le avian dicho las criadas, las quales, como aora lo dixessen que estaba alli el Bordador, mandò que le dexassen entrar, porque queria que le bordasse un tumulo, como preambulo del que presto esperaba verdadero. Entrò Lisardo fingiendo en el semblante la alegria que faltaba en su lastimado corazon; y fue tanto lo que sintiò viendo à Polidora tan desconsolada, y afligida, que en una gran pieza no pudo desatar la lengua de entre los impulsos rigurosos de el dolor que la oprimia.

mian. Trataron algunas cosas de su materia, siempre en palabras cifradas; y como el amor es niño, que en teniendo algun dolor no puede dissimular las lagrimas, assi Lisardo, no pudiendolas encubrir le fue forzoso despedirse antes de dar lugar à genero de sospecha.

Viendo el padre de Polidora la tristeza de su hija, y que por ruegos, ni promessas no queria corresponder á su voluntad, determinó con amenazas sujetarla à hazer su gusto; y entrando adonde estaba, despues de razones rigurosas, y palabras muy severas, la puso un puñal à los pechos, diziendo, que avia de ser su verdugo, derramando los preciosos rubies de sus venas, si no confirmaba la palabra, que en su nombre avia ofrecido. A cuya determinacion cruel no se atreviò Polidora à resistir, no tanto por guardar su vida, quanto porque no perdiesse Lisardo la suya, considerando, que no teniendo consentimiento en este matrimonio, no estaria ligada con su yugo, y facilmente podrian buscar modos, por donde ausentandose, pudiessen salvar la vida, y casandose con Lisardo, cumplir lo que tanto deseaban; y assi le respondiò à su padre, que gustaba mucho de casarse con aquel Cavallero, y que si avia resistido, no era por falta de voluntad de hazer la suya, sino por sentirse algo indispuesta, y achacosa. Holgòse con esto el viejo, y no tuvo un momento de reposo, hasta que con el dicho Cavallero la viò desposada; esto es exteriormente, y quanto al juizio humano, porque en lo interior muchos dias, y años avia que lo estaba con Lisardo, que aunque se hallò presente à estos desposorios, yà estaba de Polidora por un papel informado de como no consentia, encargandole con muchas veras diesse traza para que el Cavallero no habitasse con ella, hasta que concertassen lo que avian de hazer; á que respondiò Lisardo, se hiziesse enferma aquella primera noche, con que estaria escusada, y luego el siguiente dia hiziessen llamar dos Medicos que él tenia apercibidos, y aun bien pagados, los quales dixeron, que aquella Dama en aquellos dos meses la importaba tener cama aparte, porque de otro modo arriesgaria su vida. Conformòse Polidora tanto con esta doctrina, que aun no le daba lugar al buen Cavallero que la viera, el qual mostrò estàr contento por amor de su salud: que no era poco, viendola tan hermosa, abstenerse de lo que podia alcanzar, mostrando en esto mas prudencia que el desati-

fatinado padre, pues tenia mas obligacion à no forzarla á casar, que no estotro despues de casado à dexarla de gozar. Pero no se quedò alabando de su potencia, y poderio, pues antes de veinte dias muriò de una calentura ardiente, confessando à vozes en las angustias postreras, que lo que mas le dolia, y mordia su conciencia, era, aver forzado à casar à su hija Polidora. Exemplo, señora Doña Serafina, que pueden tomar oy muchos padres, que sin consideracion de lo que estos casos piden, casan por fuerza à la hija que quiere ser Religiosa; y apremian á que lo sea, à la què solo gusta de casarse, de donde nacen muchos males, y se orginan irremediables daños, viviendo las hijas sin bien, y los padres acabando en mal.

No por el agravio recibido dexò Polidora de sentir con mucho estremo la muerte de su padre, antes hizo mayores demostraciones, por añadir achaques á su enfermedad fingida. Y despues de celebradas las funerales exequias, con la grandeza, y aparato que un Cavallero tã principal, y rico como su padre pedia; embiò embuelta entre otras cosas, una carta á Lisardo, encargandole diesse orden de verse con ella para trazar entre los dos los remedios necessarios à su quietud, y reposo. Tenia Lisardo á este tiempo, viendose yà libre de su enemigo, prevenidas en su imaginacion las industrias mas sutiles, que de su ingenio pudo colegir para poder á su salvo casarse con Polidora, sin que huviesse estorvo de el Cavallero (que yá se llamaba marido suyo) ni lo entendiesse persona humana; y assi, un dia, como por la correspondencia passada acudia muchas vezes, haliò lugar oportuno de entrarse hasta su aposento, sin ser de ninguno visto; y muy bien prevenido de armas, por si algo sucedia, se estuvo hasta ser de noche metido baxo la cama, y quando Polidora juzgò que todos dormian, llamòle con la voz muy baxa, à cuyo regalado, y dulce eco saliò Lisardo con los brazos abiertos, y haziendolos cadena estrecha de su cuello hermoso, le comenzò á dezir: Ay Polidora, y quando llegarà aquel tiempo, que merezca estos brazos, libres de cuydados, y agenos de cautelosos rezelos? Quando serà aquel dia en que pueda, sin escrupulo de todos los que me oyeren, dezirte mia, llamarte mi dueño, nombrarte mi alegria, y dezirte esposa? Quando sin estorvos de atro marido gozarè el regalado nectar de tus dulces labios, el cielo de tu frente, y de tus manos las castas azucenas? A cuyas enterne-

ternecidas preguntas la hermosa Polidora no daba otra respuesta mas, de que quando fuera su gusto, y voluntad, pues conocia que estaba subordinada á èl en quanto la mandasse, y determinada, y dispuesta à todo quanto viniesse.

Escucha, pues, prenda mia, replicò Lisardo, y sabràs por entero el fin de mi pretension, que aunque lleno de trabajos, y en sombras mortiferas embuelto, es el mas seguro que he podido aver, y el mas oculto, y secreto que se puede imaginar. Es, pues, que estos quatro, ò cinco dias te has de fingir mas achacosa que hasta aqui has estado, y al cabo de ellos entre las onze, y doze de la noche tomaràs estos polvos que aqui traygo, y luego al punto comienza à dar vozes, diziendo, confession, confession, y en obra de un quarto de hora que estaràs en tu sentido, haz grandes demonstraciones de difunta, ordenando el testamento, de modo, que vaya esta hazienda à los parientes que en Venecia tienes; y para que no se conozca jamàs rastro ninguno de esta traza, y de este ardid, manda que te entierren con una caxa en tierra firme, y no en bobeda, y que sea en la Iglesia de Santa Maria, porque he acomodado alli à Mendo por ayudante de Sacristan, para poder la siguiente noche de como te enterraren entrar en la Iglesia, y sacarte de la sepultura. Estos polvos te han de dexar como muerta por espacio de veinte y quatro horas, tiempo suficiente para nuestro despacho; porque como digo, despues que estès enterrada, irèmos yo, y Mendo: y sacandote de la sepultura, la qual bolverèmos à cubrir de el mismo modo, y podemos libres, y seguros irnos à Venecia, donde casados gozarèmos con descanso nuestra juventud; ni el Cavallerro, ni otra ninguna persona aviendo visto enterrarse, podrà tener genero alguno de sospechar.

Aviendo Polidora oìdo la receta de su purga, para alcanzar la salud que deseaba, que era verse yá libre con el que tanto queria, le dixo, derramando reliquias del corazon, en liquidos aljofares destiladas: Ay Lisardo, dueño, y señor mio, y como temo que al passo que con tantas veras, y ardides me buscas, has de venir à perderme, que es lo que siento, y lloro, aun mas que el perderte yo à ti, con ser lo que en este mundo mas estimo, porque una vez yo muerta, cessa mi sentimiento, y tu quedaràs de nuevo padeciendo, con mas dolor llorando, y sin esperanzas de placer sintiendo. Traeme estas

ima-

imaginacion, repreſentame eſtos pronoſticos, y anunciame eſtos temores una hiſtoria laſtimoſa, y triſte, que ha dias que oì contar de otros dos amantes firmes en quererſe, conſtantes en amarſe, y iguales en la muerte, que por deſcuydo de un criado, aunque no ſeria ſino enojo de la fortuna, dieron con lugubres fines mueſtras laſtimoſas de ſus alegres principios. No digo por eſto, no, que tendràs pereza en diligencias tan grandes, deſcuydo en cuydados tan precioſos, ni remiſſion en negocios tan importantes, mas ſucede muchas vezes aquello que no queremos, y viene ſin penſar lo que nunca imaginamos. Pero por ſer traza tuya, no ſolo haré lo que me mandas, no ſolo concederè con lo que pidès, y no ſolo executaré lo que me ordenas, ſino que eſtos dias he de moſtrar mas amor (aunque nunca le he tenido ninguno) á eſte Cavallero, que pienſa es mi marido, no ſabiendo que lo eres tu, para que en ningun caſo, ni en ningun tiempo no ſe origine, ni nazca raſtro alguno de ſoſpecha, y ſi algun conſuelo de dichoſas eſperanzas anima mi corazon, es à ſaber, que el ſabidor de todas las coſas, ſabe que buſcamos la quietud de nueſtras almas, pues no aviendo conſentido en el paſſado caſamiento, por ſer dueño tu yá de mi alvedrio, antes pecaré eſtandome con èl, que no con eſtos ardides, buſcando ſu apartamiento, porque de otro modo, ſin eſcandalos muy grandes, ſin pleytos muy reñidos, y ſin diſenſiones muchas, no pudieramos gozar yo de mi libertad para ſervirte, ni tu de tu repoſo para quererme, y amarme.

Bolviò Liſardo oyendo eſtas razones à abrazar à Polidora, y dexando entre los dos bien advertido todo quanto avian tratado, ſeñalando el dia, y hora, porque no huvieſſe en la prevencion algun eſtorvo, ſe deſpidieron con mil ternezas antes que vinieſſe el dia, baxando la miſma Polidora à abrirle la puerta con un profundo ſilencio, por no ſer ſentida de los pages, y criadas, que muchas vezes deſpiertan à ſer teſtigos de lo que no es menester, y duermen á porfia quando pudieran cauſar algun provecho. Y porque me ha ocurrido á eſte propoſito un cuento, ſe le quiero referir à la Señora Doña Serafina, entre tanto que congetura en lo que ha de parar eſta Novela. Es, pues, que en cierto Pueblo de la Mancha avia un Labrador que tenia un perro que á qualquier hora de la noche que el amo entraba en el corral eſtaba ladrando, y le arremetia, y con mas

mas de quatro vezes le mordiò; y una noche que entraron unos ladrones, y robaron lo que pudieron, se estuvo el perro durmiendo como piedra, sin ladrar, hasta que el amo por la mañana con un leño le hizo dar los ultimos ladridos. Y si los señores con sus mozos, y criadas hizieran otro tanto, aunque no de modo que los matàran, pudiera ser que dormieran quando entran los de casa, y velaran quando quieren entrar los agenos.

No quiso Polidora dexar llegar la noche señalada para hazer el testamento, considerando los intervalos que podian suceder, sino dos dias antes muy melancolica, y triste, llamó al Cavallero, que solo tenia el titulo de marido, y contandole sus achaques, y como sentia en sì que cada dia le daban mas pesadumbre, dixo estaba de parecer de ordenar su testamento, por muerte, ò por vida, à lo que el Cavallero no quiso contradezir, viendo que era cosa justa, antes afligido, y lastimado hizo venir dos Doctores los mejores de la Ciudad para que la visitassen, y viessen la enfermedad que tenia, los quales oyendo à Polidora exagerar tanto el mal que interiormente sentia, y que venia originado de los menstruos que avia padecido, se conformaron en dezir que era enfermedad interna, y putrefacion de higado, embuelta con grandissimo accidente de melancolia; y assi, que tenia mucho peligro, aunque no avia calentura; y era menester no descuydarse con ella; y como es natural entristecerse una persona quando le dizen que està à pique de morir, aqui por el contrario, Polidora recibiò mucho placer; lo uno, por mirar lo bien que correspondian á su intento; lo otro, por ver la facilidad con que se engaña un Medico.

Con este buen parecer ordenò su testamento, dexando grande cantidad de Missas, muchedumbre de acompañamientos, y aparato para las exequias sumptuoso, no olvidando el advertir con mucha instancia que le diessen sepultura en la Iglesia de Santa Maria, y que se pidiesse junto al mismo Altar Mayor, porque demás de tener alli su devocion puesta, era aquella su voluntad, y gusto. Dexòle al Cavallero, porque era algo pobre, aunque mas lo fue en nunca poder gozarla, las casas en que vivia, que eran de valor de mas de quinze mil ducados, con todos sus vestidos, galas, y aderezos, que eran tambien quantiosos, con que diò, muestras que el divorcio, y separacion que con èl avia tenido, no avia sido por odio, si bien procedia

dia de mucho querer à otro. De la demàs hazienda, que era en muy gran cantidad, dexò al mismo por legitimo administrador, hasta que una hermana que en Venecia tenia, (á quien mandaba que al momento que ella muriesse se avisasse) remitiesse orden para su disposicion.

Mire v.m. que mas hiziera esta señora, si hiziera este testamento para despues de sus dias, ò estuviera cierta que avia de morir? Mas podemos responder, que si le sucediera lo que al otro que se fingiò muerto, y quando qui o levantarse no pudo, se hallàra por lo menos con alguna disposicion buena para el alma, yà que se quedàra tan indispuesto el cuerpo. Llegò, pues, en fin, la hora tan deseada de Lisardo, quanto de todo el genero humano aborrecida, porque hora de morir yo juzgo no ay ninguno que aun de burlas la quiera vèr; y al tiempo que à la tenebrosa noche faltaba media hora para igualar las balanzas, tomò los polvos Polidora, y dando al instante vozes, despertò toda la casa, acudieron todos, unos à medio vestir, otros del todo desnudos, y el Cavallero vestido por no averse aun del cuydado desnudado. No huvieron menester preguntar la causa de los quexidos, viendo en Polidora los ademanes que hazia, las muestras que daba de dolor, y las señales que mostraba de difunta. Pidiòles un Crucifixo, al qual con ternezas, y suspiros dixo llorando sus culpas; y quando llegò el Confessor, que con mucha priessa avian ido à llamar, yà avia dado su alma à un letargo muy profundo; si bien es verdad, que con entrañables veras en manos de Dios la avia puesto, y ofrecido.

Quedòse la no difunta como si propriamente lo estuviera, aunque no se le borraron, ni le amortiguaron de el todo las dos rosas del jazminico carmin. Comenzaron á este tiempo á retumbar los huecos de los aposentos con la fuerza de los llantos, y á embarazarse el ayre con las quexas, y suspiros, los quales sentimientos, aunque eran grandes de todos, no llegaron con muchos quilates à los de el Cavallero, que á puro besar sus manos cristalinas, pensaba infundirles la vida, y aliento que en sì oculto tenian. Fue en amaneciendo Lisardo allà, como persona que tenia la cabida, que hemos dicho, y dando el pesame con muestras de sentimiento, se ofreciò à hazer lo que menester fuesse, aunque se combidó à ir à encomendar la caxa sin que se lo mandassen, por causa de advertir al Carpintero que la hiziesse algo espaciosa, de madera nueva,

va, y grueſſa quanto pudiera ſer; lo qual advirtiò, temiendo no la undieſſe el peſo de la tierra, que avia de cargar encima. Eſto aſſi bien negociado, no le coſtò pocos ſudores el perſuadir con algunos, que no atormentaſſen á Polidora, como querian hazer, por vèr ſi aquel era ſueño, en lo qual no hizieron poco los dos Doctores, que á trueque de cobrar fama (por aver ellos anunciado eſto dos dias antes) dixeron que no era neceſſario el hazer pruebas ningunas, porque eſtaba tan muerta como ſus padres.

Hizieronſe las exequias con el aparato mayor, y mas ſumptuoſo que ſe viò jamàs en la Ciudad, de la qual, apenas quedò perſona que no la vieſſe, y de las principales pocas que no la acompañaſſen, obra por muchos titulos debida à ella, y digna del Cavallero por ſu calidad, y nobleza. Enterrada Polidora en vida, ſe recogieron todos los de ſu caſa á llorar, y á ſentir ſu muerte; y quando el mayor Planeta, deſpues de aver deſcendido de la radiante carroza, entrò à recrearſe en los regalados brazos de ſu hermoſa Delia, entró el ſolicito Liſardo ſolo con Mendo en la Igleſia à eſperar que fueſſe hora de poder, ſin ſer ſentidos, abrir la ſepultura, depoſito de el teſoro mas rico que conoció Venecia. Mas como para deſcubrir un teſoro, y mas como eſte, es fuerça padecer trabajos, y buſcar muchos ardides, quiſo la fortuna que fuera de los padecidos, y ademàs de los yà buſcados, fintieſſe, y buſcaſſe otros, ſintiendo trabajos mas eſtrechos, y buſcando ardides mas ſutiles, y apretados. Fué, pues, que el Cavallero movido à devocion, y à dar indicios de amor, y buena correſpondencia quiſo, por ſer el dia ſiguiente de la Virgen, ir aquella noche à velar à ſu Igleſia con los pages, y criados que tenia, teniendo todos en las manos hachas encendidas. Aſſi como lo pensò lo puſo por obra: fueron todos allá, llevando licencia de el Cura de la Parroquia, con que Mendo, como Sacriſtan, no ſe atrevió à contradezir, ni hablar palabra, aunque no fue poco que le quedaſſe aliento para dezir à Liſardo lo que paſſaba, el qual oyendo el ruìdo, ſe avia eſcondido en la Sacriſtia.

Vueſſa merced podrà conſiderar, porque no me detenga en eſto, de el modo que quedaria el pacientiſſimo Liſardo, viendo intervalo tan irremediable, y conſiderando à Polidora enterrada de aquel modo, y por deſpierta yà de alli à tres horas. Rebolviò, pues, al momento en ſu imaginacion una induſtria, que

otra que ella imagino no fuera baſtante à producir dichoſos efectos, ſin ſoſpechas de paſſion. Dexando, pues, advertido à Mendo, que no ſalieſſe de alli haſta que el bolvieſſe, ſe ſaliò de la Igleſia ſin ſer viſto de ninguno de los que eſtaban velando, y con paſſos preſuroſos llegò à la caſa de Polidora, y ſaltando las paredes de el jardin, abriò de el modo que pudo un pequeño poſtigo, y entrando dentro, como el que bien ſabia las entradas, y ſalidas, ſubió à unos pajares concernientes à la miſma caſa; y pegandoles fuego por la parte que conſiderò que no podia recibir daño la caſa principal, ni las circunvezinas, bolviò á ſaltar diligente por donde avia entrado, y apenas cruzó dos calles, quando yá el fuego embravecido, en brazos de ſu miſma furia ſuſtentado, parece queria, rompiendo los ayres, llegar à ſu region ardiente. Y viſto de Liſardo, y oyendo el alboroto, y vozeria que ſe iba yà deſpertando calzò alas en los pies para llegar à la Igleſia, de la qual, anunciados yá de el fracaſo, viò ſalir despavoridos, y confuſos al Cavallero, y à ſus pages, y mientras ellos diligentes acudieron à remediar el daño, con mucha mas diligencia Liſardo, y Mendo, atrancadas bien las puertas, ſacaron de la enlutada caxa à Polidora difunta, propriamente al vivo, por no aver gozado aun el abſintio de la muerte; y ſin mas detencion, tomandola Liſardo en los brazos (deſpues de aver cubierto de el miſmo modo que eſtaba la ſepultura) caminò con ella á ſu caſa con bien crecidos temores, por ſi le encontraba alguno; que en trazas amoroſas, por prevenidas que ſean, jamàs ſe dexan de atropellar algunos impoſſibles.

El fuego ſe remediò brevemente, aunque coſtò harto trabajo, deſpues de lo qual el devoto Cavallero bolviò á la Igleſia á cumplir ſu devocion comenzada. Polidora al miſmo punto que la noche antes avia tomado los polvos, bolviò en ſu acuerdo, deſpertando en Liſardo todos los raudales de placer, en que penſò ſer anegado: aqui fueron los contentos, aqui las alegrias, y aqui los guſtos cumplidos. Todo era dezir regalos, todo era tratar amores, y todo contentos, viendo el dichoſo fin que la traza avia tenido, aunque admirada Polidora de lo que avia paſſado. Vn mes ſe eſtuvo encubierte con el ſecreto, y cuydado que el caſo requeria, en el qual tiempo Liſardo, aviendo con ſu induſtria fingido poderes de Venecia, en que le daban facultad para

ra

ra disponer de toda la hazienda, la dispuso con gran orden, y concierto; y cargando un Navio con muchas, y diversas riquezas, y aviendose despedido del Cavallero, que yà quedaba en assomos de casarse, y tambien del Mercader, que en sus ocasiones, y trabajos le fue siempre propicio, salió de Sevilla con su amada Polidora, y con su criado Mendo una mañana, antes que las tinieblas fuessen heridas de crepusculos lucientes, por ser esta hora mas secreta para no ser vistos de ningunos, si bien con todo Polidora iba con tan diverso disfraz que era imposible ser conocida, aunque qualquiera la viesse. Llegaron con prospero viento à su Patria, donde siendo de los mas principales con muestras de placer bien recibidos, se gozaron muchos años con gran quietud, y reposo, recuperando con contentos los padecidos trabajos.

Esta ha sido, señora Doña Serafina, la traza desta Novela, con que se puede dár por respondida á su demanda, ò por satisfecha à su objeccion, porque las trazas son muy utiles, y necessarias, ò ya para huir de la muerte, ò yà para passar la vida, y assi, entenderà v. m. de passo una duda que se ofrece en el derecho en un titulo que se llama de dolo malo, el qual claramente indica, que ay dolo bueno, donde comunmente todos resuelven, que son buenos los dolos, ardides, y trazas que usan los Soldados para vencer á sus enemigos. Por lo qual, señora Doña Serafina, colijo, que si el derecho dà à entender que ay trazas buenas, no es justo que v. merced juzgue las mias por malas.



BVSCAR SV PROPRIA DESDICHA.

NOVELA TERCERA.

A la Señora Doña Serafina.

QVE un hombre buſque regalos, q̃ apetezca Dignidades, y q̃ procure deleytes, no ay que maravillar, porque el dictamen de la naturaleza inclina ſiempre à eſtas coſas; de tal modo, que ninguno puede eximirſe de eſtos anhelos, ni librarſe deſtas apetecibles codicias, porque para reſiſtir, y repugnar al natural ſituado, y fortalecido en los pertrechos fuertes de la voluntad libre, es meneſter auxilios ſobrenaturales, y fuerzas caſi Divinas; pero que un hombre buſque deſdichas, y adverſidades, y quiera adquirir lo proprio que conoce lleva raſtros de ſu ruina; ò ſombra de ſu deſgracia, puedo dezir con razon, que eſte tal, ò es temerario, y ſoberbio, ò enfermo de ſu juizio, porque el temerario, ſiempre apetece impoſsibles, y el enfermo ſiempre deſea lo contrario à ſu ſalud. Yà oygo á v. m. ſeñora Doña Serafina, que me dize, ſi por ventura la quiero eſcrivir algun Sermon de Quareſma, ſegun el preambulo propueſto? A que reſpondo, que ſi v. m. lo quiere mirar en ſentido analogico, ſerá Sermon; y ſi ſolo en el hiſtorico, ſerà Novela; porque tambien ſe pudiera conſiderar no es maravilla que un alma alguna vez tropieze en la luxuria, reſvale en la codicia, y cayga acaſo en la gula: mas que de propoſito ſe ponga à procurar rencores, y à buſcar deleytes; y ſabiendo, que eſtá alli ſu perdicion, quiera hazer aſsiento en ellos, es ſobervia, y temeraria, ò eſtà perdida, y enferma. Y eſto ſe llevarà v. m. de paſſo por ſer Adviento; y ſi eſtuviere deſocupada podrà con eſte tenor bolver á lo Divino lo demàs del diſcurſo. Mi intento en eſta parte ha ſido correſponder á lo que v. m. me pidiò dias paſſados, diziendo la refirieſſe la pendencia, y deſafio del Valcarcel de Minateda, por averla oìdo contar por mayor, averla dado mucho guſto, y quererla ſaber por muy eſtenſo,

pa-

para quedar satisfecha. Y como à cosa que v. m. pidiere està yà de per se, ò mejor dirè, de per me, el no averla de negar, quise acudir á su mandato, escriviendo esta Novela, ò Historia, à la qual he dado por titulo: Buscar su propria desdicha, donde conocerà v. m. quien fue el Varcarcel valeroso, conociendo juntamente al desdichado por su gusto.

Por fracasos que se ofrecen, por desdichas que se engendran, y por desgracias que nacen, se detetò de los regalados pechos de su amada patria un Cavallero tan principal, y rico como valiente, y discreto. Llamabase Don Felix que aunque fue poco dichoso, mereciò bien este nombre por sus heroycas hazañas, porque la fortuna no todas vezes acomoda el nombre segun los fines de el sugeto, sino tambien segun los medios, y principios, porque en estos están los merecimientos patentes, y seguros, y en los otros obscurissimos, è inciertos. Embarcòse en Barcelona con Don Francisco de Mendoza, Capitan General de las Reales Galeras de España, que por mandado de su Magestad el Rey Felipe Segundo iba al socorro de Oràn, y Mazalquivir, cuyas Fuerzas estaban tan oprimidas, y desmanteladas, que si tardáran dos dias, las hallaran yá en poder de el Rey de Argel, el qual apenas tuvo nuevas del socorro, quando con mucha diligencia recogiendo su Campo, comenzò á huir la buelta de Mostagan, triste, y pesaroso de vèr tan mal cumplido sus intentos. Mas como huviesse Don Francisco de Mendoza desembarcado la gente que llevava, y de Mazalquivir huviessen salido los Soldados que quedaban, aviendose los unos, y los otros hecho salva con algunas disparadas piezas, comenzaron à seguir al Rey de Argel, dando muerte á muchos Moros, tomandoles municiones, y cautivando à otros, hasta que Don Francisco mandò, que dexandoles, se recogiessen à Mazalquivir, por ser el Sol tan ardiente, y ir Cavalleros de mucho valor, y esfuerzo, tan ganosos de pelear, que gustarian de anteponer los cortes de el morir à los raudales de la vida. De estos fue el uno Don Felix, el qual considerando que yendose el enemigo, no quedaba ocasion para dàr à los que no le conocian muestras de su fortaleza, se adelantò mas que todos en el alcance, y seguimiento, donde le fue yà forzoso lo que antes voluntad, porque como una quadrilla de Alarbes le viessen solo, à causa que sus compañeros se avian recogido á las vanderas, encendidos en colera, y enojo, bolvieron à èl, y cercan-

dole por todas partes, comenzaron á quererle herir: mas el valeroso joven, sin genero de temor, y con un valor invicto, se defendió de tal suerte, que dexando muertos tres, y teniendo à quatro que quedaban mal heridos, quiso, para dar testimonio de esta hazaña, cautivar à algunos de ellos porque de el mismo modo que el amor apetece imposibles, el corazon animoso emprehende temeridades, pues pudiendo muy bien D. Felix escapar libre de esta refriga, si se retirára, se dexó de todo punto llevar de su inclinacion belicosa, cuya detencion fue causa que un Baxà muy calificado, y poderoso, que iba guardando al Rey las espaldas, bolviesse con mucha gente á recoger los Moros, que temerosos por varias veredas iban huidos, y arrastrados; y viendo la pelea tan encendida, y sangrienta, acudió muy diligente á socorrer à los suyos; y viendo el estrago que Don Felix avia hecho, considerando la determinacion con que aun estaba, hizo se retirassen todos, porque él solo queria poner fin à tan reñido combate, cosa que le agradeciò D. Felix infinito, como aquel que conssideraba la destreza de su brazo. Hizieronse un poco afuera; y despues con valeroso denuedo, procurò cada uno ser homicida de su contrario dandose tantos, y tan sobervios golpes, que temblando la tierra, eran los vientos heridos de las centellas muchas que de las armas saltabã. Mas como la fortuna es como mala madrastra, que se canssa presto de hazer bien, desamparò á Don Felix en la mejor ocasion, dandole lugar que se le desarmasse la espada, con que el Moro, cobrando el aliento que yà llevaba perdido, se prometiò la victoria que jamàs sus ojos vieran, sino tuviera consigo tantos que le socorriessen, porque al tiempo que le fue á herir à su salvo, le hurtò D. Feiix el cuerpo con una notable ligereza, y haziendo que diesse el golpe en vacìo arremetiò à èl con tan ferozes impulsos, que diò con su cuerpo en tierra, y yendole á herir con un puñal que llevaba, llegaron los demàs Moros, y no solo le impidieron, sino que maniatando á Don Felix, le llevaron cautivo, con intencion de matarle con mas crecidos tormentos: à que el Baxá no quiso dàr lugar, aficionado à su valor, antes mostrandole mucho amor, se le llevò consigo.

No me negarà v. m Señora D. Serafina, que este Cavallero buscó esta desgracia, porque en materia de esfuerzo jamás pudo persuadirse que otro le hazia ventajas, canssa que fue de hazer hechos muy insignes, y de llegar à los umbra-

les

les de la muerte. Llegaron à Argél, donde el Rey, con la tristeza que llevaba, no quiso ser recibido; comenzó el Baxà, aviendo experimentado la discrecion de D. Felix, como el valor de su brazo, à darle cuenta de una passion amorosa, por aver puesto sus ojos en una Dama de la Reyna llamada Zayda tan hermosa à la vista, como esquiva á sus amores; tan agradable à qualquiera, como à sus ruegos cruel, y en tan libre voluntad, como cautivadora de la suya. Estimó en mucho Don Felix los favores que el Baxà le hazia en descubrirle su pecho, y en manifestarle su voluntad, porque à quien està cautivo, no son pequeños regalos que se conlloren los dueños de sus tristezas, y le piden arbitrios para buscar sus remedios, y assi se le ofreció de hazer quanto le mandasse, no como cautivo, y forzado, que aquello no se agradece, sino con voluntad tan libre, como si sacàra en logro sus proprios intereses. A cuyas sumissiones de buen servicio, correspondió el Baxà con darle sus brazos. Prometiendole muchas riquezas, y joyas, con la libertad, que es la de mas estima, si daba traza, y ardid para que Zayda le quisiesse. Otorgò Don Felix el concierto; y para principios de satisfacion, le dixo que le presentasse à la Dama en muestras de su querer, alabandole sus prendas, y intimando el no aver otro ninguno, aventurandose à traer despojos de aquella empressa, y que si èl no la traxera, no se atreviera jamàs à ponerse en su presencia, ni á dar enojo à su vista; y que si ella le admitia, ò de mala, ò buena gana, èl tomaba á su cargo reducirla á su querer, y atraerla à su voluntad. No se tardò el Moro en poner en execucion este consejo, y arbitrio, antes vistiendo à Don Felix ricamente, y haziendole subir en el mejor cavallo que tenia, mandò á su Mayordomo le llevasse à Zayda, y la refiriesse lo que el mismo D. Felix le avia aconsejado. Holgòse tanto la Mora en ver su talle galán, gentil brio, y disposicion bizarra, que à aver de ser el querido, no era menester mas favor que su presencia; mas viendo en la rica estima de el presente, la grande aficion del que le presentaba, recibiò à Don Felix con gusto, y alegria, y embiò al Baxà grandes agradecimientos.

A pocos dias de entrado Don Felix en el dominio, y potestad de Zayda, que le trataba, no como à esclavo, sino como à Mayordomo suyo, trayendole bien vestido, dandole manjares regalados, y fiandole su hazienda, comenzò por muchas cifras, y por similes diversos á proponerle el

amor grande què el Baxà la tenia, la aficion inmensa con que la amaba, y el gusto, y voluntad con que procuraba servirla. A todos estos terminos Zayda, por no tener ocasion de hablar claramente, se hazia desentendida; porque es regla general, que no padece excepcion, querer las mugeres entender todas las cosas, sino es quando son contrarias à su voluntad, que en llegando à este punto, por muy claro que les hablen, responden que no lo entienden. Bien conssideraba Don Felix avia de ser dificil de alcanzar lo que juzgò antes facil, cuya causa era, que à Zayda festejaba un primo del Rey tan hombre por su espada, que solo se dolia yà Don Felix no poder medir con èl la suya; mas viendo la palabra que avia puesto, y las importunaciones quotidianas con que el Baxá le persuadia, determinó declararse mas, como poniendo estrellueles, ò claras adiciones à las cifras que avia hecho. Pero viendo que todavia no hazian operaciones los fatigados modos de su ingenio, ni las sutiles trazas de su industria, rasgando los obscuros velos, y corriendo las cortinas à lo intrinseco de sus palabras; y á la medula de sus pensamientos, llamò un dia à Zayda aparte, y con razones breves de retoricos conceptos, y elegancia, le declarò, y explicò la voluntad, y aficion que el Baxá la tenia, y las penas, y dolores que por su amor passaba, aviendole Zayda oìdo, apagando algunos assomos de enojo, que despertados en los retretes del alma, se iban con la colera encendiendo, dixo de aquesta suerte: No ignora,, Felix, lo proprio que me intimas, ni dudo lo mismo que me significas, que si hasta aora me he dado por no entendida à tus preñadas razones, y por ignorante de tus obscuras palabras, era procurar callando, hazer que en esta materia no me hablasses por ser cosa muy sabida, que ninguno llega á hablar al que no le oye con gusto, ni nadie llega á pedir al que se le ha de hazer sordo. Mas supuesto que yà te has declarado, me toca el desengañarte, porque no me canses mas con estas importunaciones, ni tu con estos cuydados te fatigues; yo conozco que el Baxà es rico, y dotado de todas perfecciones; yo confiesso que es galan, discreto, esforzado, valiente, y animoso; yo concedo que le debo mucho amor, inmensa voluntad, lagrimas, ternezas, y suspiros. Mas si mi alma, quando està considerando, y conociendo esto mismo le està aborreciendo, de que modo podrè amarle, que no me aborrezca

á

á mi? Ni como podrè quererle, que no me cuesta la vida? Fuera, que el perfecto amor es solamente, connexion, nudo de dos voluntades, una con otra tan unidas, que ninguna de ellas ama jamàs otro objeto, sin padecer asfomos de inconstancia, ni procura desunirse, sin sufrir rasgos de poca firmesa; pues si yo tengo à Ochali, primo que es del mismo Rey, entregadas las llaves de mi alvedrio, y èl à mi las de su voluntad, como tendrè juntamente al Baxà amor, sin ser notada? Ni como dexarè al que quiero, sin ser fementida? Razones son estas dos tan apretadas, y urgentes que no hizieta yo como quien soy en quebrantarla, ni tu haràs como quien eres en contradezirlas, sino es que acaso, llevado de promessas, quieres con porfias probar mi constancia, y con pesados ruegos tentar mi paciencia; que solo servirà de irritar mi enojo, para que privandote de la libertad que aora tienes, te ponga en la servidumbre que no piensas. Si quieres tenerme continuo propicia, y favorable, olvida agenos cuydados, y si gustas estár siempre en gracia mia, procura evadirte de semejantes ruegos; porque si importunas, no has de sacar de mi para el Baxà, sino son rigorosos, y desdenes, sacando para ti pesares, y disgustos; y si te apartas de este intento, mostrarè al Baxà la aficion lisa que hasta aqui he mostrado, dandote à ti la misma estimacion en que siempre te he tenido.

Dichas estas razones, se entrò Zayda zaharena en su retrete, quedandose D. Felix por una parte confuso, y por otra algo afrentado, que en pechos nobles, aunque estèn cautivos, tambien cabe el sentimiento de hazer de ellos poco aprecio. Pero considerando que en facilitar esta causa, y en acudir con ruegos, y porfias no podia perder mas, supuesto estaba privado de la libertad, y iba dispuesto no solo á tener ganancia de ella, sino á salir con lo q̃ al Baxá avia prometido, determinó de persuadir à la Mora siempre que huviesse ocasion, que à quien le busca le falta muy poca vezess: y considerando que gracias del ingenio suelen atraer à las mugeres mas que las externas, escriviò algunas cartas amorosas llenas de ricos conceptos; y haziendo el Baxá que las sacasse de su letra, se las presentaba à Zayda, dandose por desentendido de saber cuyas eran, aunque la Mora todo lo entendia, y con no responder daba muestras del gusto que le daban; y con rasgarlas al punto, daba à entender lo que sentia. Viendo D. Felix el poco fruto que sacaba de

tan-

tantos desvelos, y que su natural belicoso no sufria andar con tales estremos, tomó un dia la pluma, y de letras mayusculas escriviò un Epigrama, que fixò una noche enfrente de su Palacio, para que al salir por la mañana la pudiesse vèr, y el tenor de la letra era este:

Zayda, tu no eres tigre, muger eres,
y en ley de ser muger, has de humanarte,
dando gusto à quien gustos quiere darte,
y placer à quien quiere dar placeres.
Solo te pido, y ruego consideres,
que vine á ser tu esclavo por rogarte;
porque si no es con trazas, ò con arte,
no engañará yá un diablo à las mugeres.
De hazerte ruegos, Zayda, estoy cansado,
de mirar tus rigores ofendido,
y de aver esperanza muy incierto.
Pues tambien, Zayda, estoy determinado,
y en no haziendo por bien lo que te pido,
por mal te he de vencer, ò quedar muerto.

Hasta por la pluma quiso Don Felix buscar su mal, como otras vezes por la espada (que todo hombre valiente juzga quando està escriviendo, y mas si es enojado, que quiere salir à reñir, y assi lo poco que escrive vá lleno de tajos, y reveses) los quales, yà que Zayda no pudo resistir, supo por lo menos vengarse, pues al punto que los viò, conociendo en su dictamen ser el dictador Don Felix, mandò que se desnudasse de los vestidos ricos, y fuesse á cultivar el jardin con una cadena al pié, que le echó ella misma, viendo que ninguno de sus criados se atrevia, conociendo todos la condicion de Don Felix, el qual sin hablar palabra, estuvo inmovil à todas estas afrentas, reprimiendo en su pecho rayos de colera, y ira; que no reprimiera, ni apagàra, si fuera un exercito de hombres, el que le llegàra á ofender. Mas viendo que era muger, y de tanta hermosura, llevaba estos agravios con semblante de placeres, que no ay hombre que no se rinda, y avassalle à una muger, ni ay muger que tenga yá temor á un hombre; y assi, el mejor apodo que à la muger se le ha dado, ha sido, llamarla hechizo, pues

de

de tal manera encanta los entendimientos de los hombres, que al mas discreto deslumbra, y al mas valiente, y valeroso, avasalla.

Obedeciò Don Felix el mandato de Zayda, entrando en una huerta amena, y deleytosa; no para recrearse, como otras vezes, sino à romper con los azerados dientes de una hazada los terrones duros de la tierra, la qual iba regando con lagrimas de sus ojos, y en tanta abundancia, que yà la vista impedida no le daba lugar á vér donde ponia los pies, ni donde daba los golpes; porque en llegando un pecho noble á verse ocupado en semejantes oficios, por mucho esfuerzo que tenga se deshaze en lagrimas, y por mucho sufrimiento, se atormenta con dolorosos, y muy grandes suspiros. Solo un consuelo le quedaba en tantas desdichas, y era vér que él solo las avia procurado, la vez primera, por ser tan atrevido, y aora por querer ser con tantos estremos porfiado. Hallò Cupido lugar de estas ternezas de despertarle passiones amorosas, causas que avian sido primarias, y originales de el cautiverio en que se veìa, y de el dolor que passaba, que si bien no estaba olvidado de ellas, por lo menos el mucho animo que en su corazon tenia, y el verle ocupado en nobles exercicios, no le daba lugar à sentimientos. Vna tarde, pues, que mas que otras le agravò el amor con preteritas memorias con los presentes cuydados, y con desdichas futuras, soltando el tosco instrumento, y tomando en las manos el remate de la cadena, que de sus pies pendia, puesto en parte donde Zayda le podia oìr dixo con mucha terneza estas palabras:

Regalada prenda mia,
gloria, y honra de Placencia,
si tu me vieras ansi,
que de lastimas hizieras!
Hizieras tus ojos fuentes,
que brotàran tantas perlas,
que para mi libertad
bastàra la menor dellas.
Dellas bebì algunas vezes,
y como tan dulces eran,
una gota solamente
no dexé que se perdiera.
Perdiera yo cien mil vidas
por tenerte en mi presencia;
aunque estando tu delante,
como podia perderla.
Perderlas por causa tuya,
algun tanto me consuela,
si ay muertes con alegria,
y tormentos con paciencia.
Paciencia avré de tener
en medio de tantas penas;
por ser muger quien me affige,
y muger quien me atormenta.
Atormentame una Mora,

el

que aunq̃ no es qual otras negra,
es tan blanca que me haze,
el blanco de sus saetas.
Saetas tira de enojo,
porque la ruego que quiera,
como si acaso el querer
fuera en este tiempo afrenta.
Afretame desta suerte,
tratame desta manera,
exponiendome al trabajo,
y atandome con cadena.
Cadena Doña Maria,
si tu en mis pies vieras puesta,
no dudo que de mi cuello
cadena tus brazos fueran.
Fueran para mi eslabones,
tan dulces, que por bien diera,
à trueco de gozar dellos,
sufrir destos la inclemencia.
Inclemencia tiene, Zayda,
pues yà que no me consuelas,
gustas de darme trabajos,
y de publicarme penas.
Penas siento, y no son tanto
por lo que el trabajo pesa,
como por vér que soy noble,
y me ocupas en baxezas.
Baxezas no he cometido,
porque es consequencia cierta,
que quien es de prendas altas
nunca busca baxas prendas.
Prendas de un Moro te alabo,
que por ti suspira, y pena,
y me has dado por albricias
el desamor que me muestras.
Muestras te darè algun dia,
si tu condicion no enmiendas,
del poder de aqueste brazo,
y del valor que en mi reyna.

Muy atenta escuchò Zayda las lastimosas razones de Don Felix, y por mucho que con assomos de ira quiso refrenar los regalos de compassion, no dexò de enternecerse, quando supo dexaba prendas de amor en su Patria, aviendo hasta este punto estado muy admirada de ver que jamàs avia nombrado cosa alguna tocante à cuydados suyos; y yà muy deseosa de saber sus passiones, y conocer sus sucessos (cosa tan apetecible de mugeres) quisiera llamarle, y preguntarle la causa á no reparar en las palabras ultimas, en lo que parecia la echaba fieros, y proponia amenazas; y assi para salir de dudas, y conocer su valor, mandó con semblante ayrado à quatro Moros, de los que la servian, que apercibidos de armas, por lo que sucedieffe, entrassen en la huerta, y hiciessen trabajar à aquel cautivo, porque se estaba holgando. Obedecieron los Moros, bien contra su voluntad, porque conocian el peligro à que iban expuestos, mas considerando ser forzoso no poder contradezir, llegaron donde Don Felix estaba limpiando el sudor de su rostro (fomentando con algunas lagrimas) no con las tohallas, y lienzos ricos, con que so-

lia,

lia, sino con sus mismas manos; y apenas le huvieron propuesto el mandato de Zayda, quando sacando de el corazon llamas encendidas para los ojos, ira, y rigor para el semblante, y esfuerzo para los brazos, asiò de la cadena con impulsos tan violentos, que al primer golpe hizo que uno dellos llegàra à sus pies à despedir la vida; y tomandole el alfange, se fue para los demás, con intento que viesse Zayda (que yà avia salido à las vozes) como sabia jugar con la espada, con la misma gallardia que con la cadena. Tiròle à uno un tajo, y con no asirle de lleno le rebañò los pechos de tal modo, que cayó muerto al instante; lo qual visto por los otros dos que quedaban, aunque ya con algunas heridas, se acogieron al Sagrado de Zayda, que à ser otro, no les valiera, segun la determinacion que llevaba Don Felix; que era morir, mostrando en quanto encontrára primero su valor. Pusose Zayda delante, que con mucha prudencia avia mandado cerrar todas las puertas, temiendo si entraba gente, le matassen. Obedecióla Don Felix, no solo en no proseguir su intento, sino postrandose á sus pies, y pidiendola tomasse en èl venganza de su enojo, à lo qual Zayda, por cumplir con sus criados, no quiso responder cosa alguna, sino antes mandò le metiessen en una mazmorra, y le cargassen de hierros, previniendo á Don Felix, con unas secretas señas, lo aceptasse, en cuya confianza fue con mucha humildad, si bien los que iban con él llevaban harto temor. Venida la noche, y sossegados los motines que entre los parientes de los muertos, y heridos se iban levantando, llegò Zayda á la mazmorra à cumplir la palabra que avia dado por señas, y sacando de ella à Don Felix, le llevò à un aposento secreto, que junto al suyo estaba, y despues de averle pedido perdon de lo que con èl avia usado, y perdonadole su atrevimiento, le rogò encarecidamente le dixesse de donde era, y la causa amorosa porque se avia ausentado de su Patria, y que ella le prometia tratarle con mucho amor, y aun si era menester, concederle libertad. Echòse Don Felix à sus pies, oyendo favores tales, y dando algunos suspiros, le dixo, estaba muy prompto á contarla todo el processo de su vida, dexando entre parentesis la causa de sus amores, la qual no podia en ningun modo declarar, por aver dado palabra con juramento, de jamàs dezirla, sino era puesto en el estremo articulo; y assi, que si ella disponia darle muerte, le seria forzoso darla gusto, porque de

otro

otro modo, lo mas que podia declararse en este particular, era diziendo, que por una Dama, llamada Doña Maria, y flor de toda Plasencia, se avia ausentado, para exponerse á las desdichas tan grandes que avia padecido, y tan innumerables, que esperaba passar. No quiso Zayda ser porfiada, al punto que oyò avia puesto su palabra, que aun entre Paganos se tiene, y estima en tanto: que con mucha razon el que la quebranta se puede tener por infame, y fementido, y el que es causa que otros la quebranten, se puede dàr por traydor. Pidiòle, empero, relacion de lo restante, y de lo antecedente de su vida, que hizo el valeroso Don Felix muy por extenso, aunque evitando toda prolixidad, en estos tiempos tan valida, que aunque le manden à uno diga el Pater noster, le quiere dezir glossado; y aviendo estado atenta á sus palabras, y cuydadosa à sus intimaciones, le dixo era tan aficionada á hombres valerosos, y esforzados, que por estàr entendida, que en todo Argel nadie igualaba en valor á Ochali, por esta razon tenia en èl puesto su amor, y cuydado con las veras que avia visto, y con la constancia que experimentado avia; y assi, que no se admiràra que su corazon no se inclinasse al Baxà, aunque presumia de mas discreto. No huvo Don Felix oìdo loar de valiente à Ochali, quando yá quisiera estar frente à frente con èl en el campo armado; porque su inclinacion no era otra, sino una belicosa passion de presumir que en el mundo ninguno cuerpo à cuerpo le podia hazer ventajas en valentia; y mirando si con un tiro podia matar dos aves; y con una traza fenecer dos pretensiones, la dixo à Zayda estaba engañada por estremo, juzgando por mas valiente à Ochali que al Baxà, supuesto era muy al contrario, pues al Baxà avia èl visto salir con vitoria de refriegas muy peligrosas, y reñidas, y Ochali siempre metido en Argèl, aunque se avia señalado en algunas pendencias de poca consideracìon; y para que viera la verdad de esto bien decidida, y patente, la rogaba hizieran un concierto en esta forma: que saliessen los dos muy bien armados por evitar algunas heridas, y aviendo señalado Iuezes, peleassen, y que el vencedor quedasse por su esposo. Aceptò Zayda el partido, fiada en que el valor de Ochali era mayor que el de el Baxá, como en realidad lo era, el qual avisado de parte de Zayda quedò muy gozoso; y dandole parte al Rey, y à la Reyna, y Damas, se señalaron Iuezes,

dia

dia, y lugar para la justa. Don Felix apenas oyò aquella noche el sì de Zayda, quando fue otro dia muy contento à pedirle al Baxà las albricias, que diziendole de qué, le diera muchos pesares en vez de ellas, à no proseguir el valeroso Don Felix, diziendo, que èl mismo avia de salir á pelear disfrazado, y que podia estàr seguro que saldria con la vitoria; para lo qual solo le advertia hiziesse dos marlotas de una misma tela, y que en cosa ninguna se dessemejassen, porque acabada la batalla, le avia de ser forzoso, para quitar la sospecha, ir à acompañar à su señora Zayda, quedandose èl en su lugar, para cumplir con el Rey, y con las Damas, y para ir sirviendo, y acompañando á los Iuezes.

Llegado el dia del desafio, se puso el Rey en un mirador ricamente aderezado; y por dar muestras de la inclinacion que à Ochali su primo tenia, se vistiò de la misma color, y con los mismos atavios, y aderezos q Ochali avia de sacar, el qual saliò tan galan, que se llevó tràs si la vista de todos, y principalmente de Zayda, que en estremo le queria: la gala era una marlota de brocado blanco en señal de la vitoria, sembrada toda de zetas de oro, para mostrar que el objeto de aquella empressa, y el premio que della esperaba, estaba todo conjunto, y unido en Zayda, el penacho era de plumas blancas, y pagizas, pendiente con un bolante de tela de plata, cuyos estremos llegaban à los pies, aunque heridos del Zefiro, siempre andaban por el viento; el cavallo del mismo modo saliò desmintiendo blancuras, pidiendo à la nieve vassallage, y al Cisne parias, cuyos jaézes eran todos de oro fino. Diò una buelta à la arena, ò estacada, con un passeo tan gallardo, que dexò á muchos embidiosos; y al passar por el tablado, donde estaba la Reyna con sus damas, y entre ellas Zayda aventajando à todas en hermosura, y prefiriendose en atavios, hizo al cavallo que se arrodillasse con tanta mansedumbre, como si fuera capàz de razon; y haziendo èl una sumission muy cortès, se levantaron á un tiempo con lindo ayre, despues de aver sido respondido con otra, y assi de todas las damas, como de la misma Reyna. Esto acabado, entró por la otra puerta Don Felix, vestido à lo Morisco, con tal industria, que fue tenido de todos por el Baxà, sin que à ninguno pudiesse dàr genero alguno de sospecha; saliò todo de verde, por estar bien advertido que avia de salir Zayda aquel dia de aquella color, cosa

en

en que todos repararon mucho, y mas cuydadosa Zayda, rezelandose la avia descubierto Don Felix, porque él proprio la avia encargado, y suplicado con grandes encarecimientos, que salieſſe con colores semejantes, en que se conoce lo ignorante que estaba de que fuesse èl mismo. El cavallo que sacò era un overo Andaluz, parto de los campos Cordoveses, hijo del viento, segun su ligereza. Sacò por delante el rostro, para no ser conocido, una venda de toca de plata, entretexida tambien de seda verde, y para dár à entender que esta era cifra, y no necessidad, (pues à no ser desta suerte, no pudiera salir) llevaba en las espaldas escrito en un tafetan verde, con letras doradas este mote:

Mi cara saco cubierta,
la qual no he de descubrir
hasta vencer, ò morir.

Aviendo, pues, hecho las cortesias debidas, y passeando el palenque con mucha gallardia, se fue muy denodado para Ochali, que yá le aguardaba bien apercibido, y partiendo entre los dos el campo con lindo ayre, se dieron dos encuentros valerosos, en que las lanzas deshechas, buscaban á pedazos assiento en el ayre, ò lugar en el Cielo; mas Don Felix, que no era amigo de dilatar lo que sabia estaba yà de su parte, sin dexar recobrar la silla à Ochali, que yà del ultimo encuentro avia perdido, llegò à él con una ligereza inopinada, y con un trozo que le avia quedado, le dió en la cabeza un golpe tan tremendo, que le derribò del cavallo medio amortecido. Quedaronse todos suspensos, y Zayda tan difunta, que apagò al instante las rosas de sus mexillas, y borrò del hermoso rubi de su boca la superficie rubicunda. Hallóse confusa por dos causas; la primera, por vèr el sucesso tan al contrario de lo que ella esperaba; y la segunda, por considerar el concierto que avia hecho, y la palabra que avia dado. No huvo caìdo Ochali en tierra, quando quatro Cavalleros, que avian salido à acompañarle, arremetieron à Don Felix para quitarle la vida, sin hazer caso de las vozes que los Iuezes daban, aunque el Rey se estuvo quedo, considerando la joya tan hermosa que su primo avia perdido, y la afrenta tan grande que avia ganado. Mas poco se le dió à Don Felix del atrevimiento de los Cavalleros, y de la remission del Rey, pues aviendo con su alfange ganadole à uno la lanza, dexò muy mal heridos á otros dos con ella. De cuya hazaña el Rey maravillado, mandò à todos

los

los demàs que se sossegassen, y que ninguno fuesse osado á ofenderle; Zayda tambien de ver este hecho tan valeroso de Don Felix, se enamorò del Baxà, haziendo assombros purpureos sobre el campo de azuzenas de su hermoso rostro.

Apenas se viò Don Felix libre del tumulto, quando haziendo al descuydo que iba à mudar cavallo para acompañar al Rey, se entrò por un postigo secreto, donde estaba yá bien aderezado de las mismas galas el Baxà, cavallero en un morcillo, y dandole un abrazo à Don Felix, y gracias infinitas por beneficio tan señalado, saliò à la plaza, ordenando un muy galante passeo; y quando llegò à confrontar con Zayda, corriò el bolante del rostro, que tambien tenia puesto, y le hizo una cortesia, y grande sumission, à que Zayda correspondió con otra no pequeña. Mientras esto passaba se desnudò Don Felix, y vistiendose el vestido que tenia, se fué al balcon, donde yá Zayda le esperaba, como aquel que tal no avia hecho. Y llegandose á ella le dixo con mucho secreto, que mirasse si avia salido verdadero lo que siempre le avia importunado, y dicho, à que Zayda, con una verguenza inmensa, no acertò à responder cosa alguna. Fuè Zayda acompañando à la Reyna, y el Baxà muy rozagante, sirviendo al Rey hasta su Palacio, con que se diò fin á la justa, tan infeliz para Ochali; el qual quedò tan afrentado, y corrido, que quiso intentar muchas vezes la muerte al Baxá, á no ser impedido por el Rey, que por quietarle, le casò con una sobrina suya, heredera de los Estados de Tunez; y si no tan hermosa como Zayda, por lo menos tan discreta, con que Ochali quedó muy contento, y el Baxà libre de sus enemistades, gozando de pacifica possession la mano hermosa de Zayda, cosa que tanto avia estimado, y por quien tantos disgustos avia padecido, dandole las gracias de todo à Don Felix, y cumpliendole la palabra prometida cõ mucha brevedad, y diligencia; y no tanto aun por cumplirla, como por estàr quitado de que se descubriesse algun dia su ignominia, y afrenta; y assi una noche en el silencio della, dandole algunas joyas de mucha quantia, le embió con cartas de seguro, y con quatro criados que le acompañassen, hasta dexarle seguro.

Despues de aver quedado Don Felix en unas Galeras Ginovesas desembarcò à pocos dias muy ufano en las playas de Cadiz, donde tuvo nuevas ciertas de los amores que en Placencia, patria suya, avia dexado, y como era

muerto el mayor contrario que tenia; cosas que le duplicaron el contento que llavaba, procurando por esta causa abreviar su viage mas de lo que el tiempo daba lugar, bien ignorante de que la brevedad de él avia de ser causa de abreviar su vida; y aunq̃ el amor por una parte, y la patria por otra le tiraban tanto, y forzaban á que se fuesse à Placencia, quiso con todo vèr de camino la Corte, que fue el primer corte de sus passos. Y tomando una mula en Sevilla, se puso en seis dias en Madrid; y como no ignoraba donde se saben las nuevas de lo que passa, y no passa, la primera visita que hizo, fuè à las gradas de S. Felipe, donde halló dos Soldados Flamencos cercadas de muchos oyentes, refiriendo assaltos, y mas assaltos, batallas, y mas batallas, y sobre todo, engrandeciẽdo sus proprios hechos, enseñando, para ser creìdos, hartos papeles falsos entre pocos verdaderos. Llegòse Don Felix, à la conversacion, sin darse á nadie à conocer; y como los demás viessen su buen aspecto, y gentil disposicion, le hizieron lugar con muchas cortesias; y despues de aver sido preguntado de donde venia, y respondido que de Argel, todos los circunstantes con mucho afecto le pidieron, y suplicaron les declarasse la causa de su cautiverio, y lo que en èl le avia passado; à que èl hallandose obligado por muchas partes, no quiso contradezir, sino mudandose el nombre, les contò desde el principio hasta el fin todo quanto le avia sucedido, de que quedaron todos maravillados, y algunos muy incredulos, y sobre todos fuè un valenton natural de Burgos, el qual al punto que acabò de referir D. Felix, dixo como haziendo burla dél: por Dios que essas hazañas, aunque fueran de D. Felix el de Placencia, me hizieran dificultad: la verdad es, replicó D. Felix, quanto he dicho, y si alguno de v. ms. quisiera que remitamos à las manos esta probanza, vamos àzia el Prado, que no quedarà por mi, donde se conocerà si soy hombre que igualo las palabras à la medida de las obras. Temiò con esto el que avia hablado, y los demàs quedaron satisfechos, y todos juntos dixeron, que aquello avia sido gracia, porque en quanto la verdad, todos le avian dado mucho credito; lo uno, porq̃ èl lo dezia; y lo otro, por vèr que en su buen talle se manifestaba. Agradeciòselo Don Felix, y por aver quedado con algun gusto de la comparacion que con èl avia hecho el que no le avia creìdo, le dixo al cabo de rato: Es possible que tan valiente cavallero es esse D. Felix que v. m. ha dicho? A que replicò el valenton: Eslo tanto,

que

que hasta este tiempo no se ha hallado en España quien le igualasse, porque sus hechos, y hazañas merecen estàr escritas en bronce, y fuera de otras pendencias infinitas que tuvo assi en Placencia, como en la Corte, y en otras partes que estuvo, quando no huviera hecho otra hazaña, sino la que le obligò à ir desterrado á los Presidios de Flandes, era suficiente, y bastantissima, para que su nombre nunca se borrasse; y como conociamos su inclinacion, q̃ nũca admitiò superior ninguno estamos pesarosos aora de no gozar su presencia; y ver si vencia, ò igualaba á un Varcarcel Blanco de el Reyno de Murcia, que oy se lleva la fama del mas esforzado, y valeroso, tanto que yà ninguno que le conoce se atreve á medir con èl su espada, sabiendo que ha vencido siete desafios campales de hombres muy esforzados, y animosos que han ido à experimentar sus fuerzas, y que en pendencia ninguna que ha entrado, ha dexado de salir victorioso, y las mas vezes sin herida alguna.

Quedò D. Felix assi que oyò estas palabras, con los vitales espiritus tan movidos, que aunque muestras de su belicoso ardor, fueron tambien indices, y señales de su temprana muerte, quisiera descubrirse; mas considerando que si no vencia, era perdidoso de la buena fama que tenia adquirida, y grangeada, determinò portarse con secreto, y prudencia en lo que yà tenia comprehendido, y determinado en su corazon, para lo qual alabando semejante valor, pidiò à este recitante (ò por mejor dezir, pronosticò, de su fortuna mala) le diesse por escrito el nombre, y lugar del Varcarcel, porq̃ èl passaba à su tierra, y gustaba mucho de tener por memoria los hombres valerosos, yá que no podia tratarlos à todos, ni comunicarlos con la familiariadad que quisiera. Placeme, dixo el valenton, fuera de que es tan conocida por toda España la valentia deste Cavallero, que à los lugares mas remotos de ella que llegue v. m. le daràn muy clara noticia de sus hechos, y persona; mas con todo cumpliré con mucho gusto lo que vuessa merced me pide; y aun le darè declaracion de los mas señalados desafios que ha tenido, para que yá que v. m. lleve relacion de lo que por allá se sabe, lleve tambien noticia de lo que no han alcanzado. Diòle las gracias Don Felix; y combidandole que se fuesse con èl à cenar à su posada, se despidieron de los de màs, y aun no se despidieran, à no esparcirles la noche, porque á gente metida en conversacion, causa muy urgente ha de ser que

los dividia, y muy neceſſaria, y natural la que los aparte. Cenaron juntos, y deſpues de cena, tomò el combidado la pluma, y le eſcrivio en un papel todos los hechos que de Valcarcel el Blanco avia ſabido: y al fin, por ſu orden los Lugares del Reyno de Murcia, en que podia habitar, y la via que ſe podia ſeguir, para buſcarle (que es lo que mas avia meneſter Don Felix, aunque mejor dirè lo que menos) haſta venir á dàr en las Ventas de Minateda, donde tenia ſus poſſeſſiones, y labranzas, y donde de ordinario ſola reſidir. Partieraſe D. Felix otro dia con eſta memoria à buſcar al referido en ella, à no hallarſe falto de dineros para el viage, y aſſi determinò ir primero á Placencia, donde entrò de noche por no ſer conocido. Fueſſe en caſa de un hermano ſuyo, mayor en edad, aunque no en fortaleza; abrazaronſe eſtrechamente con mucho placer, y alegria, y deſpues de averſe dado uno á otro cuenta de todo lo ſucedido en tanto tiempo que avia eſtado auſente, le dixo Don Felix á ſu hermano, que antes que amanecieſſe le era forzoſo partirſe à deſpachar un grave negocio que tenia un amigo ſuyo en el Reyno de Murcia, por ſer perſona à quien debia muchos, y buenos ſervicios, y averle prometido acudir à remediarle, para lo qual le dieſſe mil eſcudos en plata, y que no manifeſtaſſe en Placencia que avia venido, haſta que fueſſe de buelta, que ſeria haſta veinte dias, poco mas, ó menos. Rogòle mucho ſu hermano le contaſſe el negocio, como quien ya tenia algunas premiſas de ſoſpecha en el corazon, mas Don Felix no le dixo, ſino que conſideraſſe que ſe iba ſin viſitar las coſas que mas amaba, y queria, y por quien tantos trabajos avia paſſado; y que ſegun eſto podia advertir, y conocer la gravedad del negocio. No quiſo el hermano porfiarle mas, antes dandole los mil eſcudos, y una buena mula, porque criado no quiſo, ſaliò acompañandole haſta fuera de la Ciudad, donde hizieron las ultimas deſpedidas. Por ſecreta que fue eſta venida de Don Felix à Placencia, no fue tanto que una criada que ſervia en la caſa no la deſcubrieſſe, codiciosa de ganar albricias, que le fueron dadas muy buenas por Doña Maria de Vargas, Dama muy hermoſa, y que en eſtremo avia amado á D. Felix; la qual apenas tuvo nuevas de que ſe bolvia à ir al Reyno de Murcia, quando atropellando impoſſibles, ſaliò con acompañamiento conforme à ſu calidad, fingiendo ir á cumplir una promeſſa à N. Señora del

Sa-

Sagrario de Toledo, y enderezò su camino à Murcia, casi por las mismas pisadas de Don Felix, el qual despues de aver partido, llegò á Cartagena en nueve dias, entendiendo hallar allì al Cavallero que buscaba, por razon de que avia ido mucha gente de todo el Reyno á dár socorro; y como no le hallasse, y preguntasse à muchos por èl, le dixeron algunas personas que le conocian, que aquel Cavallero que buscaba era natural de Hellin, Villa de las mas principales de todo el Reyno; y assi, que no tenia sino ir allá, donde era forzoso hallarle, ò lo mas cierto en las Ventas de Minateda, que estaban una legua antes. Holgòse Don Felix mucho con estas nuevas, como si de ellas huviera de sacar algunas glorias; y assi sin mas detencion bolviò à desandar lo andado, para buscar lo que presto dirèmos. Llegò à Minateda un Jueves à medio dia, donde aviendo preguntado por Valcarcel el Blanco, le dieron razon de como estaba en una heredad muy cerca de alli, llamada Madax; preguntò si avia de venir á la noche, y dixeronle que antes de las cinco avria yá venido, con que le pareciò seria mas acertado esperarle alli, que no ir à buscarle, y assi, apeandose de la mula, mandò al ventero pusiesse una buena holla, èn que echasse un par de gallinas, y aderezasse, si tenia alguna caza. Pusose por obra todo lo que mandò, y antes que el Sol llegasse con una hora à los limites de su carrera, llegò el Valcarcel, llamado Don Francisco, el qual venia à cavallo con espada en la cinta, y vna gruessa lanza en la mano, armas que entonces se usaban, y con que se conocia el valor de cada uno, en cuyo lugar han entrado las escopetas, y pistolas, con que es harta desdicha ser un hombre valiente, y mucha sobra de infamia el ser cobarde; pues el uno, por valeroso que sea, muere sin poderse defender, y el otro, por muy timido mata, sin que aya menester favor, ni ayuda. Saludòle Don Felix con muchas cortesias, y cumplimientos, en que Don Francisco Valcarcel no le quedò debiendo cosa alguna, y luego le dixo, se sirviesse ser su combidado, porque tenia despues que hablarle muy largo, y darle razon de su venida: escusòse el Valcarcel de aceptar el combite quanto le es licito á un hombre discreto, y entendido; y viendo la mucha instancia de Don Felix, no quiso pecar de porfiado, lo que pecan otros de entremetidos. Cenaron los dos con mucho gusto, y contento, y despues tomando Don Felix por

la mano á Don Francisco, se apartaron de la venta como tres tiros de piedra, y viendose solos, y que nadie parecia, le dixo Don Felix estas palabras: Yo, valeroso Valcarcel, soy un Cavallero de Castilla, tan inclinado à las armas, que nunca imaginè que podia aver quien me ganàra en fuerzas, ni me igualára en valor; causa que ha sido de aver hecho innumerables hazañas, y de averme puesto, y sujetado á grandissimos peligros; y aunque os parezca temeridad, y poca prudencia, vengo solamente determinado á probar vuestro valor, y à experimentar vuestras fuerzas, porque me las han alabado en tan grande manera, que me parece, que sino es deste modo, no me atreverè á rendiros vassallage, ni á condenarme por de menos valentia. Bien informado vengo que aveis muerto à siete Cavalleros en desafios campales; y bien me consta de las infinitas pendencias que aveis tenido, de que siempre aveis sacado la palma de la vitoria, y el lauro del mas valiente. Mas tambien os digo, que si huviera de contar lo q̃ ha ganado este brazo, lo que ha emprehendido este corazon, era menester estar de mas espacio, y pedirle al dia, dè termino muchas horas; pero porque no me està bien à mi contarlas, ni el tiempo dà lugar de referirlas, solo os ruego, y suplico me hagais favor en que midamos aqui nuestras espadas, para salir desta duda, que me trae suspenso, y para salir deste cuydado que tanto me fatiga. Yo confiesso que el venir à buscaros tantas leguas, y el pediros lo que os pido, parece mas propriamente genero de locura, que no especie de valor; pero porque no me juzgueis por loco, ni me excluyais por temerario, aveis de saber que soy D. Felix el de Plasencia, si acaso aveis tenido assomos de mis hechos, ò razgos de mis hazañas, aunque como ha quatro años que he estado cautivo en Argel, no será mucho que algunas que avia hecho se ayan borrado con el olvido, ò con la fama de las vuestras se ayan quedado en silencio. Finalmente por no cansaros, esta es mi determinacion, este mi intento, y esta mi venida: ò me aveis de dàr la muerte, para que yo confiesse, me hazeis ventajas, ó os la tengo de dar yo, para poder sin escrupulo gloriarme de mis hechos. Muy atento estuvo Don Francisco, escuchando los impulsos belicosos de la passion de Don Felix, y despues de averle oìdo, le dixo desta suerte. A no aver tenido muy larga noticia del valor de vuestro brazo, y à no estàr bien informado de vuestros he-

chos

chos hazañosos, vuestra disposicion, y talle aora me la diera, mas no me aveis de negar, que sois loado, y tenido por hombre de entendimiento; y esta mayor concedida, mas tambien me negareis que dexa de ser temeridad, ó que tan determinado me pedis? Yo he reñido muchas vezes, pero ninguna sin causa; porque quien sin ella se mueve, por mucho valor que tenga, ha de quedar vencido, y por ventajas que haga, ha de quedar siempre corto, porque lleva contra sì el dictamen natural, que repugna, y contradize à aquella determinaciõ apassionada; por lo qual yo no quisiera, señor Don Felix, que os busqueis mal tan sin provecho, ó que querais matarme tan sin causa. Aqui no ha avido ocasion para que uno, ni otro nos expongamos á semejante peligro, ni son acertados medios aventurar las vidas por pundonores, y jactancias; vuestro valor es tan conocido de todos, que no tiene necesidad para probanzas de experimentar el mio, el qual es mucho menos de lo que pensais, menos digno de aplaudir de lo que dezis: y assi como amigo, que yá mé confiesso vuestro, os ruego, que deponiendo de vuestro corazon los ayrados incentivos, y sossegando de vuestro pecho los prescitos impulsos, os bolvais en paz à vuestra patria, dexandome quieto, y pacifico en la mia, donde os serviré con todos mis poderes en todo quanto quisiereis dexarme mandado; y acudirè à vuestro servicio en quanto me dexareis dicho. Mal conoceis, señor Don Francisco Valcarcel (replicò D. Felix) mi determinado intento, y condicion belicosa, supuesto que con vuestras pacificas razones quereis disuadirme, y apartarme de mi proposito; pues para que no os canseis en replicas, ni preguntas, os doy mi palabra, que para dexar de pelear con vos, y conocer la ventaja que me hazeis, no serán bastantes humanos poderes, y aun el peligro consiste en la tardanza, y la fama, y el honor en la presteza. Solo os advierto, que hemos de reñir con armas iguales, porque en esto consiste el punto de mi vitoria, y estriva la causa de mi honor. Yo traygo puesto un coleto de ante, que es este, que podeis ver si traeis otra defensa q̃ sea igual reñiremos con ellas, ò si no, lo mas seguro, y acertado serà desnudarnos del coleto yo, y vos de lo que tuviereis; y assi el que quedáre vencido, no estarà escrupuloso de que ha sido defraudido por ventaja, mas, ò menos de las armas defensivas. No pudo el Valcarcel, oyendo esta determinacion, dexar de corresponder al valor heredado,

do, y adquirido; y assi, aviendose quitado una menuda malla, y Don Felix el coleto, sacaron las espadas, y con un arte gallardo, y disposicion gentil partieron el campo, y al tiempo del embestir, usò el Valcarcel de una traza, y estratagema, que le fué à Don Felix presagio, y pronostico de suerte desdichada, segun se quedò cortado por mucho que quiso disimular; fuè, pues, que al tiempo que Don Francisco le vió venir tan denodado, y encendido, le dixo: señor Don Felix, tenganse v. m. y no passe de aì: turbose Don Felix turbado, y confuso preguntandole la causa; y él le respondió: porque conozco que viene v. m. tan muerto, que me ha dado compasion quitarle la vida, que muy à mi salvo pudiera yà aver quitado. Enojòse Don Felix en estremo oyendo estas razones, y tomando yá por modo de afrenta lo que antes de arrogancia; y assi le dixo, que si temia de pelear con él, hablasse claro, y no por tantas cifras, y circunloquios, vuestra vida solo temo (replicò el Valcarcel) como lo vereis aora, y cerrando con Don Felix à las dos primeras idas, y venidas, le tirò un mandoble, que le llevó el medio muslo, sin ser necessario assegundarle, para que cayesse en tierra herido de muerte. Quando se sintiò con tan penetrante herida el infeliz Don Felix, en vez de ayrarse contra el causador de su daño (porque en esta parte conocia ser èl mismo) se abrazò de sus pies, pidiendole con muestras de amor muy agradecidas, que le llevasse donde pudiesse mirar por la salud de el alma algo mejor, que avia mirado por la del cuerpo: que estuviesse entendido, que no le avia de culpar en cosa alguna, pues conocia que toda la culpa avia estado en su locura, y temeridad. Compassivo el Valcarcel de vèr à sus manos muerto el hombre mas animoso que en España avia, le cogiò en sus brazos, aviendole primero apretado la herida con un lienzo, y otros paños, y llevandole à la venta, mandò à dos mozos que aderezassen la mula, de modo, que pudiesse ìr sin fatiga hasta Hellin, que està de alli una legua. Acomodòse lo mejor que pudo, y subiendo èl en su cavallo, llegaron al lugar à poco mas de las nueve de la noche; y llegando á su casa mandó que le aderezassen su misma cama, donde fuè visitado de los Doctores, y Cirujanos, dando todos malas esperanzas de su vida, y mandando que con mucha priessa le Sacramentassen. Hizose todo con muchas diligencias, y despues ordenò su testamento, dexandole à Don

Fran-

Francisco Valcarcel los mil ducados que traìa en plata, para que cumpliesse su entierro, segun su voluntad fuesse; y nombrando por universal heredero à su hermano de todo el patrimonio que tenia en Plasencia, con condicion, y gravamen, que en ningun tiempo èl, ni sus descendientes pudiessen pedir su muerte; y que caso que alguno la pidiera, le dexaba à D. Francisco Valcarcel seis mil ducados, con que pudiera pleytear, y defenderse, porque no tenia genero de culpa, supuesto que èl le avia incitado, y acometido primero, y que esto hazia para descargo de su conciencia. Mostrò en estas señales el desdichado Cavallero la generosidad de su pecho, y el valor de su antigua sangre, y conociendo en sì mismo, que se le llegaba yà el ultimo plazo, llamò á solas á Don Francisco, el qual se llegò à èl lloroso, y lastimado, y dixo si tenia que advertirle alguna cosa, lo declarasse, porque acudiria à ella antes que á sus negocios proprios, y Don Felix, le dixo, que solo tenia que declararle una passion amorosa, la qual tenia hecho juramento de no declararla, sino era estando en el passo en que yà se veìa. Dezid lo que quisiereis, replicò Don Francisco, y hazed cuenta que no sale nada de vuestro pecho, porque yo no he de descubrir cosa alguna, sino fuere lo que me dixereis, y à la persona que me mandareis. Cobrò D. Felix algun tanto del brio que yà estaba degollado en su corazon, y dixo aquestas palabras, que he reducido á versos, porque v. m. guste mas dellas:

Si mueven entrañas pias
desventuras, y fracasos,
y passiones amorosas
convencen pechos hidalgos.

Escuchame atentamente
Valcarcel noble, y gallardo,
pues eres Blanco, en quien yo
jamàs pude dàr al blanco.

En la Ciudad de Plasencia
de padres nobles, y claros
nacì un Martes en la noche
à veinte y cinco de Marzo.

Tomaronlo por aguero,
mas son pensamientos vanos,
que otros nacieron Domingo,
y han ido peor librados.

Siempre me inclinè à las armas,
desde mis primeros años,
con aficion tan inmensa,
con impulsos tan sobrados,

Que pienso que solo en esto,
si se ha de dàr fee à presagios,
tuvo que vèr el ser Martes,
con las figuras que alzaron.

Contarte las travesuras
del tiempo que fuy muchacho,
yendo muchas vezes solo,
y algunas acompañado.

Solo pienso servir puede
de sin provecho cansarnos,

tu

tu en eſtarmelas oyendo,
y yo en irtelas contando.
Dexando, pues, todo eſto,
paſſaré á lo que haze al caſo,
porque no es bien que dè largas
uno que ſe eſtà finando.
Veinte y tres años tenia,
y rayaba en veinte y quatro,
quando dandome noticia
de algunas coſas, y caſos.
Supe tambien como un hijo
del Corregidor, baſtardo,
no ſolo en el nacimiento,
ſino en ſus hechos villano.
Queria alcanzar por fuerza
de Dama la mejor mano,
que en el arbol de los Vargas
eſculpiò el buril gallardo.
Eſta era Doña Maria,
tan hermoſa, que harè agravio
ſi à otra, que no ſea ella
la aſſimilo, y la comparo.
Tan cuerda, prudente, y caſta,
que ſin padre, y madre eſtando,
ſe pudo guardar mas bien,
que la guardáran entrambos.
Y ſin tener parenteſco,
ni averla en mi vida hablado,
tomè á mi cargo ſu honra,
y ſu defenſa á mi cargo.
Que el hombre que nace noble,
y quiere experimentarlo,
como por los ſuyos proprios
mira por agenos daños.
Andando, pues, una noche
como otras muchas rondando,
paſsé por ſu calle, y vi
que eſtaban dos embozados.
Lleguè, y preguntè quien eran,
y viendo que no hazian caſo,
ſaquè la eſpada, y los puſe
en peligro tal, que oſſaron
Remitirles á los pies,
para huìr de tales paſſos,
el valor que no tuvieron
para pelear las manos.
Siguieralos, ſi no oyera
caſi en lagrimas ahogados
gemidos, no de muger,
de Angel ſi, porque es yà tanto,
Del hombre el atrevimiento
en hazer caſos nefandos,
que à un Angel harà llorar,
y harà padecer á un Santo.
Conocì à Doña Maria,
y ſin prevenir los daños,
y que iba à ſufrir expueſto,
allego à la puerta, y llamo.
Abriò una criada al punto,
confuſa, triſte, y llorando,
diziendo que à ſu ſeñora
quiere forzar un villano.
Subi una eſcalera aprieſſa,
y en un apoſento entrando,
hallè brazos femeniles,
deteniendo à infames brazos,
Hallé manos criſtalinas
midiendo groſeras manos,
y legitimos impulſos,
temiendo à impulſos baſtardos
No hablé palabra en ſu ofenſa,
porque, ay en la vida caſos,
que ſe han de vengar con muerte
y ſe han de reñir callando.
Y aſſi del golpe primero,
que imagino que fue un tajo,
le

le hize perder la espada;
y al ir por ella baxando,
Con otro segundo golpe
le vine à dexar tan baxo,
que para irse á morir
fue forzoso levantarlo.
No me pareciò á mi justo,
aunque otro diga al contrario,
acabarle de matar;
pues està, patente, y llano,
Que quedaria muriendo;
á Doña Maria el cargo
de su muerte, y fuera hazerla
en vez de favor, agravio.
Y el hombre que no pospone
su vida en estos fracasos,
ò no sabe que es honor,
ò teme mucho, si es sabio.
Con esto el herido á vozes,
confessò ser yo el culpado,
y dió á la Dama por libre,
y aun pidió perdon llorando:
Yo al punto que cayò en tierra,
baxè à buscar, por si acaso
quedaba, pudiendo huir,
de mi vida algun resguardo.
Fue impossible à los principios,
y no ay que causar espanto,
pues todo principio tiene
dificultad, y trabajo.
De ocho espadas enemigas
me hallé á la puerta cercado,
con los dos que huyendo fueron,
que estos bolvieron bolando.
Confusos, y temerosos
de lo que avia passado;
y bien agenos, y libres
del daño con que quedaron.
Porque como aquel que yà
del remedio necessario
se vé exemplo, y de la muerte
bostezos lleva tragados.
Rompi por medio de todos
tantos golpes descargando,
como ventiscos Diziembre,
ò como granizos Marzo.
Efecto que del fue
quedar dos muertos, y quatro
mal heridos, y los otros
enfermos solo de espanto.
Los que à las vozes salieron
por remediar el fracaso,
viendo tan triste portento,
y tan lamentable estrago,
Quieren prenderme, mas yo
de tal suerte un ardid trazo,
que dexandolos riñendo
me pude poner en salvo.
No se hizo mucha pesquisa
sobre averiguar el caso,
porque los muertos, y heridos
solo á mi me condenaron.
Y si ha permitido el Cielo
que yo muera confessando,
es, porque les di lugar
de que hizieran otro tanto.
El Corregidor, qual padre
del causador destos daños,
hizo mucho por prenderme,
mas todo le saliò en vano.
Y por evitar peligros,
que se engendran sin pensarlos,
quise poner tierra enmedio,
y embarcarme; pero quando
Sali de la Quinta donde
avia estado encerrado,

en

en una, aunque obscura noche,
vi como me saliò al passo,
La bella Doña Maria,
despidiendo tantos rayos,
de dos soles de hermosura
que me santiguè, pensando
Que avia venido el dia
con passos acelerados,
ò à darme muerte luciendo,
ò à darme vida matando.
Diòme el pesame de aver
causadome mis trabajos,
dandome con él la vida,
si es vida darme una mano;
Porque ay pesames que son
de estilo, y primor tan alto,
que son propios parabienes
para aquel que se estàn dando.
Dixome como primero
veria el tiempo trocado,
hazer calor el Invierno,
y hazer frio en el Verano,
Que se olvidasse de mi,
aunque estuviesse mas años
ausente de su hermosura,
que tiene flores un Mayo,
Con tal que alli le jurasse
guardar secreto: aceptando
ofrecimiento tan rico,
quise jurar en su mano
Como en Ara consagrada,
la qual sino era de marmol,
era de quaxada nieve,
y carifico alabastro.
Despedimonos entonces:
no quiero dezir con quantos
enternecidos suspiros,
y estrechissimos abrazos.
Lo que en Oràn, y en Argél
todo este tiempo he passado,
papeles os dexo aì
por donde podais mirarlo.
Agora, pues, que venia
gustoso; porque el contrario,
que era el Corregidor, yà
estaba de Dios gozando.
Sin ver aun à quien pudiera
resucitarme mirando,
llevado de mi locura,
y de mis impulsos vanos,
Vine à buscar mi desdicha
con venir solo à buscaros,
solo en averos hallado,
hallando luego mi muerte;
Aunque por ventura tengo,
por palma, corona, y lauro,
Valcarcel noble, y insigne
aver muerto á vuestras manos.
Mas solo os quiero pedir,
que con especial cuydado
hagais que Doña Maria
sepa este triste fracaso.
Y si el Cielo permitiera
que os casarades entrambos,
à trueque que no malogre
primaveras de sus años.
O no las manche con sangre
de algunos toscos villanos,
yo lo llevára por gloria,
zelos á un lado dexando,
(Si ay muertos q̃ esten zelosos)
porque sois, en fin, el Blanco
en que acertarà Maria,
yá que yo no os he acertado.
Aunque quisiera passar adelante el fatigado Don Felix, no le
diera

diera tiempo la rigurosa parca, la qual dandole lugar primero que hiziera muchos Actos de Contricion bañados en lagrimas, echò la tixera al delicado estàbre, quedandose todos los circunstantes con tanta tristeza, y mancilla, quanta requeria el caso. Y apenas huvo dado los ultimos bostezos, quando dando los primeros gritos, entró Doña Maria de Vargas, que como dexè arriba dicho, avia salido en su seguimiento, y por las señas que daba, la avian yà informado del caso lastimoso. Fueron con tãto exceso las lastimas que hizo abrazada con el cadaver frio, que bien imaginaron todos que avia de quedar muerta. Consolola Don Francisco lo mejor que pudo, y reparando en su estremada hermosura, y considerando lo que le avia acabado de informar Don Felix de sus altas, y nobles prendas, quedò tan enamorado della, que se determinò á corresponder al gusto del difunto, y á reprimir las amorosas llamas de su pecho; y assi despues de aver hecho á Don Felix un entierro muy sumptuoso, y celebrado las funerales exequias con el mayor aparato que se pudo, le dió mano de esposo á Doña Maria de Vargas, con grande regocijo, y alegria de todo el Pueblo, haziendo muchas, y diversas mascaras, y celebrando ricas fiestas, con que se puso algun tanto en olvido la desdicha de Don Felix; si bien Don Francisco Valcarcel, aviendose informado del caso por mas extenso, hizo que en su sepulcro se le pusiera este Epitafio,

Hombre, bien puedes llegar,
si es que me buscas à mi,
porque yo me vine aqui
solamente por buscar:
yo soy el que pensè dár
fama muy esclarecida,
mas di tan grande caìda,
que solo, si bien se copia,
busquè mi desdicha propia,
por buscar agena vida,

Con esto avrà v. m. señora Doña Serafina, quedado entendida de la batalla, y desafio de la Venta de Minareda, y avrà conocido al Valcarcel valeroso, y al Don Felix desdichado, y yo quedarè por libre de aver hecho en esta parte quanto he podido. No tanto en aver sacado á la luz la verdad deste caso, como en averlo dispuesto de modo que à v. m. le agrade.

PAS.

PASSAR MAL POR QVERER BIEN.

NOVELA QVARTA.

A la señora Doña Serafina.

DEsvios que v. m. me ha mostrado, enojos que me ha causado, y desdenes que he recibido, he passado muy gustoso, no porque apetezco el mal, sino por quererla bien; porque no fuera mi voluntad perfecta, mi aficion bien fundada, ni radicado mi amor, si en mostrandome v. m. enojos, recibiera yo pesares; y en dandome desamores, disgustos. Qualquiera que quiere bien, si es querer perfecto, ha de passar trabajos, y sufrir calamidades, porque son pruebas de la voluntad, y ratificacion de la paciencia; y assi, no harè yo mucho en sufrir algunos ahogos de tristeza, y passar algunos males de disgusto, por grangear de v. m. la gracia, porque quien no passa algun mal por querer, y amar, ò no se ha de dezir que quiere, ò ha de conceder que no es constante. Y para probar lo que digo, quiero que v. m. se entreten ga con esta Novela en abono de lo propuesto; no de valentias como la passada, si de amores perfectos, que como v. m. es inclinada á todo, hemos de mudar cada vez de assumpto, para que quando quede cansado de oìr valentias, pendencias, y desafios, descanse en leer enternecidos galanteos, y amorosas palabras.

Teniendo el Cetro de Sicilia Dionisio, à quien comunmente llamaron el Tirano, en los principios de su Reynado, quando està el animo deseoso de emprender cosas magnificas, de dàr muestras del absoluto poder, de atropellar antiguos estatutos, y establecer nuevas leyes, floreciò un Cavallero, llamado Enrico, tan noble, y principal, que por linea paterna gozaba sangre Real, sin ceder ventajas à otro alguno en la materna, tan galàn, discreto, y entendido, que aficionado el Rey à sus muchas prendas, le eligiò por su Privado, dandole con esto

el

el titulo de mas Valido: à cuya causa todos en sus necessidades, y muchos en sus pretensiones, procuraban primero adquirir la venia, y gracia de Enrico, que del mismo Rey, con quien avian de negociar, por tener entendido, que lo que èl pidiera, no negaria el Rey, no por ser fuerza concederlo, sino por la aficion que le tenia, que parecia impossible negarselo.

Viendose Enrico en tan supremo lugar, querido del Rey, de todos respetado, y de todos sus contrarios muy temido, tuvo ocasion de hallar una Dama à medida de su gusto, y conforme en todo à sus deseos, mas con una condicion de averla de guardar secreto, porque esto de pedir, y poner condiciones, es tan proprio de mugeres, que aunque no aya causa ninguna para ponerlas, la buscan de proposito, ò yà por hazer melindres, ò yà por mostrarse poderosas. La causa de pedir tal condicion Teodora (que assi se llamaba esta Dama) era por estàr entendida que el Rey avia dicho á su padre, que si la Reyna moria primero se avia de casar con ella; y quãdo no, que le daria por marido al Principe su hijo: mas como el amor es libre, y nunca la voluntad admite sujecion, ella le declarò à Enrico de tal manera la suya, que le propuso menospreciar quantas Coronas avia en el Mundo, y quantos Principados, y Señorios se podian imaginar, por solo servirle, y amarle.

No se le hizo cuesta arriba á Enrico padecer la condicion, viendo muestras tan afectas, y tan amorosos cumplimientos, considerando sobre todo su hermosura (causa primaria del apetito del hombre) la qual era en tanto estremo, que dexò aqui el ponderarla por vèr si la pondera despues el Rey con mas cuydado, aunque no con menos passion.

Mas de un año estuvieron los dos amantes gozando de su secreto amor muy dulces frutos, haziendose de dia cortesias, y galanteos, Enrico desde la calle, y Teodora desde sus rexas; y de noche visitandose con tanto regocijo, y gusto, como dos que se quieren bien, y con palabras tan amorosas, y tiernas, como dos que dulcemente se aman, juzgando yà Enrico que no eran menester secretos, y entendiendo Teodora que yà estaria el Rey olvidado de aquella aficion antigua, y mas considerãdo ser muerto su padre, à quien el Rey avia prometido aquel casamiento; pero como ay en esta vida cosa estable, en medio desta tranquilidad, y bonanza, se levantò una

tor-

tormenta, que postrò por tierra las esperanzas, sumergiò en los abismos los contentos, y desterrò de sus voluntades todo gusto; lances, en fin, forzosos de fortuna, que se obliga quien bien quiere á passar, y sujeta à padecer. Fuè, pues, que como el Rey viò que yá el padre de Teodora era muerto, y ella estaba sola debaxo de el amparo de su madre, determinó gozarla antes de aguardar terminos tan inciertos, y casi imposibles de que muriesse la Reyna; y pareciendole barbarismo darle à su hijo el Principe la muger por quien él moria, y penaba, quiso primero aconsejarse con Enrico, juzgando hallaria en èl traza, y modo por donde descansasse su corazon; porque la comunicacion con amigo perfecto, simpre disminuye las congoxas, y pesares, del mismo modo que aumenta los consuelos, y alegrias; y assi, llamandole à su aposento, le dixo: Bien sabes Enrico, y conoces las obligaciones que me debes, no tanto en lo que te premio, como en lo que te confio, pues te he hecho dueño de todos mis secretos, y de mi voluntad, haziendo lo que me dizes, dando quanto pides, y cumpliendo lo que ordenas; señales manifiestas del mucho amor que te tengo, y obras bien dignas de que me des en ésta ocasion el consejo que te pido. Solo este secreto he tenido reservado, y llegan à tanto unos rayos amorosos, y fuerzan de tal manera tus palabras saludables, que me es yà fuerza romper los fuertes nudos del secreto, y manifestarte las lazadas de mi amorosa passion, juzgando que en dezirtelo á ti no sale de mi pecho, que tal tengo entendido de tu prudencia, y tal presumo de tu mucha, y grande discrecion; y si hasta aora he callado, ha sido procurando con olvidos reprimir mis deseos, y con otros intervalos divertir mis pensamientos; mas considerando que lo uno no aprovecha, y lo otro me dà mas dolor, quiero, atropellando imposibles, deshazer dificultades, y tomando tus consejos, poner remedio à mis passiones.

Sabràs, pues, que al tiempo que le di mano de esposo á la Reyna, poniéndo en execucion efectos de marido, vino al sarao una Dama, que me robò el corazon, y me privó de mis sentidos, dexando vassalladas mis potencias: dezirte el nombre, no pienso serà menester, aviendote dado señas de sus prendas, que por ellas quedaràs del tan entendido, que no me obligas à pronunciarle, que como lo tengo escrito en lo mas intimo de mi pecho,

siem-

siempre que le pronuncio siento tanto regocijo en mi corazon, que temo se me quiere salir por la boca ; y assi , tengo por mejor que por sus hermosos efectos vengas en conocimiento de esta causa, y ella conocida, estarà el nombre patente, y manifiesto. Considera que sus manos (que por ellas quiero comenzar , pues fueron las que comenzaron mi passion) los unos armiños , y quaxados copos de argentada nieve , de cada uno de los quales salen cinco aspides de cristal, bastantes, aunque de nieve , à encender el mas elado corazon , y abrasar el mas frigido pecho. Su cuello como una torneada coluna de alabastro hermoso , su boca un encendido rubi , dividido en dos , por cuya division se vèn , como por bruxulas , doze perlas hermosas; y aunque muy menudas , de infinito valor; sus mexillas no admiten comparacion , pues es poco dezir grana , y muy grosero dezir carmin ; pero, en fin , son dos finas rosas, tan por un igual abiertas , que estàn las dos embidiosas de mirarse, y de tal manera conpitiendo , que à no estàr metiendo pazes la roca de marfil de su nariz pulida , llegáran à juntarse las purpureas hojas , y travàran batallas en el campo de jazmines. Sus ojos son dos luzeros , que aunque despiden rayos de luz , y centellas de claridad , se pueden vér sin deslumbrar la vista, si bien à mi me han privado de ella ; y no me admiro, pues, sobervio, y arrogante quise luego remontarme hasta los mas altos lexos de su resplandor luciente. Sus cejas son dos arcos de evano muy fino , situados en la excelsa cumbre de su frente , por defensa de sus dos luzeros. La frente es como un cielo de bruñida plata , ò como un globo de puras azuccenas. Sus cabellos como una madexa de oro fino , cuyas esparcidas hebras son bastantes à enlazar mil almas , y poderosas para suspender mil corazones , principalmente las que hechas sortijas descienden por la cara, haziendo assomos mortiferos , aunque bastan para dar mil vidas à quien fuere dichoso en deshazer sus lazadas. Los relieves ocultos de su hermoso cuerpo , cansancio inutil explicarlos fuera, pues perfecciones tantas mudamente explican las que ocultan. Mas ay de mi, Enrico ! que no he dicho nada, por mucho que he querido apoyar su hermosura, y temo no la has de conocer , porque las gracias que he referido, cada uno las dá à la muger que adora, y las que no puedo explicar son las que avian de darte conocimiento por la excelencia de la Dama que significo ; y assi por mejor

tengo, aunque passe otro temor, y aunque siento otro rezelo, dezirte claro su nombre, porque con mas libertad me busques salud, y con mas cuydado me aconsejes lo que he de hazer. Teodora se llama la muger que adoro, Teodora se llama la causa de mis tristezas, y Teodora, en fin, se llama la que me ha rendido, y sujetado al yugo de mi amorosa passion. Prometile à su padre el Duque me casaria con ella quando la Reyna faltasse; y que si por estas esperas perdiesse casamiento, le daria por marido al hijo primero que yo tuviesse. Tomòlo el Duque por burla, si bien nunca tratò de casarla; halleme aora perdido, y ella sola, y muger, y muy dificil la espera; y assi, quiero rompiendo obligaciones, y atropellando telas de verguenza, significaria mi abrasada voluntad, mis encendidos deseos, y mi mismo corazon; y en no surtiendo efecto por bien, procurar por fuerza poner remedio à mi vida, pues es de mas importancia que gruardar el honor suyo. Todo esto hemos de negociar los dos, sin que lo entienda persona alguna, pues importa bien el secreto, porque la Reyna no lo entienda. Solos hemos de ir los dosá rondar, solos la visitarèmos, y solos procuraremos convencerla, yo con mis ruegos, y alhagos, y tu con tus discreciones, intimandole mi amor por todos los modos, y maneras possibles; que aunque ella es tan discreta, y considere la fuerza de su honor, tambien conocerà que es grande impiedad no dar remedio à unos deseos Reales, á sus pies postrados, y rendidos.

Considerando Enrico la rigurosa condicion del Rey, y que si entendia su amor, le trataria mal, venciendo dolores à fuerza de dissimulos, y encubriendo sentimientos, à fuerza de fingidos placeres, le dixo: Bien conoce Vuestra Magestad el reconocimiento que tengo à las mercedes que me haze, y el cuydado con que acudo á todo quanto me ordena, no ha de ser en esta ocasion menos, aunque me parece que es un impossible pretender por alhagos rendir à tal muger, y pretender por fuerza sujetar su voluntad; yo no puedo en esta parte hazer mas de arriesgar mi salud, mi hazienda, y mi misma vida en servicio de Vuestra Magestad. En lo demàs dificultoso se me haze, lo alcancen ruegos, y lo arraygan poderios; y assi, por mejor tengo que Vuestra Magestad repare en los escandolos que han de nacer, y en las dissensiones que pueden resultar, podrá ser que

la consideracion de estos daños, y el temor de semejantes peligros, borren essa passion, y aniquilen essos deseos; y quando no bastaren, con todos mis poderios, trazas, y ardides, yo no puedo faltar en acudir à servicios tan bien premiados, y obligaciones tan precisas. No me dès consejos (replicò el Rey) pues te juro à mi Corona; que si considerára que alguno me avia de aprovechar, no te huviera descubierto mi corazon, pues ha tres años que estoy callando, por inquirir, y imitar quanto me puedes advertir, procurando algun remedio; mas si el amor es frenesi, què juizio puedo yà tener para deliberar si es injusticia, ò para considerar si es atrevimiento? Remedios, sin tratar de pretenderla, serán aumentos mayores de mi passion, y consejos, que no vayan dirigidos á gozarla, serán incitamientos de mi ira, irritaciones de mi enojo; assi, esta noche quiero demos principio à visitarla con terminos muy corteses, hasta que quede entendida de mi pretencion, y conozca de mi alma la amorosa enfermedad; y para ir con algun fundamento, que sea indice de mis deseos, me has de escrivir algunos versos, alabando su discrecion, y hermosura, y un ceceo hermoso de que la dotò el Cielo, para hazerla aun con defectos archivo de perfecciones, pues en ella està sobra de dulzura. Y siendo lima de sus palabras limadas, en lima sorda de las almas que la escuchan. Trasladaré de mi letra lo que escrivieres, y en viniendo la noche, pondrémos, por obra lo que he dicho, siendo los dos portadores de lo que huvieres trabajado, y haziendome yo Autor de tus escritos.

No se atreviò Enrico à replicar, viendo determinacion tan rigurosa, antes con mucha prudencia condescendiò con su gusto, ofreciendose à hazer todo quanto le mandasse; y porque quando fuessen, conociesse Teodora que los versos eran suyos, y no dictados de el Rey, sacò un original de unos que en otra ocasion èl proprio le avia dado, y dandosele al Rey para que le trasladasse, se retirò à su quarto à esperarlo que viniesse, melancolico, y confuso de ver el grave peso que se ponia á sufrir, y las pocas esperanzas que le daba la vitoria. Holgòse el Rey mucho de ver el buen ingenio de Enrico, por aver en breves renglones encerrado toda la fuerza de su pensamiento, y aviendolos trasladado, dezian desta suerte:

Sois tan discreta en estremo,
y tan en estremo hermosa,
que de obligacion forzosa
quiero alabaros, y temo.
Conmigo proprio lucho, y temo
por iros engrandeciendo;
pero sois tal, que voy viendo,
si llego à estaros mirando,
que es mejor dezir callando,
que no alabaros diziendo.

Si callo, ninguno avrà
que diga corto he quedado;
y si digo, es muy sentado
que he de quedàr corto yá:
Porque quien alabarà
un sujeto semejante,
ò con el metro galante,
ò con el estilo absorto,
que no quede siempre corto,
por mucho que se adelante.

Alabar belleza tal,
señora, como la vuestra,
es querer con rica muestra,
vender mi pobre caudal:
Por hazer bien me hago mal,
porque queriendo aplaudiros,
tan poco vengo à subiros
con mi Musa limitada,
que pienso no he dicho nada
despues de harto de deziros.

Hermosura, y discrecion
unidas en un sugeto,
perturban al mas discreto,
y ofuscan á la razon:
Estas dos, señores, son
la causa urgente, y que aprieta
para llamaros perfecta,
pues sois de amor acrisola
hermosa como vos sola,
y qual Teodora discreta.

De vuestro hablar el dulzor
con cees hermosas limado,
à quien no le dará agrado?
à quien no causarà amor?
Ponderelo otro mejor
porque yo tan solo toco,
que quien no juzga por poco
dàr por serviros gran precio,
ò tiene assomos de necio,
ò tiene rasgos de loco.

Dichoso mil vezes mil
sea quien merece hablaros,
pues tiene en solo miraros
á la cara un rico Abril:
Gusta el lenguage sutil
de entre perlas, y corales,
riquezas, pues, que son tales,
y favores tan solemnes,
que solos estos son bienes,
y todos los demàs males.

Llegò la presurosa noche con lentos passos, y en obscurissimas sombras toda embuelta, presagio para Teodora de Enrico, y pronostico para Enrico del daño que se le acercaba: sentia en el alma estos tormentos, y dissimulaba en el rostro los dolores, à causa que el Rey no presumiesse algun rastro de su amor; iba à quexarse, y el lugubre semblante que avia de resultar el quexido, le remataba en una risa alegre à fuerza de fingimientos, y à poder de dissimulos. Dieron las onze, y salie-

ron

ron èl, y el Rey por un secreto postigo de Palacio, sin ser de nadie sentidos, y antes de llegar á la casa de Teodora, se acordò Enrico, como si despertàra de un profundo sueño, de que no avia avisado á Teodora el sucesso lastimoso; y si èl llamaba, seria possible hablarle amorosamente, como otras vezes, ignorante de que el Rey iba con èl, y podia ser causa de perderse los dos, Teodora de confusion, y pena, y èl de temor, y cuydado; para remedio de todo lo qual hizo al momento un discurso en su pecho, y dixole al Rey se aguardasse alli un poco en tanto que èl llegaba, y reconocia si estaba la calle libre, porque no seria justo, que aviendo algun embarazo, se aventurasse su Magestad á ser conocido; y tambien que aquella señora era muy principal, y no aviendola avisado, seria possible estar yà recogida, y no querer abrir hasta estàr bien satisfecha, y aquel tiempo era conveniente que su Magestad no estuviesse alli detenido, que èl llegaria con un recado de su parte, y bolveria à avisarle. Aunque eran poco urgentes las razones que alegaba Enrico, concediò el Rey con su gusto, encargandole la brevedad; que el que tiene amor cree, como los niños, todo quanto le dizen, ò atropella, como los locos, por quanto le parece.

Llegò Enrico à las puertas de Teodora, que no fueron bien tocadas quando las viò abiertas, y dando un recio suspiro, se quedò como un elado marmol, sin poder atravessar sus umbrales. Pasmóse tambien Teodora por no saber la causa, y con los brazos abiertos, se enlazò de su cuello, diziendole mil ternezas, y destilando sobre su rostro perlas ricas de su hermoso cielo. Què traes Enrico mio, le dezia, que do quieres llegar mas adentro, sabiendo que eres dueño de lo mas intimo de mi corazon: Quien te ha agraviado, que traes conmigo el enojo? Què he hecho yo que aun no me quieres mirar? No quieras darme muerte sin tener culpa, que á tenerla con ofensa tuya, yo misma me matàra, ò por lo menos inclinàra mi cerviz à los azerados filos de tu sangrienta espada. Cuentame tu passion, podrá ser vengas engañado: depon un poco el enojo hasta averme oìdo: no tomes pena sin causa, pues sabes lo que me atormentas: no dès credito à falsarios; si de mi te han informado mal, pues pongo por testigo al Cielo de que jamàs aun con el pensamiento te he ofendido. Mira, Enrico, que me matas con el dolor que me muestras; mira que me hazes penar

con verte sentir ; mira que essos suspiros que dàs son flechas que passan mi corazon ; mira que essas lagrimas que encubres como imanes de las mias , anegan mi pecho en llanto ; y mira finalmente , que si tardas mucho en dezirme la razon de mueſtras tan inmensas de sentimiento, me has de hallar yà sin sentido quando quieras informarme.

Como quien recuerda de un profundo letargo se levantò Enrico pavoroso de los regalados brazos de Teodora , viendo que aquella era mucha tardanza para la espera del Rey, y dixole, que ella era sola la causa remota de su dolor , porque la proxima de su triſteza procedia por respeto suyo , y era quien presto veria delante de sus ojos; y assi, que se apercibiesse , despertando una, ò dos dueñas , fingiendo que aun estaban sin acostar, y que perdonasse, que no podia dezir mas hasta venir con èl acompañado, y aunque entonces callaria por no dàr tanta licencia el respeto.

Diziendo estas palabras , bolviò muy diligente al Rey , que yà desesperaba con la tardanza, y contòle como avia hallado buena ocasion de estàr Teodora despierta , y la avia dicho , que una persona de mucha calidad iba à visitarla, sin dezir que era el Rey, para que no se turbasse. Holgòse mucho el Rey con el arbitrio de Enrico , y sin dilacion alguna , entraron hasta el mismo aposento de Teodora, la qual assi como viò al Rey , se quedó turbada, considerando ya la pena, y melancolia que Enrico traìa , las quales se doblaron en su corazon , por sentirlas todas juntas en su pecho : mas encubriendo lo que pudo los enojosos ahogos , y descubriendo por mucho que resistiò , nuevos colores de verguenza , le recibió con mucha cortesia. Sentaronse todos, y refiriendo el Rey, por las dueñas , nuevas causas de su entrada á esta visita , se acercò quanto pudo à Teodora , y con secretas palabras comenzò á manifestarla sus dolores secretos , à los quales se diò Teodora siempre por desentendida , por mucho que èl trabajò en declararse ; Enrico estaba un poco apartado mirando al descuydo la batalla de su honor , combatida de contrario tan poderoso , y resistida con valor magnanimo de unas femeniles fuerzas. Teodora tambien le miraba , sintiendo mas lo que èl sentia , que lo propio que ella padecia; y por no darle tan dilatado tormento , procurò con mucha brevedad dár fin à la conversacion , diziendo al Rey : Señor , yo me confiesso por indigna de merced tan señalada como

mo me aveis hecho en aver honrado con vuestra Real presencia esta humilde, y pobre casa. Si acaso son la causa servicios que mi padre os hizo, bien se conoce vuestra generosidad, pues quereis pagar al difunto en las prendas que ha dexado, ensalzandolas, y honrandolas; y si acaso es esta nueva voluntad, bien Vuestra Magestad conoce el retiro de mi madre, y la poca edad mia, de que està muy cierto el aver nota, y murmuracion, no solo entre los Grandes, y Señores, sino hasta en los mismos criados. Palabras cifradas de V. Magestad yo no las entiendo, por que soy mal entendida en cosas que no están claras: el tiempo no es oportuno, ni este lugar decente para materias tan altas, porque estas dueñas serà possible que estén ya censurando; por lo qual à V. Magestad suplico, que si alguna cosa tiene que advertirme sea por escrito, ò por tercera persona, si ay alguna de fiar, aunque yo imagino que lo serà Enrico, pues merece traer vuestro lado; y si lo que me mandais es cosa que convenga con mi honor, yo sè que no se hallará ninguna tan puntual en acudir à vuestro servicio.

Alegròse mucho el Rey oyendo que le dezia negociasse por escrito, ò por intervencion de Enrico; y assi, dandole los versos que traìa, se despidiò muy cortès, y Enrico consolado por una parte de aver escapado presto, y triste por otra de ver salir al Rey con gusto, y alegria, quedandose Teodora hecha un mar de confusiones, y un abismo de tristezas: leyò el papel, pensando venian con advertencias algunas, y hallò solo los versos, que yà sabia de memoria de quando se los embiò Enrico, conociendo en esto el poco caudal del Rey, y la industria de su amante en averle dado palabras que él avia remitido.

Comenzò el Rey desde este punto à escrivir papeles, dictados los mas del mismo Enrico, y embiandolos con èl, de que siempre le traìan la respuesta de palabra, dando mil escusas, y poniendo mil estorvos, y inconvenientes; y en suma, que no mancharia su honor por todo el Mundo: que mirasse su Magestad su calidad, y nobleza, y que pues tanto la queria, no permitiesse que muger, en quien èl avia puesto tantas muestras de aficion, fuesse libre, y facil; y quando esto no mirasse, miràra solo que era Rey, y espejo en quien se han de mirar todos los vassallos; pues era consequencia llana, que andando la cabeza enferma con tales manchas, ocu-

pada en semejantes absurdos, avian los pies de deslizarse en otras mayores maldades, y mal se podian abstener, estando cometiendolas el que ha de governar. Estas, y otras muchas semejantes razones traia siempre Enrico por respuesta, con que el Rey quedaba tan enojado, que quiso muchas vezes atropellar con los respetos, y poner en execucion su torpe gusto: mas Enrico con mucha prudencia, y sagacidad procuraba apaciguarles, diziendole, porfiasse, que no era aquella empressa, que se avia de alcanzar tan à los primeros impetus, y sin preceder muchos ruegos, caricias, y regalos. Todo lo qual dezia Enrico, por dár largas à sus deseos, y ver si à poder de dias, y à fuerza de desabrimientos se podian reprimir, y apagar; mas era muy diferente el parecer de el Rey, porque assi como viò las pocas esperanzas que tenia despues de dos meses, le dixo en resolucion à Enrico, la dixesse á Teodora, que si por bien, y con el secreto que la avia dicho no se determinaba à dar remedio à su vida, y dar fin à sus passiones, podia estàr muy cierta, que aunque fuesse el delito notorio, avia por fuerza de salir con sus intentos, y satisfacer sus gustos.

Fuesse, pues, Enrico en casa de Teodora, y mas triste que solia, le hizo relacion de los intentos de el Rey, á los quales la discreta Dama satisfizo desta suerte: Regalado dueño, si me amas con el amor que te adoro, y si me quieres con los efectos que te estimo, bien puedes conocer de mi mucho valor, y de mi grande constancia la resolucion de mi pecho; solo me duele tu dolor, que tendràs en perderme; solo me aflige tu pena, que recibiràs en verme de ti apartada; y solo me lastima lo que has de sentir en verme muerta; porque aunque passe mil martyrios, aunque padezca mil muertes, y aunque sienta mil tormentos, no violarè el alma que te he entregado, ni romperè la palabra que te dí al principio. Y si acaso desto tienes algunos temores, y te cercan algunos vanos rezelos, bien los puedes dexar al punto, porque el Rey no ha de alcanzar de mi, ni por fuerza, ni por grado, sino lo que has visto. Y si dexado esto aparte solo el sentimiento de mi muerte te lastima, y sola la tristeza de verme padecer te duele, mira Enrico, que me doblas los dolores, y te los aumentas à ti; porque si tu sientes mi sentimiento, aumentandoseme mas, es fuerza que se te aumente; y doblandose en mi pecho, es forzoso que se doble, y multiplique en tu co-

corazon. Desengaña al Rey como otras vezes, dile mi resolucion, encarecele mi constancia, y dispongamonos à sufrir lo que viniere, teniendo tu paciencia en verme sentir, y yo sufrimiento para padecer; aunque pasiones por ti llevadas, dolores por ti sufridos, y tormentos por tu amor passados, son para mi pecho glorias, para mi alma consuelos, y para mi corazõ dulcisimos regalos.

No pudo Enrico, por mucho que procuró detenerlas, dexar de assomar, y descubrir algunas lagrimas, y llegandose à Teodora, hizo los brazos cadena de su cuello, tocando con los labios rosas hermosas, nacidas en el campo de azuzenas; y por presuroso que quiso deshazer el nudo estrecho, y por cuydado que puso en no ser visto, no fue bastante para dexar de verle un page del mismo Rey, que venia de su parte á buscarle: y como desde la puerte los viò de aquel modo, detuvose un passo atràs, porque no entendieran los avia visto; y preguntando desde alli por èl, saliò al instante confuso, y descolorido, haziendo por dissimular algunas muestras de enfado por no poderla reducir, de lo qual el page tuvo rezelo, y sospecha de la verdad del caso; y despues de averle Enrico contado al Rey la resolucion de Teodora, de que quedò enojado sumamente, se llegò èl con mucho secreto, y sin ser de nadie visto, le dixo: Si Vuestra Magestad me descubre el enojo que aora veo que tiene, y me manifiesta si tiene alguna pasion, yo prestò pondré remedio à sus pesares, y desharé en dos palabras la causa de tu sentimiento. No quiso el Rey descubrirse, sino haziendo que le diera razon de lo que sabia, y si le tocaba à su honor, mostrò no darsele nada, aunque con un dolor infinito, y solo le advirtiò al page que guardasse secreto, por si Enrico queria tener callados sus amores.

Quedò el page algo corrido, y avergonzado de ver que se avia engañado en su imaginacion, y el Rey quedó metido en un abismo de confusiones, y puesto, y sumergido en un mar de congoxas, unas vezes poniendo en duda el dicho de aquel page, otras dandole credito, y ayrandose contra Enrico. Anduvo todo aquel dia triste, y melancolico, buscando modos, y trazas para saber la verdad, y hallando en todas inconvenientes infinitos: veìa por una parte buenos medios, hallaba luego por otra muchos intervalos: veìa por un lado buena salidad, y hallaba por el otro mil estorvos; mas finalmente, despues de aver andado vaciando

una

una gran pieza, se resolviò à conocer la verdad à poder de pruebas; y assi, aquella misma noche llamò á Enrico, y le dixo, que el estaba determinado de traer á Teodora à su Palacio por Dama de la Reyna, y que teniendola alli, seria mas facil conquistarla por fuerza, ò por amor. Esto hazia el Rey por ver si se lo impedia, ò si se le mudaba el color, ò daba muestras de estorvarlo, para conocer en esto ser verdadero lo que el page le avia contado, y tomar venganza de èl con muchissimo rigor.

No dexàra Enrico de poner algun impedimento à esta determinacion, significandole al Rey ser en daño suyo á no estàr yà avisado de una criada de Teodora, que le dixo, como tenia rezelo, que quando estaba con su señora, avia visto el page que fue á llamarlo alguna cosa, porque se avia retirado atràs, haziendo admiraciones. Yendo, pues, con esta advertencia al instante que oyò lo que el Rey dezia, confirmò la sospecha de la criada; y considerando aquella era prueba que el Rey le queria hazer, respondiò muy sossegado, que era el remedio mas unico que se podia imaginar, y que sin escandalo ninguno se podia cumplir, lo qual no se avia de hazer si su Magestad quisiera ir à su misma casa, aunque fuera à media noche. Con estas razones diò el Rey por engaño lo que el page le avia dicho: mas viendo que crecia su pena amorosa, y se aumentaban las llamas de su aficion, quiso poner por obra lo que avia propuesto solamente para prueba, haziendo que Teodora viniesse à servir à su Palacio, à lo qual no quiso negarse, conociendo lo que le importaba á Enrico, si hazia esto para probanza de sus rezelos. Sintiòlo mucho Enrico de muerte, viendo el crecido peligro á que estaba yà su honor expuesto, y considerando que tenia Teodora mucho menos lugar de defenderse. Estuvo un mes en Palacio, sin sacar el Rey mas fruto que quando estaba en su casa, ni recibir de su boca sino palabras desabridas, ni vèr jamàs en su rostro sino una inmensa tristeza. Visitabala de media noche à baxo Enrico, subiendo por unas cuerdas que Teodora echaba desde unos miradores que caìan al jardin, baxando de el mismo modo antes que viniesse la luz; y aun tuviera este trabajo por descanso, si estuviera entendido que nunca se avia de descubrir, y tuviera por cierto que el rigor del Rey no se avia de executar; porque todo amante que quiere bien, no siente por males los trabajos que se

ori-

originan por causa de lo amado, ni por penas las que proceden por causa de lo querido.

Viendo, pues, el Rey el teson de Teodora, y considerando lo mucho que Enrico residia en Palacio, despues que fue traida á él, diò en reparar como al descuydo de el modo que se hablaban en las palabras que dezian, y de el talle que se miraban; y no contento con esto, echó algunas espias, que aunque escudriñaron poco, por la advertencia con que Enrico procedia en viendo gente delante, fue suficiente para que el Rey intentasse una prueba la mas rigurosa, que se pudo hazer á amante, que una mañana assi como entrò Enrico à visitarle, le dixo como avia gozado aquella noche muy à su gusto de Teodora, solo con averla prometido guardar secreto, y empeñandole su Real palabra en que le daria marido que fuesse el mas privado de su Reyno, ó aquel que fuesse conforme á su voluntad. Fue este tan penetrante golpe para el corazon de Enrico, que à no echar en resistirle todo el resto de su fortaleza; y á no mostrar en dissimularle todo el caudal de su paciencia, fuera possible caerse muerto. Y con dolor tan repentino, y con sobresalto tan inopinado, dexando al corazon en el pecho amaynando congoxas, no hizo en el semblante movimiento alguno por donde el Rey pudiesse hallar algun rastro de lo que buscaba, antes sacando regocijo, de donde solo avia pesares, y tristezas, le diò mil parabienes, á que el Rey satisfizo muy contento. Mas por mucho que Enrico encubriò su amor no pudo ser del todo tan cumplido, que dexàra de aver algun assomo de tristeza, y alguna muestra de sentimiento; porque quien podrà del todo dissimular un perfecto amor, y mas si le estàn atormentando de tal suerte? Fue, pues, que al punto que acabò el Rey de darle noticia de lo que fingió aver hecho, le pidiò Enrico licencia para entrar á visitar à Teodora, en achaque de ver si estaba triste, ò pesarosa. El Rey viendo que iba descubriendo algun campo, quiso de una vez salir de dudas; y assi le dixo, que pena de su desgracia, no entrasse à verla en seis dias, dandole algunas razones por donde parecia cosa conveniente, y justa: considerando en esto el Rey, que si trataba Enrico con ella de amores, avia de querer satisfacerse de lo que avia informado, y si la visitaba de secreto por alguna parte, era esta ocasion urgente para venir aquella misma noche.

Sucediò del mismo modo, porque à la hora señalada, que era

des-

despues de las doze, se fuè Enrico lleno de mil cuydados al puesto que solia, mas no hallò tan buen despacho como otras vezes; porque à la misma hora llegò con dos Pages el Rey al aposento de Teodora, y hallandola turbada, la asseguró quanto pudo, y se sentò muy de espacio à tratar cosas de Historia, aviendoles primero advertido à los criados, diessen mil bueltas à todo Palacio, y que en viendo algun hombre, le avisassen.

Viendo Enrico era passado una hora del termino acostumbrado, y que á las señas que solia, Teodora se hacia sorda, creyó al instante todo lo que el Rey avia dicho, y qual desesperado, comenzò à hazer mil locuras, y à dezir mil disparates, cuyos dolotidos ecos penetraban las orejas piadosas de Teodora, sintiendo, aunque ignorante de la causa principal, tal estorvo, y embarazo. Bien conocia el Rey en la mudanza de su rostro, el desasosiego de su corazon, mas no porque diesse muestras de entenderlo; y aunque entendia, y escuchaba las quexas de Enrico, aumentaba mas la platica, para dár à entender no oìa cosa alguna, hasta que yà fue forzoso ponerse muy atentos, por aver aumentado los llantos, y las quexas con voz tan desentonada, que fuera yá dár sospecha el no ponèrse à escucharle: y si vuessa merced, señora Doña Serafina, le quiere escuchar tambien, estas palabras embueltas en suspiros, eran las que dezia, que para mas dolor de los que sienten quexas lastimosas las he traducido en verso:

Ingrata Teodora escucha;
si acaso no estàs durmiendo,
los tormentos que me dàs,
y los dolores que siento.

Fiado de tus palabras,
te hize dueño de mi pecho,
pensando serias muger,
y no de las destos tiempos.

Las llaves te di del alma,
quedandome solo el cuerpo,
para sentirte animado,
y para gozarte muerto.

Mostraste al principio amor,
porque es en vosotras viejo
enamoraros temprano,
y arrepentiros de presto.

No entendi que me engañáras,
como si fuera yo exempto
de inconstancias de muger,
quando son todas pucheros.

Mas juzgando que eres Angel,
no fue mi presumpcion yerro,
aunque has querido dar muestra
que no eres digna de serlo.

Yà has quebrado la palabra
que diste con juramento,
como si en muger acaso,
la huviera entera algun tiempo.

Para què di, me enlazaste
con tus brazos si, con ellos,

me-

menospreciando los mios,
has medido otros agenos?
Para què me diste, ingrata,
mano de esposa, sabiendo,
que tu eras en todo fragil,
y yo en todo tan entero?
Para que me permetiste
gozar tus claveles bellos,
si yà de manchar sus hojas
tenias el pensamiento?
Con palabras me engañaste,
aunque tu te engañas pienso,
pues recuperar no puedes,
lo que recuperar puedo,
Porque tu honor quedarà
perdido yà en todo tiempo,
y el mio con darte muerte,
se queda libre, y me vengo.
Mas como podrè matarte,
si tienes mi alma en tu pecho,
y la tuya està en el mio
el cuchillo deteniendo?
Imposible me parece,
sino quieres destroquemos,
dandome lo que me tienes.
dando yo lo que te tengo.
Destrueca, ingrata, destrueca,
porque soy noble, y no quiero
tener un alma con faltas
en un generoso cuerpo.
Aunque no, no, estate queda,
que con el dolor que siento,
no acierto en lo que me digo,
ni en lo que te pido acierto.
Porque si el alma que tienes
es la mia, serà bueno,
aviendola tu violado,
que procure yo el destrueco?
No ingrata, tentela allà,
que con esta estoy contento,
yà que por ser tuya no,
por ser noble por lo menos.
Mas ay que me canso en valde,
haziendo discursos necios,
que tan solamente sirven
de dilatar el tormento.
Que importan estas probanzas,
si dellas sacar no pudo
alivio para mis penas,
ni para mi tal remedio?
Què sirve estàr dando vozes,
quando estàn todos durmiendo,
si me canso mas en darlas,
y tu duermes mas al eco?
Recuerda ingrata, recuerda,
mas si me estàs ofendiendo,
imposible es que recuerdes,
sino es con los ojos ciegos.
Ciega, pues, como estuvieres
escucha porque me quexo
con causa, y donde la ay,
no puede faltar efecto,
Miserable efecto soy,
con los males que padezco
de ti, que has querido ser
causa solamente dellos,
Por què me has hecho sufrir
tan dilatados tormentos,
si al cabo, ingrata, pensabas
echarme el cuchillo al cuello.
Mas me valiera al principio
confessar lo que confiesso,
y ya que agora muriera,
no sintiera entonces esto.
Dolores dissimulados
son como el mal encubierto,

que

que apenas se manifesta,
hasta que matara enfermo,
Assi han sido, pues, los mios,
por andarlos encubriendo
he sepultado mi vida,
y la muerte he descubierto.
Poderoso es mi contrario,
y assi callo, que à no serlo
no anduvieras tu tan loca,
ni yo estuviera tan cuerdo.
No quiero dezir mal dèl,
que soy noble con respeto,
y puedo ganar callando
lo que he de perder diziendo.
El ha hecho como hombre,
tu como muger has hecho,
siendo en ti delito infame
lo que en èl no ha sido yerro.
Si te gozàra por fuerza,
te perdonàra al momento,
mas son pocas las forzadas
en este infeliz tiempo.
Dadivas te quebrantaron
ablandaronte los ruegos:
y no lo tendràs por mucho,
pues piedras hazen lo mesmo.
Yá procuraràs casarte
con el titulo mas bueno,
quando llevas tu el mas malo,
que se puede dar durmiendo.
A mi me puedes pedir,
pues en tu alvedrio han puesto
la eleccion, mas vive Dios
que he de vengarme al momento.
Porque à muger, que no guarda
fee, que prometió primero,
no darle al punto la muerte,
es baxeza, y vituperio.

Aun prosiguiera Enrico con sus quexas, à no llegar los Pages del Rey, que á los ecos lastimosas baxaron presto al jardin, por conocer al Autor de ellos, pero les fue dificultoso salir con su pretension, porque fuera de ir Enrico con habito muy disfrazado, no les hablò palabra alguna, sino sacando la espada, se defendiò valerosamente, hasta ponerlos en huida, y temiendo no acudiesse mas gente, se retirò à su casa hecho un arsenio de penas, y un tosigo de congoxas; los Pages no muy bien tratados, acudieron à dàr cuenta al Rey, el qual con Teodora avia escuchado los sentimientos de Enrico, aunque no se quiso dàr por entendido de que le conocia, y assi le dixo á Teodora, si por ventura le trataba de amores algun Cavallero, porque aquellas quexas iban enderezadas á ella, y aun daban muestra de que avia dado remedio à su passion. Teodora llena de mil amarguras, por las que considerava en su afligido amante, le respondió: Señor, no puedo creer, que el que està dando estas vozes habla conmigo, aunque me ha nombrado, porque, ni yo tengo aficion à persona alguna, ni quando la tuviera, soy muger, que avia de aver manchado mi honor con otro. Pues bien conoce

Vues-

Vuestra Magestad los desvios que le muestro, y los desdenes con que le trato, siendo, como es, mi Rey, que podia (yá que no justamente) atropellar con mis respetos, à no tener la mira como suprema cabeza, en sus obligaciones. Y pues de vuestra Magestad me he defendido, y defiendo, llano es que de ningun otro me avrè dexado forzar, fuera de que nadie se huviera ossado à atrever. Yo lo creo, replicò el Rey por no dàr largas à lo que no ignoraba, despidiòse, diziendo, que solo se huviera holgado de conocer al de las quexas, por saber quien era la Dama que le avia burlado. Retiròse á su quarto, quedandose Teodora contenta (aunque bien engañosa) de ver que el Rey no avia conocido á Enrico, confusa por otra de las razones de Enrico, pues daba en ellas á entender, que el Rey la avia gozado aun no por fuerza, sino por ruegos, y promessas.

Bacilando, pues, la afligida Dama con estos pensamientos, al punto que saliò el Rey, que serian yà las dos de la mañana, abriò el balcon, que salia al jardin, por donde tantas vezes avia ayudado á subir, y baxar à Enrico; y comenzò à hazer muchas señas, por si acaso se avia quedado escondido, por causa de los Pages, que fueron à buscarle. Aguardò un gran rato, y viendo no parecia, y que aquel por lo menos era algun engaño, se determinò á un hecho el mas varonil, que muger pudo intentar. Fue, pues, que atando fuertemente al balcon las cuerdas, del modo que otras vezes, aviendo tomado un sombrero, y mantellina, se fue descolgando, y saltando las cercas con un animo invencible, llegó á la casa de Enrico, llamò con mucha prisa, y él imaginando que era la guarda del Rey, que le iba á prender no respondiò à los primeros golpes, hasta q̃ oyẽdo, embueltas de los segũdos, un, ay de mi! Lastimado, conociò ser muger, mas no Teodora; y assi movido à piedad, quiso vèr q̃ buscaba. Accion por cierto bien digna de Cavallero, pues estando entendido, segun sus informes, que Teodora avia manchado su honor, quebrandole la palabra prometida, quiso con todo que pesara mas la piedad, y misericordia de mirar lo que una muger lastimada pedia, que no el rigor, y justo enojo de considerar que otra le avia ofendido.

Abrió Enrico la puerta, y viendo à Teodora, se representò en su pecho, por un lado toda la alegria que le causaba su vista, y por otro toda la pena que le mostraba el agravio, y crecieron tanto estos estremos en el retrete del alma, que dexando à Enrico ven-

vencido, cayera con un desmayo en el suelo, á no sustentarle Teodora en sus regalados brazos. Bolviò en sì, y comenzò de nuevo á mirarla, y ella à dezirle: Ay Enrico, que poco has confiado en mi, y que presto has creìdo testimonios, si me han levantado algunos! No imaginè jamàs que de mi presumieras las baxezas que à vozes has dicho, ni menos que imaginàras oprobios tantos como me has imputado. Solo me consuelo con que estoy en todo libre, y en nada de quanto has dicho comprehendida; y si solamente te he dado rezelos, y sospechas en vèr como no te abrì, como otras vezes, has de saber que á la hora misma que hiziste la seña acostumbrada, llamò el Rey á mi puerta, y no se fue hasta que tu te veniste; oyò tambien tus quexas, si bien permitiò el Cielo que no te aya conocido, dixome algunas palabras á modo de zelos, como si yo le debiera alguna cosa. Despidiòse con esto, y yo quise, haziendo la determinacion que has visto, venir antes de acostarme à saber què te ha movido à semejantes locuras, y à que me digas quien te ha informado en contrario de mi honor, y mi palabra. Y si tanto te pesa el trueco de las almas, yo te digo de verdad, que por guardada, y fiel que tengas la mia, tengo la tuya mucho mas, y la tendrè, y guardarè hasta el ultimo fin de mi cansada vida.

No quiso Enrico ser incredulo, antes lanzando de lo intimo del corazon ardientes suspiros, dixo como yà estaba todo descubierto. Preguntòle la causa Teodora, y èl le contò lo que el Rey le avia dicho acerca de averla gozado, y que el aver acudido aquella hora avia sido traza para saber si él la visitaba; y el averse dado por no entendido, se conocia ser claro dissimulo para asségurarle, y vengarse mas á su placer. Consolòle Teodora quanto pudo, diziendole que era vana imaginacion pensar q̃ el Rey sabia nada, ni que le avia conocido, y que la prueba q̃ se podia hazer en esto, era, que le visitasse aquella mañana del modo q̃ otros dias, y que conforme le viera el semblante, podia dàr credito à las presumpciones. Conformòse Enrico con este parecer, y aviendose dado los dos muchos abrazos, y dichose mil requiebros, se fueron à Palacio por los mismos passos por donde avian venido, y llegando adonde estaban las cuerdas pendientes de los balcones, considerò Enrico que era imposible tener vigor Teodora para poder subir, yá que avia tenido atrevimiento, y industria para baxar; y assi, subiò él de-

delante, para poder ayudarla desde arriba; lo qual acabado, se bolviò à su casa, y aunque con algun cuydado de si el Rey sabia sus amores, con harta menos tristeza, y con mucho mas placer que avia buelto la vez primera.

Vntando estaba las ruedas el Aurifero Cochero con lagrimas de la Aurora, por llegar temprano à la posada de Delia, su huespeda querida, quando llegò Enrico á esperar al Rey en su antesala, que tampoco se tardó en levantarse del sueño para tratar su venganza, aunque con medios secretos. Saludaronse los dos muy alegres, dissimulando cada qual su pena, si bien con diferencia, porque el Rey bien conociò que Enrico dissimulaba, y el pobre Enrico quedò muy engañado viendo al Rey contento. Passearonse por la sala una gran pieza, tratando diversas materias, hasta venir à dár en la de amor; porque es tan practicable, que no ay Catedra de qualquier facultad en que no se lea, ni conversacion de todo estado en que no tenga su primer assiento; y por la parte que entendió Enrico mostrar que no tenia amores con Teodora, y que se holgaba que la huviesse el Rey gozado, se descubriò mucho mas la sospecha que el Rey tenia, porque diziendole que como se hallaba con los gozados frutos; y que si estaba contenta, ò enojada la causadora de ellos, se ratificò muy por entero el Rey en sus sospechas, y respondióle con una risa postiza (que assi se puede llamar la que no sale del corazon) que no estaba muy gustosa, pero que tampoco estaba triste; y que para significarle en alguna cosa lo muy alegre que él estaba en aver alcanzado sus abrazos, y gozado sus amores, queria salir aquella tarde à caza; y presentarle toda la presa que cayera; para lo qual queria tambien que èl le acompañasse con los demàs Cavalleros que estaban apercibidos.

Holgòse Enrico (ageno de lo que le esperaba) tanto con este mandato, ò yá fuesse por dissimular, ò yà por ver que el Rey mentia à pesar suyo; que propriamente se podia dezir por él, que la mucha alegria es señal de gran tristeza. No puso ningun estorvo, ni diò lugar à dilaciones, antes con mucho cuydado se fue á su casa, y se vistiò de campo, y juntandose en Palacio con todos los demás, aguardaron que acabasse de comer el Rey, el qual saliò despues muy ricamente aderezado, fatigando los hijares à un ligero tordillo; y haziendole todos una grande salva, y cercados dèl, dieron una

hermosa vista á todas las Damas, y caminaron á un espeso bosque que estaba de alli dos leguas. Llegados allà, comenzaronse todos à esparcir por diversas veredas, unos trás las aves, y otros trás algunos javalies, dexandose al Rey, y à Enrico solos, por ir yà industriados de que lo hizieran assi, aunque algunos ignorantes de la causa. Viendose el Rey en el puesto, y lugar donde tenia en emboscada doze enmascarados, apeóse del cavallo, mandandole à Enrico hiziera lo mesmo, y entrandose entre unos robles, cercados de breñales, y sabinas, y entrando bien adentro, desembaynò el Rey su espada, y buelto contra Enrico, le dixo de esta suerte: no he querido que traydores contra mi, mueran con honra (si ay muertes con ella) à vista de todos en la Plaza, sino en estos montes sombrios, donde apenas el Sol visita en el medio dia la tierra que pisan los troncos de sus arboles silvestres, para que despues de muerto, no vea persona humana à quien ha querido encubrir à su Rey verdades, con capa de mentiras, cosida con dissimulos, y remendada con tantos fingimientos. Conozco, traydor Enrico, que me entiendes, y por esso no quiero aclararme mas, por no recibir mas enojo. Y porque sè que heredas sangre noble, aunque manchada yà con tus vilezas, te quiero solo honrar en esta muerte en darte-la con mi espada, si acaso te queda aun atrevimiento para medir conmigo la tuya; pero si te quedàra, porque à un traydor jamàs le falta; y quando no te quede, yo te doy licencia que la saques, y riñas aqui conmigo; y si me matáres, te podràs ir libre, y de otra suerte yo no me apartarè de aqui sin que beba primero de tu sangre con mis ojos viendola derramada.

Mas Enrico, aun en tales ahogos, y entre confusiones tantas, considero, que fuera de ser imposible dexar de tener el Rey quien le ayudasse en aquellas espesuras, era gran desacato meter mano contra él, aunque perdiesse la vida; y assi, sacando la espada la puso à los pies del Rey, y hincado de rodillas dixo enternecido solas estas palabras: Señor, yo no soy hombre que os hize jamàs traicion, ni aora la quiero hazer, metiendo mano contra vos. Confiesso lo que yà sabeis aunque debiais por ello premiar mi paciencia, y no tomar por agravio, lo que no lo es; siendo Teodora mi esposa. Mas si vuestro gusto es ley, y juzgais que la he quebrado, veis aqui mi espada, para que no manchando la vuestra sangre, como dezis traydora,

dora, podais con ella, executar en mi cuello el golpe de vuestro rigor.

Tomò la espada el Rey, y en vez de moverse à piedad, hizo una seña, con que salieron al punto los que estaban en emboscada, y mandòles que executassen en èl lo que les tenia ordenado, y yendose adonde dexò su cavallo, subiò en él, y tocando una corneta, se juntaron al instante los cazadores, con los quales llegò á Palacio antes de el anochecer. Los que quedaron con Enrico, hizieron mucho mas de lo que les mandaron; proprio, y ordinario yá en los Ministros, y Juezes ampliar las comissiones, no solo hasta donde pueden, sino hasta donde quieren, porque el Rey solo mandò que le matassen, y ellos quisieron darle muerte, en que padeciesse muchas juntas, con desiguales tormentos; y assi, atado de pies, y manos, le lanzaron por una boca, y grieta de un collado obscuro, en que nunca se avia podido hallar suelo, para que alli pereciesse con hambre, sed, y fatiga: claro exemplo para los Privados, y Validos, pues en cayendo de la privanza, ninguno los quiere bien, sino hasta los que estando en ella eran amigos, les buscan todo mal; y assi, ningun hombre cuerdo, y prudente avia de procurar subir, por no venir á caer, porque no apetecer aquello, no es deshonra; y venir à dàr en esto, es grande afrenta.

Sepultado Enrico en vida, fueron los executores à llevar la nueva al Rey, el qual les diò las gracias; y en siẽdo las doze hizo à un musico que por la parte de el jardin, por donde se avia quexado Enrico, la noche precedente, le cantasse á Teodora este lugubre Romance.

Teodora, si acaso aguardas
que venga tu Enrico à verte,
llamale del otro mundo,
porque yà no habita en este.

Mataronle por tu culpa,
porque en pleyto de amor, siempre
le dexan libre al culpado,
y matan al inocente.

Amabate con secreto,
y assi con secreto muere,
porque conforme la vida
dizen que ha de ser la muerte.

Fingimientos, y mentiras,
fue de su mal accidente,
que aunque parece pequeño,
es grande para con Reyes.

Fiòse de tu palabra,
y fianzas de mugeres,
quando no obliga à los hombres,
à que hagan cesion de bienes?

Si pagáras otro amor,
gozàras continuo deste,
sin sentir lo que yà lloras,
y sin llorar lo que sientes.

No enturbies serenos ojos,
que quien Reyna pudo hazerte,

mas facil podrá obligarte,
Teodora à que los ſerenes.

Rogandote eſtà, y rogando
hombre que mandarte puede,
haràs muy mal, permitiendo
que te mande, y no te ruegue.

Olvida antiguas memorias,
lo que te digo apetece,
pues ſe han conſumido aquellas,
y eſtas ſe eſtàn en eſpecie.

Olvida amores Enricos,
y apetece amores Reyes,
pues aquellos ſon paſſados,
y eſtos los tienes preſentes.

Avia eſtado Teodora, deſde que viò venir al Rey con los demàs Cavalleros que le acompañaban, y Enrico no, el que mas queria, melancolica, y confuſa, inquiriendo por mil partes ſaber dèl, preguntando á unós, rogandoles á otros, y à todos ſuplicando; y viendo que ninguno le daba razon, hechos ſus ojos fuentes, eſperaba la hora acoſtumbrada para ſatisfacerſe, y oyendo en vez de ſus palabras, eſtas razones laſtimoſas, anunciadoras de ſu muerte, faltando al corazon vigor, ſangre à las venas, y à los pulſos aliento, cayó deſmayada, ſin poder tornar en sì en mas de tres horas, y quando bolviò, fue con frenesì tan deſatinado, que comenzò con los peynes de marfil de ſus hermoſas manos à raſgar ſus blanquiſsimos pechos, eſmaltando con deſleidos rubies campos de azuzènas, y ſacando de entre nacares los murices rubicũdos: arañó el cielo hermoſo de ſu cara, aunque con lagrimas yà caſi deshecho, y anegado, y en fin dexò del ſuelo rico con muchas hebras de oro de ſu cabeza, tan precioſas, y lucientes, que à faltarle al Sol algunas, tuviera à dicha ſuplir con él las faltas ſuyas.

En eſtas laſtimas ſe entretuvo Teodora toda la noche, juzgando aun todo eſto por muy pequeño mal reſpeto de lo bien que à Enrico queria. Venida la mañana, encubriò el dolor, enjugò los ojos, y compuſo el roſtro todo lo mejor que pudo; aviendo llamado con ſecreto à dos Cavalleros, que ſe vendian por muy amigos de Enrico, les preguntò el ſuceſſo, y ellos le dieron noticia de todo lo ſucedido. Que ſe deſmayára aqui otra vez no ay duda, à no averle pedido un poco antes à ſu corazon recogieſſe el ſufrimiento de las reliquias del alma, que andavan por el cuerpo deshechas, y eſparcidas.

Recobrada, pues, en sì, pidiòles encarecidamente la acompañaſſen por la mañana antes que amanecieſſe haſta el lugar miſmo donde avian dexado muerto à Enrico, porque con ſolo ſepultar ſu cuerpo, apagaria algun dolor

del

del alma, y que luego à la noche se bolverian con el secreto possible; previniendoles tambien, que para que el Rey, ni la Reyna le echassen menos, ella dexaria una buena traza con una amiga suya, de modo que fuera imposible el hazer falta. Condescendieron los Cavalleros con su ruego, y en apartandose de alli, ò yá por temor que se descubriesse el engaño, ò yà por ganar gracias con el Rey, fueron, y le contaron quanto Teodora les avia dicho. El, que deseaba hallar ocasion oportuna para lograr sus intẽtos, viendola tan á su gusto, les dixo, que hizieran quanto Teodora les dixesse, llevandola al lugar mismo donde mataron à Enrico, y que lo que él intentaba hazer con ella, allà lo verian.

No tuvo ocasion Teodora (bien ignorante de la maldad) hasta la tercera noche de poder salir de Palacio, del qual saliò entre doze, y una con los dos Cavalleros dichos, abriendo con una llave maestra las puertas que fueron menester; y por presto que llegaron al bosque (que seria quando Febo llegaba à los umbrales de la Aurora) yà el Rey avia llegado antes por un atajo, acompañado solamente de un criado: los Cavalleros al tiempo que le viéron, se fingieron turbados, y querer huir. Teodora, que yà con llantos tristes, y penosas vozes avia comenzado á llamar à Enrico, considerando la determinacion que el Rey llevaba, y viendo que yá por fuerza pretendia hazerse dueño de su honor, sacò un cuchillo escondido de su seno, llevado para el efecto mismo de bolverle á esconder, aun no entre las telas, como venia, sino en sus castas entrañas; lo qual hiziera sin falta, à no tenerla el Rey el brazo, y à no salir á aquel tiempo Enrico por una horrible cisura del monte, boca de un pequeño arroyo, cubierto todo de cieno, el rostro con mil heridas, las manos casi deshechas; y en fin tan horrendo, y espantoso, que el Rey turbado, y los que le acompañaban despavoridos, juzgando venia del otro Mundo, por averle todos dexado por muerto, comenzaron à huìr dèl; y Enrico en lugar de perseguirlos, comenzó à llamarlos, aviendose primero abrazado con Teodora, que aunque tambien entendiò venia de la otra vida; y aunque le vió tan disforme, no tuvo miedo alguno de llegar á sus brazos.

Admirado el Rey, detuvo el passo, mandandoles à los Cavalleros, y al criado que hiziera lo mismo; que visto por Enrico, tomando de la mano á Teodora, fue, y se postrò à sus pies, diziendo: Invencible Dionisio, Rey famoso

moso desta Provincia fructifera, y amena, yo soy el miserable Enrico, á quien tus Ministros por darme muerte mas dilatada, y penosa me echaron por la boca de una caberna profunda que està en la cerviz deste collado; fuy rodando media hora, dandome infinitos golpes, y haziendome mil heridas, hasta dár en el vltimo estremo desta profundidad tan desatentado golpe, que me dexò sin sentido mucho tiempo, que no puedo discernir, ni averiguar, por no saber los dias que han passado. Hallabame yà aora sin saber donde me estaba; de hambre enflaquecido, de temor cercado; y de esperanza ageno, quando por un lado del abismo llegò à mis oìdos el eco de las vozes de mi querida Teodora, que aunque triste, y lastimado, fue para mi corazon alegre, y sonoro, pues cobrando el vigor perdido, me acerqué por aquella parte, y hallando unas grietas, por donde una fuentecilla con un susurro manso se vá deslizando, me metì por ellas, y á pura fuerza de brazos he venido à salir del modo que veis por la misma parte que este arroyo se origina. Si ha sido fuerte en ti, señor, la espero; si ha sido dicha, de ti, señor, la aguardo: y si ha sido beneficio, del tuyo, señor, confio. Muevante los males que he passado, las penas que he padecido, y los dolores que siento, para que en paz me permita gozar los bienes que tanto quiero, las glorias que tanto adoro, y los contentos que ha tanto procuro. Y si acaso vence en tu Magestad la ira, y el rigor á la piedad, y clemencia, aqui me tienes de nuevo à tus pies, y juntamente Teodora, participe en mis trabajos, para que executes en los dos el golpe de tu venganza.

No le dexò el Rey passar adelante, sino abrazandole estrechamente, dixo, le perdonaba los disgustos que le avia causado, y que diera grandes premios á los que le echaron en el pozo, à saber que lo avian hecho movidos de clemencia, pues avia sido causa de su vida. Con esto, pidiendo perdon à Teodora, que muy gozosa le besò las plantas, los fue acompañando hasta su Palacio, donde los desposó con grandes regocijos, y muchas fiestas, mostrando en esta accion la generosidad, y grandeza de un Principe heroyco. Vuessa merced, señora Doña Serafina, le muestre con quien desea servirla, porque deste modo estaré dispuesto para passar qualquier mal, con la esperanza de semejante bien.

EL

EL MUERTO ZELOSO,

NOVELA VLTIMA.

A la Señora Doña Serafina.

DIzemẽ v. m. por la ſuya, que à muertos, y á idos no ay amigos; à que reſpondo, que eſtàn yá los hombres tales, que antes procuran buſcar amigas que conſervar amigos; y porque no huviera ſoſpecha en eſta parte, me he tardado algunos dias, ò mejor dirè deſcuydado en acudir à mis obligaciones. Y yá que aora eſcrivo, no quiero ſer corto, dandome v. m. en ſu carta el tema de mi diſcurſo, que es la palabra, muertos, con la qual quiero probar que ay difuntos que no ſe olvidan de amiſtades, y muertos que vienen à dàr, y pedir zelos. Eſto probado, verà v. m. que no tiene razon de quexarſe, porque ſi un muerto, no ſe olvida de acudir à ſus correſpondencias, menos ſe olvidarà quien tiene en v. m. vivas ſus glorias. Solo advierto, que aunque vá con nombre de Novela, lleva lo radical de hiſtoria; y aunque con capa de aficion, es la ſubſtancia verdadera.

En la Ciudad famoſa, à quien el criſtalino Tajo ſirve al chapin de ſus plantas de virillas, y en quien la mayor Señora ſe dignò de eſtampar las ſuyas, que cõeſto ſe conoce que es la Imperial Toledo, Corte en otros tiempos de tan inſignes Monarcas, y alvergue en eſtos de ingenios tan lucidos, eſcuela de galanes, parto de valientes, ſarao de damas, caſa de diſcretas, eſpejo de hermoſas, y madre en fin de la lengua politica Eſpañola, reſidia un Cavallero Valenciano, llamado Lucindo, hombre muy alentado, galan, y diſcrero (ſi ſe le puede dàr eſte titulo à quien tiene amores) dexò à ſu Patria deſpues de ſeis años de Flandes, en que ganò vanderas, y conductas, por ſola la fama de una Dama de eſta Ciudad, llamada Doña Ana, en quien puſo el Cielo perfecciones de hermoſa, y diſcreta. Como era mancebo, y ſus obligaciones de acudir à padres, por ſer yà muertos, le fue muy facil ſentar ſu caſa en Toledo, dexando en Valencia quièn le adminiſtrára la hazienda, y le acudiera con los reditos.

La Doña Ana, que como

he dicho, era muy hermosa, y no tan mal puesta, que no gozasse de un rico dote de veinte mil ducados, aunque con la pensiòn de estàr en poder de una tia suya, aficiònose á sus galanteos, pagòse de sus cortesias, y enamoróse en fin à su bien cortada prosa: Embebida, pues, Doña Ana en los amores de Lucindo, comenzò à correspondèr à sus deseos, y à pagar sus cuydados, significandole por señas su voluntad, diziendole con los ojos su aficion, unas vezes desde sus rejas, y otras al ir à Missa las fiestas.

Fue creciendo el amor, y con èl el trato, y correspondencia, embiandose muchos papeles de requiebros, de que era la portadora una criada de Doña Ana, llamada Tecla, que no fue poco venir nombre con el oficio, pues siempre estas criadas son las teclas por donde se tocan los organos de las señoras. Fiabase mucho de ella, por averla hallado muy fiel, y conforme à su gusto, aunque muy contraria al de la tia, la qual atendiendo à algunas cosas à fuerza de mucho tiempo, comenzò à espiar á Tecla, atendiendo à sus entradas, y salidas, y reparando en los muchos secretos que tenia con Doña Ana; y puso en esto tanto cuydado, que no dexò de insistir hasta coger un papel, en que iba este Soneto, á causa que un dia antes se le avia torcido un chapin al salir de su casa.

Iba corriendo el Sol por su carrera,
quando los vuestros dos de luz vestidos,
entre zonas de plata conducidos,
salieron á mirarle en vuestra Esfera.
Como afrentado el Sol, se tirò à fuera,
y viendo vos sus passos tan torcidos,
os dexasteis caer, porque advertidos,
su curso cada qual andar pudiera.
La calle con la sombra estaba obscura,
y reclinando vos vuestros faroles,
quedò brillando el suelo con primores.
Que aunque el caer en vos no fue ventura,
caer por ostentar vuestros dos soles,
por robar fue las almas con amores.

No dexó la tia, por las sospechas que yà tenia, de conocer el dueño de el Soneto, por mucho que Tecla afirmò, que no conocia al Cavallero que le avia dado, y assi, muy enojada la riño aspera-

peramente, y diò nna reprehensiõ à la sobrina. Doña Ana como discreta, la satisfizo hasta que la dexó muy pacifica.

Pesaroso quedò Lucinda quando Tecla le contò el desastre q̃ le avia passado; porque es muy propio destas criadas, y terceras contar á las partes los lances que suceden, por encarecer la cura. Consolòla con un doblon, que aunque rehusó recibirle, no dexó de tomarle, propiedad de Medicos, que quando abren la boca para dàr alguna escusa, tienen yá abierta la mano para recibir el dinero; las palabras que comenzaron á dezir entre dientes de no corre priessa, y no se pongan en cuydado, las vienen à concluir con mucho contento, diziendo, vivan mil años.

Bien imaginò Lucindo, que su amor llegàra á verdadero efecto sin ningunos intervalos, mas como en esta vida no ay cosa estable, amor seguro, ni gozo cumplido, se le levantò un competidor muy poderoso, con tantos assomos de galàn, como rasgos de valiente, y con tantas señas de discreto, como prendas de nobleza. Este era un Cavallero de la misma Ciudad, D. Iuan por nombre, y Moncada por apellido, hombre muy estimado por su calidad, muy querido de todos por sus hechos. Enamoròse de Doña Ana, con tanto extremo, que desde el primer instante que la viò, procuró grangear su amor, y viendo que para estos tratos, si han de ser secretos, es necessario aya terceros, comunicò su pena con un criado suyo, llamado Martin, hombre de buen humor, bien servicial, y valiente; el qual con diligencia dió orden, y buscò modos para introducirse en la casa de Doña Ana, que no le fue muy dificultoso, en viendose con Tecla, que como èl era bien chocante, comenzò à requebrarse con ella, y á galantearla; de modo, que en pocos dias la sejetò à su gusto, y luego la propuso el blanco adonde se enderezaba su intencion, que era diesse orden de modo, que D. Iuan pudiesse comunicar con su señora Doña Ana, ó bien por palabras, ò bien por papeles. Viendose Tecla tan empeñada con Martin, aviendole contado lo que avia de por medio con Lucindo, le dixo que lo que podia hazer, era no llevar, ni recibir mas papeles de Lucindo, y darle à su señora todos los que le diesse de Don Iuan, y encarecerla su bizarria, y persuadirla su amor. No quiero yo mas, respondiò Martin, y dandole las gracias, y haziendole muchas promesas, fue à contar à Don Iuan lo que passaba, y Tecla entre tanto à

Doña

Doña Ana lo ſucedido. Don Iuan quedò muy contento, buſcando yà modos para facilitar ſu pretenſion, y Doña Ana muy enojada repitiendo cauſas para reñir con Tecla; la qual como la huvieſſe traìdo una carta muy bien notada de Don Iuan, tomò ella la pluma, y reſpondiò con ella.

Carta de Doña Ana à Don Iuan.

En un cuerpo humano no depoſitò Dios ſino tan ſola un alma, que á ſer mas, ò fueran muchas las diſcordias, ſi cada uno ſe inclinàra á ſu objeto, ò muy grandes las pazes, ſi todas ſe conformáran con uno. Yo, ſeñor Don Iuan, no ſiento en mi corazon ſino es una alma, y eſta con una mera voluntad, y eſta voluntad con una perfecta aficion, y eſta aficion con una honeſta correſpondencia, y de todas eſtas tiene la poſſeſſion, y propriedad un Cavallero, en quien hizo dellas conacion, quedandome ſolamente con el uſo para poder vivir, y aun no quiſe el uſufructo, por no tener nada que poder enagenar. Pues meterme yo en hazienda agena, y querer como ſeñora diſponer della, ni v. m. lo ha de permitir, pues es contra juſticia, ni yo darè lugar, porque es contra mi conciencia. A ſer yo ſeñora de mis acciones, y á eſtàr libre de empeños, la ganancia era para mi, y muy mucha, y para v. m. la perdida, y no poca: porque donde podia yo ganar mas que en ſervir á v. m. y donde v. m. menos que en amarme à mi? Y aſſi, pues el Cielo quiſo que yo no fueſſe merecedora de tales favores, y que v. m. no ſe humillaſſe à tan pequeños bienes, contentemonos con lo que cada uno tenemos, y no apetezcamos lo que ninguno podemos alcanzar, que aunque v. m. eſtà con poſſibilidad dello, no puede aver ninguna, eſtando yo empeñada, y aunque v. m. eſtá libre, y puede querer, yo ſoy agena, y no puedo mandar. Servir à dos ſeñores juntamente, claro eſtà que no ſe puede; y ſi algunas (aunque mal) hazen poder, yo (aunque ſe pudiera bien) no lo pienſo hazer. Y aſſi, ſupueſto todo lo referido, ſuplico encarecidamente á v. m. ſe ſirva de no hablar mas en eſte particular, dando de mano à papeles, eſcuſando paſſeos, y quitando las ocaſiones, porque es muy zeloſo quien me eſtima, y muy valiente à quien adoro.

Eſcrita que fue eſta carta, paſsò por los arcaduces que ſuelen paſſar los memoriales que ſe dán al Rey, dandola Doña Ana á Tecla, Tecla à Martin, y Martin á Don Iuan, que quedò aviendola leìdo, por una parte contento de

vèr su discrecion, y corteses cumplimientos; y por otra triste, y despechado de vér su resolucion. Tomò la carta Martin, por vèr si se avia dexado algun parentesis por leer, y sin ser letrado, que interpretan las leyes à dos caras, y sin ser Logico, que tuercen la verdad por donde les parece, sacò un argumento, y una consequencia, diziendo. Señor, aqui dize que si ella no tuviera este empeño, se tuviera por dichosa en amarte; y luego si buscamos este galàn, y con el secreto que se pide le damos muerte, es cosa muy cierta que te querrà Doña Ana. No reparò Don Iuan en nada, oyendo esto, sino tomando la carta, la bolviò à mirar otras mil vezes, por vèr si se seguia la sequela, no reparando en los daños que se avian de causar; y por esto he dicho muchas vezes, que por discreto, y prudente que sea un hombre, no se puede tener por tal mientras anda enamorado, donde es forzoso hazer muchas niñerias, dàr assiento, y lugar à mil locuras. Conformado, pues, con el parecer de Martin, y no siendole dificultoso conocer que era Lucindo el enamorado de Doña Ana, salieron una noche los dos con determinacion de matarle. Hallaronle en la calle puesto debaxo una reja, por donde muchas vezes aparecia el Sol, y requebraba la Aurora: y quedandose Martin en una esquina, llegò Don Iuan con la espada prevenida, y preguntóle què buscaba alli? Lucindo, que como Soldado en fin, no estaba hecho à consentir cosquillas, respondiò: Yo busco aqui lo que no os importa à voz zelar, y aguardo lo que no os importa inquirir, passad adelante antes que me irrite, porque soy poco sufrido en responder con la lengua, quando puedo con la espada. Don Iuan oyendo esto sacò de entre los incentivos de ira un discurso de razon, que fue considerar, que si reñia alli se ponia à peligro por lo menos no alcanzar á Doña Ana, aunque le matasse, y assi le dixo: Yo no soy hombre que doy en las calles respuesta à semejantes palabras, aunque me suelo portar muy poco oyendolas, por lo qual si sois tanto como presumis, y hazeis tanto como demostrais, seguidme, si os atreveys, que yo os doy mi palabra que el criado que conmigo viene no os ofenderà en cosa alguna. No gastaron mas tiempo en replicas, ni preguntas. Y saliendose todos tres à lo alto de el Castillo de San Cervantes, sacaron los dos las espadas, y despues de muchos golpes, cayò Lucindo en tierra herido de muerte, de una estocada, que le passa el corazon,

zon, que apenas le diò lugar de confeſſar ſus culpas, ſin pòder deſcubrir las agenas, por no averſele dado à conocer Don Iuan, el qual al punto que le viò de aquel modo, huyò à ſu caſa con Martin, antes de cauſar algunos indicios, y deſpues que la muerte de Lucindo ſe ſepultò en olvido, le reſpõdiò á Doña Ana deſta ſuerte.

Carta de Don Iuan à Doña Ana.

Segun el triſte ſemblante con que à v. m. he viſto eſtos dias, y ſegun las mueſtras de ſentimiento, que haſta en el trage ha moſtrado, he podido colegir que era el depoſitario de ſu voluntad un Cavallero de Valencia, que hallaron muerto junto à San Cervantes, de que me ha peſado infinito, ſi acaſo v. m. lo ha ſentido por algun fin. A ſaber quien le matò, yo procurára vengarle, porque ſi bien es verdad, que me ha hecho á mi gran beneficio en dexarme libre à v. m. me ha dado con todo mucho peſar en ſaber que ha ſido à coſta de ſu guſto, el qual éſtimo yo en mas que mi provecho, porque no puedo tener ninguno eſtando v. m. diſguſtada, y puedo tener eſperanza de muchos, eſtando contenta. Pero dexando peſames á un lado, quiero tratar de mi juſticia, la qual tengo fundada, no menos que en las palabras expreſſas de v. m. que para ſer ley, no han meneſter mayor autoridad; y para traer execucion aparejada, no tienen neceſſidad de mayor obligacion. Dixo v. m. que de ſu voluntad era ſolamente uſuaria, porque la propriedad la tenia un Cavallero, por una obligacion que v. m. le avia hecho por unos raſtros de amor, y por unas deudas de aficion. Y yo digo, que yà v. m. es libre poſſeedora de todas ſus acciones; porque aquella obligacion era meramente perſonal, y eſtas parecen al inſtante que perece la perſona, luego ſi murió el proprietario, acabaria tambien aquella accion; dexando à v. m. heredera de lo proprio que le avia donado; porque harto haria aquel Cavallero de dàr cuenta de ſu alma, ſin meterſe en llevar allà las agenas. Eſto ſupueſto, añadió v. m. que à eſtàr libre de aquel empeño, y exempta de aquellas obligaciones, antes ganaria en amarme, que yo en ſervirla; luego ſi v. m. lo eſtá, como bien conſta, razon tengo de pedir juſticia, y obligacion v. m. de tener miſericordia? Lo que es la ganancia no la concedo, porque es mia, mas puedo aſſegurar, que no tendrà v. m. perdida ninguna, porque mi oficio ſolo ha de ſer obedecer, ſervir, y agradar; y el de v. m. com-

peler,

peler, mandar, y prohibir. No sea v. m. cruel á deseos tan amorosos, ni esquiva à tan verdaderas aficiones, pues sabe muy bien que pido razon, que no pidiera, á saber que v. m. no la tenia para poderla dar. Y porque en esta carta he guardado el estilo petitorio, quiero concluir con la clausula juridica que se suele, diziendo que pido justicia, y costas (que no serán pequeñas las que haré en mi salud, en no dandome remedio,) juro en forma, que no pongo esta demanda de malica, sino de mucho querer, y para ello, &c. Y aunque es vuessa merced, à quien pido, la quiero hazer juez en esta causa, fiado en quien es, y sè que me guardarà justicia, pues que es caso en que sin hazerle à sì agravio, puede sentenciar en mucho provecho mio. Y si huviere duda en que conforme á derecho no puede ser uno juez en causa propria, facil serà quitar, atendiendo que se entiende aquella regla en todas las causas, fuera de las de el amor, porque en estas la misma à quien se pide, ha de sentenciar, y no sentencia como quiera, sino sin embargo de apelacion, porque jamás se apela de su voluntad. Yo, señora mia, si apelarè de vuestro corazon, si estuviere duro, à vuestros hermosos soles, que veràn mis lagrimas, y á vuestros piadosos oìdos, que oiràn mis quexas, mas todas en fin han de ser apelaciones, sin salir de vos, porque estoy con vos tan metido, que á ver de salir, antes perdiera todo mi derecho, no apelando, que procurarle buscar saliendo.

Comenzò Tecla en leyendo Doña Ana la carta, á intimarle el estilo, y el modo, alabando su lenguaje, y engrandeciendo su discrecion, todo á fin de convencerla, lo qual no fue dificultoso, ni à v. m. señora Doña Serafina, se le harà impossible, ni à mi se me haze pesado: porque si ay mugeres que no guardan constancia, y fidelidad, estando los esposos, y los que aman presentes, que mucho que una muger moza, hermosa, rica, y dispuesta como Doña Ana, olvidasse passadas memorias de Lucindo, y apetecieſſe yá presentes favores de D. Juan? Fuesse secando la humedad de los ojos, y humedeciendo la sequedad del corazon, y en breves dias se entrò D. Juan por las puertas de el alma de Doña Ana, hallandolas de par en par abiertas; comenzòse à hazer libro de nuevo, borrando lo que estaba escrito, escriviendo cada dia requiebros, y ternuras; de que yo digo que traìan muchas en verso; porque si Lucindo

con

con ser soldado no se librò de la enfermedad de Poeta, menos le librarìa Don juan, aviendo cursado muchas Escuelas. Mas como la tia andada solicita, y cuydadosa, y Tecla rezelosa, y bien escarmentada, llevaba los papeles con tanto secreto, y despues de leìdos, los ocultaba tanto, que no he podido descubrir ninguno; y assi, vuessa merced me perdonarà el no referirlos. Tecla, y Martin, que eran los dos correos, que mediaban en este camino, vinieron tambien à amarse tanto, y quererse con tanta aficion, que con andar dando medios, gozaron muchas vezes frutos inmediatos, porque los criados para estos negocios no reparan en tantos puntos como los señores.

Viendose, pues, yà Don Juan tan favorecido de Doña Ana, y considerandose Doña Ana tan obligada de Don Juan, trataron de comunicarse de noche, sirviendo Tecla de centinela, para si la tia recordaba, y quedandose Martin por espia en la calle, hasta aver entrado dentro; mas todas las noches que pensaron poner por obra este pensamiento, aunque unas iban à las doze, y otras à la una, y aun algunas à mas de las dos, hallaban siempre un embozado arrimado à la misma puerta por donde avian de entrar; y con ser Don Juan tan animoso, no se atrevia nunca à llegar à conocerle, rezelandose no fuesse algun pariente de Doña Ana, que tuviera dentro mas gente, y le quisiessen matar, por aver tenido algunos indicios de sus amores. Passabanse de largo assi como le veìan, advirtiendo en que en aviendo passado, los iba siguiendo el mismo que estaba en la puerta, hasta dexarlos en su casa. Pero como Don Juan se huviesse informado de Doña Ana, y de Tecla, de que ninguna noche avia entrado persona humana en su casa, sino que antes estaban quexosas dèl, porque las burlaba tantas vezes, determinò de salir de duda, y llegar à reconocer al que le daba tanto estorvo, y pesadumbre; y assi una noche, aviendo mirado primero las calles circumvezinas, por si estaban algunos escondidos, le dixo à Martin, que llegasse primero, y le preguntasse, que, què hazia en aquel puesto, para que conforme lo que le respondiesse, pudiesse él salir à la demanda? Martin, que picaba tambien de valiente, no se hizo de rogar, y mas sabiendo que estaba su Tecla en la ventana, si acaso no estaba yà junto á la puerta. Llegò muy determinado, y apenas dixo: quien vá? quando mirando al que se lo preguntaba descubierto, y conocien-

do

do ser el difunto Lucindo, se retirò, dando vozes, y haziendose muchas cruzes, y el muerto á passo tirado, traspuso toda la calle. Don Iuan al punto que oyò à Martin, se llegò con mucha priessa con la espada tirada, juzgando le avia herido, y oyendo lo que avia visto, por mucho que quiso disimular, recibió tambien algun temor, aunque se dispuso à venir otra noche, y llegar en persona para satisfacerse de la verdad.

Venida la siguiente noche, bien armado Don Iuan de valor, y Martin bien lleno de miedo, se fueron à la calle de Doña Ana, donde yá hallaron al difunto Lucindo en su puesto acostumbrado. Martin, quando le viò, por no dàr à sentir su cobardia en bolver las espaldas, y por no mostrar su poca lealtad en dexar à Don Iuan solo, comenzò á imperrar el auxilio divino, viendo que no le podia aver humano, sino era con inhumanidad suya, haziendose muchas cruzes, y con buen cuydado de ir algo desviado de su señor Don Iuan, el qual con muestras bien claras de su valor, llegò adonde estaba Lucindo bien recatado, y cubierto, porque no le conociesse, hasta que fuesse su gusto, y diziendole, què quien era, y qué esperaba? Respondió con palabras tristes, y profundas la misma rãzon, que le diò Don Iuan, quando le sacò á reñir, que fue dezir: Yo no soy hombre que doy respuestas, y satisfaciones en donde se puede dàr escandalo, y originarse alborotos: si vos los sois (que si sereis, segun las muestras que dais) seguidme, y sabreis quien soy, y quedareis entendido de lo que busco, y desengañado, y satisfecho de las dudas que traeis. Diziendo estas palabras, comenzò à caminar à priessa por la misma via que saliò, quando le dieron la muerte.

Si v. m. señora Doña Serafina, no está de priessa, yo le ruego (aunque admite mal mis suplicas) que haga aqui un parentesis, tendiendo la consideracion en el modo que podria quedar aqui Don Iuan; oyendo tal resolucion, sin conocer á quien le desafiaba, sospechoso de lo que la noche antecedente le avia dicho Martin, con la representacion de la injusta muerte, que avia dado á Lucindo, temeroso de si era otra persona, queda por cobarde; angustias, y temores por una parte; rezelos, y sospechas por la otra; peligro en obedecer, afrenta grande en huir; y finalmente lleno todo de temerosos cuydados. Y en aviendo v. m. considerado todo esto, y hecho eleccion en su entendimien-

miento de lo que escogiera en esta parte, si se hallára en la presente ocasion, podrá passar adelante en el discurso, y sabrá la eleccion de Don Iuan, que fue á medida de su valor, y ajustada à lo invencible de su pecho; pues apenas en un instante con todas estas consideraciones diò una buelta la memoria por delante de los estrados del entendimiento, quando resolviò á seguir los passos veloces de quien no conocia, con harto dolor, y sentimiento de Martin, que le acompañaba.

Siguiendo, pues, Don Iuan á Lucindo, y Martin à Don Iuan no pararon hasta San Cervantes, en el mismo puesto donde avia sido la pendencia passada, llegados aqui, tomò Lucindo à Don Iuan por la mano, y desviandole un poco mas de donde Martin estaba, se descubriò, y le dixo de esta suerte: No quiero teneros mas confuso, ni dudoso, aveis de saber, Don Iuan, que yo soy Lucindo, á quien vos mismo distеis muerte en este proprio lugar, llevado meramente de los deseos de Doña Ana. Reñisteis como Cavallero, aunque no hizisteis como tal en sacarme aqui à reñir, y aunque aora imaginais que os he sacado para el mismo efecto, podeis estar muy seguro, que mi intento es muy diverso, pues los difuntos solo procuramos el verdadero remedio de la gloria, olvidandonos de agravios, no haziendo caso de ofensas, y perdonando los trabajos recibidos. Por este fin, pues, os he sacado aqui, privandoos todas estas noches de la conversacion de la Dama, que sin justicia me quitasteis, conociendo que la deseas tanto como lo que os quiero pedir, y hasta que lo hagais, podeis estár muy cirto, y entendido, que no os he de dàr lugar ni tiempo de que llegueis á darla la mano de esposo. Porque harta poca pension será para un beneficio tan rico, y señalado como el que pretendeis, ir à Valencia, y hazer que una heredad, que por mi muerte yá posee un hermano mio, se restituya al Convento de Santo Domingo, porque verdaderamente es suya, y yo, y mis padres, por injustos pleytos la teniamos usurpada; y si mi hermano no quisiere atender á vuestras palabras, pues sois, Don Iuan, rico, y poderoso, podeis bolver á desentrañar la causa, y el processo, para que mirada bien la justicia, se le dè à cuya es; para lo qual acudir à el Convento, como tan interessado, à daros favor en lo que se ofreciere. Hecho esto, me aveis de hazer dezir dos mil Missas, por muchos cargos que tengo del tiempo que fuy soldado,

do; porque os hago saber, que hasta que lo que os he dicho no esté cumplido, no puedo salir de un mar de miserias, donde estoy penando de un lago de aflicciones en que estoy sumergido, y de un abismo de martirios en que estoy sepultado. Yo os ruego, Don Iuan, que pues me quitasteis la vida, aunque me hizisteis merced de dexarme un poco de tiempo, en que pude tener contricion de mis pecados, no os olvideis de quitar, y sacar à mi alma de tantos tormentos, pues es una cosa muy facil para vos, y muy benemerita para mi. Con esto, no tendré zelos de mi querida Doña Ana, aunque yà vuestra, y no mia, con esto os dexaré gozar de sus glorias, con esto no os impediré la puerta de sus gracias, y con esto, en fin, quedareis libre de mis sombras. Donde no, serà tan al contrario, que muerto como estoy he de ser tan zelozo en guardar los claustros de su grande belleza, y admirable hermosura, que no aveis de ser jamàs digno de mirarla sin pension de acordaros de mi, como si me tuvierais alli delante; y si atrevido quisiereis atropellar con representaciones à gozarla, aunque sea en los sacros limites de el matrimonio, yo os doy mi palabra que à fuerza de golpes, sin ofensa de los vuestros, aveis de ser expelido, y maltratado; lo qual vereis por experiencia, en no cumpliendo, como confio, lo que os tengo suplicado.

No aguardò respuesta el difunto, en diziendo estas palabras, sino en un instante se les desapareciò.

Refiriòle Don Iuan à Martin todo quanto Lucindo le avia dicho. Y porque v. m. no se equivoque en lo restante de este discurso, quiero advertirla, que lo mismo serà dezir Lucindo, que el zelozo, ò el muerto. Digo, pues, que el criado entendido de lo passado, enderezaron los passos azia su casa, con propositos muy firmes de poner en execucion quanto el difunto avia pedido, y de el modo que muchos con propositos de hazer aquello que están obligados, ò que se les pide, piensan que es lo mismo que si yà estuviera hecho; y assi, Don Iuan juzgó que su buena intencion era bastante para que Lucindo no le fuesse estorvo de visitar à Doña Ana las vezes que le diera gusto, mientras aquella buena voluntad se ajustaba. Error grande, y desatino muy confirmado, porque la intencion de hazer buenas obras, de apartarse de lo malo, de buscar lo bueno, de seguir la virtud, y de huir el vicio, aunque es buena en sì,

con todo es fruſtranea, y de ningun merito, quando pudiendoſe hazer aquello de que ſe tiene intento, no ſe pone por obra. Porque, pregunto, què importa que un amancebado, de los que ſolemos dezir de por vida, tenga intencion à ſu parecer ſana, y buena de dexar aquel vicio, ſi teniendo ocaſiones oportunas un dia, y otro dia, una Paſqua, y otra Paſqua, y un año, y otro año, nunca la quiere poner en execucion, y reducirla à la obra?

Yà oygo à v. m. que eſtà diziendo, ſi ha de paſſar eſta Novela à algun diſcurſo quadrageſimal, ſegun nos vamos metiendo en conſejos, y queſtiones morales; à lo qual reſpondo, no ſoy amigo de huir el cuerpo á lo que viene à propoſito de lo que ſe và tratando, pues no por eſſo ſe defrauda la Novela, porque del miſmo modo avrá v. m. viſto en un Sermon referir una fabula, por venir à cuento de lo que ſe vá diziendo, y no por aquello dexa el Sermon de ſerlo.

Antes que D. Iuan llegaſſe à ſu caſa, juzgò que aquella intencion que tenia de cumplir todas las mandas de Lucindo, era lo miſmo que eſtarlas poniendo por la obra; y aſſi, le dixo à Martin, que queria ver à D. Ana, porque ſeria cierto el eſtarle aguardàdo. Martin, que no veìa ſombra que no juzgaſſe era el muerto, bien quiſiera diſuadir à Don Iuan deſta pretenſion, mas viendo avia de ſer impoſſible, otorgò quanto le dixo yendo los dos con no pequeño rezelo de bolver à hallar ocupada la calle.

Tecla, y Doña Ana eſtaban pueſtas en centinela aguardandolos por momentos, bien ignorantes de la cauſa de la tardanza, porque aunque los avian viſto ſalir, no vieron ellas nunca al zeloſo difunto; y aſſi avian juzgado que fueron à algun negocio. Tampoco Don Iuan quiſo deſcubrir coſa alguna, por no atemorizar à Doña Ana; pero Martin no pudo menos de comunicarle á Tecla algun miedo de lo mucho que llevaba. Hablaronſe por la rexa un gran rato, dexando para otra noche la viſita, con mas repoſo, y ſoſſiego, concertando que avian de entrar dentro, á peſar de los deſvelos de la tia; porque conſidere v. m. ſi eſtaba bien zelada la pobre Doña Ana, no ſolo del amante difunto, ſino tambien de una tia ſoſpechoſa, que es peor q̃ un diablo zeloſo.

Deſpedidos con eſſo, y llegada la noche ſeñalada, en que pretendian con eſtrechos abrazos confirmar los tiernos requiebros que haſta entonces ſe avian dicho, ſolieron Don Iuan, y Martin por el camino acoſtumbrado,

ſo, todavía rezelozos de encontrar con el difunto. Llegaron à la calle, y viendo que no parecia perſona, ni ſombra alguna, llegaron muy contentos à la puerta, donde yà Tecla eſtaba aguardando cuydadoſa; metiólos dentro, y bolviendo à cerrar las puertas, los guiò con paſſos muy callados haſta el retrete reſplandeciente, y hermoſo con la reververacion de los ſoles de Doña Ana, en cuya preſencia dexando á Don Iuan, paſsó con Martin haſta ſu apoſento, en el qual apenas puſieron los pies, y apenas Don Iuan quiſo tocar las manos de Doña Ana, quando apagandoſe la luz, y ſintiendoſe él miſmo Don Iuan trabar tan fuertemente del brazo, que à peſar ſuyo, le llevaron haſta el ultimo apartado de la caſa, comenzò Doña Ana deſpavorida, y temeroſa á dàr recias voces. Acudiò muy diligente Tecla, ſin voz, y ſin alientos à ſaber la cauſa, dexandoſe á Martin bien deſalentado, y afligido. Encendiò luz, y antes que tuvieſſe lugar de preguntar coſa alguna, ſe levantò la tia á medio veſtir con harta confuſion, y triſteza; y llegandoſe à Doña Ana, le preguntò ſu cuydado, à lo qual Doña Ana, como diſcreta, y prudente, ſupo ſatisfacer, fingiendo aver tenido unos ſueños temeroſos, con que la tia dandoſe por ſatisfecha, aunque (como luego dirèmos) con ſoſpechas malicioſas, la conſolò quanto pudo, y la mandò que ſe bolvieſſe à acoſtar, haziendole á Tecla que ſe quedaſſe con ella aquella noche.

No ſe quiſo apartar de alli haſta que las dexò acoſtadas, con el cuydado que vueſſa merced puede conſiderar; y luego tomando la luz, ſe fuè á ſu apoſento á hazer lo miſmo, mas antes de entrar en èl, le pareció ver una ſombra; y como la pobre vieja llevaba yà algun temor de los ſueños que la ſobrina le avia dicho, quedò paſmada, y dudoſa ſi entraria, ò no entraria dentro, ò ſe bolveria adonde eſtaban Doña Ana, y Tecla: mas como, en fin, las canas engendran en las mugeres pundonor, y verguenza, no quiſo hazerſe niña, ni dàr à conocer ſu tibieza, y poco pecho. La tia con temor de entrar en ſu apoſento, y con empacho de bolverſe al de Doña Ana, eligiò irſe al de Tecla, juzgandole por muy deſocupado de ſombras, y muy libre de embarazos. Reduxoſe á ſu parecer, y tanto entrò de preſuroſa, y con tanta velocidad bolvió à cerrar, que con el miſmo ayre de la puerta apagò la luz. Y como Martin eſtaba eſcondido en un rincon, aguar-

dando que ſu Tecla bolvieſſe, al punto que viò entrar la vieja tan diligente, y de aquel modo, juzgó ſer ella; y aſſi ſaliendo preſurosa, ſe enlazò de ſu cuello, haziendole mil alhagos. Què pluma podrà eſcrivir de la ſuerte que ſe quedaria eſta vieja, viendoſe tocar de agenas manos, quando venia con tanto miedo de una antojaizda ſombra? Niqué lengua podrà explicar de el modo que quedò Martin, quando oyò las vozes de la tia, y conociò que no era Tecla con quien eſtaba? Finalmente, la vieja cayò amortecida, y Martin ſaliò à tiento, poco menos que difunto, y encontrando à Don Iuan paſmado tambien, y temeroſo, ſe ſalieron de la caſa con mucha prieſſa antes de ſer conocidos. Al miſmo tiempo Tecla, y Doña Ana, aviendo oìdo las vozes, acudieron á la tia, que deſpues de buelta en sì, les diò relacion de lo paſſado, cargandole toda la culpa à Tecla, por aver metido tan atrevidamente un hombre en ſu apoſento. De lo qual Doña Ana, por cumplir con ſu tia, moſtró al principio mucho enojo, y enfado; mas viendo las lagrimas de Tecla, y con las zalemas que ſe diſculpaba, alegando ſer aquella alguna fantaſma, ò anima en pena, hizo que ſe daba por ſatisfecha, y rogòle á la tia, que ſuſpendieſſe el rigor haſta aver pruebas mas verdaderas, y firmes. Con eſto aquella noche, ò por mejor dezir, lo poco que de ella reſtaba, ſe recogieron todas tres á un apoſento, aunque cada una llorando, y ſintiendo ſus congoxas, en eſpecial Doña Ana, que con grandes anſias mortales eſtuvo por minutos deſeando el dia, para ſaber lo que avia ſido de ſu querido Don Iuan, al qual bien entēdiò hallar muerto en ſu propria caſa, por no averle viſto mas deſde que ſe le arrebataron de ſu preſencia.

Salieron Don Iuan, y Martin del modo que queda dicho, preguntòle Martin lo que le avia paſſado, à que Don Iuan, harto melancolico, ſatisfizo de eſta ſuerte: Sabrás Martin, que apenas vì los hermoſos luzeros de Doña Ana, apenas venciendo reſplandores de ſus hermoſos rayos, quiſe llegar à ſu cielo; y apenas en fin, movì mis entorpecidas manos para tocar las ſuyas, quando ſin ver perſona humana, ſenti trabarme de el brazo tan fuertemente, que à peſar mio, fuy llevado haſta los ultimos zaguales de la caſa, donde oì que el difunto Lucindo me dixo eſtas palabras. Don Iuan, ſi ſois Cavallero que no cumplis lo que prometeis, ſabed, que yo ſoy un zeloſo, que cūplo quanto digo. No ſupe que reſponderle, mas de que tenia mucha

cha razon, y que perdonasse mi poco cuydado. Bolvì à empeñarle la palabra de cumplir lo que me avia pedido, con que dando muy recios, y lamentables sufpiros, se fué, y me dexò sepultado en mil temores, los quales se me doblaron al tiempo que oì aquellas vozes de la tia de Doña Ana, y á ti té vì salir tan despavorido, y temeroso, cuya causa quiero que me significues al instante. Contò Martin lo que le avia sucedido con el abrazo de la afligida vieja, y pobre tia, con que Don Iuan en medio de sus pesares, tomò algun consuelo, y alegria.

Apenas el celeste Carretero tomò à otro dia las riendas de los velozes potros, para dár una alegre vista por los balcones dorados del Oriente, quando embiò Doña Ana à Tecla, en casa de Don Iuan à saber todo lo referido, lo qual Don Iuan embiò á dezir por mas extenso, y con algunas exageraciones de amantes; y como es proprio de los que aman por mucho que digan, parecerles siempre que se quedan cortos, no huvo despachado à Tecla con el mensage, quando llamando con mucha priessa à Martin, le dixo, que hiziera diligencia para alcanzarla, y la diera este Soneto, que avia hecho de repente, y aunque á v. m. señora Doña Serafina, se le harà muy de pensado, supuesto que en esta Novela nos hemos olvidado de las Musas, yo la ruego que no calumnie à Don Iuan, si le hallàre algunas faltas, pues basta que el dueño le venda por de repente, sin que busquemos en èl cosa de pensado.

Cielo de soles dos, Angel hermoso,
no puede subir yà mas vuestra suerte,
pues la muerte en amaros es tan fuerte,
que por muertos me quitan mi reposo.
Vn muerto os zela, yo ando cuydadoso,
y à no considerar lo que es perderte,
pienso que me matára con la muerte,
solo para igualarme á este zeloso.
El muerto, y vivo yo, cosa es muy llana
no poder defender la que recibo,
gloria en amarte, y en hallarte puerto.
Y mal por mal, quisiera mas, Doña Ana,
estàr por ti zeloso yo de un vivo,
que no que estè de mi zelosos un muerto.

Diòse Martin tanta diligencia, que alcanzò á Tecla casi en los umbrales de su casa; mas al tiempo que le fue á dàr el papel, oyò la voz de Lucindo, que le dixo: No se han de dár letras de gusto, mientras yo no le tuviere, y diziendo, y haziendo, le arrebatò el papel, quedandose Martin, y Tecla casi difuntos. Cada uno contó el caso, y Don Iuan pareciendole ser imposible tener reposo, mientras no cumplia con el animo de Lucindo, no quiso aguardar mas, y aquel proprio dia despachò á dos personas de mucha confianza, dandoles poder cumplido, y bastante relacion de todo lo que avian de hazer. Esto hecho, yà juzgò que podia tratar de sus amores; mas considerando que todo esto no avia de tener buen fin, sino por el camino del matrimonio, pidió con personas muy calificadas à Doña Ana, que aunque con grandissimo disgusto de la tia por lo que diximos al principio, concediò à su gusto, y voluntad. Martin del mismo modo, por sì proprio pidiò á Tecla, en donde no huvo ninguna dificultad, ni impedimento.

Quien no dirá que es lo que vamos diziendo lo proprio que sucede oy á muchos testamentarios, y á aquellos que tienen cargo de Missas, y obras pias? Los quales, no contentos con las inspiraciones que Dios les èmbia, sino aguardando à ser forzados por la Igesia, comienzan con algun fervor à dezir algunas Missas, y con aquello hazen cuenta que cũplen con su obligacion, y se tornan à olvidar, hasta q̃ à pura fuerza buelven á ser apremiados. Assi D. Iuan, despues de averle Lucindo exortado tantas vezes, que no avia de gozar à Doña Ana, hasta q̃ le sacasse à su alma de las aflicciones en que estaba metida, hizo cuenta con solo despachar á quiẽ diesse principio à negocios tan precisos, y importantes, que yá podia con mucha libertad; y sacando, como dizen, su cara de verguenza, pretender ser esposo de Doña Ana, sin tener cuydado de las amenazas de Lucindo.

Tratadas, pues, las bodas, concertado el desposorio, para vna noche que vino á ser dia, segun la vistieron de luzes, y luminarias, entre todas las quales sirvieron de Sol los dos hermosos carbuncos de la desposada, que vestida ricamente de un brocado carmesi, guarnecido de perlas finas aguardaba en su precioso estrado al enamorado, quanto galante D. Iuan, que vestido de la misma tela de Doña Ana, y acompañado con lo mas principal de Toledo, debida correspondencia à quien por tantos titulos se le debia, entrò hasta el aposento

que

que porque v. m. señora Doña Serafina, no diga que escrivo Guerras Civiles de Granada, no me detendré en contar los ricos quanto costosos aderezos, de que estava guarnecido. Al punto, pues, que Don Iuan viò à Doña Ana, y Doña Ana viò á D. Iuan, recibiendo los dos en sì las epitimas del placer amoroso que se beben por los ojos, por entre toda la gente con un estruendo inopinado, passò el difunto Lucindo, hasta ponerse en medio de los dos. Todos se turbaron, unos de temor, y otros de vèr la novedad, porque muchos no sabian que era difunto el que tenian delante, aunque en breve rato lo supieron de Martin, que dexando la mano de Tecla, salió mas que de passo á buscar donde esconderse.

No quiso el zeloso muerto, viendo tanta confusion en los circunstantes, detenerse, y dar la razon de sus penas, y disgustos; y assi con el semblante iracundo le dixo à Don Iuan estas palabras: Bien sabeis, Don Iuan, que por vuestra causa no estoy yo casado con la que atrevidamente venis aora à desposaros. La vida que me quitasteis, y muchas vezes os he dicho los tormentos que padezco, las penas que passo, los disgustos que lloro, las lagrimas que derramo, las congoxas que siento, todo por los cargos que dexé en esta vida, porque vos antes del plazo me sacasteis de ella. Conoci vuestra tibieza en cumplir obligaciones tan justas; y assi, os puse amenazas tan rigurosas para quien ama, quanto insufribles para quien espera, hasta que vltimamente os dixe, que no esperarais à Doña Ana sin cumplir primero lo que me prometisteis. La causa yà pienso que os la he dicho, y si no os acordais de ella (porque no es mucho que quien olvida los efectos, no se acuerde de las causas) sabed, que no es otra sino tener zelos de que gozais tal dicha, dexandome á mi metido en un abismo de penas, y en un infierno de tormentos; y si os he prometido que conque me saqueis de este purgatorio gozareis su hermosura con mi voluntad, y gusto, es porque irè adonde es impossible caber pesar, y muy ageno el entrar tristeza. Mas supuesto que á ruegos, y amenazas aveis sido tan remisso, y aveis estado tan duro, llegaos conmigo à esta puerta, para que en sola una hora experimenteis un rasgo de lo que ha tantos dias que padezco.

Diziendo esto Lucindo, tomò á D. Iuan por la mano, y al instante desaparecieron los dos, quedando Doña Ana, y todos los circunstantes del modo que el dis-

cieto puede vér, y considerar. Solo puedo dezir que fue el espanto tan grande, que en una hora no pudo ninguno hablar palabra, ni moverse de sus puestos, y Doña Ana casi amortecida entre muchas Damas que la acompañaban. Y quando yá el temor les desatò las lenguas, y el miedo dexò desocupados los corazones, se tornaron à infundir de nuevo con pavores mas crecidos, viendo entrar á D. Iuan tan desemejado, que apenas le conocian, hundidos los ojos, descompuesto el cabello, la cara sangrienta, deshechas las manos, cenicientas las mexillas, cardenos los labios, las barbas quemadas, y en fin, el vestido de alto à baxo hecho pedazos. Y por mucho que los hallò à todos atonitos, y confusos, el se quedó mas en verlos, porque imaginaba que se avia estado mas de diez años. Cercaronse todos dèl, y Doña Ana la primera, que con los brazos abiertos se levantò á recibirle, à no escusarse Don Iuan, diziendole perdonasse, porque no era digno de favores tantos, hasta cumplir con los cargos que debia. Pidiòle postrado à sus pies, le esperasse veinte dias, en que pensaba satisfacer à sus obligaciones. Otorgòselos Doña Ana con harto sentimiento suyo, dexando para el dia señalado combidados á todos los presentes, los quales suplicaron à Don Iuan, les declarasse lo que le avia sucedido, y él por no mostrarse ingrato à los que tan gratos avian acudido á su servicio, les dixo desta suerte; cuyas palabras, porque yá v. m. yá fatigada con la prosa, he buelto, para divertimiento suyo, en esta relacion.

Quando de vuestra presencia,
absorto, triste, y confuso,
mas por fuerza que de grado,
desaparecì en un punto.

En una cueva me hallé,
tan tenebrosa, que juzgo
que es el lago de tinieblas
de aqueste globo confuso.

Y apenas lleno de espanto,
de sus umbrales obscuros
quise hollar la superficie
con el zeloso difunto.

Quando vi, que de su cuerpo
llamas embueltas en humo
salian como señales
de los yá tormentos duros.

Aqui comenzò à dar vozes,
y con mas que veloz curso
de mi se aparta, y me dexa
al son de sus quexas mudo.

A seguirle me dispongo,
sabe Dios con quantos sustos,
sirviendome de farol
del fuego el explendor turbio.

Yà de correr me cansaba,
sin hallar descanso alguno,
porque entre tormentos, nunca
puede hallar assiento el gusto.

Quan-

Quando de repente siento
abrirse con gran tumulto
los musculos de la tierra,
y los poros espeluncos.
Aguardo el fin, y Lucindo
con rayos lentos, adusto,
consumiendose en sì mismo,
triste, angustiado, y confuso.
Yá hijos sudando sangre,
à mi se llega, y no dudo,
que alli quedàra, á no averme
dado cartas de seguro.
Tomòme la mano, y yo
viendo abrasarme, sacudo
con impetu, y con violencia
mis dedos de entre los suyos.
Mas me aprovechò esto poco,
pues con un gruesso tumulto,
dando un bostezo la tierra,
á los dos nos tragò juntos.
Quedè aqui de mi sentido
tan privado, que barrunto,
segun lo que me ha passado,
que he estado sin él dos lustres.
Porque al punto que caì,
me pareciò estár incluso
en un temeroso valle,
tan tremendo, como obscuro.
Cuyos arboles sombrios
vestian, sin viento alguno,
sobre cuerpos de azabache,
en vez de esmeraldas, lutos.
Todos estaban sin flor,
todos secos, mas que mucho,
si en vez de cristales claros,
y de argentados conductos,
De sus plantas los ribetes,
con lamentable murmureo,
se regaban solamente
con rios de azufre turbios.
Cuyas margenes no eran
esmeragdignos repulgos,
ni guarnecidos doseles,
ni tapetes amatuntos.
Sino salobres peñascos,
y mil cespedes conjuntos,
esmaltados del relieve
de los de Congo dibujos.
En vez de las sierpes, que
de plata dizen los cultos,
que vàn haziendo en los riscos
las lagrimas de Neptuno:
Se hazian sierpes de fuego
de aquel metal, que le cupo
á Vulcano en los afectos,
y en los colores à Iuno.
En tal tierra, y con tal agua,
ninguno avrà tan estulto,
que no eche de ver los malos,
que podian salir frutos.
Y para mas confusion
del triste, que por insultos
tales Regiones habita,
unos lugubres ahullidos,
Que las carnes estremecen,
se oyen con clamor nocturno,
donde es tiple la lechuza,
y sirve debaxo el buho.
No ay luz, sino quanto basta
para vèr el triste assumpto,
porque en Purgatorio, y pena
hasta la luz dà disgustos.
La fragancia de aquel valle
son olores tan inmundos,
que no podràn contrastarlos
cinamomo, y calambuco.

Quan-

Quando vine, pues à hallarme
en tal confusion con sustos
el corazon ocupado,
y el cuerpo con espeluzos.
Quiero llamar, y no acierto;
quiero dar vozes, soy mudo;
quiero llorar, y no puedo;
quiero huir, y estoy difunto.
Secabame yá de sed,
y viendo que me consumo,
sintiendo, aunque sin sentido,
tales del Infierno rasguños.
Probè aquel agua asqueroſa,
porque en peligros tan sumos
no siente hastio el melindre,
ni tiene melindre el gusto.
Mas con mis labios apenas
toquè licores Neptunos,
quando hallandolos amargos
mas que las hieles, y adustos.
Mas que las llamas, en que
me estaba abrasando, subo
à un alto, lo parecia
que estaba nevando à chuzos.
Sin caminos, ni vereda
riscos salto, breñas cruzo,
hecho un blanco de dolores,
y de penas un assumpto.
Visteis un Leon que estando
con la quartana iracundo,
con los zelos formidable
con los dolores sañudo.
Entra en su cueba, y en viendo
que no halla remedio alguno
para el dolor que padece,
sale al soro tremebundo.
Dize bramando sus quexas,
declara huyendo sus sustos
baxa al valle en un momento,
sube al collado en vn punto,
Visita los huecos todos
de los robles, y azeytunos,
las cisuras de los montes,
de los concabos lo oculto.
Sin poder en fin hallar
paz en el alvergue suyo,
ni en los arboles consuelo,
ni en las demàs partes gusto.
Pues assi yo, qual he dicho,
à un lado, y otro discurro,
yà cayendo, y tropezando,
yà quexandome, y yà mudo.
Corro llanos, subo cuestas,
llego á un monte tan conjunto
con el Cielo, que pensé
(cosa que por verdad juzgo)
que dél era por lo menos,
sino escala, escalón suyo.
Estaban sus obeliscos
todos canos, y no es mucho
que se encanezca quien haze
salir canas à un difunto.
Corrian aqui unos vientos
tan penetrables, y agudos,
que trasspassaban del alma
lo mas fuerte de los muros.
El Boreas, y el Aquilon,
esparcian à estornudos,
las densas nuves de nieve,
que bostezaba Neptuno.
Desatabanse por trechos
del monte unos aqueductos
de frio, y elado marmol,
y aunque hijo de nieve, turbio.
De las quales influencias
quedé tan elado al punto,

que

que yá juzgaba ser poco
el fuego que huì, por mucho.
Bolver quise el passo atrás,
mas me hallè yá tan obscuro,
que pienso que es la Noruega
aquella del otro Mundo.
Yà desesperado entonces
contra el zeloso difunto
me bolvì, y al tiempo que
sacar la espada procuro,
Se trastornó el monte tanto,
que yá sin vitales pulsos,
imaginè que la Parca
soltò de la rueca el uso.
Para cortar el estambrè
de mi vida, aunque en un punto
debanandome en mi mismo,
llegué hecho olvido al profundo.
Lucindo cayó tambien,
y aun no buelto yo del susto
se abre otra espantosa boca,
que à los dos nos sorbe juntos.
Y quando escurrido yà,
como por boca de embudo,
à una ancha playa salimos,
donde me hallè tan confuso,
Tan triste, y atormentado,
que no ay que èxagerar mucho,
supuesto que en mi estais viendo
señales de quanto anuncio.
Mirando, pues, por la playa,
de muertos vi cien mil bultos,
vnos muy fieros de hinchados,
y otros horribles de enjutos.
Todos los quales por cuenta
en un brazo, que presumo,
que si no es el de Aqueronte,
serà de Amiclas segundo.
Iban entrando á porfia,
y aunque me llamaron muchos,
no entrè hasta que entrò delante
el que á estas penas me expuso.
Luego arriman de los remos
los acicates agudos,
al potro del agua, que
por ser mas negro, que rufo.
Y tener de paz las venas,
daba en su muy veloz curso
en vez del caduco aljofar,
el avalorio caduco.
Pero quando yá á mi vèr
de aquel estanque ceruleo
estariamos enmedio,
alterase furibundo,
Brama el agua entre sus globos,
cruxe el barco con sus rumbos,
este impretando temores,
y aquella infundiendo sustos.
Comienzan todos entonces
à dezir con gran tumulto,
amayna, Piloto, amayna;
à cuyos ecos confusos,
Acude el ayre con truenos,
el fuego con densos humos,
la tierra con terremotos,
y el Mar en fin con sepulcros
Buelcase el barco, quedando
hecho tumba de difuntos,
aunque yo por estár vivo,
con los montes de agua lucho.
Salgo nadando à la orilla,
y à este tiempo, que yo os juro,
que imaginè aver tardado
poco menos de tres lustros,
Me pareciò despertar
de algun letargo profundo,

en la puerta de la cueba,
que os dixe, y atento escucho
A Lucindo, que dezia:
Don Iuan, estos infortunios
passan por mi cada hora,
no os digo mas, id seguro.
Y quando fuy à replicar,
al breve tiempo, que puso,
me hallé donde agora estoy,
donde, por hallaros juntos,
Colijo ser una hora,
los que juzguè siglos muchos,
causa que es, para que yo
cumpla con menos descuydos
Lo que prometido tengo,
que no ay que dezir si es justo;
y assi, Doña Ana, postrado
à los pies hermosos tuyos,
Te pido que me perdones
esta ausencia, que procuro,
pues de otra suerte, no puedo
gozar tu cielo diurno,
Ni lo terso de tu frente,
ni de tus labios lo oculto,
ni la nieve de tus manos,
ni la luz de tus carbuncos.

Admirados quedaron todos con la referida relacion, siendo causa, que muchos pusieron por la obra lo mismo que puso Don Iuan, que fue, cumplir con las Missas, y restituciones de Lucindo; despues de todo lo qual (libre yà de zelos tan pesados, y temerosos, como los de un muerto) se desposò con Doña Ana con muchas fiestas, y regocijos. La tia regocijada yà, aunque bien lastimada de las ilusiones, por no quedarse sola, la rogò à Tecla, que no se casasse, sino que se estuviera con ella, y en fin de sus dias le dexaria grandes arras, y dote. Lanzada fue esta para Mattin, que yá casi tenia à su querida Tecla de la mano, aunque no tuvo necessidad de soltarla, segun la respuesta que Tecla astuta le diò à la vieja, diziendo: Señora mia, mas quiero ir aora con quien me quisiere sin dote, que no quando sea vieja, andar buscando à quien me quiera por dineros. Celebraron todos mucho el dicho de Tecla, y mas Martin, que al punto la diò mano de esposo. Con que yo tambien, señora Doña Serafina, podrè dár de mano à esta Novela, encargandole à v.m. que no dexe de enseñarla à todos los que son remisos en cumplir testamentos, y mandas de difuntos.

PERSECUCIONES DE LUCINDA DAMA VALENCIANA, Y TRAGICOS SUCESSOS DE D. CARLOS.

PERSECUCION PRIMERA.

EN QVE SE CVENTA COMO LLEGÒ LVCINDA, MALTRATADA de una tormenta, al Reyno de Napoles, en compañia de un Cavallero, llamado Carlos. Recibelos en una Quinta Camilo, al qual hazen relacion de ſus amores, de ſu Patria, de la cauſa de ſalirſe huyendo, de ſus promeſas, y de ſus naufragios.

YAze en la mas fertil Provincia (Campania es eſta, à quien el Orbe hizo parenteſis feliz en el periodo de ſus territorios) Napoles la bella, que por mirar las ruinas de Cartago, la aſſolacion de Corinto, y la calamidad de Capua, ſe alzó con el titulo de Reyna, poniendoſe, á fuerza de peſares, la Corona, que ſin dependiencia de reconocimiento ſuſtentó muchos años. Querer referir las grandezas deſta Ciudad, y reducir á copia las delicias de que eſtà dotada, las riquezas que poſſee, y los titulos que oſtenta, fuera gaſtar mucho tiempo en diverſo aſſumpto del que pide la obra; y deſpues del trabajo, quedarnos cortos en ſus alabanzas. De el modo, pues, que una ſeñora, para llamarſe tal (porque nobleza ſin valor, ſe eſtima en poco) eſtà rodeada de vaſſallos que la ſirven, de Damas que la diviertan, y de Señores que la galantean. Tiene Napoles en contorno tantos Pueblos con que obſtentarſe en ſu Solio, tantas Quintas, con que ſe recrea, y tantos retiros apacibles con que feſtejarſe,

se, que parecen sus plazas alfombras de esmeraldas. Aqui està Puzol, tierra de tanta frescura, quizàs por lo ameno de sus ayres, que parece que la naturaleza, prodigamente derramando sus delicias, las ha recogido en ella, para que sea cifra de sus hermosuras, y blanco de sus bellezas. En un repecho deste territorio, escoltado por una parte de un pequeño monte, y por otra defendido de las maritimas olas, que con lenguas de cristal parece que andan lamiendo, y alhagandose (digamoslo assi) en las que llamamos faldas, aunque sean pequeñas, avia una fortaleza, casa de campo, que por descuydos del tiempo, viendose desmoronada, es fuerza que oy resplandezca en diferente forma.

Aqui pues, vivia retirado un Cavallero principal, y rico, llamado Camilo, en cuya compañia estaba Iulia su hermana, Dama que desde el umbral de los quinze, hasta edad de los treinta, no tuvo que reconocer vassallage á la hermosura. Avia sido casada tan à su gusto, que por perdida del consorte, despreció los galanteos de mil pretendientes; y eligió para vivir la soledad amena, que la viuda que perdiò dulce compañia, nunca ha de buscar segundas nupcias, pues se pone à pique de llorar los regalos passados con la recordacion de males presentes; porque hallar dos felicidades en esta vida, bien se puede llamar impossible, pues aun una (que harta felicidad es paz tranquila de dos casados) no se comunica á todos sin el tropiezo de disgustos, y sin el obstaculo de las penas que se passan. Discreta andaba esta Dama, aunque los pretendientes la arguìan de necia, propio del que pretende, parecerle que el contrario và sin razon. Satisfacia con amorosas palabras, mas viendo que la presuncion de algunos llegò tan desenfrenada à querer con capa de virtud mancillar su fama, dandole en vez de villetes, libelos en derecho, en que querian concluirla de que le importaba el casarse, armandose con la razon (esta es la mejor arma) cerrò la puerta á los recados, y puso impedimento á las visitas. No se despegaba, no, Camilo de la eleccion de su hermana, porque tambien su natural era mas dedicado al Celibato, que al nudo conjugal del Matrimonio. Qué buena hermandad, quando dos hermanos buscan el estado mas perfecto, menospreciando las delicias del que no es tal. Bueno es casarse, pero mejor (el Apostol lo dize) es permanecer, y vivir en continencia; pero como nunca à lo que es bueno faltaron contradiciones, porque Camilo no

se

se casaba, le ultrajaban de impotencia, y de hombre para poco, que assi lo dize el vulgo; y porque Iulia queria guardar la fe que le debia al difunto esposo, le motejaban de sensual, y libre, que es lo que se suele dezir, que no se casan por andar mas à sus anchuras: capa de virtud le echaban à todo esto: Mas vale casarse que no abrasarse, dezian con San Pablo; pero no atendian à lo muerto de los deseos de la Dama, sino al incentivo grande de sus apetitos. Yo digo que sabrian los tales las antiguas leyes, que aun oy permanecen algunas en los fragmentos del derecho, que disponia, que castigassen severamente à las que se casassen segunda vez, por violadoras de la fee que prometieron. Si lo sabian mas antes de aqui, creo yo sacaban razones para colorear sus intentos, diziendo que Iulia se ajustaba mucho à las leyes Gentilicas, teniendo por sacrilegio las segundas bodas, alabadas, y permitidas en la ley Evangelica.

No quiero alargarme mas en esto, discurra el Lector, que en lo formado imagino hallarà materia para desentreñar los fondos desta objeccion. Finalmente, llegò à tanto la desorden, que un Cavallero tan de las partes de Iulia, que era hermano del señor de Puzol (aora es Conde) quiso, llevado de su rumbo, hazer que se amagasse por fuerza la voluntad. Dexòse llevar de este dictamen, sin resistir al conato, y atrevido, escalò una noche la casa, diò vozes la casta viuda, acudiò Camilo á su aposento, encontró al contrario yá casi en los umbrales: iba con justicia, matòle sin resistencia. Supose el caso, hizieronse informaciones, y sustanciada la causa, remitiòse al Rey que la sentenciasse. Como el negocio era grave, y las partes poderosas, se miró mucho el fallo de la sentencia, porque antes que un Iuez tome la pluma, ha de mirar muy bien lo que firma. Aũque el de Puzol con otros graves señores, querian con las armas pedir la justicia, pareciẽdoles que los Letrados los agraviaban con sus pareceres, pudo tanto la madurèz con que mirò el Rey la verdad que les postrò los vengativos deseos con muy pocas razones. Doxólos conformes, con que Camilo, y su hermana viviessen desterrados de la Corte por toda su vida, con obligacion de acudir à los servicios Reales, yá que no con su persona, con Soldados, y dineros. No tenia Camilo otras obligaciones sino las de su hermana, porque parientes de los grados inferiores, en las adversidades se niegã, yà que en las prosperidades se comunican. Recogiò

to-

todos los bienes que tenia, y llevando la familia, no tanto neceſſaria á ſu perſona, como lo deſpoblado de la Quinta, hizo Corte à la que antes ſolo ſervia de cortijo. Eſta, pues, era la cauſa del retiro de eſte Cavallero; y ſi bien es verdad que con la privacion de una Ciudad como Napoles podia tener amoſtazado el guſto, y con peſadumbre al deſeo, con todo jamàs le diò aſſiento à la embidia, que con ſocolor de conſoladora, procuraba muchas vezes viſitarle. El eſtaba embidiado en ſu Quinta; y aſſi parece impoſſible que tuviera embidia de la Corte.

Yà avia viſto diez Primaveras, que deſnudas por los malos tratamientos de Noviembre, ſe veſtian de diverſas flores en el regazo de Abril, quando eſtando un diá Camilo mirando deſde un balcon los efectos que hazia una borraſca en el Mar (que por la cuenta eſtaba entonces combatiendoſe à sì miſmo) viò que entre los globos que las aguas barajadas hazian, ſe diviſaba un bulto como de perſona humana. Mirò con mas atencion, y afirmòſe en ſu juìzio, y ſin detenerſe mas, comenzò á llamar à ſus criados; acudieron algunos, y baxò con ellos haſta la lengua del agua, donde hallaron yà eſcupidos dos cuerpos humanos, tan ſepultados en agua, tan maltratados de la tormenta, que á no verlos con reſpiracion, los juzgàran por cadaveres. Vna Dama era encadenada amoroſamente con los brazos de un Cavallero, y con no menos afecto la enlazaba. Cuydadoſo dello, compaſſivo del infortunio, no quiſo conocer lugar à dilaciones, al inſtante, no fiando la Dama á otra que à ſu perſona, los llevaron en brazos haſta ſu Palacio. Llamò à ſu hermana, contòle el ſuceſſo, y con entrañas pias les dieron el alvergue decente à ſus perſonas, mudaronles la ropa, y dieronles deſcanſo en perfumados lechos. Carlos dixo el cavallero que ſe llamaba, y Lucinda la Dama que traìa; quando deſpues de un rato eſtuvo mas en ſu acuerdo, pues correſponder agradecido à las preguntas de Camilo, y de ſu hermana, aviẽdo en un borrador pintado con un Poeta ſu tragedia, y reducido à la memoria lo que habiò el entendimiento, dixo á todos los circunſtantes de eſta ſuerte.

Porque eſcucheis mi tragedia
con atencion mas heroyca,
de Muſa calzo cortumes
à mi mal limada proſa.
En la Ciudad de Valencia,
que el ponderarla no importa,
ſi todos ſaben muy bien
que tira gages de todas.
Naci de padres honrados,

fue-

fueron pobres, y assi aora
no os cansaré en referir
nobleza de que blasonan,
porque nobleza de un pobre
se tienen por sospechosas.
Y apenas con quatro lustros
mirè galante à mi Aurora,
quando aviendo deprendido
la ciencia, que basta sola
para un hombre que no aspira
à Eclesiastica Corona.
Vì una tarde, vì à Lucinda,
mal dixe en no dezir Diosa,
pues ha idolatrado en ella
el alma tan à mi costa.
Si es hermosa, yá la visteis;
y viendola, no me toca
dezir lo hermosa que es,
pues sabeis lo que es hermosa.
Al instante que la vì,
sin mirar yà la discordia
de tanta riqueza suya
con mi riqueza tan poca.
Toda el alma le entreguè
con una aficion tan boba,
que con advertir que en mi
se quedava el cuerpo á solas,
á tener entonces mas
almas, que un trigo langostas
acometen, quando dellas
falanges la tierra aborta:
mas sin alma me quedára,
si no se las diera todas.
No tuve de aqueste entrego
de Lucinda malas tomas,
pues con dos que al cielo suyo
quan claras luzen antorchas,
mirandome, me infundiò
tantas vidas en un hora,
que si le dì un alma en pena,
me bolviò un alma con gloria.
Passamonos muchos dias
con mirarnos, mas què importa,
si nuestros ojos hazian
oficio de ojos, y boca?
Es hablar con artificio
mirar con amar, pues forman
los ojos lenguas que dizen,
siendo mudas, qualquier cosa.
Al mirar se le siguiò
el escrivir, que se ahorra
mucho un alma quando explica
palabras, que habló dudosas.
Al escrivir aunque tarde,
se siguiò hablarnos en forma,
alimentando mi oìdo
con sus razones sonoras.
Al hablar, no sé si diga
lo que se siguiò, pues toca
en aquella fruta, que
manos de dos que se adoran,
suelen darse por primicias
de las que esperan victorias.
Al tocar jazmines Tirios,
se siguiò la fee, que postran
los que parecen al vulgo,
que son rasgos de deshonra.
Dìmonos palabras firmes,
yo de esposo, ella de esposa,
ella firme qual diamante,
y mas firme yo que roca.
Tres vezes se vistió Mayo
las flores que Abril pimpolla,
y otras tres vezes Noviembre
se desnudó de sus hojas,
sin que de nuestro amor secreto

se entendiesse; y como estorvan
estas faltas de atrevido,
de delicias muchas sobras.
Con gusto suyo pedìla
por muger, y negòla
su padre, diziendo, que
ella no gustava, aora
dadme un poco mas oìdo:
Con esta respuesta bronca
me puse triste á passar
à la luz de mi memoria,
de mi amorosa tragedia
hoja por hoja la historia,
doblando algunas en donde
dezia seré tu esposa,
porque como litigante
es un amante, que anota
las palabras, en que estriva
la justicia de la cosa.

En esto gastò tres dias
con sus noches, que esto ahorra
un amador mas de vida
para sentir mas congoxas.
Quando al cabo de los quales
me escriviò con una moza,
Lucinda, esta mi carta,
escucha, que es lastimosa:
Carlos, la que bien te quiere,
esta te escrive, tan otra,
que si vieras con la pena,
que mi mano tembladora,
por la tabla del papel
govierna la pluma corva,
cuyas letras, que no son,
segun vàn defectuosas,
sin poderlas reprimir,
fuentes de mis ojos borran.
No creo me conocieras;
pero lee, que no importa,
supuesto sabes quien soy,
que aora no me conozcas.
Mi padre de mi escuchando
que otras, que las tuyas, bodas
no he de hazer, aunque me trayga
à un Señor de mil Coronas.
Puesta su daga en mi pecho,
(contempla esta accion impropia)
me dixo: Pues vive Dios,
que has de entrarte Religiosa,
diziendo que desto gustas,
ò la de tus venas rotas
sangre aleve ha de manchar
este estrado, y estas lossas.
Yo, Carlos, mirando alli,
aunque sin vista, que toca
el puñal al pecho, en donde
tu rebozado me rondas,
y que es fuerza, que si muero,
tragos de mi muerte sorbas,
reprimiendo los raudales,
que desatados aora
borran lo que tengo escrito,
y lo que he de escrivir mojan:
le quise hablar, y no pude
porque estando el alma absorta
aunque estè la boca libre,
no se atreve à hablar la boca.
Quieres ser, me replicò,
Religiosa? Y con zozobras,
por señas le dixe si:
porque en las fuerzas notorias,
aunque la promessa es nula,
Dios al prometer estorva
que lleve luz de palabras,
sino de palabras sombra.
En fin, Carlos, esta noche

me

me llevarán à ser Monja,
tan forzada, como llevan
à las que no son hermosas.
No sè donde voy, y assi
no te lo escrivo, y perdona,
que me ha quitado la pluma
de la mano esta congoxa.
Reposad mientras prosigo
este passo, que no es hora
sentir en publico un hombre
del modo que siente à solas.
Seis meses por abreviar,
gastè en hallar la Parroquia,
donde en perpetua clausura
entre castas Amazonas,
Lucinda forzada estava,
siendo la fuerza forzosa,
y despues que por mi industria,
no cobarde, aunque visoña,
letras le remiti algunas,
y della recibì otras;
estando bien informado
por fidedignas personas,
que para un mal parecer
nunca falta quien informa,
de las entradas, salidas,
quadras, dormitorios, lonjas,
corradores, azoteas,
desvanes, y claraboyas
del Convento, y de la celda,
fiel de Lucinda custodia,
las señas muy bien sabidas,
entrè una noche à deshora,
y apenas llegùe á su puerta,
y me abrió, quando se acortan
los brios de contemplarla
con las virginales ropas.
Hechos de marmol los dos,
el amor las alas postra,
la imaginacion del crimen
mordazas pone à las bocas;
la especie del sacrilegio
las potencias aprisiona;
los tormentos del peligro
muertes para congoxosas;
lo neutral de la salida
tiende horrorificas sombras.
Que aunque parece que alli,
entrando á sacar mi joya,
no avia culpa, quiere Dios,
dexando aparte la nota
del quebrantar una Casa,
y Casa de Religiosas,
que dèn castigo las leyes
al que temerario ossa,
sin pedirlo por justicia,
vengarse por manos proprias.
Pero en fin, considerando
que en la comenzada obra
ay descargos que me animan,
y escusas que me alborozan;
pues Dios quiere esposas libres,
y no forzadas esposas.
Tomè á Lucinda en mis brazos,
y á este tiempo una pistola
de dos que llevava, suelta,
dando lumbre, su voz ronca,
como quien dize el ladron;
mas yà entonces animosa
la que antes fue cobardia,
como si fueran lisonjas,
se tragò aquellas desdichas:
hasta la playa arenosa
nos sacò libres, de donde
una portatil alcoba,
que en el paño fugitivo

corre aprissa, pàra, y toma,
nos diò alvergue, y tan velòz
los vidrios Neptuno corta,
que escapamos yà sin miedo
de otras maritimas postas.
Pero viendo que Lucinda
muchas transmutando formas,
sobre el papel de la cara
con caractères de rosa,
estava escriviendo penas,
y dibuxando congoxas,
tan oprimidas saliendo
de sus ojos unas gotas,
que siendo engendradas perlas,
nacian menudo aljofar;
què tienes le preguntè,
por què sientes? de qué lloras?
y haziendo prologo un ay,
tan suspiro, que las hojas
de su clavél dividido
al salir temblaron todos.
Me dixo Carlos, sabràs,
que estando en mi celda sola,
poco antes que llegàras,
aderezando mis joyas,
yendo el Abito à quitarme,
de tal manera zozobran
las manos con un temor,
que no fui de mi señora,
pues caì en tierra, y entonces
alzando un poco devota
mis ojos à un Crucifixo,
miré su cara preciosa,
tan ayrada contra mi,
y no juzgueis que es tramoya,
que mucho mas que si hablára
me tratò de vana, y loca,
porque à quien quiere entender,
solo un mirar de ojos sobra,
y hallandome en lance tal,
arrepentida, y llorosa,
prometì guardar clausura,
y lo cumplo desta forma:
Dixo Lucinda, y apenas
esto dixo, quando roncas
esparce vozes el Nauta,
diziendo, amayna, y aborda.
Bolvì à vér lo que era, y veo
la tormenta mas fragosa,
que las hiperboles plumas
pueden pintar en Historias.
Poblado el ayre de nubes,
divididas en dos tropas,
Capitàn de unas el Noto,
y de otras Caudillo el Boreas,
al son de los parches truenos
tan embravecidas chocan,
que esgrimiendose en sì mismas,
è hiriendose unas con otras,
entre arroyos de su sangre
rayos ahogados abortan.
Al estruendo el gran Neptuno
sacò la cara enojosa,
y rebolviendo al Tridente,
todas las ceruleas ondas,
ò por ponerlas en paz,
ò por meter mas discordia,
sube furioso escalando
por las espumas que arrolla,
hasta llegar à los brazos
con las nubes, que yà rotas,
á su planta por justicia,
pedian misericordia.
La pobre nave à este tiempo
hecha de todos pelota;
yá escupida de las nuves,

yà

yà violada de las olas,
yà estrellada en las estrellas,
yá sumergida en las conchas,
bostezando sin acuerdo
por algunas que abrió bocas,
aunque no quiere beber,
por fuerza hazen que sorba,
porque hasta el Mar, si se ofrece,
dà sus tormentos de toca.
Los que estavamos en ella,
entre quexas lastimosas,
cada qual busca confuso
remedios que poco importan,
unos despidiendo el alma,
otros tirando la ropa,
unos tan del todo muertos,
que con la muerte reposan,
y otros muertos sin morir,
que es la muerte mas penosa.
Y yo, y Lucinda (ò si huviera
lugar de pintar aora
lo que hazen dos almas juntas
quando en passo tal se engolfan)
encadenados los brazos,
à Dios pedimos victoria
yà con ruegos voluntarios,
yá con promessas forzosas,
mas no nos quiso escuchar,
porque hasta Dios si se enoja,
aunque tiene orejas pias,
muestra las orejas sordas.
Antes permitiendo entonces
à las olas procelosas,
que con sus espadas vidrios
la embreada casa rompan,
cosiendolas con las sirtes,
y estrellandola en las rocas,
la dexan hecha pedazos,
y à este tiempo la persona,
que puede asir una tabla,
se tiene por muy dichosa.
Yà en los ultimos estremos,
viendo à Lachesis furiosa,
que iba yà à quitar del uso
de mi vida la mazorca.
Dexando alli el ser amante,
desnudandome de todas
quantas en el alma tuve
aficiones amorosas,
prometo al Cielo con veras,
con llanto Lucinda otorga,
de hazer, si escapamos libres,
que casta professa Monja.
Y puestos sobre un tablon
(si es milagro, èl se pregona)
llegamos como nos visteis,
casi muertos à esta Costa,
donde hallando tal alvergue,
y acogida tan honorosa,
muestras de nobleza tales,
tales acciones heroycas,
heroycas son mis desdichas,
desdichas son muy dichosas,
pues de un Infierno de penas
salgo á un descanso de glorias.

Admirados quedaron todos de la relacion referida, Camilo muy pagado de su lenguage, y Iulia muy enamorada de su vista: que los primeros movimientos de la naturaleza, nadie los puede evitar; apartarlos despues de venidos, norabuena, y assi en esto se merece, y en aquello no se peca. Dexaron à Carlos, y recogieronse á sus quartos, á repassar

cada uno sus confusiones, que no eran pequeñas, advirtiendo en las circunstancias; y assi dirèmos las de cada uno. Carlos, despues de aver dicho quien era, y lo que le avia passado, estando yá informado de un Page de las partes de Camilo, y de la causa que referimos de su destierro, pusose à imaginar en lo que avia de hazer; por una parte se mirava desvalido, Cavallero solo en el nombre, porque es cierto, que nobleza sin riqueza se estima en poco, pues no le dàn aquel reconocimiento que se le deve; por otra parte mirava el amor que le tenia Lucinda, pareciendole imposs[illegible] olvidarle; por otra parte, se le representavan las obligaciones, y respetos de hazer que professasse Religiosa. Comenzò à luchar con todas estas consideraciones, dando mil buelcos en la cama, hasta que rendido abriò las puertas al sueño, cerrando las de los sentidos. Durmiòse, y quando entendiò hallar descanso, halló confusion, porque soñò que veìa una dama muy hermosa, que desde una fuerte torre hazia señas á un Leon, el qual con espantosos rugidos baxava de un monte, y llegando à la fortaleza, buscava puerta por donde entrar. Rodeavala una, y muchas vezes, y viendo tomado el passo, desembaynando las azeradas uñas, y esgrimiendo los formidos brazos chocó con las puertas, y dexandolas en tierra, subiò arriba. Y luego de alli à poco, le viò baxar transformado en un hombre muy bizarro, que sacava por la mano à la Dama, que estava en el mirador. Anduvieron un gran trecho, sin que persona alguna les fuesse estorvo, hasta que llegando à un collado, vieron que una nube denegrida comenzaba à brotar rayos, dando á la luz de mil relampagos sobervios truenos. Detuvieronse confusos, y luego vieron que unos mancebos (à Carlos le parecian Angeles) vestidos de candidas tunicelas, se llegaron à ellos, y trabando de la Dama, la metieron en una Iglesia, que como milagrosa, se apareció alli delante. El Galàn, como por fuerza quiso impedirles el passo, pero hallòse él impedido, sin poder menear los pies. Comenzó con ruegos à dezirles, que la dexassen que era esposa suya; y bolviendo el rostro uno dellos, le dixo: *No tenemos potestad nosotros, sino aquel varon, que està à la puerta vestido.* Bolvió los ojos el Galàn, y vió al Pontifice Romano, que con faz serena le mirava, y antes que hablàra palabra, oyó que le dixo: *Esta no es Esposa tuya, sino de Iesu-Christo.* Y diziendo esto, desapareció todo; y al tiempo que Carlos quiso entender à lo que el

lasti-

lastimado Galàn hazia, despertò en su cama tan fatigado, y molido, como si por èl huviera passado lo que le avia representado su idea. Discreto era Carlos', bien lo avia menester en este punto; porque aunque sueños vanos, y diabolicos no se han de creer, credito se les deve dàr à revelaciones divinas, pues esta, sino lo era, tenia por lo menos todos los requisitos para parecerlo. Ajustò con su historia verdadera la aparente del sueño, y viendolas à las dos tan una, despidiendo amores, se resolviò en pedirle á Camilo, que le amparasse en su casa, y que à Lucinda la dotasse conforme à su calidad, para que cumpliesse la promesa. Buen acuerdo, discreta eleccion, saber en fin, que es la basa de los aciertos.

Esto le passò à Carlos la primera noche en la casa de Camilo: vamos à vér à Lucinda, que nos la dexàmos muy olvidada, y muy sola. Llegò à la Quinta del modo que vimos, y aviendo buelto en su acuerdo, y viendose en los brazos de Iulia, rodeada de criadas, y doncellas, no acertava à dár las gracias que fuessen equivalentes á su parecer, al hospedage que merecia. Dexaronla donde reposasse mientras fueron á saber de Carlos lo que yà queda dicho. Visitaronla otra vez, despues yà de saber quien era, y porque no se enternecieste, quisieron con presteza darle lugar para dormir. No se rindiò al sueño, porque estava con amor, y este, aunque es niño, es muy vigilante, hable la experiencia; y assi entre lastimados suspiros comenzò à quexarse, y dezir: Ay Carlos, y quantos tormentos has passado por mi! Ay dulce dueño, y quede lastimas me cercan, considerando que es fuerza el dexarte! Y aunque es mi perdida tal, mas siento lo que tu has de sentir la mia, porque he conocido lo que me has amado, y he visto lo que por mi has sufrido. Dos vezes me he dedicado à Dios, ofreciendole mi virginidad, como en sacrificio, quebrar promesas, es sin razon, y si son hechas á un Rey, es delito; quebrando, pues, las de Dios, quien negarà ser pecado? Ay Dios, y señor mio, no me desampareis, pues conoceis la humildad con que dexo lo que quiero por serviros à vos, que os adoro: Mas ay de mi, y como yà conozco mi desgracia en la gracia del alvergue, pues Iulia hermosa, y viuda, y Carlos yà libre, quien podrà dudar de que se avràn mirado. Este ay era el que mas aquexava á Lucinda, rabiosos zelos, y era el que primero avia de pronunciar, sino que aun contra el mismo dictamen quieren á vezes los que aman cifrar

palabras, como no dandose por entendidos de lo que les duele. Si sentia Lucinda el apartarse de Carlos, pero no era su pena, sino de vèr que podia querer á otra. Zelos la aquexavan, que no la pérdida, y zelos, yà se sabe lo que causan, hablen los exemplos, que hartos sobran.

No dormia Camilo à esta sazon, que entre amorosos desvelos reprimia los impulsos del conato, y amoroso deseo, que pagado en grande manera de la beldad de Lucinda, parece que despertava muertos apetitos. Mucho haze una vista, bien hazen los que la evitan: el primer escalon del daño suele ser, y assi, cerrar los ojos à una Dama, es gran cosa, no melindre. Sacudiò Camilo todas las imaginaciones, porque aunque las oyò, no las quiso admitir, antes las desterrò; que no ay sentencia mejor que la de un destierro, quando la sensualidad se arrayga, porque la ocasion á la vista, el peligro es presto, ponerse en peligro, yà se sabe que es dañoso; y dañada una conciencia, que puede aguardar, sino una ruìna? Iulia fue la que con mas galanteo derribò deseos, y atropellò pensamientos. Venciò mas que todos juntos, claro està el por qué; y es, que Carlos, si tenia mucho amor, refrenavalo el impedimento de el voto que avia hecho. Lucinda si estava con zelos, la misma causa le tapava la boca; y Camilo, si tenia ocasion de querer, el imposible de estàr de por medio Carlos, primero poseedor, parece que con discursos de razon le divertia de sus pensamientos. Pero Iulia, no solo no tenia estos embarazos, sino antes en favor un monton de medios provocativos, porque ella se mirava libre, à Carlos veìa con partes necessarias para ser estimado, y de Lucinda no, sabia entonces su pecho, ningun rezelo se ponia por delante, pues ella espontaneamente venia consagrada al voto virginal. Con todas estas causas en favor, rompiò su buen discurso, salieron con palma victoriosa su entereza.

Con estos desvelos passaron la noche primera, los unos, y los otros, y quando yà el Sol quebrando las vidrieras del Oriente, comenzava à caminar sus rayos à los mas empinados obeliscos, se levantò Camilo, y fue à visitar à su huesped. Saludaronse corteses, y despues de los agradecimientos devidos, le diò Carlos cuenta de lo que avia imaginado, ofreciendosele por el mas minimo criado de la casa. El trato, y comunicacion de la persona, y la cortesia, son la informacion de cada uno; y conociendo Camilo

en

en estas causas las partes de Carlos, le abrazò amigablemente, y le ofreciò como à Mayordomo mayor, toda su casa, dandole palabra de poner à Lucinda en la parte mas honrada que eligiesse, sino es que acaso se contentasse de estar en el retiro, y recogimiento que gozaba su hermana en la propia Quinta. Prometiòle assi mismo, que le defenderia con todo su poder, si de Valencia viniessen á buscarle sus contrarios; y que si gustaba de casarse, le daria una prima suya con tanto dote de riquezas, como el Cielo la avia dado de gracias. Notable ofrecimiento. Pechos nobles en fin, que miran en los bayvenes de la fortuna los trabajos semejantes á que estàn expuestos. Abatiendose Carlos à los pies de Camilo, quiso con acciones manifestar lo que la lengua no podia agradecer, porque el corazon mas despierto se embaraza, si se vè muy favorecido, del modo que se adormece, si se vé agraviado. Solamente pronunciò palabras para despedir amores, y ofrecimientos de esposa (quizàs quiso que se assegurasse, viendo la ocasion de su hermana, no sabiendo lo satisfecho que estaba della Camilo) y assi le dixo: Señor, pues yá desde aora sois mio, yo os he de servir, defender, y amparar; y finalmente morir con vos en esta fortaleza: Pues ha sido Dios servido que á fuerza de peligros tantos la aya hallado tan à medida de mi contento, quanto superior à lo poco que valgo, esta palabra que os doy la vereis cumplida, y el dia que falte llamadme traydor, ò sino ingrato, que aunque parece titulo menos afrẽtoso, es mas digno de castigo; pero os ruego que en ningun tiempo me trateis de otro estado que del que tengo, pues aveis visto en el discurso que os hize de mi historia la fuerza con que depositè en Lucinda mis sentidos, y potẽcias: el alma la di, digalo ella, y suya ha de ser mientras yo viva; holgàrame que huvierais experimentado lo que es depositar un hombre su voluntad en sugeto capàz de ella (vuestra hermana lo sabrà bien, pues ya me he informado de su amor) para que vierais el fastidio que causa al alma tratarle de otros amores, porque como no son manjar de su apetito, le desazona el gusto: vna fee ay, viva, ó muera el consorte, y quien dize que puede aver dos, poca fee sabe guardar. Querer yo tener perfecta voluntad, fee firme, amor entero con una dama, despues que á otra he hecho dueño de estas tres alhajas, ò he de ser notado que menti á la primera, ò he de quedar concluido que no tengo verdadera aficion á la segunda.

Con

Con mas gusto recibiò Camilo la resolucion de Carlos, que el ofrecimiento, por vér que avia hallado quien corriera parejas en su modo de vivir. Trataron cosas diversas, y quando yà les pareciò hora de visitar à Lucinda, suspendiòse Carlos con la consonancia de unas bien templadas cuerdas, que colgadas de las claves de una harpa, se quexaban dulcemente. Reparò Camilo, y dixole: Sin duda sois aficionado por la musica. Aficion la tengo, respondió Carlos, sin preciarme de ello, solia divertir muchos ratos de tristeza. En verdad, pues, replicó Camilo, que aveis de cantar alguna cosa, que fuera del gusto que yo recibirè, sé que lo recibirá mi hermana mayor, pues ella es la que tiene assalariado el mismo que oìs, para que la cante à diversas horas del dia. Sin dár escusas (en esto no era Carlos musico) ni hazerse mas de rogar, tomò la harpa, y al compás de las cuerdas, hablò con Lucinda de esta suerte:

Lucinda del alma mia,
en quien todo el bien se ve,
si no me matan tus ojos,
que no los vea otra vez.
Ojos de Paloma tienes,
mas no importa, que yo sè,
que si no matan de mal,
ay ojos que matan bien;
Muerta me tienes el alma,
y estoy con tan buena fee,
que aunque me mata el mirarte,
siempre te quisiera vèr.
Adoro tus perfecciones,
que tantas en ti se vèn,
que ay muchas que estàn sobradas,
sirviendo sin interès.
Plegue à Dios, que si á otros ojos
miràren estos que vès,
estas luzes de los tuyos
me abrasen al punto, amen.

Mientras cantaba Carlos, lastimada Iulia estaba escuchando las palabras de Lucinda, que como muger discreta, como Dama querida, y como doncella desamparada, y en agenos limites, se quexava con tal gracia, que al passo que movia à compassion, provocaba á que la escuchassen. Esto es lo que solemos dezir, que una razon bien sentida, tiene precio; y una quexa de quien siente, se puede escuchar. Los consuelos que Iulia le daba eran parentesis de sus sentimientos, y como estos muchos, y dilatados, y aquellos, aunque pocos, bien dispuestos, formaban entre las dos un pèriodo de no poca inteligencia. Temerosa Iulia de que el eco de los sollozos de Lucinda hiriesse en los oìdos de Carlos (yá le queria quitar penas, aficion parece) quando viò acabada de vestir à Lucinda, la tomò por la mano, y sin criada nin-

ninguna (esto han de procurar las señoras, no fiarse de criados) se entraron en un jardin tan deleytoso, que el ser pequeño era en èl lo que avia de mayor admiracion. Sentaronse en un tapete de azucenas, que servian de coxin à unos naranjos, y mirtos, y con alhagos, y caricias dixo Iulia: Lucinda, hermana mia (que este nombre te darè, si quieres servirte de mi) yá he escuchado de ti, y de Carlos los fracasos de tu historia, yá por vuestros respetos estoy muy satisfecha que en vosotros resplandece la nobleza que contais, y las partes que dezis: yá veo que por amor has dexado en tu Patria mancillada tu fama, y la honra de tus padres, y deudos, yá miro el sentimiento justo que hazes, yá cosidero las obligaciones en que has puesto à este Cavallero, y yà advirto en las que à ti te corren por el voto que has hecho; pero te empeño mi palabra, que si te quedas conmigo, haré tu gusto en quanto dispusieres. Si determinas pedir comutacion, ò dispensacion del voto, yo lo alcanzarè en breves dias, y te casaràs. Si te acordáres de guardarle (lo qual te aconsejo) yo te juro de labrar un Monasterio, en el qual me encerrarè contigo con mucha voluntad, y gusto. En esto me parece que te puedo servir, porque bien conozco que no te querràs bolver, pues en tu tierra yà no has de hallar padres, sino enemigos, ni te han de dár amparo, sino pesadumbre. Esto te prometo, dime lo que eliges.

Con un ay tan lastimado, que al salir por el dividido clavél, brotaron los ojos perlas, respondiò Lucinda: Señora, y amparo mio, no hago, no tantos sentimientos por los trabajos passados, como de juzgarme indigna de los bienes que posseo, porque mis delitos no eran dignos de aver hallado tantas misericordias en en un pecho tan noble, sino merecedores de hallar en pechos barbaros castigos merecidos. Culpa tuvo mi padre de forzar mi voluntad, porque alegì esposo à mi gusto; y aunque esta culpa me disculpa, no por esso mis arrojos se quedan libres, que es mucha carga la maldicion de un padre, y es mucha desemboltura la inobediencia de una hija. Esto es lo que lloro, y lo que me aflige, mas yá el arrepentimiento, con la esperanza de la penitencia, me consuela. Y pues tan de oficio quieres favorecerme, mi intento es de perseverar en Religion, consagrando de nuevo à Dios mi castidad. Carlos sè que gustarà desto, pues èl tambien se vió como me vì: y quien no teme amenazas del Cielo, tiene muy poco de Religion Christia-

na

na. Para el ſanto matrimonio nos queriamos; mucho nos amavamos, mas yà que no ſe mude la voluntad, que en dexar de tenerſela ſerá impoſſible, es forzoſo que mudemos el fin. Los dos lo prometimos, y los dos lo cumplirèmos, èl con el amparo de Camilo, dandole con que viva, y yo con tu proteccion; pues me dàs tanto. Fiada eſtoy en tu valor, y en tu clemencia, que hallarèmos en todo lo que fuere juſto vueſtra gracia. Pero ay de mi Iulia, y ſeñora! No sè como te diga eſto de modo que me entiendas, y que no te dès por entendida. Yo he querido à Carlos, aqui conozco muchas Damas que te ſirven, y algunas primas tuyas que te acompañan. El es galan, ella hermoſa, ſi ſe amaren (no lo dudo) ſentirlo es fuerza, porque muger que ha querido bien à una perſona, cierto es, que ha de ſentir verla en agena poſſeſſion. Satisfecha eſtoy por aora que nunca querrà à otra Dama; pero como dixo un Sabio: *Mudanſe los montes, y no ſe mudaràn los animos*? Pues para eſtos ſeñora mia, quiſiera yo que Carlos no ſe quedàra aqui, ſino que ſe fuere à la Corte, y que allá eligieſſe el modo que quiſiere para vivir, porque ſi allá ſe enamoràre, no viendolo yo, me ahorrarè el ſentir, porque quando los ojos no vèn, ſe eſcuſa el corazon de llorar. Y ſi poſtrada à tus pies te ſuplico, que ſin que Carlos lo entienda, comuniques ſecretamente con tu hermano eſte parecer, para que al cabo de algunos dias lo execute, ſi tienes voluntad, y propoſito de Religion, no lo ſacudas de tu idea, que ſentirè yá mas el privarme de tu compañia, que todos los trabajos, y infortunios que he paſſado.

Puſieron fin à la converſacion, ſalieronſe del jardin, dieron á Camilo, y à Carlos los buenos dias; y comunicadas las determinaciones, y pareceres, ſe reſolvieron Carlos, y Lucinda quedarſe, y Camilo, y Iulia á favorecerlos. Sentaronſe á comer en una pieza tan bien diſpueſta, como aderezada. Y alzadas las meſas, ſe puſieron à vèr mil curioſas hiſtorias, que eſtaban boſquexadas, y eſcritas en unos tapizes Milaneſes; y en tanto que las miran, quiero que el Lector paſſe los ojos por eſtas advertencias.

En Carlos ſe repreſenta un Cavallero ſumamente enamorado. En pretender á Lucinda, ſiendo èl tan pobre, y ella tan hazendada, y rica, anduvo indiſcreto, porque cada uno debe poner los ojos en perſona que ſea ſu igual, donde no, ſerà cauſa de muchas ruinas, como las que hemos viſto que le ſucedieron. En pedirla à

ſus

sus padres anduvo prudente, y assi hazen mal los que sacan las doncellas contra la voluntad de sus padres. Entrar à sacarla de el Convento, no ay que ponderar lo mal que anduvo, pues ello se dize, y tales atrevimientos merecen enormes castigos. Quebrantar una casa, delito es, pena merece; el intentar solamente sacar una doncella, con muerte se castiga, el Derecho lo dispone, los Canones lo aprueban. Pues quebrantar una Casa de Dios, y no solo el intentar sacar una Esposa suya, sino executar el intento, qué castigo merecerà? Què penas avrà bastantes? Què tormentos serán suficientes? Ningunos en esta vida. Pecado es de sacrilegio, pero estaba por arrojarme à dezir que es heregia; porque quien tan cara à cara se pone à ofender à Dios, que roba de su Templo à la que es su Esposa, sino es Herege, por lo menos se puede tener por sospechoso. Y del modo que Dios castiga á estos tales, se verà en sus fines, aun verèmos el de Carlos. En hazer la promessa en el Mar, anduvo como Catholico, y como pecador reconocido; porque yá que un hombre cometiò el pecado, justo es, que temeroso del castigo, se arroje à los pies de Dios, y con lagrimas le pida perdon, y misericordia; aunque mas propiamente se puede considerar en aquella accion un pecador obstinado, que sin sentir el peso de las culpas, se dexa llevar de su apetito, y aguarda à que Dios le haga una amenaza, poniendole en el potro de una cama, como á Ezequias, ò derribandole de su solio como à San Pablo, como si todos tuvieran el espiritu de deste, ò las lagrimas de aquel. No debemos aguardar à estos ultimos articulos, ni pedirle à Dios milagros, sino armados con sus auxilios Divinos, en cometiendo la culpa, labarnos con el agua saludable de la penitencia.

En Lucinda se puede considerar una Dama enamorada, y resuelta, dos aguijones son para qualquiera desdicha. En dar palabra de casamiento antes de saber el gusto de su padre, anduvo poco cuerda; y assi, podràn advertir las doncellas bien lo que le sucediò á Lucinda, lo mal que hazen en ir contra la voluntad de quien les diò el sér. El ser forzado para que entrasse en el Convento, denota yà principios de su castigo, pues del modo que ella contra la voluntad de su padre buscò esposo, assi su padre contra su gusto no quiso que le gozasse. Y aunque esto parece contra derecho, muchas vezes es permission Divina, para pena de hijas inobedientes. El permitirse

sacar del Monasterio, denota la resolucion de una muger, pues sin mirar tantos peligros á que iba expuesta, se entregò en brazos de quien temerosa la podia dexar perdida. Error grande de doncellas, que se fian de palabras, y por solas ellas venden su honor, como si fuera negocio que se pudiera recuperar, perdido una vez Dios con todo su poder, no puede hazer que la que una vez perdiò la joya de la virginidad, la recupere, testigo el Maximo de los Doctores S. Geronimo en estas galanas palabras: *Cum omnia possit Deus, virginem post lapsum reparare non valet.*

En el padre de Lucinda se denota un hombre cabezudo, y temerario, pues forzando la voluntad de su hija, queria que tuviesse estado mas perfecto, llevado de su pundonor: cosa por cierto lastimosa, pues muchas vezes una temeridad destas viene à ser la basa de mil desastres, exemplos vemos cada dia, y assi, deben escarmentar los padres de no forzar á sus hizas que tomen estado contra su voluntad. Y quando ellas no miren los inconvenientes que los padres reparan podràn atraerlas con buenos modos á que desistan de sus intentos, y muden de parecer. No es imposible para una muger que aborrezca oy lo que ayer pretendia, cada dia lo vemos, muchos lo experimentan, algunos lo lloran. Forzar, empero, que se case la que quiere ser virgen; y querer que sea tal la que quiere ser casada, disparate grande, necedad conocida. Pues la doncella forzada desta suerte, viendose afligida, no cumple con sus obligaciones; y llevada de su inclinacion primera, busca modos para gozarla, halla quien la ayude, destruye su fama, mancilla su opinion, y lo que suele ser peor, muchas vezes se expone à condenacion eterna. Y si es el padre causa, considerese à vista de su culpa, los castigos que tendrà yá prevenidos. Escarmiente cada uno en cabeza agena, y mire los daños que se originan de un desacierto.

En Camilo, y Julia se pueden considerar dos pechos nobles llenos de misericordia, pues tan piadosos dieron alverge á los que saliendo de una borrasca, apenas se conocian. Comida les dàn, cama les aderezan, sus personas les ofrecen, porque reparen los duros de corazon en no ser rigides, ni escarapelados con los que llegan desvalidos à sus puertas. Gran cosa es dar posada al Peregrino, miralo bien, que Dios es el que vá en el pobre. Peregrino se hizo para entrar acompañando dos Discipulos que iban à Emaus. Ellos lo recibieron tan bien, que

lo

lo sentaron à su mesa; el primer lugar le dieron, bien se lo pagò, pues les dexò llenos de gloria, y esta los tiene prometida à todos los que por su amor hospedaren à los necessitados, y menesterosos; y al contrario, pena eterna à los que fueron crueles; con esto daremos fin à esta primera Persecucion de Lucinda.

PERSECVCION SEGVNDA.

CVENTASE LOS ZELOS DE LVCINDA, Y LA GRACIA CON que Iulia procuraba deslucirlos. No se satisface Lucinda, y para prueba, procura darle zelos à Carlos, y ponerse à peligro de perder la vida.

COn gusto infinito passaban Carlos, y Lucinda en la Quinta, porque Carlos los mas dias, acompañado de Camilo, salia al soto, fatigaba el monte, atemorizaba las aves, cazaba, en fin, que este suele ser el exercicio de Cavalleros, y mas de los que son inclinados à las armas; y Lucinda al lado de Julia, yà divertida en la labor, y yà entretenida en los jardines, passaba vida gozosa, que bien imaginò infeliz. Los negocios andaban con fervor para su quietud, porque Camilo avia despachado à Roma por licencia para fundar un Monasterio de Religiosas Canonicas, semejante al que fundò la Duquesa de Lotharingia en la Provincia de Henao, y al que ay en Niveles en Flandes; pero con diferente Estatuto, y Regla, porque aquellas desde por la mañana, hasta medio dia, que acaban las Horas, andan vestidas de Religiosas; pero de medio dia abaxo se visten de seglares, y viven divididas, y pueden se casar à su albedrio, sin que la Abadesa que preside puede poner estorvo. Pero Julia, y Lucinda no querian, ni tanta obstentacion, tanta anchura, andaban cuerdas, porque Religiosas con licencioса vida, mas dàn que murmurar, que edificar; y assi procuraban hazer un Monasterio, que dentro de sus limites morassen todas las que entrassen en èl, y que votassen todas castidad, por lo menos simplemente, sin ceremonia solemne de tal manera, que si alguna se quisiera casar, huviera menester dispensacion del Pontifice; y assi mismo, que nadie pudiesse salir de la clausura, sino era con licēcia de la Prelada, y por causa justa. Con estas ordenaciones, y clausulas, tuvo Julia letras del Pontifice Romano, para que

en

en compañia de otras dos Religiosas del Capitulo de Mons, entrasse à fundar su Monasterio. Pusose luego por obra el hazer la Casa de Puzòl (sino es que fue en Napoles, poco nos importa su averiguacion,) Finalmente, se passarõ muchos dias primero q̃ surtiò efecto, siendo causa la tardãza de muchos temores, y sobresaltos. Todos son zelos de Lucinda, que no fue la menor persecucion, dirèmoslo poco á poco, por la comunicacion grande de Camilo cõ Lucinda, y de Carlos con Julia, al passo que se enfriaban las paredes del nuevo Monasterio, se resfriaban los animos de las que los avian de habitar. Nacieron passiones, huvo zelos saliendo rencores destos, y disgustos de aquellas. Mala bestia es la ocasion, y el trato, hasta en las piedras engendra correspõdencia. Camilo, aunque comunicaba con Lucinda, era muy poco, y sin passion alguna, porque como dixe arriba, la primer noche despidiò las razones, q̃ sin razon querian inducirle Carlos, aunque miraba á Julia, nunca olvidaba à Lucinda, solo se desvelaba en zelar à Carlos, y solo Julia era la que forzando (digamoslo assi) su voluntad à que quisiesse vèr, y hablar, y no amasse, gustaba Carlos. No sè si me he dado à entender, dixo que Julia estaba como algunas doncellas muy discretas, ò que se tinen por tales, que quieren permitir visitas, y conversaciones, y no caer en una macula, sino que colorean esto con dezir, es un amor honesto, vna aficion lisa, no ay nada malo, plegue à Dios. Querer andar metida una muger en ocasiones, y salir libre, grã valor será, en pocas se halla, milagro ha de ser.

De aquesta suerte trataba Julia, gastando muchos ratos de la conversacion de Carlos, passando muchas tardes con sus canciones, y perdiendo pocos dias sin sus visitas. Todo era muerte de Lucinda; y aunque dissimulaba, lo sentia, hasta que no pudiendo dissimular su pena, la llamò una tarde á su aposento, y derramando muchas lagrimas, le dixo: Señora, pues sabes del modo que podré estár con la carga de una promessa, y vés la poca solicitud que ay en lo que me tienes prometido, ruegote segunda vez, que hagas que Carlos se vaya à Napoles, ò donde yo no lo vea, si no quieres vér temprana mi muerte: yá te dixe mi passion, y no te espantes, que quise bien, y lo que se ha querido à la vista, es fuerza vivir con estos sobresaltos. Bien imaginaba Julia que Lucinda tenia zelos, mas juzgaba q̃ era por respeto de algunas Damas de su servicio, y no por ella; y assi para asseguraria, y quedar-

se libre, le respondiò de esta suerte: Amiga Lucinda, no tengas tan lleno de passiones el pecho, ni hagas montes de quimeras en lo que no ay para què, porque bien tengo conocido de Carlos (y mi hermano me lo ha dicho) que antes se desquiciaràn los Cielos, que ponga sus ojos en otra muger; yo veo que la confirma con las palabras, porque á ninguna Dama de casa la ha hablado jamás de assiento, à todas las mira en comun, à todas las quiere sin particularizarse con ninguna, si el Convento estuviera yà acabado, nos fueramos al punto, y te quitàra delante de los ojos esta pena que tienes de vèr al que has querido. Lo que es embiarle à Napoles, yà lo huviera hecho, si mi hermano se pudiera hallar sin èl, pues bien miras que no le dexa un punto; yo tambien te prometo que me huelgo de escucharle, y esto poco que nos queda del siglo, no será razon perderlo, si acaso no te disgustas.

Con mas transmutaciones de colores que haze el espiculo del Sol, hiriendo en diversas materias, se quedò Lucinda escuchando las referidas palabras. Disimulò quanto pudo, y como la tristeza del corazon se encubre mal en el rostro, mirandola Iulia, la bolvió à dezir: Lucinda, por tu vida te ruego, que me digas desembozadamente tu pena, y me aclares tus rezelos: Dime, sabes tu que Carlos quiera alguna Dama? Has entendido que comunica alguna con particular cuydado? Has visto que tiene secretos, ó que recibe papeles? Dime en fin, tu pena, que sabida, mejor se pondrà el remedio. Con notable discrecion le diò Lucinda entre ceja, y ceja, solo con una palabra, que aunque equivoca, para buenos entendedores tenia clara la inteligencia, dixole: Señora, yá veo que Carlos con ninguna trata en particular, sino es contigo; pero que sè yo, si siendo esto publico, avrà por allà orra comunicacion secreta. Bien lo entendiò Iulia, y saliendola mil colores á la cara, no se quiso dàr por entendida, antes con una disimulada risa la respondiò: Lucinda, de oy mas tendrè notable cuydado de zelar à Carlos; y en conociendole particular alguno, te doy mi palabra de executar al instante, y sin detencion lo que me tienes pedido. No se puede encarecer el pesar que Lucinda recibia de vér, que hablando clara, y descubiertamente, y sabiendo biẽ que Iulia la entẽdia, se le mostraba ignorante, dandole sentido diferente á sus palabras. Disimulò tan bien en no aclararse mas, anduvo discreta, porque quando una persona declara à otra el sentimien-

to que tiene, y conoce que lo ha entendido, mas q̃ no quiere hazer q̃ lo entiende, lo mejor es poner silencio, y no arrojarse à descubrirse cara à cara, porque muchas vezes, el que ha oìdo las quexas que dél tienen, y vè del modo disfrazado con que se las dize, procura la enmienda con mayor cuydado; porque no ay cosa que mas obligue que la cortesia, y al contrario pudiera suceder, si descubiertamente se las dieran, que de afrentado enconàra mas la causa, y la dexára en peor estado que tenia.

Assi, pues, hizo Iulia, que conociendo que Lucinda estaba zelosa por su causa, procurò con recato, y prudencia no hablarle à Carlos, sin que estuviesse Lucinda delante, ò que fuesse secreto que ella no lo entendiesse. Con esta enmienda se le conociò en breves dias la mejoria à Lucinda, bien lo echò de vèr Iulia, y como el buen Medico, que quando vè que con la medicina que aplicò se halla mejor el enfermo, conoce la calidad del mal, y procura aquel mismo tenor irle aplicando otros remedios, assi Iulia llamò aparte á Carlos un dia, y le dixo, que por que se recataba tanto de Lucinda, sabiendo que avia sido su amor, y que viendose olvidada tan por los fines, sospecharia q̃ se entretenia con otra? Buenas razones respondiò Carlos á este proposito, pero en todo le replicò Iulia, que mientras estuviessen alli las dos, la tratasse con mas familiaridad, entreteniẽdola con algunas canciones, ò por las mañanas á sus rexas, ó por las tardes en el jardin. Ya entendió Carlos la causa que podia aver para que Iulia le hiziesse este cargo, entendió los zelos de Lucinda, y assi la prometiò de reducir á la obra quanto le mandasse; y porque con mas particularidad conociesse que la obedecia, le pidiò que le diera ella cada dia el assunto de lo que avia de cantar. Placeme, dixo Iulia, mañana quiero que cãtes una letra al despertar y al levantarse Lucinda de la cama, y esta la cãtarás à tiempo que la oygamos las dos, porque mè importa estàr en su presencia, quãdo tu apartado le cantes alabanzas. Hecho este concierto se despidieron, yendose Iulia à consolar á Lucinda, y Carlos à visitar á Camilo, al qual le contò algo de lo que avia passado con su hermana acerca del estàr zelosa Lucinda. Algo dixe, que le contò, y no todo, que el que se precia de prudente, y de discreto en materias delicadas, y que ay honra de por medio, aunque se tenga de su persona mucha satisfacion, no ha de contar todo lo que le passa con quien lenguas maliciosas, ó animos poco dociles pueden sospechar lo que no ha

avi-

avido. En verdad, dixo Camilo, que he estado muchas vezes por deziros lo que estais quieto, y recatado, estando en casa una persona á quien tanto aveis querido, y que tanto merece ser estimada, en esto he hallado vuestro mayor valor, y en esto he conocido vuestra mayor prudencia, si bien no puedo yo sentenciar esta causa, por aver cursado poco esta materia de voluntades, que segun me enseña la experiencia de algunos, y veo en los libros las vidas de los otros, debe de ser enfermedad terrible el dexarse una persona cautivar del amor. Mucho se pudiera dezir sobre el caso (respondiò Carlos) pero no quiero referir materias semejantes, que aunque son muy delicadas se aprenden con facilidad. Dadle gracias à Dios, porque os ha librado dellas; apartad el pensamiento de sus memorias, y nunca ocupeis los ojos en sus escritos. En esta conversacion gastaron lo mas de la tarde, y despues de aver dado parte á la noche, quando yá el dia se levantaba, haziendo al Mundo ostentacion de su luz, tomando Carlos un instrumento, se puso en parte que Lucinda, y Iulia le pudiessen oìr, y despues de aver templado, dixo desta suerte:

Lucinda, si te levantas,
dà primero al Alva cuenta,
porque amaneciendo tu,
por qué ha de amanecer ella?
Duerman sus ojos serenos
entre lo olanda de estrellas,
que á la sombra de los tuyos
ninguno avrá que no duerma.
Yo te mirè esta mañana
por brujulos de una puerta,
y no sè si el alma errò,
porque traxe al alma enferma.
Los dos luceros abriste,
y si el Alva esparce perlas,
vidas tu, pues diste vidas
resucitando tinieblas.
Con los claros explendores
pude contemplarte atenta,
yà jazmin entre claveles,
yá clavel entre azucenas.
Assentada sobre el lecho,
sueltas las doradas hebras,
tanto en ellas me enlazaste,
que dexé la vista en ellas.
Sacaste una mano blanca
para poder componerlas,
aunque tales desaliños
antes adornan, que afean.
Quedòse el Cielo sereno,
y las niñas soñolientas,
aunque estaban con dos soles,
daban bostezos de estrellas.
Desdeñosa yà contigo
sacudiste el sueño apenas,
quando en las manos tomaste
de tu camisa las trenzas.
Pomos de quaxada leche
cubriò una lazada negra,
en columna de alabastro
ministrándo las diez flechas.

Sirviò el cambray de cortina,
aunque no fuè tan groſera,
que dexàra ſin aſſomos
aſſomos de tal belleza.

Muy alborozada eſcuchò Lucinda los verſos de ſu amante, aunque no ſin algunos ſuſpiros de las ãtiguas memorias, porque como yà le miraba con diferẽte fin, lloraba el que tenia al principio de quererle. No eſtuvo menos guſtoſa Iulia, eſcuchando lo bien que avia veſtido el aſsũto, y la gracia, que era mas, con que lo ſabia cantar. Tambien Camilo eſtuvo contento, aunque con alguna triſteza de la novedad de cantar letras à quien yà tenia olvidada. De lo que le avia comunicado antes, coligiò la reſpueſta de ſu duda; y aſſi, ſin inquirir mas en el caſo, le pidiò que hizieſſe una letra al tocarſe una Dama, quando con viſtoſos deſaliños ſe levanta de el lecho. A la miſma hora del dia ſiguiente ofreció Carlos tenerla pueſta en el harpa; hizolo aſſi, aviendo aviſado à Iulia de como yà para aquel dia tenia aſſunto, cõtóſelo, y ella ſe holgó mucho, y el levantandoſe eſſotro dia, fué à deſpertar à la zeloſa, y las dos eſcucharon à Carlos eſte Romance.

Apenas el Alva hermoſa
boſtezaba por el dia,
quando mas bella que el Alva
deſpertò el Alva Lucinda.
Tomò un liſton en las manos,
no sè ſi de graña fina,
ſegun perdiò la color
á viſta de ſus mexillas.
Para trenzar ſus cabellos,
cuydadoſa los aliña,
porque no es bien que andẽſueltos
los lazos de tantas vidas.
Prende con nudo de ſeda
de oro la madexa rica,
rayos de luz dividiendo
en dos partes dividida.
Por apriſionarlos mas
toma en la boca la cinta,
deſmintiendo con las perlas
boſquejos de clavellina.
Aqui fuè la competencia,
y alli del color embidias,
que riñieran, á poder
aver en el Cielo riñas.
Mas apenas con jazmines
la una parte enlazò apriſa,
quando la cinta quitada,
ſe vió la nieve corrida.
Quedò en la cara un relieve
de mil roſas manutinas
como diziendo al liſton:
deſta ſuerte eſtoy mas linda.
Hizo con los dos eſtremos,
orladas las hebras finas,
tal eſtremo en ſu cabeza,
que fué eſtremo della miſma,
Coronada ſe quedò
tan galante, y tan divina
que apenas hallò el eſpejo
en que poder corregirla.

Muy pagados quedaron todos de la letra, pero reparando Iulia en el ultimo verſo, donde dezia q

yà

yà el espejo no tendria que descubrirle faltas, le pidió para el dia siguiente compusiesse alguna cosa al mirarse Lucinda, al espejo, despues de averse cubierto, y trẽzado la cabeza, segun que la avia pintado en las coplas passadas. No le fue esto dificultoso à Carlos; y assi, quando otro dia començò à dàr los primeros passos por nuestro Orizonte, con passos de garganta cantò èl estas Espinelas, dezimas se llaman comunmente.

Aunque en el mudo cristal
te estàs, señora, mirando,
no es èl que te està dando
cuenta de lo que està mal:
La decision es neutral,
mas no quiero que concluyas,
porque si en vidrieras suyas
faltas contemplas en ti,
el espejo, no, tu si,
corriges las faltas tuyas.

Que es el espejo instrumento,
concedo, mas no ha de ser
que quiera yo conocer
sin tener conocimiento:
fuera grande atrevimiento
de entendimientos groseros,
dezir para componeros,
que en èl perfeccion hallais,
pues vos le perficionais
por llegar en èl à veros.

Tu te miras, y tu eres
la que tus faltas compones,
que quien no tiene razones,
mal puede dàr pareceres:
y quando darle quisieres
lo que de referir dexo
si miras con el despejo,
que agora estàs celestial,
delante de espejo tal,
como ha de hablar otro espejo?

Quando todos imaginaban que avia acabado, oyeron que mudando el tono al instrumento, comenzò en otro diferente à cantàr este Soneto.

Mirabaste, Lucinda, esta mañana
al terso vidrio de cristal bruñido,
mirando en sus reflexos esculpido
mas hermoso diseño, que Diana.
Rosa, que bosquexò en Abril temprana,
en él contemplarias, mas Cupido,
aunque vendado; contemplò advertido
leche, clavèl, jazmin, ros[illegible] y grana.
Estaba yo detrás, y como [illegible]
en un espejo hiriendo del Sol rayos
deslumbran al que mira sus faroles.
Tal me mirè de estàr en ti mirando,
que llene el alma yà de mil desmayos,
me inclinè á la sombra de tus soles.

Yà le parecia á Iulia que se avia metido en algun cuydado, por aver de tenerle en darle assumpto, y como un dia yendo con Lucinda à Missa, la viesse tropezar, y caer en tierra, le pareciò materia bastante para que Carlos sobre mesa cantasse alguna cosa; el tiempo fuè breve, y assi en pocas palabras cifrò lo que era digno de muchas, dixo assi:

Lucinda à Missa saliò
una mañana de prisa,
y antes que llegasse à Missa,
en el umbral tropezò:
el coturno lo causò,
fragil exe de su Cielo,
causando tal desconsuelo,
que se vieron con cuydados,
dos soles amenazados,
una quarta yá del suelo.

Torciòse el chapin, y apenas
se carminizó el jazmin,
quando al punto sin carmin
se vió el campo de azuzenas:
las luzes antes serenas
iban de los arcaduces
à estrellar al suelo luzes,
mas se hizo Cruzes Lucinda,
y ellas viendola tan linda,
no passaron de las Cruzes.

Solia Carlos cantar algunos ratos, por divertir à Camilo, pero no era con tanta frequencia, ni cõ tanto cuydado, ni de modo que en las letras se nombrasse á Lucinda; y como agora iba tan diferente Camilo sospechaba vivas centellas las que yà juzgaba muertas cenizas. Los criados fraguaban malicias, unos juzgando como adivinos que se aviã de casar (indicios avia, no era mucho) y otros como maldicientes, presumiendo que Carlos salia de juzio, y lo q̃ ay que reparar es, q̃ una mala presũpcion, aunque sea de gente ignorãte, siẽpre hallarà razones à su paladar; y assi dezian: Poeta, y Musico, que ay que aguardar? De como ha estado cuerdo estos dias se puede tener por milagro, porque aun lo uno sin lo otro suele engendrar locuras. Murmuraciones de criados son, no ay que hazer caso, porque las palabras no se hã de tomar como se dizen, sino como el sugeto que las relata. Lucinda, aũque por una parte gustaba de oir á Carlos, por otra tomaba mas indignacion, considerando q̃ aquello no era de su virtud, sino forzado de Iulia; y assi, se abrasaba mas de zelos, y dezia: Ay Carlos ingrato, y que bien que te has olvidado de tanto como te amè, y què presto te has pagado de otra beldad, pues por ella hazes lo q̃ no hizieras por mi, y llega á tanto tu rigor para conmigo, que aun mi propria contraria te despierta, y te avisa, como si te dixera: Mal Cavallero, y falso amante, aunque veo q̃ me quieres, y q̃ por mi te olvidas de la q̃ amaste, no seas tan cruel, y tan ingrato, q̃ aunq̃ no sea mas q̃ por

cum-

cumplimiento dexes de mostrarle
algun amor, siquiera para que yo
no presuma q haràs otro dia con-
migo lo q aora usas con ella; fin-
ge, finge, q no estàs olvidado, dá
algunas muestras de q la tienes en
memoria, q no tendrè zelos vien-
do que es fingido. Ay de mi! Que
llegue yo á vèr esto, à que Iulia
se duela de mi sentimiento, y à
que Carlos se acuerde de mi por
respeto de Iulia; pierdo los sen-
tidos, la paciencia me falta, aho-
game el dolor, todo es tormento.

Repassando entre sì estas que-
xas estaba Lucinda una mañana,
quando le llegò un recado, en que
Iulia la llamaba à su quadra. Dis-
simulò el dolor, cubriò el llanto,
y con fingida alegria, llegò adon-
de Iulia le estaba aguardando, y
apenas acabaron de saludarse,
quando Carlos, que yà estaba ad-
vertido, comenzó à templar el
instrumento para satisfacer al
assumpto de aquel dia, que era al
labarse las manos una Dama, sir-
viendola la boca de aguamanil;
este Romance fue el que cantò:

De un barro que del coral
mas que roxo hurtò relieve,
para labarse Lucinda
hurta el agua con claveles.
Suelta el bucaro tomando
las gotas que basta suelen
á labar, sin deshazerlas,
dos manos hechas de nieve.
Estas, qual fuente de plata,
debaxo la boca tiende,
porque à tal aguamanil
solo pudo dar tal fuente.
Abre entonces el clavel,
brota cristales de suerte,
que por ser sus dientes perlas,
juzguè que brotaba dientes.
Tuercen los blancos armiños,
con ademàn tan valiente,
que no se pierde una gota
del ayre con que los tuerce.
Alborozados los dedos
con el agua se entretienen,
viendo que es yà mas que agua,
por los labios que la vierten.
Dellos destilada sale,
qual rayos de pura leche,
que ha de ser aljofar antes
que en las manos se congele.
Acabòse de labar,
y al verla acabar, contemple
quien ha oìdo lo que he dicho,
lo que pudo entonces verse.
Sacudió las blancas manos
viendose en lance tan fuerte,
chispas de cristal tiradas
de entre cristales lucientes;
una olanda puso fin
al candor humedo, y este
en los hilos de la olanda
dexó precisos relieves.

Llena de una indignacion ze-
loza iba yá Lucinda á descubrir
su pecho, si no se le adelantàra lu-
lia, diziendo: Yo no sè, amiga
mia, de qué fraguabas zelos en
dias passados, pues vès con quan-

ta puntualidad se desvela Carlos en tus alabanzas? Pluguiera à Dios (respondiò Lucinda) dexàra estos desvelos , y se ocupára en otros , que le salieran de voluntad , porque no soy tan ignorante que no vea que estos son forzados ; y aunque pudiera estar de ti quexosa , no quiero sino mostrarme muy agradecida , pues con tanto cuydado buscas mi reposo. Piensas, Señora , que no sè que el hàzer Carlos estas finezas , á modo de si agora huviera de galantearme, es por orden tuya ? Todo lo entiendo , y aunque lo dissimulo , en mi pecho lo lloro , aunque oygo mal, que yà estoy muy otra de la que antes era: yà señora he buelto sobre mi,yà me parece, que aunque à vista de mis ojos Carlos haga festejos á otra Dama , no lo sentiré. Y porque veas que es verdad lo que te digo , y en lo que te anuncio no te engaño, desde oy he de hazer à Carlos que no trate mas de mi, sino que totalmente me olvide : y si antes se me hazia cuesta arriba, que en mi presencia se enamorasse , aora le he de pedir encarecidamente que tome estado , y viva con su gusto. Yà no quiero que se ausente, yá me holgarè que al lado de tu hermano persevere. Solamente, estaré desconsolada hasta que las paredes de un Convento me sepulten , què yà que comerì la culpa , razon será castigarla con penitencias. Humedecidos los ojos, los reclinò en un lienzo, dexando à Iulia con notable admiracion de la mudanza. Consolòla quanto pudo , y Carlos sabida la resolucion , puso fin á la tarea comenzada. Colgò el instrumento , y sino era á ruegos de Camilo jamàs cantaba. Pensiones son todas estas del amor,unos las pueden llevar , mas otros no las saben sufrir.

Perplexa anduvo unos dias Iulia, no acabando de entender el sentido de las razones de Lucinda, conociendo que las avria dicho como muger que se halla sin remedio; y que como dixo el Poeta , quando uno se vé en estos ultimos lances , haze gala de la misma ruìna. Entendia muy bien que los zelos de Lucinda eran por ella, y assi se mataba por entender , y apear las palabras obscuras , por si avia sido no hazer caso de ella, por si lo avia dicho para mostrarle su valor ; y finalmente por si procuraba otros amores. Este ultimo fue malicia , de su hermano sospechò , caso notable. La pobre Lucinda, como dixe, con passion zelosa dixo todas aquellas razones , porque es proprio de mugeres , quando mas se estàn abrasando en zelos , hazer bravatas,

y

y ostentaciones de poco sentimiento; porque como ella avia yà procurado muchas vezes su remedio, y veìa que por todos los caminos Iulia lo estorvaba, y luego ella misma era causa de que Carlos hiziesse aquellos festejos fingidos, que podia dezir, sino estorvando estos, dàr muestras de nuevos propositos, porque quien mas no puede, se dexa morir: Pues adviertase aora por el camino que la fortuna ordenò un desastre. Como viò Lucinda que Carlos no se avia de ausentar, y que ella se avia de ir, dixo entre sì: Pues por donde conocerè yo que este me ama, ó si me ha olvidado, yo quiero darle zelos. Valgate Dios por muger, si te vas del siglo á cumplir tu promessa, para qué quieres que te amen? Para tu castigo? Si, pues no te faltará, porque quien sigue à Dios con el pensamiento puesto en las cosas terrenas, quando descanso, hallo dolor; quando gloria, que avia de ser, hallo trabajos. De suerte, que quando andaba Iulia mirando, si estaba aficionada à su hermano Camilo, lo quiere procurar la triste para darle zelos à Carlos. Repareſe en el caso, y vease el fin, que es compassivo.

El modo, pues, que eligiò Lucinda para esta prueba, fue, que aunque à un lado del jardin avia uno como retiro, guarnecido de cipreses, y naranjos, y dentro un estanque muy artificioso, aqui no entraba nadie desde las doze del dia, hasta las tres de la tarde, porque este tiempo gastaba Camilo en gozar de aquella frescura. Solian muchas vezes ir á visitarle, Iulia, y Lucinda, con cuya conversacion passaba Camilo con mas gusto la siesta. Pues agora sin dár parte à Iulia, comenzò Lucinda à irse al estanque haziendo de modo, que al tiempo que Camilo entraba, fingia quererse salir, porfiando, hasta que se dexaba ligar con la cortesia, y modo. Como Camilo no trataba de amor, no reparò al principio en la novedad, antes con mayores veras, insistia cada dia á que Lucinda, se entretuviesse con èl. Ella como llevaba el mismo intento se lo agradecia mucho; y aunque se hazia porfiada, procuraba quedarse; todo esto con fin que en viēdola Carlos, tuviesse zelos; y teniendolos, quedar satisfecha de que la amaba, y si veìa q̄ se le daba poco colegir la mudāza, y llorar su pena. Carlos, como estaba ignorante destas malicias de la zelosa Lucinda, las primeras vezes no hizo caso; aunq̄ los veìa solos à los dos: pero viendo q̄ se iba continuando mirò con mas cuydado, y yà sospechoso, comenzò á escalapelarse, previniēdo vengāzas. Iulia, que

tor-

tornando á su memoria la resolucion de Lucinda, con la novedad que veìa presente, yà juzgó que estaba enamorada de Camilo su hermano, y aunque lo pudiera tener à mucha dicha, fue tãto lo que se azorò de aver visto, que à ella le huviesse encubierto su pecho, que comenzò à aborrecer lo que en otro tiempo queria desear, yà no queria sino hallar mas pruebas para executar rigores, comẽzo á zelarla, por confirmar su sospecha, y no le fue dificultoso, viẽdo la accion que aora cõtarè. Tenia mucha advertencia Lucinda, por si Carlos lo zelaba; viòle un dia escondido entre las murtas, holgòse mucho, y quiso con èl hazer la ultima prueba de paciencia: fue, pues, q̃ ella tenia por entretenimiento passearse por unas paredillas estrechas que dividian el estanque; y assi, yendo á passar una vez, fingió torcerse el chapin, y cayò en tierra, de la qual la levantò al instante Camilo, y de la mano la ayudò à passar de la otra parte. Carlos, pareciendole caìda artificiosa, como lo avia sido para que Camilo le diesse la mano, se fue á su aposento lleno de basças mortales. Iulia que estaba azechando desde una celosia, pareciendole lo mismo, prevenia castigos, y rigores. Carlos dezia, este amor no es tan de nuevo, que no pude presumirlo desde que me despidiò severa, haziendome que no cantasse; pero engañòme entonces mi mucha confianza. Iulia en su retrete hazia las mismas congeturas, y los dos divididos se conjuraban contra Lucinda. Carlos como amante, por razon de enojo refiriendole su amor, y sintiendo su desemboltura; y Iulia como señora, por razon de estado, apercibiendo iras, y amenazando castigos. No ay cosa firme en esta vida, todo es mudable, oy gustos, mañana pesares, ayer amistad, y oy aborrecimiento. Hizo Iulia una consideracion para su proposito muy buena, aunque en sì era muy mala: fue dezir, si acaso me quisiere Carlos, ha de ser estorvo Lucinda; si mi hermano quiere à Lucinda, y ella no resiste, el impedimento se quita; pero casarse mi hermano es muy dudoso; y si yo, y Carlos nos querèmos casar, el tropiezo està en piè, pues muera Lucinda. Argumento es de muger, y las consequencias son diabolicas. Lo que ay de mayor admiracion, es, que apenas consintiò el pensamiento, quando al instante quiso ponerlo en execucion, teniendo yà prevenida capa con que cubrir su mala conciencia, que era aver de dezir, que el castigo avia sido merecido, por aver puesto descompuesta los ojos en su hermano.

no. No huviera Iulia tomado eſte odio à Lucinda, ſi no la huviera viſto lo zelozo, lo triſte, lo amargo que andaba Carlos eſpiandola, porque ſacaba de aqui una legitima conſequencia, que Carlos tenia ſiempre la mira en Lucinda, aunque advertido, y diſcreto fingia mirar á otra parte, que aſsi le enſeñaba la experiencia, que jamàs mudaria de amor. Eſto la deſeſperaba, y vengativa procuraba yà el fin de Lucinda.

Yá dixe que al inſtante que viò Carlos à Lucinda de la mano con Camilo, ſe fue confuſo, y zeloſo à ſu apoſento. Eſtando, pues, alli repaſſando ſus peſares, para en algo divertirlos, haſta que los pudieſſe referir á boca á la cauſa de ellos, tomò la pluma, y eſcriviòle eſtos quebradillos.

Viendo Lucinda mi agravio,
rabio.
Y mirando que te adoro,
lloro.
Y conociendo tu exceſſo,
pierdo el ſexo.
Que fuy dichoſo confieſſo,
comprando un cielo barato;
pero mirando tu trato,
rabio, lloro, pierdo el ſexo.
Diſteme como deſpojos,
ojos.
Merecì con deſcubrillas,
mexillas,
Y alcancè por modos ſabios,
labios.
Son yà tales mis agravios,
que no eſtuviera yà en mi,
à no contemplar en ti
ojos, mexillas, y labios.
Cauſan ſolo mis rigores,
amores,
Pago yá por las ſetenas,
penas,
Y aumentanme tus rezelos
zelos,
Teſtigos hago à los Cielos
que eſtoy loco, y no me eſpanto,
pues que me perſiguen tanto
amores, penas, y zelos.
No puedes dexar de ſer
muger,
Pues eres mas que la roſa,
hermoſa,
Y de todos no medida
querida.
Como podré tener vida,
ſi con otros te eſtoy viendo,
ſiendo yo hombre, y tu ſiendo
muger, hermoſa, y querida?
Es el que llamas jayan,
galàn,
Y tu para quien te ama
Dama,
Sin perder por mi opinion,
ocaſion,
Como eſtarà un corazon,
que te quiere mas por puntos,
mirando en ſecreto juntos
galan, dama, y ocaſion?
Daràs ſin ningun deſpecho
el pecho,

Y no moſtraràs avara
la cara,
Dando con ocaſion poca
la boca.
Lucinda aunque no eſtés loca,
has de ſaber que en refriega,
quien dà la mano no niega
el pecho, la cara, y boca.
Oy de ti me deſpediſte
triſte,
Y aora eſtoy ſin repoſo
zeloſo,
De mi ſol reſplandeciente
auſente.
A quien tambien ſabe, y ſiente,
baſta lo que he dicho oy
pues ſoy amante, y eſtoy
triſte, zeloſo, y auſente.

Mucho guſto recibió Lucinda, quando huvo recibido los ſentimientos de Carlos, repaſsòlos muchas vezes, haſta que la hora acoſtumbrada la combidò con el lecho, atahud de los dormidos, y cuna, para los que eſtàn fatigados. Durmiòſe en fin, y quãdo era el proprio tiempo que la primera quietud dexa à los mortales libres de cuydados humanos, muy deſvelada Iulia ſalió ſola de ſu quadra llena de ira, acompañada de animo, y reſuelta para ſu determinacion. Con una llave maeſtra abriò la puerta del retrete de Lucinda, y poniendo ſobre un bufete la luz que llevaba, y deſnudando un puñal, ſe fue à ella, y viendola tan hermoſa, y conſiderandola muger, antes de executar el golpe, ſe detuvo en hazer algunas conſideraciones. No era poco para muger reſuelta, milagro pudo llamarſe en muger agraviada. Llegòſe mas cerca, y eſcuchò á Lucinda, que entre ſueños dezia eſtas palabras: Detente, detente Señora, no me mates, tu eſclava ſoy, bien te quiero, muger eres, sè piadoſa, dexame la vida, que es de Carlos. No amo à Camilo, aunque lo fingì, no fue por agraviarte, ſino por vengar mis zelos. Diziendo eſtas razones, daba muchos buelcos la afligida Dama. Llegòſe Iulia un poco mas, y como ſi huviera en el ſueño diſcurſos de razon, alzó Lucinda la voz, diziendo: Señora, ſeñora, mira que aunque quiero á Carlos, no ſoy ſino de Ieſu-Chriſto, ſu Eſpoſa me prometì; pues por qué me matas? Recordó con mil temores, repitiendo muchas vezes: por qué me matas? Y admirada Iulia, quedò llena de confuſion; y Lucinda viendo à la que avia ſoñado del miſmo modo preſente, enmudeciò al inſtante. Comenzaron à llorar las dos, y Iulia como culpada, ſe abrazò de la inocente, y haziendo las dos un criſtalino mar de lagrimas, con los raudales de quatro eſtrellas fuentes, en muy grande eſ-

pacio

pacio anegadas las vozes, no pudieron hablarse.

Mitigado el llanto, y callados los sollosos, hablò Iulia de esta suerte: Hermana, y compañera mia, yá considero lo mucho que el Cielo te quiere, pues á vista de mis ojos, y al lado de tus peligros te favorece con sueños, para que por ellos digas lo disculpada que estàs, y lo inocente que eres. Confiesso mi culpa, matarte quise, por Carlos era, porque le iba queriendo yà mucho; pero yá no le quiero, que procuro conservar la vida que prometì, yà estoy muy otra que estaba avrà un instante, yà de oy mas harè con penitencias que se destierren los apetitos, yá comenzarè con nuevos propositos á quitar de mi pensamiento las passiones amorosas. Hasta aqui llegò mi tristeza, hasta aqui durò mi poca diligencia, yà no ay Mundo para mi, yà será la clausura mi descanso, yá serán los ayunos mis gustos, yà serà la Oracion mi entretenimiẽto, oy me he de partir al Monasterio, que tengo fundado por causa tuya, oy me he de apartar destos lazos del Mundo; y en fin, Lucinda, voy à ser Monja, si acaso quieres executar lo que tienes prometido; si determinas cumplir lo que estàs publicando, yà ha llegado la ocasion, contigo irè, por ti mitaré, regalada vivieras, y siempre te tendrè en mi compañia, Pero si es que el amor de Carlos te haze guerra, si es que no has apagado las llamas de la aficion antigua, quedate aqui, casate con èl, no fuerzes tu voluntad, que aunque despues puede salir, mas acertado es no entrar, porque en la virtud adelante se camina, y bolver atrás, es perdicon. Lo que es aconsejarte que cumplas tu promessa, no puedo escusarlo, porque tengo obligacion, y pues tienes entendimiento, aprovechate; y no por cumplir palabras á un hombre, quiebras la que le tienes dada al mismo Dios.

Atonita, y confusa escuchaba Lucinda las palabras tan sentidas que Iulia le dezia, á las quales, abrazandose della, respondiò las siguientes: No sè, señora mia, que poder dezirte, para significarte el gusto que tengo, el consuelo que me has dado, y la gloria que he recibido. No quiero detenerme en dilatados prologos, sino en breves razones dezirte, que no solo estoy de parecer de cumplir mis deseos, sino que aun no quisiera que aguardàramos al dia, para que con mayor presteza se vieran executados mis intentos. Mucho he querido, y quiero à Carlos, y le querré, mas con diferente disignio que tuve quando le vì, pues entonces le queria para esposo,

y aora no passa esta voluntad los limites de la razon; y assi, no me es estorvo apartarme dèl, que como te he dicho, harto lo he deseado, para con menos sobresaltos gozar la vida que tengo prometida; y quando el amor huviera vendado à la razon, el apetito huviera aprisionado mi entendimiento, y yà sin acordarme de promessas, quisiera determinada gozar las fiestas dè el Hymineo, y gustar de las delicias del matrimonio. Quien no mudarà de parecer, viendo patente el milagro con que Dios me ha defendido de los filos de este azero que traìas? Quien con la vista en esta consideracion, bolverá à Dios las espaldas? Finalmente, señora, te digo, que aunque viera aora à Carlos casarse con otra Dama (que para nosotros no ay mayor prueba) lo llevára con mil gustos, y lo estimàra en mi alma, para que con menos cuydado deste siglo, entrar en la gloria que me ofreces.

En muy lastimosos coloquios gustaron lo que le quedaba por correr à la noche, y en levantandose el dia, sin descubrir ninguna cosa de lo passado, concertaron con Camilo el viage para el nuevo Monasterio. Dos dias se detuvieron en hazer las prevenciones necessarias, y aderezado todo, y llevando consigo seis virtuosas doncellas, que quisieron seguirlas, se partieron para el Convento, acompañadas de Camilo, y Carlos, y de la demás familia de la casa.

Llegaron à Puzol, donde todos los Cavalleros, despues del recibimiento con muchas fiestas, les hizieron mucha ostentacion en hospedarlos. No quisieron posar en el Palacio del Conde, aunque yà eran muertos sus contrarios, y era nuevo señor el que regia el Estado, por ser forzoso estàr vivas las memorias de su destierro. Vn Cavallero muy principal les dió alvergue en su casa hasta el dia que Iulia, y Lucinda entraron en el Convento, en compañia de otras principales matronas, que quisieron imitar tan buenos propositos. Hizieronse nuevas fiestas, las quales acabadas, se despidieron Carlos, y Camilo, no sin muchas lagrimas. Bolvieronse à la Quinta, y en tanto que los dos comunican tristezas, y repassan sentimientos, y mientras Iulia con las Fundadoras pone en orden los Estatutos de su Regla, y haze preceptos para su observancia, podrà el Lector passar los ojos por estas consideraciones.

En los rezelos que tuvo al principio Lucinda se puede considerar el peligro de la ócasion, porque aunque mas apagada esté la lla-

llama amorosa, y aunque mas muertos estèn los deseos de dos que se han querido, si quieren habitar en una misma casa, si quieren comunicarse, si quieren verse buscan ocasion, y en ella el peligro, y el no caer en èl ha de ser tan dificultoso, como poner la estopa junto al fuego, y no querer que arda. Buenos propositos tenia Lucinda, pero como se estaba queda en la ocasion, olvidòse dellos, miraba al amante, y procuraba que no le miràra otra; tuvo zelos, y en aviendolos, passion ay; y aviendo passion, cautiva está la voluntad; y voluntad cautiva, mal puede servir à Dios.

En el consejo que diò Iulia à Carlos, diziendole que festejasse à Lucinda, y la cantasse letras amorosas, se puede advertir el dàño que se origina de un mal parecer; pues teniendo Iulia obligaciõ de acõsejarle à Lucinda que se olvidasse de passiones terrenas, y tuviesse la mira en el estado virginal que avia prometido, la fomẽtò los deseos amorosos, haziendole à Carlos que le refrescasse las antiguas memorias, mal consejo fue, y assi precediò presto el daño, porque un mal parecer siẽpre es causa de muchos males. La q̃ se precia de discreta, y se tiene por amiga, aconseje siempre con la mira à Dios, y no errará, porque querer cõ la mira en sus particularidades, y intereses salir con vitoria, se hallará burlada, y metida en confusion. Assi sucediò aqui, porque Iulia por deslucir à Lucinda su poquita aficion, y por darla à entender que se avia engañado en la sospecha que della avia tenido, aconsejó á Carlos que la hiziera nuevos festejos, y galanteos, de lo qual resultò lo que avemos visto, pues fue causa de que Lucinda se olvidasse de sus buenos propositos, y por vengarse de Carlos fingiesse amar á Camilo, y Iulia llevada de humos señoriles, y de imaginaciones apassionadas, se pusiesse en peligro tan manifiesto de quitar una vida inocente. Reparese mucho el mirar, que la que diò el consejo, vino á tener mayores tribulaciones, poniendose à pique de perder su buena reputacion, y en peligro de deslucir su sangre con estos amagos de ingratitud.

Lo tercero que se puede considerar en esta parte, son los daños que acarrea una mentira, por simple, y cencilla que sea, pues por fingir Lucinda que amaba à Camilo, por darle zelos á Carlos, vemos que se indignó Iulia contra ella, y la matára à no librarla milagrosamente el Cielo. Procediò tambien de aquella mentira, y ficcion la inquietud de Carlos, ayrandose muchas vezes, no solo contra ella, contra sì mismo.

mo. Vna mentira por lo menos es pecado venial; un pecado aunque no sea mortal, pone à un alma en un poco olvido de Dios, este olvido suele ser camino para una grande culpa, y en cayendo en ella, què puede aver sino desdichas, miserias, y calamidades? Claro tenemos el exemplo, pues por una pequeña mentira de hazer Lucinda, y dár à entender que amaba á Camilo, procediò un mortal rencor de Carlos, una embidia infernal en Iulia, y un peligro manifiesto en entrambos, pues yá Iulia tuvo amagado el cuchillo para executar en Lucinda el consentido deseo; y si esto se cumpliera, Carlos hiziera en la omicida otro tanto, y Camilo hiziera mil muertes en venganza de su sangre, y assi le cometieran graves culpas por una causa al principio tan leve. Mentira que puede causar estos escandalos es gravissima, veneno lleva escondido, muertes causa, y el dueño della se verà tan lleno de trabajos, que ellos mismos le adviertan que son castigos.

PERSECVCION TERCERA.

PASSA CONTENTA LVCINDA LOS DIAS PRIMEROS DE LA Religiosa vida. Ausentase Carlos à unas guerras, y encomendada à Camilo, frequenta con ella las visitas, enamoranse los dos, y sucede un portento.

VIda apacible passaba Lucinda en el Religioso retiro, tan olvidada yá de Carlos, quanto apartada del Mundo; pero como no ay cosa que camine sin tropiezos, y una buena profession los halla siempre grandes, quando se viò Lucinda subida en el ultimo escalòn de perfecciones, (porque el ayuno era su manjar, la obediencia su descanso, la mortificacion su reposo) quiso la fortuna (embidiosa podemos dezir que estaba) abatirla à los desassossiegos humanos. Nadie se descuyde, qùando se vea mas perfecto, porque tantas diligencias se requieren para conservarse en la gracia, como fueron necessarias para adquirirla. Cuento el sucesso desde el principio, y fue en esta forma: Obligado el Rey de Napoles de buenas correspondencias que avia recibido de el Emperador, viendole en necessidad, y menesteroso de gente, para deshazer un motin de Calvinistas, que agavillados con otros Hereges, procuraban la ruina de la Religion Catolica,

ofre-

ofreciòle grande cantidad de moneda, y doze mil combatientes de lo mas lucido de su Reyno. Para cumplir como Rey, y no quedar defectuoso en nada de lo ofrecido, pidiòles à todos los Principes, y Señores de su Reyno que le ayudassen. Uno de los llamados fue Camilo, que viendo su ocasion tan justa, descolgò las armas para ir à limpiarlas en la sangre enemiga de la Iglesia. Carlos como viò ocasion tan buena en que satisfacer algo de lo mucho que le debia, previnose para acompañarle en la jornada. Julia quando supo estas nuevas, quedó muy lastimada, tanto, que con palabras resueltas le embiò à dezir, que si no escusaba el viage, podia ir primero á hazerle las exequias. Para poner mas astorvo la afligida Matrona (nadie se espante, que es muerte viendo sepultarse entre parades) comunicò con Lucinda sus pesares, la qual sabiendo que Carlos iba juntamente acompañandole, diò de parecer que le escriviessen las dos, rogandoles que fuesse el uno solo, y para consuelo dellas quedasse el otro. Entraron en consulta Camilo, y Carlos sobre esta determinacion; y estando resueltos en que se quedasse el uno, ninguno queria ser el que se avia de quedar. Camilo dezia, que el Rey le llamaba à èl, y que se le seguia detrimento á su valor, si no acudia en persona. Carlos replicaba, que era estimarle à èl en poco, no fiar que fuera delante del Rey á suplir su falta. Despues de muchas razones dichas, todas sin ficcion (esto avian de tener todas las juntas) quiso Camilo dexarse vencer de las palabras de Carlos, con la confianza que tenia de su valor, y que el Rey avia de estimar en mucho ofrecimiento de tan gentil persona.

Acompañado, pues, de veinte criados, saliò Carlos de la Quinta, tan lucido, y galante, que pudiera dàr que embidiar al mismo Febo. Saliò acompañandole Camilo hasta el Convento, donde se avia de despedir de Julia, y Lucinda, que muy gozosas los aguardaban; entendida yà la determinacion, si bien es verdad que Lucinda lo sentia; tuvole amor, nadie se espante, que aunque se borre la passion, siempre quedan reliquias de voluntad. Llegaron al Convento, hospedaronlos muy bien, y despues de gastados dos dias en la visita, Carlos se despidiò de todos; y al tiempo de abrazar á Camilo, le rogò encarecidamente mirasse por Lucinda, pues hazia cuenta que quedando alli su persona no avia de hazer falta la suya. Camilo se le ofreció mucho, po-

niendo el tiempo por testigo, y remitiendo à las obras quanto podian encarecer las palabras. Fuesse, al, fin Carlos muy consolado, y Camilo quedò consolando à su hermana, y à Lucinda, porque en los celages del encubrirse divisaban raudales de sentimiento, lagrimas bien dissimuladas, que se manifestan muchas vezes sin licencia de quien las llora. No dexò de sentir Julia la ausencia de Carlos, por el buen rato, y cortès correspondencia que en él avia conocido; pero mirando la cara de su hermano, olvidaba todos los demàs desassossiegos. Lucinda previniendo olvidos á la pena, le pidiò à Camilo al partirse, que en satisfacion de aver ausentado à Carlos, no dexasse èl de visitarlas, por lo menos una vez en la semana. Diòles palabra de hazerlo assi, y pidiendoles licencia diò buelta à su muy querida, y antigua estancia.

Visitò Camilo su Quinta, diò orden à sus criados, y ocupò à cada uno en sus antiguos exercicios, y como por una parte se viesse ausente de la hermana, que tanto queria, y por otra considerasse la falta que le hazia Carlos. Pues à su lado desechaba melancolias, y con su conversacion olvidaba cuydados, diò en afligirse, andaba disgustado, y muy desazonado en su semblante. Para destierro, pues, destos achaques, eligiò por remedio la frequentacion del Monasterio, donde Iulia con mil caricias le recibia, y consolaba, á la qual reconociendo, daba muchas ofertas en agradecimiento. Como no era larga la distancia, no se le hazia trabajo de acudir cada semana, y gastar la mitad en la visita, no lo llevaban mal las Religiosas (que no era poco para ser Comunidad) antes agradecidas, juzgaban por merced, lo que lenguas maliciosas dixeran agravio. Ser Julia Prelada y Fundadora, Camilo Patron, y Señor tan grave, y ella recogida, y èl tan honesto, eran causas bastantissimas para deslucirse montes de presuncion, que huviera, y para atropellar quimeras que se levantáran. En medio de esta seguridad se levantò el peligro, y como estuvo tan torreado de escusas, aunque procurò levantarse, no pudo ser visto.

El caso es esto: Como estaba Camilo tan ofrecido á Carlos, en quanto à visitar, y dàr consuelo á Lucinda, y yá estuviesse pagado de sus discretas palabras, quando sin estorvo en su casa las oìa, frequentaba con ella la conversacion, excediendo en mucho los limites de lisura. Parlaba èl amoroso, correspondiale agradecido, mostrabase enamorado,

y

y hazia ostentaciones de voluntad. Por modo de passatiempo comenzò Camilo estas visitas, y adelgazò estas platicas. Por tales las comenzò tambien à tener Lucinda; qualquiera persona que huviera visto la ocasion que avian tenido en el siglo para lograr amores, y satisfacer voluntades, no pudiera juzgar otra cosa. Pues como esto parece que es en cierto modo un genero de escarnio de la passion amorosa, ella misma les amenazò el castigo. Disparate grande es fiarse un hombre de su virtud, y hazer alarde de sus brios. Quien duda q̃ no diria muchas vezes Camilo, ya por juego, ò yá por tener que hablar: (faltan palabras en una larga visita:) Ea, Lucinda, mirad que afrentais dos soles con el aljofar que les poneis delante; olvidad antiguas memorias, dexad à Carlos, pues yà sois Religiosa, yà os corren nuevas obligaciones; y si me dezis que le amais con voluntad sencilla, y con castos pensamientos, yo estoy en su lugar: su subdito soy, su persona represento. Ea, derramad unas pocas ternezas, y hazed cuenta que soy Carlos, dezidme amores, hazedme, aunque sean fingidos, algunos agassajos; yà sè que me quereis, que bien me acuerdo quando me ibais á visitar à mi jardin, del modo que yo aora os vengo à ver à vuestro Convento, con amor os recibia, voluntad os mostraba, y favores os hazia; pues vos aora, si aveis de corresponder cortés, y si os aveis de mostrar agradecida, por qué no direis que me amais? por què no direis que soy vuestro? y por què no premiareis estos afectos con algunos favores?

A palabras tiernas, dichas de sugeto que merece estimacion, por constante que sea una muger se rinde; por respetos que se le pongan delante, se aficiona; por peligros que se ofrezcan, se avalanza. Correspondia Lucinda por el mismo estilo, dando muestras de amores de juego, y haziendo que los requiebros pareciessen fingidos; aunque yà el corazon los pronunciaba verdaderos. Propio de mugeres, que imaginan en el melindre del sabiò, deslucir el sentimiento de las palabras. No quiero detenerme mas en esto, sino epilogar con el fin todos los entretenimientos que passaron, que fueron muchos, y el Lector discreto los puede colegir, sabiendo las circunstancias del principio, y viendo la resolucion de los fines. Vinieronse à enamorar tanto de lo que juzgaron juego, que olvidados de sì mismos (qualquier amor desenfrenado causa esfros con efectos) se resolvieron en romper las leyes de la modestia,

y atropellar con los discursos de la razon. Camilo se olvidó de su antigua continencia, despertò al apetito, sujetòse á èl, y entre muertos deseos se levantò una llama de pensamientos lascivos. Lucinda no se acordò yà de su amado Carlos; mas poco es esto, quando bolvió las espaldas á Dios. Era Esposa de Christo, y olvidada de obligaciones tales, con palabras amorosas (bien puede ella dezir, que fue por burla) lé dixo á Camilo, que supuesto que estaba tan enamorado, si seria hombre para entrar, sin ser sentido, al retrete de su celda? Miren que embite, à quien en juego amoroso estaba picado por los ratos de dilacion que perdia?

Determinaronse los dos, señalaron noche, y llenos de alborozo, dexaron por entonces la visita: cumplióse el plazo, que no seria muy largo, aunque su amor lo juzgaba por tal, porque como no avia mas comodidad, una noche que otra, logros de la mas cercana antepondrian à las dilaciones de la mas remota. Llegada, pues, la noche, dedicada de los dos al apetito de sus gustos, quando no ay mortal, por despierto que esté, que dexe de pagar en cierto modo gages al sueño, quando están iguales las balanças de las horas, sin que pese mas lo que dexè del dia antecedente, que lo que resta de la noche, hasta la luz venidera; quando finalmente es todo silencio, y aun hasta las aves nocturnas, dexando los graznidos, se retiran al descanso: Lucinda determinada, y resuelta como muger, y sin temor, como amante, está aguardando por puntos que llegue Camilo. Contaba las horas, juzgabalas años, y la tardanza de ellas la desespera, inquieta aplicaba el oìdo à la puerta, confusa atendia si estaba despierta alguna de la casa, y yà casi arrepentida queria acostarse, y dexar esperas. Tomo primero una luz, y sepultandola en el Occidente de una linterna, discurriò por toda la casa con secretos passos, por mirar si Camilo estaba dentro, ò si tenia oportunidad de con las llaves falsas, que le era forçoso llevar, romper las guardas fieles de alguna cerradura. Despues de aver visto que todo era quietud, y que no faltaban puertas para con falsedad romper la clausura, algo melancolica se fue al Coro. Cobrò temores, viendo que no avia luz, porque la lampara estaba muerta, y con piadosos afectos, sacando de la linterna una candelilla, llegó à encenderla. Apenas, pues, la dexò brillante, quando en la puerta de la Iglesia sintiò gente. Escuchò un poco,

co, y oyò como comenzaban à abrirla. Cubierta de un sudor frio, dixo: *Valgame IESVS*, y al eco dulce de tan tiernas palabras despertò la razon, que la tenia dormida en los brazos del apetito. Quisiera dar vozes, y dezir: Ladrones ay, ladrones me saltean, ladrones quieren robar mi honor. Mas considerando su culpa (es gran cosa la discrecion en todos lances) no quiso con alborotos remediar daños nacidos de sus malos pensamientos; antes armandose muchas vezes de la frente al pecho con la señal de la Cruz, y en ella crucificando sus culpas, se retirò á su celda à esperar la batalla mas peligrosa, que un pecho femenil puede temer; yá el alma iba arrepentida, el corazon rasgado, muertos los deseos, y vivas las esperanzas de salir con la victoria. Entrò en su celda, enjugò las lagrimas, ocultó la tristeza, y con dissimulados placeres recostada sobre el lecho, se puso à esperar el assalto de Camilo.

Llegò á la hora que he dicho el Cavallero à un pequeño postigo, que àzia un lado de la Iglesia, por aver yà escudriñado la entrada mas secreta, y no siendole dificil abrirle, por la prevencion de llaves buscadas para el caso; entró dentro, y juntando la puerta, passò à otra que tenia la Sacristia; abriòla tambien, y assi mismo otra pequeña correspondiente al Claustro del Monasterio, y en estando aqui, con las señas que Lucinda le avia dado, dexando por un resquicio que se manifestasse el rayo de una pequeña luz, que iba embozada en una linterna, llegò con passos lentos á la puerta de la celda, entrò dentro, y bolviendo á cerrar, mirò à todas partes, y viò á Lucinda que sin sobresaltos ningunos, sentada sobre el lecho, le dixo: Seais señor, bien venido. Respondiò Camilo cortès, y confuso, comenzò á maravillarse de vèr tanta tibieza, quando pensaba hallar desembueltos abrazos. Sentòse en una silla, dissimulò la pena, y encarecelò el agravio, suspiraba Lucinda, y con melindres tan propios como si fuera hermano, ò padre el que tenia delante, comenzò á significarle mil desabrimientos, con tanta sal de discrecion para su intento, y afeytados con tanta honestidad en el modo de dezirlos, que yá Camilo juzgaba que estaba soñando, ò creia que era burla, que Lucinda le avia hecho. Iba á tomar las manos, y ella las retirò vergonzosa, cuya accion fue causa de que Camilo con algunas señas de desabrimiento, y de enojo le dixera que se acostassen, supuesto que para aquel intento avia venido

Desnudaos, dixo Lucinda, revestida de varoniles impulsos, y alumbrada de los esplendores de la gracia. Desnudaos, le dize, y pues siendo como erais tan recogido, tan honesto, tan casto, y tan lleno de virtudes, y quereis à la vista de peligrosos atrevimientos dàr muestras de castas valentias, este es mi lecho, dormid en èl, que yo os prometo de guardaros el sueño sin temor del peligro en que me poneis. Confuso estaba Camilo oyendo estas razones, y aunque yá en ellas consideraba su desengaño, quiso por entero salir libre de imaginaciones, confirmando del todo las sospechas que tenia, y assi le dixo à Lucinda, que se desnudasse ella tambien, si queria darle el gusto que le avia prometido. Quisiera saber pintar el ademàn valiente, la accion heroyca, la singular discrecion, con que la discreta Lucinda disuadiò à Camilo de su intento, y dando muestra de su honestidad antigua, le hizo creer como iba engañado. Pusose la hermosa Dama con la faz serena, salpicò con claveles los jazmines de su cara, y diò muestras en los ojos del agravio que sentia, diziendo: Camilo, discreto sois, con vuestra discrecion aveis de encubrir los rasgos de mi ignorancia; yà he visto mi necedad en averos hecho venir, y ya vereis en mi alma las muestras de arrepentimiento. Yo soy Religiosa, y yà que atropellando quise en divertidos juegos obligaros, que entràrais en mi celda, no he de permitir despojarme desta tunica, que mis humildes carnes ciñe. El habito, y los demàs vestidos bien podeis verlos quitados, mas esta tunica no puedo quitarme, porque de noche, y de dia mientras professaremos esta vida, ha de ser nuestra custodia. Sabed que significa la palabra de castidad que dì à mi esposo Iesus, quando le ofrecì mi alma; Pues mirad si serà justo quebrar esta palabra, por daros gusto en la que me pedis? Considerad si harè bien de desnudarme una vestidura de Dios, por quedar en carnes à la vista de un hombre? Advertid si acertarè en atropellar divinos estatutos, por agradar á gustos humanos? Y dezid finalmente, si os pareceré mejor desembuelta, que vestida de honestidad: y yo os prometo de estár obediente à vuestro parecer, si sentenciaredes con razon.

Postrado Camilo ante el reconocimiento de su culpa, le respondió estas palabras: Lucinda, no os espanteis de que siẽdo hombre, cayera en las redes que me parò vuestra hermosura; en ella enlazado, me olvidé de mis principios; puesta en vos la vista, cegò

mi

mi razon; viendo logros del deseo, rompì los peligros; y sin temor de penas, me engolfé en un imposible. Pero no me culpeis quando me disteis la causa, no me mireis grave, quando os conoceis culpada, ni me hableis tan vergonzosa, quando sabeis que me calzò espuelas vuestra mucha desverguenza. Mil laureles mereceis por estar arrepentida; coronas os serán estas palabras pesadas que os digo, y diminucion tendreis de pena, sabiendo que os dì osadia para amargar en vuestro pecho atrevimientos semejantes. Religiosa sois Lucinda, mas si à los picantes de mi conversacion respondierais saynetes Religiosos, y á lo colorado de mis palabras dixerais sin rebozos respuestas honestas, ni despertára el apetito de entre las sabanas de mi olvido, ni se durmiera la razon á la sombra de mi memoria. Yà pequè, mi culpa lloro, castigos prevengo, y á la enmienda me apresto. Si estais inocente, no lo sé, Dios es testigo de nuestras conciencias, à èl avemos de dàr la cuenta de nuestras sinrazones. Quedaos en paz, que aunque como mozo pudiera, viendo en mi mano la ocasion, ser atrevido, y aunque como amante, viendoos hermosa, pudiera estàr determinado, y aunque como libre de peligros, pues he dexado abiertas las puèrtas por donde poder huir, pudiera quedar resuelto, quiero mortificarme en los umbrales de la ocasion, y gusto de huirme á vista de la victoria. Y si vos solamente escusais el quitaros la tunica blanca, por la palabra que disteis à vuestro querido Esposo Iesu Christo, yo lleno de arrepentimienos, no quiero ofender à Esposo tal; y vos podeis estàr cierta, que si esta consideracion huviera dado un golpe, y llamado á la puerta de mi entendimiento, que antes me huviera quitado la vida, que huviera entrado à ofenderle.

Dixo Camilo, y sin aguardar respuesta de Lucinda, se saliò de la celda muy presuroso, siguiendo las señas por donde avia entrado. Llegó à la Iglesia, dexando yá cerradas las dos puertas que avia abierto, y al atravessar de la Sacristia à la puerta primera por donde avia entrado, sucediò un caso bien digno de que todos lo tengamos en memoria, pues aun el dia de oy està el milagro patente: fue deste modo.

Avia en la Capilla Mayor una rexa de bronce, que curiosamente labrada, servia tanto de adorno, como de custodia à la Capilla. En la cornisa della avia una devotisima Imagen de un Crucifixo, que mirando al Cielo, parecia, que estaba repitiendo aque-

llas palabras: *Pater illis ignoce, &c.* Padre, perdonalos, que no saben lo que se hazen. Con la lampara que en el Coro ardia, estaba toda la Capilla relumbrante, y la cara del devoto Christo se miraba trasparente. Yendo, pues, Camilo, á cruzar de una parte á otra, como solia, con mas memoria de Dios que quando entrò dentro; hincò la rodilla en tierra, haziendole al Christo con la profunda humiliacion, una deprecacion devota, que fue dezir: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.* Dios, y Señor mio, adoleceos de mi por vuestra infinita misericordia. No dixo mas, porque esto basta, quando se dize con el corazon, y mirando al Christo, viò que inclinò la cabeza hasta el pecho, como otorgandole la peticion, y agradeciendole el buen termino que con su Esposa avia usado: Que estima Dios en tanto la buena consideracion de un alma arrepentida, que en vez de castigar el deseo consentido, premia con tales favores el huir su execucion. Consideren los que entienden como podia quedar el arrepentido Cavallero, no menos que á vista de Dios, que le estaba premiando. Bolviò à hincarse de rodillas, y hechos sus ojos dos fuentes, comenzò con lagrimas copiosas à regar las losas frias. Hizo muchos actos de contricion, prometiò nueva vida, y con la palabra que llevava de su perdon, salió de la Iglesia muy consolado.

Sin dexar que amaneciesse el dia, se fue à su posada, y despertando dos criados, subiò en su cavallo, y se despidiò para siempre de Puzol, sin que le hiciera objeciones el amor de la hermana. Llegò à un lugar retirado del comercio, donde entre copados pinos, y funestos cipreses estaba un Monasterio de santos Religiosos; llamò à la puerta, y entrando dentro, preguntò por el Prelado, saludòle, y diziendole que tenia que hablar con èl en secreto, se retiraron los dos à un apartado, donde en confession le contò lo que le avia sucedido. Dixo quien era, y pidióle baxo el mismo secreto, que no descubriera el milagro, hasta que tuviera nueva de su muerte. Comunicó con èl, hasta que en el Oriente brillavan yà los esplandores del Alva, y dexandole muchas cosas advertidas, se partió à la Quinta. El santo Monge admirado del suceso, y casi incredulo del milagro, quiso ir al punto á satisfacerse de la verdad, y à vista de ella cumplir con mayores afectos los que avia prometido à Camilo. Fue en compañia de otro santo viejo, y llegando al Monas-

nasterio, hallaron yá aclamaciones del milagro, por ser grande el concurso de la gente que acudia. Querer dezir los pareceres que daban, importa poco, quando sabemos la verdad, y no ay que espantarnos de los diversos juìzios, quando está rebozada la certeza de un sucesso. El Religioso como sabidor del caso, viendo el milagro patente, y las señas que Camilo le avia dado tan conformes, se fue al Obispo, y le hizo relacion verdadera del sucesso, sin descubrir la persona. Con muy solemne procession, con fiestas inumerables, con aclamacion comun se reservò el Crucifixo en un lugar secreto, donde se manifiesta hasta el dia de oy en algunas festividades. Pareceres ay diversos del lugar á donde estè, lo mas comun es que està en una Iglesia de Napoles, sino es yá que la embidia de tal Reliquia aya sido causa de trasladarle à otra parte.

Algunas dislumbres tuvo Lucinda del milagro, ningunas Iulia, como ignorante del sucesso, y las dos juntamente, despues de las lagrimas piadosas de aver visto en su Casa tan grande Reliquia, comenzaron á derramar otras de mucho sentimiento, sabiendo la ausencia de Camilo, Iulia lloraba por no saber la causa, y Lucinda, como sabidora della, derramaba copiosissimas lagrimas de tristeza. Esto tiene el mundo, que unos lloran por saber, y otros se lamentan de vér que no saben: valle es de lagrimas, no ay que espantarnos, porque raro serà el placer que no venga á deshazerse en ella. Dexemoslas aqui entre sus lloros, y vamos à ver la disposicion que haze Camilo de su vida. Apenas llegó à su casa quando comenzó à despedir los Pages, y criados que tenia, dandoles à cada uno el premio, segun los servicios que le avian hecho. Solas dos personas de quien tenia larga satisfacion dexó por guarda en la Quinta, y como depositarios de la riqueza que dexaba; señalòles salario, y con mucha madurèz ordenò su testamento, en esta forma: Que á su hermana se le acudiesse cada un año con tantos escudos para el regalo de su persona, y à Lucinda con otros tantos, mientras perseverasse en el estado Religioso; porque yà dixe al principio que no professaban solemnemente, y assi estaban expuestas á salirse quando era su voluntad. Todas las demàs rentas, y possessiones las dexò à Carlos, si bolviesse de la guerra; y no bolviendo, que las distribuyesse su hermana en reparos, y provechos del Convento. Dexando, pues, bien autentica esta disposicion,

ficion, llevando consigo lo que le pareciò bastante para passar pobremente lo restante de su vida, se retiró muchas millas de su Quinta, entre los mas escabrosos valles de un solitario yermo. Penetró sus espesuras, escudriñó sus quiebras, y anduvo todos sus sitios, buscando oportunidad para poder habitarle. Su intento era estàr solo; pero no queria perder la assistencia à los Santos Sacrificios de la Missa, por lo menos los dias que la Iglesia lo mandaba; devoto era de oìr Missa, reparaba en sumo grado los Sacerdotes. Destas dos excelencias verèmos despues sus saludables consejos.

Melancolico andaba Camilo de un monte en otro, buscando la quietud de su alma, quando encontrandose con un Pastor, que tambien descaminado iba buscando un novillo, que zeloso iba apartado de la brutal manada, le saludò alegre, y le preguntò quan apartado estaba de la poblacion mas cercana. El Pastor le dixo, como en mas de doze millas en contorno no avia poblacion alguna, salvo un Monasterio de Monjes Benitos, que estaria de alli dos leguas. Consolado quedò Camilo con este informe, y dandole una pequeña joya, le dixo le enseñasse el Convento. El Pastor viendose obligado (mucho anìma el premio en qualquier empressa) le fue con mucho gusto sirviendo de guia; hasta que le dexò à vista de las Religiosas paredes. Despedido de el Pastor, entrò en el Monasterio, comunicó su intento con el Abad, el qual se ofreciò hazer quanto le mandasse. Agradecido Camilo, dexò muchas joyas al Convento de mucho valor, y con la ayuda que le dieron de macstros, y materiales, labró una Ermita tres leguas del Monasterio, donde colocó una devota imagen que le dió el Abad. Al lado de la Ermita hizo una celda en que recogerse. Y esto acabado, se despidió de todos los Monjes con muchas lagrimas. Quedó tratado, que todos los Domingos, y Fiestas de precepto avia de ir un Monge á dezirle Missa, y aunque huvo votos de la Comunidad en que era pension, la mayor parte consintiò en ello, llevados de la accion heroyca de un Cavallero tan principal, que pudiendo passar la vida con regalos, queria consumirla entre mortificaciones, y silicios. Hecho Ermitaño, quedò Camilo con firme proposito de acabar entre el sayal lo restante de su vida: assi quiso castigar solo un pensamiènto consentido, de este modo procurò agradecer á Dios las mercedes que le hizo en no dexarselo exe-

cutar,

cutar, desta suerte quiso darnos exemplo; dexemosle en su retiro, hasta que se llegue el tiempo de sus heroycos fines.

Bolviendo, pues, à Lucinda, y Iulia, que lastimadas las dexamos en el retrete de su celda; es de saber, que considerando, por los grandes indicios que se avian entrado en Religion, comenzaron las dos à consolarse, aunque doloridas de verse solas. Lucinda afligida repassaba algunas vezes su culpa, daba lugar á muchas imaginaciones, viendose, causa de aquellos ocultos afectos. Persiguiòla de tal modo esta melancolìa, que yá todas las de la casa la juzgaron mortal. Hizieron por ella muchas rogativas, derramaron muchas lagrimas, sirviendo todo esto, en quanto à la exterior, de aumentarle el sentimiento, yà que en quanto à la voluntad con que se ofrecia, sintiò muchas mejoras en su corazon, que como es Dios tan piadoso, se adoleció de sus lloros, y le bolviò à dàr cumplidos contentos. Dexòla consolada, cobrò su entera salud, y en compañia de Iulia prosiguiò su estado Religioso.

De todo este discurso, solo quiero que saque el Lector una consideracion, pues claramente se conoce el resquicio por donde entrò el peligro. Si persiguiò, ò por mejor dezir, solicitó à Lucinda, no se puede dudar, puesto que la naturaleza lo dicta, quando no lo huvieramos referido de este modo. No ay muger, y mas quando tiene partes para ser querida, y que por resuelta que estè en hazer su voluntad, por ciega que se considere de los sobornos del gusto, y por agena que se mire de la razon, que no quiera que la soliciten, que la galanteen, que la festejen, y la sirvan para aver de declararse.

Lucinda dió principio à la culpa, en dar lugar à los festejos, y conversaciones poco honestas; pero sin duda fue Camilo quien con razones amorosas despertó las llamas de su apetito. No ay que detenernos en contar lo que yà està referido, sino advertir el peligro que tienen las visitas de doncellas, y los males que acarrean algunas devociones Religiosas. Los Sagrados Canones aconsejan, y aun mandan, que se quieren estas, y los mas doctos de la Iglesia abominan de aquellas. Hombre solo con muger sola, por continentes que estén, si se estàn mucho en la platica, han de mancillar las conciencias, y por seguros que entren, han de salir rodeados de peligros. Frèquentaciones de Monasterios de Religiosas, particularmente de personas Seglares, son dañosissimas, no porque ellas en sì sean

ma-

malas, sino por el peligro que tienen de serlo. Muchas ay buenas, pero aun estas se han de huìr, quando ay temores de que puede aver una mala: fuera, que de semejantes visitas se originan por lo menos mil murmuraciones, y con vozerias de escandalo, desluce la correspondencia mas honesta. Buen testigo es de esta materia aquel exemplo de santidad, y sabiduria el Maximo de los Doctores San Geronimo, pues quando yà los ojos castos se daban por contentos de las visitas que hazia à aquellas Santas Matronas, Paula, y Eustoquia, los ojos de la embidia comenzaron con motines escandalosos à mancillar lo candido de sus virtudes; pues quando tales Santos, y tales sugetos son murmurados, què será de quien carezca destas calidades? y pues en nuestra historia hemos visto el daño que entrò por las visitas secretas de Camilo, y Lucinda, siendo personas las dos, en quienes no se atreviò la murmuracion á hazer su tiro, gran rigor se avia de tener en impedir, en particular à personas Seglares, las frecuentaciones de Religiosas: un Seglar, si està dotado de ciencia, ò es discreto, bien creo yo, que mirando la calidad de los sugetos con quien conversa, sabrà aun en platicas jocosas no romper los limites de la modestia, y entre conversaciones picantes no consentir los deseos; pero como no todos son sabios, ni todos discretos, antes vemos que algunos de palabras que oyen de passatiempo, se escandalizan, y juzgan por liviandad lo que solo es sencillèz (que esto es el escandalo) lo mas acertado es evitar semejantes correspondencias, y huìr estas ocasiones.

PERSECVCION QVARTA.

CARLOS VIENE TRIVNFANTE DE LA GVERRA, VISITA A Lucinda; y aficionandose de nuevo, tratan de casarse.

QVando en el mayor retiro de virtudes passaba Lucinda vida agena de cuydados del siglo, quando yá comenzaba entre todas à campear su Religion, quando yà daba embidias de su mucha santidad, llegò al Convento la nueva de como Carlos estaba en Napoles, victorioso, prospero, y triunfante, gozando del Rey privilegios, y mercedes,

cedes, y de toda aquella Nobleza parabienes, y alabanzas. Suspendióse Lucinda, y en esta suspension se divertiò el alma, y en este divertimiento recordò el apetito; y este despierto, resucitaron las muertas memorias, y murieron las vivas esperanzas. Tarde olvida quien bien ama, dize un comun proverbio, con lo qual es muy dificil, que quien tiene amor calle su pena, dissimule su passion, y encubra sus deseos. En su inquietud conocieron las demàs Religiosas su mudanza, y en su alegria echaron de vèr su distraimiento. Mucho se holgò Iulia con las nuevas, pero no tanto que la divirtiessen de sus propositos, yà estaba professa para con Dios, amò la Religion de veras, era en fin, hermana de tal hermano. Exemplo fue de virtud, fue muchos años Prelada, y exercitó tan bien su oficio, que despues de los fines de una santa vida, configuiò principios de gloria con una santa muerte. Esto he dicho, porque si engolfandome despues en los peregrinos sucessos que tengo que contar, y en los fracasos lamentables que tengo que dezir, no me acordàre de Iulia; sepa yà el Lector aqui el fin glorioso que tuvo. Aora passemos à nuestro intento. Lucinda desde los umbrales de sus años verdes, quiso florecer con los amores de su muy amado Carlos; entregòle la alma, la palabra que le diò de esposa, es testigo, porque dàr palabra de esposa una muger, es lo mismo que poner sus potencias en servidumbre; y como antes de llegar á la quietud, y dilicias de este estado, se entrò por un resquicio la primera vez que se viò Religiosa, aquella consideracion devota de vèr que salia de un estado tan santo como el virginal que professaba aquella Religion, al del matrimonio dudoso que esperaba consumar con Carlos; y he dicho dudoso, por quanto iba expuesta à quedàr sin honor aborrecida de quien se miraba tan amada. Digo, pues, que como antes de verse con Carlos, hiziesse aquella consideracion como doncella afligida, como muger desamparada; arrinconando el amor (que este modo de hablar viene medido, supuesto que nunca le echò de sì) prometiò castidad. Quando se viò en la tormenta retirò la promessa, y Carlos por complacerla, rompiò de su pecho la obligacion que con ella tenia. Estuvo el tiempo que hemos visto en la Quinta, venciendo titulaciones del amor, y rebozando (digamoslo assi) las passiones amorosas. Viendo à Carlos ausente, y

pre-

preſente à Camilo, mas de lo que pide la liſura, ſe deshizo la voluntad à un pecado del deſeo. Reſiſtiò la execucion, y con lagrimas borrò los raſgos de la culpa. Eſte ha ſido un compendio de todas las perſecuciones de el amor contra Lucinda, haſta el punto en que vamos; lo he referido para que ſe vea la impreſſion, y caractères que dexa la voluntad en un alma de aquello que primero apetece, y ama. Quiſo Lucinda caſarſe, amò el nudo conyugal del matrimonio: y aſſi, aunque ſe atraveſaron impoſſibles, y aunque la impoſſibilitaron las promeſſas, aunque el voto virginal la detenia; y aunque la verguenza de ſalirſe la obligaba á callar, no fue todo baſtante para poder diſſimular ſu amoroſa paſſion. Por lo qual en viendo que Carlos es vivo, que triunfa victorioſo, que viene à verla, rompiendo por los reſpetos de apaſſionada al amor, mueſtraſe regocijada, obſtentaſe hermoſa, y aguarda la viſita. Iuizios ſon de Dios, no ay que eſpantarnos, porque llevan mucho fondo eſtos ſuceſſos.

Deſpidiòſe Carlos del Rey, moſtrandoſele muy agradecido à los beneficios que le avia hecho, que lo menos fue hazerle Conde de Velflor. Cargado de riquezas, y rico de titulos honroſos, entrò en Puzol tan triunfante, que fue de todos recibido, con los mayores aplauſos que pudo prevenir la oſtentacion. Feneciò el triunfo, y deſembarazado de parabienes, y viſitas, viſitò á Lucinda, que por inſtantes lo deſeaba, y conſolò à Iulia, dandole el peſame de la ausẽcia de ſu hermano, cauſa que ſintiò como propria. Detuvoſe alli dos dias, y luego ſe fue à vér la diſpoſicion de la Quinta, halbò à los Mayordomos, enſeñaronle el teſtamento; y hallandoſe heredero, comenzò à ir diſponiendo todas las coſas. Cumpliò las mandas pias, hizo dezir muchas Miſſas, y en funerales exequias erigiò tumulo al que muerto para el Mundo viva en gracia de Dios. Eſto acabado, determinò vivir en la Quinta, yà fueſſe por lo apacible, y deleytoſo del ſitio, yà por la vezindad de la caſa de Lucinda, que aunque apartada, juzgaba por rebozo de la verdad aquella diſtancia. Deſpidiòſe, pues, de ir á Velflor, conſiderando que allà ſolo avia de gozar del Condado; y alli gozando ſu renta, gozaba de la ocaſion que tanto pretendia. Es caſo muy de notar, que jamàs Carlos perdiò las eſperanzas de lo que vino á conſeguir. Abreviemos en dezirlo, ſupueſto que yá ello ſe eſtà pregonando. A pocas viſitas que

tuvo

tuvo con Lucinda, declararon voluntades, refirieron las antiguas finezas, tornaron á la memoria amores passados; y para lograrlos como yà presentes, comienzan á buscar medios. Despacha Carlos à Roma, haze relacion de la promessa, propone causas, alega su sangre derramada en defensa de la Santa Fé, y en breves dias tiene Letras Apostolicas, que dispensan con èl, y con Lucinda. Hazelas notorias, y saca à Lucinda de el Monasterio. No referirè las lamentables lagrimas de Iulia, ni los llantos de las Religiosas, porque no aya tristezas en vísperas de bodas, ni se publiquen lloros en tiempo de regocijos. Lucinda sale gustosa. Carlos la recibe alegre, los dos parten contentos; y assi, no serà justo, quando ay alegria de ambas partes, perturbarla con referir lamentos.

Veinte y dos Primaveras avia visto Lucinda, y Carlos treinta Mayos floridos, quando se unieron al yugo de el Matrimonio, buena edad para casados, y buena disposicion en la mayoria; pero pues hasta aqui parece que solamente hemos referido naufragios del amor, inquietudes de la dicha, y tropiezos de la fortuna: serà yà justo, pues hemos llegado à vér logradas esperanzas, que refiramos, aunque sea en borron algunas fiestas, de las muchas que se hizieron. Caso terrible es satisfacer á los gustos de todos, porque á unos miro deseosos de llegar al fin destos prodigios, y á otros considero cansados de escuchar tantas dilaciones de dos que se querian bien; assi, estos yà querràn divertir la pena que han traìdo, con escuchar las fiestas que se hizieron, y aquellos me espolearàn para que les cuente en lo que pararon. Por no dexar á ninguno quexoso, epilogarè en breves palabras los dilatadissimos festejos: y assi, los que fueren desta opinion, no tendràn quexa, y los que siguieron la contraria, podràn no darse por ofendidos, passandolos entre hojas, como entre renglones.

Dexando Carlos la grandeza que el Rey le ofrecia para celebrar sus bodas en Napoles, quiso celebrarlas en la Quinta, la qual se viò tan poblada, que en la grandeza, y aparato quedò hecha una Corte. Acudieron muchos Grandes, y Cavalleros, sabiendo las prevenciones de sortija, y torneo que se avian publicado. Vistióse de Damas la Floresta, que vinieron nacidas, por salir al tiempo que estaba Abril vestido de tanta esmeralda, sirvieron de guarnicio florida de su librea. Tres dias antes de los desposorios se jugò sortija, tornearon mu-

muchos Cavalleros, huvo pruebas de fuerzas, con otros juegos diverſos. Llegado el quarto dia, deſpues que deſpedido de los rayos del Sol, quedò rozagante con el eſtrellado manto de la noche, ſe recogieron todos los Cavalleros á un ſalòn muy eſpacioſo, que perfumado de aromaticos olores, y hecho un dia con las lamparas que le alumbraban, parecia un raſguño del terrenal Paraiſo. A un lado de eſta pieza avia un apartado, donde eſtaban todas las Damas muy ricamente aderezadas, y cõpueſtas. A otro lado avia pueſtas unas celoſias para todo el comun de la gente. Y quando todos ſuſpenſos eſtaban aguardando à vér los deſpoſados, al ſon de muchas chirimias, y inſtrumentos diverſos ſe deſgajò una artificioſa nube, y della ſalieron Carlos, y Lucinda, veſtidos los dos de tela de plata, cuya guarnicion era de ternzas de oro, tan ſembradas de diamantes, que yà ſu luz impedia los reflexos al oro, y los explendores à la plata. Apenas quedaron pueſtos de pies ſobre unos cogines, que para el caſo eſtaban pueſtos, quando bolviendoſe á cerrar la nube, ſe oyeron unos truenos de artificio acompañados de unas luzes boladoras, ſoſtitutas de los relampagos, y luego al punto comenzò à llevar diverſidad de flores, de modo que quedò la ſala tan florida, y compueſta, como ſi à manos la huvieran aderezado. Ceſsò la florida pluvia, quando deſquadernandoſe un pedazo de la ſortija, ſe vió por el reſquicio tanta inmenſidad de luzes, que lo que era para luz, quedaba yá con ſoſpechas de tinieblas: luego por la artificioſa puerta fueron entrando doze pages veſtidos todos de blanco, y un blandòn de candida cera cada uno en las manos. En pos de ellos entrò el Obiſpo reveſtido, ſentado en una ſilla de marfil, que ſin verſe quien movia las ruedas, que eran de plata, fue llegando poco á poco adonde los deſpoſados aguardaban. Bolvióſe á cerrar la puerta, ſin que nadie vieſſe los artes con que ſe movia. Y mientras ſe celebran eſtos deſpoſorios, y el Obiſpo los bendice, vamos à ver la contienda que tienen dos porteros con un Ermitaño, que eſtà pidiendo le dexen entrar.

No ſe eſcondiò al Santo Ermitaño Camilo, aunque en deſierto tan ſolo, ſaber como Carlos ſe caſaba. Informòſe de los Monges, y como averiguaſſe la verdad del todo, oyendo que era del Convento de Puzol la Dama con quien ſe caſaba, comenzò á rebolver mil imaginaciones en ſu pecho, deſconfiando unas vezes de la entereza de ſu herma-

na

na Iulia, y sospechando otras de la fragilidad de Lucinda. Como estaba recatado, no se queria descubrir à los Monges; y assi, quiso en persona averiguar la verdad, y no tener guerra con las sospechas de malicia. Sin dar cuenta à nadie, se partiò à su Quinta, à la qual llegò la misma noche que estamos refiriendo. Como viò tãto aparato, y multitud de gente, confirmò ser la boda verdadera, y por saber el nombre de la desposada, informòse de un Portero. Quedòse admirado quando supo ser Lucinda, despertando en la memoria su antigua culpa, comenzò á derramar un mar de lagrimas, dissimulò quanto pudo, y antes de bolverse, quiso hallarse presente à los desposorios.

Como estaba tan desfemejado con las mortificaciones, tan trocado con los ayunos, y tan otro con las penitencias, seguramente preguntaba á unos, y à otros lo que queria. Llegò à los que tuvo por Palacios suyos, donde en fiestas semejantes son las puertas el interès de los Porteros, yá los que fueron sus mas infimos criados, les pide con humildad, y ruega con cortesia le dèn licencia para vèr lo que tantos deseaban; como iba tan sin padrinos, nieganle la entrada; porfia con todos, pidenle el interès, muestra su pobreza, respondenle oprobios, y el santo Cavallero sugeta, y doma irritaciones con paciẽcia. Al eco de las porfias acudiò un Cavallero, y vista la causa, y conocido el poco respeto, riñendoles á las guardas asperamente, y tomando por la mano al Ermitaño, le llevó donde estaba una celosia, para que alli estuviesse sin ser notado, y lograsse su vista la ocasiõ de la venida. Tratò con él muchas cosas, aunque viendole tan triste, y lloroso, ahorró de preguntas, por no darle mas pesar, que no es poca discrecion no repetir razones, y repreguntas, quando tiene el que ha de responder otros sentimientos, y el que le pregunta lo ignora.

Hizieronse los desposorios, con las ceremonias que la Iglesia manda; y quedandose Carlos, y Lucinda, dadas las manos, les dieron assiento en un estrado rico, que estaba prevenido. Luego el Obispo, acompañado como entró, saliò por la misma puerta, y de alli se fue al lugar que estaba yà dedicado para que viesse el sarao. Contentos miraban todos la curiosidad de las prevenciones, y el adorno de las tramoyas, solo Camilo celebraba con sollozos, y suspiros tantas alegrias. Comenzòse la gente à divertir en contar la magestad, y grandeza, y puso silencio la dulce armonia de unas templadas

cuerdas de una arpa. Acomodaron todos el oìdo, imaginando que querian cantar, pero al canto del ſonoro inſtrumento, ſaliò un galàn mancebo, tan bien aderezado, y compueſto, que ſe llevò los ojos de todos. Dançó con mucho donayre, y al dár las ultimas bueltas, ſalió à hazerle compañia una doncella gallarda que con cada meneo flechaba un corazon, y con cada donayre mancillaba un alma. Siguiendo ſus piſadas ſalieron otros tres galanes, que razonando con las acciones, daban mueſtras de pretenderla. Quiſo el galàn, que ſaliò primero entrar en la competencia, y detuvieronle el paſſo atrás tres Ninfas, que prendadas de ſu gentileza, le pretendian amoroſas. El galàn daba mueſtras de retirarſe, y las competidoras le cercaban; èl pedia favor à los otros pretendientes, y ellas, ſirviendo las caſtañetas de lenguas, daban vozes para que ninguno le oyeſſe. Al miſmo tenor la dama primera, viendoſe combatida de los tres, queria huir, y no la daban lugar; rogaba encarecidamente que la dexaſſen, y no la querian entender. Sin faltar en un punto à la traza del ſarao, vinieron como acaſo à juntarſe el galàn, y la Dama combatidos; y aùnandoſe los dos, comenzaron à tornear con los feis. En el torneo que iban haziendo ſe fueron enamorando cada galàn de ſu Dama; y concertandoſe pazes, y acabado el compàs de las mudanzas, rompiendo el ſilencio con las caſtañetas, celebraron juntos las bodas, con un bayle no de menos cuenta que la dança, dexando à todo el auditorio muy contento con tales mudanzas. Comenzaron à loar al Autor los de veras agradados, porque huvo algunos que ſe daban por contentos, ſolo por confirmar lo que los otros dezian, que eſto tienen qualeſquiera obras que ſacan à la plaza, donde ſon tan diferentes, y tan diverſos los guſtos, que aunque la obra ſea buena, ſiempre la han de poner faltas, y aunque en eſta no ha de aver quien las diſſimule, ni diga contra ellas: no ay mayor deſdicha que eſcrivir en eſtos tiempos; diga cada uno lo que quiſiere, que yo he tenido libros muy curioſos en las manos, y eſtando loando algunos picantes, me ha ſucedido oìr ponerlas muchos defectos, y eſto no mas de porque no ſe puede enquadernar el penſamiento al guſto, y paladar de todos.

Apenas ſe acabò el ſarao, y ſe diò fin á los regocijos, quando deſpidiendoſe los hueſpedes, Carlos, y Lucinda ſe retiraron à gozar el ſuave, y dulce fruto de ſus amo-

amores. Quien tal pensàra, quando oyó las promessas? Quien tal oyera, quando la viò Religiosa? Tenia amor, y estaba toda via casi à la puerta de la libertad, y en esto se conocerà la solucion à las dudas.

Lloroso Camilo se bolvió á su soledad. Dexemosle en ella hasta que le ayamos menester, que entonces le visitarémos, aunque en esto sigamos al uso que tiene oy el Mundo, que nadie se acuerda de nadie, sino es quando necessita de sus menesteres. Passion debe de ser antigua, aunque los modernos lo juzgan nueva. Quiero cerrar este discurso, porque passemos al quinto, donde suelen pintar las desdichas del tiempo, y las desgracias de la enfermedad. Aunque primero quiero satisfacer à muchos que callando me estàn haziendo objecciones, y preguntas, pareciendoles que voy muy descaminado en aver llamado persecuciones à esta estancia quarta, que acabo de escrivir, supuesto que todo ha sido gozos, todo parabienes, todo fiestas, y todo bodas, que no ay que dezir mas en materias de alegria. Digo, pues, que por los efectos se conoce las mas vezes la malicia de las causas, y á estas se suele dàr el nombre de propicias, ò adversas, segun el efecto que dellas se aguarda; pues quando lleguemos à las calamidades de ũn matrimonio sin fruto; de un estado sin consuelo, hallarémos, que la mayor perfeccion que esta Dama tuvo; fue la que le sacó de los retiros penitentes à los paraìsos del Hymeneo. Y assi, considerarà el piadoso lo mal que haze una persona de bolver atrás en el camino de la virtud. El matrimonio bueno es, heregia serà dezir lo contrario; pero apartarse de la virginidad prometida por seguir el amoroso apetito que causa el matrimonio, es un error desẽbuelto, aunque rebozado con capa de buen estado; y aun esta no la tuviera, à no alzar la mano el Pontifice con la dispensa. Dexar el matrimonio, por seguir la Religiõ, tal sea mi vida como es muy bueno; pero dexar la Religion por buscar matrimonio, no es acierto; hagãles exequias à los que tal buscan, llorenlos, tenganles lastima, la experiencia de todos los Pueblos podrián servir de apoyo en esta parte: y sino, yà que dexamos á Lucinda casada, à Carlos contento, á los dos gozosos, mientras embiados en las delicias amorosas, se prometẽ felicidades, no les digamos nada, dexemoslos, y quando yà les cancen los abrazos, los osculos se enfrien, y los requiebros enfaden, sabrèmos con verdad los sentimientos que escrivo, y las verdades que pondero.

PERSECVCION QVINTA.

DESESPERADO CARLOS DE VERSE SIN HIJOS, SE HVRTA de Lucinda, y procura remontarse. Apareciòsele el demonio disfrazado, y dale un remedio para que tenga un hijo, y sucede una desdicha.

EL fin que mira al matrimonio yà se sabe que es la procreacion de los hijos, y quãdo estos faltan, yá se puede conocer la infelicidad de los casados. Pues que los hijos seã la paz de los matrimonios, proposicion es muy assentada, y sentida de quantos bien sienten; y assi, ni los casados sin hijos tienen paz cumplida, ni los matrimonios sin fruto causan cumplido contento. Y assi, casados Carlos, y Lucinda, yá juzgaron tener debaxo los pies la rueda de la fortuna, yá entendieron que eran fenecidas las persecuciones. Pues enmedio destos juìzios; y enmedio de estos entendres, nace el disgusto, y se origina la pena; crece el enfado, y el dolor se multiplica. Seis años tenian de matrimonio, sin tener quien los aliviasse el yugo con gorgeos; seis años pueden llamarse de flores, mas nunca son los años floridos, quando se niegan los frutos. La flor recrea, pero luego se marchita, y quando no ha de dàr fruto, ni quedar flor, ni se saca provecho. Mucho amaba Carlos à Lucinda; pero viendo seis años esteriles, aunque no se apagaba la voluntad, se enfriaba el amor, dissimulaba sentimientos, y encubria ahogos. Lucinda estaba mas pesarosa, como aquella que se conocia culpada en estos castigos. Llorraba à solas, y en publico encubria lagrimas, aunq̃ no podia sentimientos. Repassaba todas sus tragedias, repetia en la memoria todos sus fracasos; acordabase de todos los avisos que del Cielo avia tenido; y viendo yá cosa irremediable, entre mortales suspiros daba algun vado à las penas. Conociò Carlos la mudanza de contento en estos sentimientos dolorosos; y como amante verdadero, y que tanto la queria, encubriendo su pena, comenzò á consolarla. Por no mostrarse ingrata la afligida Dama, y por no afligir al q̃ avia sido causa de sus pesares, comenzò à tomar alientos, y à descubrir alegrias. Durraban estas poco, por estàr siempre en pié la causa de las tristezas, y un dia q̃ se viò Carlos algo pesaroso, no tãto de vèr la esterilidad de

su

su matrimonio, como de considerar los disgustos de Lucinda, estando sobremesa, hablò desta suerte:

Lucinda, mucho te he querido, yà lo sabes, y que te debo mucho, yà lo conozco; pero quando èntendia, despues de tantas calamidades, gozar con tu compañia todas las delicias humanas, sin que se atreviera el pesar à perturbar mis gustos; te miro tan otra, que si me miras, te cuesta un lloro; y si me hablas, pagas mil suspiros de pension. Muchos años ha que dissimulo estos agravios, cada dia veo que los fomentas, mi alma siente tus desconsuelos, mi pecho està hecho ayunque de tus golpes, y aunque quiero dissimular por no darte mas pena, mas me atormento de vèr que mas te maltratas. Yà conozco que estos disgustos proceden de considerar que el Cielo nos castiga en no darnos fruto de bendicion, causa es grande para una pena, pero no es causa para estarte privando de la vida; y pues sè que lo sabes, por què no consideras que la esterilidad ha sido causa en muchos casados de mayores logros? Buelve los ojos à Sara, aunque mejor te amigaràs con la hermosa Raquel. Mira à las dos Anas, pues al cabo de muchos años de espera, y deseos, una se llama Madre de un Profeta, como Isabel del Bautista, otra merece llamarse Madre de la mejor. Las mas de las que he dicho erã de mucha edad quando tuvieron partos tan dichosos; y siendo tu aora de tan poca, hazes muy mal en adelantarte á sentir. Si es castigo de Dios, justo es sentirlo; pero se ha de llevar este sentimiento con mucho gusto, mostrando agradecimientos infinitos de vèr que Dios se acuerda de castigarnos. Todo lo entiendes Lucinda, y el saber tu entendimiento ha sido remora de mis labios para no averte dicho palabra hasta aora; y si en esta ocasion rompì los candados del silencio, ha sido por darte à conocer mi determinacion; yo estoy, Lucinda, afligido; y viendo que para mis aficciones yo no tengo otro remedio que mirar tu rostro, mirandole tan triste, como quedaré? Viendole lloroso, que podré sentir? Siento de un golpe mil muertes, y por passar una sola estoy determinado de huir de tu vista, y apartarme de mi mismo, que tanto monta quitarme de tu presencia. Morirè con esto, y tu serà possible que descanses yà cõ la viudèz entre tus vassallos, ò yá tornando à tomar el habito que renunciaste. Oy has de resolverte, ó has de dexar tantos lloros, ò me tienes de desterrar de tus luzes. Elige lo que mejor pudieres llevar para consuelo de tu pecho,

y no repares en darme muerte, si con ella has de restaurar tu alegria, que mas estimaré dexarte consolada, que vivir á tu lado viendote llorosa.

Levantòse de la silla, diziendo estas palabras, sin detenerse á esperar la respuesta, porque yà los ojos estaban humedecidos, y en visperas de llorar; y lagrimas en un hombre, aunque por amor no son afrenta, por quien las puede vèr, es bien que se encubran. Entròse en otra pieza, dexando à Lucinda baraxãdo las penas passadas con los desvelos presentes. Diera lugar al desmayo á mirar el peligro de su amante; que una muger quando ama bien, aunque estè mortal, entretiene á la muerte por dàr vida al objeto de su amor. Considerabа que Carlos estaba resuelto, y aunque confiada que la queria, estaba temerosa que si se desmayaba avia de huir de su presencia. Esforçòse, en fin, como muger prudente, y sin hazer caso de melindre de Dama, viendo que aun no la queria oìr, aguardò con mucho valor que Carlos estuviesse con menos enojo. Esta es la mayor cordura que puede tener una muger, pocas la guardan en semejantes ocasiones, y es causa de mil disgustos. Quando yà vió la discreta Dama que estaba su dulce esposo (ò digamos le marido) algo mas desapassiona-

do, aun podrèmos dezir que con algun arrepentimiento de aver sido tan cruel con la que tanto queria; y haziendo prologo de un suspiro, le hablò de esta manera.

No imaginaba yo, Carlos mio, que me dieras à sentir tantos tormentos, quando te muestras tan compassivo de mis pesares. Pues en el metal de tus palabras hallo sonoridades diversas; porque si sientes tanto por verme sentir, como me dás por remedio mayores sentimientos, pues conoces que son tales las razones resueltas que me has dicho? No reparas en que por no descubrirte mis penas, siempre en tu presencia he dissimulado mis llantos? No adviertes en que por disgustarte jamàs en tu presencia me ha faltado gusto? No miras q̃ si he sentido á mis solas, tengo causas bastantes? Si tu, dueño mio, dizes que es castigo del Cielo no darnos hijos, què castigo puede aver que dexe de causar dolos? Para que se sienta se castiga; pues si tengo sentimientos, por què en lugar de disminuirlos con tus consuelos, me los aumentas con tus rigores? Si acaso estàs cansado de llevarme, y enfadado de sufrirme, y con estos dissimulos pretendes irte à gozar otras hermosuras que te diviertan, y otros gustos que te alegren, habla claramen-

ramente, y no me culpes, pues
sabes la aficion que me debes, y
conoces lo que por ti he passado.
Y si es verdad que te quedaràs en
mis brazos, si pongo enmienda à
mis lagrimas, no te ausentes, y
verás del modo que me enmiendo, no te vayas, y verás como te
obedezco, no me despidas, y verás como te sirvo.

Tapò el dolor los organos de la voz, y aunque quisiera Lucinda mostrarse mas animosa, no pudo dexar de rendirse al sentimiento. Consolòla Carlos quanto pudo, y despues de largas satisfaciones, acompañadas de lagrimas, se fueron los dos á un jardin à divertirse lo que quedaba de la tarde. Recostòse Lucinda à la sombra de un arrayan, y Carlos por complacerla, tomò un instrumento, á cuyo tenor cantò de esta manera:

No lloreis ojos hermosos,
no lloreis, que os hazeis mal,
y es lastima que dos soles
queden turbios con llorar.

No lloreis, que me dais pena
tanta que puedo apostar
que voy repassando yo
las lagrimas que llorais.

No lloreis, que es compassion
que las perlas que brotais
las desperdicies de modo,
que no se puedan lograr.

No lloreis, pues sois espejos
donde me suelo mirar,
y no me mirarè bien
si està enturbiado el crisal.

No lloreis, tened el llanto,
que aunque teneis causa tal,
passan yà de sentimientos
los efectos que mostrais.

No lloreis, que vuestras niñas
son estrellas, y podràn,
viendo à los soles sin luz,
eclipsarse de pesar.

No lloreis, que vale mucho
lo que tan de valde dais,
y reliquias de una vida
no se suelen assi dár.

No lloreis, y estad en esto;
que primero faltarà
la voluntad para mi,
que os pierda la voluntad.

Contenta escuchò Lucinda el Romance, hablò à Carlos mas alegre, èl la recibiò amoroso, los dos se consolaron, y en dulces requiebros consumieron lo que le quedaba al dia. Determinaron aplacar el rigor del Cielo con mortificaciones, ayunos, limosnas, disciplinas, remedios son eficaces para conseguir qualquier cosa. Dichosos serán los que perseveràren sin perder la esperanza, aunque se tarde el galardon. Carlos casaba huerfanas, daba limosnas, y se exercitaba en la oracion. Lucinda hazia lo mismo, y juntamente los dos eran el remedio de muchas necessidades. Crecia la devocion, y au-

mentabaſe el cuydado, y exercitabaſe la virtud. Frequentaban los Templos entre dia, y lo mas de la noche gaſtaban en peticiones piadoſas. Solo pedian un hijo, juzgando con eſto tener cumplidos ſus guſtos, y deſechados ſus cuydados. Aunque los oìa Dios, dilatabales el conſuelo, quizà para que deſpues redundàra en mayores alegrias. Vn bien dilatado cauſa mas placer, como llegar à la playa deſpues de un grande naufragio. Paſsòſe mas de otro año ſin aver ſeñales del deſeado fruto, y Carlos deſeſperado, quiſo apartarſe de la querida prenda. Eſtaba confuſo por no ſaber lo que el Cielo le ordenaba, y queria buſcar quien le aconſejaſſe. Perdida la confianza del Ciélo, mal ſe puede aguardar ſuceſſo feliz. Anduvo muchos dias confiriendo configo miſmo ſu determinacion. Miraba el amor de Lucinda, que le ponìa grillos á los pies; conſideraba lo que avia de ſentir, y no podia dar paſſo; pero con todos eſtos eſtorvos atropella una deſeſperacion. Aſſi hizo Carlos, aguardò ocaſion, y no la dexò perder, fue eſta: Dixeronle à Lucinda unas amigas devotas, que llevára una Novena à una Igleſia de la glorioſa Santa Ana, que eſtaba poco mas de dos leguas diſtante de la Quinta, aſſegurandole dichoſos fines de ſus deſeos. Quiſo Lucinda ocuparſe en eſta buena obra, diòle cuenta á Carlos, y èl le concediò licencia; ſeñalaron dia, y para eſte combidò Lucinda à muchas ſeñoras de Puzol, que como amigas, ningunas ſe eſcuſaron. La tarde antes dixo Carlos, que queria ir á caza, con propoſitos que fingiò de ir à hazer noche à aquella Hermita. Quedòſe Lucinda aguardando las Damas, y Carlos ſe deſpidiò, no ſin diſſimulados ſuſpiros. Salióſe en un cavallo bien apercibido de joyas, y dineros, y acompañado ſolamente de un criado. Entróſe por la eſpeſura, donde olvidando la modeſtia, ſe comenzó á quexar amargamente, y à dezir: Señor, yà conozco lo pecador que he ſido, pues ſin reſpetar la que ya era eſpoſa vueſtra, oſsè atrevido darle mano de eſpoſo. Mas ſi vueſtro Vicario en nombre vueſtro diò licencia, por qué, Señor, os moſtrais tan riguroſo, que me privais de tener hijos. Si perdonais pecados, y ofenſas, que os hazemos, como no diſſimulais caſtigos con el que no fue delito, ſino ſolamente ſombra de deſacato? Malo ſoy, Señor, pero quiſiera ſaber por què me caſtigas, y ſi ſon caſtigos, quiſiera entender, por què lo exercitais en eſta materia de no darme ſuceſſion? Si es el matrimonio eſtado ſanto,

y vos

y vos le realzaſteis, haſta hazerle Sacramento, porque os enojais tanto de que lo aya conſeguido? Si prometì virginidad, y la prometiò Lucinda, quando en aquella borraſca nos vimos en los umbrales de la muerte, bien ſabeis, Señor, pues ſois la ſabiduria, que alli era el temor el que prometia, porque el ſentido eſtaba embriagado, y la razon confuſa, y vos jamás quereis promeſſas tan forzadas, ſino voluntades libres; fuera, que ſi quedamos ligados por ſeguirſe deſpues el tacito conſentimiento; yá he dicho que nos redimiſteis de la obligacion, pues diſpensò el que tiene el poder vueſtro en eſta parte acà en la tierra. Pero ſi ſoy merecedor de lo que paſſo, y debo lo que peno, vueſtra voluntad ſe cumpla; embiadme caſtigos, que para llevarlos con mas amor, ſalgo de las delicias de mi caſa, abrumadme con penas, que para ſentirlas yo ſolo, me aparto de mi regalada e poſa. Ya eſtoy en eſtos montes, matadme ſi lo merezco, deſpedacenme las fieras, ſi os tengo ofendido; deſe mi cuerpo à las aves, ſi os tengo enojado. Solo os pido que perdoneis, al alma, pues como imagen vueſtra, la criaſteis, y no la condeneis, pues la redimiſteis. Y ſi Lucinda ha de paſſar por los martirios, á que de buena voluntad me ofrezco. Señor, Señor, oìd à quien os llama, paſſelos yo todos, pues he ſido yo cauſa de que ella los merezca. Suplan ſus lagrimas alguna parte; alcancen ſus oraciones alguna clemencia, y los ruegos de los dos abran las puertas de vueſtra miſericordia.

Eſtas, y otras razones laſtimoſas iba eſparciendo el afligido Cavallero, dando tantos ſuſpiros, y derramando tantas lagrimas, que á ſentir los brutos de la ſelva, tuvieran compaſſion, y à tener las piedras alma, hizieran ſentimiento. Llegò el criado que llevaba, que à la ſazon ſe avia quedado algo atràs, (coſa ordinaria en mozos de mulas, ò ir una legua delante, ò quedarſe media atraſſado) y ſin ſaber de Carlos el intento, le dixo, que iban deſcaminados, que bolvieſſe la rienda por una ſenda que ſe deſcubria en las faldas de unos montes. Obedeciò Carlos, ſin darle à entender ſu pena, y cuydado, llegaron al camino, y deſpues de aver caminado un rato, ſintieron las piſadas de una mula trotona que les venia al alcance. Bolviò Carlos el roſtro, y viò que venia en ella un viejo en traje de Doctor, barba crecida, veſtido, de eſcuela, y el aſpecto grave. Y porque deſpues he de aclarar el nombre del perſonaje, pintaré aqui ſu adorno, y compoſtura.

Era

Era la tez de la cara un verdinegro capote; los ojos turbios, y tan sepultados en los cascos, que para vèr lo blanco dellos era menester andar bruxuleando. La frente tan pequeña (porque para lo grave le faltó la calva) que si levantàra la visera del sobrecejo, ni sabian si las cejas servian de mollera, ni si la mollera hazia oficio de cejas. Las narizes pequeñas, chatas, y arrugadas; las orejas tan largas, y puntiagudas, que à ser necessario, pudieran servir de orejas, y cornezuelos; la boca grande, con los dientes pocos, y essos claros, y podridos; el cabello tan grifo, y enroscado, como si huviera nacido en Monicongo. El cuello de tortuga, pues unas vezes se sumergia entre los ombros, y otras se desencaxaba mas de media vara dellos; el pecho con una giva; la espalda con una corcova; y finalmente, las piernas tan canillas, que las calças podian servir de fuelles. Considere el curioso lo que podria parecer un hombre de las partes referidas, puesto á cavallo en una mula tan alta como la Torre de Babél, tan larga como desde Paris á Sanfueña; y tan flaca, que parecia cavallete de texado, con canalles de costillas. Saludaronse los dos; y haziendo el disimulo, dixo el graduado, holgàrame saber si voy perdido, porque este camino mas me parece vereda de cazadores, que passo de caminantes. Esto hazia para travar conversacion, que era lo que procuraba; y assi, Carlos le respondió, que poco mas de dos leguas de alli estaba un Castillo, desde el qual toman lengua los que se embarcan para España; pero que èl no iba à ningun poblado, sino antes buscando las soledades. Diò un lamentable suspiro diziendo esto; y el nuevo compañero se puso à mirarle muy de proposito, haziendo admiraciones con el rostro, y mil ademanes con el cuerpo: y antes que Carlos le preguntasse la causa de hazer aquellos estremos, tomandole por la mano, le dixo: Por vuestra vida que me descubrais la pena que os aflige, que me holgarè mucho entretenerme con vuestros sucessos, yà que voy descaminado. No la encubrais, que os certifico que soy hombre, que será possible daros remedio, y hazer que os bolvais à vuestra casa consolado. Yà el pulso me està diziendo muchas señas del dolor que os aflige; y aunque haziendo dos circulos pudiera conocer del todo vuestra enfermedad, quiero que por vuestra boca la confesseis, lo uno, porque no os espante lo mucho que alcanzo; y lo otro porque divirtamos el camino con la relacion de

vues-

vuestras historias. Y porque no tengais empacho de referir sentimientos, à quiẽ jamàs aveis visto, os dirè quien soy para animaros. Aveis de saber que soy Nigromantico, tan aventajado en esta facultad, que soy tenido por prodigioso. He estado muchos años en Parìs, donde en comunes aplausos bolaba mi fama á las Provincias mas remotas. Traxeronme unos amigos á Napoles para darle razon al Rey de una sospecha, que tenia; y como llegasse á mis oìdos la fama de un Enrico de Salamanca, allà en España, hurtandome una noche de los discipulos que me acompañaban, salì solo, y desta suerte, con disignio de embarcarme, y visitar à este Sabio, y probar con èl mis fuerzas. Apartème de el Puerto, por escusar el ser alli impedido, y por estos rodeos vengo buscando Puerto mas secreto. Yo soy quien os he dicho, mi determinacion es esta, lo que alcanzo de cosas futuras es infinito, y el remedio que os puedo dàr es muy grande. Desapassionaos conmigo, que podrá ser que os holgueis de averme encontrado, y tengais á mucha dicha averme yo perdido.

Mostròse muy agradecido Carlos à las ofertas del Nigromantico; y aunque el disgusto apenas le daba lugar de sazonar palabras, por no ser ingrato (esto es de prudentes) animó la voz, y con descuydos del sentir (esto es interpolando suspiros) le hizo relacion de quien era, y de todo lo que le avia passado con Lucinda, y como se iba desesperando, por verse sin hijos, y del poco fruto que avian sido los muchos remedios que avia hecho. Acabò Carlos de dezir, y al instante el oyente sin santiguarse, aunque haziendo admiraciones, le diò las gracias de averle manifestado su pecho, y se le ofreciò muy puntual para socorrer su pena. Hizo que se apeàran à orilla del camino, porque queria consultar los Astros. Obediciò Carlos à todo quanto le dixo, saltó del cavallo, y sentòse en las faldas de unos fresnos. El Nigromantico comenzò á sus solas á hazer conjuros, unas vezes haziendo circulos en el ayre, otras haziendo mil caracteres en la tierra; yá hazia que el Sol no diesse luz, poniendole mil nubes por delante, yà le mostraba muy resplandeciente en medio de una serenidad notable. Carlos atendiò á todo, sin hablar palabra, aguardando el fin de las señales prodigiosas, y el criado estaba atonito mirando los conjuros, y temiendo alguna borrasca. Fué tal caso, que desde que viò el personage, le cobrò notable temor.

Tu-

Tuvole por fantasma, ò por algun Satyroò, Fauno; y para satisfacer sus sospechas, quiso vèr si la mula comia: quitòle el freno, y poniendola donde pacièsse, viò que trasspillaba los dientes, llegòse à ella, y cogiendo un manojo de yerva, començò à alhagarla, cõbidandola à que comièsse; como esto no bastaba, quiso con las manos apremiarla á que abrièsse la boca. Mas la mula, en agradecimiento de la cortesia, mostrandole las herraduras comenzó à dár muchas cozes, y corcobos. Confirmando con esto el mozo la sospecha que tenia, se subiò en la cumbre de un collado, y avièndose enramado de Cruzes, propuso de no baxar hasta que estuvièsse Carlos solo.

Acabò de alzar figura el nuevo passagero, aunque viejo en sus engaños; y llegandose muy contento á Carlos, le dixo, que se bolvièsse al instante à su casa, porque las influencias de los Astros le señalaban; que si el dia siguiente desde las seis hasta las nueve de la mañana dormia con su muger, engendraria un niño resplandeciente, y bello. Admirósse Carlos del pronostico, y viendo la fuerza que le hazia el agorero, para que no perdièsse aquella ocasion, diòle credito, y determinò bolverse à los brazos de Lucinda; pero pidiòle con muchos ruegos que le acompañasse, porque queria regalarle, y satisfacerle el trabajo, y la merced recibida. No pudo convencerle, viendose obligado, rogòle que por lo menos se sirvièsse de algunas joyas, y escudos. No he de recibir algun interès, respondiò el mayor interessado; pero porque no me juzgueis por grosero, y desagradecido, llevarè vuestro cavallo, y os servireis de mi mula, que aunque la veis flaca, yo os asseguro que os pondrà en un buelo en vuestra Quinta. Placeme en buen hora, replicò Carlos, y llamando al criado, hizo que la enfrenasse. Pusieronse los dos á cavallo, y despidiendose muy amigables, partieron el camino, el uno ázia el monte, y Carlos ázia su casa.

Aunque he dicho con rebozo las señas desse Nigromantico, yà el curioso avrà colegido por ellas como era el demonio, que por impedir una buena obra, busca tantas trazas, y urde tantas cautelas. Yá diximos como el siguiente dia se avia de partir Lucinda à la Ermita de S. Ana, y llevar una Novena, y que para el caso tenia combidadas muchas Damas que la acompañassen; pues porque esto no consiguièsse, quiso el padre de mentira dezir una verdad con mil engaños, que tambien el diablo dize sus ciertas verdades,

quan-

quando con ellas ha de lograr sus deseos. Todas vienen à ser persecuciones, y tragedias de Lucinda, no ay que maravillarnos. Llegò Carlos à la media noche à su casa, hallòlos dormiendo à todos, y por no despertar á su consorte, les quiso guardar el sueño. Con llaves que tenia se entrò en una pieza, donde passò en desvelos lo que quedaba à la noche. Comenzò la Aurora à huir desnuda por los campos del Oriente, acosada del radiante Planeta que la seguia, quando sacudiendo todos el sueño, y aderezandose Lucinda, comenzaron á apercibirse para el viage los cocheros untando aprisa las ruedas, iban unciendo las carrozas, yà los de las acemillas comenzaban á caminar al tenor de su reposo; yá los mozos, y la cayos limpiando los cavallos, los engalanaban con los ricos jaezes, y los sugetaban con los costosos frenos. Yà finalmente los Cavalleros del acompañamiento bizarramente vestidos, comenzaban à hazer mal á los cavallos, y las Damas ricamente compuestas, iban à ocupar las testeras de los coches, y en medio deste ruìdo, en medio deste alboroto, Carlos oculto repassaba nuevos pesares, porque considerava que si Lucinda se ausentaba, no podia executar el remedio que traìa, y reparaba en que si la impedia en una obra tan santa, se ofendia el Cielo, y Lucinda se mostraria agraviada, y los huespedes quedarian sentidos. Por una parte se representaba la perdida de la ocasion, por otra se ofrecia la nota de su afrenta, en lo uno dolor del respeto, y en lo otro verguenza de la osadia. Bacilaba consigo mismo, sin poder hallar remedio que mediasse entre la confusion de los dos estremos. Pero mirando que en lo uno avia termino limitado (dos horas tenia señaladas) y en lo otro tenia á su alvedrio tiempo en que poder satisfacer, atropellando cortesias quiso executar sus deseos.

Hizo un recado á Lucinda, diziendole, que importaba el dilatar la fiesta, y el viage para el dia siguiente, ò por lo menos hasta la tarde. Lucinda que yá estava en su carroza con todas las amigas, le respondiò cortès, que mirasse que no seria razon burlar de aquella manera á las que la avian venido à honrar. Replicò Carlos, que era cosa importante, y que no sufria dilacion. No le pareciò à Lucinda seria bien andar en preguntas, y respuestas por medio de criados; y assi, descendiendo del coche se fue muy enojada al aposento donde Carlos la queria. Preguntòle la causa, dixosela Carlos, y ella ver-

gon-

gonzoſa, hablòle muy reſuelta con honeſtas eſcuſas, que aunque era Carlos ſu marido, yà le pareciò aquello deshoneſtidad, por ſer la ocaſion preſente. Dixole Carlos todo lo que le avia paſſado con el Agorero, y que venia, determinado à poner en execucion quanto le avia dicho; y aſſi, que no ſe eſcuſaſſe de darle guſto. No harè tal reſpondiò Lucinda, aunque nunca tenga hijos; y diziendo eſto, bolviò las eſpaldas para proſeguir ſu romeria. Enojòſe Carlos, y dexando à un lado el reſpeto de los que aguardaban, y à otro la aficion que à Lucinda tenia, deſpidió á todos los Cavalleros, y Damas, dando cauſas baſtantes, las que pudo fingir, para no quedar deſayrado. Fueronſe unos confuſos, y otros corridos, y las Damas todas (mugeres en fin) muy enojadas, y corridas. Lucinda, quando viò tan notable agravio à ſus ojos, ayrada conſigo miſma por no poder vengarſe, hechos los brazos Cruz, y poſtrada en la tierra, dixo eſtas palabras: Plegue à los Cielos, que ſi de eſte ayuntamiento concibiere algun hijo, que à la hora de mi parto carguen los diablos con él. Conſidere el Lector que buena plegaria para mil deſaſtres, y ruinas. Deſpues tratarèmos de las maldiciones, proſigamos aora con la Hiſtoria. Como Carlos la viò con enojo, tomò en juego las palabras enojadas, y rióſe mucho de los eſtremos. No me eſpanto, que como no aviendo deliberacion, no ay culpa, y el eſtàr falta de aquello ſe conoce en los primeros impulſos de la ira, viendola tan ayrada, piedad es echar las coſas à buena parte; pero como ſolamente Dios es ſabidor de los corazones, èl es quien embia à medida de el delito los caſtigos.

Durmiò Carlos con Lucinda à la hora que ſeñalò el mal Aſtrologo. Surtiò el deſeado efecto, pues à pocos dias ſe conociò el preñado. Aqui fue el hazer nuevas novenas, mayores limoſnas, grandes obras de virtud, todo à fin que ſalieſſe à luz la luz tan deſeada de un hijo. Yá eſtaba Lucinda arrepentida de los lloros, y avergonzada de los deſvios; y aunque acordada deſtos, olvidada mucho de las maldiciones. Yá miraba al regalado eſpoſo con menos ceño, yà guſtaba de recoſtarſe en ſus brazos, yá con los melindres de querida, eſcuchaba los requiebros, y yá con los deſeos de preñada apetecia los guſtos. Paſſaronſe los nueve meſes, tiempo ordinario que la naturaleza concede para que la prole nazca con perfeccion. Llegò la hora del parto, y aqui no

ay

ay que pintar lo que sucede, supuesto que es una interpolacion de gustos, y dolores; porque unos esperando el regocijo, estàn previniendo fiestas, y saraos, y otros mirando el tormento de la parturiente, acuden con lagrimas, y oraciones. En medio, pues, desta diversidad de gustos saliò à luz un niño, en quien se esmerò demasiado la naturaleza para sacarle tan dotado de gracias, y perfecciones, que al punto que naciò arrebatò los ojos de todos los circunstantes.

Quisiera aora hazer un parentesis en blanco, porque otra pluma mas animosa que la mia refiriera un tragico suceſſo, un prodigio, un portento, una desventura. Estoy empeñado, y avré de dezirlo, aunque abreviarè en contarlo, que en tales sucessos produce la detencion dolores, y engendra la verbosidad mil inquietudes. A vista de un placer una desgracia, qué mas desdicha! Al lado de una victoria una ruìna, que mas lastima! Apenas el recien nacido con lagrimas, y sollozos, con passos tardos quiso enseñarse à andar por el camino de la vida (que poco anduvo, pues solas las faldas de una partera fueron cuna, y mausóelo) quando abriendose una nube, y lanzandose de ella una legion de espiritus malignos, le arrebataron por los ayres, y dando alaridos tremendos al son de truenos terribles, le traspusieron, y ausentaron de la vista de todos. Brevemente lo he dicho, la ponderacion de el sucesso la dexarè à otros ingenios mas dedicados, para que con mas gallardia, y viveza de espiritu toque al arma en los dormidos corazones. Como quedaria Carlos, viendo en poder de lobos infernales un corderillo inocente, sangre de sus venas, pedazo de su alma? Como estaria Lucinda, viendose culpada, considerando delitos, repassando culpas, atendiendo à desastres? Diziendo un ay de mi, que le maldixe, cayò desmayada. Llevanla à su lecho, procuran bolverla en sì, previenen remedios, mezclanse los llantos, crece la confusion, y nada aprovecha. Carlos rasga sus vestidos, mesa sus cabellos, y hiriendose los pechos, comienza á dezir con aquel Santo Profeta: Quien darà para que llore agua á mi cabeza, y una fuente de lagrimas à mis ojos? Quien darà consuelo al padre mas desgraciado? Quien darà alivio al hombre mas afligido? Quien mitigará la pena à un abismo de tormentos? Crece con estas palabras el dolor, brotan las lagrimas mas aprisa, renueva la voz los suspiros, y buelvense de nuevo à encender los llantos,

los

los pages se turban, los criados se desatinan, las Damas se desmayan, las dueñas se afligen, y nadie sabe que hazerse. Herido el Rey, desmayan los vassallos; muerto el Capitan, los Soldados padecen. Veome tan embarcado en estas confusiones, tan metido en estas calamidades (por cierto dignas de qualquier pena) que yá no acierto á referirlas, ni la pluma se siente con alientos para pintarlas.

Acudieron algunos Religiosos, que estaban en la Quinta, y los Sacerdotes, y Capellanes que alli moraban, y con pechos piadosos, y oraciones devotas comenzaron unos á hazer muchos conjuros, y otros á dar algun consuelo á los padres afligidos, esto tuvo algun efecto; pero lo primero sirviò poco. No aprovecharon exorcismos para que pareciera la criatura: jamàs supieron de ella hasta que no la conocian. Despues se darà cuenta desto, que es lo mas gustoso que llevarà este Libro, porque es la causa final que me moviò á componerle. A fuerça de passar dias, se fueron olvidando muchos lloros, y à fuerza de consuelos se pusieron en silencio los suspiros. Todos son efectos del amor, porque Carlos procuraba consolarse, porque se animasse Lucinda, y Lucinda se animaba por consolar á Carlos; es gran cosa quererse bien dos casados, gloria es, en fin, de este suelo, este titulo quiero darle, y sè que lo merece. A no estár à vista de Lucinda su esposo Carlos, con la pena sucedida no muriera? Y á no tener Carlos à su esposa presente, en tragedia semejante no acabára? No tiene duda, porque un dolor sin consuelo no tiene cura, y un mal sin medicina deguella á los vivientes.

Consolaronse, pues, los dos consortes, y divirtiendose en nuevos gustos, comenzaron à poner en olvido los pesares, si es que pesares semejantes se pueden olvidar. El caracter que le quedò de pena á Lucinda, fue considerar que Dios por castigarla avia executado su maldicion, digo, permitido que se executasse. No se engañaba, y aunque lo sentia, era poca la penitencia que aplicaba. El rasguño que quedó en el pecho de Carlos, fue el imaginar que aquel Astrologo avia sido el demonio (bien pensaba) que assi como fue por orden suya el tener aquel hijo, y avia podido alcanzarlo por otro mejor camino, no estorvandole á Lucinda sus devotas diligencias, assi Dios avia dado lugar à que no le gozasse. Tampoco podemos dezir que và Carlos descaminado; culpa tuvo, y assi siente, que à estár libre, quedàra sin sentimientos.

Pa-

Para enmendar lo passado, comienzan à frequentar los Divinos exercicios, abren las puertas à la caridad, destierran al ocio, trabajan en la oracion, y mortificanse con el ayuno. Por otro hijo anhelan, con mas fervor lo piden, contritos lo aguardan, cierto imagino que lo tienen. Que es tan grande el deseo natural de los hijos, que aunque sepa yà un padre de experiencia los disgustos, y dolores que causan, los perdona todos por vèr solamente un retrato suyo, en quien emplear aquel deseo, y con quien comunicar su amor.

De buena gana tomàra aqui la pluma contra los padres que maldicen á sus hijos, sino atendiera à que lo que yo puedo dezir queda ponderado con el exemplo referido. La costumbre dizen que les escusa á algunos de pecado, porque no maldicen con deliberada intencion, sino solo con aquel habito que tienen adquirido. Hombres doctos casi todos sienten esto; pero lo mejor serà que la mala costumbre se borre, y el mal habito se fugete à la razon. Sin pecado se pueden echar muchas maldiciones; pero tal vez permite Dios, para enmienda de otros, que se executen, y cumplan peticiones semejantes. Bien lo hemos visto, y bien lo lloran. Cada uno meta la mano en su pecho, y considere el caso, que es terrible; porque quien negarà que no estaba Lucinda colerica del todo, y que supuesto que deseaba tanto un hijo, si estuviera en su libre acuerdo, se conociera que no era con intencion que sus maldiciones le alcanzàran? Iuizios son de Dios, no ay que escudriñar mas, sino tratar de la enmienda. En hazerse el demonio Astrologo, quien no mira la solicitud que tiene para apartar las almas de el camino de la virtud, y buenas obras? Mil apariencias tomará para executar un engaño; busca trazas, y tiende redes; y en no haziendo presa, brama como leon, y intenta nuevas venganzas. Iamàs està durmiendo, siempre nos ronda las puertas, y de ordinario procura sujetarnos à su servidumbre. Por esto nos enseña el Principe de los Apostoles, diziendo: *Fratres, sobrieſtote, & vigilate, quia adverſarius noſter diabolus tanquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret.* Hermanos, tened templanza, ayunad, mortificaos, porque nuestro enemigo anda rondando nuestros umbrales, bramando como un leon, buscando en quien emplear sus uñas. Consejo es este que debemos tenerle todos los dias en la memoria: la verdad nos cuenta, pues quien lo echarà en olvido? En

quanto impedir Carlos la buena obra que iba à hazer Lucinda, por cumplir con el consejo del agorero, se dà à entender que fue castigo suyo en parte el fracaso que sucediò, para que otros adviertan, que es mejor fiarnos de una obra de virtud, para qualquiera pretension, que no de una patraña de un ignorante, ù de una hechizeria de un Astrologo.

PERSECVCION SEXTA.

PARE LVCINDA OTRO HIJO, AL QVAL PVSIERON POR nombre Iulian; este en siendo mancebo, escarapelado de un tragico pronostico, se ausenta de sus padres, y se passa à España, y Carlos, y Lucinda se parten disfrazados à buscarle.

A Desterrar tristezas paternales naciò Julian vestido de alegrias, estas fueron cumplidas en Carlos, como de Lucinda festejadas, y de toda su familia aplaudidas. El nuevo gozo, y regocijo començò á poner en olvido el passado sentimiento. El suceso feliz comenzò à borrar memorias de el fracaso. Yà repassaba Lucinda su desatino, y dezir sin dezirlo (esto es hablar para sì) que este era hijo de bendicion, pues tantas le avia dado desde que le concibiò, como el otro desastrado avia sido de maldicion, pues tambien le avia comprehendido. Entre estas consideraciones, quien negará lagrimas à los ojos, y al corazon sentimientos? Lucinda las derramaba, y Carlos los sentia. Vnas vezes les daba Julian consuelo, y otras de mirarle recibian grande disgusto, y pesar, por mirar en èl la estampa de el mal logrado, y la misma pintura del perdido. Bien se dàn á conocer estos pesares, no quiero cansar mas con ellos, aunque tristezas semejantes justo es repetirlas para escarmiento de algunos. Fue Iulian desde su puericia dotado de mil gracias, y vestido de mil virtudes: dos propiedades son que cautivan à los padres. Apenas cumpliò seis años, quando comenzò à estudiar la Lengua Latina, aprendiòla con brevedad, y hasta catorze le dieron Maestros que le enseñassen Filosofia, y letras humanas. De todo diò buena cuenta, y en todo saliò muy habil. Estas gracias quitaban à sus padres desconsuelos, su mo-

modestia les causaba mil contentos, su virtud les echaba grillos à sus voluntades, y su prudencia les robaba los corazones. Tanto le querian por sus grangeos, como por ser hijo de sus entrañas. Esto adquiere la virtud de un hijo, y todo lo pierde el que no corresponde como tal. Para divertirse à ratos del trabajo del estudio, y de la maleza del ocio, escogiò el exercicio de la caza, imitó à su padre, y à todas las personas de calidad, de ellos es este entretenimiento, rato deleytoso, aunque cansado; tiempo trabajado pero no perdido.

La inclinacion natural, ayudada de la frequentacion de la costumbre, se fomenta. Iulian era inclinado á la caza, dió en exercitarse en ella los mas dias, y assi pocos eran los que se desocupaba. No le pesaba à Carlos de tenerle ausente de otros cautiverios que suelen ser enfermedad, si no las rescatan. Avia muchas Damas en la Quinta, las quales suelen ser polillas en el paño limpio de la voluntad. Acordabase Carlos de sus mocedades, consideraba Lucinda sus amores; y como escarmentados en sì propias, procuraban apartar al hijo de platicas mugeriles. Divertianle en el campo, porque gozasse de los aires saludables de la libertad, porque esta falta à los que enferman de amor. Fatigaba, pues, tanto Julian los montes, que se puede presumir, que no solo las fieras estarian cansadas de la monteria, sino hasta los arboles, y peñas, en su modo, estarian con pesadumbre de las vozes. Confirme esta presuncion el mayor prodigio, pronostico es de el Cielo, bien se puede oìr. Saliò, pues, Julian un dia, entre otros, à vèr correr dos venados, y á matar dos fieras. Iba en un alazán brioso, jugando con gallardia un venablo. Penetrò lo mas fragoso de el monte, engolfose en la espesura, sin poder en mucho rato descubrir en quien emplear sus deseos. Esta es la desdicha de un cazador. Bolviò la rienda al cavallo para bolverse corrido, quando le saliò como al encuentro un ligero Ciervo. Comenzò à seguirle, deseoso de executar en él parte de su enojo. Ibase acercando para herirle, y acometiendole los perros para detenerle. El Ciervo con su ligereza fue causa que Julian se cansasse en alcançarle; y quando yà fatigado viò que iba á desembrazar el venablo para quitarle la vida, hizole rostro; y confrotandose con èl, le dixo con voz humana estas formales palabras: *Matador de tus padres, por què me persigues tanto?* Y acabandolas de dezir desapareciò del puesto, huyendo

à la espesura. Quedòse Iulian sin alientos, titubeò el valor en las carpidas venas, y la sangre elada dió muestra del temor adquirido. Aguardò que passassen los primeros impulsos de el sobresalto; y recobrando el sentido, dió la buelta à su casa. Dissimuló quãto pudo la pena, pero no fue possible rebozar los rasgos de melancolia, y en esta conocieron los padres su disgusto. Preguntaronle la causa, y no quiso descubrirla, viendo que era irremediable. Daba escusas de pesar, y levantabale testimonios à la salud. Carlos recelaba, que era herida del amor. Lucinda lo atribuìa à falta de la comunicacion, y trato cortesano. Iuìzios eran todos, y aunque no temerarios, no apeaban la verdad.

En vez de disminuirse, creció la melancolia, y el no saberse la causa impedia el aplicar remedios. Muchos daban los Doctores; pero Iulian no aceptaba ningunos, como sabia el poco fruto que le avian de dàr à su accidente. Carlos se dolia como padre, y con regalos, y caricias le importunaba, porque le descubriesse su mal: cansabase en vano, porque eran lagrimas las que recibia por razones, y sollozos passaban plaza de palabras. No le apremiaba mas viendo el sentimiento, daba vado à las preguntas por disminuirle penas. Lucinda quiso como madre, alcanzar, á fuerça de amor, que la descubriesse Iulian por justicia este secreto. Aguardò que estuviesse solo, y hallando la ocasion, le dixo con lagrimas piadosas estas regaladas palabras: Iulian, hijo mio, pues sabes lo que me cuestas de lloros, y conoces lo que me debes de voluntad, pues sabes lo que tu padre siente esta tristeza, y conoces lo que yo como madre tuya deseo tu salud, no seas ingrato en encubrirnos tu enfermedad, y no seas esquivo en regatearnos el dezir la causa. Manifiestame tu pecho, di lo que te aflige, cuentame lo que apeteces, y verás que à costa de mi propia vida hago que se executen tus deseos. Si ay quien te agravie, yo te vengaré; si estàs ofendido, castigaré culpados; si estàs menesteroso, te entregaré mis joyas todas. Si acaso son deseos de la Corte los que te melancolizan, y el tumulto de su aparato el que te mueve el animo, y el bullicio de su ostentacion esquiẽ te inquieta, con manifestar tu gusto, verás cumplido el deseo, y descubriendo tu pecho, verás executada tu voluntad. Y si es amor (ay hijo, esto me rezelo) el que avassallando tus potencias, quiere destruir tu salud, no lo encubras, porque de las enfermeda-

da

dades secretas es esta la mas peligrosa. No te haga cocos la verguenza, rompe los imposibles de tu natural modesto, manifiesta la herida, no temas las amenazas del temor. Mira que soy tu madre, y te quiero como tal, que esto es ser madre verdadera; y fiandote de mi, verás que te saco en ombros del incendio en que te abrasas. Sino es conforme á tu estado la balleza que te cautiva, y esto te enfrena la lengua por humilde que sea, la igualaré à tu poder por verte contento. Y si alguna de mas nombre, quizà saliendo á caza, ha robado tu libertad no te congoxe, que tu padre, y yo te buscarèmos nuevos intereses hasta que te iguales à sus merecimientos.

Agradecido, y amoroso se mostrò Iulian à las maternales palabras, y dissimulando penas en el rostro, y amagando en el corazon nuevos pesares, pidiò de termino un dia para declarar su sentimiento. Con esta esperanza Carlos despidiò alguna tristeza, y Lucinda cobrò alguna alegria. Deseaba el plazo, para la execucion, y aunque era breve, las extensiones del deseo le alargaban. Corto le pareciò à Iulian, y viendo que no avia de poder cumplir lo que avia prometido, determinò poner tierra enmedio, que este es el ultimo lance de un menesteroso. Comenzò á dezir consigo mismo: contarles à mis padres lo que he visto, y oìdo, mas es atormentarles, que darles consuelo, pues viendo que no pueden remediarme, es fuerza que se aflijan; y conociendo mi mal, es causa para sentir. Aquel pronostico me anunciò ser su homicida, y vendrá à ser falso mientras yo tuviere entendimiento; y por si este me falta, prudencia serà huir de su presencia; y si acaso el sentimiento de mi ausencia les viene á quitar la vida, mas quiero que se quexen porque les doy esta muerte, que no que maldiga por executar en ellos el golpe de los hados. Rebolviendo en su pecho todas estas consideraciones, se vino à resolver en ausẽtarse. Representarõsele alli las caricias maternales, los paternales regalos, la prosperidad que gozaba, los gustos que le entretenian; pero la resolucion del animo rompiò por medio de todos, porque un corazon determinado, por imposibles abre camino, quanto, y mas por comodidades. Aguardò la noche, esperò la quietud, y en viendo que todos dormian, llamò à un criado, de quien mas se fiaba, y sin dezirle la causa le contò su determinacion. Acompañarle prometiò el criado hasta dõde quisiesse; y aunque Iulian le agradeciò el buen servicio quedò melancolico de ver que

no contradezir su intento. Quisiera que le estorvasse su disignio, y le representasse las delicias que dexaba, para entretenerse siquiera en vér todo lo que perdia para estorvar un fracaso. Yá tuvo nueva sospecha de verse tan presto obedecido, y yà juzgò por verdadero el prodigio, y vacilando la voluntad entre temores, calzò espuelas al deseo. Hizo aderezar dos cavallos los mas ligeros que tenia, y tomando joyas, y dineros, lo que pudo llevar, saliò à media noche de las arquitecturas de su alvergue, y al son de animados suspiros, comenzò á caminar la jornada de su llanto.

Amaneciò uno de los mas infelices dias que Carlos, y Lucinda tuvieron, que por ser tal se levantò muy tarde, cubriendo con capuz de nubes los passos soñolientos de su pereza. Dia triste, y zahareño, y termino en que esperaba alegria, yà parecia presagio de calamidades, aguero de infortunios, pronostico de penas. Aunque Carlos diò los primeros passos al retrete de Iulian, yà hallò dentro à Lucinda repassando sospechas. Madrugò mas para sentir primero, que hasta en esto queria el Cielo castigarla. Son secretos suyos, no ay que maravillarnos, porque de castigos tales nacen escarmientos. Saludaronse los dos, siendo las lagrimas de Lucinda despertadoras de nuevos sentimientos en Carlos. Hallando el lecho de Iulian vacìo, no quisieron otra causa para manifestar la pena, que aunque parece pequeña, por no tener otra noticia, yá los anuncios de sus corazones la juzgaban causa suficiente. Hizieron pesquisa entre los criados, vieron que faltaba uno, abrieron los baules de Iulian, hallandolos vacìos, y para saber su ausencia les pareciò prueba bastante. Despachan muchos Correos à toda prisa, como si estos huvieran de vencer lo que no avia podido recabar su amor. Diligencias son de quien ama, porque el amor con buscar la cosa amada se entretiene, y en lo impossible de no hallarla halla esperanzas con que divertirse. Casi en los umbrales de la pena tropezò Lucinda con una carta que dexó Iulian escrita; y aunque le diò consuelo el vér su letra, regateó el leerla por tener de gusto lo que duraba la dilacion; pero como este era un gusto tan lleno de sobresaltos, quiso de una vez quedar libre de temores, ò ponerse de proposito à llorar sus sentimientos. Al quitar la nema llegò Carlos, y leyendo Lucinda, se hizieron capaces los dos de estas palabras.

Pa-

Padres, el Cielo determina que sea vuestro homicida, por no serlo me voy de vuestra presẽcia, estimad esta voluntad, y no la juzgueis ingratitud. No me busqueis, porque no me aveis de hallar.

Solo tuvo de consuelo esta carta el ser breve, porque letras lastimosas en los mayores desahogos hallan embarazos. Mirabãse Carlos, y Lucinda, siendo los ojos interpretes de las mudas palabras, que como el dolor atò las lenguas, tambien el pasmo suspendiò las lagrimas, dando lugar á que por señas se consolasse uno á otro los pesares. Rompiò finalmente el silencio en sollozos, y la suspension se desahogó con lagrimas, y cansados de sentir, procuraban consolarse. Yà les parecia que el dolor avia dado el ultimo passo en las cumbres del tormento, y que la pena no podia subir mas, mientras que tuviessen vida; y en estos desconsuelos yà parece que se consolaban, porque como dixo el celebrado Poeta:

Vna salvus est victis nullam sperare salutem.

Vn solo remedio, y consuelo tiene el que se mira yà vencido, y es vèr que no espera yà remedio. De suerte, que en verse uno en los estremos del pesar, parece que siente consuelo, ò viendo que yá no puede llegar à mas el sentimiento, ò considerando que yá no puede huir de aquella pena. Quando un reo oye una sentencia en contra suya, passa por la memoria el delito cometido, y conforme mira la gravedad de la culpa, ajusta lo riguroso de la pena. Assi del mismo modo en Carlos, y Lucinda, siempre que el Cielo les embiaba un trabajo, juzgabanlo sentencia castigadora de sus mocedades, y cada uno de por sì, y à vezes los dos juntos, á la luz de su memoria se ponian à hojear el processo de su vida; y mirando en èl las acusaciones del fiscal de sus conciencias, y viendo la poca justicia de sus descargos, hallaban justificados los castigos en el rigor de las sentencias. Lloraban como presentes los excessos passados, y las lagrimas, que por la nota, en publico se dissimulaban, en secreto se vertian, que hasta en materias de sentir tiene su lugar la prudencia. En tanto, pues, que estos paternos pesares se aplacan, y la borrasca de estos sentimientos halla puerto en la consideracion, vamos à vèr las prosperidades de Iulian, para que alentandose el animo con ellas, tengamos vigor para escuchar sucessos mas tragicos.

Desconsolado se embarcò Iulian para España, la qual escogiò por retiro de sus melancolias, como rincon el mas feliz del Orbe para entretener cuydados. Pas-

só con rebozo para las maritimas Costas, y dióse por muy estrangero á quantos comunicò en los caminos, por no dexar señas á los que yà sabia que le avian de buscar. Vn año consumiò en rodear las poblaciones de España, sin que lo populoso de unas, ni lo deleytoso de otras pudiessen sossegar la inquietud de su corazon. Por hallar encontradas las Coronas, se determinò à divertir las congoxas en los exercicios militares. Y aunque los Lusitanos le mostraron cariño, y los Aragoneses le hizieron buen passage, inclinò la voluntad al Rey de Castilla, que con un gruesso Exercito marchaba ázia Truxillo. No quiso acreditarse con la informacion de las palabras, sino que esperò tiempo para que le acreditassen las obras. Como soldado aventurero entrò en el campo acompañado solamente de su criado. La disposicion de su persona, y el agassajo de su buen termino comenzaron al instante à grangearle amigos, que sirvieron despues de embidiosos de sus glorias, porque en el primer combate que se ofreciò hizo cosa tan de valor, que al mismo Rey vinieron à ser de provecho. Encendida la batalla, y barajados los campos, se miraba indecisa la victoria, quando yà con alguna luz llevaba la mejor parte el Exercito contrario; y pesaroso de esto el Rey, ponderando la comodidad de los que le guardaban, se arrojó al peligro de los que le ofendian. Quando quiso recobrarse, no pudo valerse, y entonces Iulian, que buscaba esta ocasion, comenzò à su lado à dár muestras de sus brios. Peleaba tan valeroso, ofendia tan sagaz, y se defendia tan astuto, que admirado el Rey, tuvo harto que hazer en mirarle pelear. Causa fue bastante para recobrar lo perdido, y à pocas horas fue causa de ganar lo que no se esperaba. Aclarose la victoria por Castilla, saliendo Iulian triunfante con quatro vanderas. Hizole llamar el Rey, y escudriñando à solas quien era, su nombre, su sangre, su Patria, y su estado, le prometiò muchos favores, y le hizo General de mas de veinte Compañias. La embidia de los naturales viendo premiar à un estrangero, comenzò á encenderse; pero fue tan grato Iulian para con todos, que á fuerça de grangeos les comprò la voluntad, y assi vino à tener de su parte los mas validos, y á todos comunmente rendidos à su gusto. Con la gente que el Rey le dió, y con la que se passaba de los contrarios à su Exercito, se aventuró à hazer algunas salidas. Sucediòle tan bien en todas, que en comunes aplausos

pub-

publicaba la fama sus grandezas. En menos de quatro años añadiò à la Corona muchas Villas, y Castillos, fuera de dexar por libres los que estaban usurpados. Tantas obligaciones vinieron à ser estas para el Rey, que para salir de empeño huvo de darle su sangre. Casòle con una sobrina suya, llamada Margarita, que à no llevar tanta dote de sangre, y riquezas, los dones de su gracia, y la gracia de su hermosura pedian una Corona. No quiso Margarita otra mas que la de Iulian, por ser Corona no heredada, sino adquirida de su valor, y esta es digna de mas premio; porque un laurel adquirido, es tener la cosa en propiedad; y una Corona heredada, solo se tiene en usufruto. No pidiera Iulian mas dote que à Margarita, ni buscàra Margarita mas riqueza que à Iulian; muchas rentas, y Lugares les diò el Rey, de que les hizo dueños, y señores absolutos. Conoció el Rey en esto que la nobleza para sustentarse ha menester, fuera de las armas del valor, el ballado de la riqueza, porque faltando esta, anda mendigando contra su decoro.

En los brazos de la esposa olvidó Iulian los paternales abrazos, y en la felicidad de sus sucessos dexò caer el peso de los antiguos cuydados. Yà juzgaba el aguero por dichoso, pues se miraba señor de mil Pueblos, quando apenas esperaba verse dueño de una Quinta. Yà bendecia su huìda, pues avia sido causa de verse al lado de una Reyna, quando solo juzgò tener por esposa à una Dama particular. Borraronse finalmente los temores de portento, yà que el amor de los padres estaba siempre colorido en su memoria; pero el cuydado que la recordacion dellos le podia causar, se aniquilaba, deshazia à la luz de Margarita. Con ella se consolaba, con ella se divertia, sin que estando ella delante pudiera hazer basa la mayor tristeza. Dexemoslos, pues, en el talamo de sus bodas; y sin que nos diviertan los dulces epitalamios, bolvamos á Carlos, y Lucinda, que con nuevos ahogos se están embarcando en un mar de penas y desdichas.

Cansóse de esperar el sufrimiento en los corazones de Carlos, y Lucinda, y como desesperados quisieron buscar quietud en los intolerables de el camino. Determinaron, en habito de peregrinos, ir à buscar á Iulian, que á tanto obliga el amor de los hijos. Vieron que se les consumia mas la vida con las dudosas esperanzas de los que avian embiado à buscarle; y para entretener estas esperas, eligieron por me-

dio

dio el hazer diligencias perſonales. No les fue freno ſu mediana edad, porque yá Carlos rayaba en los ſeſenta, y Lucinda avia viſto mas de cinquenta Primaveras; no les diò eſtorvo la hazienda que dexaban, el regalo que perdian, ni la dificultad del fin de ſus deſeos. A todo hizo roſtro el amor, y con todo atropellò la voluntad. Dexaron la Quinta en tenencia á un Mayordomo fidedigno, con diſpoſicion baſtante para ſi no bolvian; y aſſi ſin ſer ſentidos partieron una noche, llevando el dinero, y joyas que pudieron ſacar los dos, y un page, y una criada de que ſalieron acompañados todos quatro en habito de romeros. Fueron à Roma, donde gaſtaron algunos dias en viſitar Lugares Sagrados: Templos que erigiò la Religion Chriſtiana, para que à viſta de la inmortalidad aplaudieſſen las Santas Reliquias. De Roma partieron à rodear toda Italia, haziendo en las Ciudades, y Pueblos baſtante inquiſicion, y peſquiſa de lo que buſcaban: pero como ni las ſeñas abrian luz, ni las informaciones hallaban noticia, el trabajo de el camino ſe cargaba de dolor, y la fatiga del canſancio ſe llenaba de pena. Con paſſos tardos caminaban los impoſſibles de dificultades, ſolamente con la ayuda de coſta de las eſperanzas. Viendo el Cielo ſu amoroſa porfia, quiſo darles un raſtro de luz en ſu diſignio, poniendoles en penſamiento de paſſar á Eſpaña, la fama deſta Provincia fue la tercera con ſu volantad; y aſſi con pocos informes ſe executaron los deſeos.

Antes de embarcarſe bolvieron á Napoles, eſcudriñando con nuevo cuydado los apartados mas ſecretos de ſus boſques, y los retiros mas amenos de ſus floreſtas, y aprovechò tanto eſta diligencia, que entre deſeſperados deſeos hallaron ſus almas la mitad de ſu quietud. Llegaron una fieſta fatigados à la morada de Camilo; y aunque vieron la caſa, y diviſaron la Ermita, no quiſieron llegar haſta que declinaſſe el dia. La cauſa fue el combidarles con ſu ſombra unos arboles frondoſos, que guarnecidos ſus pies de eſmeraldinos tapetes, rica emulacion de el ſoto mas florido, daban aſſientos deleytables à la margen de una vertiente de criſtal, que naciendo riſueña de las entrañas de un riſco, ſe quexaba murmuradora por las quiebras de aquel valle. Recoſtaronſe, pues, en el lecho de flores, y quando yá los ojos ſoñolientos, divertidos en la amenidad, y freſcura del campo, querian tomar repoſo en la imagen de la muerte (que tal es el ſueño) vieron ſa-

lir

lir de la Ermita un viejo anciano, y venerable, sustentando la gravedad del cuerpo en lo fragil de una caña, y á un mancebo, que llevandole por la mano poco á poco, le regia. Como vieron Carlos, y Lucinda que se acercaban à éllos, se estuvieron entre unas matas, para escuchar secreto lo que dezian. Hizieron celosías de las ramas, porque les robò tanto la vista del Ermitaño joben, que sin mirarle no se satisfacian los oìdos con oìrle, no era maravilla, quando en èl miraban reliquias de su sangre. Llegaron á las margenes del agua, y aviendo tomado en ellas assiento, apretò Camilo al mancebo de la mano, con voz tembladora, interrumpida con sollozos, y vozes, anegada en lagrimas, le dixo de esta suerte.

Yà, hijo mio, se ha llegado la hora que tanto tienes deseada, si bien conozco que te ha de ser sentida, yà es tiempo que te dè cuenta de quien eres, del modo que te he criado, y de la suerte que á mi poder veniste; yá finalmente, se ha llegado el plazo en que sabiendo lo que me debes, irè consolado desta vida, por vèr que cumpliràs tus obligaciones, no te congoxes, Amador, con lo portentoso de tu nacimiento, no te aflijas con el dolor de mi muerte, que por no darte à imaginar lo uno, ni á sentir lo otro, he dilatado esta relacion hasta este punto. Mi nombre es Camilo, mi sangre, y prosapia es lucida; pero por no aspirar á Coronas terrenas, escogi este modo de vivir, deseoso de pretender laureles inmortales: no juzgues que he sido santo, porque te prometo que ha sido pena de delitos la vida que he passado: un sacrilegio se amagó en mi voluntad, y sin mirar la ofensa, lo aplaudió el deseo, y avisos celestiales fue necessario que huviera para que no se consumasse con la obra. Retirème à hazer penitencia, que ha sido harto poca para satisfacion tanta. Y quando yá en estos montes avia ocho vezes visto verdes estos prados, galanes estas flores, y otras tantas nevados estos campos, y estos arboles desnudos; saliendo un dia de mi celda à dár gracias al Señor, entre los conceptos que las aves trinaban, vi por el ayre, que una legion de espiritus malignos llevaban hecha presa de un pequeño infante, tan tiernecito, y niño, que el primer passo de la vida le avia dado en aquellas garras infernales. Quedème pasmado del portento, y compassion de la crueldad, y con divinas esperanzas previne el remedio. Tomè la Cruz por espada, y un Breviario por escudo, y haziendo mil exor-

cis-

cismos, les mandè à los lobos de Pluton, que por virtud del Santo Sacrificio de la Missa, me dexassen libre en mis manos aquella criatura. Tal fue la eficacia de estas palabras, que à pesar de sus proprias resistencias me vi obedecido. Dexaron en mis brazos al Cordero inocente, y en terremotos de truenos, dando ahullidos espantosos, desapareciò el esquadron de Luzbel. Yà echaràn de vèr con el jubilo que quedaria, viendo en mis manos los despojos de semejante victoria. Pero reconocido al que me la avia dado, entrè en su Templo, y postrado ante sus Aras, le di gracias infinitas; yo ofreciendole al niño, como á Señor que le avia criado, prometì de constituirme por padre suyo, para alimentarle, y por su padrino para enseñarle en la Fè. Dile el agua Sacra del Bautismo, y pusele el nombre que tienes de Amador. Aqui me detiene el llanto, por vèr hijo, que eres tu el que he referido. No quiero negarlo, tu eres, Amador, el que ibas en tan mala compañia, tu eres el que no has conocido otro padre sino à mi, tu eres el que sin saber tu origen me has acompañado tantos años. A una Alqueria de aqui bien distante, te llevè los dos años primeros à que te alimentasses en los pechos de un ama, que te busquè luego te bolvì aqui, donde te fuì criando con la madurèz, y el regalo que pedia tu edad. En el pueril alimento te fui embolviendo el manjar acrisolado de la Fé. Creciste con buenas costumbres, y á la luz de la doctrina resplandeciste luzero de buena crianza. Siempre te criè con el fin que han executado mis deseos, esto es, de que fueras Sacerdote, puesta la mira en que por virtud del Santo Sacrificio hallò puerto saludable la borrasca de tu nacimiento. Para esto te hize capàz de la lengua Latina, y de las letras humanas, que aprendì de mis Maestros. Poco trabajo passè en esto, viendo tu ingenio feliz, ayudado de la buena inclinacion. El Abad del Monasterio que conoces, fue parte que te ordenáran à titulo del voto solemne que hiziste en sus manos, de permanecer esta vida Monastica: quando al cabo de veinte y cinco años de deseos te vi constituído de la Dignidad del Sacerdocio, hize cuenta que lleguè à gozar lo Imperial de las Romanas glorias, que gloria puedo llamar à la vida que contigo he passado. Yá se ha llegado, Amador, el fin de mis dias; y viendo que Dios me llama à tomarme estrechas cuentas de el processo que han formado mis delitos, quise antes de partirme darte cuenta de quien eres. En

estas

estas breves palabras he epilogado los sucessos de tu vida; repassalas por tu memoria, y tenlas como verdad; y porque destierres de tu pensamiento los rasgos de tu confusion, que te pueden quedar por no saber los padres que tuviste, te certifico que eres verdadera estampa de un Cavallero el mayor amigo que tuve, y á quien dexè por heredero de mi Estado. Supe que casò por amores con una Dama, emulacion de la hermosura, y como semejantes casamientos se visten de algunas culpas, quizàs, Amador, quiso el Cielo castigarlos, permitiendo que te desapareciessen de su presencia, y por darme à mi que merecer en que te criasse. Sirvate esto de consuelo en esta parte, y pues estás dotado de prudencia, te pido con muchos ruegos que no acompañes mi muerte con llantos, sino que la resuscites en la Gloria con sacrificios, y oraciones. Con esto toma mi bendicion, y dandome la tuya, quedandote en paz.

Esto dixo el Santo viejo, y rendido en los brazos de un desmayo, se reclinò en el pecho de Amador, el qual lleno de lagrimas, comenzò à dezirle mil ternezas. Bolviò Camilo en su acuerdo, y cogiendole Amador en sus brazos, le llevò á la celda, y le acostò él la cama. Contar del modo que quedáron Carlos, y Lucinda oyendo cosas tan estrañas, y viendo hallada la prenda que tanto les avia costado, parece imposible, porque las razones se ofuscan, la lengua se entorpece, y la pluma se encorta. Dudaban con verse despiertos, si era sueño lo que veìan, y no acababan de creer la propia verdad que los desengañaba. Carlos bien quisiera salir al instante, y abrazar al hijo, darle muchas gracias al amigo; pero Lucinda, aunque con amor de madre, quiziera adelantarse à aquellos deseos, le detuvo el passo, y dixole, que no convenia, puso por causa aver estado ella enojada en el tiempo que èl estuvo en la guerra, y ella moraba en el Monasterio; y que supuesto esto, no seria acertado darle pena en descubrirse. Esto hazia Lucinda, acordandose de su antigua culpa; y assi, anduvo prudente en no despertar heridas amorosas al que estaba yà abrasado en el encendido amor de Dios. Ajustòse Carlos con su parecer, y determinaron estarse en aquel monte hasta la noche, y sin darse à conocer, pedir que los alvergassen. Hizieronlo assi, venida la noche, llamaron á la puerta, y abriendoles Amador, los hospedó con mucha caridad, tocado yà del amor paterno, que con saltos de placer le anuncia-

ba

ba ser sus padres los que recibia. Ellos le abrazaron sin poder disimular los alborozos del gusto. En lagrimas se celebraba el jubilo, y con suspiros se representaba la alegria. En fin, se descubrieron al hijo, porque placer semejante era imposible encubrirse. Contaronle sus trabajos, la causa de su viage, y la determinacion que llevaban. Despues de averlos escuchado, los consolò Amador con amonestaciones blandas, y amorosas. Dexòles reposando, y fuesse à assistir à Camilo, que con fervoroso espiritu estaba aguardando el ultimo trance. Bien quisiera Amador darle cuenta de el bien que tenia en casa, pero no quiso divertirle de sus contemplaciones. Apenas comenzaba el dia à despertar de entre las sabanas estrelladas de la noche, quando repitiendo Camilo muchas vezes las dulces palabras de Jesus, y Maria, dió los ultimos bostezos, quedando su rostro tan resplandeciente, que en sus resplandores se conocieron las señales de su gloria. Comenzò Amador à levantar el llanto, à cuyo ruìdo acudieron Carlos, y Lucinda, advertidos yà de lo que podria ser. Ayudaronle con lagrimas à repassar sentimientos, y cansados todos de derramar sollosos, y de esparcir suspiros, dieron orden de darle sepultura. Metieronle en la Iglesia, donde Amador le celebrò las exequias, y avi ndo dicho Missa, le dieron sepultura, hechos los ojos de todos mares caudalosos de lagrimas. Bien considerò Amadòr, que à no averle venido tan grande consuelo, como vér los padres que tanto tenia deseado, avian de quedar sus fuerzas rendidas al dolor, y muertas con el sentimientò; porque para tanta perdida, qué cosa podrà ser equivalente, sino tanta ganancia? Perdiò un padre putativo, y hallò dos naturales, y legitimos, para que se conozca, con las mejoras, que consuela Dios à una alma justa, quando le ha embiado algun trabajo.

Algunos dias se estuvieron Carlos, y Lucinda llorando la muerte de Camilo, y gozando la dulce compañia de Amador: y como el natural deseo no satisfaze à vezes con una parte de gusto, aunque miraba presente un vivo retrato suyo, primogenito de sus entrañas, y dechado de virtudes, no podian desechar de la memoria las memorias de Julian: antes con mas fervor les animaba el deseo, poniendoles por delante, que pues avian hallado al que estaba mas perdido, mejor hallarian al que era forzoso estàr mas manifiesto. Conferian entre los dos estos anhelos, po-

nia-

niales estorvos á las determinaciones, haziendolas imposibles; pero por todo rompia la voluntad, y atropellaba el amor. Comunicaron su intento con Amador, el qual, aunque quisiera que passassen con él lo que les quedaba de vida, sin que se acordáran mas de los aplausos de su siglo, ni se fatigàran con mas peregrinaciones, no quiso contradezirles sus deseos, antes viendoles determinados, les prometiò su favor con los Divinos Sacrificios. Yà estaba Amador inspirado de Dios para que no fuesse estorvo, que à no estarlo, como se podian compadecer el gozo de la venida con el dolor de la ausencia? Con tiernos abrazos, con quexas amorosas, con lagrimas inmensas se despidieron los tres, quedandose Amador á sentir, y Carlos, y Lucinda partiendose à llorar.

Yà estarà el Lector con menos embarazo en su imaginacion, con aver sabido el suceſſo que tuvo aquel prodigio, que le sucediò á Lucinda con el primer parto. Y yà podrá considerar en el glorioso transito de Camilo las coronas de gloria que le tendria Dios aparejadas. Del nacimiento de Iulian, del pronostico fatàl que le anunciò el bruto, de huirse de sus padres, del partirse ellos en su busca, son tales las consideraciones que pueden hazerse, que elijo por mejor remitirlas al discurso de cada uno, que no con mi poco caudal satisfacer al de tantos. Si Dios embiò un dolor, permitiendo la perdida de un hijo, con embiar otro multiplicò el contento; porque es Dios tan piadoso, que aun en los castigos se descubren las luzes de su misericordia. Hablar un irracional no se ha visto, sino es quando la justicia de Dios se mira ofendida; assi hablò la jumenta de Balán viendo las amenazas de el ministro Celestial. Apear estos entenderes es difícil, Dios solo, que los propone, los alcanza; para nuestra enmienda los embia, y esto es lo que avemos de sacar dellos. Huir de lo que ha de ser, nadie puede; pero como tal vez la sentencia pronunciada recibe dilacion en los estrados de Dios, como se viò con la que diò á Ezequias, assi no ay que espantar que huya Iulian, por no estar expuesto á los anuncios de un aguero. Pero repare aqui el curioso, y no saque otra cosa de todo este discurso, esto es, considerando lo que se ha de hazer para quitar una ocasion pecaminosa, no reparando en el amor de los padres, perdiendo su regalo, menospreciando sus caricias, atropellando sus riquezas, y olvidanse de todo lo que es como-

didad

didad humana. Assi lo hizo Iulian, aun no por quitar la ocasion, supuesto que no la avia, sino por no aguardar à que pudiesse averla. Partirse los padres en busca de un hijo, yà se sabe que es fuerza del amor natural, sino es que dezimos, que es aficion mysteriosa. De todo tiene, y á qualquiera parte se puede attribuir. En hallar al cabo de tantos años al hijo que no buscaban, y con tantas medras, es para dár à entender la esperanza que hemos de tener siempre en Dios, no desconfianza jamàs del mayor imposible que se le atraviesse à la virtud; pues por aver estado estos padres desconfiados de hallar al hijo que se perdiò primero, quiso el Cielo que le hallassen antes que al segundo. Con que se ofrezcan al servicio de Dios, se pueden alcançar desesperados imposibles.

PERSECVCION SEPTIMA.

CVENTASE LOS ZELOS DE IVLIAN, Y LOS COLOQIVOS QVE acerca de esto passa con Margarita. Inquieto de algunas sombras que se le parecen, haze una caza fingida. Carlos, y Lucinda, sus padres, llegan una noche à su casa, y sucede una tragedia.

Mientras Carlos, y Lucinda sulcando los Mares, buscan descanso à sus inquietudes, podrémos bolvernos al hijo deseado, que como dexamos dicho, en talamos nupciales gozaba con su esposa Margarita los frutos opimos del matrimonio. Yà estaba Iulian ausente, y desterrado (digamoslo assi) de aquellos gustos primeros, que coge un marido con titulo de esposo; en fin, avia mas de dos años que estaba casado, y aunque es yugo de mucho trabajo por lo indissoluble, passaban suavemente la vida marital, porque quando las voluntades son una, los gustos reciprocos, la fee se guarda, y el amor se ostenta señor, passan gozosa vida dos casados. Enmedio, pues, desta bonanza comenzò à originarse una tormenta, de esta tormenta comenzaron à levantarse motines, de los motines se engendraron grandes inquietudes, de las grandes inquietudes se resfriò el amor, del poco amor procediò un disgusto, de el disgusto se levantò un rencor deste rencor se llenò Iulian tan,

sin

sin medida, que olvidado de el que era, comenzó á ser otro del que avia sido. La causa de estos efectos procediò de una sospecha, y una sospecha fomentada, yá se sabe que concibe tantos zelos, que nacidos se halla un hombre imposibilitado de poder sustentarlos (son grandes comilones los zelos:) No puede llegar à mas la miseria, que quando un marido se halla embarazado destos accidentes. Segura se hallaba Margarita; y aunque en lo desabrido del consorte podia rastrear la enfermedad impaciente, como se miraba libre, dudaba que de ella pudieran tener sospechas, que quando una muger es constante, y fiel, imagino tiene dudas de que pueda aver rezelos de su honor. Muchos dias estuvieron callando, Iulian sus zelos, y Margarita sus quexas, hasta que una noche, que mas apassionada que las otras, mirò Margarita que Iulian la miraba con ceño, y que con un descuydo cuydadoso procuraba no mirarla, no pudiendo la mucha razon reportar la lengua, le dixo estas palabras.

Torpes he tenido, señor, las razones que me sobran para averos dicho antes de aora; si de mi teneis algunas quexas; que la tengais no dudo, que serán injustas, ellas lo diràn. Mi voluntad, desde que me desposé con vos, ha sido firme, cada dia mayor, diganlo mis afectos, siempre fiel, diganlo mis obras. Pues concedidas estas dos proposiciones, que sè que no podeis tener con que obscurecer su verdad, què causa teneis para mirarme ayrado, y para encubrirme la misma ira con dissimulos, por no declararos conmigo? Si me mirais alguna vez alegre, dais suspiros, y quando con suspiros me mirais, os revestis de enojos. Estoy confusa por dudar desta causa, he querido preguntarla, y por aguardar á ver el fin me he detenido. Veo que cada dia se aumenta, miro que yà no me mirais, considero que estais enojado, esto me dà que imaginar si alguno os ha ofendido: y ofendida de vuestro silencio, me atrevo en esta ocasion á inquirir la causa. Zelosa pudiera estàr de aver visto estas mudanzas, à no considerar que no os divirteis en otros amores; pero no por esto se disminuye mi quexa, antes de pura quexa, està yà hecha sentimiento, pues no puede ser mayor para una persona fiel, que mirar que no hazen de ella confianza. No la hazeis de mi; pues secreto os quexais, y no sè que me fiais quando vuestras penas me encubris. En secreto me hazeis llorar culpas que no tengo; y aunque delante de vues-

tros ojos encubro las lagrimas de los mios, quando de mi os apartais, quisiera pudierais ver lo que me hazeis sentir.

Callò Margarita, y tomandole Iulian las blancas manos, le dixo desta suerte: Basten, señora, las quexas que con razon me dais, y cessen yà los justos enojos que de mi teneis, que escuchando la causa de los mios, espero quedarè para con unos disculpado, yà que para conmigo no sè si quedarè satisfecho. Y para vencer de una vez las dudas de mi pena, y dexar al pecho con desahogos, aunque te he dicho en otras ocasiones la calidad de mi sangre, quiero aora darte cuenta de los nombres, que siempre te he encubierto. Carlos, y Lucinda se llaman los padres que me dieron el sèr, y por ser tan querido de ellos, no quiso mi fortuna que gozàra de aquel sér, aunque en averte hallado yà me rotula la fama con titulos mayores. Saliendo à caza una tarde (ay de mi, y con quanto dolor lo cuento!) perdona si me divirtiere, que recordaciones de una pena hazen titubear à todos los sentidos. Saliendo, pues, á caza, vì un prodigio: hallè un aguero, tan anunciador de malas nuevas, que las que me daba eran de llamarme homicida, no menos que de mis padres, vidas de mi mas amadas, que esta que estoy posseyendo, que harto apoyo hago quando esta es tuya. Como mozo me dexè llevar del presagio, casi inadvertido, di credito al aguero; y desesperado, dexando su compañia, vine, à fuer de romper imposibles, à gozar la que jamás merecì. Siendo tu merecedora de la Corona que yà pùdiera ser gozàras, yo desvalido de meritos tan altos, probando á sustentarme en mis servicios, escalè por ellos, qual Icaro atrevido al cielo de tu hermosura. Pagaste de mi humildad, sino es que la llamo sobervia; displeme la mano, y llamaste mi esposa. Dos años te he gozado, siempre reconociendo à lo que te debo; y si aora ingrato, escucha la causa, y si fuere poco, castiga mi poca confianza. Soñando estaba una noche, sueño es lo que me ha hecho titubear, plegue à Dios que pare en sueños, para que despierto goze en ti lo que en ti me ha dado. Soñaba, pues, que por aver dexado à mis padres, colericos, y vengativos me maldezian, y era la maldicion que mirielle de zelos. El sobresalto de considerarme en estado tan triste, quitó el sueño de mis ojos, y dexò libres de sus adormecimientos á mis sentidos. Passè à la luz del entendimiento, lo que me iba acordando la memoria; y consi-

de-

derandolo cosa soñada me torné à dormir sin genero de cuydado. Passaronse algunos dias, no hize memoria de cosa en sì tan frivola, olvidème de todo punto de aquello que mirè sin ninguna substancia; y quando mas descuydado, comienzan efectos tristes à despertarme: estos serán, señora, y esposa mia, la causa proxima de mis acedias, porque lo que es el sueño, como causa muy remota lo he tenido, y por tal se ha de quedar. Digo, pues, (y perdona que lo digo) que la frequentacion que tiene à mi casa el Secretario del Rey, lo que con vos parla, la continuacion con que mis umbrales galantea, despertaron en mi pecho unas como sospechas, que fueron causa que dudè de vuestra fee, que yà que hablo claro, tengo de decirlo. Y como viendo vuestro valor (yà sè que es mucho) riñense conmigo mismo mis proprios rezelos, puseles silencio, y para mayor castigo hize que el que yá se engendraba en mi pecho pesar, naciera, aunque con rebozo, gusto. No bastò este dissimulo para que muriera la sospecha, diò en quitarme el sueño, privòme del gusto, y enojado, ò yá fuesse conmigo, ò yà con ella, quise desmenuzarla hasta que no quedasse para ser sospecha. Comenzè á hazer las diligencias como un zeloso, que entonces no lo estaba; dì en mirar vuestras acciones; contaba del Secretario las visitas, y no hallaba en lo uno, ni en lo otro que reprobar: de dia quise tambien hazerme vigilante centinela para la noche. Y como suelo algunas estàr de vuestro lado ausente, ò yá por estàr à caza, ò yà por estàr ocupado en los negocios del Rey, fingì que me ausentaba por dos noches: despedime de vos como otras vezes, y quedéme escondido en la Ciudad. Salì con la obscuridad á rondar mi casa, y quando imaginè hallarla libre de sombras, la hallé ocupada de mis zelos, que alli experimentè lo que eran. Vì un hombre que rondaba estos umbrales, y que à mis proprias rexas estaba yà haziendo señas. Y como la honra con una sombra de agravio tiene harta justicia para la venganza, no pudo ser mas sufrido; acometile Leon, y huyò cobarde; seguile agraviado, y corriò como huìdo. Desaparecièndose como sombra al rodear una calle, y quedème solo á sentir mis sospechas. Y por confirmarlas aguardé otra noche, y sucediò lo mismo, y la tercera no quise acometerle, sino que estuve esperando à vèr si entraba, ò si tenia conversacion. Ni entró, ni le hablaron, pero no dexó el

puesto hasta que à los dos nos echò el dia. Fingi bolver de mi jornada fingida ; y desde entonces con aquella sospecha no mal averiguada , si bien no decidida, enfermè de zelos , con los zelos comencè à sentir agravios , con los agravios mirè manchada mi honra , y sin honra se muriò el gusto , y yà sin gusto no te espantes de mis melancolias, ni te melancolices viendo mis enojos , ni te enojes de mis enfados , ni te enfades de mis secretos tormentos , ni secreta te atormentes por mis males publicos , ò no los publiques , si es que los tienes por secretos.

Con tus proprias razones te condenas, (le respondiò Margarita) y tus proprios descargos son defensas mias ; porque si el sueño fue motivo para las sospechas, y si la confirmacion desta sospecha ha sido sombra , quien duda que tu poca satisfacion te condena , y quien no ha de vér mi inocencia à vista de tus pruebas vanas ? Mas agraviada estoy aora, mi semblante te lo dize , la razon lo apoya , mi justicia lo causa. En mi vida, señor, te ofendi con el pensamiento con persona alguna ; y si he hablado al Secretario (causa de averme criado en su casa) ha sido , como has visto , siempre tu delante, las razones lisas, las palabras sin rodeo , y no para originar sospechas. Yá las has tenido, y las tienes ; callo mi agravio , y procuro tu quietud ; que à ser yo otra, antes tratára de mi inocencia, que procurára tu comodidad. Al Secretario no le hablarè jamàs; si huviere nota , procurarèmos de huirla, y si murmuraren por la novedad , tratarèmos evitarla. Vamonos, señor, à la Aldea, huyamos por algunos dias el bullicio de la Ciudad, que si aqui vés sombras en mi agravio , allá verás verdades en mi defensa. No por una sombra , ò yà fingida de la fantasia , ò yà aparente por otra causa, has de dudar de mi fee, y presumir de mi valor. Que à no mirarte afligido , me mostràra muy agraviada , y à no considerarte zeloso , me vengàra ofendida. Curense tus zelos con las pruebas que quisieres, que rebozadas en mi pecho las ofensas, no las permitirè quexosas , hasta que te muestres con salud à la luz del desengaño.

Gustoso quedó Iulian de oìr à su inocente esposa ; y despues de aver tenido con ella otros coloquios tocantes á su imaginacion , y yà apagadas un poco las zelosas llamas , de comun acuerdo determinaron irse à una vezina Aldea donde tenian su Palacio para quando se iban à deleytar , ò yá en lo apacible de las fres-

frescuras (causadas de mil fuentecillas, y arroyuelos, que aunque pobres, todos juntos daban bastante caudal para ser rio) ò yà en la espesura de los sotos, preñados de todo genero de cazas. Gustosa iba Margarita por dár pruebas de su honor, y contento Julian, por examinar su sospecha. Ponen en execucion el parecer, dexan la Magestad, y buscan en los retiros lo apacible de la vida. Llegaron à la Aldea, donde les tuvieron los Labradores muchas fiestas de bayles, y mascaras. Recibieronles, en fin, como à señores, mostrando con estos regocijos la voluntad que les tenian. Passaron algunos dias en compañia de sus Aldeanos, y aunque Margarita imaginaba q̃ yá su esposo estaba ageno de zelosas fantasias, Iulian estaba buscando trazas con que sacar en limpio la verdad de su sospecha. Para esto diò en salirse al monte, y estarse cazando dos, y tres dias sin bolver á su casa, todo para assegurar à la que estaba bien segura. Dexaba un criado en centinela para que si viera alguna persona que entraba de noche en su Palacio, fuesse por la posta, y le diesse noticia. El criado, considerando la poca justicia del señor, como sabidor de la castidad de Margarita, con pocos desvelos lo quietaba, quando bolvia sus rezelos vamos. Deziale la verdad, contavale que no iba persona alguna, y para prueba mayor le representaba la clausura de su esposa, su retiro, su poca conversacion, y su tristeza, quando él estaba ausente. Gusto recibia Iulian con estas nuevas, y mas viniendo siempre temeroso de hallarlas tales, que en haziendo habito una imaginacion à deslucir la verdad, siempre està con dudas de hallar el conocimiento della.

Quando las cosas vienen dimanadas de lo alto, como los humanos no las alcanzan, es imposible que puedan huirlas, y si no ay dispensacion Divina, no pueden evitarlas. Aunque Iulian miraba á la luz de Margarita su desengaño, y aunque el desengaño le dezia su falsa sospecha, y aunque yá la sospecha se mostraba corrido, pues aun le avia faltado la sombra de que començò à originarse (reboço que fue para que mas se creyesse) con todo esto porfiaba en hazer diligencia, que segun las procuraba, parece que gustaba de encontrar con lo proprio que le inquietaba. Estando, pues, una noche ausente, como otras vezes, de su regalada esposa, bien infeliz para todos, pues en lugar de vestirse el acostumbrado manto de luzeros, saliò aun á vista del Sol, cubierta de capuzes, nubes negras,

que preñadas de rayos al ſon de ſobervios truenos, dieron á la tierra abortos triſtes. En la mitad deſta noche, y en medio deſta tormenta, llegaron Carlos, y Lucinda à viſta del regalado alvergue de ſu hijo, bien ignorantes de tener hoſpedage tan propio, y tan pretendido. Avian peregrinado muchas tierras de Eſpaña, ſin recibir nueva alguna que de conſuelo fueſſe, porque buſcaban à Iulian muy inferior del ſolio en que eſtaba pueſto. Recogianſe ſiempre en caſas principales, y de titulos, porque ſabian que la nobleza de Iulian no ſe avia de pagar, ſino de noblezas à quien ſervia; y no ay coſa mas triſte que quando la ſangre degenera del blaſon con que naciò. Pues como huvieſſe tenido noticias en otra Aldea circunvezina, donde imaginaron hazer noche, de como los ſeñores de toda aquella Tierra, cuyos nombres eran Julian, y Margarita, eſtaban retirados en la caſa de placer que hemos referido, encendiendoſe los deſeos de oìr el hombre que tanto querian, y aumentandoſe las anſias por vèr la perſona en quien ſe empleaba, ſe determinarō (el Cielo lo permitiò) de paſſar adelante, ſin que el luto de la noche les dieſſe temor, ni la fatiga del canſancio les puſieſſe eſtorvo. Cogióles la tempeſtad en un paramo ſómbrio, y eſpantoſo, y aunque parecia aguero, lo juzgaban buen pronoſtico, de que avian de hallar lo que buſcaban, ſin que los embarazos de las nubes pudieſſen ſer impedimento. Llegaron, pues, à media noche maltratados, y llenos de agua; y aunque el verſe aſſi les pudiera poner temor para no atreverſe á llegar al Palacio, ſino acogerſe en algun pobre Labrador, allanò el valor eſta dificultad, bien facilitada yá de la prudencia, porque un villano, aunque miſericordioſo, ignora la corteſia, y no abre la puerta á todas horas; y un Cavallero, aunque quiera ſer cortès, es obligado del valor para que abra las puertas á la piedad. Dieron algunos golpes, acompañados de ſuſpiros; y como Margarita eſtaba deſpierta, y bien llorosa de vér con tal tempeſtad auſente al amado, juzgando que ſeria èl, reſpondió con priſa, mandó que abrieſſen, y aunque no halló al que aguardaba, ſe divertiò un poco mirando las eſtampas vivas del que queria. Moviòſe à compaſſion, y conociendo en ſus palabras la nobleza que encubrian, haziendo cerrar las puertas, mandò à ſus criados les dieſſen cama donde deſcanſaſſen.

Mudanles la ropa, dieronles à cenar, y muy inquieta Mar-

ga-

garita, por saber yá quien eran los que con regocijos la inquietaban, despues de recogidos todos los criados, se fue al aposento de los peregrinos, y saludandolos de nuevo con mucho cariño, y agassajo, les pidiò como por merced la hizieran sabidora de quien eran. Lo proprio q̃ Margarita queria oìr, estaban yá Carlos, y Lucinda deseosos de contar, porque yà estaban los corazones de todos baraxandose por descubrir la verdad; y assi, hallandose en el parecer conformes, Carlos deseoso, gustosa Lucinda, y Margarita atenta, en palabras breves, por escusar preambulos, y bien sentidas, aunque escusando sollozos, hizo Carlos relacion de quien eran, de lo que buscaban, y de los trabajos que avian padecido. Y apenas con un suspiro puso fin al discurso, quando dando mil gritos de placer, les echò Margarita al cuello los brazos, diziendo estas palabras: Yà padres, y señores mios, aveis llegado al deseado puerto que buscais, yà de todas las tormentas es la de esta noche la que ha de dàr fin à vuestras fatigas, yá desde esta hora son estos brazos, y los de mi esposo donde descansareis perpetuamente. Cessen vuestros trabajos á vista de la que no os merecia por padres; destierrense vuestros lloros en presencia del regalado hijo que engendrasteis, y vayanse las inquietudes, quando con tranquilidad, y bonança pondremos à vuestros pies los frutos de una Corona, mi tio la govierna, y Iulian la manda, su valor la mereciò quando èl no la mereciera, y yo se la grangeàra, á no tenerla él adquirida.

De modo, que he dicho otras vezes que para entender largos discursos de un ahogo, y prolongados efectos de un fracaso, basta describir sucintamente la causa, dexando el discurrir por ella al que entendiendo la lee, y al que advertido la escucha; assi de la misma suerte para significar unos placeres sin medida; y assi, imaginados por lo muy crecidos; basta saber lo que dilatadamente hemos dicho, y considerar lo que acabamos de dezir. Carlos, y Lucinda juzgaban sueño lo que miraban verdad, y Margarita, viendo tan valido al placer, juzgaba que era mentira. Buen rato se divirtieron en alegrias, hasta que se dieron por satisfechos; y Margarita, por experimentar la primera satisfacion que tenia, tomò por las manos à Carlos, y á Lucinda, y llevòlos à su proprio aposento, deseosa de que hallasse Iulian en una misma cama tres prendas tan queridas. No quisieron mostrarse fuertes

à lo regalado de el favor, obedecieron en todo, y acoſtaronſe en ſu lecho. Porque pudieſſen dormir quiſo Margarita dexarlos ſolos, ſaliòſe à otra pieza, y corriòles las cortinas de la alcoba, y cerró la puerta de la ſala; pero el mucho contento impide muchas vezes el repoſo, yà que no el deſcanſo; y aſſi, entre los muchos guſtos, parece que ni les daba placer la arquitectura del Palacio, ni ſentian quietud entre las olandas oloroſas. Quando el Alva deſpertaba, ſe quedarian dormidos, y á eſte tiempo, dexando Margarita el ſueño, que apenas avia quebrantado, deſpertó á dos criados, y embiòlos à buſcar à ſu eſpoſo, ſin darles razon de lo que le aguardaba. Tocaron á eſta hora á la Miſſa del Alva (divino deſayuno de los Labradores) y viendoſe tan deudora al Cielo, por el favor rico que le avia dado, quiſo disfrazada ir à ſu Templo; y atendiendo al Celeſtial Sacrificio, darle muchas gracias. Què buenos intentos! qué buenas madrugadas! qué feliz penſamiento! què voluntad Criſtiana! En medio de una tormenta, à viſta de un peligro, y à los pies de una deſgracia, todos ſe acuerdan de Dios, con vozes le llaman, con promeſſas ſe le ofrecen; pero en medio de regocijos, y contentos deſlizarſe de ellos; como por un lado para ir à darle gracias al Autor que los embia; eſte ſe conoce por zelo verdadero, y aficion reconocida; pero eſſotra mas parece amor forzado de los temores que repreſenta el peligro. Pero acudale à Dios, yà ſea en las felicidades, yà ſea en los peligros, que ſiendo contritos, hallarèmos ſiempre patente ſu miſericordia.

Acompañada, pues, de una criada, ſaliò Margarita por un ſecreto poſtigo, y llena de devocion, ſe fue à la Igleſia; y mientras ella eſcucha palabras Divinas, y aſſiſte à Myſterios altos; y en tanto que Carlos, y Lucinda canſados de luchar con el contento, rendidos al ſueño, toman algun repoſo, vamos á ver lo que haze Julian ſolo en un boſque, abrumado de las pluvias, y fatigado de la hambre. Como le cogió la tormenta muy apartado aun de la cabaña de unos paſtores, no hallò quien le diera alvergue, ſino fue el abrigo que pudo coger en las entrañas de unos troncos, caducos del tiempo, y ſecos con la mucha edad. Aſſi eſtuvo haſta que ceſsò la tempeſtad, y hallandoſe como ſin rezelos que antiguos le afligian, ſe dexò llevar de una imaginacion zeloſa: abriole camino en el alma, fomētòla con apariencias, diòla credito como à verdad, y començò à quexarſe.

se. Sin duda (dize) que Margarita me es traydora; pues el Cielo me lo significa con estos presagios. Yo tuve rezelos con harta causa; por evitarlos, me vine de la Corte; sombras que allá vi, aqui han faltado; diligencias que aqui he hecho, poco me han servido. De criados me he fiado, y he hecho mal, pues fuera mejor por mi solo quietarme viendo la inocencia, ó vengarme hallando el agravio. Muchas noches me he quedado en estas selvas, aguardando quando me avian de traer las nuevas de mi deshonra: hasta aora he conocido por vanas mis diligencias, pero yá esta vez siento en mi pecho rasgos de infamia. Sin duda es esta noche la de mi agravio. Zeloso lo dixo, pero las causas despiertan estos rabiosos efectos. Margarita es buena; pero tal vez por medio de pechos inocentes, se castigan pecados agenos. Yo me veo lleno de culpas, negué al paterno amor, mostréme inobediente, maldixeronme mis padres, alcançanme las desdichas; y como la mayor es aquella que toca en el honor, quizàs aunque sea Margarita santa, la divertirà mi pecado, para que ofendiendome ella, muera yo à manos de mis justos sentimientos. Y para conocer una verdad tan clara, aunque se engendrò sospecha, que tengo sin mirar los presagios, y congeturas, que como, anuncios verdaderos me representa el corazon, quando me despedì de mi esposa, no me hablò tan afecta como otras vezes, y aunque entonces no lo sentì, pensando era sentimiento de mi ausencia, aora corrijo aquel entender que tuve, y juzgo que no era sino premiada de mi agravio. El criado de quien me fiaba no me alabò como solia, al subir en el cavallo se quebrò el estrivo, al salir de casa tropezè mas de dos vezes. Quando llegué á este monte, no hallé fieras: quantos tiros he tirado, no han hecho operacion alguna: quando comenzò à anochecer, vistiò luto la Luna, y se pusieron capuzes las Estrellas. Rayos han lanzado las nubes para impedirme la venganza. Pues con tales anuncios, con tales presagios, què espero que no voy à confirmar estas sospechas? Qué aguardo q̃ no voy à vengar mi deshonra?

Metido en esta batalla de confusiones, y anegado en este mar de desconfianzas, comenzò Julian á toda prisa á caminar à su casa. Como estaba algo apartado della, y luego con aquella desconfianza, juzgaba por imposible la llegada. Los passos se le antojaban leguas, los momentos horas, pereza la prisa, y torpe la diligencia. No encontrò à ninguno

guno de los mẽsageros que Margarita avia embiado; no lo permitiò el Cielo, porque corrian por su mano estos sucessos; llevaban algo de castigos, y assi se desquadernaban los impedimentos. Al tiempo, pues, que saliò Margarita por el postigo (que era entre dos luzes) llega Iulian despechado à las puertas principales; mira si estàn abiertas, y hallãdolas cerradas, antes de abrirlas, rodea los cantones, dà buelta à toda la casa, y viendo todos los passos desocupados de sombras, aliviada con esto un poco la sospecha, prosigue ligero à inquirir lo abrasado de sus zelos. Con una llave maestra halla la entrada patente, llega à un zaguan algo espacioso, halla una luz; y muertos à los rayos della todos los alientos, revistiendose el dolor de nuevas iras, discurre por la casa, previniendo venganzas. No quiere despertar à nadie (razon advertida en medio de tantos ahogos) porque à vozes de criados se disminuye el castigo, y se aumenta la afrenta. Los mas culpados se fingen inocentes, y los ignorantes del sucesso buscan su justicia con descubrir la maldad. Por esto Iulian quiere buscar solo la causa que le aflige; y assi, tomando en la una mano la luz, y en la otra llevando desnudo el estoque, endereza los passos al lecho de su esposa. Llega à la antesala, y hallando en ella otra luz, queda como difunto puesto entre los candeleros. Y aunque se vè metido entre dos luzes, no està entre dos luzes la verdad de su sospecha, porque á vista de luz tanta, mal se pudiera hazer noche un robo de honor, como el que tenia fraguado en su idèa. Mira por la sala, por vèr si ay mas indicios en su agravio, porque para casos graves, aunque aya testigos luzes, tiene obligacion el Iuez, antes de dár la sentencia, de mirar si ay indicios urgentes que contesten con sus dichos; que tal vez se engañan unos ojos, y apassionada á razon, suele cegarse. Jamás faltaron pruebas para un fracaso, y para indicios deste, repassa Julian entre sì mismo las luzes para la casa á tal hora, las puertas de los Palacios patentes, y abiertas, vestidos de Margarita mezclados con otros que mira agenos, sombrero mira, y no suyo, junto al tocado capa de color descubre en una silla, medias de camino halla puestas sobre un taburete. Con pruebas tantas yà dà su agravio por manifiesto, y con señales tales yà se publica ofendido.

Puesto en lance tan fatal el afligido Cavallero, pone la luz sobre un bufete, y con passos ace-

acelerados quiere llegar al lecho à descubrir su agravio. Và à executar estos impulsos, y casi ahogado el corazon, reprime los alientos. Vn temor elado es remora de los pies, la sangre fria tiene yà torpes las manos. Enojase consigo mismo de verse temeroso; despierta nuevas iras de verse compassivo, y mirando tan presente lo que juzga agravio suyo, queda dispuesto á arrastrar misericordias. Rompe las dificultades que le causa el temor, corre la cortina de la alcoba, y mirando, aunque ciego del enojo, que son dos personas las que ocupan su lecho, y juzgando à Lucinda por Margarita, y à Carlos teniendole por adultero, sin dexar que desembozasse la colera la ceguedad de su vista, levanta el brazo, y de dos estocadas quitados vidas, que fueron causa de la suya, con dos heridas mancilla dos almas, y con dos golpes dexa muertos sus padres.

Bien sè que el Lector doblará aqui la hoja, y suspensa la voz, se pondrà à pensar las lastimas del fracaso. Yo tambien sumergido en un mar de confusiones, apenas acierto à governar la pluma, mirando yá cumplido el aguero, considerando à Carlos, y à Lucinda dando buelcos en su misma sangre, viendo à Iulian hecho cruel parricida. Tantos lloros por un hijo, tantas lastimas por hallarle, y Margarita descuydada oyendo Missa! y què ocupacion tan santa parece que ha dado lugar á la ruìna! Quando mas levantado en Divinas contemplaciones se hallò el Apostol de las Gentes, escriviendo à los Romanos, tomó la pluma, y en el capitulo onze dixo en una admiracion estas admirables palabras: *O altitudo divitiarum, ò sapientia, & scientiæ Dei, quam incomprehensibilia sunt iudicia eius, & investigabilis via eius!* O cumbre, y grandeza de las riquezas de la sabiduria, y ciencia de Dios, y qué incomprehensibles son sus juìzios, y que ocultos, y escondidos son sus caminos! Pues si el Apostol San Pablo, con vozes Catolicas, confiessa que no ay humano entendimiento que pueda comprehender los justos juìzios de Dios, què tenemos que andar echando juìzios de que por què permitiria tan everas muertes, quando es causa el estar Margarita ocupada en assistir al Santo Sacrificio de la Missa? Y si sus caminos son escondidos, investigables, y que no se pueden rastrear, qué tenemos que hazer admiraciones de que por tan varios modos, y caminos se aya cumplido un pronostico infeliz?

Desde el principio desta obra he

he ido ponderando que las perfecuciones de Lucinda, las tragedias de Carlos, y las fatigas de los dos procedian por genero de caſtigo que Dios les embiaba; à Carlos, porque fue cauſa de que con ſus agaſſajos, y favores hazer que la Dama inadvertida, rompiendo los fueros de noble, perdieſſe la obediencia al padre, y huyendoſe de ſu caſa mancillaſſe con ſombras de deshonor toda ſu familia, y proſapia; y à Lucinda por apartarſe de los propoſitos caſtos de perſeverar virgen, dexando el talamo de Chriſto, à quien ſe ofreciò, y llegandoſe al de Carlos con afectos maritales de cariño. Pero ſupueſto que Dios caſtiga ſiempre miſericordioſo, no hemos de dezir, que el caſtigo ſevero que hemos viſto, procede totalmente por aquellos deſcuydos, y mocedades, ſino porque quiere Dios por eſtos modos moſtrar à vezes muchas maravillas. Eſto lo hallarèmos verdad en aquel lugar del Evangelio, quando llegando á los pies de Chriſto un hombre ciego de ſu nacimiento, le preguntaron los Diſcipulos, ſi la cauſa de aver nacido aquel hombre ciego, avia ſido por pecados ſuyos, ò por pecados de ſus padres; y Chriſto le reſpondiò, que ni él, ni ſus padres pecaron, y que el aver nacido ciego, fue porque ſe manifeſtaſſen las maravillas de Dios, y aſſi, diziendo, y haziendo, puſole un poco de lodo en los ojos, y le dió viſta; aſſi lo refiere San Iuan en el capitulo nueve de ſu Coronica Evangelica. Pues de la miſma manera, ſi preguntáren algunos curioſos, ſi fue pecado de Iulian un caſtigo tan laſtimoſo, como matar à ſus padres, ò ſi fueron culpas de los padres el venir á morir tan deſaſtrada, y deſdichadamente á manos de ſu proprio hijo; podrémos reſponder, que en rigor, ni fue por lo uno, ni por lo otro, ſino porque con eſtos ſuceſſos, quiere muchas vezès Dios moſtrar maravillas ſuyas. Porque como allá nacer aquel hombre ciego, fue cauſa para q̃ Dios obràra con él aquel milagro, dimanando de alli la converſion de muchos; y aſſi, aqui matando Iulian à Carlos, y á Lucinda, padres que tanto amaba, viene á ſer cauſa que ellos vayan con purgatorio deſta vida; y él aſſombrado de el ſuceſſo, ſe aparta de las inquietudes del ſiglo, (como dirèmos luego) y en ſoledad amena haga al lado de la bella Margarita vida celeſtial. Muchas conſideraciones remito al juizio del piadoſo Lector, como en cifra parece ſe pueden colegir de lo dichoſo; y ſolo advierto, que yà que eſte ſuceſſo no aya ſi-

do

do culpa del inocente Iulian, con todo, parece pena de sus desordenados zelos: quien tiene casta esposa, deshaga con la prudencia las sospechas, porque tal vez buelve Dios con semejantes castigos por pechos inocentes. Con esto cerrèmos el discurso, y passarèmos à la ultima persecucion de Lucinda; que aunque yà la dexamos muerta, es la mayor la que queda por passar.

PERSECVCION OCTAVA.

CVENTASE LAS LASTIMAS DE IVLIAN, CONOCIDO EL yerro; el irse con Margarita, y aparecerse Lucinda à su hijo Amador, con el fin de sus persecuciones.

CVmplió el infeliz pronostico, executada por manos de Iulian la fatal tragedia, dexando à Carlos, y á Lucindà hechos cadaveres frios entre su inocente sangre, quedando yà degollado las mullidas plumas, funebre tumba el dorado lecho, y sangriento sepulcro la guarnecida alcoba, sale el engañado homicida, y apaga las luzes, cierra la puerta de la sala; y limpiando el estoque, con acelerados passos, desciende al patio, donde dexò el cavallo, y teniendo yà el piè en el estrivo, con intentos de salirse huyendo sin dar cuenta à nadie de la casa, y llevarle la llave al Rey, y hazer una demostracion heroyca (tal era su engaño) ver que le sale al encuentro Margarita, que festiva, y gozosa venia de Missa acompañada, yà de la luz del dia, que en crepusculos matutinos se publicaba desde los balcones del Oriente. Dexase al principio llevar de un sobresalto, viendo aquel hombre en su casa, y cobra todo el vigor conociendo que es Iulian, el qual, quando la vè entrar cobra alguna pena; y quando en la voz conoce que es Margarita, y vè que con bienvenidas se llega à abrazarle, pasmandose, mira, confuso suelta las riendas, y inadvertido pone mano al estoque, y ponese en defensa. Iuzga que es fantasma, quiere impedirle la salida, y las que escucha ternezas, piensa que son engaños, procura encontrar la puerta para poder escaparse. Y Margarita confusa yà destos estremos sin temer los acuerdos filos, que mira amagados à su pecho, se abraza de Iulian, y desatando la lengua la voz, y de los

ojos

ojos dos fuentes de aljofar, le dize estas palabras.

Hermano, y dueño mio, por qué te apartas de mi, quando no te he agraviado? Por qué con tales ademanes te retiras, quando no te he ofendido? Si acaso con tus antiguas sospechas procuras hazerme culpada, porque me hallas antes del dia fuera de casa, no castigues presuroso antes de escuchar los descargos. Reporta la colera que tienes, y despide el sentimiento que te acompaña, llama à los regocijos, y ponles silencio á los pesares, anima contentos, y apaga pesadumbres; despierta alegria, y mata sentimientos. De Missa vengo, bien mio, de Missa vengo à esta hora, que para poder mejor celebrar tus glorias, quando vinieras à mis brazos, quise primero desayunarme con assistir à tan alto Sacrificio. Esta es la verdad, Dios es testigo; y porque sè que en prueba no has de poner duda, no quiero dilatarte mas lo que te ha de dar tantos gustos, y contentos. Ven conmigo Iulian, y veràs en nuestro lecho à tus regalados padres, Carlos, y Lucinda que sin perdonar trabajos, sin temer peligros, y olvidados de sus riquezas, te han venido buscando por remotas Provincias.

Fue tan penetrante este golpe para el pecho de Iulian, que degollados à un instante todos los alientos, aun para rendirse al desmayo no le quedaron fuerzas. La espada se le cae de las manos; y sin poder valerle Margarita, mide con su cuerpo el duro suelo; la vida suspende entre mortales ahogos, la muerte parece que se señorea en cuerpo que aun tiene vida. Como està Margarita ignorante de el fracaso, piensa que procede el desmayo de contento: mandale á la criada que despierte à la gente, á sus vozes todos acuden al instante; mandales que lleven à Iulian á su cama, para que en brazos de los que le engendraron cobre el aliento perdido: ponese en execucion el mandamiento, y Margarita se adelanta à despertar à sus padres. Mas què poco à poco se và bebiendo una pena, quando sucede una desdicha! Hallando cerrada la sala, y quitada la llave, se anega Margarita en un mar de confusiones, echa mil juìzios, diviertese en imaginaciones, y sepultase entre mil cuydados. Piensa por una parte, si avrà sido engaño de algunos que se avràn querido hazer padres de Iulian, para que hallando la ocasion acomodada robarle las riquezas, y huir con ellas: por otra parte imagina si Iulian, mal informado de los criados que fueron à llamarle, pensando se-

rian

rian personas sospechosa, si los encerrò de aquella suerte, hasta averiguar la verdad. Duda por una parte, si procederà su desmayo por aver hallado robada la casa; duda por otra si será por averla hallado á ella ausente. Todo quanto imagina le parece possible, y con nada de todo se quieta el corazon. Acomoda el oìdo por el resquicio de la puerta, no oye nada, y confusa se fatiga; mira por el hueco de la cerradura si la luz aun no está en la sala; y viendo que yà està muerta, y que todo està obscuro, rasgadas las estrellas de sus ojos, le pide á Dios misericordia. En estas estancias buelve Iulian en su acuerdo, y mirando á Margarita casi desmayada en la puerta de la sala, y viendo à todos sus criados que llorosos le circundan, lanzando de lo intimo del corazon suspiros ardientes, les pide que no lloren hasta que èl les avise. Saca la llave de el seno, abre la puerta, pide una luz, y enderezando los passos á la cama, contempla el espectaculo, y conoce que son sus padres los que ensangrentados mira. Aporrea la luz por las paredes, y abrazase de los cadaveres frios; y aunque segunda vez iba à desmayarse, recaba del dolor un poco de aliento para quexarse primero de esta suerte.

Yà, padres mios, por darme esta vida (nunca me la huvierais dado) os he quitado las vidas; yà veo executada la causa porque me ausentè de vosotros; yá miro derramada vuestra sangre, sin hallar de quien tomar venganza; yà os contemplo muertos á mis ojos, sin poder determinar si yo estoy vivo. Lo que no os puedo dàr os he quitado, dificil restitucion en tal materia; lo que me disteis os he agradecido desta suerte es desdicha sin remedio en corazones humanos. Como pagaré quitandome una vida miserable que me disteis, dos vidas de tanto precio como las que os he quitado? Como matandome quedarè satisfecho, sino he sentido un castigo digno de mil sentimientos? Como morirè consolado, si aun no puedo yà pedir perdon à quien tanto he ofendido? Y como con ofensas tales me atreviera yo à pedir misericordia à padres tan agraviados? Ea, aborten mis ojos rios caudalosos de lagrimas tristes, bomite mi corazon entre animados suspiros pedazos de la vida que me queda; hagan alarde en mi pecho todos los pesares, baraxanse confusas todas las tristezas, discordes unas con otras comiencen à atormentarme: no sea sentimiento el que no me hiriere, no passe plaza de pena

la

la que no me ahogare. Ea, Margarita, si acaso estás para oirme, porque yá te considero desmayada, no repasses penas mias, sino prestandome las que tienes, dexame á mi solo que las passe todas. Si mi pesar es justo, juzgalo tu propria; si con causa lloro, la razon lo publique. Ea, consorte querida, dame tu bendicion para que muera con algun consuelo, dame los ultimos abrazos, siquiera para que quando mi alma se despida, se quede en tu pecho. No regatees este favor, quando miras cercana mi muerte; no muestres desden, quando vès que no tengo yá lugar de hazerte alhagos. Ea, Amigos, los que me escuchais, sabed que soy homicida de mis padres; estos que mirais atravessados, son los que me engendraron; estos que yà veis muertos, son los que he ofendido. El delito es atròz, no podeis ignorarlo, si merece plenarios castigos, ellos se amenazan. Pues què hazeis que al instante, trabando todos de mi, no me quitais la vida! sino os atreveis como criados, jurisdicion os concedo yá como à señores. Ea, pues, hazed de mi una cruel justicia, desenquadernadme en un potro miembro por miembro mi cuerpo, ponedme en una escarpia à vista de todo el vulgo, assestadme luego una nube de penetrantes saetas, saquen ardientes tenazas pedazos de mis carnes; y esto executado, dexadme en el campo como á bruto, para que se apacienten las aves. Contadle despues al Rey mi tragedia, y divulgad por todas las Provincias el fracaso. Llorosos os miro, y pasmados os contemplo, conocidas señales de que no hareis lo que os pido; pues no os dè pena, que estas manos que tuvieron alientos para executar dos muertes, tendrán sobrados brios para quitarme esta vida.

Quando Margarita, siguiendo á Iulian, mirò el espectaculo sangriento, cubierta la cara con un desmayo, se quedó con el dolor amortecida. Iulian se puso à llorar, y confusos todos los criados, mudos unos con la pena, y otros rompiendo la voz por medio del sentimiento, comienzan à barajarse por la cara, unos acuden á remediar à Margarita, otros mas animosos se cercan de Iulian: unos ignorantes de el sucesso, preguntan la causa; otros de ella entendidos, se llegan à vèr el lamentable fracaso; unos desmayados se retiran; otros confusos despiertan al llanto. A los lamentables ecos acuden los Labradores; unos que yá estaban en su trabajo, desamparando las haziendas; otros, que aun estaban dormidos, desocupan los lechos;

unos

unos sin acabar de vestir, y otros poco menos que desnudos. Mezclanse llantos con llantos; y en medio de tanta grita es mayor la confusion. Medido viene aqui aquel lugar de el Principe de los Poetas Latinos, quando descubriendo la ruina de Troya, embarazado yà con tantos incendios, viendo que en lo que avia relatado se quedaba muy corto, juzgò que satisfacia preguntando lo que no acertaba à ponderar, y dixo:

Quis claudem, & illius noctis,
quis funera fando,
Explicet? aut possit lachrymis
æquare dolorem?

Quien serà (dize) de pecho tan desahogado, que acierte à articular palabras, para contar la destruicion de aquella noche, (ò digamos de aquella madrugada) y para referir muertes tan sangrientas? ò yà que aya quien pueda explicarlas, como podrà con lagrimas imitar tanto dolor?

Al tiempo que Julian ponia fin à las quexas, y loco del sentimiento, desnudaba el puñal para vestirle en su pecho. Bolvió Margarita del desmayo, y con fuerzas varoniles, detiene el brazo al consorte, ayudanla los criados, y todos con mil lagrimas, procuran disuadirle del desesperado intento: Sacanle de aquella sala, llevanle à otra pieza, donde á ruegos de Margarita comienza á sujetarse á la razon, mandandoles à todos que pongan fin al llanto, y que no divulguen el suceſſo. Esto obedecido, haze que pongan los cuerpos difuntos en una enlutada caxa, y que sin solemnidad ninguna la depositen en la pequeña Iglesia de la Aldea. Despues, llamando à dos Capellanes de quien podia fiarse, les entregó, con mucho secreto, una grande suma de dinero, para que lo despendan con Missas por todo aquel destrito. Llega la noche, y recogidos todos los criados, fingiendose dormido, aguarda q̃ se duerma Margarita, y quãdo le pareció que yá lo estaba, levantase muy en secreto, dexa su lado, y vistese muy aprisa el vestido de peregrino que avia llevado su padre. Al punto, pues, que abre la puerta del Palacio, despierta Margarita, y hallandose sola, dexa la cama, y comienza á dàr vozes, llamando à Iulian, el qual quando vió q̃ era menos inconveniente descubrirse à ella, que no dar lugar à que lo entendiessen los criados responderle presuroso, y hechos sus ojos fuentes, le dize estas amorosas palabras: Margarita querida, no imagines que voy á desesperarme, que yà estoy muy en mi acuerdo, y arrepentido de lo que quise intentar. Voyme em-

pero, esposa mia, donde jamás se sepa de mi nombre. De ti me aparto, que es lo propio que de mi vida, à hazer voy penitencia, que es lo que tengo obligacion: por dexarte me pesa, pero no puede ser menos: no me impidas, te ruego, porque no he de obedecerte, govierna tus Estados, pues tienes prudencia; dale cuenta al Rey tu tio de mi desgracia, à su lado passa mi ausencia, como si fueras yá viuda.

Ay Iulian, dueño mio (le responde Margarita) y que poco sabes lo mucho que te quiero; pues has de advertir, que quedarè muerta à tus pies antes que dé lugar à que de mi te apartes; y si es que estàs determinado de hazer lo que me dizes, llevame en tu compañia, y pobres, y penitentes vamos adonde quiera. Esto me has de conceder, y serè muda en obedecerte, y si dexandome te piensas ir, me harè toda lenguas en descubrirte. No quiero otros bienes, ni otras riquezas, sino à tu lado passar la vida, que será gustosa, y apacible estando en tu compañia; y ausente de ti, todo me ha de ser muertes, y tormentos. Fueron tantas las lagrimas, y los ruegos tantos, que apiadado Iulian (marido en fin) no quiso dexarla sola; y assi, haziendo que se vistiesse las ropas de su madre Lucinda, se salieron à media noche, dexando una carta escrita para el Rey, en que le daban cuenta que no se cansasse en buscarlos. Disfrazados desta suerte, como pobres Romeros se embarcaron para Roma. Quiso Iulian confessar al Sumo Pontifice su culpa, nacida de la mucha inadvertencia. Absuelto yá de ella, determinò visitar su antigua casa. Fueronse à Napoles, y de alli à la Quinta; y siendo informados de como los señores Carlos, y Lucinda se avian partido de alli muchos años avia en busca de un hijo suyo, llamado Iulian, renovaron sus sentimientos, y partiendose al monte à passar sus vidas con aspera penitencia.

Emboscados ne la espesura se hallaron perdidos una tarde, sin poder hallar persona de quien informarse, quando por permission del Cielo, les sale al encuentro Amador, que caminaba á su Hermita. Alborozanse los dos con su presencia, y el penitente Sacerdote, aunque regocijado por una parte de verlos, se queda por otra parte muy confuso de mirarlos, reconociendo que son los vestidos sin diferencia alguna de los que llevaban Carlos, y Lucinda. Vna, y mil vezes los mira, divirtiendose el pensamiento à diversos juizios, y por salir de una vez de confusiones,

to-

tomandolos por la mano, despues de averse saludado, los lleva à su pequeña morada, donde con muchos ruegos les pide relacion del processo de sus vidas. Lançando mil suspiros, y derramando lagrimas, comiença Iulian á referir sus tragedias, haziendo parentesis de irreparables sollozos, y tal vez interrumpiendo los discursos con los ahogos del entendimiento. Por los principios conoce Amador que es Iulian su hermano el que tiene presente, por los medios queda bien entendido que es su cuñada Margarita; y en escuchando los fines, son tantas las angustias de que se le cubre el alma, que està pidiendo divinos auxilios para no desmayarse. Bien entendida de Amador toda la tragedia, llora con los dos amargamente, sin darse à conocer, por no aumentar el dolor. Alvergòlos aquella noche, y en amaneciendo otro dia, vistos sus buenos intentos, los encamina à la margen de un pequeño rio, passo comun de caminantes, donde en un Hospital que alli estaba, les aconseja que pueden hazes obras muy meritorias. Obedecieronle Iulian, y Margarita, y despedidos de Amador con tiernos abrazos, entraron por enfermeros en aquella casa, en cuyo servicio perseveraron toda su vida. Los trabajos que passaron fueron tantos, tantos los meritos que adquirieron, tantos los silicios, y mortificaciones, tantos los ayunos, y penitencias, que acabaron santamente, dexando mancillados à quantos les conocian.

Quien podrà referir los sentimientos de Amador, quando solo se puso à repassar por menudo el monton de penas que avia tragado? Y viendo como prudente, que rasgar sus ojos con el llanto, no aprovechaba; que desmenuzar como loco los vestidos, no sirve, y que maltratar su rostro, no es de ningun momento, levanta al Cielo el espiritu, y arrobado en divinas contemplaciones, le pide à Dios le revele si murieron sus padres en estado de salvarse. Para que tengan buen despacho estas peticiones en el Tribunal supremo, añade silicios á silicios, perpetùa los ayunos, y dobla las diciplinas. Oye Dios sus ruegos un dia que le vè embebido en mentales oraciones, le dà licencia à su madre Lucinda que le anuncie el estado de sus penas. Apareceselà la Dama puesta en un globo de fuego, que con llamas abrasadoras la consumiò, y con densos humos la atosigaba, tan otra de la que fuè, que por brujulas de las facciones, apenas se divisaba un rasguño de lindeza; las carnes tan denegridas, que yá pa-

recia carbon lo que en otro tiempo sustento plaza de nieve; la cara tan macilenta, que eran muertas cenizas las mexillas que se llamaron rosas; los ojos tenia tan consumidos, que apenas eran luzes, aviendo sido hermosos soles; la boca tan en borron, que lo que fue clavel, era yá gualda, y las que se nombraron perlas, apenas parecian dientes. Y finalmente, tan sin ornato la cabeza, que grifos los cabellos, aviendo nacido antes hebras de oro, eran horribles à la vista. Desconociòla Amador, viendo tan trocadas las señas; y por salir de presto de tan espantosas confusiones, le pregunta, què quien es, y lo que quiere? Con un profundo suspiro, le respondiò desta suerte: Tu madre soy, hijo mio; tu madre Lucinda soy, que por ruegos tuyos me permite el Cielo que te hable. No te atemorize el verme desta suerte, que aunque cercada de penas, y rodeada de tormentos, vivo con aquellas esperanzas de gozar de la Gloria. Yà Carlos tu padre habita en ella, porque le fue purgatorio la muerte desastrada. Yo le acompañára tambien, á no aver sido mayores mis culpas; en castigo de las quales permite Dios que padezca estas temporales penas, yà que por mi contricion, y confessiones quedé libre de la eterna, que merecia. En el Purgatorio estoy, donde te prometo que passo tantos dolores, y sufro tantas angustias, que tengo por sin duda, que fuera de no ser eternas, no son mayores las de los condenados. Yo estoy condenada à estos tan terribles tormentos por muchos años, cuya consideracion no es la pena menor de las que padezco; mas yá con la esperanza, con que à tus pies me postro espero gozosa ir con brevedad à las moradas Celestiales. Yá veo que querràs saber la causa de esta sentencia, muchas pudiera dezirte, mas quiero callarlas, porque las unas yà estàn purgadas con las aflicciones que en esta vida he passado, y las otras, son muy menudas para poder referirlas; y assi solamente diré la principal, y es, porque al tiempo de la concepcion te maldixe, ofreciendote con voluntad determinada à los espiritus infernales. De ellos, como sabes, te libró Camilo, y despues de averte criado, te constituyò en la dignidad Sacerdotal. Por esta maldicion passo estos tormentos, si de ellos quieres, como buen hijo, librame, haz por mi lo que aora te dirè. En estos treze dias continuos procuraràs dezirme treze Missas Voticas, que seràn las siguientes: la primera de la Encarnacion, la segunda

del

del Nacimiento de nuestro Redemptor Iesu Christo, la tercera de la Cruz, la quarta de la Resurreccion, la quinta de la Santissima Trinidad, la sexta de la Ascension, la septima de la Assumpcion, la octava de San Agustin, la nona de Santo Thomás, la dezima de San Laurencio, la onzena de los Martyres, la dozena de las Virgines, y la ultima de los Confessores, y en todas diràs la Oracion de Nuestra Señora, y de Difuntos; y haziendo esto, veràs las glorias que me causas, y advertiràs las penas de que me libras. Tu madre soy, no me olvides, yà que por tus virtudes me concede Dios alcance con treze Missas lo que con treze mil no fuera bastante.

Apenas acabò de dezir estas palabras, quando se desapareciò Lucinda, quedando Amador con mil regocijos espirituales. Diòle à Dios muchas gracias, y con fervorosos deseos, singular devocion, y levantamiento de espiritu, puso por la obra quanto su madre le avia rogado: dixole las treze Missas; si bien es verdad que acerca desto ay muyhos pareceres, pues no ha faltado quien diga que fueron treinta. Pero como desta materia hasta oy es poco, ò nada lo que ay escrito, hemos de conformarnos con la tradicion antigua, ó costumbre inmemorial que ay principalmente en los Conventos de llamarle el trezenario de San Amador. En muchas Iglesias he visto tablas muy antiquissimas que refieren esto mismo; y aunque no he podido descubrir otra claridad, lo tengo por mas verdadero. Mas supuesto que los que quieren que sean treinta, es que añaden á algunas de las solemnidades referidas dos Missas, y à otras tres, y deste modo trezenario se viene à quedar de qualquier manera, en quanto al numero de las Festividades, yà que sea assi en quanto à la cantidad de las Missas; y assi, no ay que desconsolarse ninguno por la variedad desta opinion, sino el que pudiere dezir el trezenario de las treinta Missas, digalas, y irà mas seguro; y el que no pudiere sino el de las treze, no se aflija, ni se congoxe, pues no irá errado. Assi alcançó Amador el fruto de la vitoria, pues apenas dixo la ultima Missa, quando Lucinda se le representò delante vestida de gloria; que es dezir en una palabra, lo que con muchas apenas se puede explicar: yà lo palido del cuerpo se aventajaba en blancura al blanco armiño, yá lo abrasado del rostro pedia gages, á lo brillante de la luz, yá las mexillas parece que aun no se contẽplaban con ser rosas, yá los labios hechos hermo-

sos

los corales, formaban un dividido clavel, yà los ojos brillando luzeros se ostentaban soles. Yá, en fin, los cabellos tendidos al ayre, siendo madejas de oro, eran orlas de su cuerpo. Glorioſa finalmente apareciò Lucinda, y dandole à Amador las gracias por lo bien que lo avia hecho, y razon de como yà iba à las moradas Celeſtiales, y encargandole mucho que miraſſe por Iulian, y Margarita, deſapareciò de ſu preſencia, dexando la Ermita perfumada de una Celeſtial fragrancia.

De todo eſte diſcurſo ſon muchas las conſideraciones que pueden ſacarſe; pero la mas principal ſerá el ſaber acudir à los difuntos con oraciones, ruegos, y ſufragios, en particular à aquellos que tienen cargo, y obligacion de hazerles. Yá eſtà ſignificado el martyrio, y dolor que padecen las almas en el Purgatorio. Pues quien ſerà tan debrance, q̃ permita, que por negligencia, y deſcuydo ſuyo, ſe eſtèn ſepultadas en aquel lago las perſonas q̃ quiſo bien en eſte mundo? No puedo aqui dexar de quexarme del rigor con que miraron las leyes eſte punto; pues vemos que ſi muere una perſona, aunque dexe bienes baſtantes para pagar lo que debe, y para que le ayuden con Miſſas, y ſufragios, lo primero, y principal ſe han de hazer pagados los acreedores, y la ultima que cobra es la anima del difunto; y como llega tan tarde, y ſolamente halla las alhajas deſechadas de todos los demàs, es forzoſo para gozar de alguna coſa, mal venderlas, y perder la mitad. Rigores notables, quando ſe conſideran los tormentos que un anima padece, porque quanto mejor pudiera eſperar un acreedor, que al fin, aunque no goza de los bienes que ſe le deben, yà por lo menos no le atormentan; que no hazerle que eſpere á un alma rodeada de penas, y tan llena de mortales anguſtias, que á no vivir entre conſoladoras eſperanzas, dixera mil locuras contra el ſufrimiento. Bien mirado tendria el derecho el caſo, pues, que hizo la deciſion; y aſſi, quiſo que haſta en eſto fuera cierto modo de pena eſte eſperar, porque quien es negligente en acudir á ſus obligaciones, no haziendo caſo de las deudas, y negando reconocimientos, eſpere entre las llamas, haſta que ſe ſatisfagan lo que agraviados ſe querellan. Pero yá que no ſe pudiera ir contra eſte eſtilo, procuren con muchas diligencias los albaceas, que ſe digan luego las Miſſas de que ſe hazen cargo; y como para pagar una deuda ſe vende una propiedad, para ſacar al dueño del Purgato-

gatorio, vendanse dos posseſſiones, goze al punto el alma de aquello que con afanes, y ſudores trabajò el cuerpo, y hagaſe buena amiſtad á quien fia ſu alma.

Con opinion de Santo acabò Amador ſu vida, dexando muy encomendada la devocion de las Miſſas referidas, y que á èl fueron reveladas. Ruego al piadoſo Lector, que eſtime mis deſeos, ſi acaſo he errado en los aciertos. Vna verdad piadoſa es quanto he contado, compueſta de Hiſtorias verdaderas, y veſtida con aquello que ſe llama adorno. De pocos Autores me he valido, porque no he hallado ninguno que trate de la materia. El punto principal de venir los padres à morir à manos de Iulian, con todas las circunſtancias que queda dicho, y aſſimiſmo pronoſticarlo el Ciervo con voz humana, lo refiere no menos que el Arçobiſpo de Florencia San Antonino en ſus Hiſtorias, donde ſe verà ſucintamente. El ſuceſſo de Camilo quando entrò en la clauſura, y el origen de San Amador, por perſonas fidedignas lo he alcanzado. Yá he dicho que es piadoſo el credito que pido: mi voluntad ha ſido verdadera de producir aciertos, ſea Novela lo que le faltáre luz de hiſtoria, y no eche luz lo que llevàre errores, que en todo me ſugeto á la correccion de los que mejor ſienten, y en primer lugar á la de la Santa Igleſia Romana.

LAVS DEO.


REAL·ACAD·DE·BIBLIOT·
REG·